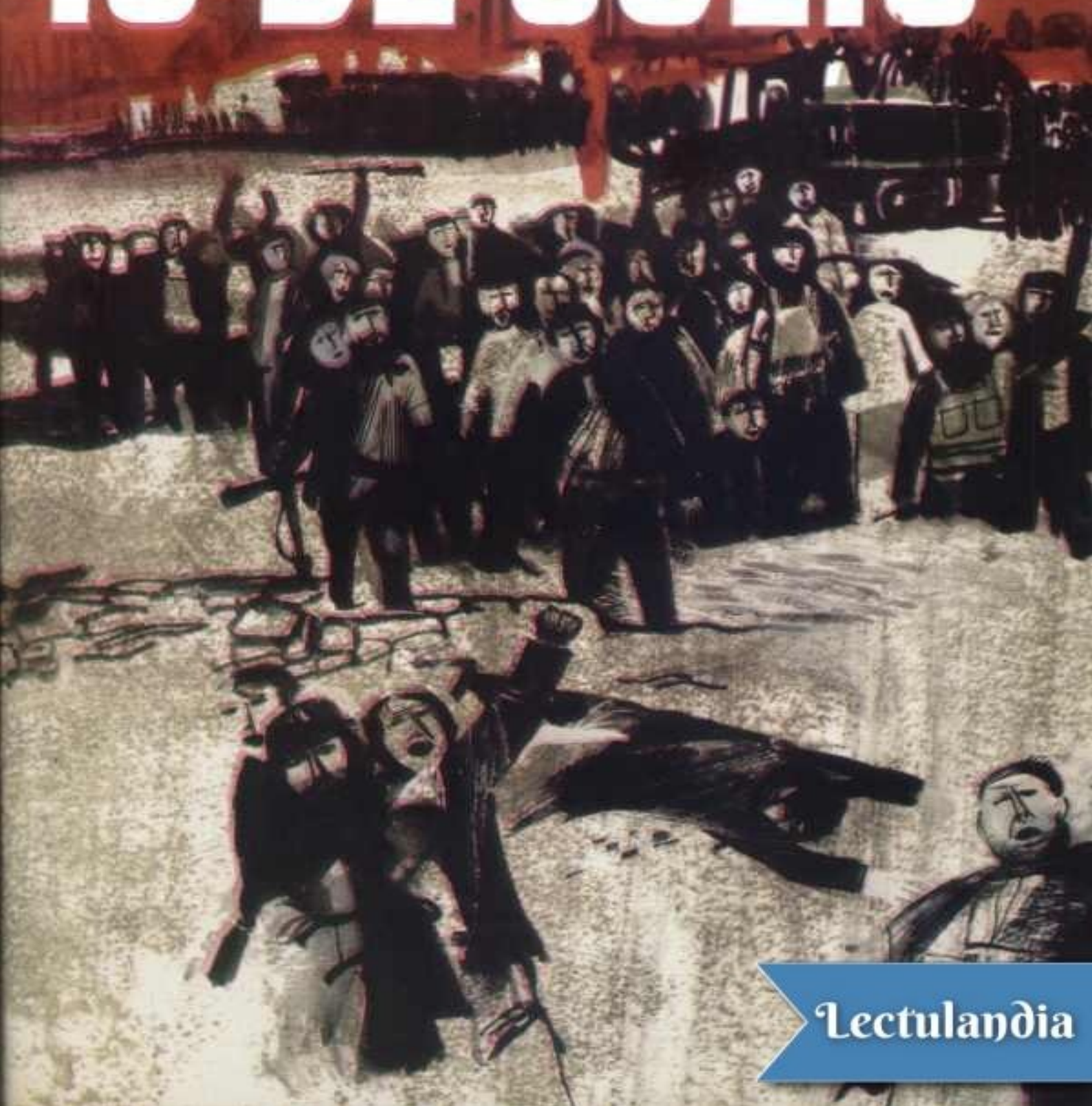


IGNACIO AGUSTÍ

LA CENIZA FUE ÁRBOL

x x x x

19 DE JULIO



Lectulandia

19 de Julio es el cuarto título de una pentalogía titulada *La ceniza fue árbol*, compuesta, además de esta, por las novelas *Mariona Rebull*, *El viudo Rius*, *Desiderio* y *Guerra Civil*. Los personajes de estas novelas son seres típicos —o mejor prototípicos— de esa sociedad barcelonesa que se tomó en serio el juego del trabajo y levantó de la nada una urbe industrial de primer rango. Sin embargo, no mana de ahí el secreto de la obra agustiniana, ni de la reconstrucción fiel de una época, el 1900. El manantial de su encanto, de su poesía y a la vez de su descarnado realismo, brotan de una vena subterránea: como en todos los grandes escritores realistas, la narrativa y la descripción excluyen la presencia del autor con su respiración y su ritmo entrecortado, pasando a ser los mismos personajes, los mismos objetos, el mismo sol y la misma naturaleza quienes hablan. Estas célebres novelas de Ignacio Agustí constituyen, además de un serio y penetrante estudio de la idiosincrasia catalana, en sus virtudes y humanas limitaciones, un entronque con la tradición novelística de Galdós o Alarcón. Pero en nuestro autor palpita una preocupación que lo vincula como hombre de su época: es un pulso sensible a la inquietud y a la marea de tipo social, reseñada no como parte interesada o neutral ni, menos aún, con la fría actitud del historiador, sino con humana vibración que no puede ocultar una raíz cristiana.

19 de Julio, publicada en 1965, nos ofrece el elocuente contraste entre la superficie del mundo barcelonés, disuelto en las tertulias y en los círculos sociales de la burguesía, y la realidad social, más honda, personificada en unos tipos singulares y que calan en la conciencia del lector. Se dibujan con línea precisa los dos polos que se enfrentarían luego en la contienda civil. En medio de estos hechos, destaca la disensión conyugal de Desiderio y Crista, envueltos en la ola de superficialidad de los años, símbolos de un divorcio que no era de coyuntura personal, sino el espectro de una disolución más íntima de la sociedad española.

Lectulandia

Ignacio Agustí

19 de Julio

La ceniza fue árbol - 4

ePub r1.1

Titivillus 11.03.15

Título original: *19 de Julio*

Ignacio Agustí, 1965

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

LAS YEDRAS EMPEZABAN a cubrir la pared de una antigua casa, adecuada hacía unos años para local social del Club de golf de Pedralbes. Desde la rotonda se columbraba la ciudad tendida, disuelta en una leve neblina azul, que dejaba transparentar al fondo la línea del mar, lamida por un sol radiante hacia el ocaso.

Desiderio echó distraídamente una ojeada al campo. Los *green* del declive eran manchas de un verde intenso entre la orografía desigual del terreno. Algunas figuras lejanas, empequeñecidas, hormigueaban alrededor de esos prados. Otras figuras caminaban al azar, como divagando, en el centro del campo, seguidas por los estrafalarios bultos de los *caddies*, cargados con la bolsa de palos. Otros subían las cuestas mirando entre los hierbajos hasta encontrar la pelota. Finalmente, alguna daba el golpe y al cabo de una partícula de tiempo llegaba hasta el chalet el chasquido del choque.

Había una figura lejana, parada en lo alto de un *tee*. La falda volteaba revuelta por un remolino de aire. De espaldas al *caddie* y en actitud completamente ausente, esa figura femenina ensayaba su golpe antes de tirar. De pie, empequeñecida por la distancia, estiraba sus brazos, desnudos, unidos en las manos prietas al extremo del palo. Incluyó todo su torso, en un anticipo flexible y veloz, y la parábola del *swing* se dibujó en el aire, en posición de ensayo antes de tirar. Así una y otra vez; luego se volvió de cara y, dispuesta a dar el golpe de verdad, se inclinó frente a la invisible pelota.

Levantó sus brazos con lentitud en la lejanía y dobló su cintura. Quedó un instante impresa en el aire la contorsión suave y expectante de su perfil, hasta que el volteo vertiginoso del palo, que no alteró la postura de la jugadora, hizo chasquear la pelota. Todo el cuerpo de Blanquita quedó inmovilizado en la postura contraria sin perder la armonía. La punta del pie derecho, como en actitud de danza; el izquierdo, firme en la tierra. Erguida su cabeza contra el sol, quedó un instante siguiendo al trasluz la invisible y ya perdida trayectoria de la bola. Saltó ágilmente del *tee* y, seguida de su *caddie*, se metió con pasos largos entre los rastrojos.

Desiderio la siguió atentamente con la mirada; se asombró al ver cuánto tardaba en detenerse de nuevo. Su golpe había sido largo y certero. El *caddie* le tendió un palo, pero ella rehusó y eligió otro. Al fin llegó al lugar en que debía de haber caído su bola. Se dispuso a tirar. Un segundo golpe, alto y veloz, dibujó la línea de la bola en el cielo azul. Desiderio la vio perfectamente; vio su parábola límpida, gravitante en el aire, el bote y el rebote que hacía y el impulso que todavía guardaba para acercarse unos metros rodando al borde y dentro del *green*. El *caddie* le ofreció de nuevo otro palo, que ella recogió con ademán intuitivo, sin dejar de andar y sin volverse. Se quedó parada ante la pelota.

Midió con el vaivén de una sola mirada la distancia que mediaba entre la bola y el agujero. Se ladeó insensiblemente y empujó la bola. Era una distancia larga que convenía «sentir» en el ánimo para, con suave impulso, hacer caer la bola en la meta. La pelota se deslizó sobre el césped; parecía que no iba a llegar, pero llegó; dio indecisa en el borde y no se decidió a caer; dibujó en torno al agujero un impecable sesgo y quedó asomada en el hoyo, sostenida por una brizna de hierba.

Una mueca de contrariedad pasó por el rostro de Blanca, irritada por el estúpido fallo. Se acercó a la bola y la rozó con el borde del palo para hacerla caer.

Salió del *green* y avanzó hacia el chalet. Desiderio fue a su encuentro.

Entró en el Club y se quedó unos instantes parada en el vestíbulo. Se quitó los guantes con un ademán de desagrado. Luego se volvió mirando al exterior. En aquel instante entraba Desiderio en pos de ella. Lentamente, como si no le viera, se volvió de nuevo y se encaminó hacia el bar. El bar estaba a aquellas horas solitario; ni siquiera se veía al camarero detrás del mostrador. Únicamente el panorama de las botellas relucientes, oscuras en la semipenumbra y un silencio absoluto; era como si los dos estuvieran en un lugar totalmente deshabitado.

—Discúlpame, Blanquita —dijo Desiderio confuso, acercándose a ella—. No puedo contarte en un instante lo que me ha ocurrido en estos días. Pero te aseguro que me ha sido totalmente imposible acercarme a ti, a pesar de que no deseaba otra cosa.

—No tienes por qué preocuparte —cortó ella, nerviosa, desazonada—. No te pido ninguna explicación y quizá tampoco la desee.

El tono con que le había replicado hirió a Desiderio. En los largos meses de sus relaciones jamás habían empleado otro tono que el de la confianza y el de la comunicación, llanas y efusivas; por eso resultaba intempestiva la voz y el ademán de Blanquita en aquella circunstancia.

—He ido a todos los sitios donde he pensado que te podía encontrar, pero tú no estabas. Ahora sé, te lo aseguro, lo que es buscarte y sufrir por eso.

—¿Y qué? —volvió ella a interrumpir, desafiándole, fríamente—. También yo lo había hecho muchas veces; pero te aseguro que no me han quedado ganas de volver a buscarte.

Desiderio, afligido, intentaba encontrar las palabras capaces de vencer aquella frialdad, pero no lo conseguía. Se acercó al mostrador del bar y se apuntaló apoyándose en una de las banquetas. Desde allí intentó cogerle a Blanquita la mano, pero ella rehusó.

—Ante todo, Blanquita, debes saber que ha enfermado mi padre. Está enfermo de gravedad; he tenido que ocuparme de todas esas cosas y, además, de otras muchas. Por ejemplo: desde anteayer he tenido que ir a la fábrica a todas horas, he tenido que estar allí en todo instante. Han sido unos días terribles para mí; sobre todo, y por encima de todo, porque no sabía dónde podías estar.

Blanquita pareció serenarse de pronto. En unos instantes se vio en su rostro una distensión; y el brillo enconado de sus azules ojos pareció ceder para dar el matiz de

una súbita ternura. Suspiró de manera imperceptible y se acercó entonces al mostrador apoyándose en otra banqueta junto a su amigo. La realidad era que estaba todavía, y pasara lo que pasara, terriblemente enamorada de Desiderio.

Se enamoró dos años atrás, sin saber cómo, sin que pudiera siquiera precisar cuándo y dónde se había fijado en él. Desiderio era hasta entonces para Blanquita uno de esos seres que cruzan por los salones en el transcurso de un cóctel y que quedan en la memoria con el mismo sabor seco y la frialdad desabrida de un martini. No es que Blanquita frecuentara habitualmente las reuniones sociales, ni que fuera una de esas muchachas capaces de perder el tiempo en las tertulias, todo lo contrario; pero se veía muchas veces forzada a acompañar a su tía Carolina en los innumerables compromisos que esta, en el centro de la vida social barcelonesa, no estaba en situación de desdeñar. Por su parte, Blanquita no era tampoco un ser retraído: simplemente le hastiaba la compañía de los habituales a esas cosas. Ella había nacido y estaba criada a muchas leguas de allí, a una distancia increíblemente lejana. Ella había sido criada y educada en pleno campo, en el campo andaluz, y en la compañía cómoda y estimulante de la brisa fresca y del hontanar solitario. Sus padres, que residían normalmente en Madrid, la habían dejado durante su adolescencia y largas temporadas con la misma libertad con que crecían las jaras, con que envejecía el olivar, con que resoplaba la yeguada, en la enorme finca que desde tiempo inmemorial pertenecía a su familia y que era como el cauce de su misma sangre. Hasta que los desastres financieros y el desorden increíble de su padre, hombre de escaso carácter y de muchos vicios, había dado al traste con ese paraíso y la había expulsado de él en el momento justo en que, en caída vertiginosa de todos los valores, se separaban su padre y su madre y se producía un escándalo que directamente había de afectarla el resto de su vida. Entonces Blanquita se encontró de pronto trasplantada al ambiente barcelonés, instalada en casa de sus tíos y obligada por Matías Palá, casado con la hermana de su madre, a servir de ornato a un hogar, a un nuevo hogar, simple, lujoso y vacío. Un hogar presidido por la arrogante y firme personalidad del hombre que lo había ideado, para el cual Blanquita pasó a ser pronto no más que un bello trofeo de guerra. En efecto, la enemistad de Matías Palá con sus cuñados andaluces databa de la época de su matrimonio, que fue mal visto por la familia de su mujer. Y ahora Matías Palá parecía tomarse una sorda venganza de aquellos lances, haciendo que el retoño directo de las glorias históricas de la casa Maravall pasara a ser poco menos que propiedad suya. Todo esto lo advertía Blanquita, lo había advertido desde el primer momento en que le fue ofrecida esa extraña y mortificante hospitalidad.

Pero ¿qué podía ella hacer, a sus veintidós años, más que someterse? No había lamentado tanto la pérdida de la fortuna familiar ni el abandono de las tierras que eran una parte de su propio espíritu, como la disociación inesperada de sus progenitores. El ambiente catastrófico del matrimonio había pasado hasta entonces inadvertido para ella, que en su infancia y primera juventud no había tenido tiempo

de ahondar en las realidades de la vida en los despropósitos conyugales de los demás. Pero la revelación insospechada que sobrevino con la separación y el hundimiento del hogar de sus padres, el rudo golpe que sufrió, no le dejaron tiempo para meditar sobre el drama de su propia situación. Intentó llenar su vida dedicándose a esas labores subalternas de las hijas de familia que no comprometen el prestigio social ni manchan el apellido. Estudió para enfermera y pasó muchas horas en los hospitales. Se habituó a jugar al golf; pronto llegó a ser una jugadora relevante, pero cuando conquistó el primer puesto del Campeonato femenino de Cataluña, se retrajo de este ambiente. Y ahora, solo de tarde en tarde, se trasladaba al campo de Pedralbes, no por jugar, sino porque aquel era uno de los puntos de cita que había establecido con Desiderio Rius.

Aquel hombre espigado, delicado, afectuoso, apasionado, se convirtió pronto no solo en su confidente, porque las vidas de los seres son muy fácilmente contadas y pronto tienen su conclusión dialéctica. Se convirtió en su amante, en el hombre que le reveló la existencia de otra vida, de la compenetración y de la compañía. Muchas veces, sobre todo al principio de sus relaciones, cuando aún no estaba convencida de que este fuera un secreto privativo de su alma, Blanquita se avergonzaba de haber venido a parar tan pronto en la misma irregularidad que originaba su dolor. Nunca hubiera creído que pudiera enamorarse de un hombre maduro, mayor que ella y, lo más grave de todo —lo irremediabilmente grave—, casado. Lo que menos podía desear y sospechar era ser causa de nuevos desastres familiares; pero Desiderio no tardaba en disuadirla. Blanquita conocía perfectamente las precarias condiciones sentimentales en que se desenvolvía la vida de aquel hombre; y, a través de la situación de Desiderio, Blanquita pudo llegar a comprender e incluso a justificar las razones que habían motivado unos años atrás el divorcio de sus padres. A través de las confidencias de su amigo, Blanquita había penetrado en la intimidad de esas parejas que logran sobrevivir, a duras penas, a una situación de incompatibilidad temperamental; se daba cuenta de los dramas profundos y callados que existen en cada una, o en muchas de ellas, de las piezas tenidas por pilares de la sociedad en que vivimos. A través de su relación con Desiderio, Blanquita obtuvo el diseño de Crista, una figura femenina arrogante e implacable, solo sometida a sí misma, dominadora y tenaz, fría y calculadora, y comprendía muy bien que un hombre como él no tuviera otra opción en su vida que buscar la felicidad fuera de casa.

Pero ¿era ella «esa» felicidad? Aunque él se lo asegurara con una voz vehemente, con una efusión sentida, no siempre estaba segura de que verdaderamente fuera ella el centro de su vida. No hay compensación entre lo que una mujer enamorada puede dar de sí y lo que, en las mismas circunstancias, puede dar un hombre. No por su amor renunciaba Desiderio a la multiplicidad de sus hábitos, a la partida de *bridge*, a la tertulia en el Ateneo, a las cenas en el «Ecuestre» o a las visitas a los camarines de los teatros. No había alterado siquiera los compromisos que derivaban de las relaciones de Crista. Aunque sabía que la amaba a ella, lo que estaba «fuera» de él no era ella sola, sino muchas otras cosas más. Y a veces sentía Blanquita unos celos

irreprimibles de todas esas otras cosas.

Pero al oírle hablar de la enfermedad de su padre y de sus horas en la fábrica, se aatemperó. Esas eran dos cosas que no podían producirle resquemor. Estos dos hechos no estaban reñidos con su modo de entender al hombre. Todo lo contrario: pensó que si era por causa de ello, Desiderio no había traicionado su fidelidad.

—¿De verdad está grave tu padre? —preguntó.

En aquel instante se escuchó un rumor y el camarero entró en el bar, sorprendiéndolos, el uno muy junto al otro. No era la primera vez. Existía ya entre ellos una especie de complicidad, cuando en otras ocasiones, antes de pedirle su *whisky*, preguntaba Desiderio ya sin disimulo: «¿Ha estado aquí la señorita Blanca?». Hasta en alguna ocasión aquel muchacho había transmitido un recado verbal, sin necesidad de nombrarla: «La señorita ha tenido que marcharse, pero le llamará mañana». Ahora el camarero no los importunó. Hizo como que buscaba algo tras el mostrador y volvió a retirarse. Pero la puerta se abrió de nuevo. Eran unos jugadores que salían del campo, terminada la partida.

—Sí, muy grave —respondió Desiderio—. El médico tiene confianza en la naturaleza de él. Realmente mi padre es muy fuerte. Pero ya tiene años; tiene más de setenta.

Hablaba con naturalidad, disimulando incluso lo que en esta contestación pudiera haber de dramático e inquietante. Tan habituados se hallaban a ocultar sus sentimientos ante los demás, que la presencia del grupo de jugadores le obligaba por hábito a dar a su explicación, en este caso inocua, unos tonos de trivialidad superficial.

Blanquita, no obstante, se inquietó. Sabía cuánto debía de afectar esta situación a Desiderio. No se trataba únicamente de la inquietud natural de un hijo respecto a la vida amenazada de su padre. Conocía los pormenores de la vida de Desiderio y sabía que sentía hacia su padre una especie de ruda pasión a distancia. Es decir que, a pesar de que la relación entre padre e hijo no era frecuente fuera de las horas de trabajo, él admiraba ciegamente a aquel hombre batallador y severo, porque estaba dotado precisamente de las virtudes que a él le faltaban, en especial las de la tenacidad y las de la continuidad. Pero, además, comprendía Blanquita que para él la cuestión no estaba ahora en si amaba o no a su padre ni se reducía a las conclusiones de un sentimiento filial. Se trataba de algo mucho más vasto y hondo: se trataba de su propia responsabilidad, que hasta entonces había estado prohijada y usufructuada por don Joaquín. A sus cuarenta años, Desiderio era todavía un «hijo de familia».

—Por lo tanto, he tenido que estar en la fábrica todas las horas, excepto las que he pasado en casa de él, junto a su cama.

Los jugadores conversaron unos instantes en voz alta, con viveza, en la discusión y comentario de las incidencias del partido que acababan de concluir. Pasaron junto a ellos, que se habían separado discretamente, y saludaron con una inclinación leve, simulando no dar importancia al encuentro. Eran los «habituales». También ellos se

habían acostumbrado a los encuentros de esta pareja irregular, que para ellos ya no era pábulo de comentarios. En cuanto quedaron de nuevo solos, Desiderio se acercó a Blanquita y le tendió su mano, que ella acarició. Se acercaron aún más, mirándose a los ojos. Ella se apoyó de pronto en él. Y él, sin poder evitarlo, la besó. Fue un beso breve, alevoso, y luego otro, y un abrazo. Se separaron bruscamente. Les pareció que acababa de escucharse de nuevo el rumor de la puerta.

—¿Cuándo nos veremos? Mañana, mañana sin falta quisiera verte —suplicó ella, apretando su mano—. ¿A qué hora podrás?

—Digamos a las doce —propuso, mirando maquinalmente su reloj, sin que viniera a cuento.

—Sí, a las doce —consintió—. Si hubiera algo, si no pudieras, yo te esperaré de todos modos hasta que llegues. Pero no dejes de ir.

Un instante quedaron los dos, fijo el uno en el otro. Así era todos los días, en todas las ocasiones. Un torneo furtivo de reproches, de explicaciones. Una larga diatriba, un regateo de miradas y de frases, una tortura infinita. Ella estuvo todavía tentada de acercarse y besarle de nuevo, pero ahora sí chirrió la puerta y el camarero volvió a entrar. Ella se separó y resueltamente se encaminó a los vestuarios.

Desiderio no aguardó. Se despidió del camarero con un adiós y salió al exterior. Montó en su coche colorado, que había parado en la rotonda. Lo puso en marcha y con un rápido sesgo lo encaró a la salida, saliendo por ella con rapidez. Cuando se separaba de Blanquita aún le quedaba durante un trecho el rastro de su presencia, aquella ternura delicuescente que nubla las percepciones y nos baña en un suave letargo indefinible y dulce. Cruzaban por su ánimo las palabras de ella junto a una ristra de manchones verdes y oscuros: las copas de los plátanos de la avenida de Pedralbes. El tiempo era seco, pero la brisa fresca. Poco a poco su ánimo se volvía a centrar.

¿Cambiaría de pronto, por la voluntad del destino, su vida entera? Si moría su padre tal vez pudiera realizar de un golpe su existencia, como ciertos banqueros «realizan» una partida de acciones al portador. Vender su vida o, mejor, su «falsa vida» en un instante... Se encontraría por fin dueño de sus actos, maestro de sus resoluciones; le cabría la oportunidad de decidir por sí mismo, sin la ayuda ni el escrúpulo de nadie ajeno a él. Podría elegir, sin titubeos. Quedaría de momento eliminada la sombra protectora de su padre y la coacción que, a distancia, ejercía sobre sus actos. Podría entonces... plantear a fondo la cuestión. Podría encararse con Crista y decirle: «No te quiero, Crista, jamás te he querido. Nos casamos porque las circunstancias nos forzaron a ello, y fue un error. No puede un hombre encarcelarse conscientemente para purgar toda una vida la borrachera de una noche. ¡Diecisiete años por una noche de Carnaval! Vive tú tu vida, ya que ni tú ni yo nos necesitamos». Sería dueño de sus actos y podría separarse de Crista y casarse —sí, casarse— con Blanquita, su íntimo amor, su compañera y amiga del alma.

Por un instante pensó entonces en Carlos, su hijo. ¿Por qué iba a preocuparle?

¿No entendería, acaso, pasados los años, la implacable ley del corazón? No pensaba siquiera en apartarse de él, ni en hurtarle nada del patrimonio que el día de mañana iba a pertenecerle. Todo lo contrario. Sanearía de una vez aquella fortuna y la fuente de su riqueza, salvando los muchos gastos que le ocasionaba la vida irregular de Crista y de él mismo.

Pero ahuyentó de pronto todos esos cálculos. Su padre no iba a morir. Era preciso que su padre no muriera; era necesario que se salvara. Cuando aquella tarde, poco hacía, le vio maltrecho y agobiado en la cama, postrado de dolor y hundido en la inconsciencia, de la que solo escapaba un silbido entrecortado, sintió el peso de su historia vital; en una ráfaga pasaron ante sí los años transcurridos. Rememoró el piso de la calle de Caspe en la soledad de los dos, cuando él era niño. Se dio cuenta de la humanidad verdadera de aquel hombre, que moderaba la dureza con la comprensión, la fortaleza y la terquedad con la experiencia. Sabía que su padre era uno de esos hombres que nunca habían errado a sabiendas. Le consideraba distinto a todo: como un árbol añoso y fuerte agitado por las tormentas, herido por el rayo; como el mármol o el granito arrancado de la cantera, que la vida ha labrado pacientemente. No; era preciso que no muriera su padre, aunque durante el resto de su vida tuviera que ir congeniando con la infelicidad, con la insatisfacción. En definitiva, si se trataba de separarse de Crista, ¿por qué no lo hacía ahora, viviera su padre o no? ¿Qué tenía su padre que ver con eso?

Entraba de lleno en la ciudad. El oreo de la colina había cedido a un cálido y caliginoso aire transido de luces y de espectros, de tranvías y de cláxones. Con ello, las lucubraciones se mezclaban ya a las contingencias callejeras. Ya no podía soñar. No le quedó más que un leve rastro de ensueño que decía: «Mañana, mañana otra vez, a las doce...».

Cuando entró en el Ateneo, la noche se había abatido ya sobre las cosas dejando solo en lo alto pinceladas de un azul desvaído. Las farolas iluminaban en las Ramblas a una muchedumbre variante y movediza, en chapoteo inconsecuente contra las calzadas y los escaparates. Las flores parecían oler con el olor nocturno, empapadas del agua con que las floristas las habían rociado al atardecer. En los quioscos, la multicromía de las imágenes se destacaba en la luz de las bombillas y del acetileno, que bordoneaban incautos moscones y nocturnas libélulas.

El Ateneo no era en aquellas horas un remanso de paz para uso de intelectuales, como durante el día. La bonanza del verano echaba a los lectores al jardín, presidido por tres o cuatro palmeras cimbreantes, junto al surtidor que desgranaba una melodía muy tenue de agua danzarina. Desiderio se dirigió primero al saloncito de la planta noble, que estaba despoblado; luego salió al jardín. En un amplio círculo de sillas de mimbre una docena de hombres conversaban con voces atropelladas y vigorosas, solo soterradas a intervalos por risas imperantes y súbitas. En los veladores del centro del círculo gravitaban en la penumbra los destellos del refresco, el oro de la cerveza, el oscuro y espeso picón, el esmeralda de la menta. Apenas se distinguía el rostro de los

hombres. No obstante, al divisar a Desiderio uno de ellos se levantó de su asiento.

—Bravo, Rius. Veo que te han dado mi recado —se acercó a él y le tendió la mano.

Era un hombre alto, con una frente despejada y unos ojos brillantes y negros, que destellaban con viveza. Su cabellera, también muy negra, desbordaba en las sienes, un poco revuelta, como si constantemente la agitara el aire. Cogió amistosamente a Desiderio por el brazo y le apartó del círculo en que estaba.

—Llevaba unos días con muchas ganas de verte, para charlar contigo. Te lo diré en dos palabras. Se retiraron a un extremo del patio, uno de los ángulos al abrigo de las tertulias y de los espontáneos. Le hizo sentarse. —¿Tienes cinco minutos para mí? Desiderio miró su reloj. —Me hubiera gustado tener más tiempo. Pero por desgracia tengo que ir a casa de mi padre en seguida. Está grave desde anteayer. Explicó en pocas palabras la enfermedad de su padre, pero atajó de pronto: —Dime: ¿de qué se trata? —Sería largo de contar si empezara a entrar en justificaciones. En definitiva, quisiera que me hicieras un informe sobre lo que tú hayas podido observar en tu campo, con relación sobre todo a los aparceros. Tu finca es el prototipo de las masoverías de nuestra tierra. Y tu testimonio nos puede ser muy útil. Se trata de una pequeña molestia, un servicio al país que no te puede causar trastornos. Nicolás Borredá y Desiderio Rius habían hablado mucho de política unos años atrás. Habían militado juntos en las filas de un partido político, «Acció Catalana», en los antecedentes mismos de la República. Pero de eso hacía ya tiempo; muchas circunstancias los habían separado después. En primer lugar, Desiderio había abandonado el ejercicio de su patriotismo ocasional cuando advirtió que el renuevo que hubiera podido significar el advenimiento del nuevo régimen quedaba desvirtuado por la incomprensión, por los egoísmos y por las banderías. Hubo unos meses y unas circunstancias críticas que derivaron mal. Cuando pocos meses antes del doce de abril regresó don Francisco Maciá de su exilio, lo hizo cargado de prestigio y por encima de cualquier filiación. Era un patriarca sin partido que se ofrecía como una bandera. Desiderio Rius y Nicolás Borredá batallaron entonces juntos para obtener del partido la decisión de adoptarle y de instituirle en jefe indiscutido de aquella hueste intelectual y progresista, catalanista y cosmopolita a la vez, en la cual se cifraban las esperanzas de una rápida evolución que enterrara los siete años de Dictadura y diera hombres nuevos al país. Su esfuerzo fue vano. El presidente del partido, un periodista e historiador de mentalidad restringida y de terquedad insólita, se opuso tenazmente a esa resolución. La figura de Maciá, que podía haber sido entonces una bandera, fue izada por los elementos extremos y se colocó como cabeza de un partido que en principio sentaba mal a sus dotes, en las que se mezclaba un buen acopio de intransigencia regionalista con la templanza que le daban los años. Maciá era un federal católico que hubiera podido estar por encima del bien y del mal en aquellas circunstancias. Su voluntad nacionalista no casaba con el simple clasismo de «l'Esquerra». Desiderio se apartó desde entonces de toda

preocupación política. Nicolás Borredá, en cambio, se lanzó con denuedo a ella. Independientemente de «l'Esquerra» y de «Acció Catalana» pero equidistante de ellos fundó su propio matiz crecido en torno a un periódico para el cual, pese a su apartamiento, Desiderio aportó ciertos fondos a título personal. Pero después de aquello apenas si se veía con Borredá más que en el Ateneo, y por casualidad las más de las veces.

—El informe te lo puedo dar en el acto. Lo que Companys está intentando en el campo es una pura insensatez. Predicar la revolución es muy cómodo. Pero en mi finca y en todas las de la comarca no hay espacio para la revolución. Tú lo sabes tan bien como yo. Esta revolución campesina, en nuestra tierra, está hecha desde el siglo XIV. Lo demás es propaganda, simple propaganda electoral.

—Sin embargo, sobre el papel, lo que hace Companys no carece de lógica. No nos engañemos. La victoria nos la dieron nuestros invitados. Sin los votos de la CNT aquí todavía mandarían Cambó y Ventosa y el rey no hubiera caído. Lo que Companys pretende es liberarse de esos votos comprometedores. Piensa que en la próxima ocasión, si la hay, esos votos de la ciudad nos barrerán a nosotros mismos. Por tanto, busca sustituirlos por un proletariado que no sea forastero. Pretende edificar su fuerza sobre bases nuevas, que son el trabajador del campo.

—El trabajador del campo, en nuestro país, se lleva del campo más de lo que merece. A mí la finca me cuesta dinero todos los años. Lo que te da el payés son un par de pollos por Navidad, nada más. Pero perdona, Nicolás. Otro día podemos hablar de eso con más calma. ¿Por qué no vas alguna vez a la finca y allí, sobre el terreno, nos dedicamos a hablar? Ciertamente, hoy me es difícil.

—Sí, eso haremos. Comprendo tu estado de ánimo. Se levantaron de nuevo. —Espero que se resuelva bien lo de tu padre —animó Borredá—. En cuanto pases ese trance te llamaré de nuevo. Desiderio se despidió y salió del Ateneo. Buscó su coche, aparcado en la esquina de las Ramblas, y subiendo a él se dirigió a casa de su padre. Le abrió Josefina.

Avejantada, llorosa, aquella sirvienta rozaba ya la vejez. Había vivido todos los avatares de aquella casa, desde la muerte de Mariona hasta hoy, y era para Desiderio como una segunda madre. En cuanto le vio, apretó sus manos.

—¿Cómo está?

—Igual.

—¿Qué dice el médico?

—Nada. Hay que esperar. Hasta mañana o pasado...

Desiderio entró en el pasillo y después, de puntillas, en el cuarto de su padre. Una sombra se incorporó en un ángulo. Destellaron un instante, en los ojos, el brillo de unas gafas. Era Arturo Llobet, el apoderado. A su lado, en la oscuridad, otra sombra musitaba oraciones. Era la monjita veladora, que Josefina había ido a buscar un par de noches antes al convento de la Esperanza.

—Váyase a su casa, Llobet. Yo me quedaré toda la noche. Llobet ronroneó algo,

insistiendo en quedarse; pero Desiderio le empujó suavemente hacia la salida. —Esté tranquilo; nada puede hacer. Si ocurriera algo, le avisaría en seguida. Lloroso también, angustiado, aquel hombre, a quien las espaldas parecían habersele curvado de pronto, no sabía reaccionar. Pero ya en la antesala Desiderio acabó de convencerle. —Es necesario que descanse usted. De todos modos, mañana por la mañana tiene que estar antes que yo en el despacho. Le ruego que se vaya a descansar.

Llobet apretó también la mano de Desiderio. Este le oyó cuchichear con Josefina en el recibidor y volvió a entrar en el cuarto del enfermo. Se acercó a él. La barba revuelta asomaba sobre la sábana, al tenue resplandor de la lamparita de aceite. Le pasó la mano por la frente, blanca y translúcida, como de pergamino. Se oía el rumor silbante de la entrecortada respiración. La frente ardía. Otra vez el espectro de la muerte pasó por su imaginación. Se retiró, inquieto, asustado. Fue a sentarse en el ángulo de la habitación, en la butaquita junto a los postigos que daban a la calle. Entró de nuevo Josefina.

—Es necesario que tomes algo. Voy a prepararte un poco de cena.

Y empezó la vigilia de aquella noche larga, interminable.

Durmió en su antigua habitación, donde reconocía y se le tornaban otra vez familiares el tono del papel de los tabiques, el diseño de las molduras del techo, el perfil de la estampa de la pared, las sombras de la lámpara. Los objetos del mundo exterior están todos atados a su pasado y a su historia, y en aquel cuarto resucitó de pronto el sabor de las sopas de pan de otros tiempos, el modo como su padre pasaba todas las noches las cuentas de la jornada, ante unos reversos de sobre aprovechados como borrador; en los que había apuntado las cifras con lápiz; su extenuación después de las horas pasadas con Jeannine, de cuya figura le quedaba un rastro impreciso de suavidades y exaltaciones. Pero ¿era posible que hubiera vivido allí, todo él cargado de esperanzas y de ilusiones? ¿Cuántos años habían pasado desde entonces?

Se durmió, sin saber cómo, con la evocación de la finca. La figura de Nicolás Borredá apareció en un trazo y gravitó unos instantes en una actitud peculiar. Estaban en el balcón de la Generalitat, en la tarde del 14 de abril. La plaza estaba colmada de una muchedumbre que se agitaba como una ola inmensa. Los gritos atronaban y Nicolás tenía los dos brazos en alto; desmelenado, gritaba desaforadamente; él gritaba también. En el centro, moreno el curtido rostro, blanco el cabello, el presidente pedía silencio. De pronto, todo se acalló. Se escuchó una voz, una sola voz: «Catalans...». Y otra vez el bramido multitudinario e incontenible. Luego despertó un instante. Era la mano de Josefina, que estaba junto a él. «Duerme, no te levantes; está bien. Ahora está más tranquilo».

El sol se filtraba ya por los postigos entreabiertos. Se sentía reposado y sin sueño. Se incorporó de golpe. Eran las nueve de la mañana. Se puso la bata, saltando de la

cama, y cruzó el piso hasta la habitación de su padre. Era raro que hubiera podido dormir así, tan seguido.

Su padre dormía apaciblemente; pero su frente hervía aún. Miró a la monja veladora, que levantó un instante sus ojos del devocionario, en la penumbra. Le hizo un signo con el dedo, como aconsejando silencio.

Poco después Desiderio, ya vestido y tras un desayuno frugal, montaba en su coche, que había dejado en la calle, y se dirigía a la fábrica. Aquel era el mismo trayecto que su padre realizaba todos los días, desde aquella casa, a lo largo de cuarenta años, los que él tenía. Y desde mucho antes también, en compañía del abuelo. A Desiderio le resultaban extraños la hora y el panorama. Normalmente se dirigía a la fábrica una hora después, a mitad de la mañana y desde la Bonanova. La sombra es distinta en el centro de la ciudad. Es una sombra acogedora y húmeda, que participa de las exuberaciones de la noche y conserva su frescor.

Cruzada la ciudad, el panel del largo, interminable muro, con la grafía enorme de la fábrica, «Tejidos Joaquín Rius», destellaba a la luz. La boca de la entrada estaba abierta y el coche se deslizó entre las jambas. Lo dejó en el ancho patio central, bajó del automóvil y penetró en el edificio. Subió por la escalinata de mármol y llamó a la puerta del despacho del apoderado. Llobet, contra su hábito, estaba de pie junto al ventanal, observando la planta en la que se agitaban los telares. Se volvió sin perder su aplomo.

—Buenos días, señor Rius.

En su mirada, tras los lentes montados al aire y pinzados en su nariz, brillaban unos ojos inquietos, como atemorizados. Preguntó en seguida:

—Dígame, ¿cómo está?

Desiderio le tranquilizó. Le había dejado reposando. El médico llamaría de un momento a otro, en cuanto llegara.

—Pero... ¿no le ha bajado la fiebre?

Desiderio negó con la cabeza.

—No hay que alarmarse, Llobet. Seguirá su curso y se repondrá: ya lo verá usted.

Llobet se encaró de nuevo al ventanal. Observaba algo que le llamaba la atención en las naves. Desiderio se acercó y observó a su vez.

—¿Qué ocurre?

—Nada, parece que hoy, precisamente hoy, están alborotados.

Lo decía como si se tratara de una turba de colegiales.

Desiderio no advirtió nada. Estaban cada uno frente a su telar. Una y varias hileras de telares todos iguales, palpitantes, sonoros. Un vagido intenso montaba desde la nave hasta su percepción; era un rumor macizo y sordo, de golpeteos y vibraciones superpuestas. Uno de ellos, de los operarios, sí pareció adoptar una postura insólita. Se apartó de su máquina y se dirigió hacia otra; cogió al operario que estaba frente a ella y, agarrándole por la camisa, le sacudió con fiereza, dándole unos manotazos en la nuca, amistosa y bruscamente. Hubo en aquel sector un parón y

hasta se vio reír a carcajadas a algunos de ellos.

—Debería bajar a las naves, aunque no sea día de inspección. No conviene que se desmanden.

A Desiderio le azoraba la inspección. Eso era cosa de su padre y de Arturo. No obstante, se dispuso a complacer al apoderado.

De algún modo, en las naves se notaba una relajación —o por lo menos en aquella— por la ausencia de don Joaquín.

—Están de guasa. Es buena señal.

Se disponían ya a salir cuando entró en el despacho un muchacho joven, de mediana estatura, fuerte y macizo, cabello rubio cortado muy raso. Era Miguel Llobet, el hijo de Arturo.

—Ha vuelto Máximo —informó.

—¿Máximo?

—Sí, el que se tiró de espontáneo a la plaza, en la Monumental. ¿No lo oyeron?

Desiderio recordó el lance. Y hasta recordaba la figura de ese personaje, en el centro de la irrisión y de la chacota. Se trataba de un muchacho con inclinación a los ruidos. Era un protegido de Feliciano, el viejo sindicalista, y trabajaba junto a su máquina. Pero acababa de pasar una quincena en los calabozos a causa de su gesta, de la que no salió sin algunos revolcones y cardenales. A su vuelta, era el centro de la atención de todos. Allí estaba, soportando golpes y chistes.

—Vamos allá —propuso Desiderio, picado por la curiosidad y con deseo de agradar a Arturo.

Salieron del despacho y descendieron por la escalerilla que llevaba directamente a la nave central de los telares. Pronto el fragor de las lanzaderas les hizo levantar el tono de la voz. Al hallarse en el centro del pasillo le invadió de nuevo a Desiderio la sensación sofocante que le aturdió cuando se disponía a enfrentarse con lo que Llobet llamaba, de manera abstracta y mortificante, «el personal». En la coyuntura de enfrentarse con ellos, de verlos cara a cara, el ánimo de Desiderio se sentía un poco confuso. Sin embargo, y anticipándose a su apoderado, echó a andar.

A ambos lados del pasadizo central se alineaban uno tras otro los telares, que se prolongaban en número copioso a ambos lados, como artefactos de guerra en una parada militar. A medida que avanzaban, los obreros parecían perder una parte de su personalidad; en aquella circunstancia creía Desiderio que dejaban de ser hombres individualizados para convertirse de pronto en adherencias y complementos del mecanismo que manejaban. Conocía a algunos de ellos, de tanto verlos pulular por el patio a la salida, más que de observarlos al pie de la máquina. Avanzaba con lentitud, como su padre, pero a diferencia de este no se paraba a interpelar a nadie sobre cuestiones de trabajo. Se dirigió derechamente, a mitad de la sala, al telar en que trabajaba Máximo, a quien identificó porque todos, en aquel momento, le estaban mirando. El hombre paró su máquina, para poder contestar al hijo del dueño con más llaneza.

—¿Qué tal, amigo? Me han dicho que tuviste un disgustillo...

Era un joven de unos veintipocos años, pómulos fuertes y cuello poderoso, una nariz roma entre dos ojuelos vivaces. Su tez era blanca, algo sonrosada y el pelo, castaño claro, le hacía un revoltijo sobre la frente, que acentuaba su gesto malicioso y un poco desvergonzado.

—El disgustillo lo tienen ellos. La verdad es que yo triunfé, pero me agarraron...

Hablaba con un ceceo andaluz, comiéndose el final de las palabras.

—Me lo hubieras dicho; hubiéramos ido a aplaudirte, hombre de Dios; esas cosas se avisan.

El tono era amistoso y de confianza. Parecía que a Máximo le gustara esta expansión con las altas esferas, que nunca se habían dignado hasta entonces descender a su nivel.

—Sube mañana a mi despacho y hablaremos más de este asunto. ¿De dónde eres tú?

Hubo un asomo de desconfianza en el rostro del obrero.

—¿De dónde va a ser uno?

—¿No has nacido aquí?

—¡Ni hablar! Soy de Murcia.

Era ociosa la cuestión. El deajo era inconfundible, y hasta la expresión.

—¿Desde cuándo trabajas con nosotros?

—¡Qué sé yo! ¿Como cuánto hará que me vine? —inquirió torciéndose hacia su compañero, un hombre maduro, que contemplaba la escena a su lado sin que en su rostro se moviera uno solo de sus músculos.

—Lleva dos años aquí. Primero estuvo en Tintes, hasta que me lo traje, con permiso de ustedes —dijo el segundo operario.

La facha y la actitud de ese segundo operario no se prestaban a ningún género de jocosidad. Hablaba en serio y con voz muy clara, sin deajo alguno. Desiderio le observó unos instantes. Iba a decir algo, pero insistió, para terminar:

—Lo dicho. Sube a verme cualquier rato. Así me explicarás eso, por si te puedo ayudar, que conste... —tranquilizó.

Otra vez el silencio y el golpeteo de las máquinas se producían a su contorno, de regreso al despacho.

Esos eran, según decía Nicolás Borredá, «nuestros invitados». Sabía de Feliciano, el operario serio que terciara en la conversación, que era un jefazo en la Sindical; eran aquellos cuyos votos habían dado, principalmente, la victoria del 12 de abril. Así, uno a uno, componían el substrato oscuro de la sociedad, muy lejos del aire afable que discurría por los *greens* del golf de Pedralbes. Esos eran la amplia zona de la ciudad que desde la colina de Pedralbes se divisaba como un mar confuso de chabolas y techumbres, en las zonas lejanas que se mezclan a la orilla del mar y que están sumidas en la humedad y en la neblina. Y a ellos querían ahora apartar de toda participación pública, sustituirlos por el campesino a la hora de la presión social;

porque ellos recibían consignas y actuaban en grupos y tal vez llevaran en la recámara la bala que los iba a destruir.

En aquel instante sonó el teléfono. Desiderio había dejado al apoderado en su despacho y estaba solo en el suyo, frente a su mesa. Le atosigó raudamente una inquietud. Era preciso que su padre se repusiera, era necesario que no le dejaran «todavía» al frente de todo aquello.

Hablaba el doctor.

La gravedad y la incertidumbre subsistían. No había empeorado, pero todavía persistía la agudeza del mal. Era preciso esperar veinticuatro horas; la crisis no podía tardar más de ese lapso en producirse.

—Pero, diga, doctor. ¿Qué impresión le da?

—Yo tengo confianza. Su corazón es fuerte. Es preciso tener confianza y esperar.

Eran ya las once y pico de la mañana. Colgó el teléfono y se dispuso a salir. Se despidió de Arturo. Abrió la puertecilla de la administración. Una docena de empleados en mangas de camisa estaban abocados a las mesas, enfrascados en los papeles. Miguel Llobet —el joven— levantó la cabeza, se incorporó y con la mano le hizo un signo para que le aguardara.

Ya junto a él, le explicó que quería despedirse: aquella tarde empezaba sus vacaciones. Estaría fuera solo unos días, puesto que se guardaba otros tantos para el fin del verano... Su aire deportivo y su sonrisa parecían aquel día recién estrenados. Era un mocetón impetuoso, de mirada clara y expresiones vehementes y rápidas. No se parecía a su padre, que siempre daba rodeos para expresar lo que pensaba.

—¿Y adónde vas?

—Voy a Rupit, con unos amigos. ¿No lo conoce?

—No.

—Es un lugar soberbio, lo mejor de Cataluña, encima de las Guillerías. Está a mitad de camino entre Vich y Olot.

—Que te pruebe mucho.

—Desearía que me avisara si, por desgracia, ocurriera algo a su padre —hablaba sin cumplidos, sin circunloquios—, pero confío en que todo irá bien. Mi padre tiene mi dirección. Si estuviera en mi mano ayudarlos aquí, me quedaría, pero ¿qué puedo hacer?

—Nada. No te preocupes. Disfruta de tus vacaciones, eso es todo.

—Gracias, y hasta la vuelta.

—Adiós, Miguel.

Desiderio le dio la mano y un golpe amistoso en la espalda y siguió su marcha hacia el exterior, por la escalinata.

Volvió a su casa. Josefina le aguardaba. Le confirmó lo que el médico acababa de decir. Entró en el cuarto del enfermo. Su respiración, en relación con la de la jornada anterior, parecía más regular y calmada. Joaquín Rius entreabrió los ojos, miró a su hijo unos instantes y le pareció a este que esbozaba una sonrisa cansada. Luego

tumbó de nuevo su frente en la almohada.

—Yo no vendré a almorzar, Josefina. Pero telefonaré; y esta tarde, a eso de las cinco, pasaré por aquí.

Josefina le despidió en la puerta. Desiderio subió al coche, lo puso de nuevo en marcha y se dirigió, por las Ramblas, hacia la Barceloneta, junto a la playa.

El barrio, originalmente sede de los pescadores, era ya un conjunto de casas desiguales en las que habitaba gente de toda clase de oficios. Desiderio había encontrado en una de ellas, remozada frente al mar, una especie de palomar, una azotea que había transformado en estudio. Era uno de esos rincones fraudulentos para esconder los encuentros que no se pueden exhibir. Se llegaba a él por unas escaleras pinas y mugrientas, en las que se oía chillar y llorar a los niños del interior de los cuartos, los cuales, a veces, aparecían en la escalera sin calzones y con las narices sucias. Blanquita y él raramente subían juntos aquellos escalones. Acostumbraban a encontrarse ya en el interior del ático, que, por contraste, había sido decorado por Desiderio con refinamiento. Al llegar a la cumbre todo parecía cambiar. Y Blanquita respiraba allí, finalmente, sin miedo.

Desiderio dio vuelta al llavín y entró. Sobre el diván turco estaba tendida Blanquita. El escote y los brazos parecían hechos con una materia más noble y magistral que cualquiera otra. Su cabello rubio, en cascada, fluía hasta sus hombros y ocultaba una parte de su mejilla; estaba adormecida, abandonada a la leve brisa que entraba por el batiente abierto que daba a la pequeña terraza, en la que había un balancín de dos plazas con un dosel de lona amarilla que lo resguardaba del sol. En el interior la penumbra era fresca y la luz moderada y suave.

Desiderio se acercó a ella, se tumbó a su lado, la acarició y la abrazó, la besó sin respiro. Ella se revolvió, tardamente, dócil a la acuciante arremetida. De vez en cuando, unos suspiros, unas palabras sueltas se perdían en el rumor que, abajo, en la playa, en la calle, hacía el vagido de la muchedumbre y los sones lejanos y cascados de un altavoz, hiriente en la calígne del mediodía.

Era ella quien había querido que eso fuera así y transcurriera de ese modo. Él no la forzó a subir, la primera vez. Se entregó a él antes que a nadie y para siempre. Y a medida que pasaron las semanas y los meses y se sucedían las estaciones modificando el estilo de luz de aquel contorno exiguo, pero suyo, testificaba ella que hubiera vuelto a hacer lo propio cien veces que hubiera surgido la ocasión.

Cuando él oponía reparos a su situación y le decía que toda la vida, sin ataduras, estaba por delante de ella, ella se negaba a escucharle. Y cuando, en la incertidumbre de los días y de los inexorables lapsos del calendario, parecía que surgiera una demora, un aplazamiento de la condición que ella era, le miraba a los ojos con cierta expectación.

—Deseo con toda el alma tener un hijo tuyo. Nadie lo sabría, tú y yo. Y eso lo arreglaría todo.

Después, más tarde, Blanquita y Desiderio estaban sentados, uno al lado del otro,

en la terraza del estudio, frente al mar; desde aquel mirador se columbraba la agitación de la muchedumbre en la playa, lacerada por el sol y, a los lados, el espectáculo del barrio pescador y proletario, con la colada colgada en las azoteas, que una ligera brisa removía.

Había transcurrido como un vendaval sin huella, como un estallido impremeditado y tumultuoso el misterio erótico, y ahora quedaba un impreciso relajamiento, una atonía sosegada. La fuerza del sol era deslumbrante. Bajo el dosel de lona de la terraza, la cabeza de Blanca, apoyada en el hombro de Desiderio, sostenida por él, no rumiaba ni la felicidad ni la ignominia. Simplemente, se dejaba mecer por el leve vaivén del balancín, transida de abandonos, a los que llegaban como un eco lejano voces confusas, desde la playa, desde los tejados, como un resuello de muchedumbre que hiciera más patente y más sabrosa la soledad de ambos. En la lejanía, unos patines a vela, unos bajeles blancos y el humo, en el horizonte, de algún barco en derrota, ponían a su percepción una lámina de irrealidad y de ensueño. En aquellos instantes nada existía, nada parecía existir de verdad más que ellos dos, unánimes, en el silencio y la entrega.

¿De qué podían recelar ni qué cosa podían temer? La circunstancia era exclusiva, nadie la podía hollar. Mientras estaban juntos en aquel lugar, al abrigo de todo y de todos, el universo entero era accidental. Solo al separarse volvía a ser, cada uno, vulnerable. Pero mientras permanecían allí, en el silencio, cabalmente eran el centro del mundo, firme como una pieza de granito incrustada en la tierra. Les parecía absurdo, incoherente, cuanto quedaba al margen de los dos. Ni los escrúpulos de su vida corriente, ni las amenazas que les cernían, el trabajo, los celos familiares de cada uno de ellos; todo desaparecía, se diluía y dejaba de existir. Por eso Desiderio estaba convencido de que, si se terciara, podría realizar sin temor su sueño y abandonarlo todo y quedarse con Blanca para siempre, porque entonces ya no pensaría en nada contingente y ajeno a ellos. Los temores, las incertidumbres, el dolor estaban únicamente en la exigencia de la separación. Cuando más inquieto se sentía por la irregularidad y el peligro de sus relaciones, confiaba a Blanca, en su depresión: «Lo que temo es que un día, sin saber cómo, nos echen del Paraíso». Ella protestaba, vehemente, segura de sí: «No podrá ser, porque el Paraíso somos nosotros».

Después, mucho después, la vida exterior pugnaba por filtrarse de nuevo por las rendijas mal cerradas del ánimo. Entonces comenzaba alguna conversación trivial. Blanca preparó un poco de comida y calentó café. Hablaban como dos chiquillos, sin ocultar ni un atisbo de lo que se les iba ocurriendo. Eran esbozos, a veces caricaturescos, de la gente que ambos conocían, o recuerdos dormidos de la niñez, que a nadie hubieran podido confiar. Blanca contaba sus andanzas por la tierra, en Andalucía. Desiderio explicaba entonces cómo se había enamorado de Jeannine, el dolor que sufrió; quién era ella. Lo hacía, no por hacerla sufrir, sino porque era ella misma la que le sonsacaba, curioseando, para enfurecerse al fin. «Ya debe de ser vieja

y fea. Yo, no; yo soy todavía joven», afirmaba, desafiándole. «O quizá ya está muerta». «Sí, ya lo está», decía él. Entonces Desiderio no podía evitarlo; la abrazaba sin resistencia y otra vez se debatía y luchaba y la besaba.

Y sin embargo, implacablemente, se acercaba minuto a minuto la hora de separarse otra vez, de mezclarse cada uno por su cuenta en el tumulto ciudadano, de romper la intimidad y de volver al riesgo. Desiderio la contemplaba entonces con dolor. En aquella figura juvenil y hermosa estaba toda su vida. Pensaba que llegaría, que tal vez llegara el día en que esa realidad pudiera aflorar a la luz pública, no ser ya más un secreto vergonzante y oculto. Ella era mucho más que un amor compartido, infinitamente más que una aventura o un placer. Ella era cabalmente su alma entera, su amigo y su hermano, el cuerpo que adoraba, la voz que presentía. Ese ser innominado en mitad de la ciudad, en mitad del mundo, era para él la ciudad entera, el mundo concluso. Y si era tan sencilla su afección, tan natural su hallazgo y su encuentro, ¿por qué había de ser a la vez tan difícil? Un día, inesperadamente, todo tendría que venir a su cauce... ¿cuándo, cómo?... ¿Y por qué era así?

Cuando llegó de nuevo a casa de su padre no habían dado todavía las cinco, pero recordó entonces que se había olvidado de llamar, como había prometido, a Josefina. En cuanto esta abrió la puerta, él advirtió que algo inesperado estaba ocurriendo. En el interior se oían voces, voces graves, y el rostro de la vieja doncella estaba desencajado y angustiado.

—Mal. Muy mal. Ha empeorado.

Fue como una cuchillada que hiriera de súbito a Desiderio. De golpe adivinó la realidad de su deserción, de su olvido.

—Están ahí los doctores. El doctor Finat ha convocado una consulta. Yo he llamado al señor Llobet, que está ahí también. Y ahora vendrá el Viático.

Se quedó sin respiro, abrumado de dolor, de remordimientos, sin acertar a cruzar aquel recibidor que le asomaría a la imprevista realidad. Todo cuanto dejaba atrás — el borrón de sol de la Barceloneta, el cuerpo y las palabras de Blanquita— le parecían un delirio culpable. Y estar allí entonces, entrar de golpe y sin transición en la rotundidad de la muerte, abocado al infinito y a la desolación, una vesania sin atenuante.

En el salón, con el doctor Finat, médico de cabecera, estaban dos hombres más; dijeron su apellido; eran dos eminencias, que se incorporaron con un aire indiferente y profesional.

—Se ha declarado la inflamación en el otro pulmón. La temperatura ha subido aún más. Tiene cerca de cuarenta y dos grados. Francamente, he aconsejado que llamaran al sacerdote; la doncella me lo ha sugerido. Todo esto agrava la cuestión.

—Pero...

—Sí; puede morir.

—Y... ¿habría esperanzas?

El doctor miró a sus colegas. Hubo un brevísimo silencio.

—Naturalmente; mientras hay vida... ya se sabe...

La habitación del enfermo estaba totalmente a oscuras, solo alumbrada por la llamita tintineante de la lamparita de aceite. Allí, en un rincón, estaba Arturo Llobet. A pesar de la oscuridad, su estampa era inconfundible. Se incorporó en las sombras y se echó a llorar, en brazos de Desiderio. Este sintió el estallido de aquel sollozo viril en sus solapas, sobre su pecho, como una tempestad sorda y contenida que rompiera el hechizo incauto y baldío de las horas anteriores, allí donde también el rostro de Blanquita se había apoyado para soñar. Aquel convulso jadeo del hombre, sin mentira ni continencia, hondo y terrible, desmanteló de pronto su ánimo. Sintió que algo insospechado, nunca sentido, le arrasaba de pronto. Le temblaron las piernas y el ánimo, y cayó arrodillado junto al embozo de la sábana. Su frente, perlada de sudor, cayó sobre la mano del enfermo, que era casi la de un cadáver.

No pudo precisar si estuvo así unos minutos, unas horas. Se levantó de pronto, en busca de Josefina. La vio, hundida en un rincón. Musitó:

—Envía un telegrama urgente a Caldetas. Que vengan en seguida la señorita y el chico. Diles la verdad. —Y entonces rompió a llorar, primero en agudo jadeo, luego sordamente.

Se escuchó en la puerta el sonido de una campanilla y se vio el reflejo de unas velas cuya luz lamía insensiblemente el papel de los tabiques, al avanzar. Los doctores se habían marchado. Entraba el sacerdote, precedido por dos monaguillos, en la oscura habitación. Exánimes, abrumados, Llobet, Josefina y Desiderio cayeron arrodillados. Un monaguillo había avanzado poniendo en manos de cada cual una vela encendida. La habitación se llenó de gente. Habían entrado la portera y unos vecinos; una docena de rostros a medias conocidos, con ese dolor que las circunstancias imponen y que no alcanza a ser sincero.

Se acercó el sacerdote a la cabecera del enfermo y susurró en su oído unas palabras, al tiempo en que le cogía y apretaba, sobre la sábana, aquella mano inmóvil y blanca. Volvió a hablarle, sin que el enfermo se moviera. Solo se oía, ahora hondo y angustioso, lacerante, el bronco silbido de la respiración. Cuando le habló de nuevo, este respiro pareció quebrarse unos instantes, luego volvió a empezar y le bendijo. Sacó con cuidado, con devoción, la santa hostia de una píxide; la mostró sin dejar de orar y haciendo con ella brevemente la señal de la cruz en el aire, se inclinó sobre el enfermo. Josefina y la monja le ayudaron a incorporarse un poco. Don Joaquín entreabrió un instante los ojos. Fue un breve fulgor, un rápido reflejo. En la boca, que era como una mueca sin dibujo, entró la parcela blanca consagrada. Pasó el sacerdote la yema de su pulgar derecho por la frente, por la boca, por el pecho del enfermo. Luego el clérigo se incorporó. Oró en latín y bendijo y asperjó a aquella figura yacente y la habitación.

Desiderio y Llobet estaban con la cabeza inclinada en el pecho, ahogando,

dominando su dolor.

Josefina, en cambio, el pelo cano, los pasos cortos, hacía acopios de entereza y balbucía: «Por tu Cruz y Pasión, líbrale, Señor... Por tu muerte y sepultura, líbrale, Señor...». La monjita y ella leían esas letanías en un devocionario, a media voz.

A partir de entonces las horas volvieron a discurrir lentamente, angustiosamente. Se hizo de noche y quedaron los cuatro —los dos hombres, la monja y Josefina—, encerrados en la habitación agobiante, caldeada por las emanaciones de los eucaliptos hirvientes y los cazos humeantes. De vez en cuando, Llobet y Desiderio salían al salón y respiraban junto al balcón entreabierto la emanación más fresca de la noche. Transcurrieron muchas horas. En un instante, inesperadamente, se acercaban a la cabecera del enfermo para contemplarle, para atisbar en sus rasgos algún signo que les permitiera aventurar el estado en que se hallaba, alimentar alguna esperanza. Pero todo seguía igual. Otras veces les parecía que el silbido trágico de su respiración se atenuaba y en alguna ocasión, alarmados, creyeron que había cesado de respirar. Pero luego, poco a poco, la respiración se fue volviendo otra vez más pausada. Eso ocurrió al amanecer. Derrotado, acabado, Desiderio se adormeció en un butacón, en la sala. Llobet cabeceaba sin moverse de la silla, frente a él.

Con la luz del día, Desiderio fue a su antiguo cuarto y se tendió en la cama. Durmió irregularmente, a trechos. Como en la noche anterior, las últimas horas del sueño fueron totales. No se había quitado más que la chaqueta, los zapatos y la corbata para dormir así. Le despertó una voz inconfundible, que aleteaba sin rebozo por los pasillos, por lo visto ajena al clima en que aquella casa había vivido desde que don Joaquín enfermó.

Era Crista, su mujer. Desmelenado, salió a su encuentro. Llegaba sin Carlos, pero en cambio la acompañaba una amiga, Cecilia Pons, que desde hacía algunos meses era su inseparable.

—No, no. De ningún modo, Carlos, no —arengaba a Josefina—. ¿Para qué? Esas cosas los chicos después las recuerdan toda la vida, ¿verdad, Cecilia? Yo recuerdo, cuando murió mi padre, el pobre, ¡qué angustias! Son cosas y manías de antes. Y que conste que yo a mi padre lo adoraba, te lo juro; era una persona admirable. Él me quería con delirio, esa es la verdad. ¿No llegaste a conocerle, Cecilia? No, claro que no... ¡Qué despiste, hija mía! Si cuando tú y yo nos conocimos ya estábamos casadas... ¡Ah, mírale cómo sale! ¡Qué facha, hijo mío! —comentó, al ver a Desiderio asomar por el pasillo, desmelenado y sin arreglar, en mangas de camisa—. Le decía a Josefina que resolví no traer a Carlitos, el pobre. ¡Imagínate qué impresión! Desiderio cruzó junto a ella, crispado. Iba a pasar, pero se detuvo. Saludó a Cecilia.

—Discúlpame, pero... hemos velado casi toda la noche. Pizpireta, Cecilia —baja y rechoncha, hermosa de cara pero desfigurada por los potingues— simuló, sin embargo, una compunción que no afectaba a Crista.

—Es natural. ¿Cómo está tu padre?

Desiderio miró a Josefina. Esta habló por él, ante el desdén ostensivo de la mujer de Rius.

—Estas últimas horas parece que está un poco más tranquilo, gracias a Dios.

—Vamos para allá —ordenó Crista.

—Pero tendrás la bondad de hablar más bajo, querida. Está muy mal, muy mal, y quiere silencio... —intimidó él. Aun antes de que entraran ellas, Desiderio quiso hacerlo solo y con un signo mandó a Crista que se detuviese a la puerta. Estuvo dentro unos instantes y luego permitió que entraran, aconsejando, sin embargo, silencio.

—Ahora descansa. Por favor, dejadle así.

No obstante, desde fuera oía Desiderio el barboteo de las palabras de Crista, unas palabras fuera de lugar, ajenas a lo que allí estaba ocurriendo.

Cuando las dos mujeres estuvieron de nuevo en el salón, Desiderio arremetió, con cautela, a su mujer.

—A pesar de tus razonamientos, deberías haber traído a Carlos. En estos momentos debiera estar aquí.

—¿Ves cómo son? —soltó Crista a su amiga, buscando en ella una especie de complicidad y refiriéndose en su generalización no se sabe si al género masculino globalmente o a la especie de los maridos en particular—. Chica, una hace un sacrificio, se levanta, se viene, arma un zipizape en casa, llega sudando... Pues lo primero que le sueltan es un bufido. Total, ¿para qué? Tu padre está enfermo y la verdad, ya tiene años, pero... no se va a morir.

Desiderio la miró con fijeza, con dureza, sin hablar.

—En esta casa siempre han sido alarmistas —dijo, dirigiéndose de nuevo a su amiga—. Desde que era pequeño, la dichosa Josefina, que es su ojo derecho, le tenía de mimado que no quieras saber. Y cualquier cosa que pase es ya la catástrofe.

—Cállate, por favor, Crista —exigió él, con dureza.

—Me voy a casa, hijo, a la mía. Tengo infinidad de cosas que hacer. Allí estaré toda la mañana, si no mandas lo contrario. Chica, el verano lo trastorna todo. Y además, mira cómo voy. Tengo que pasar por el peluquero. Luego volveré, querido...

Y oyó que, ya por el pasillo, ilustraba a su amiga:

—El abuelo es fuerte... Tú verás como nos entierra a todos...

II

LOS DÍAS QUE SIGUIERON fueron de incertidumbre y de angustia, y transcurrieron para Desiderio y para Arturo en la atmósfera sofocante de la alcoba oscura y caldeada, donde el viejo Rius se debatía entre la vida y la muerte. A partir del cuarto día después del Viático, la fiebre empezó a ceder y la respiración se volvió imperceptiblemente más pausada. Postrado, con extrema debilidad, el enfermo abrió aquella mañana los ojos, que mostraron un reflejo mate pero expresivo de la vida que volvía y que vencía.

Entonces Desiderio y el apoderado se permitieron turnarse de nuevo en el trabajo, cuya dirección y responsabilidad habían sido confiadas durante el tenso proceso de la crisis a manos subalternas, a las manos un poco inhábiles pero consecuentes y bienintencionadas del contable Maluenda, un hombre albino y tímido, cargado de años y de achaques.

Cuando dos días después regresó Miguel Llobet, el muchacho, de sus vacaciones en las Guillerías, se encontró con que en la fábrica y en su propia casa volvía a renacer la normalidad, aún no exenta de temores. En la figura de Arturo, su padre, se notaban, sin embargo, las huellas del trastorno. Había enflaquecido, los pómulos se le marcaban en el rostro, cruzado por profundas ojeras. Respiraba con dificultad al subir la escalera. Contrastaba con la vitalidad del muchacho, que llegaba del campo pleno de salud, desbordante de energía, curtido por el sol y respirando a pleno pulmón los aires ciudadanos, como si no le afectara la diferencia de sabor que el hollín y el polvillo de la ciudad dejaban en su paladar y en sus pulmones, contrastados con la pureza, transparencia y frescor de los aires de montaña.

Había estado acampado en un peldaño enorme de la cresta de las Guillerías, en el repecho de un manantial que, antes de despeñarse en el vacío con una inmensa, interminable hebra de luz, que se tornaba de oro al ser cruzada por el sol, formaba un lago de aguas transparentes y frías. En esta soledad, que el rumor de la catarata rubricaba por la noche, todo era distinto: la vegetación, ubérrima, maridaje de soberbios álamos y cenicientas encinas, de robles oscuros y helechos de un verde aterciopelado, de castaños de copa solemne, que cubrían el curso, encendido de reflejos, del manantial. El campamento estuvo entre los dos brazos del río, que las truchas respunteaban a mediodía, ávidas de superficie y de sol. Eran dos docenas de muchachos, casi todos ellos empleados de comercio o de industrias como el propio Llobet, insuflados del ardor patriótico que, más aún que sus ansias de aire libre y de intemperie, los llevaba a hollar la tierra y el solar con dedicación sensorial e idealista.

El grupo estaba acaudillado por Gaspar Devesa, un par de años más viejo que los demás, en cierne historiador y erudito, geólogo, poeta, filósofo y artista. Congeniaba en aquel lugar con la flora y el fulgor del agua, porque había nacido no lejos de allí,

en una masía cuadrada de la marca carolingia, bastión contra la morería desde los tiempos de Carlomagno, y cuya línea de sucesión y de herencia, como la de una dinastía feudal, estaba desde el siglo XII impoluta de sangres forasteras. No hacía más de cuatro lustros que la línea tan ardidamente preservada durante centurias se había visto truncada de pronto. Aún no había podido explicarse Gaspar Devesa las raíces del hundimiento. Un padre emprendedor y reformista puede acabar en el plazo de una generación con aquello que la historia ha plantado como un árbol en el solar y que recibe la savia de la tierra. Y eso había ocurrido en la heredad de «ca'n Devesa», ahora en manos de unos sobrevenidos de Gerona, con negocios en la capital y torre veraniega en S'Agaró. Pero Gaspar Devesa se sentía el heredero de la raza y hasta el símbolo de ella. Era un revolucionario anterior, muy anterior a esta palabra, un «remensa» intransigente e irredentista que pretendía rehabilitar la historia en aquel punto en que había quedado truncada. No quería saber de otro país ni de otra tierra, que estas son intransferibles, y consideraba cualquier componenda o defección como un grave pecado contra el espíritu. Al principio se había adherido a los ideales en una noble corriente confusa, exaltada en su ánimo por las consecuencias políticas de la guerra del catorce, en las que se mezclaban los principios de la autodeterminación de los pueblos, de las pequeñas nacionalidades —y pensaba en Masaryk, en Briand, en los hombres que las entronizaron— junto a ciertos módulos tolstoianos, cierto anarquismo ideal, cierto individualismo feroz y altruista de raíz cristiana, según los moldes de la «no violencia» de Gandhi. Pero en 1926 conoció al coronel Maciá y participó con él en la conspiración de Prats de Molió, que pretendía sublevar a Cataluña desde el borde mismo de la frontera francesa. El movimiento no fue mucho más que una excursión, con arengas, manifiestos y declaraciones a la prensa comarcal de los bajos Pirineos, pero encendió en él la llama de su patriotismo y de su dinámica ideológica.

Era un muchacho alto, de noble rostro, de ojos inteligentes y sosegados, pese al hervor que escondían. Tenía una gran autoridad sobre los demás y una organización en cierne que se dispersaba por las principales poblaciones de Cataluña, sobre todo en el Vallés y en la comarca de Vich. Su fuerza eran la claridad, la rotundidad de su exposición verbal y su tenacidad. Era, en verdad, un dirigente.

Miguel Llobet le había conocido un año atrás, en el Café de la Rambla, donde sentaba a la sazón su cátedra. Luego pasó con él muchas veladas en la redacción de un semanario intransigente y juvenil llamado *L'Emprenta*, en el que Miguel Llobet, con aficiones literarias, empezó a escribir. Pero la acción proselitista y la cohesión del grupo se efectuaban de hecho en las reuniones campestres, que tenían una vertiente simplemente deportiva y gimnástica y otra vertiente, mucho más acusada, de ejercicio militar. Ellas respondían a una ambición formativa global de los hombres que se reunían. La disciplina era estricta, dura; la organización de los campamentos, adecuada a las fórmulas que emparentaban, a un extremo y a otro, el escultismo internacionalista y al fascismo naciente en Alemania y en Italia. Pero ellos eran

catalanes, solo catalanes. Su instrumento de expansión cultural se llamaba «Palestra» y su catapulta ideológica y política, «Nosaltres Sols». Escondidos en las casas de Rupit, junto a los muros de piedra de dos metros de anchura que fueron otrora fortaleza y bastión, se ocultaban armas y libros: la acción y la cultura. Y a la luz de las fogatas y de los vivaques, en los mismos recodos donde se ocultara tres cuartos de siglo atrás y fraguara sus golpes un caudillo local llamado Tristany, en las guerras carlistas, o donde hubiera trasegado Perot Rocaguinarda, fraguaban su revuelta y esperaban los grupos de Gaspar Devesa, actualizados y en tensión. El campo, la noche, los repechos geológicos, los valles de sensible temblor vegetal, los pájaros azules que gravitaban sobre la enorme explanada, oteando el vacío, eran la concreción absoluta de la patria intransferible, inmutable en el tiempo, al abrigo de toda filtración y de toda llamada. Gaspar Devesa hubiera podido nacer en el siglo XIII y hubiera tenido razón. Pero había nacido ahora y su abstracción ideal era el campo, la tierra, precisamente lo que concreta la historia. Fuera de él, ya se hallaba indefenso, puesto que las corrientes del tiempo y del siglo empapaban de su realidad todas las restantes estructuras sociales. Y en la ciudad debía de hacer frente con riesgo y con dolor a cuanto, sin desearlo, había sobrevenido y era el aluvión o la embestida de fuerzas desbocadas, irresistibles, de la época transformadora y veloz.

Miguel Llobet se hallaba fanatizado por Devesa. Todos le admiraban, pero Miguel Llobet le idolatraba; Miguel era inseparable en esta devoción de un muchacho enjuto y nervioso, poeta vanguardista y exestudiante de cura llamado Francisco Altafulla, cuya madre, viuda, regentaba —y a él le mortificaba esta absurda conexión españolista— un estanco en la plaza de San Agustín. Se lo había proporcionado a su madre un ministro radical en reconocimiento a los servicios que el padre de Francisco le había rendido años atrás como jefe de una patrulla de la porra en las elecciones. De estos antecedentes y filiaciones hacía ahora caso omiso Francisco Altafulla, enfrascado en la lectura de Marinetti y embebido en textos de economía política. A pesar de su naturaleza, no excesivamente robusta, soportaba con ardor las incomodidades y durezas de la vida de campamento y se enardecía con los augurios llameantes de Gaspar, que postulaba la acción para muy pronto. Así como Llobet y, en general, todos sus compañeros, flanqueaban a Devesa sin cálculo, en una entrega generosa, Altafulla se hacía ya, en cambio, un diseño de las posibilidades que le cabría aprovechar cuando triunfara el movimiento. Era separatista por convicción; pero, en el fondo, del futuro Estado Catalán lo que más le interesaban eran las oficinas.

El orgullo de la catalanidad se manifestaba en formas caprichosas. Existía el universo entero, las formas más abiertas de la política, pero no existía España. El castellano era una lengua extranjera solo utilizada por los empleados del Estado que acampaban en Barcelona como una plaga discordante y refractaria, o por los inmigrantes de toda especie, desconocedores de la higiene y plagados de lacras —la sífilis, el tracoma—, que patentizaban el atraso y la miseria de Castilla. El

exclusivismo era en este aspecto total, pero en cambio se recibían, leían y comentaban las revistas francesas y las húngaras, los boletines del Pen Club, los folletos de la Organización Internacional de Educación de la Sociedad de Naciones, bajo cuya égida y tutela se confiaba en que un día Cataluña iba a obtener su independencia, dentro o fuera de la República española.

Encuadrados y en formación, los torsos desnudos tostándose al sol ardiente y en el transfondo acústico del mediodía que desgranaban a millares las cigarras, amodorradas en los viejos troncos de las quebradas y del valle, Gaspar Devesa había dado su consigna y su instrucción, con tal fuerza que los ánimos de todos quedaron sacudidos por la llamada:

—*Estarem preparats per a la gran diada. Quan s'apropi l'hora jo seré amb vosaltres. No serà una revolta sinó un capgirament. Catalunya i avant!*

Miguel Llobet y Francisco Altafulla regresaron a Barcelona, primero en la techumbre de un autocar, por los escollos y revueltas de la carretera polvorienta, luego en la plataforma del tren ahíto, con las mochilas en la espalda, cargados de su peso que, en lugar de abrumarlos, parecía que les daba alas y los hacía volar. Se miraban el uno al otro como portadores de un secreto magnífico, que pondría en vilo al país después de más de doscientos años de ignominia.

Y les parecía más difícil, pero más acuciante y sabrosa, la oportunidad de la lucha a medida que el tren se iba adentrando en la Cataluña industrial y moderna, a medida que el vaivén de los desvíos indicaba, ante un paisaje de casas desconchadas y de turbiedades atmosféricas, la presencia y la coacción de las realidades cívicas y sociales: las barracas y las chimeneas, el tufo del alquitrán y el paso vertiginoso de los postes telegráficos o el renqueante fragor de los tranvías.

Los entusiasmos de Miguel quedaron un poco mitigados al llegar a su casa. El ambiente familiar de los Llobet no había evolucionado mucho con los años. Seguían viviendo en aquel piso de la Ronda de San Antonio donde Joaquín Rius, junto al abuelo asesinado años más tarde, había pasado la noche del tránsito del siglo. Un gran retrato con orla negra pendía, en recuerdo suyo, del tabique principal del comedor y este, junto a un aparato de radio sobre una mesilla, era la única reforma que se había permitido aquel hogar, rutinario y ordenado. Gertrudis Llobet, madre de Miguel y de Isabel, su hermana, era el prototipo de la mujer casera, solo ocupada en el gobierno de las cosas del hogar y pendiente de que la vida de todos los días se deslizara sin trastornos. Ella sufría a veces por el temperamento impetuoso y deportivo del muchacho, por sus ideas, que consideraba un poco atolondradas. Pero sabía que era bueno, cumplidor y formal, amante de los suyos, y procuraba no contrariarle. Se miraba en el espejo de su marido, aquel ser ecuánime y serio que la había protegido y que la había amado, por cuya voz hablaba ella.

No habían tenido más que dos hijos, y aun separados entre sí por media docena de años de distancia. Isabel era una muchacha de dieciséis años, educada según los cánones de las madres reparadoras, hacendosa y callada. Su madre la vestía quizá con

demasiado rigor, con una modestia exagerada, que no hacía, sin embargo, más que realzar las gracias de su aspecto. Era risueña y tímida y admiraba a su hermano por todo lo contrario, aunque compartiera a veces la inquietud de su madre.

Cuando a la vuelta de sus excursiones Miguel Llobet dejaba sobre las baldosas del piso una gruesa mochila llena de objetos y de ropa, arrugada y apestosa de sudor, la madre y la hermana tenían una jornada entera de trabajo, porque eran de los seres que no paran hasta que lo han dejado todo otra vez dispuesto. Lo que la mochila contenía les revelaba la existencia de un mundo alejado, de una tierra ignorada, de los riscos y las quebradas que nunca iban a hollar, y con ello les entraba el temor de que Miguel se marchara un día del todo, sin acertar a encontrar el camino del regreso.

Pero no era así, ni sería así probablemente nunca. Miguel apretaba a su madre con el abrazo hasta casi quitarle la respiración; y en este abrazo, repetido a cada nueva ocasión de regreso, presumía Gertrudis el ardor de la raíz que se abraza a la tierra.

Arturo Llobet, el padre, se hacía explicar al dedillo los pormenores de cada una de las jornadas que su hijo había pasado fuera de casa y, en general, no hacía sobre ellos ningún comentario. Simplemente le gustaba estar al día de lo que Miguel hacía y pensaba, mitad por deber paternal y mitad, aunque no lo confesara, por una secreta admiración y envidia.

Cuando Miguel llegó en esta ocasión —aunque Miguel nunca le contara del todo lo que ocurría allí, sobre todo en lo relativo a sus entusiasmos patrióticos—, Arturo Llobet se limitó a decirle, después del relato:

—Bien. Mañana hay que espabilarse. Don Desiderio —desde la enfermedad del viejo Rius, Arturo llamaba así al joven— estará un día ausente y yo tendré que recibir bastantes visitas. De modo que tendrás que ponerme al día la correspondencia, que está algo atrasada.

—Y el señor Rius, ¿cuándo podrá volver al trabajo?

—Si no hay recaída de nuevo, Dios lo quiera, tiene aún para un par de meses.

La sopa menestrala, invariable introducción a la cena, en verano como en invierno, humeaba sobre el mantel. Arturo Llobet se santiguó y bendijo la mesa.

La salida del tren de la ciudad, por el lado de la Maresma, era aún más ambigua y tambaleante que por el circuito interior; al cruce de los desvíos, Desiderio se sentía zarandeado en el asiento de segunda clase, en el que viajaba completamente solo. Cada vez que se trasladaba a Caldetas hacía lo mismo. La hora de trayecto le servía de reposo; y por consiguiente dejaba su coche en la ciudad. A la vuelta se hacía acompañar por Antonio, el chófer de Crista, en el *Rolls* de su suegra, lo cual constituía para esta un halago impagable.

Llevaba días con la intención de ir a ver a su familia, que veraneaba en la playa, en la antigua casa de Evelina. Tenía que haberlo hecho antes de que su padre cayera enfermo, pero lo demoró. Luego, el hecho de que en las pocas horas que pasó en

Barcelona, Crista se hubiera presentado sin Carlos, no hizo más que acelerar la urgencia de aquella visita, no por breve aplazable. Pero tuvo que esperar a que el estado de su padre no ofreciera demasiada inquietud. Y hacía el viaje en día de labor, para ahorrarse el «clima» social de Caldetas en domingo.

Lo que en otras ocasiones era un traslado mortificante y el cumplimiento de un deber lastimoso, se modificaba hoy por ciertos escrúpulos que sentía desde que estuvo con Crista brevemente, en la fugaz aparición de esta con ocasión del telegrama. Verdaderamente, algunas de las reacciones de Crista eran insoportables; pero una vez transcurridas, sus propias reacciones le causaban una tardía desazón. Tal vez hubiera podido estar más discreto y comprensivo con ella, aunque la incompreensión de Crista justificara cualquier intemperancia de su parte. No obstante, se decía, había que tratarla como a un ente especial, tal vez incluso como a una enferma, o por lo menos como a alguien poco normal. Ella no acababa de tener la culpa de todo lo que era y le ocurría. Por tanto, era preciso trampear y regatear, alternar la dureza y frialdad con otras secuencias de comprensión amistosa y de cariño. En definitiva, también se trataba de salvar las apariencias, no solo por su hijo, en los pocos meses que sus estudios le dejaban con ellos, sino por todos los demás, en cuya compañía vivían.

El jadeo de un mar en calma empezaba a elevar en la mañana soleada un vaho que nublaba el azul y la espuma de las olas casi pisaba el terraplén de los raíles. Desiderio se adormeció; de vez en cuando ese mismo azul palpitaba unos instantes en su percepción para volver a apagarse. En la aureola del azul amanecía, a trechos, la imagen de Blanquita, una imagen imprecisa cuyos rasgos se difuminaban sin llegar a concretarse. Tanto pugnar porque ella quedara impresa y viva en la ausencia, para que al cabo no pudiera jamás diseñarse en el ensueño con la perfección de la realidad. Era un conjunto de formas vagas e irreales que no pertenecían a ella, que no lograban de ella más que una atmósfera imprecisa, inasible y huidiza. Pero aun esa sola sensación fungible le atemperaba y le animaba de amor.

Las estaciones y las paradas se fueron sucediendo durante largo rato, con unas sacudidas en vaivén. Aun lado, el mar; al otro, se diseñaba, irregular, el monte. Esa era la estructura del país. En las colinas, dispersas, las torres de vigía, torres de moros, eran un residuo vertical de tiempos abnegados, ahora nido de garzas y cubil de lagartos. Más allá, al otro lado de la colina, los valles suntuosos y las masías doradas por el sol. Evocó Santa María, con sus cauces y el bullicio del bosque; de haber sido otro, o si todo hubiera ocurrido de otro modo, él estaría ahora allí, cabalgando el campo junto a Blanquita.

Ya llegaba a Caldetas. El tren aminoró la marcha, resopló, lanzó una bocanada de humo, que penetró por la ventanilla abierta, y tras unos chirridos y una nueva sacudida, paró junto al andén. En él puso pie Desiderio, sacudiéndose con la mano invisibles rastros de hollín en su chaqueta de seda cruda.

Subió a una tartana, en la plazuela. El tartanero le saludó jovialmente, por su

nombre. El renqueante carricoche empezó a circular, al paso lento y abúlico del caballo.

No por conocido el trayecto dejaba de suscitar en él remembranzas de otros tiempos; su noviazgo, las horas, en definitiva dichosas e inquietas, de su primera juventud. El tiempo había transcurrido no solo sobre él, sino sobre todas las cosas. La estructura de las casas y de los chalets acusaba la usura de los años. Hasta en las calles se notaba que la vida de la población veraniega, fraguada en los años de principios de siglo y de la primera guerra, declinaba ya. Todo aquello había dejado de ser la «moda».

No obstante, su suegra y su mujer se empeñaban en defender el reducto hasta el punto de ser cabalmente una institución, las fuerzas vivas que quedaban en él. El mustio Casino no albergaba más que una parte de los asiduos de otra hora. Muchos de ellos habían muerto: el doctor Duró, los Miralles... Otros habían emigrado a otros lugares, a Sitges o a la Costa Brava. Evelina y Crista se bastaban, no obstante, para mantener los brillos de un cierto fuego sagrado, con la complicidad de algunos adictos.

Rememoraba la agitación de los días de su juventud; los explosivos pasos de aquel muchacho que se llamó Pablito de Inglada, reducido ahora, por fin, a una condición de *bourgeois gentilhomme* en la ciudad de Tarragona, cerca de sus fincas. Y evocó en un instante, sin saber cómo, la gracia de Crista en aquel tiempo; su sensualidad juvenil y su vigor, su naturaleza llana y ardiente. ¿Cómo había podido ocurrir día a día, año a año, la alteración mental, el desarreglo nervioso, la avería de aquel temple? Y ello sin que el derrocamiento interior afectara para nada a la apariencia externa. Todo lo contrario: Crista era todavía una mujer elegante y hermosa, tal vez más hermosa que antes. Era literalmente un ejemplar admirable, capaz de hacer volver la cabeza a los hombres cuando caminaba por la calle y de provocar el requiebro vulgar de los desconocidos. ¿Cómo, entre ella y él, había podido cambiar todo de tal modo? ¿Y cómo había podido cambiar ella misma?

Paró el coche frente a la puerta de hierro del parque. A través de los magnolios se advertía la línea del palacete, blanco, restaurado e impoluto. Pagó y se adentró en el jardín, pisando en la grava. Cosme, el jardinero, estaba regando unas plantas con la manguera. Desiderio le preguntó por su mujer y él contestó que ella y su madre no hacía mucho habían salido hacia la playa. Entró en el chalet y la camarera le confirmó lo mismo. También Carlos había marchado en bicicleta, hacía rato.

Desiderio salió a la rotonda y se sentó en una butaca de mimbre, bajo un parasol floreado. Pasaba una brisa fresca y, por encima de los setos, se columbraba el mar. En la soledad y sin Crista, el ambiente de que estaban rodeados era confortable y benévolo; él hubiera podido ser feliz allí. ¿Por qué no lo era?

Asomó una muchacha esbelta, en bañador; su cuerpo era flexible y fino como el de un antílope suave; el rostro moreno y el cabello rubio, como de mies. Se sonrojó al verle. Esbozó una excusa.

—No te vayas. ¿Por quién preguntas?

¿Tendría quince años, dieciséis? La edad que Crista tenía cuando él la conoció. Estaban tomando unos dulces, frente a la mesa del comedor, en el piso de Evelina del Paseo de Gracia. Él se arrimó a ella y le cogió la mano. Ella, entonces, la apretó contra sí, contra su muslo, que era duro como la piedra. La muchacha le miraba, atolondrada, a punto de huir.

—¿Cómo te llamas?

—Cecilia.

—¿Tú eres hija de Cecilia Pons? No te reconocí. ¡Cómo has crecido! ¿A quién buscas, pequeña?

—¿Está Carlos?

—Ha salido hace un rato, en bicicleta.

Notó en el rostro de la muchacha una decepción muy graciosa, una mueca voluntariosa y desairada, que le hizo sonreír.

—Pero ya volverá —tranquilizó.

—Bueno, adiós y gracias —contestó ella en voz baja, volviéndose apresuradamente, muy sonrojada.

Quedó solo de nuevo, gozando de aquella distensión. Cruzó un instante de nuevo la imagen de Blanquita, pero se desvaneció en seguida. Ahora quedaba distante, superflua, incoherente...

Al poco rato se escuchó un ruido de gentes, y un campanileo de timbrazos de bicicleta, inconfundible. Debía de ser una turba, a juzgar por el bullicio. Se oían voces de toda condición, pero todas juveniles y chillonas. La primera que apareció en la rotonda fue, otra vez, la esbelta figura de la muchacha rubia.

—Ya están aquí; le he encontrado.

—¿De veras?

La turba entró en la rotonda. Entre ellos, tal vez más alto y espigado que ninguno, estaba Carlos.

Era un muchacho radiante, delgado, ágil, de tez blanca y pelo muy negro, parecido a su madre. Sus ojos brillaban. Se acercó a su padre, abrazándole.

—¿Cuándo has llegado?

Luego, con esa incontinencia apresurada de quien cumple a destajo un renglón social impuesto por los otros, empezó a citar nombres presentándole a los demás. Todos ellos se acercaban con una urbanidad que traicionaba su azoramiento al darle la mano.

—Vamos a la playa. ¿Te vienes con nosotros?

—Sí, claro que sí.

Dejaron las bicicletas en el jardín y casi le empujaban por los senderos. Cuando, cruzada la vía del tren, empezaron a pisar la arena de la playa, bajo un sol deslumbrante, no tardó Desiderio en divisar el toldo de Evelina, una especie de ostentosa construcción con entramado de cañas pintadas de azul, que sobresalía entre

las casetas de madera y los parasoles de lona. Los muchachos, en bandada, corrieron hacia allá, dejándole atrás.

Bajo el dosel se agrupaban media docena de personas, en torno a la figura maciza, obesa e inmóvil de Evelina. Esta inmovilidad era consecuencia de circunstancias muy recónditas y escondidas. La presión de las ortopedias en aquel cuerpo era tal, que prácticamente Evelina no podía mover más que los brazos. Eso hizo, agitadamente, en cuanto se dio cuenta de la proximidad de Desiderio, al tiempo en que con voz cascada y senil repetía, ya antes de que él llegara:

—¡Bienvenido! ¡Por fin! ¡Qué sorpresa! —y otras exclamaciones por el estilo.

Estaba sentada en un sillón de mimbre, especialmente hecho para ella, y en esta situación, bajo una ancha pabela de color verde muy pálido, parecía una extraña divinidad incaica rodeada de aquellos a quienes se dispusiera a sacrificar.

Entre estos estaba Cecilia Pons, sentada a sus pies, y Crista, con otra pabela roja y en bañador, muy escotado. Al lado de ella y vestido con traje de calle veraniego estaba un caballero con la cabeza cubierta por un *canotier*, sentado en un silloncito parecido al de Evelina, aunque menos vertical. Desiderio se acercó a Crista y le dio en la mejilla un beso, que obtuvo una tibia contestación. El caballero se había incorporado. Evelina le presentó, subrayando su nombre con una voz medida. Se llamaba Vicente Burgada.

—Los Burgada de Sardañola, ¿recuerdas?

Desiderio simuló reconocerles, sin bucear demasiado en su memoria.

—Eso es agua pasada —comentó el caballero, quitando lastre al peso de su apellido, tan animosamente exaltado por ella.

También estaba en el grupo un matrimonio joven; ella apenas hablaba el castellano; él lo hacía con un acento extranjero, gangoso; eran franceses. Ese apellido sí lo recordó Desiderio. Era el de una célebre marca de champán, barata pero francesa. Parecían querer contradecir con su actitud la leyenda negra de los matrimonios franceses que circula en España, puesto que estaban uno junto al otro y se daban la mano.

—Quise venir unos días antes, pero ya sabéis...

—¿Cómo está él? —se interesó Evelina.

—Mejor. Por fortuna la fiebre ha cedido y el enfermo empieza a comer.

Entretanto, los jovencitos se habían disuelto en grupos sobre la arena y Carlos, entre otros, se zambullía y braceaba en la extensión del mar. A lo largo de la playa, dos docenas de toldos y otros tantos parasoles aliviaban el sopor rendido de los cuerpos de otros bañistas, principalmente mujeres, amodorradas en la sombra o al sol.

—¿Cómo es que no te bañas? —preguntó Evelina—. Yo quisiera poder hacerlo, pero a mis años...

Hubiera sido demasiado complejo excusar esta razón, como seguramente pretendía Evelina, cuyas flácidas carnes se mostraban a la esplendorosa luz sin ninguna atenuante.

—No traje el bañador. Además, como tengo que volver a Barcelona muy pronto, el baño me fatiga.

—Es una pena. Yo me bañaría si no fuera por la tensión. Tengo la tensión baja y el médico ha sido muy riguroso en esto. En cambio, el aire del mar me sienta muy bien.

Desiderio observó que, mientras hablaba, Vicente Burgada no podía evitar unos *tics* instintivos que relampagueaban en su rostro, que por otro lado era agradable, de líneas regulares y correctas. Semejaba un poco a un galán de cine, pero algo grueso y *demodé*. También observó que, aunque la intervención iba probablemente dirigida a él, a quien miraba con rápidos sesgos era a su mujer. Crista le correspondía sin decir nada, asintiendo con la cabeza.

«He aquí su *chevalier servant* de esta temporada», concluyó para sí Desiderio observando la facha de aquel hombre, tal vez de su misma edad, impecable en su terno. Vicente Burgada debió de sentirse observado por él, ya que terció en seguida, con una observación trivial y mundana:

—Los últimos baños que pude permitirme el lujo de tomar fueron en el Lemán. Pero ¡qué agua! Parece horchata o algo peor.

—¿Ha estado usted en Ginebra?

—*Cheri*, Vicente era *attaché* a la Sociedad de las Naciones.

—Trabajé hasta hace un par de meses con don Salvador de Madariaga.

—Por cierto que acabo de leer de él un libro, breve pero sorprendente: *Anarquía y Jerarquía*. ¿Lo conoce usted?

—Naturalmente. Tuve el honor de hacer en él la postrera corrección de pruebas.

Había algo petulante e ingenuo a la vez en el modo de expresarse de aquel maduro galán, que de vez en cuando sacaba de su bolsillo superior el pañuelo de seda para enjugarse la frente con brevedad, con parsimonia.

—Yo conocí a unas Madariagas en Cardedeu, el verano pasado... —aventuraba Cecilia, que buscaba siempre relación entre las gentes, aun las de planos más distantes.

—No; esas no —puntualizó certeramente Evelina—. Tú te refieres a aquellas tres hermanas militares tan pintorescas. A la mayor la llamaban «el minuto de silencio», porque cuando entraba en un local la gente paraba la conversación, de estrafalaria que iba. La segunda era «el cardenal primado»: siempre iba de morado, la pobre, parecía una estola. De la pequeña no se decía nada, ni siquiera el nombre. Se metió monja el año pasado.

Mientras Evelina discurría de ese modo, Desiderio notó sin querer que Crista miraba fijamente a Vicente a los ojos, sin que este por su parte los moviera un ápice, ni siquiera a causa de los *tics*, manteniendo los suyos fijos en ella; y al propio tiempo Crista había adelantado imperceptiblemente su pie desnudo hasta rozar con él el zapato, lustradísimo, del *attaché*.

—El señor Madariaga es una autoridad indiscutida —opinó el francés, sin dejar

de acariciar la mano de su mujer y sin incorporarse, solo volviendo un poco la cabeza, de bruces sobre la arena—. Una verdadera autoridad.

—He reconocido a tu niña, pero con dificultad —agasajó Desiderio a Cecilia, tras un silencio—. Es muy bonita y muy graciosa.

—Sí, pobre hija —aseveró ella, con un matiz de compunción.

—Es muy amiga de Carlos, ¿no es así?

—Eso parece. Es que tu chico es muy simpático —contestó Cecilia.

Crista, entonces, distrayéndose en un lapso de la tensión idílica a que la sometía el galán del *canotier*, arremetió inesperadamente contra los padres en general.

—Has tenido suerte, Cecilia. A muchas, en tu caso, se les llevan los chicos los sinvergüenzas de los padres, aunque ellos sean los calaveras y los perdidos. Pero como en España la mujer no es nada, nada... Ni con República ni sin ella; la mujer, cero. Si tu marido en lugar de aquella *poule* se encuentra con una «mosquita muerta» de esas que se acuestan con el primero que llega y luego van a confesar tan frescas, ahora la niña estaría con él. Has tenido suerte, pese a todo.

Hubo un silencio que Vicente Burgada rubricó con unos cuantos *tics*.

—¿Por qué dices eso, querida? —soslayó Evelina—. El pobre Paco tuvo un *beguin*, una desgracia. Pero estoy segura de que ahora ya se arrepiente. Habría que verle. En todo caso, tú verás como un día volverá a ti.

La conversación era demasiado punzante para resultar cómoda. Desiderio miró fijamente a Crista, con reproche. Estuvo a punto de hablar, pero se contuvo.

—¡Ay, cuántas cosas hay que hacer por los hijos! —se lamentó, experimentada, Evelina—. Y aun ahora, y os quejáis... Pero en mi tiempo...

Desiderio empezaba a inquietarse hasta no poder más. Le fastidiaba, de la cabeza a la cola, el tono híbrido e insustancial del diálogo; le fastidiaba el sol, el *canotier* del intruso, la voz de Crista, la hipocresía de Evelina y todo lo que allí ocurría. Empezaba a lamentar el haber ido.

—Quisiera hablar con Carlos un rato. Porque pronto tendremos que prepararnos para ir a Santa María.

—¿A Santa María? —inquirió Crista con extrañeza—. ¿Qué se te ha perdido allí?

—Ya habíamos quedado así el año pasado, ¿no recuerdas?

—¿Ves lo que ocurre? —y buscó la colaboración de Vicente, pero en seguida, dándose cuenta de la expresión hierática de este, la de Cecilia—. ¡No iré a Santa María!

—¡Hija mía! —protestó Evelina, que empezaba a inquietarse.

—Ya estoy hasta aquí de Santa María. Sí, muy bonito, muy sano; pero a mí el pollo me gusta con arroz...

Se hizo tanta gracia a sí misma, que estalló en una carcajada sonora, sorprendente en aquel rostro suave y bello. Los demás sonrieron también, y no por cumplido.

Desiderio se había incorporado. Sin hacer caso de los demás se encaminó hacia la orilla. La arena se le metía en el zapato y le empezó a punzar hasta por debajo de los

calcetines.

Carlos salía en aquel momento del agua. Chorreando, le vio y se acercó a él.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfadado?

Pero Desiderio sonrió, esforzándose.

—No, hijo; es ese sol, que me aplasta los sesos. Dime: ¿cómo lo pasas?

—Yo, bien, muy bien.

—¿No tienes novia aún? —bromeó.

—¡Qué va!

—Pues una chica muy mona, no más llegar me ha preguntado por ti.

—¿Cecilia? Está así... —dijo, graciosamente, llevándose un dedo a la sien y atornillándolo en ella—. Es una pesada.

Se volvió y corrió hacia uno de sus compañeros, que salía entonces del agua y le dio un empujón que le hizo caer de nuevo en el rompiente. Luego, correteando, para eludir las represalias, volvió al lado de su padre.

—Cecilia solo piensa en... eso —explicó.

—¿Qué es... «eso»?

—Los chicos.

Desiderio se asombró de la expresión con que Carlos había dicho una verdad tan simple. Pero disimuló. A la edad de su hijo, nunca se le hubiera ocurrido a él hacer una observación semejante, y además, de manera tan llana, sin darle importancia.

—¿Y tú?

—A mí me gusta todo.

Sus respuestas eran rápidas, sin parar atención en ellas, espontáneas y, además, certeras. No dejaba de estar pendiente entretanto de lo que ocurría en la orilla.

—¿Te gustaría ir al campo, a Santa María?

—¡Eh, tú! ¡Dale fuerte!... —aconsejaba, animaba a uno de sus compañeros, que acababa de abatir a otro sobre la arena.

—¿Qué decías?

—Si te gustaría unos días en la finca.

Se volvió de cara a él.

—¡Claro que sí! ¿Cuándo? ¿Me dejarás cazar este año? Hace tres años no me dejabas.

—Ahora sí... Ahora eres mayor. Estará el abuelo contigo, en cuando se ponga bien, si puede. ¿Te gustará estar con el abuelo?

—¡Mucho! —dijo, con entusiasmo—. Me contaba las cosas de los tiros cuando era joven y por qué se dejó la barba encima de la cicatriz.

—Ve con tus amigos, anda. No te entretengo más.

Ni se despidió. Echó a correr.

«Los sinvergüenzas de los padres...». A lo lejos, bajo el dosel azul y ostentoso, aquellas figuras estaban como las había encontrado. Sin acercarse a ellas, derivó hacia el otro lado de la playa. Luego, cruzándola, se encaminó hacia la casa.

Comieron mucho más tarde, en el comedor fin de siglo, casi completamente a oscuras para evitar el sol, el calor y las moscas. El *attaché* los honró con su presencia. Era él quien llevaba la conversación, que tenía la trivialidad apagada e impersonal de los diplomáticos; sin embargo, ciertos detalles, entre ellos la manía de subrayar en cada ocasión sus conocimientos y la anchura de su círculo de amistades, le delataban como a un ser subalterno y burocrático. En general, los diplomáticos dejan de producirse «profesionalmente» fuera de la carrera. Y Burgada no. Parecía que llevara consigo, escondido en la chaqueta de seda cruda, un pliego con las cartas credenciales.

Después de comer salieron a la rotonda, donde fue servido el café. La modorra del baño, del sol y de la comida apagaron la conversación. Bajo los parasoles, Evelina empezó a dar alguna cabezada e incluso se sintió, a trechos, el paso gutural de su respiración por la laringe, un ronquido suave e inconscientemente disimulado, pero delator. El caballero se había puesto en pie y contemplaba el mar, mientras fumaba con boquilla. Desiderio notó que Crista, que simulaba adormecerse, no le perdía sin embargo de vista, con los ojos entornados. Carlos, a quien Evelina obligaba todos los días a hacer un rato de siesta, se había marchado a su habitación. Pronto halló el comensal un motivo de conversación solo para hombres.

—Tenemos un amigo común. Creo que es usted afín de Nicolás Borredá, y también tengo yo con él frecuente relación. Soy secretario del Consejo de un par de sus entidades. Y durante mi estancia en Ginebra he resuelto para él alguna gestión que le evitó desplazamientos. Es hombre muy ocupado, que no pierde minutos.

—Perdone, actualmente, ¿cuál es su actividad?

—Soy abogado. Mi tradición es jurídica. Mi abuelo materno fue Milá y Cremades, el jurisconsulto, que fue presidente del Colegio. Mis primeros pasos los di en el bufete del padre de Nicolás, don Ramón Borredá, que como usted sabe fue en su tiempo el primer especialista de Derecho Administrativo. La escuela de Nicolás y la mía son la misma. Y excuso decirle que excelente.

Don Ramón Borredá había sido en tiempos de Salmerón y de Pi y Margall una de las figuras de la época. Era amigo íntimo del primero de esos personajes: republicano el setenta, a ultranza, con enormes bigotes fluviales y secularización de cementerios. Su hijo se llamaba Nicolás por Salmerón, que había sido su padrino.

—Es uno de los valores más firmes con que cuenta la República en nuestro país. Hubiera sido el hombre capaz de canalizar el entusiasmo de los primeros meses hacia una estructura progresivamente federal de la democracia española. Las intrigas que provocaban los otros no impedían que influyera en el ánimo de Maciá, que como usted sabe era versátil y débil aunque no lo pareciera. De haber vivido el «avi», Nicolás no hubiera tardado en ser el jefe del Gobierno catalán; era y es el más político de todos. Por eso le teme Companys, que para defenderse propende siempre a la revuelta. Companys no es un político, sino un *profiteur*.

Se extrañó Desiderio de los conocimientos que Burgada tenía de las interioridades y camarillas de la política, pese a su prolongada y reciente estancia en el extranjero. Como si le interpretara, Burgada explicó:

—Yo estuve desterrado con Primo de Rivera, pero no quise volver cuando la República. Estaba en Suiza demasiado bien para asistir al reparto y a los empujones de entonces. En realidad, no me ha interesado la política en la calle, sino en los despachos. Y aun ahora la tengo muy olvidada. Si le hablo de ello es con motivo de Borredá, el cual sí que es un político. Un político como hay pocos. ¿Sabe usted que Azaña no da un paso, en las cuestiones importantes, sin consultar con él?

En aquel momento Crista dio muestras de volver a la realidad. Se desperezó, con cierta cautela y sin perder las formas, e interrumpió las confesiones del *attaché*.

—¡La política, la política! Es como el peinado en las mujeres. La lleváis como nosotras la permanente. De vez en cuando hay que hacerla.

Desiderio, que pretendía marchar de nuevo a Barcelona, aprovechó esta oportunidad.

—Tengo que marcharme ya, Crista. ¿No te importa acompañarme unos momentos? Le ruego nos disculpe —dijo a Burgada.

Vicente inclinó sobriamente su cabeza, con asentimiento. Pero Crista no se movía, fija en él con una sonrisa.

—¡Qué pereza! ¡Ahora me harás levantar! ¿No puedes hablarme aquí? —insinuó, sin dejar de mirar al abogado.

Desiderio no contestó. Ella se levantó de mala gana, pero con un pequeño brinco anacrónico, como si no tuviera más de veinte años.

Ya en el comedor, Desiderio abordó una cuestión que creía que no exigiría muchas palabras: la fecha del traslado a Santa María.

—Pero ¿aún estás con esas?

—Ten en cuenta que fue nuestro acuerdo el año pasado. En septiembre, allí.

—¡Bah, un acuerdo! Es tu conveniencia, eso es todo.

—Quiero que Carlos esté en la finca un mes. Le conviene por todas las razones. No hablemos ya de su salud; los médicos no han dicho otra cosa desde hace años: un mes en el campo. Pero es que además ni se acordará de aquello, y quiero que lo recuerde.

—Es a ti a quien te conviene, no a él. ¡Egoísmo, como siempre!

—Crista, escucha. El muchacho está aquí viviendo con solo músicas y bailes; no puede ser. Por otro lado, apenas conoce a su abuelo. ¿No lo comprendes?

—¿Y crees que el abuelo tiene muchas ganas de chiquillos? ¡Menudo él!

El tono con que hablaba y cada una de las cosas que decía tenían la virtud de irritar a Desiderio. Era una fricción constante, un desacuerdo sin reposo. Desiderio se aguantó, respiró hondo y volvió a insistir.

—Aun a ti sospecho que te iría bien un poco de calma. Y a mí, a todos juntos —y en efecto, pensaba que tal vez todavía algo de todo ello pudiera arreglarse, o por lo

menos moderarse, con una breve temporada de convivencia en la finca; en aquel momento no pensaba en su propia vida irregular, sino en todos—. Hace tiempo que no hemos estado allí. Justamente había quedado en verme en ella con Nicolás Borredá. Sería una buena ocasión para que le conocieras. No puedo llevarle allí con la casa cerrada.

Crista pareció reaccionar. En realidad, ella, que había escuchado desde su modorra la conversación que sostuvieran minutos antes los dos hombres, supo relacionar en seguida las oportunidades.

—¿Es ese amigo de... Vicente?

—Exacto, el mismo.

Estuvo callada unos instantes.

—Bien. Podríamos organizar un *week-end*; ¿no encuentras a Burgada un hombre encantador? ¡Y el pobre es tan desgraciado!

—¡Ah, sí...! ¿Qué le ocurre?

—Es largo de contar —confió ella, bajando la voz, para que el otro no le oyera desde la terraza—. No, no es cuestión de faldas; los hombres pensáis en seguida en eso.

—Pues ¿qué es?

—Son cosas tuyas, íntimas... Es hombre que lee mucho, no tienes idea. De ahí vienen sus preocupaciones. ¡Y está pasando un momento!... ¡Fíjate tú que hasta duda de la existencia de Dios!

—¡Menuda!

—Bueno, y eso aparte; su administrador le estafó más de quinientas mil pesetas mientras él estaba fuera.

—Bien, Crista —zanjó él, nervioso—. Quedamos de acuerdo. Carlos irá a Santa María el mes que viene.

—¡Qué le vamos a hacer! —se resignó al fin ella, pensando ya en sus posibilidades y aptitudes de *châtelaine* del Valles, ante Vicente Burgada, su incomprendido de turno, y ante los demás.

—Pero ¡por Dios, Crista, que no se lo digas a tu madre!... —concluyó Desiderio con encono.

Cuando, a la vuelta de Caldetas, Desiderio entró en casa de su padre, encontró en ella una especie de selección del tiempo agrupada en los alrededores de la cama del enfermo. En primer lugar, al doctor Finat. Era un hombre de setenta años, de baja estatura, nervioso, con una voz aguda apenas perceptible, de una impaciencia poco adecuada a su profesión. Mientras los demás esperaban en el salón, cuando Desiderio entró en el cuarto el doctor estaba auscultando por enésima vez a don Joaquín, que mostraba al desnudo su torso, blancuzco y esquelético. Nunca había visto Desiderio las carnes de su padre y, en aquella circunstancia, se quedó asombrado de la delgadez

de su cuerpo en la enfermedad. Parecía un eccehomo; un vello completamente blanco se le perdía por el tórax hasta las axilas, sin disimular las hondas hendiduras de su carne en el costillar, que se abombaba dificultosamente con la respiración. Cuando le vio entrar, don Joaquín, que estaba sentado en la cama mientras la cabeza blanca y pequeña del doctor se posaba en sus espaldas, sonrió breve y cansinamente. Aquel esqueleto en el que solo el fulgor de los ojos denotaba el vigor antiguo, tenía alrededor de la boca entreabierta y el belfo caído una barba revuelta que parecía haberse abierto y poblado en el curso de la enfermedad. Pero la cicatriz del rostro se había acentuado a través de ella, de modo que la triste sonrisa o cualquier otra expresión aparecían como una mueca violenta y le daban un aspecto deplorable. El médico se volvió del otro lado y puso su mejilla sobre el torso; invitó al enfermo a expeler algunas tosecillas, que salieron tenues y fatigosas de su pecho. Levantó luego la cabeza y casi no se le oyó, cuando decía:

—Eso va mejor. La respiración es casi normal. No hay asomo de fiebre. De todos modos, antes de dos semanas ni pensar en incorporarse. Y aun después, habrá que hacerlo con mucha cautela.

Luego, los demás entraron nuevamente en el cuarto; en primer lugar la monja veladora. Era un ser diminuto, aún menor que el doctor, y ante ambos Desiderio parecía un gigante. Don Joaquín, que en la vida corriente jamás bromeaba, ahora, postrado en la cama, solía hacerlo, sobre todo con Josefina, a quien por cierto causaba con ello muy mala espina. «Hasta que no me regañe, señal que no estará bueno», aventuró. Pero don Joaquín bromeaba sobre todo a causa de la monja. «Se lo diré a sor María del Rosario: le pedía selección y no me ha enviado más que un saldo. Habría que dejarla de cuenta», chanceó la noche anterior, usando un símil comercial, cuando la monjita no le oía. Josefina se echó a reír, cosa que tampoco hacía a menudo. «No tiene razón. Es la más dispuesta del convento. ¡Pues no me lo recalco sor María del Rosario cuando la fui a buscar!». Y era cierto: infatigable, limpia, cariñosa, paciente, aquel homúnculo con tocas trasegaba continuamente y no perdía detalle.

Junto a la monjita entraron las visitas. No eran más que dos, pero podían ser consideradas verdaderamente extraordinarias y como una especie de emisarias del tiempo y de los años baldíos; no precisamente por su edad, pues eran jóvenes aún, sino por la significación que con ellos traían. Eran la representación de los únicos parientes colaterales que le quedaban a Joaquín Rius, dispersos por la ciudad, y a los que casi nunca veía. Uno de ellos era Fabián Rius, hijo de su hermano Fabián, muerto diez años atrás de una apoplejía, y de quien su hijo era ahora una viva estampa. Rechoncho, afable y poco locuaz, a punto siempre de sonrojarse y como aturdido por el empaque de aquella casa amplia, penumbrosa y severa, hizo una visita sombrero en mano, casi sin abrir la boca. Como a don Joaquín, por su extrema debilidad, le estaba impedido hablar, Fabián cumplía en aquella ocasión un papel teórico de convidado de piedra. Pero su protocolaria visita fue muy agradecida en el fondo del ánimo por

Joaquín Rius. A través de la estampa apacible y tímida de su sobrino —a pesar de que el viejo ya sabía que Fabián era, en los negocios, un hombre batallador, padre de muchos hijos a los que llevaba muy bien, todos ellos en el negocio de coloniales que fue la segunda vertiente de la actividad del abuelo, próspero y acreditado en la barriada de Sans—, Joaquín Rius evocaba en silencio el aire del pisito de la calle de la Paja, la figura de su madre, doña Paula, trasegando entre los fogones, y las madrugadas húmedas de los comienzos de su batalla vital, con la fiambarrera en las manos, a la izquierda de su padre por las calles de Barcelona.

La segunda visita era un religioso: Francisco Costa y Rebull, carmelita, también sobrino suyo, hijo del joyero Costa y de la hermana de Mariona, Mercedes Rebull. Un séquito de muertos parecía acompañar a esas figuras, como signo del cambio del tiempo y el paso de los años. Federico Costa y Mercedes Rebull habían muerto los dos el año veinticuatro. Primero ella, de pronto, tras una breve enfermedad a la que no se dio importancia; le falló el corazón. Un par de meses después moría melancólicamente él, como si no pudiera soportar la soledad. De los seis hijos de su matrimonio, el primero seguía la tradición familiar. Se había casado, tenía una porción de hijos, regentaba y dirigía la joyería, aún en la calle de la Platería —hacía ya más de un siglo que fuera fundada y en ella había recaído además la de don Desiderio Rebull—, y vivía en el mismo piso de la calle de la Puertaferrija donde Joaquín Rius vio por primera vez a Mariona. Parecía que el tiempo se detuviera allí, en esos nombres, en esas figuras. Los tres hijos siguientes eran religiosos: Francisco, el carmelita que ahora había ido, en nombre de todos, a visitarle, avisado tardíamente por Josefina.

Luego Mario, que era jesuita y estaba en la India; Mercedes, monja del Sagrado Corazón. Y los dos últimos habían seguido carrera; Conchita era bibliotecaria y Joaquín, el último, ingeniero de caminos, destinado en Valencia.

De haberlos encontrado por la calle, Desiderio apenas hubiera acertado a reconocerlos. A su primo Fabián, desde luego, no le hubiera reconocido. La última vez que lo vio fue mucho antes de su boda, cuando aún iba a los escolapios de Sarriá. Su padre le llevó un día a Sans, quizá con ocasión de una Navidad o de una onomástica. A pesar de sus pocos años se dio cuenta entonces de que entre los miembros de una misma sangre puede haber distancias infinitas, y esto acontecía entre él y los otros Rius. En aquel tiempo sentía una gran nostalgia de su madre muerta y advertía con claridad que probablemente la distancia que mediaba entre unos Rius y otros era la sangre de ella, una sangre, la suya, más exigente y depurada, caudal de sensibilidades y refinamientos. En nada se parecía él a aquellos primos regordetes y felices, prácticos y ahorradores, que siempre tenían en la boca una referencia al dinero y a su decisivo influjo en los actos de la vida. De ello hacía ya cerca de treinta años y el actual Fabián era como una especie de ampliación de todos aquellos Rius circunstanciales y alejados, que olían imperceptiblemente a cacao y a cebada, a arpillera de sacos de almacén y a fútbol dominguero. No pudo siquiera

darle un abrazo, pero le estrechó la mano con efusión, justamente para que no se notara esta involuntaria soberbia.

Con el carmelita fue distinto. Varias veces se habían visto y siempre, sin saber por qué, con ocasión de conflictos de su vida conyugal, cuando las crisis de nervios de Crista eran más agudas o cuando él acentuaba sus excursiones sentimentales por otros barrios. Desiderio estaba persuadido de que existía un enlace secreto, muy bien organizado, entre Josefina y el religioso, de modo que, aun sin aparecer este, estaba siempre al corriente de lo que a él le ocurría. Tenía, pues, a distancia, un ángel guardián, que ya no le resultaba ofensivo ni molesto. Era un hombre robusto, fuerte, vital, con explosiones de humor profano y unos ojos que no eran tampoco aquellos mortecinos de los Costa, sino dotados de un brillo inteligente, de gran penetración.

Cuando Desiderio llegó, ellos ya hacía rato que estaban en la casa. Fabián no tardó en marcharse, expresando unas excusas tímidas y mirando el reloj. Pero el carmelita se quedó, dispuesto a prolongar un trecho la visita. Como en la habitación del enfermo no se podía hablar en voz muy alta, Desiderio y él salieron un rato al salón.

—Tienes que llevarme al chico, quiero conocerle. O reconocerle, porque si te dijera que no le conozco, mentiría. Le vi en pañales.

Desiderio sabía que el otro estaba al corriente de sus propios problemas como si fuera él mismo. Por tanto, se dispuso a adoptar la actitud del que no teme, ni requiere, ni está dispuesto a dejarse compadecer. La verdad es que el religioso jamás había aludido directamente a sus conflictos. Se limitaba siempre a hacer ciertas observaciones muy generalizadoras, pero muy directas, salpicadas a veces con alguna cita del Evangelio. En cierta ocasión, Desiderio le había replicado:

—Aunque seáis sacerdotes y deis tantos consejos, a veces muy consoladores, la verdad es que en general no sabéis de la misa la media. Escucháis a gente previamente dispuesta, la que va al confesionario. Pero en los conflictos de la vida, sobre todo los que nacen de la relación entre el hombre y la mujer, no poseéis escuela alguna. Tolstói decía que el hombre está hecho para las guerras, para las revoluciones, para la caza mayor y para los terremotos. Para lo que no está hecho es para los dramas de alcoba.

El carmelita se había echado a reír en aquella ocasión, aunque añadiera:

—No son los pecados de la carne los que hacen daño, sino los del espíritu. En el fondo, el adulterio es una soberbia, no solo una porquería aunque, naturalmente, nos ofenda particularmente por esto último.

En esta ocasión el carmelita abordó más que otros el tema de la responsabilidad del hombre. Se hacía cargo de la inquietud que debía de sentir Desiderio durante las horas críticas de la enfermedad de su padre. ¡Con las enormes responsabilidades que iban a caerle encima el día que aquel faltara!

—La vida moderna es impetuosa, difícil. Y aunque tengas en la fábrica gente de toda confianza, porque tu padre ha sabido escoger, los problemas no hacen más que

crecer todos los días. Creo que el papel de nuestra generación es más difícil que el de las otras. Entonces había el prurito de una lucha abierta, sin torcerse de la línea. Ahora las cuestiones son más espinosas. El individualismo tiende a decrecer todos los días. Hoy el problema es de comprensión y de caridad.

—Sin duda la papeleta era muy fuerte para mí. No soy por desgracia como mi padre, no tengo su carácter; además, te lo confieso, me gusta vivir bien. Y prefiero las ideas generales a las particulares.

—Lo que pasa es que cuando se tiene un padre como el tuyo, es muy difícil tener un hueco propio. En la generación de tu padre había titanes; la segunda generación a la fuerza ha tenido que ser más transigente. La sombra de ellos lo llena todo. Pero a vosotros quizás os competa moderar el dinero con la caridad.

Contó que a veces iba a determinados centros apostólicos en las barriadas. Daban angustia, miedo y tristeza.

—Vosotros sabéis que ellos viven mal, abandonados; en los comienzos del industrialismo, el patrono era como el jefe de una familia. Los conocía a todos. Ahora...

—Por eso yo no concibo ahora la responsabilidad del patrono sino en función de unas ideas generales. No defendemos nuestra fortuna, como antes, sino la suerte de toda la sociedad. Por desgracia, somos muy pocos los que podemos darnos cuenta del tránsito. Te confieso que si yo tuviera fuerzas para eso, renunciaría a todo para ponerlo en práctica. Pero entonces todo mi contorno se volvería contra mí.

—Es cuestión de dar tiempo a las generaciones. No muchas; una o dos. Quizá tu hijo lo vea ya.

—Quizá no lo veamos ninguno. En lugar de hacer la revolución por nosotros mismos, pero con urgencia, dejaremos que la hagan ellos y en la calle. Entonces, quizá no nos den tiempo a verlo.

El religioso había levantado su corpachón y se disponía a marcharse. Sobre las sandalias, los enormes pies desnudos contrastaban con el zapato blanco y marrón, veraniego, del hijo de Rius. Sugerían un afán andariego, el polvo de los caminos, la fe en marcha.

—Ve a verme a menudo. Yo soy tu primo; no pienses en que te vaya a sermonear. Después entró en el cuarto de don Joaquín y estuvo un instante, despidiéndose.

—Ya me perdonaron todos los pecados —bromeó el viejo.

—¿Eran muchos?

—Un paquete. Me hicieron descuento.

El carmelita sonrió.

—Cuidado: los pecados de los viejos pesan más.

—Ya no me acuerdo... —dijo Rius, con voz débil; y muy fatigado, pero sonriente, apoyó otra vez la cabeza en la almohada. Luego quedaron a solas Desiderio y él. Se oía a Josefina y a la monja moverse por la parte trasera del piso, preparando la frugal cena y las medicinas nocturnas.

—Ya puedes ir a dormir a tu casa. No te quedes ya más —casi ordenaba el viejo.

En efecto, eso haría, entre otras razones, para no dar trabajo suplementario a las mujeres.

—He estado en Caldetas y he visto a Carlos. Pasará contigo una temporada en la finca.

Los ojuelos del viejo se iluminaron de pronto con una expresión de fe y ternura que animaron su rostro. Pero pareció que se adormecía y Desiderio, entonces, de puntillas, salió de la habitación, dispuesto a marcharse.

Había anochecido y por los ventanales del balcón llegaba la luz difusa de los faroles de la calle, rodeados de un vaho de calor.

Unas horas después ese calor le mantenía despierto, sin sueño alguno. Había intentado dormir echándose sobre la colcha de su cama, sin más ropa que el pantalón del pijama, pero la noche era cálida, irrespirable. Estaba casi solo en la enorme casa. Únicamente el portero y una sirvienta, en la parte del servicio, compartían con él la noche sosegada y cálida, en aquel palacio burgués rodeado de un parque que su padre le había regalado cuando se casó, y que estaba edificado de acuerdo con sus gustos.

La calidad de aquella casa no había conseguido dotarla del ambiente necesario para que pudiera guardar de ella el recuerdo de algunas horas gozosas. Solo ahora, en la casi absoluta soledad, la sentía como algo propio y personal. Por el contrario, aquella no era su casa, sino la casa de su mujer. Allí elaboraba y presidía Crista sus partidas de *bridge* o fraguaba Evelina sus tés benéficos.

Desiderio se incorporó. Abrió la amplia balconada y salió a la terraza. La ciudad de Barcelona dormitaba a sus pies, envuelta en el vaho caliginoso. Millares de luces titilaban en la oscuridad; al fondo, se diseñaba Montjuïc y hasta se advertía la parda silueta de su castillo y, a sus pies, la explanada de la Exposición. A ambos lados, la oleada en calma de las edificaciones, en panel multitudinario de vida ahora en reposo. Millares, millones de gentes individualizadas, cada una con su sueño y su problema, intentaban, como él, sustraerse a aquel cálido cendal de neblina, suavemente bañado por un lejano reflejo de luna menguante. El sosiego falso, la inacción involuntaria, la pérdida de la voluntad y de la intrepidez, día a día, año tras año; era, simplemente, el discurrir de la vida, mortificado por pequeñas minucias, arañado por los demás.

Su padre vivía, su padre viviría aún tal vez muchos años. Y él, aunque llegara a la vejez, sería siempre ese hijo de familia, que por no tener problemas se veía en la precisión de inventarlos. Porque no podía vivir de otro modo.

Ante la inmensidad de los fulgores y de los astros él no era siquiera una mota de polvo efímera. Era simplemente un suspiro tornadizo de algún dios tráfuga, que la mitología se había olvidado de anotar en el libro de las sabidurías.

III

NO PODÍA PRECISARSE con exactitud si el Patio de los Naranjos de la Generalitat, de tan noble planta gótica y tan dorado por el sol de la historia, era la antesala de un gobierno o un ágora bulliciosa, abierta a todos, una especie de plaza pública elevada de nivel, a la altura del finísimo porche de esbeltas columnas que le flanqueaba. Lo cierto es que a todas horas la agitación era viva en esa plataforma, que unos cuantos naranjos simétricos convertían en huerta y que un surtidor acompañaba con el rumor del agua. No solo eran los periodistas, los funcionarios, o los que traían de la calle el rumor y la noticia; también se congregaban allí, de paso, gente de los partidos, que esperaban visitar a alguno de los prohombres del Gobierno, o estos mismos, poco disciplinados al rigor del despacho, y ávidos de continuar al aire libre un debate que en definitiva los había encumbrado a aquel lugar. Por allí pasaban atolondradamente todos los que vivían de la política, en mezcolanza de matices y de ambiciones, salvo los que el cambio de rumbo de los acontecimientos había reducido a la oposición y que habían sido defenestrados por el bandazo brusco del 14 de abril.

Nicolás Borredá recalaba allí con mucha frecuencia, casi todos los días. Y de un tiempo a esta parte, con regularidad. Cuando cruzaba el patio se formaba alrededor suyo una apiñada tertulia, que duraba unos minutos, hasta que se decidía a entrar en el salón, antesala de la Presidencia. Periodistas y burócratas desocupados le rodeaban, seguros de que no haría ascos a un rato de charla y un poco seducidos por su alta figura, por su cabellera en constante nimbo alrededor de la frente despejada, por su palabra fácil y aguda y por la penetrante manera de mirar de sus ojos negros.

Normalmente le acompañaba una secretaria, llamada Irene Salvat.

Irene Salvat era hija de una familia payesa de la comarca del Penadés, llegada a Barcelona con una gran ilusión de hacer carrera en la literatura. En la Universidad, y desde la Facultad de Filosofía, intervino en los sucesos que preludiaron el advenimiento de la República y se fraguó su espíritu libre y discrepante de la sociedad que la rodeaba. Dispuesta a predicar su independencia con el ejemplo, rompió con su familia. Publicó una novela —que algunos consideraron autobiográfica— con éxito estimable, principalmente por el atrevido tratamiento del tema, que no era propio para ser abordado por una mujer, y menos por una mujer tan joven. Regularmente empezó a colaborar en los semanarios intelectuales, y en su honor se decía que había sido la primera en Cataluña que descubriera a los más actuales de los escritores franceses, de Proust a Valery, de Giraudoux a Cocteau. Tenía una figura casi masculina —a la que, por consiguiente, se achacaban inclinaciones sospechadas y ambigüedades de mal cariz que no hacían más que aumentar su notoriedad— y el peinado corto, como el de un muchacho, los ojos febriles, negros, vivaces, el estrecho talle y la malicia breve de los senos, apenas

apuntada bajo la blusa blanca, ejercían sobre los hombres un interés especial. No se sabía si era la amiga de Borredá o simplemente su secretaria. Lo cierto era que el político se valía de ella para innumerables gestiones y que iba muchas veces en su compañía, sobre todo a la Generalitat.

En aquellos días la personalidad de Borredá quedaba subrayada por el conflicto que enfrentaba abiertamente a la Generalitat de Cataluña con el Gobierno Central, a propósito de la Ley que las comisiones habían elaborado relativa a los Contratos de Cultivo. El Tribunal de Garantías Constitucionales, suprema institución de Derecho del Régimen, había fallado en contra de la constitucionalidad de esa Ley. Y Nicolás Borredá estaba en el centro de las negociaciones que se llevaban entre los dos Gobiernos en discordia.

El bochorno estival se cernía sobre las baldosas del Patio y Nicolás Borredá buscó la sombra más acogedora de los porches de la balaustrada. Allí se entretuvo, pero muy brevemente, contestando a las preguntas de los reporteros. Aquel día andaba apresurado; los despidió con una ancha sonrisa. Poco había que decir y se dirigió al salón, para entrar en el despacho del presidente.

Entretanto, Irene Salvat quedó como secuestrada en mitad de los grupos.

—¿Es cierto que la aplicación de la Ley se solventará a través de un nuevo Reglamento?

—*I què voleu que us digui si no sé res? Si ho sabés, ho aprofitaria per a mi mateixa.*

Con esta excusa Irene se zafaba de cualquier contestación, que hubiera resultado aventurada e indiscreta en aquellas circunstancias.

El periodista que había formulado la pregunta era Narciso Guimerans, el informador en el diario de la oposición, *La Veu de Catalunya*. Era un hombre maduro, de estampa socarrona y benévola, que pese al calor se cubría con un fieltro deslustrado, en el que había huellas indescifrables de lluvias y tormentas antiguas. Consiguió llevar a Irene a su lado.

—Tú sabes que te he servido las noticias cuando he podido. Te anuncié la caída de Lerroux, ¿te acuerdas? Dime si Samper ha aceptado la solución del Reglamento.

—Sí, es posible —se limitó a contestar ella, apartándose en seguida, para no explicar más.

—¿Y qué dice el presidente? —pero esta cuestión quedó colgada en el aire.

En realidad, esta última era la gran incógnita. Todo dependía, en puridad, de las intenciones del presidente, que nadie era capaz de descifrar.

No estuvo mucho rato Nicolás Borredá en audiencia con el presidente. Se formó un remolino de grupos cuando él salió del despacho. Contra su hábito, no se paró a hablar. Buscó con la mirada a Irene, que se acercó a él apresuradamente. Ella comprendió en seguida que la conversación, aunque breve, había sido aquella vez importante.

Las zancadas de Borredá apenas podían seguir las los periodistas, cuyas preguntas

se entrecruzaban sin que Borredá quisiera atenderlas. Finalmente, un momento, se paró. Procuró tranquilizar a todos.

—Amigos, hasta el viernes, por lo menos, no habrá noticias. Pregunten, si acaso, a sus colegas de Madrid.

Con eso bastaba. Todos comprendieron que la propuesta se había hecho y que esperaban, simplemente, contestación del Gobierno central. Dejaron que Borredá e Irene los adelantaran. Estos bajaron apresuradamente, uno al lado del otro, la escalera. El coche de Borredá esperaba en el patio, y a él subieron Borredá e Irene; aquel se puso al volante y cruzó la portalada.

Irene no alteraba los silencios de su *leader*, que eran escasos, pero siempre justificados. Por tanto, comprendió que era necesario dejarle desbravar en silencio. Creyó que torcería hacia el Palacio de Justicia, pero lo hizo hacia el lado opuesto, hacia las Ramblas. Así acontecía cada vez que ocurría algo inesperado; necesitaba un trecho de reflexión, sentir que el paisaje le evaporaba las ideas y se las aclaraba. Al dejar atrás la plaza de San Jaime se volvió hacia Irene.

—Deberás hacerme inmediatamente una gestión. El presidente sigue su línea, y lo de Madrid no es más que una distorsión. Convoca en seguida la reunión, para las seis, donde tú sabes.

Irene comprendió. El coche paró un momento, justo para que ella pudiera bajar, en la acera de las Ramblas.

Nicolás Borredá no se tenía a sí mismo por un político, aunque ejerciera la política desde la tribuna parlamentaria y desde la prensa. Se consideraba, por tradición, un jurisconsulto y por vocación, simplemente un revolucionario. Había vivido los días de la Dictadura en París como muchos otros intelectuales expatriados, aunque propiamente no se considerara tampoco un intelectual; y había vuelto de allí con ideas muy concretas sobre la transformación que preconizaba y exaltaba en los cafés de Montparnasse; su emblema, republicano y avanzado, no había tardado en ser —por lo menos oficialmente— el de todo el país, no muchos meses después de su retorno. Casi sin esfuerzo se encontró de pronto convertido en uno de los prohombres catalanes del grupo dirigente. Lo cual no quiere decir que se sintiera igual a los demás. Su apellido era, en cierto modo, garantía del más acendrado historicismo nacionalista. Su padre, don Ramón Borredá, había ocupado la Presidencia de la Academia de Jurisprudencia y un sillón en la de Buenas Letras. Los estudios y tratados de su progenitor sobre derecho catalán constituían autoridad incuestionable. Por tanto, él era, por ese lado, un apellido ilustre; pero en la práctica, sus propios conocimientos jurídicos, que no eran pocos, los había puesto al servicio de las ideas más avanzadas, porque creía que solo de ese modo, rompiendo con la inmediata tradición, se conseguiría enlazar dos tramos de historia que ya resultaban muy distantes en el tiempo. Otras razones, además de esta, le impulsaban a la acción y eran de orden temperamental. Detestaba las jerarquías; se consideraba incapaz de someterse a la disciplina de un partido; dentro del suyo, andaba suelto. Y por esa

misma razón y por una innegable superioridad sobre sus correligionarios, personal, cultural y económica, por su capacidad para desdeñar los cargos, se puede afirmar que se había hecho indispensable.

Él sabía desde hacía meses, desde mucho tiempo atrás, que la cuestión elegida para una actitud de rebeldía y de ruptura con las instituciones recién implantadas y en el seno del propio país, era precisamente la llamada Ley de contratos de cultivo, en la que había intervenido como ponente, a la que había dedicado en su bufete horas enteras y... en la que no creía en absoluto. Pero sabía que era un punto de fricción suficiente para que la mecha quedara encendida. No creía en absoluto en las formas conservadoras de la plácida existencia catalana. No creía en los valores potenciales de una redención de las gentes del campo en Cataluña; y fuera de Cataluña, menos aunque esto ya quedara lejos de su órbita. Era republicano por convicción, porque le parecía un arbitrio inútil, en pleno siglo xx, confesarse otra cosa. No le causaba mucha zozobra para alcanzar el planteamiento de la revulsión el hecho de los medios que debieran emplearse; consideraba que, aun en la derrota, inexorablemente se caminaba hacia delante. No acababa de ser un idealista; se consideraba como un revolucionario mitigado por el confort y blanqueado por el escepticismo.

Las condiciones de la labor de la payesía en el extenso cultivo de la vid eran en Cataluña muy especiales. Se regían por un convenio, casi siempre verbal o tácito, o simplemente redactado en un papel de mano a mano, entre el dueño del terreno y el viticultor. Gracias a este convenio, que hasta el momento en que se pensó en legalizarlo había constituido un modelo de buenas relaciones, la viña en Cataluña era próspera, y la relación entre el propietario y el colono amigable y confiada. Nicolás Borredá había estudiado, ya en sus días de Universidad, y en el bufete de su ilustre padre, este tema, que entonces no le preocupó, pero en el que ahora se podía considerar un experto. Las raíces del tratado arrancaban de la romanización, pero habían sufrido diversas alternativas con el correr de los siglos, siempre sobre el principio de afinar y perfeccionar un convenio de buena voluntad; en líneas muy sencillas, se trataba de que el propietario cedía el uso de la tierra al rabasaire, o cultivador, por el tiempo en que durara la vida de las cepas, con la obligación, por parte de este, de dar al amo una parte de la cosecha, aproximadamente, en el siglo xvi, una quinta parte y una suma menguada de dinero. Durante siglos este pacto no había sido signo de enemistad, sino de armónica y favorable componenda entre dos partes. No había legislación alguna, ni foral ni civil, de esa figura jurídica, que difería de la enfiteusis, y que perduró por encima del Decreto de Nueva Planta dictado por el primer Borbón, que interrumpió la vigencia del derecho catalán. La tierra había revertido muchas veces a manos del propietario extinguida la vida de los dos tercios de las cepas plantadas por él o por sus antecesores; en otros casos, el contrato tácito se consideró automáticamente renovado. Pero en las notarías y en los juzgados no existía apenas querrela alguna sobre este tema. Fue una bandera que se levantó deliberadamente con miras políticas. Y eso lo sabía perfectamente el jurisconsulto

revolucionario Nicolás Borredá. También sabía Nicolás Borredá que, en la práctica, sin la vigencia natural de esta ley no escrita, pero hecha costumbre en el país, este hubiera quedado desmantelado cuando la plaga de la filoxera arrasó prácticamente todas las viñas de Cataluña. Nicolás Borredá sabía perfectamente, mejor que nadie, la extorsión, el descalabro, la revulsión que planteaba. Pero era preciso actuar así porque era sinceramente progresista y, en una palabra, partidario de la subversión de una sociedad inmovilizada y, por tendencia, reaccionaria.

Hacía meses que Nicolás Borredá presagiaba la revolución. Él no intervenía en eso; pero estaba en primera fila; se consideraba un espectador privilegiado, no más. Ya que, desde algunos días atrás, empezó a pensar que, por el momento, aquel golpe —si se daba— sería inútil. Lo había advertido días atrás, pero sobre todo lo había advertido durante el curso de aquella jornada, en los breves minutos de su entrevista. Sin haberse preocupado a fondo de las técnicas de la revolución, por instinto intuyó que aquella revolución casera no pasaría de ser una lúgubre y vociferante algarada.

¿Por qué? Porque entre la mezcolanza y la diferenciación de posibles ideales que llevaran a la gente a la calle a luchar, no había ninguno que afectara o que fuera capaz de movilizar, en aquella ocasión, a la innumerable y soberana masa obrera industrial. Todos los prohombres políticos que le rodeaban en su partido, y aun sus dirigentes, se estaban engañando respecto a la naturaleza de su victoria electoral del 12 de abril, ya lejana más de tres años de su experiencia y de la cual, él mismo, inesperadamente, se halló encumbrado a la nueva política. Pero ¿eran ciegos? ¿No sabían todavía que aquella victoria se la habían dado esas masas obreras simplemente para dar el tumbo a la situación, pero que no tenían en ellos confianza alguna? Y para sus adentros se embraveció el humor de Nicolás Borredá: «Y tienen toda la razón del mundo. ¿A santo de qué van a tener confianza en mí, por ejemplo, los anarcosindicalistas, ya que para ellos, por muy convincentes que tenga yo las ideas soy la mismísima estampa del burgués a quien detestan?».

Cuando dejó a Irene siguió con su coche hacia la embocadura de las Ramblas, y torció a la derecha, hacia los arrabales de Casa Antúnez, donde se apilaban las casuchas y los detritos, se apilaban los bidones baldíos del Puerto Franco y se definía un trecho de playa maloliente, por la que correteaban los perros y los niños semidesnudos. En la orilla, algunos chiringuitos donde se servía el vino barato y la empanada de sardinas albergaban a una humanidad desechada y confusa, muestra de ese proletariado inmigrante que tostaba su hambre al sol. Eran residuos de la sociedad, a quienes Nicolás Borredá observaba con una especie de delectación sombría. Ellos eran el ingrediente de su mapa político y, en su terno impecable y burgués, en su facha de privilegio, fraguaba en ellos la inexorabilidad de una revulsión española.

No obstante, después de caminar un trecho por la arena de la playa, soslayando las salpicaduras del mar, los parches del alquitrán sobre la resaca y la embestida de los canes tráfugas y de los chiquillos, necesitaba reponerse. Concluida la reflexión

misógina e ideal, pretendía lavarse de ella y rehabilitarse en la condición que afirmaba su propia superioridad cívica y política. Volvió al coche y, cruzando en dirección inversa, por los muelles, por el paseo de Colón, militar, enfático e isabelino, se dirigió a la Barceloneta, para despojarse de sus ideas y de sus vestidos en el Club de Natación.

Una muchedumbre de hombres en bañador llenaba las dependencias del Club, la piscina, los frontones, las terrazas, u hormigueaba en la playa. Cruzó por los pasillos sin saludar a nadie y se arrió a la fila de armarios de los vestuarios; abrió su armarito, se despojó de su ropa y se puso el slip. La brisa templó su ánimo y atemperó sus nervios. Respiró profundamente e hinchó el tórax a aquella salubre emanación. Hizo unas flexiones y luego se encaminó al exterior.

En el frontón, muchos hombres contemplaban una partida que estaba en su cenit. Se escuchaba el bote sonoro, seco, de la bola al dar contra la pared, y las voces de los jugadores, ariscas, secas también, autoritarias. Eran cuatro seres ágiles y tostados por el sol, tensos los músculos, sudorosa la piel, que brillaba. La pelota era un punto raudo y zumbante, que hería el aire como una flecha de un extremo a otro, impulsada al golpe de la mano abierta. Nicolás movió los dedos de su diestra, ensayándolos, para comprobar su agilidad y su docilidad. Aquellos dedos estaban hechos para la estilográfica, pero la palma era dura como el hierro, habituada a los golpes más duros, capaz de recibir y de devolver el choque de aquel proyectil de caucho hiriente y rompedor. Uno de los jugadores advirtió su presencia.

—¡Ea, Borredá! No te marches, que haremos una...

Era Matías Palá, un deportista ya maduro, cuyas carnes, propensas a ensancharse, eran metódicamente domesticadas por el ejercicio violento todos los días del año. Con una fiereza impropia de su estructura, un poco obesa, Palá corría de un extremo al otro lado de la cancha y dominaba las situaciones más difíciles. Estaba chorreando sudor, que con rápidos sesgos de la mano se sacudía de la frente y del cogote. Sus compañeros, más jóvenes, parecían sin embargo inferiores y menos temibles que él. Estaban terminando la partida. Estimulado por la proximidad de un nuevo adversario, Palá parecía tener ganas de concluirla cuanto antes.

—No pensaba que vinieras. La última vez quedaste bien servido.

—No sufras. Me he entrenado a conciencia —respondió Borredá.

Matías Palá disparó un gran saque, que su adversario más próximo pudo devolver con dificultad, al borde mismo de la raya horizontal. La pelota cayó mansamente muy cerca de la pared. Palá, que lo había previsto, acudió como una centella y disparó de nuevo muy fuerte. El otro contrincante empalmó con fiereza, de modo que la bola fue a parar a los pies de la pareja de Palá. Este lanzó con malicia cerca de la raya, pero el primero recogió la bola y la clavó en la pared, para que rebotara en el ángulo, entre el muro y el suelo, en un ángulo muy difícil que la hizo volver al centro casi sin rebote; pero Matías Palá la recogió, agachándose, y la proyectó suavemente a la misma línea para que cayera unos metros dentro de la cancha, sin fuerza y rebotada. Habían

ganado. Siguieron unos comentarios jocosos, irónicos, y unas réplicas un poco resentidas de los vencidos. Matías Palá se secó con una toalla el sudor de su cuerpo y se acercó a Nicolás.

—¿Te has convencido de que no tengo contrincante? Y además, no necesito reposar. Cuando quieras, estoy a tus órdenes. No obstante lo cual, se sentó, resoplando.

—Te conviene coger fuerzas antes de empezar —aconsejó Matías nuevamente—. Me encuentras por casualidad, pero en plena forma. Esta noche salgo para Madrid.

Borredá le miró a la cara, sin contestar. Le observó frunciendo irónicamente el entrecejo.

—¿Vas a Madrid como... transportista o como terrateniente?

—Voy a Madrid como miembro del Instituto Catalán de San Isidro. Lo que no me impedirá darte previamente una paliza en el frontón.

—¿Cómo puedes tú formar parte de este rebaño? —preguntó hiriente Borredá, y subrayó su extrañeza incorporándose de golpe y haciendo botar la pelota, que Palá le había confiado, dispuesto ya a empezar el partido.

Matías se situó a su vez en la cancha. Sin decir palabra empezaron a jugar.

—Te doy la salida, empieza —concedió Palá.

Aquel hombre había subido de la nada. Su padre era uno de tantos menestrales que a la sombra de las calles estrechas del barrio de la Marina regentaba una parte del gran negocio de transportes que había cimentado la fortuna de su hijo; aquella parte, mantenida aún por un mero prurito sentimental, hacía que Matías confesara a menudo: «Yo no soy más que un recadero, o, si queréis, menos aún, un carretero». Pero lo cierto es que Palá era el principal transportista de Barcelona. Sus camiones y sus carros llenaban tres almacenes, los tinglados del muelle estaban a su merced, las agencias de Aduanas estaban en sus manos. En ocasiones trascendentales había tomado decisiones tajantes; durante la Gran Guerra había sabido retirarse a tiempo del negocio de fletes que había fraguado y luego disuelto tantas fortunas. Hombre de temperamento y de iniciativas, no tardó en derivar a otros negocios. Era uno de los principales accionistas de varias compañías relacionadas con su especialidad; en particular de una fábrica de motores de automóvil que marchaba viento en popa. Además, había comprado una gran finca en el Penedés, productora de vino excelente. Metido en los bancos, Matías Palá no se equivocaba. Compraba y vendía en su momento y si por azar una operación no le salía bien, no se arredraba. Nadie le había visto vacilar.

Matías Palá se había casado en la juventud con Carolina Bugada, muchacha insignificante de la sociedad de Barcelona. No habían tenido hijos. Al principio no los deseó y después resultó ya tarde. Carolina Bugada se había enamorado de él pese a la diferencia social que los separaba cuando se conocieron. Carolina pertenecía a la burguesía catalana más arraigada y de principios más peripuestos. Su padre era un notario de prestigio, del que se decía que no había podido dar más que fe de las

determinaciones de sus dos hijas, respecto a sus elecciones de marido: Carolina, la mayor, pese a la oposición paterna, se casó con Matías Palá. Elisenda, hermosa, imperativa y snob, había ido a parar a manos de un tal Perico Maravall y se le esfumó en pos de él, trasladándose a Andalucía. La suya, que pudo haber sido tenida por una espléndida boda, resultó a la postre un desastre financiero y simplemente un desastre conyugal. Y ahora Matías Palá tomaba cierto desquite del viejo cascarrabias de su suegro, llevando a su casa a Blanquita Maravall, su sobrina, y exhibiéndola como un trofeo por Barcelona.

Para ocultar con hechos, ya que no con palabras, la modestia de su origen, Matías dedicaba sus ocios y parte del dinero sobrante a refinados caprichos. Tenía una hermosa colección de jades, poseía una biblioteca escogidísima y el mejor conjunto de vestigios asirios y egipcios que se podía admirar en España fuera de los museos. Cuando podía tomarse unas vacaciones reservaba un camarote de lujo y se marchaba a Oriente, él solo, o con unos amigos. En aquellos granos de trigo todavía amarillos después de veintiséis milenios que fueron hallados en la tumba de Nefertiti, le parecía ver la fragilidad, la irrisión de la condición humana; y en los jeroglíficos de las formidables columnas del templo de Karnak, leía en concreto un balance siniestro de frustrados idealismos históricos; la vida para él era solo una cuestión de dominio y de actividad.

Aquel mismo singular olfato que le hacía desechar negocios en apariencia seductores que venían a proponerle y que veía fracasar al poco con escondida satisfacción, le advertía que estaba a punto de llegar su momento psicológico. Hasta entonces su vida, sus triunfos y su suerte no habían pasado de ser un entretenimiento baladí. En definitiva, tal como habían ocurrido las cosas, consideraba que no había habido mérito exagerado de su parte, puesto que en todo cuanto había emprendido le parecía que no había habido opción, que siempre había actuado hasta entonces en terreno firme. Pero la mayor ganancia de todas, en su fulgurante historial, era la experiencia que poseía sobre la debilidad de las gentes, sobre su ductibilidad, sobre la escasa entereza de los caracteres de los demás, sobre el acopio de *snobismo*, de vanidad, de insensatos escrúpulos en que estaba montada y organizada la sociedad en que vivía. Cualquiera de los tratantes o cualquiera de los carreteros que había visto disputar con su padre por el precio de una carga, hubieran podido dominar a su antojo a ese mundo del póquer, del *whisky* y del *jazz-band* con solo haber tenido su paciencia y sus modales. Llegaba el momento en que la débil sociedad de hombres débiles, de caracteres tambaleantes, debía ser sacudida y suplantada por otra, de hombres de temple, entre los que no hubiera espacio para la ociosidad, en la que todo tuviera otro sentido: el de la productividad, en beneficio de los demás, el de la lealtad, el trabajo para quienes quisieran tenerlo y el «cara a cara» con las realidades. Matías Palá era un progresista consecuente pero autoritario, un hombre persuadido de la necesidad de establecer un mundo sin mojigaterías, como una colmena presidida por una invisible reina, en cuyos pólipos vibrara el incesante zumbido de la prosperidad

colectiva.

Un conjunto de mirones se había agrupado para ver el singular partido, establecido entre dos elementos tan notorios y, a la vez, tan separados por las ideas y por las inclinaciones. Hasta en los que miraban había una secreta preferencia por uno u otro de los dos contrincantes, no derivada de las circunstancias deportivas, sino de las sociales y políticas. Se sabía que Matías Palá era conservador, elemento conspicuo de la «Lliga» de Cambó y batallador en las derechas, aunque no hubiera ejercitado la política en ningún cargo ni se hubiera presentado como candidato a ninguna elección. Pero pronto defraudó el lance. Los diez primeros tantos marcaron una superioridad de Matías, recalentado en el juego, pero después se desinfló y Borredá, ya en tensión, le fue sobrepasando hasta llevarle media docena de puntos de ventaja cuando concluyó el partido.

—Pues es verdad que te has entrenado —concluyó Matías, justificándose y volviendo a cepillar sus carnes con la toalla y sentándose rendido, mientras resoplaba—. Vamos a tomar un refresco.

—Espérame en el bar. Voy a darme una zambullida.

Cuando Borredá volvió, chorreando agua hasta tal punto que sus mechones se le aplastaban en las sienes y mejillas, encontró a Palá ante un par de cervezas.

—Conque ¿te vas a Madrid?

—Yo y diez mil más. ¡Ah, y casi todos payeses! No hay apenas «amos».

Sin poderlo disimular, Borredá torció el gesto.

—¡Qué van a hacer los pobres! Los tenéis agarrados por la cosecha...

—¡Nada de eso! —insistió Matías—. En fin, más vale que hablemos del partido, me refiero a la pelota. Ya sabes mi parecer: os estáis jugando el país, el Estatuto y la libertad. Me parece inconcebible que un hombre como tú juegue con la demagogia. Es como si en una partida de dobles fueras a favor del contrario.

Borredá se irritó, sin dejar de sonreír por ello.

—Y perderéis la partida. Si subleváis al campo os encontraréis con un chasco. Los payeses no están para esos líos. No los conocéis. Ellos son todavía más egoístas que nosotros, los «amos». No os seguirá ni uno.

—Tal vez. Pero será una campanada. Con esto basta.

—¿A costa de qué? No os gustan los votos que os dieron la victoria, no os gusta la FAI, pero tenéis que apechugar con ella. A nosotros tampoco nos gusta; por eso no la llamamos. Si los necesitáis, dominadlos. Pero es a la inversa. ¿O crees que son tontos? Entretanto no podréis sustituir esos votos bastardos por los votos del campo. Querido Nicolás, esos son nuestros, porque en definitiva y dentro de todo, el payés va a misa y arar el campo no es una improvisación. Son muchos siglos de «repartidora».

Matías Palá se notaba locuaz, expresivo tras la derrota. Le daba fuerzas para polemizar.

—Lleváis la política a vuestro antojo, manipulando con las masas simplemente para coaccionar al Gobierno y aun a la gente sensata del país. Ese talismán, o ese

comodín, como quieras, es peligroso. No se puede hurgar en la basura. Lo perderéis todo y lo perderemos todo: nosotros y vosotros, todos. Esto se acabará.

—No es cosa de hoy, o de mañana —replicó Borredá—. Muchas de las cosas que dices las decía el general Narváez hace cien años. Siempre hay una excusa para prolongar la tiranía; esta puede ser militar, monárquica, burguesa o aristocrática. Pero si vino la República no era para utilizar los mismos términos que el general Topete. Fuisteis incapaces de ceder un real a los obreros cuando vinieron las vacas flacas, después de la guerra. Hicisteis que viniera Primo de Rivera. ¿Y no os traicionó? ¡El orden! ¡A cambio del orden que os asegure los balances, que os abra los Bancos, que os permita ganar beneficios de millones todos los años, venderíais a vuestro padre! Sí, no me interrumpas, lo sabes tú mejor que nadie. El trabajador, que os deje en paz. ¿Huelgas para qué? ¡A formar, que para eso están luego las conferencias de San Vicente de Patín! Eso es lo vuestro...

El diálogo se agriaba. Matías no contestó. Sorbió lentamente su cerveza.

—Nicolás... —advirtió—. Tú eres el hombre de más talento que hay en la Generalitat. Cuando murió Maciá, todos creímos que tú sabrías ver el cometido que de ti esperaba el país. Faltaba una figura integradora, que hubieras podido ser tú; casi estabas predestinado a serlo. Y te has ido como ellos hacia la ruptura. Es muy nuestro: «caja o faja». Es una pena.

—Yo no puedo moderar la historia. Cuando se inicia un proceso, hay que acelerarlo. Y estamos en las últimas fases de ese proceso.

—Quizás un día comprendas que la historia, más que mudanza, es permanencia.

—Quizá comprendas tú un día que nada permanece sin morir. Eso es lo que pasará: la muerte de las cosas que confundís con la historia. Esta es una palabra demasiado misteriosa para ti y para mí —concluyó, como si encubriera una amenaza—. Y para vosotros, demasiado cómoda.

—Bien, Borredá —dijo Palá, levantándose—. Acepto tu vaticinio. ¡Ah, y cuando quieras... ofrécame una revancha! Lo dijo con cierto encono, y se marchó.

Nicolás Borredá quedó largo rato contemplando el mar y al enjambre de bañistas que pululaban en la arena. De pronto miró al reloj en el muro y se tranquilizó. Tenía tiempo de comer allí mismo y de estar a las seis donde Irene Salvat había citado a sus interlocutores.

Con unas pinzas depilatorias Vicente Burgada se entretenía en arrancar de su entrecejo el pelo inútil, para que sus hermosas cejas se diseñaran equilibradamente en los dos hemisferios de su faz. Tal vez el secreto de sus *tics* faciales fuera consecuencia remota del esfuerzo que hacía en esos instantes, desde su juventud, para no acusar ante sí mismo, frente al espejo, el pequeño dolor que le producía cada uno de los tirones con la pinza; pues mientras se dedicaba a esa minuciosa labor de poda se mantenía inmutable, estoico y hierático.

Vivía solo, solemnemente solo, en un gran piso del Ensanche barcelonés cercano a la plaza de Cataluña. Aquella vivienda había sido imaginada por alguien incapaz de presumir el sino solitario y misógino que habría de terminar con su estirpe. En la parte delantera del principal los tresillos, los canapés, los cortinajes, junto a las consolas, las ménsulas y las mesillas *modern style* quedaban totalmente vencidas por el tiempo y la inacción. Una serie de hermosos cuadros de la escuela de Martí Alsina, algunos de gran valor, colgaban en las paredes cuyo papel con flores se había ido amustiando con el tiempo hasta desvanecer su color original. En algún trecho, se notaba la huella que habían dejado cuadros colgados allí tiempo atrás, que eran como máculas delatorias de graves episodios financieros de su titular actual, incapaz de borrar por su cuenta aquellas huellas. Pero la totalidad de los aposentos era de una limpieza irreprochable. No había sobre las mesas y en la superficie de las caobas o en el tornasol de la plata ni una mota de polvo. Maniático hasta el ridículo en este extremo, extraordinariamente aprensivo, el solterón tenía contratado el servicio de una asistente, vieja ya de setenta años, responsable de la invulnerabilidad y de la higiene de aquellos aposentos.

Vicente Burgada se depilaba periódicamente con depilatorios de perfumería, pero retocaba su obra con unas pinzas para el vello de más compromiso. Era hombre ecuánime y metódico, de estrechas ambiciones, de escasos arrebatos. Su padre se había fugado a América con una actriz, cuando él no contaba aún los diez años. Conoció los rigores del internado, la muerte de su madre después, y durante largo tiempo la compañía de su abuelo, el titular y autor del piso en que habitaba. De él era todo cuanto había allí, incluida la biblioteca, con muchos volúmenes de filosofía, de arte antiguo y, sobre todo, de derecho, carrera que él mismo había terminado por seguir. Pero cuando murió su abuelo se encontró con que sus bienes no alcanzarían más que modestamente para cubrir con regularidad su vida. No era hombre que pretendiera complicársela: se quedaría soltero, por razones económicas y porque la historia de un progenitor mujeriego y pródigo le inclinaba a la prudencia y a la moderación.

En la parte posterior del gran piso el panorama no era menos ostentoso y trasnochado que en la parte delantera, la de «recibir». Las vitrinas del comedor abundaban en cristalerías antiguas, vajillas de porcelana de Morgental o de Sèvres, de juegos de té de la China, que la asistente limpiaba metódicamente y con extremo cuidado, con turno riguroso, pero que nadie usaba jamás. Cuatro alcobas mantenían la petulancia de sus camas de caoba, de sus armarios de luna, sin que nadie, salvo la asistente, pusiera pie en ellas nunca. Un pequeño cuarto, distinto a los demás y contiguo al baño —de fabulosa y anacrónica bañera— era el habitáculo nocturno del solterón. La cama era de metal, para no gastar siquiera innecesariamente las reliquias de valor que guardaban las demás alcobas. La ventana abierta daba a un patio interior, del que emergían frecuentemente efluvios de canalones o de arroz y que impulsaban al solterón a la calle, llegado el mediodía, para regresar después a la hora de la siesta.

Vicente Burgada acababa de incorporarse, un poco antes que otros días, a causa del aviso que recibiera de frene Salvat de parte de Nicolás Borredá. Un poco de brisa basculaba los estores de la ventana del baño y Vicente Burgada, en camiseta, interrumpió un instante su labor extractora, para sentarse meditativo en el borde de la bañera. No podía zafarse de la insistente evocación, desde que unos días antes regresara de Caldetas. El sopor del verano, del que se defendía en aquella zona de su piso, tan fresca y sosegante, no hacía más que acrecer la insistencia de sus cavilaciones. Porque al fin se había producido lo que presumiera como inexorable tiempo atrás, en los días inaugurales de su relación con Crista; al fin, de la manera más imprevista e inesperada, había conocido al marido de aquella hermosa mujer. Y su escrúpulo era muy vivo. ¿Debía proseguir, como antes, su coloquio con ella? ¿Habría notado Desiderio lo mucho que ya había entre los dos? ¿Cómo reaccionaría si lo supiera?

Hasta el día anterior, el paisaje de ese flirt tan suave quedaba idealizado por las circunstancias de su origen. Hasta entonces su ánimo se hallaba sin saber cómo lleno de nieves, de nieves nocturnas, de claros de luna sobre la superficie helada, en las quebradas azules e imponentes de los Alpes suizos y en las luces y las músicas de Navidad. Porque Crista y él se conocieron la Navidad anterior, cuando Crista fue a visitar a su hijo a Suiza con motivo de las fiestas. Coincidieron en casa de unos amigos comunes, un alto empleado español en la Sociedad de Naciones. Crista iba acompañada de su inseparable Cecilia Pons, y juntos pasaron luego una quincena inolvidable en Gstaad, aunque en distintos hoteles. Y se preguntaba ahora, ante el cambio brusco de situación, por qué Crista no había sido suya entonces, a causa de la distancia, a causa de la impunidad, del sosiego y grandeza de los paisajes alpinos y como consecuencia ineluctable del fabuloso amor compartido y paladeado hora tras hora, día tras día, en los quince de su intrépida aventura invernal. Y llegaba a una conclusión: Crista no había sido suya, no se había entregado porque ni ella ni él habían osado romper su idilio con la grave responsabilidad del adulterio.

La segunda pregunta que se formulaba era la siguiente: ¿sería Crista suya alguna vez? Hasta entonces contestaba a ello sin titubeo y sin escrúpulo: sí, alguna vez, un día inesperado, Crista sería suya. Ellos dos lo sabían. Esto quedaba sobrentendido en su relación, hasta unos días antes, en Caldetas; es decir, hasta que Vicente no tuvo ante sí, categórica, la figura de aquel hombre que hasta entonces no había pasado de ser una entelequia o una nebulosa: Desiderio. Pero la teórica figura del drama acababa de aparecer con su concreta estampa, que no era deplorable y mortificante como Crista había dejado entender, sino cabal y cordial, educada y digna de respeto. Por otro lado se hacía difícil presumir en qué ocasión, de qué modo sería suya. ¿Acertarían a interrumpir el éxtasis galante con una insinuación cualquiera, en aquel momento de su edad en que ya no existen arrebatos dominantes y en que la razón — helénica razón — se sobrepone a los instintos? Otra incógnita le desazonaba: si Crista era suya alguna vez, ¿no iba a quedar desvirtuada y desvanecida su delicada situación

actual, tan flexible y armoniosa, limitada a los goces y entusiasmos de la *bonne compagnie*?

Recordaba con nostalgia los días de su encuentro en Suiza y le dolía aún la pesadumbre de las semanas que pasaron desde que ella le dejó, de nuevo abandonado a la vida cotidiana, a la soledad célibe y burocrática. Fue ella, solo ella, la causa de que renunciara a la monotonía apacible de una situación modesta pero asegurada, y resolviera, en un acto de voluntad excepcional, renunciar a su cargo y regresar a Barcelona.

Después, ya en Barcelona, habían cedido los meses, se había disipado el invierno, con sus citas indecisas, sus paseos amistosos, el roce de las manos, el beso contenido, en los parques, en los cafés de barrio, como si fueran colegiales. Había pasado la primavera con esplendor ardiente; los bailes, las *soirées*, el saxófono de Albalat, el banjo de Napoleón, la desnudez negra de Elsie Byron. Ella y él, ante los demás, sabían que se amaban; lo sabía, además, Cecilia Pons y lo sospechaba, probablemente, Evelina. Y luego el verano, con sus citas en Caldetas y sus viajes clandestinos, en el coche de Crista...

Todas las tardes, después de la siesta, se encontraba sentado unos instantes sin saber cómo en el borde de la bañera y en inconsciente maduración de sus dichas y de sus desdichas. A veces le acuciaba un instinto súbito de rebeldía. «Si me quiere, debe dárseme». Otras veces se dominaba: «No ocurrió en Suiza, porque allí estaba su hijo y ni ella ni yo somos capaces de concebir una infamia, aun en silencio y en la clandestinidad».

Pero hoy no podía permitirse el lujo de permanecer en aquella actitud reflexiva e incómoda. Se incorporó de golpe, dejó las pinzas en la repisa de vidrio y se dispuso a vestirse. Lo hizo con flema, pero con regularidad.

Cuando acabó de hacerlo, unos timbrazos insistentes sacudieron el silencio y la modorra de los muebles, de las paredes, que se sobresaltaron. Vicente Burgada, ya vestido, se observó unos instantes en el gran espejo del recibidor: su terno de seda cruda, el florón azulado de su corbata, el pelo liso, rubicundo, ya escaso, hacia atrás. Y él mismo fue a abrir la puerta.

—Pasen ustedes.

Eran tres hombres, tres modestos hombres, con la gorra en la mano uno de ellos, los otros dos con fieltros deslustrados que se quitaron al trasponer el umbral. Al descubrirse, uno de ellos mostró un cráneo mondo, estigmatizado por unas lacras indefinibles, que Vicente observó unos instantes con aprensión.

Ceremoniosamente, y guardando en cierto modo las distancias, los acompañó hacia un saloncito interior, contiguo a su biblioteca, que olía a naftalina y a cerrado. Encendió la luz de la lámpara, para no tomarse la molestia de abrir las ventanas. Los invitó a sentarse y los dejó solos, en el momento en que volvía a sonar el timbre de la puerta. Era Nicolás Borredá.

Suntuoso, tostado por el sol, que había hecho mella en sus facciones,

coloreándolas, Nicolás entraba sin cumplido en aquel piso, que durante los dos últimos años de ausencia de su titular le había servido a él circunstancialmente de *garçonnière* y de cenobio, donde elaborar en gran parte el borrador de sus trabajos jurídicos y políticos. Al entrar, dio un golpe amistoso a Vicente en el hombro y preguntó con inquietud si los otros habían llegado.

—Los he hecho pasar al saloncito. Han venido tres.

—¿Los conoces?

Vicente negó. La pregunta era ociosa, puesto que cabalmente no conocía a ninguno. Ni a esos ni a los otros.

Nicolás se detuvo unos instantes ante el espejo del paragüero, en el recibidor, y se pasó la palma por la sien, alisándose el pelo.

—Si quieres que tome alguna nota o te traiga algún refresco... —ofreció, servicialmente.

Pero Nicolás rehusó.

—Preferirán que estemos solos. No te preocupes. No será muy largo.

Vicente introdujo a su amigo en el saloncito y se retiró prudentemente. No se le escapaba la importancia de aquella entrevista, ni las exigencias de clandestinidad que tenía. Nicolás abrió la portezuela y entró en el saloncito. Vio a los tres hombres, de pie en la exigua habitación. Apenas se fijó en ellos, pero notó el aspecto apocado y receloso que presentaban. Dos de ellos eran de mediana edad. El tercero era más joven. Les dio la mano y los invitó a entrar en la habitación contigua, despacho y biblioteca en la que se filtraba la luz de la calle, que ya empezaba a decaer.

—Sentaos por favor, y poneos cómodos —ofreció, abriendo el balcón y quitándose la chaqueta—. Si lo preferís, poneos en mangas de camisa.

Entonces sí fijó su atención en ellos. Reparó en el que estaba en el centro, un hombre de mediana estatura, vestido con un traje marrón claro y una corbata azul, que se notaba se había puesto para aquella entrevista, pero que habitualmente no llevaba. El nudo estaba mal hecho y le caía a un lado. Era un hombre pausado, ligeramente curvado de espaldas, de mirada triste, noble y el pelo ligeramente gris.

—Perdona, eres Feliciano Martín, ¿no es eso? Nos conocimos en la Audiencia. Era en enero o en febrero, el año ¿Cómo acabó aquello?

—Nos echaron seis años, pero...

—Bien —interrumpió uno de ellos, el de la calva con lacras, un hombre enjuto, de voz honda, que miraba fijamente con unos ojos acuosos—. Quisiéramos saber para qué se nos ha convocado.

El joven miró a Borredá y tomó la palabra.

—Llevamos poderes del Comité para decidir aquí sobre algunas cuestiones, pero sobre otras tenemos que consultar.

—Se trata de conocer la reacción de la Confederación con motivo del conflicto que existe entre la Generalitat y el Gobierno. El resumen es el siguiente: el Gobierno ha propuesto una fórmula para que se elabore un reglamento que permita la

aplicación de la Ley de Contratos de Cultivo sin herir la Constitución. Pero sospechamos que esto no es más que una argucia dilatoria y que forzosamente se tendrá que ir a la ruptura; es decir, a la huelga general y a lo que sea. En ese caso, ¿cuál será la actitud de la CNT?

Los convocados se miraron entre sí. Tomó la palabra el de las lacras.

—El Comité secundaría la huelga, pero no se compromete a secundar lo demás.

—¿Qué quiere decir que no se compromete?

—¿Quién llevaría la dirección del movimiento? —planteó a su vez el calvo.

—Naturalmente, la Generalitat: el delegado de orden público.

Hubo un silencio entre ellos, que fijaron su vista impávidamente en el suelo, antes de dar una opinión.

—Hay docenas de los nuestros metidos en la cárcel por él.

—Serían puestos en libertad inmediatamente.

Tardaron unos instantes en reaccionar. Feliciano iba a hablar, pero lo hizo en su lugar el más joven.

—La enemiga de Dencás no ha sido Samper ni el Gobierno, sino nosotros. Se ha cansado de machacarnos. Para nosotros no hay diferencia entre él y Arlegui. De modo que no tenemos ninguna confianza. Lo que necesita Dencás es un somatén: esa especie de partidas catalanistas y burguesas, que son lo suyo.

Interrumpió Feliciano, bruscamente: —Los obreros irán a la huelga y saldrán a la calle por una razón sindical que mejore al obrero, no por política.

—La revolución siempre es política. Ganado el movimiento, se os abrirían las puertas de la Generalitat. Pero primero sería necesario ganar la calle.

—La Específica no intervendrá; secundará la huelga, pero nada más —insistió el de las lacras.

—Pensadlo bien. Todavía faltan semanas, meses quizá. Pero cuando la ruptura se produzca, pensad que es una ocasión única. Cuesta mucho promover algo así.

—No está madura. ¿Quién nos asegura la victoria a nosotros, a los trabajadores? Puede ser que esa victoria la obtengamos en Asturias, pero no aquí; la victoria de la Generalitat sería tan burguesa como la de las derechas. Teníais ocasión de acercaros a nosotros, pero no ahora, cuando nos necesitáis. Los *escamots* nos persiguen, nos maltratan, torturan a nuestros compañeros. Los sótanos de Comisaría están llenos de los nuestros; no han variado para nosotros, desde Martínez Anido hasta hoy. Y ahora, porque nos necesitáis queréis borrar el pasado, cuando nuestros compañeros están aún en la cárcel, cuando aún hoy se nos está buscando como conejos. Y si no, ¿dónde tenemos que hablar de eso? Si quiere algo, que el presidente nos cite en su despacho y que no nos venga a pedir favores de tapadillo. Sinceramente: esto no es más que un engaño, un anzuelo.

El calvo había hablado serenamente, sosegadamente, con una voz solo quebrada a veces por un acento dramático, que subrayaban sus ojos grises y acuosos, de hombre tenaz y sufridor. Nicolás Borredá pareció que se confiaba.

—Hay un sector en el Gobierno que os aprecia y que disiente de los procedimientos que emplean con vosotros. Sería la ocasión de borrar el pasado y de dar la razón a los que os estiman.

—No necesitamos ni queremos eso —rehusó—. Cuando el trabajador salga a la calle será por su propia convicción y para su provecho. Para la libertad y la emancipación de verdad. Nuestros compañeros sufren en la cárcel, eso es todo; y no queremos nada con los que los han metido en ella.

Hubo un largo silencio. Al cabo, Nicolás concluyó:

—Es una lástima. Nos arrepentiremos todos. Pensad todavía, reflexionad. ¿No puedo tener una respuesta estos días?

—La respuesta ya está dada.

—En ese caso, no hay más que hablar. Sin embargo, en mí tenéis siempre un amigo.

Se levantó. Los otros lo hicieron también. Abrió la puerta, para que pudieran salir, y los acompañó hasta el pasillo. De detrás de una cortina salió, impecable, Vicente Burgada.

—Cualquier cosa que pueda ofreceros, no dudéis en venir. A través de Vicente Burgada, que es como si fuera yo mismo —indicó, señalándole—, o a través de mi secretaria, Irene Salvat, me tendréis inmediatamente a vuestro lado. Y estoy seguro de que, sea cual sea la suerte de todos, llegará un momento en que nuestros caminos se encontrarán.

Los emisarios no respondieron. Hasta pareció que el más joven levantaba los hombros con actitud de desdén y de indiferencia. Se perdieron silenciosamente, uno tras otro, en la oscuridad de aquella escalera burguesa.

Uno tras otro, es decir, a intervalos. Ni siquiera estaban seguros de que la cita de Nicolás Borredá no fuera una aňagaza para pillarlos a todos a la vez y de que aquella entrevista no tuviera el triste colofón de la Comisaría. Pero no querían confesarle al político este temor y, por tanto, mientras el más joven bajaba la escalera con grandes zancadas, a toda prisa, los demás remolonearon en los rellanos. Se adelantó luego el calvo y, finalmente, Feliciano Martín, que esperó un par de minutos antes de llegar al portal, e hizo luego su salida al exterior.

Aún batallaba el sol en el ocaso. Había sido una jornada de calor y de sudor, que empezaba a pesarle en los hombros; esos hombros un poco hundidos, refractarios al reposo y hechos a la lucha, que solo había aplastado la vida misma.

Feliciano Martín Ruiz, hijo de anarquista, era a su vez un anarquista íntegro e integral. Su padre había sido uno de los primeros y más abnegados actores de los comienzos de la lucha social en Barcelona. Discípulo de aquel Anselmo Lorenzo que regresó de Londres, donde colaboró con Carlos Marx, fue el introductor en España de las obras del maestro y uno de los promotores de la lucha social que, desde

Andalucía, le trasladó a Barcelona. Durante sus huidas a París, que fueron frecuentes, el padre de Feliciano conoció en el café de la Rotonda al agitador ruso Stavolinsky, fundador de la plataforma sindicalista, y al anarquista Néstor Magno, que mandó unas unidades militares en el frente de Ucrania contra los rusos blancos; pero que después, puesto que era anarquista, tuvo que huir de Rusia. Feliciano vivió, pues, desde su infancia, a través de las vicisitudes de su padre, en el clima inquietante y tenso de la lucha social. El primer Feliciano Martín murió en la cárcel de Barcelona, de una embolia, cuando ya iba a cumplir los setenta años.

Feliciano Martín Ruiz, hijo de aquel, era desde los veinte años uno de los elementos más destacados de la Confederación Nacional del Trabajo. Hablaba muy bajo, pero cuando lo hacía había que prestar una fe absoluta a sus palabras. Era un hombre que no había mentido jamás, quizás, entre otras cosas, porque hablaba muy poco.

Su compañera y consejera era una mujer un par de años mayor que él; tenía de ella dos hijas gemelas, de una edad que no pasaría de los dieciséis años. Era Pabla quien, en los momentos de desánimo, afirmaba en Feliciano los ideales sindicalistas de la lucha a ciegas, como un año antes, con ocasión de la firma del Manifiesto de los treintistas, cuando tuvo que asistir al duro golpe de la segregación de sus grandes compañeros de otras horas: Pestaña, Seguí, etc. Desde los catorce años, teniendo Pabla dieciséis, no había conocido Feliciano a otra mujer, ni probablemente conocería a ninguna otra, aunque los años hubieran pasado más de prisa sobre el cuerpo de ella que sobre el de él.

Lo que los unía era el ideal. Un ideal casi sobrehumano y bastante difuso, pero sentido con vehemencia, con ardor. Les importaba un ardite la República, que era semejante a la Monarquía: burguesa, tiránica y falsa. Eran antisocialistas, anticomunistas integrales. Lo aceptaban todo por el libre albedrío, razón de sus actos y de los actos de los demás. Pero el primero y principal error era el Gobierno, el mando. Llegaría un día en que el hombre sería libre en una sociedad sin Estado alguno. Pabla, tenaz y solitaria, cuando hablaba empleaba magistralmente los términos de la acción: «Los redomados burgueses, señores del feudalismo capitalista», o «los arrastrables». Feliciano tenía una fe absoluta en lo que afirmaba su compañera; su léxico era más sobrio, pero su decisión era tan ardiente como la de ella.

Feliciano y su compañera vivían en un piso de la calle de la Unión, cercano al «barrio chino». El barrio entero hedía —por el lado siniestro— a prostíbulo y podredumbre. Cuando, aún no amanecido, salía de su casa, Feliciano veía a los tristes, tambaleantes noctámbulos salir fatigados, ojerosos, de los *meublés*, infames residuos de una sociedad que pronto iba a desaparecer. «Sí; también eso será quemado», decía, acordándose del folleto que él y Pabla habían escrito unos meses atrás, por encargo del Comité: «Al fuego los títulos de la propiedad, al fuego las hipotecas, las actas notariales, las sociedades burocráticas; al fuego los libros de los

Bancos, las letras de cambio. Al fuego esos papeles malsanos, títulos de esclavitud de la Humanidad, impuesta por millones de soldados, los magistrados, las sotanas y los canes hambrientos de presupuesto». Pues bien, se decía Feliciano: «Al fuego los prostíbulos, al fuego esa carroña de burgués que se vuelve a casa cuando yo despierto».

La CNT secundaría la huelga, pero se abstendría de salir a la calle. Él fue uno de los principales sustentadores de esa táctica en la reunión del Comité en la que habían discutido el asunto. «El día en que el proletariado haga la acción, esta acción debe ser exclusivamente para el proletariado, que se basta por sí solo para conquistar el poder, sin ayuda de esos bergantes que ahora gobiernan». Por eso la CNT no iría a la lucha aquella vez en Cataluña, y por eso se pondría en evidencia la escasa fortaleza —física y moral— de los seudorrevolucionarios, de los burgueses disfrazados.

Feliciano subió al tranvía en la plaza de Urquinaona, hasta las Ramblas. Entró en las calles estrechas, con la colada colgada en los balcones, donde vivía hacinada una inmensidad de gentes con sus mismos problemas. «Cada sábana que cuelga —pensaba—, un proletario con hambre». Las mujeres no paraban, las mujeres sufrían. Primero, porque la cesta que llevaban a la compra pesaba muy poco pero era muy dura de llevar. Después, porque los hijos lloran y hay que sonarles y limpiarlos y, antes que nada, hay que hacerlos; se hacen solos, sin querer, y entonces ¿qué pasa? Hay que seguir trasteando, hay que aprovechar unas horas para ganar unas pobres pesetas limpiando en las casas de los ricos. Pabla había hecho eso: ir a limpiar la colada de los demás, cada vez que él estaba detenido, agacharse, arrodillarse en el suelo de los demás y volver a casa rendida y tener que ir a la compra y sudar, sudar; en invierno como en verano, la maldita esclavitud del trabajo; la maldita esclavitud de tener que comer y no llegar a hacerlo nunca del todo.

Cuando llegó a su casa, un poco de cena humeaba en los fogones. Pabla le esperaba, y las dos chicas, iguales las dos, sumisas y calladas. Zurcían ropa en el comedor, una habitación pequeña pero limpia, en cuyo rincón había una máquina de coser, que durante el día no paraba. Se sentó Feliciano a la mesa y desdobló el diario. Pabla le miraba interrogadora.

Cuando después de cenar las chicas se fueron a dormir, sin necesidad de que ella le preguntara, Feliciano la informó:

—Vamos a la huelga, pero no al golpe. En Asturias sí irán. Pabla asintió, complacida.

—Entretanto, no los dejaremos en paz. Necesitamos dinero. Se han proyectado una serie de golpes escalonados y se forman nuevos grupos. Voy a salir.

Pabla no le preguntó para qué. Le notaba enfebrecido, presto a la acción. Pabla no sufría más que cuando le veía inactivo.

Se reunieron aquella misma noche en casa de un tal Rebollo, una de las barracas

del barrio de La Torrassa. Estaban allí Feliciano, el Bizco, Rebollo, dos chavales de dieciocho años llamados Pepe y el Rubio, valientes como el rayo, y Máximo, el torero. Feliciano los había congregado para comunicarles la determinación del Comité en la reunión de aquella tarde, en la que de paso se había acordado no intervenir en el golpe de la Generalitat. Junto a ellos, en un rincón, dormitaba sobre un catre la mujer del Rebollo, una pobre enferma cuya respiración daba un inquieto contrapunto de suspiros al silencio, en la penumbra, y hacía que los hombres hablaran aún más bajo de lo que solían en aquellas circunstancias para no alertar a la policía.

—Necesitamos dinero, como sea. Y además, necesitamos que la gente se entere todos los días de que existimos. Los del Gobierno y los de la oposición, y sobre todo nuestros compañeros, los que están en la cárcel. Todos deben saber que existimos. Pero ya no quedan hombres y es preciso que a los que salgan ahora no los conozca nadie. ¿Entendidos?

La pálida luz del acetileno, contra la que se estrellaban unos moscones, acentuaba con sombras las facciones de Feliciano. Hablaba en voz muy baja, alrededor de una mesa desvencijada, y estaban sentados sobre unos cajones, al lado del catre en el que dormía la mujer del Rebollo.

—Se han planeado una serie escalonada de golpes. Tú, Máximo... ¿me escuchas? ... Es hora de demostrar los redaños, por algo que valga la pena y no en los toros. ¿O no recuerdas cómo viniste aquí y quién te amparó entonces?

El murciano se despabiló de pronto. Miró a Feliciano con ojos brillantes, de pronto avivados. Pero levantó los hombros, como si ello le importara poco, mientras con un cuchillo se iba puliendo las uñas, negras y planas en unos dedos fuertes.

—¿Qué hay que hacer?

—Lo que te he dicho, un golpe.

Feliciano explicó de qué clase de golpe se trataba.

—Te he dicho que necesitamos dinero. Y ahora te voy a preguntar: ¿dónde crees que está el dinero?

Máximo barruntó:

—Supongo yo que en las casas de los ricos.

—No. El dinero está en los Bancos. Hay más de uno en Gracia: he aquí el plano.

—Pero... yo no he hecho nunca eso.

—Razón de más. Tú no estás fichado. Si escapas, escapas del todo.

—¿Y cómo se hace?

—¿Cómo? Cuanto antes.

Desenvolvió un paquete liado con periódicos.

—Aquí tienes tres pistolas y esa munición. Esos te enseñarán a montarlas, si es que no sabes —y señaló de nuevo a los chavales.

—Bien. Lo haremos —respondió Máximo.

—Lo demás va de tu cuenta —concluyó el anarquista.

¡De su propia cuenta! Nunca había hecho aquello. Muchas otras cosas sí había

hecho, pero no aquello. Los campos de Veda eran otra cosa; una terrible llanura árida que sorbía la sangre. Después de todo, ¿qué diferencia había de la sangre de un carnero, terco y enjuto, a la de un hombre que se defiende? Se trataba de ir por todo, de una vez; no ser ya nunca más un robaperas, jugador de mus, saltabarreras y miserable. Por todo, de una vez... ¿Es o no es?, preguntaba al filo de la navaja mientras mondaba una pera, y le parecía una lengua que hablara y respondiera: es.

En aquel otro entonces de sus temores, en los días ya lejanos de zagal, Máximo no tenía más que catorce años y un hambre muy honda, que le pinchaba en el estómago; que le descoyuntaba por dentro, que le hacía revolcarse contra los cardos, los espinos crecidos en los intersticios del pedregal como si pudieran socorrerle por fuera. Pero, no; tenía hambre, deliraba de hambre y abrió el cuchillo, agarró al carnero por el pescuezo y lo degolló. Vio cómo se apagaba la vida en un reverbero de los ojos que brillaron un instante y se apagaron para siempre. Hay una tierra en España donde los huesos se mondan solos, contra el granizo, el viento y el yermo. Solo pudo chamuscar un poco de aquella carne correosa y sorber su sabor y su jugo, antes de huir. ¿De qué huía? Imaginaba la siniestra figura del labrador, con la muleta al aire, y los guardias civiles. Luego vinieron las jornadas en el tope de los trenes, luego la sisa en los mercados, el hambre, paso a paso, hasta acercarse más. Y de pronto, un mundo nuevo, un pedazo de mar, la sombra exigua, pero acogedora, del pisito de Feliciano en la calle de la Unión; luego los tabiques de aquellas casucas de La Torrassa; y los tranvías, la ciudad entera, múltiple, prometedora. Y después, el aprendizaje de un oficio y un jornal, un jornal para uno, la risa, un poco de vino los sábados y una baraja de cartas los domingos. Dieciocho años; y lejos, muy lejos de la osamenta de un carnero muerto y la Guardia Civil, la sangre en la navaja, la compañía de una mujer... ¡Ea, ir por todo, de una vez! ¡Por todo!...

Él era un hombre que de buena gana no hubiera trabajado, que esto no gusta a nadie, pero le empujaron dos cosas: la Cucharas y la afición... La Cucharas era una parte de su propio catre, famosa en La Torrassa por su modo de sisa con cuchara en las droguerías de los barrios de señorío. Con ella no había forma de pasar hambre; trabajaba como si la llevara un motor. Era regordeta y chillona en la cama, y la mitad de La Torrassa podía señalar por sus voces el minuto de sus deliquios y el aguante que Máximo era capaz de darle en una noche. Había, tras una tapia, una balsa de agua siempre llena y en ella, invierno y verano, se zambullía Máximo a pelo, para desengancharse, según él. Porque durante el día, mientras trabajaba y aun mientras comía, se decidió Máximo, tiempo atrás, a ensoñarse en su afición.

La única vez que robara en su vida, después de lo del carnero, fue en la fábrica dos meses atrás. Con esfuerzo consiguió separar, sin que nadie reparara en ello, un corte de tres metros de tela, con que sobornar a uno de los mozos de Nicanor Villalta para saltar de espontáneo al ruedo en la Monumental. ¡Solemne fracaso, delirante jornada, con agravantes de cuartelillo y todo! Mas no pasó de ahí. Por lo menos le sirvió, según le dijo al «Bizco» —que en estos asuntos era muy entendido— para

comprobar que no tenía antecedentes por lo del carnero. Desde entonces, cuando el apoderado pasaba inspección hurgando con los ojos, se consideraba tranquilo y —cosa rara— le miraba a las botas primero y luego a los ojos; primero a aquellas botas con borceguíes que eran el pedestal oscuro pero emblemático de su condición de burgués.

¡Qué fracaso! Sí; en adelante iba a hacer lo que Feliciano le mandara. No solamente no consiguió dar un solo pase al berrendo que le tocó en suerte —a pesar de que ya estaba de acuerdo con el peón—, sino que el toro «le derribó, le pisoteó, le mordió y se le meó encima», según proclamaba después la Cucharas, con temeraria exposición de su propio físico. Sorprendente: cuando Máximo la oía decir eso, echaba la cabeza atrás y sonreía sonrojado.

El plan se maduró, se enfebreció aquella noche. No era preciso esperar más. En realidad, Máximo se sintió seguro al comprobar la seguridad de los otros. Cabalmente, cuando llegaron allí los demás ya lo tenían todo previsto, salvo su conformidad.

El Rubio y Pepe, los dos muchachos, habían paseado la acera durante varios días a la hora en que se proponían dar el golpe y habían estudiado la situación, marcándola luego sobre el papel que Feliciano acababa de sacar a la luz y señalando el lugar en que se apostaba, no lejos de allí, la pareja de guardias. Feliciano aportó los datos suplementarios. Trabajaban en la sucursal del Banco cinco empleados. Quien tenía los cuartos era un hombre maduro y, además, miope: el cajero. Había que entrar, cruzar la valla y actuar; era posible que el público que estaba ante las ventanillas no se diera cuenta de lo que ocurría detrás de ellas si acertaban a obrar con rapidez y energía. La mejor de las horas era entre las diez y las once de la mañana, cuando ya se han marchado los que van con sus talones al cobro a primera hora.

Después, Máximo iría a entregar el botín a la mujer de los lavabos de la plaza del Teatro y luego a la fábrica, como si no hubiera pasado nada. Feliciano habría firmado por él, a la entrada. Ni siquiera constaría que no había ido a trabajar.

IV

LA CALLE ESTABA LLENA DE GENTE, sobre todo de mujeres que salían del mercado y caminaban con las bolsas de comida hacia sus casas. Aquel era un día que invitaba a airearse fuera de la ciudad, en las laderas del Tibidabo, que desde la calle se transparentaba con nitidez, como si las jaras y tomillos del monte estuvieran a un paso. Máximo, que había repasado a fondo su propia conducta, para no fallar, estaba exaltado por un ardor desconocido, como si de pronto fuera a justificar todos sus fracasos y a enterrarlos de una vez. Se decía a sí mismo que lo más importante era, como le había insistido Feliciano, no impacientarse, no atolondrarse, no correr. Eso sí era coraje y hacer algo, y no aquella maldita angustia que le acometió antes de echarse al ruedo o aquel otro descalabro de pánico irreprimible que sintió sin motivo ni razón después de lo del cordero.

A un extremo de la calle en el lugar en que el «Rubio» los había señalado, estaban los guardias. Distráidos, miraban a la muchedumbre que transitaba por su lado, sin fijarse en nadie. Los atracadores se hicieron entre sí un signo de connivencia y Máximo no dijo más que dos palabras, en voz muy baja pero enérgica:

—Vamos allá.

Entraron en el Banco sin hablar más. Frente a una ventanilla, un joven estaba de charla con un empleado. Un caballero de mediana edad permanecía sentado, esperando en una banqueta, junto a una mujer que leía una novela de bolsillo. El «Rubio» se quedó en la puerta, sin sacar el arma todavía. Pepe siguió a Máximo, que había empujado la portezuela de acceso al interior, y se encaró con los empleados. Las dos mecanógrafas levantaron la cabeza y palidecieron al ver las armas. Un escribiente iba a levantarse, pero Máximo le achicó:

—No moverse. Venga: el dinero, todo...

Hubo un instante de pasmo y luego de terror, que trascendió a los rostros. El hombre que estaba en la ventanilla se volvió de pronto. Era el cajero. Tenía el pelo gris, y era gordezuelo y miope. Pero sus ojillos se fijaron en Máximo, penetrándole. Máximo se acercó a él y le encañonó.

—Aprisa o disparo —al tiempo en que le empujaba hasta la caja abierta.

Pepe se había vuelto hacia la caja y obligó a los empleados a agruparse en un rincón. Lo hicieron tambaleándose. Nadie decía una palabra.

Máximo sacó de debajo de su camisa una bolsa, un saco de tamaño mediano. La puerta de la caja estaba entornada y fue vaciándola y echando los fajos de billetes en el saquito, hasta llenarlo. Pepe y él cruzaron rápidas miradas, y de vez en cuando, a través de la ventanilla abierta, Pepe echaba un vistazo al otro lado de la cristalera. Se oyó la voz del «Rubio».

—Aprisa, compañeros, basta ya...

El joven que, cuando entraron, hablaba con el cajero a través de la ventanilla, estaba encañonado por el «Rubio», que lo tenía de cara a la pared.

Máximo arrolló la boca del saco y caminó de espaldas hacia la portezuela, protegido por Pepe, que era el último en salir. Pero de pronto el cajero hizo un movimiento impulsivo, quiso abalanzarse sobre ellos, con un tintero en la mano, por encima del escritorio que le cerraba el paso; tropezó y cayó de bruces sobre la mesa, derribando la lamparilla. El empleado joven había asido por el brazo a Pepe, las mecanógrafas empezaron a chillar histéricamente, Pepe dio un tirón y disparó su pistola; luego volvió a disparar.

El primer tiro se incrustó en la pared, con un gran arañazo. El segundo hizo doblar de pronto el torso al cajero, que se incorporaba, siempre para echar sobre el atracador el grueso tintero de cristal, que le cayó entonces sobre la ropa, en la que se mezclaron la tinta y la sangre. En el momento de huir vio Máximo la reverberación en sus ojos, aquella reverberación de derrota que tan vivamente tenía marcada en el recuerdo. Fue un instante más en que se dijo: calma, calma, como estaba convenido. Y con pasos lentos, de espaldas a la puerta, salió a la calle.

Entonces comprobó que la gente aún no se había concentrado a pensar qué era lo que estaba ocurriendo. Le vieron salir, con el saquito, entre los otros dos atracadores, que conservaban la pistola en las manos, mientras él la había guardado ya en el bolsillo. Los transeúntes estaban parados y los miraban con estupor, como si los hubieran petrificado. Los tres doblaron por la esquina, para perderse en las travesías secundarias. Se oían sin alteración los ruidos de la ciudad: las campanillas de los tranvías, el rumor de una máquina de coser en una ventana de la planta baja, y de pronto unos gritos y el zumbido de una bala que pasó muy cerca de sus cabezas.

Echó a correr, en el dédalo de callejuelas laterales. Le pareció que ya no le seguían.

Pero en aquel instante una mujer gruesa, plantada en mitad de un portal, empezó a chillar y a agitar los brazos en la calle solitaria: «¡Aquí está, aquí está; socorro!». No podía acallarla y echó a correr. En el extremo de la calle aparecieron unos grupos; y un guardia, en el centro de ellos, volvió a disparar. La mujer seguía gesticulando cuando él dobló la esquina.

«¡Maldito saco! —pensaba—. Es el que me compromete».

Estuvo a punto de dejarlo en mitad de la calle, pero siguió corriendo. Por las callejas apenas pasaba nadie y los que lo hacían, ajenos al drama, se paraban a mirarle sin comprender. Lejos, cada vez más lejos, se escuchaban voces y gritos.

Por fin acertó a advertir lo que le convenía. Era preciso desconcertar a sus perseguidores. Ellos pensarían que cada vez se alejaría más del lugar del suceso; siendo así, lo que le convenía hacer era precisamente lo contrario. Resueltamente dobló a la izquierda, para volver a encontrar la calle de Salmerón, en la que había ocurrido el atraco.

Aunque alejado ya de la esquina del Banco, sin preocuparse por el

comprometedor saquito, tomó un tranvía en marcha. Dejó el saquito a sus pies, en la plataforma, y empezó a liar un cigarrillo. Las manos le temblaban ligeramente, pero se sobrepuso. Cuando se acercó el cobrador, sacó sus piezas de cobre y tomó el billete.

Con pausa, miró a los pasajeros. El trasto mecánico enfilaba la calle renqueando; no había más que media docena de pasajeros. Le pareció que uno de ellos le miraba. El coche ya se acercaba a la esquina del Banco. El cobrador se asomó.

—¿Qué ha pasado ahí?

Una piña de gente se apelotonaba frente a la entrada. Los guardias intentaban mantenerla a distancia. Los pasajeros se volvieron con curiosidad, observaban indiferentes.

El tranvía se abrió paso a campanillazos entre la muchedumbre que se agitaba y comentaba. Junto al cobrador, Máximo hizo como que se asomaba.

—La rehostia —dijo—. Otro atraco.

—Si fuera como dicen... Pero yo todavía no he visto un chavo de eso que es para los trabajadores. Eso son cuatro que mangan y nada más.

Se ajustó con movimiento brusco la cartera al hombro, miró con fijeza a Máximo y se volvió al interior.

—¿A quién le falta billete?

El bisoño atracador miró a la calzada, a los balcones, a la calle. A través de los cristales del tranvía se diseñaba en lo hondo la silueta del Tibidabo otra vez. Y una bocanada de aire cálido entró hasta lo más hondo de sus pulmones, le hinchó el pecho, llenándole de sosiego.

Hasta entonces no se dio cuenta de la extraordinaria situación: el atraco ya estaba hecho, el dinero ya estaba a salvo, había conseguido despistar a sus seguidores; en una palabra, había cumplido.

Con marcha lenta el tranvía acabó de enfilarse la calle de Salmerón y luego torció, tambaleándose sobre los rieles; pasó ante un convento, San José de la Montaña, y desde la plataforma se percibió el olor a mirto y a retama que hacen los jardincillos ocultos por la tapia, en la barriada quizá por ello llamada de «La Salud».

El cobrador anotaba unos números en la hoja de servicios; era un hombre bajo y enteco, mal afeitado. Llevaba sobre la oreja, apretado por la curva de su gorra, que le caía sobre la nuca, un cigarrillo ya liado. Acabó con sus números y se acercó de nuevo a Máximo; llegaban ya a final de trayecto. Dijo, echando una mirada al saquito:

—Hale, compañero; final de trayecto. Si quieres un consejo, cógete ahora un taxi. Mira, allí tienes parada —y señaló una breve hilera de ellos apostados junto a la acera, en la plazuela acogedora y pueblerina.

Máximo bajó del tranvía. Miró alrededor, a todos lados. Hasta entonces no había sentido la menor inquietud, pero al poner pie al suelo, pensó que se descalabraba. Las piernas le temblaban. Mientras actuó no sintió temor alguno, ni siquiera cuando vio

que el viejo se tambaleaba sobre el escritorio; ni siquiera cuando vio en sus ojos el terrible destello de la muerte. ¡Pero ahora!... El saquito temblaba en sus manos, delator. Y el sol ofuscante y aturdidor nublaba sus percepciones. ¡Dios, era preciso huir! ¿Qué hacía allí, parado como un bobo?

Echó a correr, pero paró en seco. Calma, calma, se dijo de nuevo. Era preciso no atolondrarse ahora; reflexionar. Sí; un taxi. Eso debía hacer.

Jadeando, abrió la portezuela de uno de los carricoches, cuyo chófer le observó con cierto recelo. Dudó unos instantes antes de hablar. Al fin, con voz entrecortada, le dio la dirección.

—A la plaza del Teatro; pero no pase por esa calle grande.

—¿Por dónde, pues?

—Por donde quiera. Pero ¡no por la grande, jolín!

El coche se puso en marcha, con parsimonia, como si nada ocurriera. Y Máximo sentía que tenía prisa, una prisa increíble por desprenderse del saquito. Ahora comprendía, después de hecho, que eso de dar el golpe era difícil de tragar. Era mucho más difícil de tragar que de hacer.

Por un sinfín de callejuelas secundarias el vehículo desembocó al fin en la parte alta del Ensanche, donde le pareció a Máximo que ya el acto que acababa de realizar se diluía y se ignoraba. Apretaba el saquito entre sus pies y miraba al exterior, la calle soleada, el tránsito tranquilo de los coches y de los autobuses, la apacible o apresurada multitud que iba a sus quehaceres, castigada por el sol. Pronto llegó el coche a la plaza de Cataluña y la rodeó para enfocar las Ramblas. Era como un ancho desierto poblado de estatuas, flanqueado por los toldos de los lujosos cafés. «Un día me sentaré yo ahí —se dijo Máximo—. En cuanto se arme la gorda, palabra que me tomo yo ahí un refresco», barruntó; y esa perspectiva le hizo feliz, hizo que olvidara todo lo demás.

En las calzadas de las Ramblas los voceadores cantaban los titulares de los diarios. «Esta noche os quiero ver. Ahí saldré yo», pensó, en un instante. Y observó la turba de ociosos que pululaban por las aceras, en los cafés, a aquella hora matinal en la que normalmente Feliciano y él les daban a las púas de las máquinas, sudando la gota gorda. Un coche deslumbrante, de algún señorón, adelantó al sórdido taxi que le llevaba. Y recordó un comentario de Feliciano, ante otro vehículo igual que aquel, el de Desiderio. «Cuando exista una sociedad más pura, ese motor servirá para mover un tractor, y el tractor para trabajar el campo y levantar mieses de cebada o de trigo con que hacer el pan, sin necesidad de doblar el espinazo. Las chapas del coche cubrirán los cielos rasos de las viviendas, para preservarlas de la humedad, y el cielo será claro y limpio».

Al fin empezaba a respirar tranquilo; mientras se dedicaba a pensamientos e ideales tan limpios y tan altos, apretaba con sus pies el saquito y le entró la comezón de mirar lo que había robado. «¿Cuánto será? ¿No sería quizá mal visto que arramblara con unos cuantos de aquellos grandes? ¿Lo iba a notar nadie?...». Pero

ahuyentó en seguida los nubarrones, avergonzado de su flaqueza. Rememoró otra verdad de Feliciano: «El hombre es todavía débil. Llegará un día en que no habrá necesidad de robar, de mentir ni de engañar. Ese día el hombre será verdaderamente puro y libre».

Siguió el taxi su marcha, lentamente, Ramblas abajo. Las paradas de flores lucían su fulgor y algunos transeúntes se paraban ante los puestos de periódicos y se quedaban allí, leyendo o curioseando. Desde el coche, Máximo distinguía las figuras procaces de algunas de las portadas, las masas de carne obscena de los monos del «Papitu», las fotografías artísticas, a toda plana, de Manases, con mujeres desnudas. Pensó en la Cucharas y en sus delicias. «A pelo —se dijo—, somos igual que los burgueses». Pronto llegaría un tiempo en que triunfaría esa vida sin ataduras, a la intemperie, sin falsos rubores, dedicado a la perfección natural del ser humano, que debiera andar desnudo como un animal privilegiado para el perfeccionamiento de la especie; el amor es libre sobre las fuerzas sombrías y supersticiosas de la Antigüedad.

Llegó el taxi a la plaza del Teatro, bulliciosa de gente. Los limpiabotas caminaban entre los grupos sosteniendo sus cajas y se acercaban a los hombres apoyados en los faroles, bajo el monumento, aquel burgués en piedra sentado como si se impacientara en la antesala del dentista. Aquel pedruscal, fuera quien fuera, también tenía que ser derribado. El coche paró a sus pies mismos y Máximo volvió la vista a todos lados, al tiempo que pagaba y asía de nuevo el saquito con el botín. Dio un rodeo preventivo a su contorno. En la calzada, una pareja de guardias paseaba tranquilamente, fusil al hombro. Ciertos chavales se perseguían entre los coches en la mañana apacible. Finalmente, apresurado, bajó hacia el subsuelo, hacia los urinarios.

Era un recinto fresco y en sombra, pero la loza hedía sórdidamente, al punto que hasta a él le sofocó. En tres o cuatro de las secciones los hombres, de cara a la pared, se sometían a la precaria servidumbre con un aire resignado y usual. Uno de ellos se volvió, le miró distraídamente mientras se abrochaba con una mano torpe; y se cruzó con él, zaqueando al principio para caminar, ya satisfecho después, hacia la escalera.

«Maldito —rumió—, creí que eras la bofia...».

En un rincón estaba la mujer, absorta en su trabajo de calceta. Era no más que un bulto informe, hundido y silencioso en aquel ambiente soez. Se acercó a ella. Con voz muy alta, para que le comprendiera, le espetó:

—¿Me abre usted un reservado que esté limpio?

Era la consigna que le había dado el Feliciano.

Ella levantó la cabeza y le miró de arriba abajo. Luego volvió a hacer calceta.

—¿Un water? —inquirió con una voz pastosa, digna del ambiente, sin dejar de hacer media, pero mirándole con fijeza. Buscó entre los pliegues de un delantal, que fuera blanco en otra hora, en la falda ancha que estaba sobrepuesta sobre sus enormes muslos. Desgreñada, torva, con el pelo enmarañado que denotaba que en otro tiempo había sufrido los retoques del tinte barato, alcanzó al fin algún objeto y le dio una gruesa llave.

—En el tres —le indicó, mientras en sus ojos brillaba un instante un reflejo de complicidad.

Con el bulto en la mano, con la otra libre, Máximo pudo apresar la llave entre dos dedos y se acercó a la fila de puertas que, como celdas una junto a otra, había al fondo. Abrió con dificultad la del número tres y entró en ella, cerrando por dentro.

Largo rato estuvo encerrado, hasta que la mujer de los lavatorios, que no había cesado de hacer punto de media, al escuchar el ruido característico de la cadena al ser tirada, levantó un instante la cabeza. Pero después sintió cerrar la puerta, acercarse al hombre sin levantar la vista; hasta que este estuvo junto a ella. Vio sus alpargatas frente a sí y levantó los ojos.

—Toma, la llave.

Lentamente, la mujer cogió la llave y un par de monedas de cobre que él le alargó, según le había indicado Feliciano. Dio un «gracias» maquinal y volvió a hacer media.

Era mediodía; Juanita, la portera, estaba en la puerta de su vivienda, contigua al portal de la fábrica. Era una mujer de unos treinta y pico de años, agitanada y hermosa, a la que todos los hombres se dirigían con intenciones sospechas, que ella sabía eludir con frases hirientes y, a menudo, desvergonzadas.

—¿De dónde vienes a esas horas, Máximo? —pero este no respondió; por la entrada de los operarios, penetró en el ámbito.

Le parecía que acababa de salir de un sueño. En el interior de la fábrica todo seguía igual, como si no hubiera ocurrido aquella aventura. Se escuchaba el rumor de las máquinas y un olor a apresto y a hilo que llenaba el aire. En el vestuario colgaba el mono de trabajo y se lo puso, sin dejar de vigilar la puerta de los vestuarios; pero nadie le vio ni entró en el departamento.

Con tranquilidad, cruzando el patio, se dirigió a su puesto. Lo hizo por la parte posterior, como si volviera de los lavabos. Ninguno de sus compañeros, apostados cada uno junto a las máquinas, parecía advertir su entrada. Todo resultaba muy sencillo, a pesar de que un hombre herido, tal vez muerto, yacería en el quirófano de un hospital.

El Bizco, Pitágoras y otros hacían funcionar sus telares sin mirarle siquiera. Pasó por su lado abrochándose el pantalón, sin disimulo, como si volviera de evacuar. En lo alto, al fondo de la nave, tras las cortinillas transparentes, se veía en la ventanilla la silueta del apoderado, distraída, habitual, sin mirar a la sala de máquinas.

Máximo se colocó rutinariamente ante la suya, enfrente de Feliciano. Este ejecutaba su labor como si tal cosa. No le miró ni le dirigió la palabra. Únicamente estaba pendiente de la tensión de la tela en las pinzas y pasaba su palma por detrás de ella, comprobando su tirantez. Un golpeteo fuerte, insistente, el de la lanzadera, enturbiaba toda otra sensación.

Se dispuso a su vez ante su labor; pasó la yema de sus dedos sobre la urdimbre. Los hilos estaban tirantes, firmes en sus púas. Eran unos hilos rojos, que llevaban ya medio año suspendidos frente a él y que, en otro tiempo, le sugerían el airón de la muleta en los toros.

Feliciano dio con parsimonia la vuelta al artefacto, apretó unas tuercas en la banda y dobló hacia el otro lado; se puso de costado junto a él.

—Todo ha ido bien —informó Máximo.

—He firmado por ti —comunicó el otro en voz baja—. Luego ha venido el amo joven, preguntando que dónde estabas.

—¿Ha preguntado? —inquirió, extrañado e inquieto.

Pero Feliciano, con pausa, ya se había vuelto del otro lado y seguía haciendo funcionar su telar.

Le atosigó un temor, una inquietud extraña. Volvía a parecer que algo no marchaba, como cuando lo del cordero, sin que hubiera más razón de inquietud que aquella otra vez. Pero de pronto recordó que unos días atrás, cuando volvió a integrarse después de lo del cuartelillo, el hijo del amo le anunció que quería hablarle. Pero ¿y si fuera que recelaba de él?

Estuvo un rato frente a las piezas que se movían, pero en un momento determinado ya no pudo más; sin preocuparse, dejó la máquina y volvió por el pasillo.

Sentía el bulto, el pequeño peso de la pistola, aunque ya no la llevara encima; o precisamente por eso, porque estaba en el otro pantalón, el que había dejado en la percha del vestuario.

Cruzó la sala de máquinas.

—¿Dónde vas, torero? ¿Otra vez cagaleras?

Era la voz de Pitágoras, siempre bronco y fisgón. Pasó por su lado sin hacerle caso. Salió al patio. Volvió a ver en la ventana a Juanita, que descolgaba unos trapos, sin apoyarse en la pequeña balaustrada de geranios que constituía el pequeño jardín colgante de su habitáculo.

—No te pasees tanto, amigo, que te vas a resfriar —le advirtió, con intención y sin rebozo.

Inquieto por esa frase, apresuró su paso. Se volvió, para ver si alguien le seguía. Pero estaba solo. Solo se escuchaba el rumor de los telares, no en su propia sala, sino en todo el conjunto de la fábrica.

Frente a su percha, metió la mano en el bolsillo del pantalón y hurgó hasta tocar la pistola. La sacó, la miró un instante, palpó el seguro, que permanecía corrido, y se la metió en el bolsillo de su mono. Ya tranquilo, continuó por el vestuario, para salir a la puerta posterior, que daba a un segundo patio, el cual hedía a una mezcla química y pestilente de tintes y grasas repugnantes. Estaba frente a las naves donde se producía el tinte de los tejidos; se acercó al muro, miró hacia lo alto, por si alguien le observaba desde los ventanales de las oficinas, y dobló por la esquina, pegado a la

blanca pared el edificio. Entonces echó a correr para cruzar el polvoriento callejón que daba a los almacenes.

Estos estaban aislados y eran un amplio espacio con edificación de ladrillo. Eran la parte más antigua de la fábrica, que, según decían, se había mantenido así desde los tiempos del viejo Rius. Eran dependencias que quedaban englobadas en el recinto que, después de la ampliación, muchos años atrás, las había envuelto y las disimulaba. Pero en realidad aquellos muros eran la primitiva fábrica del viejo Rius, adaptada ahora a almacén.

Entró en la nave. Las piezas, enfardadas y clasificadas, ocupaban altos paneles de estantería. Había dispersos en los ángulos carretillas y sacos. Media docena de mozos trasegaban por el almacén.

—¿Qué haces tú aquí?

Era uno de los encargados, un mal bicho amigo del apoderado.

—Nada. Estaba viendo si encuentro al Pérez.

El encargado le dejó pasar, no sin decirle:

—En tu máquina, ahí debieras estar a estas horas.

—Es para algo de su mujer, que me pidió el otro día. Desde lo del corte al mozo de Nicanor Villalta se traía ese manejo con el Pérez, a quien simulaba buscar.

Siguió adelante; fue hasta el fondo. Primero dudó, pero luego, sin pensarlo, al sentir el bulto inconfundible de la culata de su pistola en el bolsillo, buscó una pila de sacos y de residuos, donde estaban los retales que se llevarían al revendedor, y metió hasta lo hondo el arma comprometadora, entre los resquicios de dos grandes paquetes.

«¿Para qué quiero yo ese bicho? —se dijo—. Con mi cuchillo me basta». Y tranquilamente, haciendo como que observaba sin encontrar a aquel a quien buscaba, empezó a desandar hacia la salida.

Cuando volvió a estar ante su máquina se encontró con los ojos de Feliciano, que habían mudado de expresión. Eran duros, penetrantes, unos ojos que le fijaban, que le retenían en su lugar. El viejo anarquista no dejaba de laborar en su puesto, pero insensiblemente dio la vuelta y se fue acercando a él.

—¿Dónde has estado? —y Máximo no contestó—. Es necesario que ahora no te muevas de tu puesto, ¿entiendes? —hablaba como si le diera unas instrucciones profesionales, señalando algún punto de la pieza con breves gestos—. Ya basta de movimientos. Y en cuanto tengas ocasión, te acercas al despacho del amo joven, no vaya a recelar. Le preguntas qué quería y charlas con él, como si tal cosa. Yo no le he dicho que había firmado por ti, pero no hagas caso de eso. Le dices que la Cucharas estaba mala.

—¿Mala de qué?

—De lo que te dé la gana —respondió el otro alejándose otra vez, como si su enojo fuera consecuencia de algún fallo de Máximo en la tarea—. ¡Ah, y te vienes esta noche al café, que se te vea como siempre!

Ya en su puesto, Feliciano tensó la pieza y se puso obcecadamente a trabajar. El sol entraba a raudales por las cristaleras abiertas.

A Desiderio Rius le hubiera agradado charlar un rato con aquel ser tan singular que se había lanzado a la Monumental y que le parecía un tipo divertido, desmesurado y pintoresco. Pero al no hallarle, se volvió a su despacho. Notó que al apoderado no le hacía la menor gracia que se interesara por la condición privada de un trabajador, cosa que podía contribuir a alterar el equilibrio de aquella casa, fundada en el principio incommovible de la distancia entre el operario y la gerencia. Desiderio notó la reacción del apoderado, aunque este nada le dijera, simplemente por la expresión de su rostro. Llobet no hizo el menor comentario y se mostró serio y hermético durante largo rato.

La verdad es que Desiderio se aburría en el despacho amable, que él había decorado diferenciándolo de los demás. Era allí donde solía pensar en Blanquita y aquel era el lugar de sus divagaciones respecto a ella. Descolgó el teléfono y marcó unos números. La voz femenina amaneció al otro lado.

Hablaron un rato, en voz muy baja. Después de ello, Desiderio cogió su panamá y se dispuso a marcharse. Al abrir la puerta del despacho del apoderado, este, desde su butacón y tras el escritorio, se caló las gafas para despedirle y le pareció a él por la manera con que le miraba que ya le había pasado el resquemor de su cita al obrero.

Cuando estuvo en el patio, saludó con la mano a Juanita, que le sonreía desde su ventana, y puso en marcha el coche.

Se fue a la Barceloneta y subió a su estudio. La escalera olía a sofrito y a alimentos. La pequeña estancia estaba solitaria y el silencio, al abrir ventanal y balconadas, se llenó a la vez de sol y de rumor de playa.

Poco después llegó Blanquita, el busto cubierto por la blusa blanca y el pelo suelto sobre los hombros. Los gruesos labios se hallaron en los suyos, ávidos, y los ojos, negros, grandes, brillantes, le devolvían a oleadas el deseo vehemente, rehabilitaban de pronto su juventud soterrada.

No había lugar para el diálogo ni la espera. El cuerpo se desvanecía prontamente en sus brazos, como un animal vencido en lucha airada. Era un lapso lento entre la realidad social del ser que entraba y aquel otro, ya desnudo y sin filiación que yacía con él.

Después, comenzaba la lenta, larga, inagotable huida de los dos.

—Me ha parecido que estabas apurada, desconsolada.

—No puedo pasar tantos días sin verte.

—Pero... ¿te ha ocurrido algo? —y al decirlo sabía ya que ella tardaría unos momentos en contestar, retrotrayéndose a una intimidad que solo él sabría compartir. Se conocían uno a otro y no podía haber entre los dos disimulo ni secreto.

—Sí... Ha vuelto a ocurrir algo...

Pero no acertaba a seguir sin que él le ayudara.

—¿Otra vez?

—No sé. ¡Es tan raro, tan especial, que hasta ayer no podía saber si lo que yo pensaba era cierto o figuraciones mías! Es muy desagradable.

Matías Palá, tío de ella y en cuya casa vivía, hacía un tiempo que había dejado de mantener con su sobrina un trato natural, digno de la estructura especial que uno y otro definían en su proximidad y en su parentesco. Tiempo atrás, con un par de *whiskies* en el cuerpo, él le había dicho abiertamente que no podía vivir junto a ella sin desearla y quererla. «De día y de noche», afirmó, mientras la cogía de la mano, en un rincón. Su tía Carolina, rondaba por allí y Blanquita temió un instante que fuera a descubrirlos de ese modo.

Pero después, y durante semanas, todo volvió a ser como antes, como si no hubiera tenido lugar. Pensó que pudiera no haber sido más que una deplorable, pero fortuita consecuencia de un exceso de *whisky*.

Ella estaba en la terraza, su cuerpo al aire bajo el parasol. Mientras hablaba, él la besó.

—Ayer a mediodía —explicó ella— volvió muy fatigado del Club. Había jugado varios partidos de frontón. Tía Carolina tuvo que salir después de comer. Ya reposado y completamente sereno, después de su siesta, yo estaba en mi habitación y entró sin avisar, como una tromba. Créeme, su mirada daba temor.

Intentó abrazarme. Yo me levanté, me arrimé a un rincón y él me estrechó, me dijo que no podía vivir sin mí, en fin, todo eso que decís los hombres. —Y sonrió tristemente—. Me anunció que a su vuelta de Madrid hablaría con su mujer, es decir, imagínate, con tía Carolina, y le diría que a quien quería era a mí y que pasara lo que pasara yo sería su mujer, y no ella. En fin, una serie de calamidades.

Ella estaba preocupada, sombría, pero en cierto modo divertida por el lance, al confiarlo al fin.

—Es un, hombre tenaz, que ha tenido siempre lo que ha querido y no puede acostumbrarse a que se le niegue nada. Él se acercó entonces y la besó de nuevo. Sentía a menudo hacia ella una inmensa piedad, sin razonarla. Pese a su apariencia, a su figura que parecía arrogante, Blanquita era un ser solitario y desamparado.

—La culpa ha sido y es de ella. Mi tío es un ser vital, lleno de sangre. Le gusta vivir, comer y beber, y supongo que todo lo demás, aunque lo disimule con sus colecciones de jades. Es un temperamento, todo un temperamento, y necesitaría a una mujer de su temple. Estoy segura de que a ella, no la ha visto nunca como ahora me ves tú. Ella se pasa el día susurrando. Hasta hace poco, él creía que estaba de mal humor y resulta que lo que dice son jaculatorias. Considera a los hombres, y en primer lugar a su marido, como el demonio. Un día se le escapó a mi tío decir que los matrimonios como el suyo se hacen sobre la base del pecado. «Sí; las que pecan son esas mujeres que obligan a los hombres a ir fuera de casa a...» —y dijo algo muy gráfico—. Ella se santiguó entonces. Aunque es mejor que no la vea como me ves tú

a mí —concluyó Blanquita—, porque te aseguro que... Yo no he visto un montón de huesos, la pobre, tan apretados como los suyos... Se echó a reír, pero luego se horrorizó.

—No quisiera haberte dicho esto. Lo peor de todo es que es muy buena...

Y Desiderio contempló a Blanquita entonces bajo esa inflexión, el resquemor que la atormentaba. Empezó a acariciar, primero dulcemente, luego sin tino, el cuerpo abandonado. ¿Cómo era posible que la relación entre hombre y mujer no fuera esa, normalmente? ¿Por qué la lucha era tan difícil para algunos?

Pensó en sí mismo y en Crista, y concluyó que era mejor no ahondar en ello y dejarse envolver simplemente por la ola tumultuosa que los estaba meciendo, para hundirlos después hasta perder el sentido. Sintieron otra vez el vértigo. Y, después, otra vez la soledad y el silencio.

Volvió a media tarde a la fábrica. Era la única hora plácida y fresca de la jornada. La ventana abierta que daba al patio dejaba penetrar un poco de brisa y por el entreabierto ventanal se filtraba el rumor de los telares, que tras el estruendo de toda la jornada parecía ahora, con el hábito, más tenue y sofocado.

Pensaba no estar en su despacho mucho tiempo, pero era preciso que mañana y tarde ocupara su lugar, aunque fuera brevemente, mientras duraba la ausencia de su padre. Justamente pensaba verle después, antes de ir a cambiarse a su casa para la hora de la cena en el «Colón».

Puso el ventilador en marcha, que empezó a zarandear unos papeles —los índices de producción del mes anterior, el balance de situación, unas cartas y un par de presupuestos que debía autorizar, cosa que hacía sin apenas mirarlos, puesto que Llobet no se había equivocado jamás—, cuando sonaron en la puerta unos golpes secos. Dio una voz, se abrió la puerta y asomaron los ojuelos vivos y la nariz provocativa y roma del murciano.

—¡Hombre, por Dios, muchacho, entra! Haz el favor de entrar, amigo —insistió, al notar la indecisión, la timidez del otro.

Máximo hizo su entrada por tandas. Primero miró los tabiques, con destellos inquietos: los incomprensibles grabados que pasaron fugazmente por su percepción, la mesa impresionante, los visillos de la ventana, que se bamboleaban a la corta brisa de aquella tarde; las manos delataban con el movimiento de sus dedos la desazón que sentía.

—Pero no te apures, chico, que vamos a charlar como dos amigos —dijo Desiderio, separándose de su mesa y ofreciéndole un asiento frente a él, en los dos butacones donde acostumbraba a sentar las visitas. Y al decir esto, acreció la inquietud de Máximo, que no podía explicarse la razón de tal cordialidad y temió lo peor—. Dime: ¿desde cuándo trabajas aquí?

—Irá por los seis años —respondió el otro tras un titubeo.

—He preguntado por ti esta mañana y tu compañero me ha dicho que no sabía de ti. ¿Qué te ha ocurrido?

Máximo palideció; pero se tranquilizó de nuevo cuando el hijo del amo continuó:

—No me importa donde estuvieras, pero ¿no era una capea? Eso de los toros, para el que lo siente, es como un narcótico. ¿Es o no es verdad?

La facha del hijo del amo, pese a su arrogancia exterior, era en el trato campechana e inspiraba confianza. Se dispuso a soltar la mentira, tal como le había aconsejado Feliciano.

—No, señor. Mi compañera se puso mala y tuve que llevarla al seguro.

—Eso es más desagradable. ¿No será nada de cuidado?

—No, señor, no... —explicó el murciano alegremente, con retintín—. Cosas de las mujeres... Se les ponen los ovarios a parir, ¿sabe usted? Y la mía, que en eso del mes no es nada frecuente...

Desiderio estuvo a punto de soltar la carcajada, por la expresión graciosa de aquel rostro al exponer de manera tan directa ese conflicto biológico que, en su propio estamento, era como un estigma oculto, vergonzante y grosero.

—¿Tenéis hijos?

—No. Ella bien quisiera, que se le va la mirada tras los chavales. Pero usted verá... —y pareció indicar que con lo que ganaba...

Se le ocurrió en aquel instante que no estaría de más subrayarle al hijo del amo mucha necesidad —lo que además era cierto—, para ahuyentar toda sospecha por lo del atraco.

—Los chavales no son para nosotros, los trabajadores. Y uno que tiene sus vicios...

Desiderio pensó en qué vicios podían ser los de aquel muchacho. Insinuó: —¿Algunos vasos?

—Sí, claro... Y también cuando se lía uno, alguna vez... Ya sabe lo que pasa. Aunque, cuando llego a casa, no crea, la Cucharas despierta al vecindario, ¿sabe usted? Es chillona como nadie...

Ahora sí, rio Desiderio. Estaba ante un ser inconcebible por su franqueza, por sus prontos. ¿Quién sería esa Cucharas, dónde vivirían?

—¿Tenéis muchos vecinos?

—Todos los que usted quiera. Parece aquello el diluvio universal.

—¿Dónde vivís?

—En La Torrassa.

—Voy a ver si os busco un piso.

—¡Oh, no, señor! Se agradece la intención, pero no hay por qué. Rumió Desiderio si era que le había ofendido.

—Claro, pronto podrías prosperar aquí y hacerte cargo de una máquina. Te encontraría algo de buen precio, para que tú y tu mujer estuvierais conformados.

—No, señor, no. Que estamos bien allí.

Desiderio no insistió.

—Dime ahora... ¿Piensas volver a torear? También eso quiere amigos, y yo los tengo. Sin ir más lejos, el empresario de las Arenas. Podría yo hablarle, si tú quisieras...

Hubo un breve silencio. Desiderio insistió:

—Podría darte una oportunidad.

Máximo pareció que dudaba. Al fin renunció, con pocas palabras.

—La Cucharas está emperrada en que no; y yo mismo no creo que valga para eso. Son figuraciones que uno se hace cuando es chaval. Pero cuando el toro se le viene a uno, entonces la cosa cambia. No es por falta de coraje, es: qué sé yo... Uno no sabe dónde echar la capa. ¡Que no, que no vuelvo a los toros!

En aquel instante se abrió la puerta y asomó el rostro y la figura del apoderado. Llobet se quedó un instante indeciso en el quicio. Su rostro se nubló fugazmente, fastidiado; las gafas montadas al aire estuvieron a punto de caérsele con la mueca sorprendida que alumbró. Sin decir palabra, se retiró y cerró nuevamente la puerta.

—Bien, Máximo... ¿Así te llamas? Piensa en lo del piso. Y si se te ofrece algo, ven a mí directamente.

El murciano se puso en pie; alargó impetuosamente la mano, cuando observó que el hijo del amo le tendía incomprensiblemente la suya. Con breves inclinaciones y movimientos del busto se retiró.

Al cabo de un rato hizo su aparición de nuevo en el despacho Arturo Llobet. Estaba serio, ofendido, enigmático. Iba a recoger la firma de los presupuestos que Desiderio tenía encima de la mesa. Desiderio los firmó y se los dio, al tiempo que le decía:

—Arturo, observo que no le ha agradado que trajera a este obrero aquí.

Arturo pinzó sus gafas y confirmó:

—En efecto. Quizá sea porque... nunca se ha hecho.

—¿Qué mal hay en ello?

—La casa ha funcionado sobre el principio de que la relación directa es perjudicial. Crea diferencias, y eso es malo. Aparte de que no hay que fiarse de ellos. Cuanto usted diga a uno, luego se repite y se propaga. Perdona: quizá sea anticuado, pero ese es el criterio de su señor padre, no el mío.

—Siento disentir en ello. Los tiempos han cambiado; y he aprendido más del problema social en esos diez minutos que en años de estar mirando unas fichas. Porque dentro de cada uno de esos seres está un hombre; cuando pasamos la inspección, no los distinguimos de las máquinas.

Llobet se mantenía erguido, sin chistar.

—De todos modos, discúlpeme. Yo no soy quien lleva la fábrica. En primer lugar, está mi padre y, en lo que concierne a la labor cotidiana, está usted. A título individual, y en eso tendrá que perdonarme, me acercaré a ellos cuanto pueda. No le veo la gravedad.

Llobet carraspeó, más calmado.

—Ese Máximo es un protegido de Feliciano, un hombre peligroso, con antecedentes. Cualquier interés por ellos es inútil, porque no lo agradecerán; van a lo suyo. Perdóneme, pero creo que es perder el tiempo y causar confusión. Cuando quieran ir a la huelga, irán de todos modos. Cuando pretenda usted resolverles un problema, no lo conseguirá. Están agrupados y cotizan todos. Ya no hay problemas individuales. No son una máquina, pero son una organización. Por tanto, el trato individual es inútil.

Jamás había visto Desiderio al apoderado tan enérgico, despreocupado y convincente. Pero insistió, incorporándose y resuelto ya a marcharse, después de mirar el reloj:

—Bien; procuraré darle gusto. De todos modos, créame, sea o no sea de la FM, ese tipo me es simpático.

Luego se marchó a casa de su padre, sin perder un minuto, y dejando que Llobet rumiara su mal humor en su propio despacho, en el que se metió con los papeles que acababa de entregarle. La luz del día había decaído y una neblina calurosa se cernía sobre la ciudad. Cuando llegó al principal de la calle de Caspe encontró a su padre, que se había incorporado por primera vez desde la enfermedad, y se disponía, con la ayuda de Josefina, a meterse de nuevo en la cama.

La escena era pintoresca. El viudo Rius, delgado y desmelenado como un Quijote hirsuto trasplantado extrañamente a aquel principal burgués, braceaba y se resistía tenazmente a hacer lo que exigía Josefina, convertida en ventera adusta, enérgica y popular, también exótica entre aquellos tabiques. La habitación guardaba el regusto a oscuridad y a inhalaciones que perdura en los hospitales después de graves sucesos. El papel desteñido de las paredes parecía más deslustrado aún, tras el agobio de los tufos y de los caloríferos, aunque, como es lógico, Josefina había procurado airear el recinto por todos los procedimientos aconsejables. Y el espectro de ese lance, Joaquín Rius, se removía y bamboleaba como un globo delgado de papel que de un momento a otro fuera a elevarse por el aire ante una multitud en festejo.

Josefina se empeñaba en que Joaquín Rius no se quitara la bata hasta el mismo borde de la cama, en tanto que el viejo estaba resuelto a abandonarla allí mismo, al pie del butacón, junto a los cristales del balcón, y ello aun a costa de su propia vida. Por lo visto la incruenta pero feroz diatriba duraba largo rato cuando Desiderio entró, a juzgar por la agresividad de las encubiertas frases que se lanzaban los dos, sobre todo las del viejo, cáusticas y agresivas, que no hacían demasiada mella en la mujer, la cual parecía recibirlas a beneficio de inventario. Agitando los brazos en lo alto, como las aspas del molino cervantino, y hurtándose vigorosamente a las acometidas de Josefina, que procuraba atraparle a lo vivo con la ilusión de poder transportarle por sus propios brazos hasta el borde del lecho de caoba, Joaquín Rius se negaba violentamente a la insólita provocación. Al entrar Desiderio, le tomó en seguida por testimonio y valedor.

—¿Es que ya no voy a ser dueño de mis actos, como si fuera un chiquillo? ¡Basta! Ya estoy bueno y hago lo que me da la gana.

Josefina se separó de él. Pero a su vez expresaba sus razones.

—Figúrate. Exponerse a otra recaída. Yo me limito a hacer lo que dijo el doctor.

¡El doctor! No hay que hacer caso de ese viejo abominable. Él sí que debe andar con cuidado.

—Allá usted... Usted estuvo a morir, ¿no lo sabe? Allá usted; porque yo le aseguro que...

—Sí; que se quitaría un peso de encima. Ya me lo dijo la otra tarde. No se preocupe. Considere que ya me he muerto y déjeme en paz.

—Vamos, vamos —concilió Desiderio—. Déjale, Josefina. El peligro ya ha pasado. No te apures, mujer... Yo estaré con él ahora un rato y se acostará.

Josefina tuvo unos instantes de indecisión.

—Hagan lo que quieran —barbotó; aún quiso quedarse unos instantes, pero decidió irse—. Yo tengo mucho que hacer ahí atrás.

Se quedaron solos. Joaquín Rius se quitó entonces olímpica y triunfalmente la bata y siguió de pie, con un absurdo pijama de color azulado, frente a su hijo. Decidió sentarse de nuevo un rato en el butacón.

Lo hizo con dificultad, como si las piernas no le sostuvieran, temblonas las manos, que se apoyaban en los brazos de la butaca. Cuando cayó en el asiento, resoplaba fatigosamente. Desiderio advertía la dificultad de su respiración, el mucho cansancio y la debilidad de aquel hombre que, de pronto, se había convertido en un matusalén. Era raro verle así, sin energía, abrumado. El pelo de la barba y los mechones del cabello intensamente blancos contrastaban con el negro de los ojos, fulgurantes y airados con ese tesón de la vejez que no se resigna. Había cambiado mucho con la enfermedad. Delgadísimo, chupado de carnes, podía ser un loco o un santo. Pero el vivo color del pijama cuadraba más con lo primero que con lo segundo. El viejo notó que su hijo se fijaba en eso.

—Fueron cosas de ella. Imagínate, azul, y decía que era para rejuvenecerme.

—Pues no te está mal. Desde luego mucho mejor que esos camisones que aún llevabas, como en la época del gas.

—Yo soy de la época del gas. Ya es tarde para innovaciones. Dime: ¿cómo va el trabajo? ¿Qué habéis hecho?

Le informó enumerándole algunos detalles de los lances de aquellos días. Pero la cabeza del viejo Rius no estaba para eso. Tampoco le interesó el episodio de la vuelta de Máximo y su hazaña en la Monumental. Poco a poco su cabeza iba decayendo en el pecho, soñolienta. Para reavivarle, Desiderio le esbozó su disensión con Llobet, aquella tarde. En efecto, el viejo Rius se despabiló un poco.

—Cuando era joven, yo había llegado a visitar a algunos obreros cuando enfermaban. Los conocía y sabía lo que ocurría a cada cual. Pero luego, mira cómo me pagaron —y llevó su mano a la barba, a la cicatriz.

—Esos fueron unos y los tuyos eran otros.

—A Basereny lo mato el año veintiuno uno de sus contramaestres.

—Fue una venganza personal. Además, Basereny...

—Él y yo y todos íbamos a una. No fue una venganza; lo eligieron a él, porque a mí ya me habían dado.

—Después de la gran guerra los fabricantes no se supieron acomodar a las circunstancias —se aventuró a decir Desiderio—. Aquel dinero ganado alegremente no era eterno; cuando vinieron las vacas flacas y el alza de los precios, no les quisimos dar lo que era de justicia.

—No es verdad. Todo aquel dinero no se ganó alegremente, y además, está en las fábricas: en máquinas, en puestos de trabajo. Si no fuera así, aún iríamos a la fábrica con la fiambarrera, como ellos.

Pero el viejo se fatigaba demasiado. Al irritarse, se fatigaba. Desiderio calló; y al poco, su padre volvía a cabecear. Le despabiló de nuevo.

—Ahora es hora de que te acuestes, ¿no crees?

Y la cabeza blanca y enjuta del viejo se movió, sobresaltada.

—¿Qué?

—Que es hora de acostarse.

Le ayudó a incorporarse; pero, ya en pie, Joaquín Rius desdeñó, braceando, su ayuda.

Cojo, tambaleante, encorvado, la barca vieja de aquel cuerpo atravesó la estancia, aquellos pocos metros que le separaban de su cama. Fue una navegación tarda y dificultosa, como si estuviera a merced del vaivén de una marejada. Tan pronto parecía que iba a caer como se incorporaba y enderezaba gallardamente. Se asió el madero de caoba labrada de los pies de la cama y prosiguió sus bandazos sombríamente, hasta acercarse a la cabecera. Allí quiso levantar la pierna, para alcanzar por sí mismo la superficie del lecho. Intentó un par de veces; parecía que iba a descoyuntarse. Desiderio se acercó y le apoyó, por la cintura, no sin que él se resistiera. Al fin, quedó acomodado. Desiderio le cubrió con la sábana y cuando la cabeza cayó en la almohada pareció que volvía a ser aquel viejo enfermo de las horas terribles. Permaneció unos instantes adormecido, bajo un sopor benigno. Suplicó:

—Dile a Josefina que no se enfade y que venga; y a Llobet que venga a verme mañana, a ver si me encuentra mejor. Estoy cansado.

Desiderio apretó su mano, que estaba fría y en la que se palpaban, bajo el vello blanco, todos los huesos. Luego, de puntillas, se retiró. Avisó en la parte de atrás a Josefina, a la que ya se le había pasado el enfado, y se despidió de ella. Salió del piso sin hacer ruido.

Cuando llegó al hotel Colón, las luces de la terraza ya estaban todas encendidas y rutilaba de grupos y bellezas nocturnas.

Echó una ojeada a las mesas. En un ángulo, bajo la luz potente de los focos de la terraza, alrededor de los veladores se apiñaba una tertulia que identificó en seguida.

Se acercó a ella, sorteando las mesas, y saludó generalizando, sin dar la mano. Le ofrecieron una silla, pero rehusó manifestando que iba a cenar y que se marcharía seguidamente al interior.

—Está allí Borredá —dijo alguien.

No obstante, permaneció un rato de pie, junto a ellos, intrigado por la vehemencia del diálogo.

Narciso Guimerans blandía el diario, mientras clamaba, con firmeza pero sin levantar demasiado la voz:

—El atraco, como todos, ha sido cometido a la hora de mayor tránsito, ante las propias narices de una pareja de guardias puestos expresamente allí para que guarden el Banco. Los atracadores han tenido tiempo de llevarse con toda parsimonia ciento ochenta y tantas mil pesetas y de salir por la puerta de entrada, tan campantes, no sin antes haber disparado y herido gravemente al jefe de la sucursal. En fin, se están cubriendo de gloria.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Desiderio.

—Pero ¿no te has enterado? Tú vives en la luna —exclamó Planes, otro elemento, y le alargó el diario.

A toda plana, en los titulares, leyó: «Otra burla sangrante a la autoridad»; y con letra mayor: «Nuevo atraco a plena luz a un Banco de la calle de Salmerón. El director de la sucursal, malherido por los atracadores».

Luego Desiderio leyó la síntesis del suceso, que el diario publicaba en un recuadro. Vio la fotografía de la víctima, un buen ciudadano con gafas, cara apacible y llena; uno de tantos como se ven por las calles los domingos, del brazo de su mujer, a la salida de las pastelerías.

—¿Y no han cogido a ninguno?

—¡Qué quieres que cojan! Si no saben por dónde andan... A Badía se le escapan por todos lados. Y entonces hace una represalia, a ciegas. ¡Son una calamidad!

Desiderio devolvió el diario y dio unos golpes en la espalda a Guimerans, despidiéndose.

—Quizá nos veamos después. Voy a cenar.

Y sorteando de nuevo las mesas se encaminó hacia el interior del hotel.

La magnífica sala estaba a medio llenar. Desde el fondo, bajo los espejos del rincón, alguien le saludó con la mano. Era Nicolás Borredá, quien se disponía a cenar en compañía de una mujer. Borredá le hizo señas de que se acercara y Desiderio fue a saludarle.

—¿Cenas solo? Quédate con nosotros —y al decir eso presentó a su acompañante: Irene Salvat.

Desiderio se excusó al principio, pero Nicolás insistió. Llamó al camarero y ordenó que acomodaran la mesa para tres.

A Desiderio le llamó la atención aquella figura femenina tan especial, con aspecto de muchacho y mirada negra e inteligente.

—Irene es mi brazo derecho —explicó el político—. Y como ves, es un brazo derecho que no está nada mal.

Irene no contestó, como si no le afectara el cumplido. Se limitó a sonreír a Desiderio, indicando que su jefe aquella noche estaba un poco loco.

Para esperar la cena, que encargaron en seguida, pidieron unos martinis. Al segundo sorbo la conversación había cuajado ya entre Irene y Desiderio.

—Yo también sería político si ello significara tener secretarias así. Pero yo no tendría suerte.

Ella dijo: «Quién sabe...».

Luego, con el consomé, Borredá se obcecó en la política.

—Esos insensatos se han marchado a Madrid. Dicen que son diez mil, pero no creo que lleguen a siete. Ayer estuve con Matías Palá, en el Club. Hasta los transportistas se meten en eso. ¡Imagínate, Palá, el rey de las conductoras!

—No le conozco, ¿qué tal es? —inquirió él, disimulando su curiosidad.

—Es muy amigo mío y un gran tipo. Pero en el fondo es un fascista. Si pudiera resucitar a Primo de Rivera, lo haría. Está orgulloso de su éxito, pero lo debe a la Dictadura, nada más.

Luego Borredá presagió para muy pronto un cambio brusco. La República debía encaminarse sin rodeos a su misión verdadera: la libertad. Y Desiderio observaba que ante esa palabra Irene se sentía vigorizada, exaltada.

—El catorce de abril aún no ha empezado —dijo ella, y se asombró su vecino de mesa al notar el tesón con que lo decía, casi amenazador; los ojos le brillaban.

—Pero esta mañana ha habido un nuevo atraco, impune —no dijo más.

Siguió un breve silencio. Irene tomó la palabra:

—No hay que asustarse por eso. Son consecuencias de la inquietud, de la protesta de los que sufren. Un Gobierno realmente representativo acabaría con estas situaciones sin necesidad de guardias. Pero ¿qué van a hacer, si están como estaban? Y lo peor: que a caballo de eso surgen los delincuentes de derecho común. Es imposible separar lo bueno de lo malo.

Había tal pasión en la manera de hablar de Irene, que Desiderio sentía que no era posible contradecirla sin exponerse a ser arrollado. Y al oírle hablar de los que sufren, se acordó de Máximo y de la Cucharas, de esa especie de dignidad recóndita y extraña que había manifestado al negarse a recibir una ayuda. Y luego: «Son figuraciones que uno se hace cuando es chaval. Pero luego... cuando se le echa a uno el toro encima, la cosa cambia».

Irene Salvat parecía en aquellos instantes embrujada. Y su palabra vehemente la transfiguraba:

—No se puede jugar con ellos como juega Companys. No están ahí para hacer bulto, como se figuran, o para dar unos votos.

—¿Para qué están? —inquirió Desiderio, con cierta soma, de la que luego se arrepintió.

Irene volvió hacia él sus ojos brillantes, que le fulminaron: —Están ahí para vivir, para poder vivir. Ellos tienen razón —concluyó, obstinada.

«La Tranquilidad» era, paradójicamente, un lugar donde los anarquistas se mezclaban con los confidentes; la policía con los que preparaban golpes. Era un lugar amplio y desconchado, lleno de griterío y de mujeres de la vida, de traficantes de cocaína y de limpiabotas que llevaban recados maliciosos.

Había deseado que llegara aquella hora para vaciar media botella de vino del que guardaba la Cucharas y tumbarse con ella a descansar. Pero Feliciano le había ordenado que no dejara de pasar por el café para dejarse ver como si tal cosa y hacia él se encaminó, desde la parada del tranvía en el Paralelo.

Cuando llegó a «La Tranquilidad» la espesa humareda y las voces le impedían concentrarse para descubrir la mesa de Feliciano, que se había separado de él mucho antes, a la salida de la fábrica y, además, él no se había regateado unos vasitos de vino en la plazuela. Finalmente, ante un velador largo le vio sentado en el centro de una tertulia en la que había media docena de hombres de toda edad, desde la madura de Feliciano hasta la tierna edad de Pepe. Uno de ellos era calvo y tenía la cabeza llena de costras.

—Siéntate, Máximo. Toma un vaso —ofreció Feliciano, tranquilo al verle llegar.

Pepe estaba allí y le saludó como compinche, en silencio, contento por hallarle de nuevo, cumplida su misión. Pero Máximo pareció no reparar en él.

—¿Y el Rubio? —farfulló Máximo, al sentarse.

—Por ahí andará, puteando.

Pero Feliciano zanjó:

—Tú deja y no te ocupes de los otros.

Sirvió el mozo y Máximo agradeció el frescor y la caricia del vinillo en su paladar. Se sirvió un nuevo vaso, que apuró de un sorbo.

En la mesa de al lado, unos hablaban de Bakunin y de la Federica. Pero Máximo no escuchaba; no podía fijar su atención en nada de lo que estaba ocurriendo. Se entenebrecía, después del vinillo, y en su confuso divagar aparecía de vez en cuando la figura de alguien que en el curso de la jornada había visto; quizás el tranviario con el cigarrillo sobre la oreja, o el taxista que le miraba con recelo, tal vez el hijo del amo en su despacho, o el cajero que caía sobre el escritorio.

Feliciano adelantó su cuerpo para encubrir la voz. Los demás, excepto Máximo, se inclinaron hacia delante: —Han pillado al Mullor. Hubo un silencio. —El hermano de la compañera del Rebollo, una desgracia. Le pillaron anteayer y hoy le han soltado, sin procesarle. Se había metido en un lío, en Valencia, y se vino huido para acá. —Menudo ese... Mal bicho —era el de las lacras quien hablaba. —Tú, Máximo. A dejar de beber, ea... —cortó Feliciano—. El vino es bueno nada más que los domingos. Máximo intentó sobreponerse. La verdad era que a cada trago necesitaba

más, para apagar los fantasmas.

El hombre de ojos licuosos y grises, bajo la calva manchada de lacras marrones, sin duda para airear la cosa y prosiguiendo una conversación interrumpida antes de que llegara Máximo, rompió a hablar:

—Cuando le dimos la parada a Sordo, ¿te acuerdas?, nos llamó Arlegui a Feliciano y a mí: «Esto se va a acabar. Quiero saber quién ha sido, a las buenas o a las malas». Entró aquella bestia que se llamaba Puente y se nos llevó. Este y yo no soltamos ni una palabra. Nos dejó ir porque aquella misma noche los de la Patronal eliminaron a Jato. Pensarían que quizá los que le guardábamos las espaldas éramos nosotros.

El de la calva manchada —que había estado con Feliciano en casa de Burgada con Borredá—, se interrumpió. Se llamaba Fermín Ortiz. Era de los viejos, de los que aprendieron como el padre de Feliciano en la escuela libre de Anselmo Lorenzo cuando este, en compañía de Pablo Iglesias, del que se desglosó, echó los cimientos de la Confederación Nacional del Trabajo a través del sindicalismo por el sistema colectivista. Había acompañado al ideólogo en las primeras conferencias que diera en el Ateneo de Valencia, en el año 1894. Formó con Pestaña, Seguí, Quintanilla y Boal los primeros grupos de acción, que se constituyeron después en grupos federados. Su evangelio era el libro *Vía Libre*, de Lorenzo; y su ideal, la «Específica», o sea la FAI, asesora y actuante a la vez del Sindicato Único. Había estado en la cárcel infinidad de veces, la primera a raíz de la bomba de la calle de Cambios Nuevos. Con Feliciano, tenía entre los grupos jóvenes una gran autoridad.

—Ahora ninguno os formáis —prosiguió, dirigiéndose a los jóvenes—. Los de mi tiempo, ¿verdad, Feliciano?, estábamos empapados de los libros de Bakunin, Kropotkin, Luis Fabri, Sebastián Faure, Juan Grave... —decía los nombres de carrerilla, como si manejara unas fichas de biblioteca—. Tenéis que instruiros en el anarquismo o hacer como nosotros, que hasta escribíamos de ello. Feliciano, diles tú títulos: *La Peste Religiosa*, *La Anarquía entre los Tribunales*, *Las doce pruebas de la inexistencia de Dios*, *En el café*, *Entre campesinos*... —y volvía a manejar mentalmente unos cartoncillos usados.

—Lo que importa es conocer los principios éticos y sociales del sindicalismo anarquista —interrumpió Feliciano—. Todos los gobiernos son tiránicos, según decía Sebastián Faure. Por tanto, el sindicalismo no es ni será nunca político. Ganada la revolución, se abolirá la propiedad privada, la autoridad, el Estado y las clases. En cada pueblo se establecerá una comuna libertaria que se encargará de distribuirlo todo y se incautará de lo que era de la burguesía; dará habitación y enseñanza a todos...

Pepe y los demás le escuchaban embebidos.

—Es el poder del pueblo, del trabajador a través del sindicalismo anarquista. Lo único que hace falta es tener redaños, no como esos de aquí, que quieren hacer una revolución con dependientes de comercio.

—Y ¿qué saben ellos de eso? —terció Fermín Ortiz, rascándose la calva—. En

los momentos graves, el pueblo procede como una guerrilla desconcertada; solo le para una catástrofe... Acordaos, si no, del Palacio de Invierno, en Rusia...

Hablaban, teorizaban, historiaban la revolución y sus antecedentes para librarse del agobio que sentían de la acción directa que estaban ejerciendo. La teoría envolvía el misterio de los atracos y de los golpes de mano y tendía alrededor de ellos una cortina de humo. La policía debía de estar por allí, alrededor, observándolos, escuchándolos. Pero ¿no era eso una república de trabajadores? ¿Acaso estaba prohibido formular una opinión? Por otro lado, ¿ignoraba acaso la policía sus intenciones y sus ideales? Era una lucha de habilidades, de escaramuzas; simplemente se trataba de eso: de no dejarse pillar.

La disyuntiva estaba clara, ya se había puesto de manifiesto. Esos de ahora no eran como los de antes. Arlegui y Martínez Anido los conocían uno a uno, eran militares y eran profesionales, eran hombres de acción. No engañaban. «Ortiz, usted estaba en el ajo de lo de Royo. Le voy a hacer una proposición, puesto que ya sé que es usted hombre de honor y que no se vende. Mi proposición es la siguiente: al próximo muerto que haya en Barcelona, si sé que usted estaba en antecedentes, haré que le paren a usted en el acto». «Parar» significaba morir. Aquellos hombres enérgicos empleaban ya el mismo lenguaje que los pistoleros anarquistas, los citaban a su despacho, los recibían con un cigarro y les estrechaban la mano. Luego decían: le voy a eliminar a usted; y los hombres de acción sabían que era verdad, que no amenazaban en vano, que cumplían su terrible palabra. Tantos a tantos, un día caía uno, al día siguiente otro. Pero ahora...

Los aprendices de policía estaban entremezclados en política para servir unos ideales que escapaban a la comprensión de los anarquistas. «Os dieron el Estatuto a cambio de que nos eliminarais de aquí —dijo un día a Badía, cara a cara, Fermín Ortiz—. Pero si nos elimináis, perderéis el Estatuto, porque ya no haréis falta; y si no nos elimináis, y no nos podéis eliminar, lo perderéis también, pero mucho antes».

—Esos niños burgueses que hacen ahora de policía son los que lanzarán a los *escamots* disfrazados de obreros a hacer revoluciones de pacotilla; son los que nos embarcaron hacia Bata, pensando que así se cargarían al anarcosindicalismo. Ya lo veis: dos millones y medio de afiliados en toda España. ¿Cómo van a parar eso?

Mientras así hablaba, Feliciano observó a un hombre vestido con chaqueta oscura, burguesa, que se acercaba a ellos. Le miró y le reconoció en seguida. Había dejado en la puerta de entrada a dos de sus colegas, como era de rigor. Pero ese no era de los de la nueva hornada; debía de venir de más lejos. Hacía ya muchos años que habían entrado en relación.

—¿Qué tal, Feliciano? ¿Cómo va ese café? Por lo que veo, es hoy día de pleno — y echó una ojeada a la concurrencia.

Se había hecho en el local un silencio súbito, con bisbiseos solapados. Solo en algunas mesas las prostitutas mantenían el diálogo con risas y voces chillonas.

La vieja policía y los anarquistas viejos hablaban en un lenguaje cifrado y

figurado, con módulos que la costumbre había establecido a lo largo de los años. Un disimulo hiriente y suspicaz, como entre compinches que no se toman la molestia de perfilar las intenciones. Ya las dan por supuestas. Pero no se iba «al grano» sin un prólogo muy lento, ciertos rodeos alambicados, producto de una sociabilidad ficticia e irónica. Naturalmente que en el fondo de la dialéctica había cierta comprensión. Cada cual jugaba su papel y hasta parecía que se excusaran los unos y los otros de tener que representarlo todavía, después de tantos años.

—He llegado de Valencia y me he dicho: ¿Por qué no vas a ver a tus viejos amigos de «La Tranquilidad»?

—¿Quiere usted sentarse, don Pascual? Máximo, cédele el asiento a este caballero, que vendrá cansado del viaje.

—No, ya sabes que yo acostumbro a trabajar de pie. ¿Te acuerdas de la Dehesa de la Villa, en Madrid? ¿Qué año era eso?

Feliciano le miró esbozando una sonrisa comprensiva. En realidad escudriñaba, estudiaba sus rasgos, para descubrir si en ellos había ya una conciencia cabal de los hechos o si se trataba simplemente de un sondeo, para alarmar. También el policía miraba, a rápidos destellos, el rostro de los congregados. Las caras no podían ser más inocentes.

—Me figuro que sería hacia mil novecientos once.

El policía sonrió.

—¡Cómo pasa el tiempo! Tú no serías mayor que uno de estos, que ese chaval, por ejemplo. ¿Cómo te llamas, chico?

—Me llaman como quieren. No me ofendo por eso —contestó Pepe.

Fermín se sonreía, acallando su aprobación.

—Bien, amigos. Era solo por el placer de veros. Espero frecuentaros de vez en cuando. A propósito, ¿qué sabes del Rebollo?

Feliciano no se sorprendió; sabía que si el viejo lince se había tomado la molestia de acercarse hasta allí era para levantar la pieza, para ponerse en vereda.

—Andaba contento, salvo por lo de la Felisa, su compañera. Le cogió un ataque de tisis y le ponía muy chafao.

—¿No sabes dónde para?

—Estará tomando las aguas...

—Lo celebro. Dile que le sienten bien...

Era un hombre de mediana estatura, pelo gris, gafas de concha. Una persona con aires de cesante, voz monótona y aspecto despistado. Se despidió de ellos.

—Hasta la vista, chicos. Cuidarse...

En cuanto se marchó, tras él se animó de nuevo el local con voces vivas.

—¿Qué es lo que quería? —preguntó Máximo.

—Lo que quieren todos —dijo Ortiz.

Feliciano dijo en voz muy baja:

—¡Quién sabe!... Este es muy duro; y el otro, el otro... Feliciano sabía que, a

pesar de su fortaleza de otros tiempos, el Rebollo no podía exponerse a ser interrogado por la policía. Estaba abrumado por lo de su compañera, y su propia salud no era buena. Si le apretaban por cualquier motivo relativo a lo de su cuñado, quizá diera a entender involuntariamente cualquier dato relacionado con el atraco fraguado en su casa. Ahora estaba tranquilo al saber que el policía no había logrado dar con él.

Máximo agarró la botella, con ánimos de servirse. Feliciano, que le observaba desde hacía rato, le atajó:

—Deja ya el vaso, Máximo. Venga, vamos a la calle, que he de hablarte.

No obstante, dejó que el joven apurara el vinillo que se había servido. Cuando salieron, Feliciano reparó en el leve tambaleo de su protegido. Al llegar a la calle, le preguntó:

—¿Qué te ocurre? Nunca bebes, y hoy no debieras hacerlo. Máximo le miró con ojos turbios.

—Me pillarán esos tíos. Por eso bebo.

Feliciano le agarró por el brazo, con fuerza.

—¿Ahora vas a cagarte?

Le soltó.

—¿Por qué disparó el Pepe? Salíamos ya con la pasta. ¿Por qué disparó el h. de p.?

—¡Como no te calles, te doy! —amenazó, apretándole de nuevo—. Cuando se da el golpe, no se piensa. Es así como hay que darlos. ¿Me entiendes? Olvídate de eso.

—Yo no quiero armas. Con mi cuchillo iba bien. Ahora van a pillarme y... no fui yo quien disparó.

Hubo un silencio. Feliciano observaba a Máximo. Era la reacción inevitable de los primerizos. Docenas de veces había contemplado una depresión así. La mayoría de los golpes que se encomendaban a los primerizos eran descubiertos después de hechos porque se encontraba a sus autores vociferando en una taberna cualquiera presas de horror tardío y de confesiones alucinadas.

—¡Cállate, Máximo! Verás, eso te pasará. Ahora es preciso que me escuches. ¿Me oyes?

El otro atendió unos instantes. Le hizo cruzar la calzada, hasta un lugar sombrío, en una esquina.

—A todos les pasa lo que a ti la primera vez. Luego, la cuestión se va volviendo fácil. Cuéntame ahora lo del hijo del amo. ¿De qué habéis hablado? ¡El cabrón! Me recomendaba a los toros...

—Dime: ¿dónde tienes tu pistola?

—La he tirado, sí, sobre los fardos.

—¿Qué has hecho? —inquirió el otro, alarmado.

—En el almacén. Allí la he dejado.

Feliciano se reprimió. No contaba con eso. ¡Imbécil!

—¡Maldito cagado! ¿Qué has hecho, dices?

Máximo se tambaleaba levemente.

Era peor de lo que pensaba. No obstante, estaba seguro de que no se había equivocado, pese a esa depresión de ahora.

—Escucha, Máximo. Me vas a hacer caso. Te vas a casa esta noche, pero mañana, temprano, me vienes a buscar. Muy temprano. Te llevas de tu casa todo lo que tengas allí. Te llevaré a un lugar donde estarás con camaradas, hasta que puedas estar orgulloso de lo que has hecho hoy. Ni la Cucharas tiene que saber una palabra de eso. ¿Me oyes? Si tienes miedo de ser pillado, yo te esconderé. Dentro de unos días serás otro hombre.

Máximo le miraba con ojos vidriosos.

—A la noche las cosas son muy tristes —dijo. Y le cogió del brazo, acompañándole—. A todos nos ha pasado lo mismo una vez.

V

HAY ALGO EN LAS CIUDADES que despierta al margen de sus personajes. Hay algo que se yergue sin pereza y sin titubeos: la piedra. Inmóvil, severa, igual e inmutable, vestida de su túnica chorreante de musgos y de líquenes, la vieja piedra estaba de nuevo allí, llena de escondidos humores... Las cornisas, los aleros, los desvanes más altos, los palomares, la punta de los campanarios y la boca un poco inclinada de las chimeneas, todo había despertado de golpe saltando al nuevo día. El primer tacto del sol la había bañado con una luz rosada. Esa leve pincelada desveló de pronto a un sinfín de rumores. Fue un ajetreo de pies que se hurtaban, que empezaban a pisar pasillos y desvanes. Unos pasos a tientas por oscuras alcobas, un rumor de tanteos y tactos indecisos para abrir los postigos, una expansión de haces claros. Ese paso decisivo de la luz, precavida, huidiza y tibia, dobló con tenuidad el esbelto tronco de las palmeras de las plazas ilustres, dotándolas de nuevo de la entereza singular que las llevaba al cielo; el haz de luz hizo vacilar un instante el trinquete de los veleros en el puerto y cerró de un trazo la mancha diminuta del farol de la escotilla, a cuyo pie dormían el viejo marinero y su mastín. En lo alto de las ventanas del mirador, en la plaza del Rey, garabateó sombras y luces en la románica colmena del mirador y lanzó al día un brusco puñado de palomos. En la ladera de Montjuïc reverberó el orín de las grandes fuentes plateadas. Más allá, la planicie brillaba a la luz primeriza; en caminos y vertientes se adivinaba la pulpa gris de la primera cosecha naciente, la insolencia de los sembrados, el petulante enrejado del maíz que se balanceaba a la brisa.

La luz del día había ido descendiendo, entró de un piso a otro, palmo a palmo; desveló primero a los más altos. Lentos soplos de humo empezaban a coronar la humilde torrecilla de las chimeneas domésticas. En las cocinas y en las despensas se oía un difuso rumor de peroles y cazos. Una tosecilla seca se escapaba de las gargantas ante la injuria del carbón mojado que se resistía a arder; y era preciso abrir las ventanas para airear los efectos del mugriento abanico de esparto, sacudido con fuerza ante los ventanucos de loza ahitos de ceniza, para que se cociera la leche pastosa hasta abombarse y estallar.

Toda la ciudad llevaba ya encima, en sus flancos, en sus entresijos, la arrogante aureola de su luz.

Por un instante —tan abstraído estaba— casi no reconoció a Josefina; se volvió sorprendido, al aviso de un simple rumor. La verdad es que la figura de su sirvienta, cada una de sus actitudes y de sus ademanes le eran tan propios, al cabo de los años, que en ella estaba su mismo reflejo como una prolongación usual de su yo. Josefina estaba de pie, parada contra el quicio de la puerta, que acababa de abrir después de

haber golpeado en ella con los nudillos, y le miraba en silencio y con reproche.

—Parece imposible que no tenga más conocimiento —regañó—. A estas horas de la mañana y levantado ya. Debe acostarse y esperar a que le entre el desayuno.

¡Qué contrasentido! Era ya una hora tardía y avanzada para él.

Una sonrisa mansa y conformada asomó al rostro del fabricante. Debía obedecer. No le disgustaba, al contrario. Le conmovía sentirse ahora dominado por aquella mujer que se había erigido cabalmente en la guardiana de su salud y en el centro de su vida declinante. Mas luego refunfuñó; se resignó a obedecer solo a medias. Cuando entró Josefina con el desayuno lo encontró en el butacón, sentado con abandono.

Era haber hecho una pausa en la vida muy cerca de la muerte; haberse parado a descansar y que le sorprendiera el sueño. Porque nunca hay tiempo para nada; es preciso que nos azoten y nos derriben, como bravos luchadores, para que podamos volver a envejecer nuevamente y con sufrimiento.

A Joaquín Rius esa sensación ya le había sorprendido otra vez. Fue con ocasión de la salida de la clínica, en el atentado del año 1908. Ahora era distinto, porque no le quedaban herida ni cicatriz alguna. Pero apuraba y saboreaba como entonces su convalecencia.

Podía, al fin, en la soledad y en la penumbra de su alcoba, explicarse de algún modo lo ocurrido; e identificaba a la muerte como un bisbiseo solapado de sombras que pasan y un titilar, en el techo, de la llamita encendida; y una total indiferencia ante las cosas; únicamente un abandono desolado.

Puede ser que un golpe de aire fortuito, una traidora agresión que nos llegue por una puerta mal entornada, un descuido cualquiera nos enfrente de pronto con la más terrible de las realidades; morir es entonces un forcejeo enigmático y terrible: pretender cerrar esta puerta y no poder. Toda la noche, las largas noches y las jornadas interminables de delirio y de fatiga se aglomeran y confunden en una sola realidad, algo oscuro e irremediable que se llama muerte. De pronto, esa noción le hacía exasperarse y gemir, y pugnaba por incorporarse y se revolvía para hacerlo; pero era inútil. Quedaba allí aplastado, en sudor y en silencio. Solo la gravedad de una mano familiar sobre su frente y otra vez aquel bisbiseo extraño.

Mas luego, sin saber cómo, vino la luz, poco a poco. No sabía si era la luz o, probablemente, el reposo. Aquella era su casa, estaba en su alcoba; y los seres de alrededor eran los «suyos». Josefina, Llobet, Desiderio... Quedó encuadrado de nuevo el calendario: habían transcurrido muchos días terribles y ahora empezaría, tal vez mañana mismo, el otoño otra vez.

Se había ido poco a poco aquella sensación angustiosa de calor y de bruma, de sopor y de agobio, que había sido compañera de la muerte vecina. También había transcurrido con los días la solicitud de los demás —aquellas visitas renovadas cotidianamente de su hijo o del apoderado, que marcaban el paso de las horas, la espera continuada y resignada. Ahora sabía que ya estaba bueno precisamente porque

volvía a sentir en torno el olvido. Ni siquiera la abnegación y la presencia de Josefina eran tan asiduas como antes. Pasaba largos ratos sin verla. No veía más, en el exterior, que el tránsito de unas nubes andariegas, que junto con ciertas ráfagas de viento, atestiguaban que el verano avanzaba hacia su fin.

El médico le había dado de alta, pero aún se precavía, obligándole a permanecer sentado en aquel sillón, como un inválido, cuando sentía que las fuerzas habían vuelto a su organismo y que de un momento a otro se incorporaría y echaría a rodar tantas innecesarias precauciones.

Hacía ya varios días que no veía a Desiderio, quien se limitaba a llamar a mediodía interesándose por él a través de Josefina. Tampoco veía a Llobet desde una semana atrás, en que le habló de sus recelos respecto al comportamiento de Desiderio con los obreros, a propósito de la visita que concediera al joven murciano —¿cómo se llamaba? ¿Máximo?— que sentía afición por los toros. Esas minucias, desde su sillón, le parecían insignificantes. Solo el gran respiro de la vida era capaz de afectarle, en toda su magnitud. Cuando uno ha rozado la muerte, las cosas cotidianas se desmenuzan aún más, se diluyen del todo.

Asomado a la calle, tras los cristales, sentía la fluencia sosegada de la sangre y un impulso casi juvenil de salirle al encuentro a las cosas. El panorama que advertía era una efusión de su propia carnadura; un tramo de panorama urbano rutinariamente conocido, reiterado en su ánimo, repetido en su interior, en los escondrijos de una memoria muy tenaz y muy larga, infinidad de veces: toda su vida. Pero más allá estaban plazas y fuentes, luces y esquinas, sombras y bultos, recodos, encrucijadas, páramos, todas las colmenas de la ciudad; y en ellas el portentoso secreto de las vidas que cruzan bajo el sol; todo el vivir que ya no es nuestro más que en su espectáculo y en su huida:

Allí parecía que el otoño inminente esperara agazapado tras los cristales. Estaba en la luz, en la cálida luz que empezaba a flotar en la piedra, que se embebía en los aleros y se enredaba en las hojas de los árboles callejeros. Ya todo —y él mismo— estaba nuevamente en pie.

¡Cuánto tiempo tenía ahora por delante! Lo tenía porque ya era un viejo. Tenía más de setenta años; la barba era como un trigo seco que no mudara más de color, un rastrojo duro y fuerte sobre su rostro; su torso, antes tan recio, se había encorvado: pero cuando se ponía en pie, aún se erguía gallardamente y entonces daba unos golpes nerviosos en el suelo con el bastón, que nunca abandonaba. Caminaba renqueando, sin prisa, pero se movía de un lado a otro como se mueve el viento; y había algo de ese viento indeciso en toda su facha y hasta en el tono y en las hendiduras de su piel parecía rastrear, como en las de un viejo marino. Su mirada era ahora más tenue, pero de pronto podía brillar con fulgor. Ahora mismo brillaba con fulgor. Se había puesto en pie y le dijo a Josefina que se iba a vestir y que, después del desayuno, pensara ella lo que pensara, iba a salir a la calle.

—¡Santo Dios! ¿A la calle? —la expresión de Josefina fue tan amarga y tan

doliente, seguida de un furor repentino, que el viejo Rius temió una tormenta imprevista y veloz. Pero Josefina se contuvo. Dio la vuelta, dejó el desayuno sobre la mesilla y dijo una frase que fue como un *diktat*—: ¡Ni lo piense!

Bastaba eso para enardecerle. La determinación, expresada solamente para aturdir a Josefina, fue tomando cuerpo en su magín: «Claro que sí... ¿Por qué no? Aunque solo sea para mantener el principio de autoridad, haré llamar al coche y me marcharé. ¡Basta de remilgos!».

Se desayunó con celeridad, animado por la trapisonda. El cielo era claro, la temperatura, benigna, tras los intensos calores de las semanas transcurridas. Era la ocasión. ¿Quién se ocuparía mejor de sí que él mismo?

Además, ya era inminente su marcha a Santa María y, por tanto, este aire que en la ciudad atemorizaba a todos, en el campo le entraría en los maltrechos pulmones sin precaución y sin limitaciones. ¡A paseo las consignas del médico, solo destinadas a justificar una factura crecida! ¡A la calle se ha dicho!

Tocó el timbre insistentemente. Josefina tardó en llegar. Siempre ocurría así, cuando por el tono de los timbrazos colegía que su patrón se disponía a hacer algo inconveniente. En los segundos que pasaban, Josefina rumiaba en la cocina la respuesta que debía darle.

—Deme la ropa limpia, interior y exterior. Y llame al chófer que se presente en el acto.

Josefina hizo como que se disponía a cumplir lo que le ordenaba, pero desde su lugar, por la puerta entreabierta, Joaquín Rius comprendió que estaba hablando por teléfono. Oía su voz, insistente, amortiguada, conspiradora, que consultaba con el médico. Luego llamaría quizás a Desiderio, o tal vez a Llobet. Compungida y decepcionada, hizo su aparición al fin, y sin decir palabra se acercó al armario y sacó de allí unas prendas. Luego se marchó a buscar en los roperos de atrás el resto del ajuar del rebelde.

—Yo iré con usted, al lado del chófer —dijo.

—¡Vaya, con niñera a mis años!

Josefina lanzó una mirada furibunda que hizo sonreír al viudo Rius. Al cabo de un rato, empezó a vestirse. Cuando terminó, ya dispuesto, observó por el balcón que el coche, su viejo «Chevrolet», había llegado y esperaba junto a la acera. Ginés, el chófer, paseaba ante la puerta, impecable en su uniforme.

En las vidrieras del convento de Nuestra Señora de la Esperanza, los haces de luz eran una riada oblicua, un polvillo dorado que caía fulgurante sobre las losas. Uno de ellos hería el rostro de sor María del Rosario, la superiora, que estaba sola en oración, arrodillada en el reclinatorio. Pasaba las cuentas de un rosario blanco, cuyo nácar estaba lamido y pulido por los años. Cuando terminó su rezo, el chorro de luz había caído, se había deslizado hasta sus pies.

Una toca finísima, ajustada al rostro, escondía el mechón rebelde, el pelo de azabache de Carmen Fernández. Aquel pelo negro había caído molido tiempo atrás, entre latines, sobre el encerado piso de la capilla, segado implacablemente, barrido de la vida y del mundo en ofrenda total. Más de veinte años llevaba el rostro de Carmen Fernández ajustado a la toca; cuando esto ocurrió, su flexible cuerpo de amazona se había tendido sobre el tapiz del presbiterio como un viento de cumbre abatido de pronto sobre los trigos rasos del prado. Al incorporarse, Carmen Fernández dejó atrás para siempre sus impulsos, sus luchas, hasta su nombre; y se erguía, igual en la derecha de su talle espigado, la misma que entonces en su porte de lirio fulgurante, idéntica su estampa de cedro arrogante que no quiere sobresalir. Igual toda ella a la que, un cuarto de siglo antes, arrancaba de pronto al piano los poderosos acordes de una polonesa de Chopin, pero ya al otro lado de todas esas cosas.

Aquella lozana alma de mujer no había renunciado al mundo hasta que vio partir de él a su padre, don Arístides Fernández. Pero luego, sí; porque era justamente al revés: como si el mundo, a partir de entonces, hubiera renunciado a ella. Y he aquí a Carmen Fernández, ahora sor María del Rosario, superiora del convento de Nuestra Señora de la Esperanza. Un crucifijo pendía de su busto, sobre el negro hábito que no lograba hurtar a la armoniosa figura ninguno de sus atributos, ni su distinción suprema y natural. Y ese crucifijo santiguaba el aire, era el emblema de su renunciación.

Después del rezo, sor María del Rosario permaneció unos instantes pensativa, como si rezara aún. Luego se incorporó y salió lentamente del oratorio, hacia el jardín. Pisaba la tierra mojada y la grava; la lluvia reciente había evaporado en el aire, concentrándolo en él, el secreto de los hedores de la tierra... Era un sabor intenso y fuerte de la naturaleza allí enclaustrada, que brotaba de las magnolias, de los cedros, del castaño redondo del jardín. Las vueltas de su hábito rozaban levemente las plantas tiernas, las anémonas, los mirtos, la madreselva silvestre. Un rumor de rosarios entre los pliegues se unía al ritmo largo de sus pasos... Pisaba con energía el blando camino ahíto de lluvia.

Ella sabía que estaba mordida por un terrible mal que no tenía remedio y exultaba al Creador por haberla llamado. Ella sabía, por una infalible llamada de Dios, que estaba enferma de un mal incurable y que pronto sería entregada al Señor. Y sonreía para sus adentros al advertir los disimulos y los escondidos llantos y las oraciones que en su intención arrebatában nerviosamente a toda la comunidad. Y sabía que, en cuanto la pisada tétrica del cáncer alcanzara un poco más de su terreno, que ya la esperaba, que ya estaba allí aguardándola, ella tendría que abandonar la dirección de aquella grey. Pero no quería moverse de allí. Solo se atrevía a suplicar al Señor que le permitiera morir en el recinto del convento, para ser enterrada allí mismo.

Su vida en el convento había transcurrido en la oración, en la organización, en la fundación de otras casas sobre la geografía española. No había sentido fatiga alguna en esos veinte años de labor continuada, tenaz. Su alta, delgada figura, estaba llena

por dentro de aquel mismo vigor nervioso, casi deportivo, de su juventud. Su vida hubiera podido transcurrir por otros cauces, pero no la hubiera sentido tan apretada y llena, tan impulsiva y justificada. Ahora estaba enferma, gravemente enferma, y ella lo sabía. Ya no podía ejercer otra acción que la que iba del refectorio a la capilla, de la capilla a su celda de superiora. No recibía a nadie, no veía a nadie. Por eso cuando la hermana portera le anunció que un caballero solicitaba visita y le entregó una tarjeta, la extrañeza asomó a su rostro. ¿Joaquín Rius? ¿A qué iría Joaquín Rius? Años atrás, también inesperadamente, una tarde se anunció para pedirle un consejo respecto a algo muy particular: las relaciones de su hijo y de Crista, su nuera, pasaban por una crisis, y pretendía que ella, la monja, hablara con su joven hermanastra para llevarla a la razón. ¿Ocurriría de nuevo algo raro en aquel matrimonio? Si era así, ella pensaba responderle como la primera vez: que no debía mezclarse en esas cosas. Pero no... Recordó de pronto la visita que la azarada Josefina le hizo un mes atrás, suplicándole por favor una hermana veladora que pasara las noches junto a Rius, enfermo de pulmonía. Alguna mañana se había interesado cerca de sor Bernardina sobre el estado de Joaquín. Este iría seguramente con el propósito de darles las gracias y, quizá, como solía hacer, a hablarle un poco del problema de sus hijos.

Pero ¡qué lejos se sentía ella de ese mundo! Ella no tenía ya parientes, ni pasado, ni nombre. Era una religiosa que había renunciado al mundo para entregarse al Señor. Ahuyentó con rapidez la imagen de ese hombre, de Joaquín Rius, en la veranda de un jardín de Vallvidrera, muchísimos años atrás. «Déjelo, Joaquín, ya es tarde, ya está hecho...». Y la expresión desesperada y atónita de su rostro sombrío unos años después, junto al mar de la Barceloneta, cuyas olas turbias batían tristemente la arena. «Ahora, Joaquín, tendremos que despedirnos». Y el eco de su propia voz, aún arrogante entonces: «Dígame, Joaquín, ¿no ha leído jamás *Las Confesiones*?». Años, años de ausencia, años de olvido, de silencio, y un mundo muerto que se había evaporado, que no existía ya.

Por rutina, encontró las cuentas de su rosario de nácar blanco, y lo apretó entre sus dedos. Lo veía en sus manos más fuerte que ellas. ¡Pobre Joaquín Rius! Era el rosario que él le envió cuando supo que se acercaba la fecha de su profesión, más de veinte años atrás. ¡Cuánto tiempo y qué lejano todo! Delante de ella no había más que un futuro inexorable, un futuro de dolor y de sombras, pero también de luz y de esperanza...

—Dígale... dígame que espere, que ahora iré —dijo a la sor, tras un titubeo.

¿Qué le diría ella a ese hombre viejo, que en otra hora la había amado y que ahora, ya distante, como ella misma, lo que debía hacer era disponerse al trance supremo, al viaje alentador? Si ella siquiera podía reconocerse, ¿cómo lo haría con él? Turbado por la vida, ¿cómo habría reaccionado ante la enfermedad aquel hombre bueno, pero apegado a las cosas del mundo? No obstante, una cierta alegría mundana la sobresaltó. Aquella era una más de sus despedidas de la tierra en la figura de quien, en otros tiempos, había significado el sentido del mundo y aun la síntesis de todos los

sentidos... «Ahora, Joaquín, tendremos que despedirnos...» —y se lo representaba todavía como en aquella actitud, junto al mar, cubierto por su *canotier* y totalmente derrumbado y entristecido. «Eso que yo siento, Carmen, nunca pasará...». Y siguió allí, con los ojos nublados, sombríos, el mentón tembloroso. Un hombre, un hombre bueno, un corazón con temple y, en sustancia, una criatura noble de Dios...

El saloncito del convento era una habitación menguada, con empapelado en bistro, sobre el que colgaban el cuadro de la Fundadora y diversas estampas. Sor María del Rosario se encaminó hacia allí. Sintió un dolor en el costado, ese dolor agudo y mortal; pero se apoyó en la pared y luego siguió adelante. En el silloncito del ángulo aguardaba sentado Joaquín Rius, quien se incorporó y besó la cruz que le ofrecía la monja. Titubeaba, no dijo más que una frase trivial cualquiera, de excusa. Ambos se sentaron uno frente a otro, separados por un velador.

¡Cuántos años! Era un viejo que temblaba imperceptiblemente en su bastón con puño de plata, el mismo que veinte años atrás. Pero él, todo él era distinto. Enjuto, blanco, encorvado; solo los ojos parecían a veces brillar como entonces.

Joaquín Rius la miraba aturdido, sin atreverse a hablar.

—Tenía deseos de darle las gracias por lo que sor Bernardina y usted han hecho durante mi enfermedad. ¡Cuánta paciencia ha tenido conmigo su monja!

Ella sonrió levemente. Luego procuró salvar su timidez.

—No me dijo eso: me dijo que había sido usted muy buen enfermo.

Cruzó las manos sobre su regazo.

—Se sufre mucho a veces —dijo entonces—, pero esas son las condiciones que nos pone Dios. Ya sabe usted; cuando se tienen años, es preciso pensar alguna vez en la muerte. Entonces, ya lo verá, Joaquín, ¿de qué nos sirve todo lo demás?... Pero discúlpeme. No quiero aprovechar su visita para hacerle un sermón. Dígame: ¿se encuentra ya bien del todo?

—Me han tenido secuestrado por lo menos quince días más de lo necesario. Por eso me ve usted así, Carmen, digo... Madre —y carraspeó ligeramente—. Lo único que distingue a los viejos es que ya no podemos hacer lo que nos da la gana. Otros mandan sobre nosotros.

Poco a poco ella volvía, por unos instantes, a la vida, al mundo.

—¿Quién manda en usted? Toda la vida ha sido desobediente. Solo se ha dejado guiar por su brújula propia, como un marino. ¿Hacia dónde marca esa brújula?

Joaquín Rius sonrió levemente. Él era un materialista, un hombre que, a juicio de ella, seguramente no había tenido otro propósito que amasar dinero, trabajar como un loco desde su juventud para eso, la riqueza.

—La enfermedad y el peligro hacen pensar mucho, Madre. Y entonces las cosas se ven de otro modo.

—La vida entera es una enfermedad que nos conduce a Dios. Por eso es preciso que nuestra conducta sea siempre limpia. Ya lo sé, Joaquín: la suya ha sido limpia —aclaró, tranquilizándole—. Y Dios ama a los que han sufrido.

Se sentía como aturdido, avergonzado. Con ella sí, hubiera confesado Joaquín. Pero no con aquel cura que en la inconsciencia de la muerte posible susurraba unas palabras perentorias en su oído y le apretaba la mano, para sublevar su conciencia. ¿De qué podía acordarse entonces? ¿Dónde estaría si hubiera muerto?

Pero le pareció que los pecados de él nadie, salvo Carmen quizás, hubiera podido entenderlos.

No había habido mujeres; por tanto, ¿qué podía confesar? En efecto, se arrepentía de todo el mal que hubiera podido hacer en su vida. Una vez agarró a un obrero por la blusa y lo echó. Muchas veces había estado duro con ellos, pero solo con los que no le servían. De todo eso se arrepentía: pensó que Dios, más inteligente que él y que lo veía todo de golpe, no tendría dificultad en discriminar también de golpe sus pecados. ¿A qué pasar ahora él, por su cuenta, una contabilidad de la cual no tenía las partidas parciales? Luego, a medida que se fue aclarando lo ocurrido, ya no pensaba en eso. Habían entrado en su habitación susurrando unas oraciones, le habían confesado, había recibido la comunión, habían pasado unas velas por delante de sus ojos y perdió el sonido peculiar del sollozo de Josefina, un hipido entrecortado. Una vez sano, ¿qué quería que hiciera ahora la superiora? ¿Rezar? Bien... ya rezaba. Desde hacía setenta años rezaba, si no le vencía el sueño, tres avemarías por la noche. Era una rutina de colegial. Por lo demás, esa brújula le conduciría a donde quisiera Dios, que naturalmente de momento no podía ser a otro lugar que a la fábrica.

—Naturalmente, los hombres deben trabajar —asintió ella—. Pero sin olvidar a Dios, para que Dios no se olvide de ellos...

—Pero si no me dejan. Ahora me envían una temporada al campo. Exigencia del médico... (El campo, Santa María del Valles, lagartijas, pajares y cacareo de gallinas. ¡Qué mustia opción!).

Eso le contaba ahora —no lo de la confesión, sino lo de la terca prescripción bucólica del médico— Joaquín Rius a sor María del Rosario. Ella le escuchaba impasible, pero un tanto divertida por la inflexión que Rius daba a esa pequeñez. Después Rius le contó que se había irritado por la dictadura de Josefina, hasta el punto que había salido de su casa contra toda prescripción.

«Parece raro que todo aquello que depende de nosotros funcione igual cuando nosotros no estamos», filosofó después, como en soliloquio, atropelladamente, con el tono obsesivo que tiene el diálogo a los que les ha sido negado durante largo tiempo. Joaquín Rius parecía no fijarse siquiera en que su interlocutora estaba en silencio, en que era una mujer, en que era una religiosa, para la cual todos aquellos temas no tenían sentido. Pero en el ánimo de sor María del Rosario empezaba, como en otros tiempos, a revivir la noción de que Joaquín Rius necesitaba confiarse a alguien, hacer estallar explosivamente su nueva reincorporación a la vida.

—Y, dígame, Joaquín, ¿cómo está la gente de su fábrica? ¿Todavía vive aquel señor?... ¿cómo se llamaba?... No, no; ahora recuerdo, le mataron en un atentado, cuando usted podía haber muerto también.

—Sí. Murió él en lugar mío —y el rostro de Rius se ensombreció un instante, solo un instante—. En su lugar está su hijo; y su nieto también.

(La dinastía de los Llobet, carnadura de su propia estirpe, recuento vivo de sus luchas, poso incesante del tiempo en la realidad de su propio mundo: ese —pensó— era un pecado que debería haber confesado; no haber muerto en lugar de Llobet).

—¿Y Desiderio? —preguntó la monja—. ¿Le ayuda bien a usted?

El fondo de la cuestión estaba ahí. Esa pregunta, que ya esperaba, le hizo, sin embargo, callar unos instantes. Y en esos instantes de silencio reconstruyó los motivos de su desazón.

La tenacidad cotidiana y el trabajo no habían servido para que pudiera responder en un instante a la pregunta de la monja. «¿Le ayuda a usted bien?» ¡Ayudar!... Llobet le ayudaba, le ayudaban los contra maestres, los operarios, los contables; le ayudaba Josefina, desde muchísimos años atrás. Pero ¿Desiderio? Su hijo era otra cuestión, al margen de la ayuda. La simple y elemental ayuda que podía procurarle era el sencillo hecho de existir. Dudaba de que la presencia de Desiderio en la fábrica constituyera, como él habría deseado, un género cualquiera de ayuda. Todo cuanto ocurría allí dentro podía seguir ocurriendo sin que el propio Rius lo dominara con su iniciativa y con su empuje; acababa de demostrarse a raíz de la enfermedad. Pero ¿por cuánto tiempo? Y Desiderio no sería el hombre que le sustituyera. Su mundo estaba, y estaría siempre, al margen de la fábrica, lejos de ella. Habían sido inútiles todas las reservas y las reflexiones, los estímulos y las confianzas. El mundo de Desiderio estaba en los salones de Evelina, en los suyos propios, de la casa que se había hecho construir en el paseo de la Bonanova, desde cuyas terrazas se oteaba toda la ciudad. Había terminado por dejar que asistiera a la fábrica como un fantasma necesario, de esos que dan prestigio a los castillos y que fundan una leyenda. Pero nada más.

—Me ayuda bastante —concedió Rius, de tal modo, sin embargo, que ella comprendió en seguida que no era verdad. Pero también comprendió que eso ahora ya no importaba demasiado.

—Hace años que no he visto a Crista —se lamentó la superiora—. No se lo reprocho. No es agradable conversar con una monja, lo comprendo. Pero rezo por ellos.

—Los jóvenes se ocupan solo de ellos mismos —excusó él. Y ambos, en una pausa, sabían cuál era la causa remota de tantos desvíos no confesados.

Desiderio era un ser débil, que se había dejado arrastrar sin resistencia al ambiente de su mujer y de su suegra. La criatura que fue Crista en otros tiempos, que parecía tan dócil a la sombra de una madre expeditiva como Evelina, se transformó con el matrimonio —a partir de la boda precipitada y estrafalaria en la rectoría de Santa María del Vallés— en una mujer vehemente que se parecía ya a Evelina, y que empezó pronto a hastiarse de lo que corrientemente se entiende como felicidad conyugal; es decir, el deseo de tener más hijos, de vivir para ellos, de presidir una

casa y resignarse a una existencia plácida al lado del marido. Nada de eso. Bailes hasta la madrugada en la Granja Royal, clan de amigos sospechosos, parejas de infelices con cóctel, todo ello con un barniz —solo un barniz— entre intelectual y político. Evelina, la sempiterna Evelina, facilitaba la continuidad de ese ocio, lo alimentaba con levas ininterrumpidas de agentes consulares y de conferenciantes de Conferencia Club, de polemistas políticos y de pintores distinguidos de la sala Parés. Era un girasol que siempre estaba lozano y en el ángulo de luz precisa; un carrusel innumerable de figuras tornadizas, siempre al día, siempre en las letras de los periódicos.

Probablemente era natural que así ocurriera. Desiderio no le acompañaba porque su madre, Mariona, tampoco le había acompañado; no le acompañaba porque se parecía mucho a Mariona, que era en el propio Rius un recuerdo muy lejano, escasamente persuasivo, rehabilitado ya sin dolor alguno, pero evidente en su hijo todos los días a la hora de verle entrar en su despacho.

—Parece que de un tiempo a esta parte las cosas van mejor entre ellos. Por eso me he decidido a ir a Santa María. Carlos, el chico, se irá pronto a Suiza otra vez, a estudiar. Además, el médico me lo ha prescrito —añadió, excusándose.

Ya sor María del Rosario había olvidado casi todo y una vaharada fresca del pasado le entró en el ánimo. Recordó a Evelina, su madrastra, perdida en la lejanía. Pensar que la había odiado, que quizá podía haber sido paciente con ella y con la situación que ella creó al irrumpir en casa de su padre, le causó desazón. Pulsó entre los pliegues de su hábito y estrujó levemente el rosario en sus manos. Eso hacía cada vez que se sentía mortificada. Aquel rosario de nácar asomó en sus manos, y Joaquín Rius lo advirtió. Entre ambos hubo un instante de silencio y el cruce de una mirada. Joaquín Rius no hizo alusión alguna a cuanto aquel gesto intuitivo suscitaba en él. Era su más noble compañía; le confortó que ella lo usara aún, que todavía aquel —a pesar de los años— fuera su rosario. Y se despidió de ella con el ánimo henchido, sin sospechar que ya no iba a verla viva nunca más.

Cuando llegó a su casa y más ágil que Josefina, subió la escalera, se encontró a Desiderio en el salón. Parecía nervioso, abrumado y preocupado, pero en realidad no tuvo tiempo de preguntarle el porqué.

—Cuando me llamó Josefina quise venir para acompañarte yo mismo. Pero no he podido. Crista y el chico llegaron ayer inesperadamente de Caldetas.

—¿Pasa algo especial, están buenos?

—Sí, sí, no es eso. Yo había indicado a Crista que me gustaría que el chico pasara unos días en Santa María, ¿recuerdas? La verdad es que está ya allí, desde esta mañana. Nosotros pensábamos ir también, pero hemos cambiado de parecer.

—¿Por qué?

—En realidad es Crista la que cambia de parecer —confesó—. En fin, ella y su madre han cerrado la casa en Caldetas.

—Bien, mejor. Así estarás mejor tú mismo. En verano, con las mujeres fuera, la

vida es incómoda.

Pero de pronto al viejo se le ocurrió una idea que le sonrojó de alegría.

—¿Está ya allí Carlos? Bien: en ese caso salgo esta tarde.

—¿Qué dices?

—Lo necesito. Me ahogo encerrado en este piso; y Josefina ¡tú no sabes lo que es! ¿A qué horas hay tren?

—¿Por qué en el tren? Puedes ir en el coche.

—No. En el tren; también el coche apesta.

—Bien —contestó Desiderio al fin—. Si el doctor no se opone...

Mentía. No había sido nunca feliz y ahora era simplemente un viejo, un viejo de setenta y tres años, la edad de morir. Por la ventanilla del vagón discurría un paisaje que él había visto con frecuencia, muchos años atrás, y que ahora le producía la impresión de un cartel muy manoseado, muy ultrajado por la acción del hombre. Casas dispersas, arrabales desconchados, casuchas sin gracia. Gente que vivía apiñada y sin el menor socorro. Luego, la seca riera, el Besós polvoriento, pedruscal y páramo extenso en el que la luz del sol poniente alternaba el brillo de las piedras con brochazos de sombra. Y charcales, pequeños hediondos lagos de moho, bajo las colinas. Y él mentía: era un viejo que iba a convalecer; había mentido sin saberlo, al presentarse en el convento para visitar a Carmen. Los años lo borran todo, todo se lo llevan. Ese vaivén monótono del tren sobre los rieles ya no era el mismo que aquel otro de sus madrugones veraniegos, cuarenta años atrás, en el tiempo enfebrecido en que salía de la finca para llevar su impulso hacia la fábrica.

Apenas le quedaba rastro de la ilusión con que aquella misma mañana, al levantarse, deseara incorporarse a la vida. Las horas del día son muy largas para los viejos y para los convalecientes. En la juventud, el ser humano conserva toda la jornada el mismo ardor. Cuando uno es viejo, su fuelle dura menos.

No hay energía más que para la mitad del día, para unas horas. Pero ¿era en realidad esa abrumadora vejez la que le fatigaba? No; sin duda existirían otras razones, que nada tenían que ver con la edad. Cruzaba el tren los desvíos de San Andrés, los cruces de rieles con una sacudida en vaivén. Otra razón, sin duda, u otras... En primer término, el rostro de ella ahora bajo la toca se había vuelto como la cera y estaba consumido, consumiéndose, como la cera también... Sí, estaba desazonado precisamente por los rescoldos de su visita a Carmen. Solamente en el instante breve en que ella sacó de su bolsillo el rosario blanco de nácar pareció que sobrevivía una espontánea e imprevista alusión a los tiempos pretéritos. Mas tanto el uno como el otro estaban solos; solos y distantes. Los dos estaban cerca de la muerte. Sí, cuando los dos hubieran muerto, el tren en que iba seguiría velozmente su curso, como si nada ocurriera, porque la muerte de uno es eso: que nada ocurre para los demás. Se reveló en su interior algo indómito, una racha súbita de inconformismo.

Ella, Carmen, no se sublevaba, no hacía nada por huir del tremendo lance: quizá lo deseara. Pero no él; él no quería morir todavía, no era indispensable que muriera aún. ¡Cuánto tiempo por delante!, pensó, como aquella misma mañana. Todo el tiempo que hiciera falta, ya que vivir es un acto de voluntad, de obcecación vital. No se conformaba.

Mas no era eso solo lo que le hacía perder el impulso, lo que le descorazonaba en aquel instante. No era solo eso: ahora debía acercarse al ámbito de sus primeros años, al lugar de su mujer muerta. Llevaba años, muchos años sin volver a la finca; justamente desde que Desiderio se casó con Crista. Naturalmente, eso no le afectaba. Llegado a la vejez absoluta, los recuerdos son como vistas fijas, puestas en un archivo y que no modifican el latido del corazón. Ya el corazón es un simple y dócil animal domesticado. Pero ¿qué haría allí? Respirar aire puro, según le había dicho el médico; era ir a reconstruir sus pulmones maltrechos simplemente alimentándolos con un aire más limpio que el de la ciudad. Mas cuando nuestro organismo está habituado a su clima, es precisamente ese clima el que le conviene. ¿Qué importaba? No; otra cosa haría, primordial, que valía por todas y las justificaba: hablar con su nieto, conversar y pasear con él, a la deriva por los campos. Apenas conocía a Carlos, apenas si algún domingo extraordinario se lo había llevado de paseo, cuando era mozalbete, en los períodos de vacaciones que precedían a su traslado a Caldetas. Por lo demás, en Navidad alguna postal enviada desde su internado en Suiza, con una felicitación breve, unas líneas que eran, más que un recuerdo, un olvido. Quizás esta fuera verdaderamente la oportunidad de saber quién era su nieto, la postrera oportunidad de su vida, tal vez...

Un mozo llevó la maleta hasta la plazuela y la dejó colocada en el asiento de una tartana. Joaquín, renqueante, se puso al lado del tartanero. Las piernas, débiles, le temblaban, y recordó las imprecaciones de Josefina: «¡Lo que usted va a hacer, es una barbaridad!».

El carromato cruzó la ciudad hasta hallar las lomas que el viejo recorriera otrora; se acordó de Jaime, el tartanero homicida, al que apresaron, el que trataba a latigazos a *Revérter*; las lomas y el desfiladero de abedules le parecieron, al trasluz de los años, menos bucólicos e importantes que en otro tiempo. Pero tampoco eso tenía mayor importancia. Había, sin embargo, un poco de la indecisión, de la destemplanza con que, por primera vez, hacía casi medio siglo atrás, cruzó aquel mismo tramo de carretera, por la pendiente del «Coll de la Manya» hasta el Puntazgo. «¿Qué encontraré allí? —pensaba—. ¿Cómo me recibirán, qué debo hacer?». Esa inquietud, ahora moderada, parecía que le atosigara como la primera vez, la de su encuentro — ya tan baldío— con Mariona. Al trasponer la cumbre, salvada la pendiente, esa sensación se difuminó en el paisaje, ya casi anohecido. Nada, o apenas nada de aquellos recuerdos quedaba ya. Nada quedaba, porque de lo anterior había

desaparecido parte de la estructura vegetal, que es la fisonomía peculiar del campo y de los paisajes. Solo en la lejanía se conservaban algunos tramos de avellanos, que antes cubrían la planicie entera. Y bordeando por una doble hilera de altos cipreses, recortados algunos por mano de jardinero, el camino dejaba ver, más allá, un cultivo de tulipanes y de rosas y una extensa campiña de claveles. El campo agreste se había convertido en una hermosa pero inconsecuente campiña floral, antesala sin duda de una residencia sin arraigo payés, solo en la superficie del terruño, para disimular —y traicionar— tal vez, el sentido que tiene la tierra, que es humano, dramático, hondo y dificultoso.

Cuando la tartana cruzó el porche de entrada notó también Joaquín alguna transformación, que no pudo apreciar en qué consistía. Quizá fuera que el patio de entrada estuviera cubierto por guijos y grava, en lugar de la seca tierra polvorienta de antaño, que había que regar al atardecer. Quizá la extirpación de los gallineros, adosados en otro tiempo al ángulo de las dos casas de la masovería; o quizás el surtidor con una ninfa de bronce alrededor de la cual hubo de dar el vehículo una vuelta para situarse ante la puerta de entrada.

¿Qué hace esa fuente aquí?, se preguntó Joaquín Rius advirtiendo lo superfluo de aquella imposición, lo extemporánea que resultaba en el ambiente. No hace nada, pero ¿qué importa? Eso ya no es «nuestro».

Se quedó parado en el centro del patio, al tiempo en que el tartanero bajaba del coche sus valijas. Y escuchó un rato aquel silencio que venía de nuevo a inundarle de antiguas y soterradas imágenes.

La fachada de la masovería estaba intacta, como antaño. Bajo la teja marrón, comida por el tiempo, el reloj de sol mantenía su grafía dorada, signo inmutable de la permanencia de las cosas. No existe el curso del tiempo; en aquel instante podría haber salido Mariona de cualquiera de los ángulos del patio y parecía que la esperara así, atónito y sombrío.

No había nadie en la casa. Parecía solo abierta para que él entrara sin testigos. No obstante, de la puerta de la masovería salió al fin gesticulando un hombre gordezuelo, de tez sonrosada, en cuya barriga la roja faja sacudía, al correr, el volumen de todo su cuerpo, sobre unas piernas cortas. Se acercó a él y le tendió las dos manos efusivamente.

—Soy Andrés, ¿no me recuerda? El que jugaba con el señorito.

Joaquín Rius no recordaba bien, ni se esforzó mucho en hacerlo. El mundo de Santa María dejó de existir para él en el momento de la mayoría de edad de su hijo. Después, el día de la boda más que una conexión eventual con la finca fue su definitivo adiós a ella. Ahora, nada. Ni Andrés —si es que ese nombre significaba algo— ni nadie. Simplemente una prescripción del médico, nada más.

Pero mientras sacaban del carricoche su equipaje y lo llevaban al interior de la casa, escuchó que Andrés le explicaba con vehemencia, atropelladamente, algunas cosas que influían en su ánimo. Por allí debía de andar Carlos. «Es un chico hermoso

—dijo el campesino—. Él solo se hizo una huerta cuando era chico, al otro lado del canal. Seguramente estará allí ahora».

Joaquín Rius entró en la casa; la misma impresión de mudanza absoluta le sorprendió al entrar. En el vasto comedor de antaño se había trazado un arco divisorio, con estores transparentes. El mobiliario era moderno, al día. En un rincón, una radiogramola; más allá, otra mesilla con tapete verde, para el juego. En la pared, unas lacas japonesas en el lugar que antaño ocupara un reloj, aquel en el que siempre compulsaba en otro tiempo el suyo propio, antes de salir, puesto que el de la casa no fallaba nunca. Dando al ventanal del fondo, desde el que se divisaba ante todo el panorama del valle, había sido instalada una pecera, en la que media docena de fementidos delfines de color garabateaban en silencio sobre los rastros y los abedules del fondo. Aquel panorama, el de más allá, no había cambiado. Los árboles en hilera eran mucho más viejos, y en lo alto la fronda de su copa parecía un puñado de luz.

Joaquín subió al cuarto que, según se apresuró a informarle Andrés, estaba destinado a los huéspedes. Era contiguo al de Desiderio y daba, con su balcón, al llano. Se acodó un instante en la barandilla del balcón. Se sentía el vaho vespéral del campo, que es una oleada de silencio y de frescor. Por algún lado, lejos, invisible, debía de transitar un carro. Los ruidos del campo son siempre los mismos. En el eco estaban implícitas las rodadas profundas y desiguales de los caminos. Más lejos, el «Coll», la casona presidida por una alta torre cuadrangular, vigía del silencio y de la noche. Más acá el ruido incesante y repetido de las acequias del regadío, el agua que corre, el caudal que no cesa, día y noche.

Cerró el balcón, entornó los postigos y bajó de nuevo al patio. Andrés ya no estaba, pero traspuso el porche del patio y torció a la izquierda. Asomaba la luna tras las colinas de San Adrián. La tarde era una luz indecisa y el campo tenía un vigor fluctuante. Intuyó el camino que debía tomar para encontrar a su nieto. Lo intuía tanteando con su bastón. Había una ancianísima encina junto al lavadero de la masovería. Bordeándolo, un corto camino llevaba a un recodo donde el agua de las acequias, hasta entonces fluente bajo la tierra, aparecía en tropel sobre el campo. Cruzó entre los zarzales y vio a un muchacho alto, esbelto, de pelos negros que le caían sobre la frente; era su nieto. Esperó un instante, antes de ir hacia él. Le observaba con amor, mientras el chico podaba, casi a oscuras, las ramas de un peral, subido a una escalerilla. Caminó entre los charcos del regadío. Se enfangó los zapatos, pero no importaba. Fue hacia él, sin avisarle.

Desde la escalerilla Carlos se volvió, sorprendido. Y le reconoció en seguida, a pesar de que ya todo estaba en tinieblas. Dio un brinco, de un peldaño a otro. «¿Qué haces tú aquí, abuelo? ¡Qué facha! Mira cómo te has puesto el pantalón». Y de pronto, sin pensar en lo viejo que era, le tiró de las barbas, sin bajar más que otro tramo de la escalerilla.

Cenó con su nieto, en el zaguán de los colonos, a la lumbre de la luz de acetileno ante cuya llama revoloteaban y se aplastaban moscardones y mosquitos. Luego, Carlos había ido a acostarse.

«Es un chico hermoso», había dicho Andrés, el gordezuelo, al entrar. No era esta la definición justa. Carlos, pensaba su abuelo, era un chico *extraordinario*. Y paladeaba la palabra.

Durante la cena le había contado muchas de sus cosas. En el internado, en Vevey, enseñaban de todo, pero a él lo que más le agradaba eran el cálculo y la mecánica. Dijo que deseaba ser ingeniero, pero aún no sabía qué clase de ingeniero quería ser. Le gustaban las chicas, pero no todas las suizas, sino principalmente las del cantón de Vaud. Salían de excursión a la montaña y había ganado una copa en un concurso de esquí para neófitos. Le gustaba el campo; le gustaba más que nada entrar en el bosque, por la mañana, ir hasta el Orlau y conversar con don Sebastián. «Es un viejo que hace esculturas. Tiene hechas ya quizá mil, o más de mil, de un tamaño así —y señalaba su formato con las manos—. Seguramente vive aún —dijo—, y se alegrará de verme de nuevo». Contó que su padre le dejaría este año salir a cazar. Su padre era muy buen cazador; el año anterior, en poco más de una hora, había matado cinco perdices. También salía con él a caballo, por el campo. A él, a Carlos, le gustaría estar alguna vez fuera de España, no en Francia o en Suiza, sino, por ejemplo, en Londres. Y ahí, en este punto, Joaquín Rius le explicó cómo era Londres medio siglo atrás. Allí había ido el viejo Rius, «tu abuelo», con su padre, es decir, «tu bisabuelo».

—Bisabuelo... Eso debía de ser en tiempos de Napoleón.

—No tanto, chico... La historia no va tan de prisa. Pero, de todos modos, hace muchísimos años.

—La abuela Evelina —susurró el muchacho confidencialmente— dijo una vez, a Pedro de l'Estadant, que ella solo tenía cincuenta y dos años, pero papá me dijo un día que tiene más de ochenta. ¿Tú lo crees?

—No lo sé. Quien mejor te podrá decir eso, será tu madre.

—Mamá no quiere hablar nunca de años.

—¿De qué habláis? —inquirió entonces.

—Bueno, de si estudio y de si me pongo bien el nudo de la corbata. Ahora las corbatas se llevan con nudo gordo, ¿no lo sabías?

Luego el chico, rendido, fue a acostarse. Y él andaba de un lado a otro del patio, sin decidirse a ir a dormir también. En realidad, a pesar de todo, pensaba en algo que había oído aquella mañana: «La vida entera es una enfermedad que nos conduce a Dios».

Y un gran sosiego le inundó entonces.

VI

SE INCORPORÓ CON DIFICULTAD y utilizó su bastón, que solo usaba en casa, cuando no podía ponerla en evidencia ante testigos. Al pasar ante el espejo del salón del piano, en su principal del paseo de Gracia, apresuró su paso para no cerciorarse de su vejez, así desaliñada. Unas horas después, cuando ya estuviera envuelta y protegida por las sales y las mantecas de su tocador, en la sórdida armadura de sus ortopédicos corsés, llamaría a su hija.

Evelina Torra empezaba a perder la partida en el prolongado y tenaz juego vital que había llevado hasta entonces admirablemente contra el envejecimiento y la decrepitud. Empezaba a perder en el juego; pero, como ya estaba enviciada en él, seguía jugando. Los años, los muchos años, no acababan de rendirla. Y aun a veces alimentaba la esperanza de que no la rendirían jamás.

Los años de la Dictadura habían sido para ella de goce y de triunfo. No por razones que tuvieran nada que ver con la política —«¡pobre de mí, la política!», murmuraba—, sino porque en aquellos años había podido lucir sus capacidades presidenciales y preeminentes en el ambiente de sus hijos. Durante una docena de años había podido sin estorbo ejercer sus funciones directoras del matrimonio, unas veces de manera solapada, otras sin disimulo. Ella era la que combinaba las reuniones, las excursiones, los té, los bailes, los viajes de la pareja; y Crista se dejaba entonces aconsejar y dirigir, sin que Desiderio tuviera en ello opción alguna. No solamente eso, sino que era la propia Crista quien se dirigía a ella para un consejo, para confiarse en su *savoir faire*. Así Evelina estaba al corriente, día por día, de las alternativas del matrimonio y del estado de ánimo de Crista con relación a Desiderio. También así podía entonces Evelina colegir la conducta de su yerno y obrar en consecuencia. Ciertamente no le fue, en ocasiones, nada fácil elegir el camino conveniente. Crista se mostraba —¡tenía a quien salir!— terriblemente celosa, con los inconvenientes que derivaban de su carácter impetuoso e intransigente, a diferencia del suyo propio, el de Evelina, bandeado ya por muchos temporales y por tanto con recursos diplomáticos y de astucia de los que su hija no tenía acopio.

¡Enamoradizo Desiderio! Los hombres, todos los hombres, son así —procuraba de ese modo tranquilizar a su hija, para que se acomodara a la idea de que Desiderio no sería nunca totalmente de ella, puesto que era «un hombre». Y al pronunciar estas palabras Evelina creía resumir las condiciones de un ser complejo e imprevisible, capaz de una aventura con mujeres que acertaran a procurarle placeres increíbles que tal vez Crista, en su defensiva social, en su condición de legítima esposa, no estaba autorizada a comprender. E imaginaba entonces, con envidia y con una inconfesada admiración, a su yerno, semejante a otros, en la disyuntiva de su fidelidad conyugal,

y ante los atractivos de la lucha erótica. «Todos los hombres son iguales, pero tú debes mantenerte segura de ti misma. No seas niña con él; a los hombres no les gustan las niñas». Y hablaba de Desiderio como si se tratara de *todos* los hombres, especie genérica a considerar en multitud. «¿Por qué no haces que se dedique a la política? A los hombres les distrae mucho eso...».

La Exposición del veintinueve la había hallado aún en soberana adhesión monárquica. El fasto y la inesperada luz del recinto de Montjuïc, la muchedumbre de forasteros, de banquetes, de invitaciones de aquellos días habían hecho que reviviera el extraordinario clima social de los días de la primera guerra, pero quizá más coordinado y escogido. Evelina estuvo entonces, nuevamente, en «todos lados». Se contaba con ella para las veladas benéficas y para las fiestas de caridad, tenía puesto en los bailes de los pabellones, singularmente de los pabellones sudamericanos, y se la llamaba para que formara parte de las comisiones de los saraos de más relumbrón. La verdad es que el día de la inauguración del Certamen no podía presumir la importancia y el barullo social que iban a seguir. El espectáculo del gentío desbordado en los parterres de Montjuïc, en una mañana radiante de mayo, llegó a agobiarla y a aturdirla. Le molestaban los apretones y sacudidas que había tenido que sufrir al subir al *tapis-roulant*, adelanto magnífico que los había transportado hasta la cumbre como en una estera de leyenda oriental. Le molestaron las palabras soeces que había escuchado en boca de la plebe y que los menestrales llevaran a los chiquillos, en aquella jornada, en brazos, bajo un sol bochornoso. Por eso se sintió monárquica. Le molestaba, en fin, todo lo que olera a chusma, a muchedumbre, todo lo que la desindividualizara, pese a las galas que la definían: su sombrero con tul, sus guantes de encaje, su sombrilla. En aquella ocasión se sentía, en cambio, unida por su indumentaria, por su porte, por su serenidad, con la reina Victoria. En su *Rolls*, de regreso a su principal del Paseo de Gracia, se consideró para siempre adicta y sometida a la Institución Real. ¡Qué días aquellos! —pensaba ahora, súbitamente exaltada—. Era un gozo sentarse en la rotonda de La Pérgola, *brasserie* y restaurante emplazado junto a la plazoleta de la gran fuente luminosa. Una brisa suave hacía oscilar el velo de su sombrero rosa, muchas tardes en que varaba allí. Después de merendar, la luz decrecía sobre los parterres. De pronto, sin previo aviso, se elevaba en un momento, disparada hacia el pálido azul del cielo, la luminaria gigante de las fuentes. Se abría como una exhalación, como un enorme suspiro de la tarde. Caía y se desflecaba cambiando de forma como una flor distinta: primero verde, encarnada, añil, azul, blanca, amarilla, incesantemente distinta a sí misma. Muda de asombro, Evelina se sentía hechizada por el espectáculo. El agua era una materia etérea y cambiante capaz de convertirse en sueño de luz.

Otra de las debilidades de Evelina en aquel tiempo era «dedicar» las tardes a recorrer el Pueblo Español de la Exposición. Acompañada generalmente por Crista, le gustaba hacerlo por orden y sin prisa, hasta quedar impregnada de todas sus bellezas. Una vez penetrada en el ambiente de cada esquina, de cada estilo, se sentaba a

merendar en la Plaza Mayor. Evelina se veía andaluza en Andalucía, gallega en Galicia, vascongada en el País Vasco. Aquella profusión de caracteres era como su misma profusión. Había una inmensa paz en el remanso de aire de la Plaza Mayor, como si estuviera en un pueblo lejano y en otro siglo. Se dejaba mecer por la idea de que no había ocurrido nada en su vida y de que podía haber nacido siendo una lugareña graciosa y honesta que espera la aparición de un novio, unas palabras a la salida de la misa, nada más...

Pero ¡qué absurdo era ya todo eso entonces! Tenía tantos años que no se atrevía siquiera a confesárselos a ella misma, y toda su vida había estado llena de inquietudes, de pequeños odios y de pasiones mezquinas, destrozadas por su inestabilidad, por su inconstancia, por la sensación de querer siempre lo imposible, sin sosiego. Los arcos de la Plaza Mayor, el tenderete de la música, su paz escenográfica no alcanzaban a suprimir del todo, siquiera un momento, las exigencias que en aquellas calendas formulaba aún su corazón impulsivo, acostumbrado a latir con ímpetu durante muchos lustros. Y veía pasar a un bravo hombre de pueblo, un hombre cualquiera, a ese hombrón llegado quién sabe de qué rincón del Valle de Arán o del campo de Tarragona, para ver la Exposición, con los ojos con que lo veía la zagala en que se sentía de golpe trasfundida. Toda ella se convertía en un niña que admira, transida de curiosidad, de temores, el rostro, los pasos recios del hombre, toscos, indiferentes, seguros de sí, levemente cansados de tanto caminar en balde, hasta que el hombre se perdía otra vez entre la vida anónima, entre la multitud. «Haber querido de verdad, una vez, una sola vez y de verdad. Haberse entregado totalmente, sin mirar a quién, en un impulso de amor». Pero no, ella no lo había hecho. Hubiera podido querer y no se atrevió. Bajo su máscara era una vieja.

Pero la Dictadura había caído, cayó un poco después. En los salones, en las tertulias, se hablaba de política. Había surgido un nuevo prototipo de ciudadano: el intelectual. El general Berenguer, casi oculto tras sus tremendos bigotes, se esforzó en dar un cauce, que resultó inútil, a todo el barullo. Evelina escuchaba a los más doctos, que llevaban su idea en el bolsillo: grupos políticos, libertad dentro del orden, retorno a la senda constitucional. Ella, con franqueza, no advertía signo alguno de que nada pudiera cambiar. Todo el mundo se dedicaba a «estrechar lazos». Y ella era experta en eso. Evelina Torra vio por primera vez en *D'ací d'allà*, una revista gráfica de mucho tono, a la que se había suscrito porque en ella había sido fotografiada a página entera su hija Crista, una fotografía del doctor Marañón, y le otorgó su plácet, sin remilgos. «Este hombre tiene que ser inteligente a la fuerza —dijo, mostrando la revista a sus contertulios, en un cóctel en casa de Crista—. Voy a escribir *deux mots* a Isabel, para que lo invite a Conferencia Club».

Y de ahí al trastrueque total de su contorno no mediaron más que unos meses, unas semanas. Un día, sin saber cómo, se proclamó la República. Aquello que los «intelectuales» andaban repitiendo en las *coteries* de su casa y de casa de Crista, se transformó en realidad callejera. Los sucesos eran tantos que apenas podía situar los

más cercanos en el calendario; ¡ella, que era una superviviente de la bomba del Liceo y de la guerra de Cuba!

¡La República! La vio nacer y hasta podría decir que la estaba alimentando. Sorprendida por el acontecimiento, no se había arredrado. Había querido ver por sí misma el desarrollo de los acontecimientos, había hecho todo lo posible por mirar cara a cara a los sucesos. Inquieta, pero sin miedo, en aquella tarde del 14 de abril se atrevió a dar un rodeo en su *Rolls* por la ciudad. ¿Cómo habían podido surgir de pronto tantas banderitas con la franja morada, en lugar del rojo monárquico anterior? En las Ramblas, unas muchachas, con facha de empleadillas, cubiertas con un gorro frigio, iban cantando una tonadilla popular. Una charanga, seguida de un público diverso, cruzaba la Gran Vía. Hombres con chaqueta de pana arrancaban los rótulos que en las calles evocaban nombres del caído régimen. Tras el cristal cerrado, por si acaso, de su automóvil, llegaba, en su rodeo, una exhalación a pueblo, al mismo pueblo del día de la inauguración de la Exposición, un vagido de vivas, de piropos. Parecía que esa muchedumbre no supiera de pronto qué hacer con la libertad que de improviso acababa de serle concedida: se paraban en los quioscos, se perdían en la tiniebla de las calles portuarias. Y Evelina, un poco atemorizada, hizo que el coche acelerara, con una orden al chófer de no parar hasta llegar a casa. Observaba el andar jacarandoso de las mujeres ambiguas de la plaza del Teatro, llena de sombra azul la cuenca de los párpados, rutilantes de *rouge* barato los delgados labios y la llenaba de inquietud pensar que en aquel momento ya se sentían tan señoras como las demás, con solo un cambio de bandera. Escuchó al pasar la confirmación de su recelo. «Sí; tan señoras como cualquiera», afirmaba una de ellas a un guardia al que había ido a denunciar cierto abuso de un mozalbete presumido y republicano.

¡Cuántas cosas, cuántos cambios! En aquellas fechas ya había pasado por la misma calamidad de incertidumbres que ahora volvía a atosigarla. El día de la proclamación de la República se había levantado sutilmente izquierdista y republicana; pero a la vuelta de su rodeo encontró en su casa a algunas de sus íntimas, y todas «respiraban» aún monárquico. Y cuando la informaron de las últimas novedades, sintió renacer durante un tiempo su monarquismo vacilante: ¡doña Victoria estrechando por última vez las manos de sus damas, sentada sobre un pedrusco en las afueras de Madrid!

Y pronto se reafirmó, poco después, cuando las visitas se marcharon. Del interior de la cocina y de los servicios trascendía un bullicio alarmante; se personó en aquel reducto. Las doncellas y el chófer estaban bebiendo. ¡Si no fuera más que eso! Con una simple ojeada a la botella comprobó que libaban sin recato un par de aquellas botellas de «Pommery» que ni aun ella misma, la señora, descorchaba en las ocasiones usuales. Prorrumpió en un contramitín tan rotundo como los que habían dado la victoria a la República. A sus voces osciló la lámpara del salón. No era la «repartidora» la que acababa de llegar, dijo a la cocinera, en la cual los efectos del espumoso se advertían especiales; tendrían que pasar todavía muchas cosas y cambiar

muchas situaciones antes de que se implantara en España la costumbre de dejar libre al servicio el camino de la despensa. La perorata fue solo interrumpida por ciertos hipidos de la doncella segunda, a la que el champán sentaba mal.

—Es necesario una *mise au point* —declaró, comprobando la dimensión exacta del cambio de Régimen en sus consecuencias prácticas. Y salió de aquella maldita dependencia doméstica dominándose con murmullos en francés.

«Si los criados creían que eso era la República, estaban muy equivocados. La República era la postulada por ese impresionante varón de ancha frente a quien le habían presentado unos meses antes y al que había tenido a almorzar en su casa varias veces: Nicolás Borredá. No había razón para que aquí fuera distinto que en Francia, donde hasta los títulos habían sido respetados. Una cosa era que se marchara el rey y otra, muy distinta, que tuvieran que marcharse todos. Me gustará verlos —pensó en aquella ocasión— cuando se enteren de lo que es la República. ¡Y habrá que ir a las escuelas, y enviar a los chicos! ¡Bah, la ignorancia!...

¡Cuántos cambios y qué brusquedades y desastres! Apenas había podido dormir, fustigada en su sueño por un dolor muy hondo.

Límpida y azul la mañana, estaba todavía sin acabar de arreglar, con la redecilla y los bigudíes en el pelo, pensando en la calamidad que acababa de ocurrir. Los acontecimientos podían no afectarla cuando quedaban lejos de su contorno. Pero si se mezclaban en él, constituían una tortura implacable y la desmoralizaban y avejentaban aún más.

Esta vez los acontecimientos afectaban a su contorno.

En cada uno de los sucesos públicos que conmocionaban la ciudad, se sentía arañada por la mano invisible que nos lleva a contracorriente hacia la extinción. En los días comunes, mientras se retocaba ante el espejo, no asumía la íntegra realidad de su decrepitud. Pero los jalones de la historia cívica la afectaban y señalaban por dentro, la alarmaban y la ponían en evidencia ante sí misma. No se trataba del fragor de la calle, del cambio de las ideas o de los regímenes, sino de algo más íntimo que indicaba su mengua de facultades, la pérdida de los resortes de su flexibilidad mental para acoplarse a la nueva corriente de los tiempos. Mucha mudanza interior había tenido que hacer a lo largo de su vida, desde su juventud. Y sin embargo, no se resignaba. Hasta entonces, los sucesos habían transcurrido sobre ella como transcurren las modas; y había ido cambiando de cariz por temporadas, como con los vestidos. ¿Le sería posible remontar ahora ese nuevo, insospechado y tremendo golpe, esta vez de tipo personal?

En esta actitud le sorprendió el sonido insistente del timbre de la puerta y luego los inconfundibles murmullos y ruidos que acostumbraban a acompañar la entrada de su hija Crista en su recinto. Esos ecos eran de muy diversa especie. El rumor de su taconeo sobre el parquet, resuelto y sin disimulas; la incorregible llamarada de su voz, que no cesaba de crecer, en diálogo trivial con la sirvienta, y hasta se diría que el impreciso tintinear de las pulseras o del collar, anticipándose por los aires a su

presencia física. Crista era como Evelina misma, vital y parlanchina, sobre todo cuando pisaba aquellos suelos que eran en puridad los de su propia guarida, en los que había transcurrido su niñez y juventud, hasta su boda.

Evelina salió a su encuentro, por el pasillo, naturalmente sin tener en cuenta lo más mínimo que estaba sin arreglar. Algo insólito o fuera de lo corriente ocurría para que Crista se presentara en su casa. Normalmente era ella, Evelina, quien tenía que irle a la zaga.

—Iba a llamarte ahora. No me beses, querida; voy sin arreglar —y cogiéndola un instante por la mano—: Ven al *boudoir*. Me acompañarás mientras me arreglo.

Nadie, sino su hija, podía trasponer los límites de aquel reducto donde pacientemente se verificaba la transformación fraudulenta de las flácidas carnes de la vieja en otras que, en el contrafuerte de los cauchos ortopédicos, simulaban cierta arrogancia y lozanía.

—Siéntate —y señaló la banqueta.

Sentada a su vez ante el espejo, Evelina empezó a hacer visajes como si quisiera determinar y localizar de antemano en su rostro los espacios que merecían aquella mañana una dedicación masiva de potingues. Varias veces pellizcó debajo de los párpados, para medir en la extensión innocua de sus ojeras marrones el volumen baldío de sus bolsas. Inmediatamente se resignó a ellas, prescindió de tapujos y arremetió en su contra con un pedazo de algodón mojado en un ungüento cremoso.

El drama había empezado en Caldetas tres días antes. Una cierta Pilita Sendra, de la quinta de Evelina o poco menos, había hecho expresamente el viaje a la población veraniega con el exclusivo objeto, aunque lo disimulara bajo triviales pretextos, de dar el soplo a Evelina sobre ciertas circunstancias de la vida de Desiderio en Barcelona durante el verano.

De todo ello Evelina no había confiado a su hija ni siquiera la mitad. Se limitó a decirle que, en lugar de ir a Santa María, lo que harían sería enviar al chico allí y volver ellas mismas a Barcelona, sin esperar el fin del verano.

Naturalmente que para obrar de ese modo Evelina poseía razones sustanciales. No ignoraba las muchas aventuras que Desiderio había tenido después de casado. Y hasta podía decir que las excusaba. Las excusaba todas, menos esa.

Incluso de su propio yerno no le mortificaba el que pudiera marcharse alguna vez con ciertas «fulanas»; lo que resultaba intragable era que mantuviera una aventura «seria». Y con aquel lagarto llamado Blanquita Maravall, menos. Y ello por una razón: porque Blanquita era de buena familia, muy joven y guapa y, por tanto, una indeseable.

—¿Qué dijo tu marido cuando le explicaste que nos quedábamos?

—Se puso hecho una furia. Esas cosas que hacen ellos: dijo que esos cambios de plan no son más que histerismo.

Evelina disimuló. Nerviosamente arremetió contra su papada con el algodoncillo. Estuvo largo rato sin hablar. Al fin, dominándose, estalló con reticencia, con voz

quebradiza y aguda:

—Los hombres... los hombres tienen sus...

—¿Sus qué?

Pero Evelina no acertó a definirlo. ¿Cómo podría hacerlo? —Yo sé que mi pobre Arístides, tu padre, alguna vez había simulado un viaje al extranjero y en realidad no se había movido de un balneario de Tona. Todos tienen sus cosas, hasta mi pobre marido.

—¿Qué quieres decir?

—Nada —zanjó ella.

—Las mujeres también —insinuó enigmáticamente Crista con una pose indiferente.

—¿Qué significa eso? —inquirió alarmada Evelina, que se había puesto de pie y estaba acorazándose frenéticamente con un enorme y circular armatoste lleno de ballenas, parecido a una muralla.

—Lo que has oído: que las mujeres también tenemos nuestras cosas.

Evelina fulminó a su hija, como interrogándola en seco. Luego esperó a terminar con el ajuste de su contorno en un blocao perfecto. La operación duró largo rato y al fin elevó a la altura de su tórax la redondez de los senos apretados y expansivos, separados por una línea prieta de carne. A partir de entonces el jadeo se le hizo más silbante y la voz más aguda y premiosa.

—Yo tenía a los hombres así, en mi juventud —y levantó la palma de la mano y volvió los dedos aprisa, como si hiciera cosquillas al aire—. Pero nunca llegué a imaginar ni siquiera una confianza en serio con ninguno de ellos. Me limitaba a comprenderlos.

—Ya sé que te haces a la idea de que has entendido a mi marido mejor que yo. ¡Pretensiones!

—¡Cristal! —cortó Evelina—. ¡Descarada!

Recogió su bastón, puesto que con el andamiaje su equilibrio peligraba a cada voz demasiado hiriente.

—Es tu madre quien habla. Dime —añadió, dando a su voz una inflexión cariñosa—, ¿son normales vuestras relaciones? Quiero decir: ¿en la intimidad, seguís...?

Crista levantó los hombros.

—Eso a ti no te importa.

—¿Habéis discutido últimamente?

—No. Justamente hace una temporada que todo iba como una seda; es decir, que apenas nos hablamos.

Evelina se enfrentó a ella, la observó detenidamente.

—¿Desde cuándo?

Crista transigió en comunicarse un poco más.

—Ya no puedo soportar a un hombre que solo se acercaba a mí para... para eso, y cuando estaba bebido.

Una leve sonrisa se esbozó en el rostro de Evelina, totalmente pálido e inexpresivo a causa de las cremas.

—Conque ¿sí, eh? ¿No puedes soportarlo? ¿Bebido? ¿Es que te da asco que un hombre beba? ¿Y qué importa? Bebido o no se acerca a ti y tú le rechazas. ¿Es o no es verdad?

Crista calló. Era, en cierto modo, una confesión.

—Debes arreglar eso; dejarte de frialdades y seducirle, como la primera vez. Cada día hay que ser atrevida con el hombre a quien se quiere. Deja ya de ser niña. Lo que él te pida, ¿entiendes? ¡A ciegas! ¡Si es lo más hermoso! —Y sorprendida de su propia sinceridad y vehemencia sintió bajo las cremas un intempestivo rubor.

Crista le dirigió una mirada violenta.

—Perdona, Crista, pero mi deber es aconsejarte. Y lo tengo que hacer sin hipocresías...

Hubo un largo silencio, en el curso del cual Evelina se enfrascó de nuevo en adaptarse definitivamente al cerco inhóspito de su corsé, con difíciles movimientos convulsivos de brazos, piernas y torso. Al fin, pareció adaptada, momento en el cual se esfumó hacia su alcoba, que estaba tras unas cortinas cerradas; pero desde allí volvió a hablar.

—¿Sabes si tiene alguna... alguna otra mujer? —y esperó atentamente la contestación.

—¿Ahora? Ahora no... ahora seguramente tiene muchas...

—Solo dan trabajo de verdad los hombres que únicamente tienen a otra —se le escapó a Evelina—. Entonces es como un torneo, que se puede ganar o perder. Lo otro, que tenga muchas, no tendría importancia —filosofó—. Es... es como una *partie de campagne*...

Luego se escuchó el sonido de ciertos corchetes al ser cerrados sobre la goma. Entre soplidos, la voz de Evelina volvió a escucharse.

—¿Y... no temes que solo tenga a una?

—¡Qué va!

Asomó el rostro de Evelina entre las cortinillas.

—¿Por qué dices «qué va»? Estás haciendo juicios temerarios.

—Tiene un estudio. Sé dónde está y estoy al corriente de todo lo que hace. Tiene allí ropa y todo. Como comprenderás, tengo a mis confidentes. Pasa allí algunos ratos. Lo que no sé es con quién. Ni me importa —concluyó, con arrogancia.

Matías Palá regresó exultante de Madrid. La concentración de los propietarios rurales y de los campesinos había sido un éxito alentador. El mitin monstruo, como fue llamado, destinado a manifestar la protesta por la conducta de la Generalitat respecto a la Ley de Contratos de Cultivo, significó un ruidoso y elocuente cartel, que desvirtuaba las actitudes equívocas y que daba fe del vigor aún existente en las zonas

de opinión tenidas por caducas y a las que la nueva política trataba de aniquilar. A Matías Palá le había impresionado, sobre todo, el planteamiento que todo ello había tenido de lucha abierta. En cuanto la expedición llegó a Madrid, la Casa del Pueblo decretó una huelga general de veinticuatro horas, que tuvo una repercusión ciudadana que los organizadores de la expedición consideraron unánimemente negativa para los elementos revolucionarios. La irritación que el viaje produjo entre los elementos de la Generalitat era una muestra de la eficacia del camino elegido. La prensa de izquierdas arremetía en Cataluña contra los expedicionarios y exacerbaba sus alaridos demagógicos. Ajuicio de Matías Palá resultaría ahora muy difícil al Gobierno de Companys justificar su pretendida popularidad en el campo catalán y la oportunidad de la absurda Ley en litigio.

El despacho de Matías Palá estaba situado en las cercanías del mercado del Borne, en la Barcelona vieja, contiguo a los barrios llamados de Marina. Ocupaba un edificio entero en una antigua casa menestrala del siglo XVIII, ennegrecida por la humedad. En la plazuela que le daba cara y en las callejas adyacentes el tránsito era difícil, obstaculizado por camiones y autocares, carros y furgones de toda especie, que constituían la flota numerosa del transportista. Por los alrededores pululaban los arrieros, los chóferes de fuerte musculatura, los mozos vascuences o gallegos encargados del transporte, una humanidad que tenía el vigor primario y la fuerza elemental de la que el propio Matías Palá estaba imbuido. Dentro del local, y concretamente en las oficinas, principalmente en el despacho del jefe, el ambiente era moderno y dinámico. Era como si Matías hubiera vaciado aquellos poderosos muros de piedra, les hubiera quitado la entraña histórica y la hubiera sustituido sin escrúpulos por un aire contemporáneo y actual.

Matías Palá, individualista y celoso de su labor, abría por sí mismo la correspondencia, menester que no delegaba para tener en sus manos con pulso firme las riendas del negocio. «La correspondencia le hace a uno dueño de su negocio mucho más que los balances», solía decir. Y a través de ello obtenía el pormenor de sus clientes y vivo en la memoria hasta el menor detalle o la reclamación trivial.

Era la hora matinal de un viernes, cuando observó con extrañeza un sobre azul, en el que su nombre estaba escrito con inconfundible letra femenina, un tanto irregular y temblona. Se lo acercó al olfato y advirtió cierto perfume a lila, que contrastaba con el ambiente. Lo dejó para el final, sin curiosidad. Abrió, uno por uno, y fue leyendo consecutivamente el contenido de los demás sobres, que formaban una pila sobre la carpeta de su escritorio. Finalmente abrió el sobre azul.

El interior era un pliego con papel del mismo tono, en el que se notaba que la letra había sido mal adulterada por la anónima comunicante. Decía así: «Quien le quiere bien le avisa que su sobrina está mezclada en la vida privada de cierto caballero, casado y padre de familia, y que ello puede ocasionar un serio percance no solo a ella sino a seres inocentes que no merecen ese mal. De su hombría y honestidad alguien espera que obre en consecuencia».

Matías Palá no se inquietó. A lo largo de su vida había recibido infinidad de anónimos. Muchos de ellos simplemente como consecuencia misma del trabajo, por haberse encarado con algún chófer truhán o por algún despido. Otros de un tono político agrio, con motivo de alguna campaña electoral, en los que se recordaran sus devaneos con la política del general Primo de Rivera. Incluso uno de tipo personal, a propósito de un lío que tuvo con una diva del Liceo, a la que regaló un broche cuando la Exposición. De modo que su reacción era rutinaria: rasgar el papel, echarlo a la papelera y no pensar más en ello.

Pero no lo hizo. Volvió a leer la carta. No era un anónimo cualquiera. Quien lo había escrito no le quería mal; no le amenazaba; simplemente le llamaba la atención, le ponía sobre una pista. ¿Su sobrina, Blanquita? Si lo que decía el papel no era cierto, se necesitaba una feroz voluntad de intriga, una malquerencia singular que en principio parecía que Blanquita no era capaz de suscitar. ¿Quién sabe? Pero si era cierto, entonces no habría duda de que aquella muchacha, que no parecía querer a nadie, y de la que le inquietaban los silencios, las ausencias, hasta volverle loco, tenía una segunda vida insospechada que para él constituiría una especie de traición.

Matías Palá se sintió inquieto. Él era capaz de resolver cualquier problema con el que pudiera enfrentarse de cara. No sentía temor ante las bravatas de un empleado díscolo o ante las amenazas de los incompetentes. Pero no era capaz de decidir ni de reaccionar ante una sorpresa de ese orden.

Durante el resto de la mañana intentó despachar como siempre los asuntos. Bajó más veces que de costumbre a la planta baja, donde se efectuaba la carga de las expediciones. Luego se marchó, transitó por las cercanías, se metió en un café donde algunos de sus hombres sorbían un carajillo y con los que no desdeñaba a veces un rato de charla. Su actitud era un poco intemperante y desbordaba. Al fin, decidió afrontar la situación. Pero lo haría como hacía todas sus cosas, sin titubeos ni regateos. Abordaría directamente a Blanquita, sin dejar que ni siquiera su propia mujer metiera baza en el asunto.

La casa de Matías Palá estaba en el barrio de las Tres Torres. Era un hotel de tres plantas, rodeado de jardín, lugar de reposo ideal para la quebradiza salud de Carolina y excelente marco de sus colecciones de jades. Normalmente, en los días corrientes, cuando llegaba a casa a mediodía, Matías encontraba ya en ella a Blanquita, pero un par de veces por semana en que tenía guardia en el hospital, la sobrina faltaba a la hora de comer. Aquel día, viernes, la encontró en casa, todavía vestida con el uniforme de enfermera.

En cuanto llegó, y sin precaverse de la extrañeza que lo insólito de la cita pudiera causar a Carolina, Matías llamó a su sobrina a la biblioteca, en cuyas vitrinas, además de unos anaqueles llenos de libros con encuadernaciones vistosas, se mostraban espléndidos jades.

Seria y un poco distante, la sobrina, de pie ante él, esperó a que él le dijera el motivo de aquel aparte inesperado. Mantenía una actitud digna y expectante, sin

llegar a la hosquedad.

—He recibido una carta, un anónimo que te concierne —dijo, entregándole un papel—. No acostumbro a hacer caso de los anónimos. Me parecen siempre una infamia. Pero esta vez quisiera que conocieras lo que alguien, aunque sea un desconocido, me ha dicho de ti.

Notó que, a medida que leía, palidecía Blanquita. Siguió un instante deletreando aún en el mensaje como si, aturdida, recapacitara y preparara una respuesta. Pero nada dijo: miró a su tío con sus grandes ojos azules y le devolvió el papel.

—Bueno, ¿qué contestas?

Blanca se mordió los rojos labios y le miró fijamente, de modo que fue esta vez Matías quien se desconcertó. En un instante pasó por su ánimo el recuerdo de la lamentable confesión que le había hecho semanas atrás.

—Contesta —conminó.

—Quien haya sido capaz de escribir esto es un infame, y tú lo sabes.

Matías se sublevó contra aquella suposición. Quedo desconcertado. Era increíble que Blanca pudiera ahora achacarle a él mismo la elaboración de aquel sórdido texto.

—¿Quieres decir que no sabes de qué se trata?

Ella, entonces, avergonzada, se sonrojó. Pareció que iba a soltar una excusa, que se desvanecía; pero se sobrepuso, sin dudar.

—¿Tú lo has creído? —inquirió, desafiante.

—Verás... Contigo estoy acorralado. Siento la situación que yo mismo te haya creado. Esta casa se ha convertido para mí en una tortura. Te confieso que lo he creído. Perdóname, pero estoy celoso. Dime que no es verdad.

—¿De modo que era por eso?

—Blanca, amiga mía, si llegara a ocurrir, no sé lo que haría. Si te enamoras de otro, de un joven de tu edad, si decidieras casarte, sé que no volvería a verte más, y eso sería para mí terrible. Pero si hubiera sido verdad lo que dice este papel, entonces tampoco lo sé... No sé qué podría hacer... Asegúrame que no es cierto.

Pero Blanca no respondió. Se hallaba tan poseída de su sentimiento, tan acompañada por él, que por nada del mundo lo hubiera desmentido. Prefería callar, aun a costa de dejarle a él en la duda.

—Si me enamorara, tampoco lo diría a nadie —afirmó.

Cuando bajaron de nuevo a la planta, Carolina los contempló con mirada apagada y sumisa.

—Tienes mala cara —observó en él.

Blanca, en cambio, dueña de sí misma, actuaba como si la solapada denuncia de su más íntimo secreto no la afectara para nada.

Sin embargo, antes de salir de nuevo a la calle, después de comer; se encerró en su habitación y se tendió en su cama espeluznada. Continuó así, en reposo, largo rato, madurando la dificultad que el anónimo comenzaba a crear en su vida. Hasta entonces, todo no había sido más que un bello sueño sin dificultades. Ahora...

«Todo dependerá de cómo reaccione él —se dijo—. Sin duda el papel viene de su propia casa, quizá de su propia mujer. Ahora comprobaré si me ama de veras».

Salió a la calle y, desde un teléfono público, le llamó. Era urgente que se vieran.

Pero él no podía hasta segunda hora de la tarde. Cuando se encontraron en el pisito, el sol borbotaba en el ocaso, deslizándose sobre la superficie del mar un rastro cárdeno.

Por la expresión de Blanca coligió que algo anormal y grave estaba ocurriendo. Después de abrazarla, escuchó de golpe el vulgar pero lamentable episodio. Blanquita pudo recitarle de memoria el texto íntegro del anónimo. Él se echó a un lado y dio unos pasos, pasándole la palma de la mano por la nuca, preocupado.

—No puede ser más que Evelina. Lleva su sello, que es inconfundible. Ahora me explico el regreso improvisado de Caldetas.

—Y ¿qué haremos?

Desiderio sonrió, no sin cierta amargura.

—¿Qué quieres que hagamos? No hacer caso de eso. No le preocupaba la actitud del autor del anónimo, en este caso su suegra, pero sí la reacción del tío de Blanquita.

—¿Estás segura de que ha quedado convencido?

—De momento, sí. Pero le seguirá dando vueltas en la cabeza. Notó en Desiderio un resquemor, cierta dolorosa inquietud. —Pero, pase lo que pase, no te dejaré.

—Ni yo tampoco.

Era ya muy tarde cuando llegó a su casa que, como signo de que el veraneo había terminado bruscamente, estaba totalmente iluminada. Cruzó el jardín y le preguntó al criado qué ocurría.

—Es día de *cocktail*, señor.

Pronto empezaban. Viernes, día de *cocktail*, claro está... Como si nada ocurriera entre ellos; la vida de Crista seguía igual, fuera invierno o verano.

Se miró unos instantes en el espejo veneciano del *hall*. Se alisó el pelo, ya un poco gris en las sienes.

Subió por la escalinata. La Diana de la hornacina disparó contra él, por el aire, un invisible dardo. En lo alto de la escalera se detuvo un instante ante el «Cardenal», de Rafael. Le miró a los ojos, desafiándole con su misma astucia.

El bochorno era agobiante. Su frente perleaba de sudor, acrecentado por los *whiskies* que había tomado primero en el Colón y luego en el Pingüino, para evaporar la desazón que sentía. ¡La temeraria Evelina se le había enfrentado al fin! Una sorda irritación le hizo abominar de la vida que llevaba, de la existencia que le había creado su boda con Crista.

Aquella era su casa, adecuada a sus gustos, edificada según sus planes cuando se casó; dominaba la ciudad desde el paseo de la Bonanova. Todo estaba en orden en su habitación; su cama de nogal, sin falsedades, sin adornos. El pequeño escritorio, con

unos retratos, unos libros, unos papeles. Y la Venus del Espejo, de Velázquez, el rosado de la prieta carne en la armonía de la línea, que el grabado había trasladado del original con toda perfección.

Abrió el balcón y salió a la terraza. La ciudad se tendía como una explanada inacabable que solo él pudiera dominar desde aquel lugar, por encima y entre las copas de los tilos del parque. Una bocanada de aire fresco trajo el olor intenso y hasta el bullicio de una magnolia alta, a la derecha, como un borrón de sombras más intensas.

Lo que quedaba en el salón eran seguramente los residuos del *cocktail* inaugural del regreso, a juzgar por las escasas y un tanto amortiguadas y desvanecidas voces que hasta él llegaban. Eran voces femeninas y la apagada voz de aquel Vicente Burgada del *canotier*, alrededor de la cual se hacía de pronto un silencio admirativo y respetuoso.

¡Qué mundo absurdo y baldío! Todo, a todas horas, le recordaba que llevaba una vida incierta, sin tino y sin rumbo. Su existencia estaba hecha de derivados. Había algo en la historia de todos — o por lo menos en la de todos los que estaban en su derredor— que no funcionaba como debiera. Recordaba —lo estaba releendo ahora, y la impresión que le dejaba era más profunda que la primera vez, en su adolescencia— que en *Guerra y Paz*, de Tolstói, decía Pedro que el mundo iba a las guerras por aburrimiento; que muchas veces, en lugar de una terrible plaga, es la guerra una fortuita pero esperanzadora salvación, una deliberada huida del tedio colectivo. De su derredor solo se salvaban los que, en cierto modo, se disponían a guerrear. Cruzó por sus adentros la facha de Máximo un instante, con su flámula roja en la mano. O Nicolás Borredá, aguerrido y con empaque de lucha. Esas vidas eran más intensas y coherentes que la suya propia.

No bajaría al *cocktail*. Pulsó el timbre y, cuando llegó la doncella, pidió que le subiera unos emparedados y un *whisky*. Eso le bastaría para cenar.

Al rato, le pareció impropio, lamentable, estar allí, con un *whisky* en la mano, situado en la vida al azar, como la bolita de una ruleta. Pero ¿cómo iba a ser de otro modo? Tenía cerca de cuarenta años y nunca había podido emprender nada por su propia cuenta. Los lances que le llevaron a la boda le producían ahora inseguridad y pesadumbre. Era inútil que pretendiera enderezar su situación, aun intentando aproximarse a Crista, renunciando a Blanquita y rehaciendo ficticiamente su descalabrada situación.

Acabó de tomar su frugalísima cena y se tendió en la cama, después de quitarse camisa y camiseta, con el torso desnudo. Debió de adormecerse así. Escuchó las últimas voces de los invitados, ya en el portal, y después de ello los pasos de Crista, que subía a acostarse. Desiderio salió a la terraza y encendió un cigarrillo. En el cuarto contiguo, el de Crista, se encendió la luz.

Las nubes densas, apelonadas, cubrieron de pronto todo un tramo de cielo y un viento huracanado azotó, una y otra vez, intermitentemente, la copa de la alta

magnolia. El viento deslizó bruscamente sobre las baldosas un puñado de hojas negras. El estor de la alcoba de Crista, entreabierto, vaciló con un vaivén, se hinchó, abombándose, y quedó preso entre las hojas de la vidriera. El círculo de luz llegó hasta las lindes de la terraza.

Un rumor de frascos, de algo que vibra, el tintineo de un cristal despertó la atención de Desiderio, que había encendido un nuevo cigarrillo y fumaba lentamente. Entre los estores se distinguía la silueta de Crista, moviéndose en su alcoba. Acababa de despojarse de su vestido blanco y caminaba descalza sin hacer ruido; desde la oscuridad, Desiderio le vio levantarse con una inclinación suave la seda de la combinación y desabrochar la liga; la piel del muslo había quedado un instante al descubierto; luego se sentó en el borde de la cama y, con un tacto fino, arrolló su media hasta los pies.

Esa acción, que había venido a ser usual, casi inadvertida y mecánica a los ojos de Desiderio atrajo ahora, en la luz difusa de la alcoba de Crista que era como un hogar caliente, la curiosidad del hombre. Desiderio sintió un interés por aquella figura que, ajena a él, quedaba envuelta en su completo aislamiento, a merced de sus actos triviales más íntimos. Volvía a ser para él como si le atosigara por la noche, recién casados, la falta de esa compañía cuyo peso no podía notar antes de la ausencia. Crista se incorporó, tendió el brazo, largo y desnudo, y echó sus medias sin cuidado sobre una banqueta, a los pies de la cama.

Desiderio se apoyó en la baranda. Expelió un hondo respiro de humo de cigarrillo, con la cabeza hacia atrás, mirando al cielo enteramente cubierto. El calor era sofocante. Oía desde allí claramente transitar a su mujer por la alcoba y veía en la rotonda, a sus pies, la mesa despoblada, desordenada, que había servido para el *souper*. «Todo se va a mojar», pensó. Y escuchó que Crista entraba en el baño, manipulaba los grifos, en los *étagères*. Y en la oscuridad sentía afluir lentamente su sangre del corazón a la sien, por las venas sosegadas. Inclino su cabeza en el estor y volvió a fijarse en ella.

Frente al espejo, Crista cepillaba su pelo en un completo abandono. La negra melena caía en cascada sobre la espalda desnuda. Así, no podía dudar ya más; era singularmente hermosa. Y le aparecía en esa actitud como si no fuera ella, sino otra mujer. Nada tenía de común con ella y, sin embargo, era Crista en persona; la línea del torso, la nuca, la espalda, el brazo, que en su movimiento ocultaba y descubría el seno, eran a la vez de ella y de todas las mujeres que había conocido. Adelantaba su mano para coger una horquilla, un frasco, una peineta, ejercía un poder sobre los objetos frente al espejo, peinaba su pelo como cualquier otra. Seductora y solitaria, así debían de haberla imaginado muchos; y en cambio a él le era difícil sentir como los demás la fuerza que ella irradiaba, la atracción que los demás sentían, salvo en el recogimiento de ese instante, en que los demás no podrían admirarla nunca.

Ella hacía eso ahora ignorando lo que tenía de común con cualquier mujer que hubiera existido en la tierra, por más esfuerzos que hiciera durante el día, durante

todos los días de su vida, por no parecerse a ninguna. Había en ella ahora como una sumisión animal, como un destino trágico que la igualaba a las demás.

Crista se levantó, desapareció del hueco de la luz y volvió pronto a entrar en él anudándose el nudo de su camión. Su marido ya había olvidado el verla así, aniñada, sin los zapatos que la elevaban a su misma estatura, sin su arrogancia en la calle, en los salones. De pronto, la luz se redujo. Solo quedó encendida la lamparita de la mesilla; y Crista apareció junto a las vidrieras del balcón.

Desiderio no se movió; había sacado de su pitillera un nuevo cigarrillo y lo encendió en aquel momento. Notó que Crista, a punto de cerrar, se sorprendía ante la llamita y quedaba parada.

—¿Eres tú? —Habló escalofriada, sorprendida—. No vayas a coger frío —dijo, disponiéndose a cerrar.

Llevaba en sus manos un libro. Era el «diario» en que anotaba todas sus cosas, los acontecimientos de su vida, desde la niñez.

Y se cerró el balcón, en silencio.

Una ráfaga de viento, más impetuosa aún, vino a sacudir furiosamente la fronda de los magnolios. Estalló un relámpago fulminante, seguido de un trueno fragoroso. Aún vio la pequeña llama en la ladera de Montjuïc. Una racha de gruesas gotas, traídas por una nueva ventolera, salpicaron de pronto la frente y la mano de Desiderio. Retumbó un trueno sordo, diluido, más lejos...

Una desazón, una amargura extraña se apoderó del hombre. Había una desproporción, una distancia entre lo que él llevaba en sí y lo que ella podía procurarle. Como un salto en el vacío hasta llegar a ella. Cuantas veces había querido salvar esa distancia glacial, se hallaba con no más que un muñeco entre sus brazos. No le esquivaba a él en su calidad de hombre capaz de hablar, de acompañarla, de decidir y de dominar en todas las circunstancias de la vida; sino a esa parte de él en la cual debían de contenerse todas las demás y que brotaba sin velos de tarde en tarde. Era como si ella no hubiera llegado a comprender nunca la sinceridad de esos arrebatos.

Acabó de fumar su cigarrillo y se dirigió a su alcoba. Hacía meses que no había rozado el pomo de la vidriera que separaba su alcoba de la de su mujer. Ella estaría anotando su dietario. La imaginó un momento inclinada sobre la mesilla. Sin pensarlo, hizo girar el pomo y entró.

En efecto; ella estaba escribiendo; tardó en volverse y, luego, cerró el libro. No había en su rostro ni asombro, ni cansancio, más que cierta condescendencia. Esta expresión desarmó a Desiderio.

—¿No tienes sueño? —inquirió, con una irónica sonrisa. En ella percibió Desiderio toda la superioridad de que se hallaba poseída en aquel momento, segura de sí. Quedó inmóvil, sin fuerza para exteriorizar un ademán que le comprometiera, de forzar su lejanía. Siempre igual: en el momento decisivo quería desquitarse de alguna imprecisable humillación. Eso era lo que quedaba de los deseos indomables de

veinte años atrás.

Desiderio se acercó a la mesilla. Se inclinó sobre la espalda de su mujer, con un beso leve. Sintió que ella quedaba inmóvil, como si nada ocurriera.

En aquel instante un relámpago y un trueno fuerte, casi simultáneos, hicieron vibrar la luz. La casa entera se estremeció con el estampido. Se produjo el ruido de una intensa lluvia y el rebote de alguna puerta mal cerrada en algún lugar de la casa. La tromba azotaba en el exterior los muros, los cristales; en un minuto se derramó de pronto con ímpetu sobre la terraza. Crista se levantó.

—¿Qué es eso? —dijo, alarmada.

Desiderio no respondió.

—Ve a cerrar, por favor —insistía.

Desiderio fue hasta su alcoba. El agua entraba un trecho sobre las baldosas. Los estores penetraban, empujados por el aire. Se esforzó contra el viento y cerró de golpe. El ruido de la lluvia se convirtió entonces en un rumor potente y monótono sobre la terraza, en el jardín.

—Es mejor que descanses —dijo Crista, cuando le vio aparecer de nuevo en el quicio de la puerta.

Unas gotas de lluvia empapaban la frente y el pelo de Desiderio. Sentía el frescor de esa lluvia y volvía a ver a Crista tal como era, en su realidad, en el centro de aquella alcoba silenciosa y acolchada, cerrada en su fortaleza. Ella notó el cambio en él; su mirada volvía a retenerla en su conjunto, no en el detalle. Ni el beso ebrio podría ya brotar de aquellos labios que adoptaban de nuevo, bajo el fino bigote, su rictus natural, carnoso y dibujado.

—Buenas noches —dijo, y volvió a su habitación.

Durmió a trompicones, con la luz encendida. Miró al balcón. Las persianas estaban entreabiertas; descubrió en ellas la mancha lejana de un claro amanecer. Había perdido horas de sueño, pero parecía como si la tormenta se hubiera descargado en él mismo, porque sentía la flaccidez, la molicie de la sábana relajarle y hundirle en un sosiego blando. Sobre algunos charcos, en la terraza, se sentía gotear desde la fronda de los árboles. Ya había cesado de llover. Le pareció que amanecía un día claro, que las nubes debían de estar deshilachándose en algún lugar del cielo. Los cristales de la vidriera estaban empapados de agua y brillaban diluyendo en la estancia una luz gris. Pensó en Crista. De pronto la recordó en su actitud de solo unas horas antes y se preguntó extrañado: «¿Por qué vivimos juntos, por qué?».

Intentó volver a dormir; era aún muy temprano. «¿Por qué hemos de vivir juntos Crista y yo, si no hay nada común entre nosotros?». Esta idea le iba adormeciendo nuevamente, todavía en el paladar los resabios del *whisky* nocturno. Pero en aquel momento un silbido, una canción tarareada acabó de desvelarle. El sueño no lograba volver, no volvería ya esa mañana. No estaba fatigado, estaba simplemente

inconsciente, adormecido. Alguien silbaba alegremente en el jardín. Se incorporó y atisbó a través de las persianas. Era Antonio, el chófer de Crista. Sus pisadas sonaban en el jardín rotundas y rápidas. El tarareo de Antonio volvía a infiltrarse más fuerte bajo la terraza. Luego le oyó gargarizar en el grifo del lavadero y el chapoteo de manotazos de agua y chapuzones, debajo mismo de las alcobas. Antonio no se avenía bien, por lo visto, al lavabo que tenía instalado en su cuartito del jardín. Necesitaba más espacio; refrescarse al aire libre. Desiderio no le había visto nunca con semejante facha y tales actitudes higiénicas, y sintió hacia él algo indefinible, una envidia sincera y vehemente hacia el chófer. Miró el reloj y renunció plenamente a la idea de dormirse. Eran las siete menos cuarto. Pese al cierzo de la mañana, el chófer corría en camiseta por el jardín. Los tirantes le colgaban de los pantalones y calzaba unas alpargatas sin cinta a guisa de zapatillas. La tierra, los parterres, los caminos estaban empapados de agua. No se podía caminar sin calarse hasta el tobillo. Sin embargo, Antonio no renunciaba a sus ejercicios matinales. «He aquí un hombre que está en su lugar, y no yo», recapacitó Desiderio. Al fondo de un sendero, el chófer se detuvo, aspiró y expelió aire puro haciendo que su pecho se abombara como el de los acróbatas del circo, y luego se dio en él unos golpes rotundos con el puño, para medir su capacidad, satisfecho de sí. Y otra vez el tarareo y el silbido, la canción de moda.

Esos eran los fuertes, los que dominaban con su sola actitud, pensó. Sintió un impulso inmediato de charlar con él. Era necesario saber cosas, enterarse de cómo podía hacerlo para ser así. Era ciertamente asombroso que de todas las personas que poblaban el mundo, la única a quien le apeteciera pedir consejo en ese instante fuera a su chófer. Le hubiera preguntado de buena gana: «¿Me quiere usted explicar por qué estoy viviendo como vivo?».

Entró en el baño y se dio una ducha templada. Se dio cuenta de que tenía apetito. Era preciso acabar de aplacar en seguida los estragos del *whisky*. Ya era mucho una noche de insomnio. Y además, era necesario ir a la fábrica. Se puso la bata y salió de su alcoba, hacia los bajos. Abrió la puerta del jardín.

—Buenos días, Antonio.

El chófer se volvió, sorprendido, asombrado.

—Buenos días, señor. Perdón —explicó, excusándose de su atuendo—, estaba haciendo un poco de ejercicio.

—Eso es bueno, no te preocupes. Con la tormenta no he podido pegar un ojo —se excusó a su vez—. Oye, ¿sabes hacer un par de huevos fritos?

—Creo que sí, señor —contestó, radiante—. Eso es fácil.

Y sin más explicaciones dio un rodeo al jardín y entró en la cocina. Al poco —Desiderio fue en pos de él— tenía la sartén en el fuego y echó los huevos en el aceite hirviente.

Mientras, Desiderio salió a dar unos pasos por el jardín. El grueso tronco de la encina chorreaba aún. Desiderio aspiró el olor que trascendía de aquel madero vivo. En el cielo se iban ensanchando grandes plafones de azul. Sobre los rosales colgaba,

aplastado contra el muro, un nido de gorriones, una mucosidad de yema mezclada al barro. Una pequeña cucaracha superviviente ascendía, remolona, con dificultad, la cresta de un terrón negro y redondo. Un día más.

VII

ERA EL REBOLLO quien había comprado las armas y las había traído desde Andorra un par de meses atrás y quien había facilitado los artefactos a los anarquistas que causaron daños en la estación del Norte y víctimas en el edificio de la Sociedad General de Aguas. El soplo había sido dado a la policía por Mullor, su cuñado, que ahora se paseaba por Barcelona ignorando que de la confidencia ya tenía noticia cabal el Comité.

Alrededor de la mesa de la secretaría del Ateneo Libertario del distrito V, llena de ceniza y de manchas de vino con gaseosa, quedaba aquel sábado una concurrencia nutrida: más de la mitad de «los cangrejos» y algunos elementos de «los faros», casi todos del Sindicato de la Metalurgia, el más duro de todos. Cada cual se expresaba según su modo de ver los asuntos. También estaban entre ellos la Hortensia, Feliciano, Ortiz y el Rubio.

Eran ya las dos de la madrugada. Hortensia, la guardiana de los lavabos de las Ramblas, acababa de cerrar los mingitorios de la plaza del Teatro. La mujer, solapada activista del anarquismo, traía pormenores del Mullan:

—Todavía anda por ahí. Los maños le buscan, pero como no nos demos nosotros brillo, el h. de p. se esfumará. —A lo mejor ya lo ha hecho. Se volverá a Valencia, donde tenía una quídam con taberna y todo.

Allí se siente seguro.

—Ni allí ni aquí. En tiempos, sería otra cosa.

—Había sido bueno, en tiempos. Pero desde lo de Munera ya no ha sido más que una mierda de hombre.

—¿Qué le pasó con él?

—Fue el año pasado. No le sonsacó más que una vez, pero fue de campeonato. Lo sacaron amoratado, escupiendo sangre.

—Ese tipo no da más que un golpe, pero te casca. Es un cerdo frío que no pierde el tiempo. Pone la pierna delante y empuja contra el canto de la mesa. A Feliu le arrancó la mitad de la boca.

—En Madrid iba el ebanista cada dos meses a reparar la mesa. Por cierto que el ebanista era Montes, ¿os acordáis? Lo paró el Muela en la Corredera Baja porque a base de retocar mesa acababa soplándolo todo.

—Hay que darle al Mullor su merecido —clamó broncamente la Hortensia—. Aunque tú, Feliciano, por lo de su parienta le quieras encubrir.

—Pécora, ¿yo encubrirle?

—A la Felisa y al Rebollo y a todos debierais eliminar. Donde hay gusanos... —sentenció.

—El Rebollo y la Felisa nada tienen que ver con eso. Y ella menos, que está

mala. Además, ya el año pasado a poco nos liarnos a una matanza inútil por tu culpa. Di, ¿cómo sabes lo del Mullor?

La mujeruca le desafió con los ojos grises, aterradores.

—Yo no miento.

—¿Lo sabes por Andrade, ese marica?

—Lo sé... porque lo sé. Y basta.

Los reunidos guardaron silencio, bajo la escasa luz de la bombilla de secretaría, apiñados, convulsos. El humo de los cigarrillos y un olor acre, violento, nublaban el ambiente.

¡Maldito Mullor! ¡Criminal, cobarde, traidor! ¡Treinta años de acción revolucionaria para acabar cediendo estúpidamente ante un par de golpes!

Feliciano dirigía inconscientemente su mirada hacia Ortiz, el calvo, pero no le veía. Buscaba su compañía de viejo sindicalista, la buscaba intuitivamente, porque la defección de Mullor afectaba a los dos por una razón de edad. Ellos eran los viejos, los que tenían con Mullor y con Rebollo un largo historial común de golpes y de riesgos; tantos que ya no cabían en su memoria; y estaban ante Puig, Solsona, el Mario, Chevalier, el Rubio, Roquete y Millás, que no pasaban, ninguno de ellos, de los treinta años. Sintió como una especie de rebeldía y de indignación por el hecho de no poder explicar entonces allí, de un trazo, quién era Rebollo, los puñetazos en el riñón, las extorsiones en las muñecas, la humedad de los cuartelillos, ¡treinta años de lucha silenciosa! Las huidas y los tiros en las esquinas, el panorama entero de la lucha sindical; y finalmente, la ceguera de las cataratas, el dolor en los huesos, la injuria del tiempo actuando sobre una fortaleza antigua; y la falta de memoria, la debilidad de un instante.

—Lo mismo que lo del Máximo —insistió Hortensia, dirigiéndose esta vez a Feliciano—. Echa la pistola entre los fardos de la fábrica. La encuentran, y lo primero que hacen es llamar a la policía. Esa pistola vino con la partida de las que trajo Rebollo. Con lo que el golpe de la calle de Salmerón ya empieza a tener una pista.

—Yo no tengo la culpa de eso —objetó Feliciano—. El chico se portó bien, hasta que tuvo ese momento.

—¿Quién tiene la culpa, pues? —aventuró Solsona, bruscamente, desafiando a Feliciano con una mirada dura—. ¿No serás tú, que lo escogiste para eso?

Ortiz estaba en silencio. Rascaba en su calva, dolorida por los eccemas, como si también a él le afectara personalmente la defección.

—¿Dónde está Máximo? —inquirió.

—No lo sé —explicó Hortensia—. He mandado recado a la Cucharas.

—Yo sí lo sé. Lo tengo con «los pringados», con esos —y señaló al Roquete—, en San Andrés.

—Y ¿quién es Máximo? Un tío que suelta la pistola por donde pasa. Ese cantará de lo lindo.

—No, ese no hablará —aseguró Feliciano—. Si le atrapan, no hablaría.

—Si lo hace, está perdido —aventuró el Rubio, como una amenaza, pero también pensando en el cajero tendido sobre la mesa de la sucursal bancaria—. Hay sangre de por medio.

—Aquel pobre sátrapa de la caja está mejor. No habrá habido asesinato.

—Pero le reconocería, en cuanto le den la próxima ración de acelgas en el hospital —apuntó Chevalier, un manchego que tenía el labio salido como el del cantante, pero nada más—. Hay que «asegurar» a Máximo.

—Del Mullor ya se cuidarán «los maños». Y si no, nosotros —estalló congestionado quien hasta entonces se había mantenido silencioso; era Roquete, extremeño, malcarado, hosco, con un pelaje negro que le ocupaba la mitad de la frente y unos ojos rasgados como los de un japonés, ojos que jamás reían—. ¿Qué os parece? —y observó a los demás, excepto a Feliciano y Ortiz.

—Hay que quemar la mala hierba —barbulló la Hortensia, frotándose los muslos con fuerza y liando luego un cigarrillo de un paquete de picadura que estaba sobre la mesa; mojó con la lengua la mitad del papel y colgó el grueso engendro en su labio. Mientras lo encendía con una cerilla, no dejaba de hablar—: Terminar con los castrados, con los perros traidores y los chivatos, es lo que hay que hacer...

—Eso no hay que tratarlo hoy aquí, sino en el Comité Regional, en la «Específica». No eres tú, pécora, quien sabe lo que valga la vida de un sindicalista — saltó Feliciano.

La mujer no se movió; hablaba y expelía, al tiempo, palabras de humo blanco, a borbotones, que flotaban un instante en la cargada atmósfera.

—Ni yo, ni tú, ni nadie, sino la sociedad libertaria, de los trabajadores con huevos. Mirad al Roquete y al Maño —y señaló con un signo de cabeza a los dos anarquistas, que juntos el uno con el otro no habían abierto la boca todavía—; ocho golpes en tres meses: tres bombas, más de setenta mil duros para nuestros camaradas. Y aquí están. No se ha perdido ni una pistola, ni un real. Ni un trato con los chinches de Jefatura. Así hay que ser...

—Vámonos ya —dijo Feliciano, levantándose—. Será mejor que no nos liemos a hablar — amenazó—. Todavía nos esperan cosas muy duras, y no quisiera echarlas a perder.

Pero nadie se levantó, sino él. Aguardó un instante a que lo hiciera Ortiz, pero permaneció sentado. Era sábado; quizás aquella noche no tuviera ganas de descansar.

El brillo del sol y el azul del cielo, de una limpidez aturdidora, acusaban en la jornada dominical todos los desgastes, las ruinas, los desconches y la lacra del barrio de La Torrassa, donde se hacinaban y apiñaban con un mal vivir las familias de los trabajadores llegados en aluvi3n durante los últimos años desde las tierras secas del interior, desde los páramos murcianos o la lejana Extremadura. Había un ceceo andaluz flotando por las calles, en las tabernas, sobre el polvo. Las calles eran

desiguales, unas en pendiente, otras siguiendo la línea de los desmontes, por donde se olisqueaban perros decrepitos y correteaban los niños, los más pequeños con las panzas desnudas, sobre los charcos y entre latas olvidadas. Las casas de adobe estaban hechas de los materiales más diversos, con maderos aprovechados y parches de latón en las paredes y ventanas. Todos los rostros eran negros como la tierra, morenos de sol; y las pieles ajadas, arrugadas, hostigadas y endurecidas por la intemperie, por el éxodo, por el hambre.

Esa Humanidad surgía de las chabolas y de los tugurios en las mañanas soleadas —en esta mañana soleada— con una afición de animal enfermo. Aquel ocio inesperado, radiante, significaría un desquite y un olvido. Las mujeres, con las largas guedejas negras o grises sobre los hombros, cubiertos por un pedazo de manta, se dejaban peinar lentamente por sus hijas o por sus nietas; entornaban los ojos, pequeños y negros, con sumisión, apurando el placer del peine hiriente sobre la tortura de los parásitos. Los hombres se afeitaban, el torso desnudo, ante un pedazo de espejo colgado de un clavo junto a la entrada de la casucha. El costillar se marcaba bajo la piel blancuzca, mucho más blanca que la del rostro. Los niños se embarraban en el polvo, con las caras sucias de tierra y los mocos ya petrificados en las narices. Entre ellos, alguna cabra harapienta, algunos pollos que buscaban frenéticamente, picando entre los despojos, trozos de saco, cordeles, tiestos rotos, residuos y detritos de una cosa que antes hubiera existido, y mujeres que se doblaban contra el suelo con un bastón en busca de los subdespojos de la carbonilla, de los retales que hubieran quedado por hurtar.

Feliciano trasegaba inútilmente por el barrio en busca de unos rastros. Culminó el desmonte y descendió de nuevo, para acercarse por fin a la embocadura de la calle donde vivía Rebollo. Era curioso que no pudiera orientarse en aquellos lugares más que de noche. Él vivía en otra parte de la ciudad, en pleno distrito V, embocadura del «Barrio Chino». La suya era una vivienda modesta, pero sólida y amparada por el cinturón y la estructura del urbanismo. Pensaba en Rebollo, hundido por la desgracia familiar, por la falta de salud de su compañera, pensaba en la incertidumbre del jornal, cuando además se es sindicalista. Y se fue derechamente hacia la casucha en la que semanas atrás estuvieron planeando el atraco del Banco.

Los chavales se le metieron entre las piernas, antes de darle paso y franquicia a la sórdida puerta, en la que había que agacharse un poco para poder entrar. Les preguntó si era aquella la casa del Rebollo, pero ellos, un florón de mocosos de ocho años, le miraron con recelo. Al fin, uno algo mayor, que acertó a no desconfiar de su manera de hablar, de su inconfundible facha de trabajador, le dio su asentimiento. Aquella era la casa del Rebollo; pero él no estaba.

Feliciano golpeó con los nudillos varias veces en la puerta y después la empujó.

—Felisa, ¿estás ahí?

El cuarto parecía distinto al de la noche de la reunión. Vio el fogoncillo apagado en un rincón, el ancho catre aderezado, como si nadie hubiera dormido en él, cubierto

por una colcha floreada y muy usada. En las paredes había clavados unos retratos; la Virgen de Lucena, una litografía de Lenin arengando a las masas, un retrato de Pestaña recortado de un diario. Y una pareja de viejos, los padres de Felisa, gente del Sur.

Felisa estaba sentada en una silla, como atemorizada o dormida. Pero brillaron sus ojos en la penumbra cuando reconoció al hombre que entraba. Entonces Feliciano entendió claramente el silbante respiro de la enferma y el brillo de sus pómulos, que eran salientes y como de cera manchada.

—Ya sé a qué vienes. No quiero nada —dijo, con una voz exigente, pero que apenas se entendía; parecía algo más que una tos.

—Vente a casa. Pabla te espera, te hará un hueco. No puedes seguir así.

—No quiero moverme.

—Hay que ser consecuentes. El Rebollo está bien cuidado, en el campo. Tú no puedes seguirlo esta vez. Bien lo sabes.

—No me quiero mover. Lo que sea, será.

Hasta estas leves palabras le fatigaban. Bajo el negro corpiño se notaba la palpitación, el jadeo del pecho. Feliciano comprendió al pronto la actitud de Felisa.

—Si alguien te ha dicho algo en contra del Rebollo, te ha mentado.

Vio el fulgor de los ojos de nuevo y una mácula de dolor en los párpados. Felisa quiso incorporarse. Pero él se acercó.

—No te muevas, Felisa. Estate tranquila.

—Vino aquí la Cucharas, esta noche, irritada porque no vuelve el Máximo. Yo no sé dónde está. Pero me dijo que Mullor, mi hermano, fue quien cantó. El Rebollo no tiene nada que ver con eso.

—Ya lo sé, Felisa. Y por eso debes estar tranquila.

—La Cucharas es una chillona y una descarada. Ha soliviantado al barrio entero.

Feliciano la tranquilizó. Puso su mano, velluda y dura, sobre el hombro de la mujer.

—Luego viene la Pabla y te lleva. ¿Necesitas algo?

Ella negó con la cabeza. Estuvieron un rato en silencio. Ella pareció que se adormilaba de nuevo. En realidad, rumiaba resignadamente su dolor.

—Debo hacer varias cosas. ¿Dónde vive la Cucharas?

—A tres casas de ahí, por la pendiente. ¿Te vas?

—Sí. La Pabla vendrá por ti en cuanto yo la vea. Abur, Felisa, y no te apures —dijo, despidiéndose.

Abrió la puerta y salió de nuevo. El sol brillante le hirió en los ojos, contrastado con la oscuridad. Ojeó y dio con el declive. Las barracas se sucedían en peldaños, hacia el fondo del torrente.

—Chaval, ¿dónde vive la Cucharas?

—En esa de ahí, la tercera —gritó el chico, y volvió a aporrear a un perro con una larga caña.

Llamó y, como nadie contestara, entró. Pero no vio a nadie.

—¡Eh! ¡Que la Cucharas no está! ¡Que se ha ido al Centro! —gritó entonces el chaval, sin dejar de jugar.

El Centro Libertario. Era preciso volver a subir para alcanzar de nuevo la calle principal y avanzar por ella un trecho hasta seguir la línea del tranvía; después, doblar a la derecha; a pocos pasos estaría el Centro, donde en más de una ocasión se había reunido con los grupos de La Torrassa.

Así lo hizo. El aspecto del arrabal cambiaba un poco. En lugar de las barracas de adobe, casas de bloque gris y un par de garitos en los que se escuchaba la voz gangosa de unos discos con tango argentino. Frente al portal, una pareja de la Guardia Civil paseaba pacíficamente con el fusil al hombro.

—¿Pasa algo? —preguntó Feliciano en voz baja, al llegar frente al portal, a uno de los hombres que estaban tomando el sol sentados en los peldaños que llevaban al interior e indicando con la cabeza a la pareja de guardias. Era normal que estos no estuvieran allí, sino deambulando por la barriada.

—Nada... Una conferencia de ese profesor... ese de las melenas. El de ir en pelota.

Feliciano no comprendió del todo, al momento, lo que el hombre pretendía indicar. Entró en el Centro.

El pequeño vestíbulo terminaba en una sala rectangular, al final de la cual, de espaldas a los ventanucos y a una pantalla de proyección, un ser de alborotada melena gris, de la que salían las asas de sus gafas de concha, estaba leyendo en unas cuartillas con voz apagada, que pronto se convirtió en anatema y en grito. La sala estaba llena hasta la mitad. Hombres y mujeres seguían la disertación sin ahorrar los comentarios en voz alta. Al orador le agradaba ser interrumpido; a tal punto que en los pasajes de más relieve levantaba la vista del mazo de cuartillas y se quedaba enfrentado unos instantes con la concurrencia.

—¿Está claro este punto? Hable, inquiera usted, compañero, sin falsos rubores ni prejuicios. Exprese su pensamiento.

Lo normal era que nadie se atreviera a oponer objeciones o a formular preguntas.

—Diga usted, compañero; en voz más alta, el de la boina. No es necesario que se levante. Ahí mismo.

El interpelado precisaba unas aclaraciones sobre lo que el profesor acababa de exponer, y este se las daba:

—La sauna no es el método higiénico, naturalista y libre del desnudismo integral, sino un pasatiempo biológico burgués contrario a la naturaleza. El naturismo consiste en hacer valer las condiciones naturales del hombre natural en la libertad natural de la naturaleza.

—¡Bravo! —prorrumpieron a risotadas algunos mozalbetes—. Ponte en pelota, maestro —sugerían, desgañitándose.

Era legendaria la paciencia y el autodomínio del profesor Floreal Campos en

semejantes circunstancias. Llevaba años intentando derramar sobre aquellas mentes primarias la luz de la filosofía naturista junto a los enfoques de la nueva era, basados en la supremacía natural y biológica del hombre sin las ataduras del vestido. No había conseguido más que obtener la adhesión de un pequeño grupo de aguerridas milicias, un par de docenas de nudistas y de vegetarianos que, faltos de medios, habían de saltar de campamento en campamento todos los domingos, alternando las zonas, para que la policía no diera con ellos por injurias públicas a la moral. La clandestinidad con que había de desenvolverse para la práctica de su nuevo concepto de la vida era la mayor de las calamidades que afectaban a aquel apóstol laico. Editaba una revista en cuya portada había siempre un grupo de nereidas a pelo —generalmente alemanas— solazándose en poses bucólicas junto a las aguas de un manantial.

En aquel momento el profesor Campos era todo lo contrario de su doctrina. Pronunciaba su conferencia con el cuello envuelto en una bufanda negra de algodón, que le daba un aspecto siniestro. Sus ojos brillaban tras las gafas con un fulgor de intelectual nocturno y poco dado a las intemperies. Una leve tos le carraspeaba en la garganta, contraída en uno de sus precipitados éxodos a través de los riscos y torrentes de Garraf, con la ropa en la mano y seguido de sus fieles y de los carabineros. Pero no le importaba.

—Pasemos al amor libre —continuó, sin hacer caso de los vociferantes—. En la antigua Grecia Filimón, hijo de una egregia liberta llamada Ifixa, conocida también por Prócula, cohabitó con su hermana gemela Anactetes y tuvieron un hijo varón...

—¡Anda, la p...! —clamó uno en el grupo de los muchachos y se armó la tremolina.

—¡Que salga el retrato de la interfecta! —reclamó un madrileño, ojos bizcos, gorra ladeada, que iba masticando cacahuetes, con cuyas cáscaras había hecho una crujiente alfombra.

—No el retrato en sí mismo, pero sí el templo a la diosa de la fecundidad, la fabulosa Deméter, símbolo de los misterios que con el retorno a la vida de Perséfone son origen de la germinación de las semillas.

Apareció en la pantalla, licuada por la luz diurna que entraba por los ventanucos, la fachada de un templo en la que apenas se distinguían la línea y el perfil.

—Este es el templo levantado en honor de la diosa...

Un clamor le impidió continuar.

—A ver, usted, delicada señora, usted que escucha tan atentamente, ¿quiere usted consultar algo?

—Hale, Cucharas, habla tú...

Se incorporó de su asiento la Cucharas. Regordeta, baja, vivaz, miró a todos con aire de chacota antes de inquirir:

—¿Eso del amor libre significa que los machos anden sueltos? —soltó, volviéndose a la concurrencia.

Un eco de carcajadas subrayó la intervención de la Cucharas. Parecía que quisiera

continuar con la broma, pero una oleada de nuevas risas, ya incontenibles, se lo impedía. Al fin se sentó. El profesor, desde su cátedra, puntualizaba:

—Es la atracción natural y consumada por la cópula de los sexos complementarios, sin restricciones sociales o religiosas que impidan la efusión humana en su instante de máximo esplendor.

—Déjate de toñas. Es j. a destajo, ¿sí o no? —interpeló el madrileño.

Nuevas risas, jocundas, poderosas, incontenibles.

—Aquel silencioso caballero de la última fila, ¿quiere preguntar algo?

Era un hombre alto y delgado, sobrio, con un traje negro y la camisa abrochada en la nuez, sin corbata. Se cubría la cabeza con un fieltro del que le había desaparecido la cinta. Y preguntaba con buena fe:

—Lo que ha dicho antes del naturismo, ¿lo podemos tolerar los que tenemos diabetes?

Risas estruendosas en la sala.

—Los vegetarianos no desdeñan los potajes, pero su función gástrica, y en consecuencia su formación biológica, no es integral. Yo no soy vegetariano sino naturista, de la escuela del inmortal Harman, francés. Papillas de cebada o cualquier producto cereal es lo justo. Naturista, nudista libertario: ese es el hombre ideal, esa será la Humanidad del futuro.

—Maestro, y lo del amor libre cuéntenoslo más claro... —insistían los chicos.

El profesor Floreal Campos sacó un grueso reloj de su bolsillo y contempló la hora, desmintiendo así el rumor que circulaba entre los malintencionados periodistas burgueses de que llevaba en el bolsillo un reloj de sol.

—Señores, son las doce, la hora de gozar de los esplendores y de los tónicos de la naturaleza maternal, de la que somos fruto y esencia. Si alguien quiere añadirse al escogido grupo de naturistasnudistas libertarios, puede apuntarse en secretaría o enviar su adhesión a la dirección del prospecto —y bajando de la tarima empezó a repartir hojas entre los concurrentes.

Feliciano se mezcló entre ellos, hasta alcanzar a la Cucharas.

—Mujer, vente para fuera. He de hablar contigo.

—Anda, quién está ahí... —dijo, mirándole—. Vamos para allá —y salió, sorteando sillas.

Se la llevó a un rincón del exiguo vestíbulo.

—¿Dónde anda el Máximo?

—Está protegido. No te preocupes.

—¿Y a mí qué me cuentas? Entre tú y el Rebollo me lo habéis maniatado, me lo habéis hundido. Y el pobre, por ahí, solo como un gitano. ¡Ay de mí! ¡Qué va a ser de mí sin él! —se disponía a chillar ya, enrojecida, con los ojos en los que asomaban las lágrimas.

—Tú no te apures. A él no le ha de pasar nada. Siempre que sepa lo que tiene que hacer...

—¡Lo que tiene que hacer! ¡Bien lo sabía! Con su cuchillo en la chaqueta ya bastaba... ¡Las pistolas!

—Te digo que nada le ha de pasar. ¿Te falta algo?

—¡Qué quieres!... —asintió—. Unas pesetillas.

—Toma. Eso me ha dado para ti.

Feliciano le dio un par de duros de plata, que ella tomó sin chistar.

—Y a la Felisa déjala tranquila. Ya sabes... Por la boca, ni estornudar.

—De acuerdo, Feliciano. Así lo haremos.

Feliciano estaba indeciso, roído por una inquietud y una incertidumbre interior que nunca había sentido. Dos años atrás hubiera tenido alguien con quien confiarse. Pero desde la escisión de Pestaña, que fundara por su cuenta, con Peyró, el Partido Sindicalista Libertario, se encontraba solo; o tal vez no fueran más que dos: Ortiz y él, ambos viejos luchadores, de la carnada de Pestaña y de Peyró, los ausentes...

Y lo cierto es que los motivos que impulsaron a aquel compañero y jefe indiscutido a redactar dos años antes el Manifiesto de los treintistas —puesto que eran treinta— le estaban ahora dando la razón. El sindicalismo español, destinado a ser exclusivamente de los trabajadores y para los trabajadores, se hallaba sometido cada vez más, de día en día, a la acción de los pura y simplemente anarquistas; la FAI se había adueñado íntegramente de las viejas ideologías. Él hubiera debido firmar con los «treinta» de Pestaña aquel Manifiesto a la opinión pública, y debiera haber sido entonces expulsado como ellos de la Organización. Ahora, por no haberlo hecho, se hallaba solo, en medio de un guirigay de pasiones sin rumbo, en un punto de la acción social en que ya no era posible distinguir la pura delincuencia egoísta de la lucha revolucionaria. Solo Fermín Ortiz podía comprenderle. Fermín Ortiz era como él: había ido a Rusia con Pestaña en 1923 y era testigo del largo proceso del sindicalismo y de las aristas que ya desde el principio le habían separado del comunismo. Asistió a la entrevista que tuvieron Ángel Pestaña y Lenin en aquella ocasión y sabía que no habría acuerdo posible entre las dos grandes facciones. Así había resultado en Rusia mismo, donde Kropotkin y Víctor Sergi, cabezas del sindicalismo, habían sido eliminados. Solía decir: «Todo lo acepto por el libre albedrío, pero jamás podré admitir que todo se haga en Rusia solo para rectificar las deficiencias y errores del pasado».

Fermín Ortiz estaba en la tarde de aquel mismo día en «El Siglo XX», café cercano a la calle de la Cruz, donde tenía su sede el Sindicato de la Metalurgia.

Estaba solo, escribiendo uno de sus artículos para «la *Soli*». Entró Feliciano y se puso a su lado.

—Tómame un carajillo. Ahora termino.

Feliciano bebió en el vasito empujando con el índice la cuchara hacia atrás y saboreando. Sacó luego la petaca y lio un cigarrillo, al tiempo que Fermín ya firmaba

y doblaba las cuartillas.

—¿Está ya la Felisa en tu casa?

—Sí, la Pabla y las chicas la han llevado esta tarde.

—Sé a lo que vienes —arremedó, observándole—. Hace veinte años no dudábamos nunca. Ahora llevas dos años en que no haces más que recelar. También yo voy dudando, no creas... ¿Tuvo razón Pestaña, no la tuvo? Bien —meditaba, mientras se tocaba y apretaba las lacras de la nuca—, pero lo que yo me digo es que lo único que no puede hacer un sindicalista, aunque se haga viejo, es dudar.

—Yo no dudo. Pero el movimiento se escapa; se convertirá en una turba, y olvidaremos nuestra misión.

—Te afecta lo de anoche. Los jóvenes no tienen por qué respetarnos ni por qué pensar. En cuanto a la Hortensia, ya se sabe. En el fondo es una «china». Pero es útil y hay que aprovecharla.

—Yo no puedo actuar sin motivación. Me he liado a tiros cuando ha hecho falta, he puesto bombas; fuimos tú, yo y el Rebollo quienes fuimos siempre unidos, antes del asalto al Banco Alemán, ¿te acuerdas, no?; empezamos juntos en la Casa de Campo y de cazadores furtivos pasamos a la acción social con una lógica. Créeme, Ortiz, se nos escapa todo: los ideales, la oportunidad y hasta la razón. Las cosas no las hace más que una minoría, y esa minoría no está ya aquí; esa minoría es la de Ángel.

Fermín le estuvo observando, sin hablar.

—No es hora de dividir, sino de agrupar. Te duele lo del Rebollo y te lo comparto. A esos jóvenes todavía la vida no les ha dado su lección. Pero de eso a fomentar la disidencia sabes que va mucho. Nadie le negaba a Ángel la supremacía, le respetábamos todos. Pero lo importante ahora es el movimiento, puro o impuro. Cuando se ponga en marcha, ya veremos.

—Yo dudo de que así se pueda poner en marcha, ya veremos.

—Deja que ese Gobierno se descuide, que se descuidará, como todos.

—Dejarán caer al Rebollo, le aniquilarán con un marchamo de traidor. Y eso yo no lo trago.

—Ya sabrás tú lo que es ponerse en contra.

—Ángel y Peyró se defienden, ¿no? Las bravatas del Congreso de Trabajadores se han acabado ahora, una vez fuera. Y es que en el fondo todos respetan las actitudes consecuentes.

—Éramos menos e íbamos más a la una, porque no pensábamos en nosotros, sino en nuestros compañeros. Y pensábamos en los burgueses y en cambiar el orden, en aniquilarlo. Se trata de seguir pensando igual. Entonces no te estorbará la Hortensia, ni lo que diga el Roquete, ni la autoridad del Millás. Queda todavía mucho trago para todos.

Poco rato más estuvo Feliciano junto a Ortiz. Caló su boina de nuevo, se levantó de la silla y se despidió.

—Abur, Ortiz. Nos veremos.

Había ya anochecido. Las calles húmedas, silenciosas, solitarias de la izquierda de las Ramblas daban la medida de la acidez del domingo, de su incongruencia. Hasta las mentes se paran en el día de fiesta, hasta los nervios del hombre encogen su ardor. De los balcones colgaba la colada bamboleante y en las esquinas mugrientas y grises lucía mortecina la luz de un farol. Lentamente, con fatiga, se encaminaba a su casa. Aún estuvo tentado un momento de subir al Ateneo Libertario del distrito V, pero ¿para qué? ¿Para enfrentarse de nuevo con Millás o para devanar nuevamente la triste madeja? Cruzó a la otra acera y se fue a su casa.

Empujó la puerta. En el exiguo comedor Pabla y las dos hijas habían dispuesto ya la mesa.

—¿Eres tú?

La voz de Pabla surgía desde la cocina. Dos muchachas iguales salieron de ella: Luz y Patricia. Eran morenas, tristes y esmirriadas; pero tenían en los ojos como un resplandor cuando miraban.

—¡Hola, padre! —y una de ellas le recogió la boina y la bufanda. Sin decir nada se encaminó a su cuarto.

—La Felisa duerme. Luego la pasaremos aquí en el camastro —oyó que decía la otra de sus chicas.

Se encerró en el cuarto. Palpó la bombilla, que enroscó para que diera luz, puesto que el conmutador estaba estropeado. El papel floreado y descolorido del cuarto descubría las grietas como ríos de sombra; a sus pasos vibraba el vidrio de las dos ventanas. Se acercó a ellas, las abrió y bajó la persiana de cordel. Luego abrió uno de los cajones de la gruesa cómoda, frente a la cama de hierro.

Abrió el cajón, metió la mano en lo más hondo, bajo pequeñas pilas de ropa que Pabla guardaba empaquetada en papel. Un objeto duro y frío acarició la dura piel de su mano. Tiró de él lentamente. Fue saliendo de allí el fusil guardado, un viejo máuser atrapado al vuelo en una huelga y escondido desde hacía más de diez años. «Nos hacemos viejos», pensó, acariciándolo.

Con él en mano fue a sentarse al borde de la cama. Lo mantuvo en sus rodillas. Luego lo manoseó. Lo dobló, hasta que caja y cañón quedaron desplazados, como si fuera a cargarlo. Sopló sobre la embocadura, limpiándolo rutinariamente de cualquier impureza. Volvió a cerrarlo, con un golpe malhumorado, de un manotazo. En aquel instante escuchó un ruido en la puerta. Pabla, su mujer, entraba cerrando tras sí.

Era una mujer fuerte, de mediana estatura, vestida de negro, bien peinada con un moño en la nuca, el pelo gris.

—Felisa duerme ya —le dijo—. Y a ti te convendrá hacerlo en seguida.

Hubo un breve silencio. Dijo de pronto Feliciano:

—Es Mullor, su hermano, quien ha delatado al Rebollo. Y a mí me quieren mezclar en eso...

—¿Su hermano?

Pabla irguió la cabeza, sin sobresalto, pero con soberbia.

—¡No te pueden mezclar en eso!

Le puso una mano sobre el hombro.

Feliciano dobló la cabeza y la miró. Esperaba que hablara, que dijera algo más. Era ella siempre quien llevaba razón, quien aclaraba sus ideas.

—Cuando las cosas vayan de veras y en serio, tú llevarás la razón.

¡La razón!... ¿De qué servía?

—No veo para cuándo voy a utilizar eso —y balanceaba el fusil.

—Para cuando se necesite.

Él se incorporó. Ella le miró con sus ojos grises. Fijamente.

—Vamos a la cena —y dejó de nuevo el fusil en su lugar. Cerró el cajón de la cómoda.

Comieron en silencio. Alguna de las chicas, de vez en cuando, hacía alguna observación, que se diluía en el aire, sin que Feliciano alcanzara aquella voz que llegaba lejanamente. «Queda todavía mucho trago para todos», era la voz de Ortiz en el café, que volvía a su ánimo.

Se acostó. Escuchó rumores en la cocina, en el comedor, donde las chicas colocaban el camastro. Luego se hundió en el sueño; a mitad del sueño, sintió el desnivel que hacía en la cama el cuerpo de Pabla al acostarse. Volvió a dormir. Se despertó con la sensación de haber dormido mucho. Sintió en sus pies el tacto de los pies de ella. Se incorporó y fue a la cocina a calentar su desayuno. Aún no clareaba en los resquicios de la persiana. Se arregló y vistió, cogió su fiambarrera y salió a la calle. Ya amanecía.

La inocuidad del domingo había desaparecido. Ya era un día como los demás. Se encaminó hasta la parada del tranvía. Y luego, después de un largo rato de zarandeos, bajó en la parada y transbordó. Otro tranvía, raudo, nuevo, sobre rieles de arrabal. Ya junto a él, los compañeros se dirigían a la fábrica, que aparecía al final de la calle, rodeada de su blanco paredón. La mañana era fresca. Se apeó y enfiló la calle.

—¿Es verdad que han pillado al Mullor? —era Pitágoras que, a su lado, pretendía inquirir. Feliciano no contestó. Siguió avanzando.

Pitágoras no cejaba:

—Lo conocí cuando lo de la Compañía de Aguas. Entonces era un buen tipo. Se la jugó a cara o cruz.

Se desplazó de su lado sin decir palabra. Cruzó la franquicia de la puerta, entró en el patio. Faltaban pocos minutos para las seis y media, observó al pasar bajo el gran reloj. Se acercó a la mesilla y puso su garabato en la lista. Luego se encaminó a los vestuarios.

Ya ante su máquina miró a la nave. Cada uno estaba en su lugar.

Sonó un largo timbre, estruendoso. Se encendió una luz roja en lo alto del ventanal, al lado derecho, junto al despacho del apoderado. Puso en marcha el émbolo y se empezó a mover la máquina. Era un ruido sincopado, intenso, que hacía

temblar aquella estructura de hierro y madera centrada por los hilos de la trama, en vertical. El golpe seco de la lanzadera le despabilaba. Se sintió de pronto infundido de un raro vigor; el vigor de la rutina, de la continuidad.

La noche de su llegada a la finca el viejo Rius no había tenido ocasión de darse cuenta más que a medias de la transfiguración de aquellos parajes. Había observado la sustitución del paño de avellanos por unos parterres y la transmutación de zonas de campiña en parque. Pero no era esa la más cabal transformación habida en Santa María del Vallés. Después de la noche era como si se encontrara en otro lugar, en algún lugar desconocido. Por fortuna, el cansancio, al fin, le había rendido. Se despertó muy tarde, casi a mediodía, con la confusa noción de haber presenciado un mundo insólito.

En cambio, no todo lo que cambia es malo. La contrapartida de su decepción fue Carlos, su nieto, con el que en cierto modo rehízo enteramente el sorprendente panorama de Santa María.

Escuchó su voz en los jardines; una voz intermedia, de niño que se ha hecho hombre. Corría en bicicleta por los senderos, ahítos de la lluvia nocturna. En los días posteriores, siempre lo primero que escuchaba era esa voz, que le pareció que se tornaba día a día más varonil, despojándose de sus vibraciones infantiles. Luego, a lo largo de otra serie de jornadas, aquella voz se convirtió en su confidente, en su ayuda, casi en su propio eco. No existía nadie más, en aquel lugar, que Carlos, su nieto. Era como si el resto hubiera desaparecido.

Y así Joaquín Rius bendijo el instante en que el médico le ordenó que se trasladara a la finca para reponerse. Desde hacía mucho tiempo no se había sentido tan bien, no solo por el aire que respiraba y que rejuvenecía sus pulmones, sino porque había dejado de pronto de pensar en sus negocios y en sus quebraderos. La verdad era que la estación, después de la copiosa lluvia, se había desflecado en oro con toda su majestad. Era una maravilla pasear por el bosque, que estaba dorado y cálido, y que olía a hojarasca mojada, que crepitaba a sus pies. Y a su lado iba Carlos, su nieto, el retoño superviviente de toda una vida malograda, la savia viva de su propia raíz.

Aquel mechón rebelde era lo más gracioso que contenía su rostro vivaz, que ya acusaba las facciones de hombre, sin perder todavía la malicia de un niño. Era una mezcla extraña. Se revolvía de pronto hacia él, con mirada aguda, para echar una ojeada a su propia expresión, y en aquel instante hacía algo que había sido peculiar de Mariona. Pero ponía ceño por alguna razón inesperada y entonces Joaquín Rius advertía que estaba también lleno de su propia sustancia, que era algo propio nacido de los Rius, más que su padre, incluso, en actitudes que le recordaban antañones retratos familiares del abuelo, amarillentos y mordidos por el tiempo. La vida de la sangre es inexorable; la filiación no miente y en Carlos Rius estaba resumido lo que

él había estado buscando durante muchos años.

—¿Y no podías andar sin bastón? Hay muchos viejos que andan sin bastón —le dijo, en mitad del bosque; y se lo agarró, arrancándoselo de la mano y echándose a andar él mismo apoyado en él, en una parodia que hizo estallar la risa del viejo. — Prueba a ver si me alcanzas.

Y el viejo Rius, por primera vez desde nada menos que el año 1908, empezó a zanquear sin apoyo sobre las doradas hojas del camino, del blanco camino que llevaba al «Coll».

—Sí, puedo, pero me duele, hombre. ¿No ves que no estoy acostumbrado?

—Si dejaras el bastón, no estarías tan viejo. Y la barba. Al fin alcanzó Rius a su nieto; quiso quitarle el bastón, pero este le engañaba, le regateaba.

—La barba también; quítatela. Hoy ya hay muchos viejos que no llevan barba.

—Mira lo que llevo aquí —le señaló el viejo, abriendo entre los pelos la señal de una honda cicatriz—. Con la barba no presumo de viejo, sino de joven. Si me afeitara se me vería un hueco como un barranco. ¿Te gustaría?

—Ya lo sé. De la bala; y en la rodilla también. Pero, dime, ¿tú no disparaste? — No, hijo. Yo no tenía revólver; y, además, te confieso que nunca sabría pegar un tiro.

—¿No tienes buena puntería? Nicolás Borredá tiene buena puntería. El año pasado me hizo poner un día doce botellas vacías encima de la tapia del jardín de Barcelona; desde treinta metros no falló ni una.

—Bien; pero no es necesario que todos los hombres tengan buena puntería. Eso está bien solo para el cine.

—¿Te gusta el cine? ¿Te gusta Tom Mix?

—Solo he ido una vez al cine y... no entendí muy bien lo que pasaba.

—Deberías ver una de Wallace Beery. Esas las entenderías. Son más para viejos.

—Oye, Carlos, que tan viejo, tan viejo no soy. Si no tuviera la pierna que no se me mueve, a lo mejor aún te ganaba en bicicleta.

—¿Has ido en bicicleta? —y Carlos se echó a reír.

—En unas que había antes con una rueda grande y otra, detrás, muy pequeñita. Si te caías de allí, te desnucabas. Ahora eso vuestro no tiene peligro.

—Te puedo llevar en el cuadro.

—No, no; no me fio nada de ti. Eres demasiado salvaje.

Al llegar a un recodo umbrío, se pararon y se pusieron a buscar setas, que las había abundantes después de las lluvias. Era Carlos quien enseñó al viejo el modo de encontrarlas. Parecía tener un olfato especial para, levantando el musgo húmedo, descubrir la oronda copa —oro, granate y marfil— de un mízcalo exuberante o de una colmena plural de ellos.

—Aquella es la casa de don Sebastián. ¿La conoces? —inquirió Carlos a su abuelo, en la radiante mañana, señalando el alto torreón del «Coll».

—Sí, creo que sí; he estado allí alguna vez, hace muchos años. Es un viejo muy raro; bueno, es un viejo como yo, un poco más raro que yo.

—¿También tú lo crees? La gente dice que es raro porque nunca sale de casa y se pasa el día haciendo esculturas de un tamaño así —y volvió a trazar una dimensión teórica de un par de palmos—. Pero sabe más cosas que nadie. Estuvo en América en la época de la esclavitud. Tenía un esclavo negro que se llamaba Nefesio. ¿Verdad que es raro el nombre? Pero él le dio la libertad y el esclavo no quiso moverse de su lado. Murió de una mordedura de serpiente venenosa. También tenía potros salvajes. Todo eso me lo ha contado, y hasta me enseñó fotografías. No creas que se lo inventó. Ahora hace unas estatuas que casi todas ellas son señoras desnudas, algunas con un cántaro en la cabeza. Tiene libros preciosos, de Miguel Ángel y de pintores antiguos. Bueno: ya sabes que debajo del torreón hay dos momias de santos incorruptos. ¿Por qué no vamos? Le gustará mucho que tú le visites y os haréis muy amigos, aunque seáis viejos los dos.

No pudo dejar de sonreír, por la razón que, sin saberlo, tenía. Ya no se fundan amigos en la vejez.

—Otro día. Hoy me gustaría llegar hasta las tres encinas. Están igual que hace cincuenta años. ¿Las ves, allí lejos? Pues cuando se es viejo llega un momento en que ya no se crece más. Son todo lo anchas que pueden llegar a ser. Ya lo eran entonces.

Y las veía Joaquín exactamente iguales a aquellos otros tiempos tan lejanos. A Mariona le agradaba la sombra de aquellos árboles. Junto a ellos pasaba una acequia que era como la música de un violín inesperado en pleno campo. Los guijos de la mina se difuminaban y cambiaban de forma al paso del agua. Allí deseaba estar ahora con su nieto.

—Bien; pues vamos allá. Pero tendrás que embarrarte las botas. Mira cómo está el suelo.

—No importa.

Y el viejo Rius hundió su bastón en uno de los canales de regadío, para caminar por él, junto a los rastrojos de maíz. La mañana era espléndida. Al fondo se diseñaba, como si pudieran atraparse con la mano, la silueta de los montes, del Montseny lejano, límpido. Y los pájaros, en la linde del bosque, se paraban sin reparo a pillar su condumio y desaparecer en raudo vuelo. Se escuchaba la brisa como una exhalación de la propia virtud campestre, como un respiro vital del agro y la llanura.

—No te irás de mi lado hasta que yo me marche. ¿Verdad? —exigió, más que preguntar, Joaquín Rius a su nieto—. ¿Qué día empiezas el colegio?

—Bien; ya escribió papá a Suiza que yo no iría hasta el quince de octubre. Me dijo que así te haría compañía.

Y fueron caminando. Ahora, el viejo Rius, preocupado por la blandura del terreno, no acertaba a conversar. Carlos iba delante de él, más apresurado. Rius tanteaba lentamente con el bastón y su renqueante pierna eludía algunos trozos del canaleta en los que todavía había agua entre el barro. La distancia no era corta, pero

Joaquín quería llegar hasta allí. Un instante se paró a respirar.

—¿Te sientes mal?

—Al contrario; bien, bien. Tú sigue.

Y es que gozaba del campo como nunca lo había gozado. En cualquier circunstancia la finca había sido simple escenario de muchas otras cosas, y el recuerdo de la agonía que sufriera a causa de Mariona ya no se interfería ahora en su dolor. Pero allí, más tarde, había llevado a Desiderio, en la niñez, y había mezclado a Desiderio, al campo, al dolor de Mariona y a los negocios en un mismo raudal diversificado y turbio. Ahora no; ahora era pura y sencillamente el campo de Dios, la transparencia del aire, el vigor de su nieto y el suyo cara a cara, sin ninguna otra consideración que la propia estructura vital de todas las cosas.

Carlos llegó a la sombra de las tres encinas mucho antes. Estaban solas en mitad de la llanura, como un monumento extemporáneo entre el maíz y los rastrojos, la alfalfa y la huerta, veía a su abuelo, apurado, avanzar premiosamente por la canaleta al borde del maíz. Era extraña su figura, su modo de andar, aquel ceño furibundo capaz de pronto de exhalar una ternura intempestiva, en el momento menos esperado. Y Carlos se preguntó en aquel momento por qué le habían disparado para matarle. ¿Era posible? No se podía matar al viejo, aunque entonces fuera joven. Además, iba desarmado. Imaginó una plaza de una villa rural, en las películas del Oeste. Quien tira, tira y el que puede, puede. Pero cara a cara. No sabía quién hubiera podido ser capaz de matar a aquel viejo, es decir, aunque entonces no fuera viejo. Ya llegaba al borde del canaleta, ya se terminaban sus esfuerzos por no hundirse en el barro. Pensó que para ir por allí debiera su abuelo pedir prestados a Andrés unos zuecos. Y se rio, sin querer. ¡Su abuelo con zuecos!

—¿De qué te burlas, bribón? —preguntó al llegar—. ¿Tan rara te parece mi facha?

—Vuelves a llevar barro hasta en las rodillas. Es decir, en la derecha, que es la que puedes mover. La otra, da un saltito y se salva.

—¡Bribón, bribón! —dijo, amenazándole en broma con el bastón—. Verás cuando tengas mis años hasta dónde te vas a poner de barro...

Y se sentaron uno junto al otro a la sombra de las copas melenudas y anchas de aquellos soberbios ejemplares de vida. Y empezó en seguida a escucharse el reguero de música que hacía la acequia cercana y hasta se advertía el rebrillar de sus luces sobre ciertos tramos del encinar.

«Cuando tengas mis años...». Y la frase que acababa de decir sin pensar, obsesionó unos instantes a Joaquín, se le quedó enroscada en el ánimo vivamente.

—Aquí, a esta sombra, le gustaba venir a sentarse a tu abuela. Se traía un libro, y empezaba a leer, y siempre había que enviar alguien a buscarla, porque se le pasaban las horas sin darse cuenta.

—¿Cómo era la abuela? Era muy guapa, ¿verdad?

—Sí. Era muy bonita.

Y no dijo más.

—Allí —continuó—, ¿ves al borde del sendero, en el pontón de la mina? Nosotros teníamos un tartanero que se llamaba Jaime; era primo de Andrés, pero eso no se lo digas, ¿verdad? Ese hombre no era bueno. Teníamos un caballo muy hermoso para la tartana, se llamaba *Revérter*. Cerró el patio y empezó a pegarle con un palo, hasta que casi lo mató. Más tarde, esperó a un hombre que vivía en el pueblo y de noche le mató a cuchilladas.

—¿De verdad? —exclamó Carlos, lívido—. ¿Por qué?

—No sé qué pasó. Se habían peleado por la tarde.

—¿Y qué más?

—Nada. La Guardia Civil se lo llevó y aún está en la cárcel. Hace muchos años de eso. A veces me acuerdo de él.

¿Por qué evocaba ahora esos trazos intempestivos? Él mismo se extrañaba de que salieran a relucir, de pronto, retazos tan inútiles de una vida anterior. Pero aquel paisaje era, en definitiva, muy suyo, estaba muy cerca de su alma.

—Te prometo que un día de estos iremos a ver a don Sebastián —terció, para eliminar las sombrías memorias—. Cuando tú quieras.

Y se tendieron, uno al lado del otro, de cara al cielo, cubierto por la mañana verde del encinar. El aire entraba de lleno en sus pulmones. Pronto vendría la hora rutinaria de la recuperación, en la vida de la ciudad. Entretanto, toda la vida eran aquel aire y la compañía de su nieto.

—¿Sabes, Carlos? —dijo luego, al cabo de un rato—. Cuando uno es viejo piensa que muchas de las cosas que ha hecho han sido inútiles. Si yo fuera joven como tú, no haría nada que fuera inútil. Quizá viviera a mi modo, como don Sebastián, aunque fuera haciendo esculturas que no tienen más precio que el placer de hacerlas. Eso es quizá lo que más vale de todo.

—Pero ¿qué dices? —regañó inesperadamente el nieto—. Tú has hecho todas las cosas más grandes del mundo. ¿Te crees que no me acuerdo de la fábrica? Me dijo un día un señor, en el colegio, en Suiza, que había oído hablar de ti. De don Sebastián no ha oído hablar nadie, solo yo, que le quiero.

—¿Qué importa que la gente hable o no hable de uno? Eso no tiene valor. Mira. El día que vine aquí fui antes a visitar a una persona, una religiosa a la que yo había conocido antes de que entrara en el convento. Salí de allí muy triste; pero no por ella, sino por mí mismo. Tú, joven, no pierdas el tiempo en cosas que en el fondo no te interesan nada.

—Y ¿crees que me trago que no te interesa lo que has hecho? ¿Por qué lo hubieras hecho, si no?

La razón era incontrovertible.

—Eres muy listo, Carlos, y tienes razón. Ahora, bajo estos árboles, me parece que lo demás no existe. Veo pasar una nubecilla viajera por allí. ¿La ves? Va donde quiere, donde la lleva el viento. A nosotros no, no nos lleva el viento. Hacemos las

cosas porque hemos querido que fueran así. Y a veces nos salen mal y pataleamos. Pero somos víctimas de nuestra voluntad.

Quedaron en silencio otro rato.

—¿A ti te gustaría, cuando fueses mayor, hacer lo que yo he hecho?

—Claro; ¿por qué no? Siempre he pensado que habría de hacerlo así.

—¿De verdad lo habías pensado?

—Vamos, es que tampoco se me ocurre que pudiera hacer otra cosa.

Joaquín Rius calló un instante.

—¿Y ves? —dijo, señalando a lo hondo, hacia el Montseny—. Algunas veces habíamos ido a la Fiesta Mayor de aquel pueblo que hay allí colgado. Si nos queda tiempo, también una tarde nos iremos allí. Pero en la tartana, ¿verdad? —lo dijo sencillamente, henchido de íntima satisfacción.

VIII

MÁXIMO OBSERVABA con atención antes de cruzar el entramado de vías por los andurriales de San Andrés, lejos, muy lejos de su barraca de La Torrassa, de la que añoraba los despojos, las tabernas, los gritos, la libertad completa. Hacía ya más de tres semanas que andaba escondiéndose y saltando vías todas las tardes, al anochecer, bajo un cielo azul totalmente barrido por el polvillo del hollín, por las exudaciones de las chimeneas de las máquinas de vapor y el humo de las otras, las de la industria, en las fábricas de ladrillo que con sus altas columnas emborronaban de marrón y de tierra todo el paisaje. Aunque Máximo no se fijaba en esas cosas. Andaba saltando las vías del tren, escuchaba pitidos lejanos, se echaba al suelo por una pareja con el uniforme gris o el tabardo verde de los carabineros que asomara en una esquina. Pero acababa cruzando las vías del tren, una tras otra; cuando levantaba el pie, sentía bajo la alpargata el diapasón continuo de los gruesos alambres de las señales, roja, blanca, verde, con un zumbido de abejorro; y cruzaba más vías, tropezando en la grava sobre la que, paralelos unos a otros, se tendían los largos tacos, las traviesas mojadas de carbón; se agachaba para pasar por debajo de los topes de los vagones de carga, no sin que alguna vez se asomara a alguno de ellos, por las compuertas libres, para ver si en el interior había algo olvidado: quizá una manta, o montones de harina, o unos sacos. Hasta había intentado forzar con un hierro y con la hoja de su cuchillo los candados poderosos, una tarde en que de uno de esos vagones solitarios —peso, tantos; tara, cuántos— trascendieron balidos quejumbrosos y un olor embriagador a cordero lanudo.

Tres semanas ya. Tres semanas sin ver a la Cucharas, sin tocarla siquiera. Días largos perdido en aquellos barrios de San Andrés, que eran como otra ciudad, un universo distinto. Nunca hubiera creído que una ciudad pudiera ser tan grande. Que no hubiera nada común entre un extremo y otro de sus barrios y que para cruzarla hubiera que demoler un muro inmenso de cosas recordadas, fachadas y plazas, hombres y mujeres, para al fin hallarse en otro lugar donde nada ni nadie tuviera que ver con uno mismo. Así le había ocurrido a él. Nada ni nadie. Únicamente, al anochecer, el cruce temeroso por los descampados, saltar a la llanura de los rieles, empaparse de carbón y esperar en la esquina, agachado entre los fardos, tras la garita de los fogoneros o arrimado a la bomba de agua, el paso del Roquete hacia la taberna. Entonces levantarse, incorporarse con cuidado y seguirle; ya dentro el otro, aguardar aún unos minutos. Y por fin entrar, para beber casi de golpe una botella entera de vino, del vinillo claro, confortador, sosegante, con un pedazo de chorizo, colorado, cremoso, encendido y virulento en su paladar y entre sus dientes. Nada más que eso; y entonces hablar, hablar hasta que amanecía. Hablar de la revolución, hablar de los golpes, enterarse de cómo iban las cosas, de qué había hecho aquel o el otro; de qué

se decía o qué se quería y exigía y preparaba en la Sindical. Hablar hasta tener la garganta seca y los pensamientos nublados de vinillo y entusiasmo. «A ti no te tendrán. Pero te llega la hora de salir, llega ya la hora de que les hagas cara. Hasta dar la cara no se está tranquilo».

Hablaba así el Millás. Sosegadamente, con aplomo, con seguridad, exigiendo. Sabía lo que decía. Y hablaban de otro modo, pero todos de lo mismo, Pepe y el Rubio, el Roquete, el Fanegas. Y él mismo, Máximo, empezaba ya a hablar así. Ellos, todos juntos, alrededor de la mesa de madera del patio de la rebotica, en la taberna, sabían ya lo que eran, para sí y para los demás; eran «los pringados», un grupo de acción sin conexión con los demás, salvo por las revelaciones de Roquete, que mantenía el enlace con el Comité. Todos mandaban igual, es decir, ninguno mandaba. Las decisiones, cuando se tomaran, se tomarían libertarias, nada más.

¡Tres semanas ya sin tocarla a la Cucharas! En esas salidas por el arrabal veía Máximo las formas de las mujeres, desde las que manoseaban las alubias o una col en las cajas de los comestibles, hasta las criaturas que saltaban a la comba o se peleaban en el polvo de la calle y convenía en que la Cucharas, chillona, exigente, inútil, le hacía falta. ¡Qué manera tan infame de tumbarse solo sobre unos sacos, en la recámara del «Lisiao», el guarda nocturno de los depósitos del material de enganche! ¡Qué solitario el suelo y qué frío el de la mano al volverse a tocar, en mitad de la modorra, y no encontrar nada, no encontrar aquella extraña y fría, pero dura redondez del muslo, ni sentir que, de pronto, se removía, calentaba y se pegaba a él? ¡Mucho ideal había que sentir para soportar eso! Y otra, otra noche, otra vez y tumbarse de nuevo a solas con el sabor del vino...

Se incorporó; la pareja de los carabineros acababa de doblar ya el callejón, muy lejos, en la esquina última. En aquel momento se aproximaba a la calle el Roquete con su andar inconfundible, su boina hasta las cejas, sus pasos breves y rápidos llevados por unas piernas larguísimas, en la pana marrón de los calzones de culera abombada como un moro. Era el instante deseado ahora por él durante toda la jornada. Se incorporó y le siguió, quedó un rato pegado a la bomba de agua; a la gruesa bomba que goteaba gotas como limones en espera de vaciarse en el caño negro de una máquina de tren. Al último limón líquido y transparente saltó sobre los alambres de las luces y corrió, corrió hacia la taberna.

—Ya, por fin; ¿dónde está ese vinillo?

Y el tabernero le dio un golpe amistoso en el hombro y le acercó una botella y unos vasos, que él tomó con una sola mano, mientras con la otra alcanzaba un palmo de chorizo sangrante. El hombrezuelo era orondo, obeso, sonriente, con una boca que se le perdía entre los mofletes; le sonreía la papada en la sotabarba.

—Ahí los tienes a todos. Tened cuidado, que andaba la pareja por ahí. Hasta han entrado a tomarse unos vasos.

Con su botín, el Máximo traspuso una puerta cuyo hueco estaba oculto por una cortina de cordel con cuentas de vidrio, todas las cuales parecieron echársele encima

del rostro por la imposibilidad en que se hallaba de apartarlas a causa de lo que llevaba. Pero se sentía ya feliz. Al cruzar la oscura alcoba descubrió, a contraluz, la facha que hacían los cuatro arrimados a la mesa en el fondo del patio, bajo la sombra de un naranjo solitario y escuálido que había crecido entre las baldosas desconchadas y sin color.

—Acércate ahí, Máximo, trae ese vino, que hoy viene bueno el Roquete.

Y el Roquete venía bueno. Le llamaban el Roquete porque en su niñez había sido monaguillo en las adoratrices de la calle de la Diputación y le había afanado hasta la sortija de pedida a una vieja marquesa protectora de la obra, sin que se diera cuenta y mientras ella leía abstraída en su misal. Aquel día el Roquete venía bueno, pero esperaba a hablar a que el vinillo hubiera entrado ya en las entendederas de todos.

—Suelta ya, pringado...

—Ha sido visto otra vez el Mullor, el que chivó lo del Rebollo, el hermano de la Felisa.

—¿El Mullor? Anda...

—Y yo pienso en que mientras «los maños» están en que sí o en que no, nosotros debiéramos salirle al paso.

Se miraron los cinco a la cara.

—¿Y es eso lo que traías? —inquirió Máximo.

—¿Te parece poco?

—¿Por dónde anda él?

Empezaron a beber. Antes de terminar la botella, ya estaban esbozando el plan.

El Mullor era un viejo sindicalista libertario con historial en Zaragoza y en Barcelona. Este se truncó a causa de una mujer, la Fandango, de mala ley. Le trajo a mal traer. Fue entonces cuando se debilitó ante la policía y empezó a chivar. Sabían que el dinero del último golpe se había diluido en cenas, catre y joyas. El Mullor se había entristecido y se dio al vino. Entonces la Fandango le dejó y el Mullor empezó a robar y a liarse con mujeres de la vida, una tras otra.

—Hay que ejercer una vigilancia sobre el Pitágoras, porque le saldrá al paso. Es el único que le puede amparar. Los dos se hicieron «chinos».

—No lo creáis. No irá al Pitágoras —dijo el Roquete, experto—. Tenía un cura, me lo había dicho el mismo Rebollo. ¿No sabéis que el Mullor había estudiado para cura? Ese cura era su amigo entonces, cuando estudiaban; y ahora es cura. Después que el Mullor empezó a putear, ese cura no paró hasta que a fuerza de recordarle que si el oremus de otros tiempos y el acto de contrición, etcétera, el caso es que le cristianó otra vez; y basta de putas y de vino y vengas de iglesia y de darse golpes en el pecho hasta que de poco si no le entierran de puro flaco. ¿Recordáis que siempre andaba con el faria en los dedos? Hasta dejó de fumar, que ya es lo último. Y de esos escrúpulos le vino el querer modificarle el aire en Valencia a un tabernero del Grao, que es un tipo con unas agallas de bandera, con los toneles llenos de bombas *laffite*, que se las proporciona un italiano que había sido fascista, de los condecorados, pero

que al oír lo de Abisinia se vino para aquí. De ahí que el Mullor pensando que sería suya la culpa si alguna de las bombas sirviera para sacudirle a alguien, va y lo suelta, bien que aquella noche había hecho una excepción y estaba en la cama con una confidente. ¡Bah, una joya! Y ahora, lo del Rebollo.

—Pero a todo ello y con tanta historia se nos olvida lo principal —recordó Millás, con los ojos como ascuas—. Que si el Feliciano, que si el cura... ¿Dónde hay que pillar al Mullor? Ese es el caso.

—Os diré dónde. Cerca de una sacristía. Menudos escrúpulos tendrá ahora, en que ve a la Huesos tan cerca. Y luego, su amigo, el de la sotana, ¡no le habrá encaminado bien, para que no se le vaya sin pasaporte al otro barrio!... ¿Es o no es?

Estuvieron aquella noche hablando hasta muy tarde.

—Eso te va a quitar las telarañas —le dijo el Fanegas a Máximo, ya otra vez junto a los rieles—. Lo que concierne es actuar.

Los demás acabaron por marcharse. Aún se veían sus siluetas, lejanas, en la oscuridad, perdiéndose en la tenue luz de la bombilla, junto a los andenes del término, donde quedan muertas del todo las vías muertas. Ya se dispersaban. Pero el Fanegas, callado, sombrío, que había bebido su vinillo sin chistar y como al margen de todo, había quedado junto a él sin abrir la boca, para decir al fin su opinión. «Lo que concierne es actuar». Decía a veces el Fanegas palabras raras. Era como si las hubiese leído en algún lado, con sus ojillos pequeños y rasgados, de párpados purulentos, heridos por el tracoma.

—Oye, Fanegas. ¿Qué son bombas *laffite*?

Un gato gris pasó escurrido sobre las vías y se esfumó bajo uno de los vagones, donde se le oyó miar lúgubrementemente. El Fanegas miró a todos lados, lentamente, antes de contestar. Mejor dicho, no contestó. Con sigilo sacó de sus dos bolsillos dos objetos iguales, como dos pelotas pardas y las tuvo en la palma de cada una de sus manos. Miraba ahora a ello y luego a Máximo.

—Eso son.

—¿Tienes de esas?

—Con ellas hicimos lo del barco. Son buenas.

—¿Y... cómo hacéis con ellas?

—¿Ves este gancho? No hay más que tirar de él y tener en cuenta que hay que lanzar la bomba lo más lejos, donde haya que dar. A los seis o siete segundos, estallará.

—¡Menuda pelotita! —y adelantó la mano.

—Ve con cuidado.

Máximo cogió la que el Fanegas mostraba en la mano derecha. La sopesó.

—Si no pesa nada... Es como un cacharro, ¡qué sé yo!, la fiambarrera no pesa más.

—Por eso las llevo —dijo el Fanegas, apretando la otra en su izquierda, y con intención.

—Oye, Fanegas —clamó, suplicó de pronto Máximo—. ¿Por qué no echamos

una, a ver qué pasa?

—¿Estás loco? —incredó el cegato—. Eso no hay que usarlo más que cuando es para razón.

—Pues yo estoy sin nada, más que este cuchillo. Y quiero estar con vosotros a las todas. Oye, Fanegas —insistía, esta vez en otro tono, con otra inflexión—. Necesito que me des una de esas bombas. Lo necesito. Tú tienes muchas.

—No es verdad. Si te doy una, mañana tendré que ir por más. Siempre llevo dos en los bolsillos.

—Por lo mismo. Bien puedes pasar con una esta noche.

El Fanegas lo rumió unos instantes. No dijo nada, pero al final, observando a Máximo y coaccionado por su entusiasmo, volvió a hablar:

—Tendrá que ser con la condición de que...—Ahora vas a decirme que no hay que hablar. ¿A mí vas a decírmelo?

—¿Sabes? Me agradó tu golpe en el Banco. Me lo contó al detalle el Rubio.

Máximo se señalaba al pecho repetidamente con el pulgar, como si se golpeará con él.

—¿A mí decirme que me calle? ¡Ja! —Y, orgulloso, contempló el artefacto en sus manos, luego se lo llevó a la mejilla, como si añorara la de la Cucharas—. ¿Sabes?... haré buen uso de esto; y además, algún día te apoyaré por ello, ya sabrás quién es el Máximo. Conque ¿se tira de ese gancho y abur?... —añadía, estremecido de gozo, radiante—. ¿Sabes? Tengo que ir a ver a la Cucharas, está en la otra parte del mundo. Con eso me siento tranquilo. Lo decías bien: lo que concierne es actuar.

El Fanegas se despidió.

—Abur, Máximo, hasta mañana. Mañana nos veremos para determinar—. A pesar de su calma aparente, estaba enfebrecido por la urgencia de la venganza y con ánimo de que «los maños» no se pasaran delante.

Dio la vuelta y al poco no se vio más que una lejana sombra parda, entre los rieles.

Ya en el camastro con sacos, la cosa era muy distinta que otras noches. Máximo ya no podía pensar en los muslos de la Cucharas, ni en nada semejante, sino en la bomba, que tenía allí, junto a su cabeza, al lado del filo del cuchillo. Pensaba en el Mullor. Pensaba en lanzarse a la vida, a la ciudad, a la noche, por su cuenta. «Del Mullor me encargo yo solo», decidió. Había pasado acorralado, vencido, maniatado por dentro, sin más contacto con el mundo exterior que aquella botella de vino al atardecer, sin posibilidad de moverse. «Cuidado, Máximo, te están rondando». «Cuidado, no debes moverte de esta zona, ¡piensa que los demás velamos por ti!». ¡Al diablo con esas precauciones! ¡Lo que concierne es actuar!

Aquel amasijo torturado de delaciones, arrepentimientos, vicio y jaculatoria llamado Mullor, aquel pecador con pólvora y arrebatos ascéticos, saltaba también de

cama en cama en los prostíbulos, todas las noches, no por el placer de amar a su manera, sino simplemente para borrar su rastro de la pista que ya sabía que le iban siguiendo.

Ya había tenido que escapar dos veces a la persecución de «los maños» por las callejuelas del barrio chino. Y no le quedaba prostíbulo de confianza donde ir a pernoctar, ni posibilidad de pagar un hospedaje porque se había quedado sin dinero. Se arrimó unos días a la puerta del cuartel de Numancia, con un cacharro en la mano, para poder comer. Se zambulló en las sombras de la parroquia de Santa Mónica y en la humedad del templo le pareció que ya vivía en otro lugar, en el adormecimiento de la eternidad, fuera de peligro, de miedo y de lucha. Pero sintió una mano sobre el hombro y la negra estampa del cura le sobresaltó. No acertó a decirle nada, a pedirle amparo. Se largó otra vez a las calles, de nuevo a la hostilidad y a la inclemencia del riesgo que por todas partes le rondaba. Estuvo parado mucho rato, muchas horas frente a la casa del Feliciano, con la esperanza de que este le viera, o también para apresurar su fin, porque sabía que sus perseguidores tendrían allí preparada su mejor celada. Pero nadie pasó por allí que le identificara. Hasta la muerte parecía inútil y desdeñosa con él.

Entretanto, el Máximo se había lanzado a la calle por su cuenta, separándose de los «pringados», con el propósito de volver a ellos una vez que hubiera consumado su obra y de visitar a la Cucharas. Quería conocer y matar al Mullor. Tenía de él una idea aproximada, gracias a la descripción que el Millás había hecho de su físico en la taberna. Un detalle bastaba para identificarle. El Mullor no tenía más que la mitad de la mano izquierda. La otra mitad se la arrancó una guillotina de imprenta, cuando trabajaba, muchos años atrás. Otro detalle: tenía el pelo completamente blanco, pero el bigote, muy ancho, era todavía negro. Con esos dos datos se proponía Máximo descubrir y matar al Mullor en una ciudad de un millón y medio de habitantes. A pesar de sus pocas luces, no le costaba a Máximo adivinar que su empeño era muy difícil, por no decir imposible. Entonces se decidió a ir primero por el Pitágoras.

Bajaba el Pitágoras del tranvía con la fiambarrera bajo el brazo una mañana como todas, cuando de pronto sintió sobre su flanco la punzada de un objeto y la voz del Máximo. Se volvió y notó el cuchillo que le dominaba, pero siguió andando. Afortunadamente aquel día eran pocos los que estaban a su derredor; sobre todo Feliciano, que andaba unas docenas de metros por delante.

—¿Qué quieres?

—Necesito que me digas dónde está el Mullor.

—Guarda tu cuchillo. No necesitas amenazarme. Lo que pueda hacer por ti, lo haré. Vente conmigo —dijo el obrero. Dobló, y se metió en una travesía, para apartarse de los compañeros que bajaban hacia la fábrica. Quedaron parados junto a una tapia, a corta distancia del pasaje principal, pero fuera de la vista de los demás.

—Toma cinco duros —atajó, sacando de su carnet el único billete que llevaba—. En cuanto al Mullor, no te miento si te digo que no lo he visto. Quien te dirá de él, si

es que sabe, es una mujer llamada Rosa, la madre de sus hijos; lo que nadie sabe, ni «los maños». Tiene un puesto de verduras en el mercado de la Boquería.

Máximo escuchaba con atención; retenía los datos con avaricia.

—¿Por qué quieres cazar tú al Mullor? Los «maños» andan detrás de él. Y los «pringados», que son los tuyos, ¿lo saben ya? Ándate con cuidado tú mismo. Me frío a preguntas el Riera, de los *escamots*. Le mandé a paseo, pero dará contigo si no te guardas.

—No me tendrá. Tengo una bomba *laffite*...

—Esas se acaban pronto. No son como un fusil, que lo vuelves a cargar y dura siempre. Hasta la vista, Máximo —y dio la vuelta y se separó de él.

Máximo echó a andar. Tenía los cinco duros que le había dado el Pitágoras, un cuchillo, una bomba de mano y una dirección. El mundo era suyo.

¡Qué extraña y bonita le parecía la ciudad, en la libertad de sus pasos, en su entusiasmo sin horas, sin ataduras, sin prohibiciones! «Si me da la gana de entrar ahí y llevarme los cuartos, puedo hacerlo», pensaba, ante una zapatería de barrio, con media docena de zapatillas y de zapatos en los escaparates. «No, ahí no, que poco debe de haber. De hacerlo, volveré a hacerlo en un Banco, y yo solo...».

Anduvo, anduvo por las callejuelas del arrabal. Las casas, a medida que avanzaba, iban creciendo. Ya se veía alguna con cuatro, con cinco pisos. Ya se aglomeraban en algunas esquinas el tranvía, el autobús, los coches. «Pronto estaré allí, a mediodía, a tiempo de comer».

La Rosa le conoció en seguida, como si le adivinara. Reconoció en el rostro mugriento, en el pelo alborotado, en la camisa desabrochada, en el barro de las alpargatas al hombre que se va, que vuelve, que busca, que huye, que compromete, que castiga y que es capaz de matar. Era una mujer ya vieja, con las greñas del pelo blanco mal peinadas y cicatrices hondas de dolor y de sufrimiento en la máscara del rostro. Tenía un puestecillo de hortalizas con media docena de cajones en un rincón del pasadizo lateral del mercado, lejos de las brillantes paradas del centro, luminosas y ubérrimas. Una clientela fija, pobre y desharrapada aseguraba la mediocridad de su sustento. La mujer llevaba veinte años sin saber del Mullor, que la obsequió con dos hijos cuando era joven y la dejó luego que se apañara como pudiera. Pero nunca había sido de otro hombre, quizá porque el afán de llevar sus crías adelante no le había dejado tiempo para nada más. Ahora se acercó, huido, viejo, doliente, desesperado, a escondidas y bajo aquella turba de canas y de nervios le pareció que reconocía los instantes de su salud, de su vigor y de una rápida dicha, de una ilusión ya pasada. ¡Los hombres, aquel hombre!... Los hijos también se habían marchado, y cedió. Todas las tardes cogía unos brazos de lechuga y unos tomates, un poco de pan y se los llevaba, como quien va a misa. Entraba en la iglesia y, en la sombra, le dejaba arrimados sobre el banco aquellos tristes condumios. A veces, unas monedas, un poco de dinero...

Pero reconoció al Máximo. Era el que le iba a perder.

—Soy un amigo que le quiere bien. ¿Dónde está?

—Nunca le he visto, ni le conozco. Y ¡hala, aire! Aquí no quiero moscones.

—Dime dónde está, que es por su bien. No te ha de pesar. De lo contrario sí puede pesarte.

—Que ahueques. No sé nada de lo que me hablas. Yo vivo, solo vivo para vender. Conque ¡hasta la vista!

«¡La mala p.!» pensó, y la miró con odio, mientras se retiraba. Pero no iba a acabar allí. Tendría la pachorra de esperar a que arrimara sus cajones, aunque se le hiciera de noche. Y en efecto, merodeó, rondó por las callejas del mercado, de un lado a otro, al tuntún. Esa no se le escapaba. Entró en un tugurio y se hinchó de salchichón y plátanos, rociados con vinillo. Lo aliñó todo con un carajillo ardiente. Volvió a salir, a pasear. De lejos, compulsó el tute que le había dado entretanto a los cajones. Ya las lechugas no sobresalían ni los tomates, ni la col, cuyo cajón estaba vacío. «Pronto va a recoger». Y la observó mustia, paciente, derrumbada en la silla, con los antebrazos apoyados en la rodilla y la mirada al suelo, como si estuviera muerta. «¡Vieja podrida, levántate ya y ve a la tuya, que yo te seguiré!».

Mucho rato tenía que pasar aún para que eso aconteciera. Las luces se habían encendido, una nueva muchedumbre de compradores atestaba los pasadizos, se paraba en los puestos, reclamaba, preguntaba, compraba. El recinto era un aquelarre de gritos. Nada se podía sentir con tanto guirigay.

De pronto advirtió que alguien se fijaba en él, le escudriñaba con ojos fijos, malévolos. «¡Dios, te han pillado!» y se levantó, convulso, buscando una salida. Se arrimó al puesto, se ocultó tras una pila de cajas, al lado de un mostrador donde lucía el pescado fresco con mil resplandores.

El olor a mar y a carne blanca le llenó los pulmones. ¡Ojalá estuviera ahora al borde del mar! ¡Ojalá estuviera allí, dándole a la Cucharas! ¿Debía ceder? Se escurrió y se fijó entonces de nuevo en quien le había alarmado. Era un hombre alto, enjuto, joven, en mangas de camisa, pero no era ningún señorito. Estaba hablando, secreteando con otro, rechoncho, bajo, con el pelo cortado en cresta, a quien había visto alguna vez, en algún lado. Envolvía su barriga con una gruesa faja negra. En el dedo índice de la mano izquierda brillaba una sortija. Una sortija de oro. E intentó recordar de dónde conocía a aquel hombre o siquiera si había oído hablar de él. Un impulso le hizo incorporarse del todo, ya sin miedo, pero con una sensación de frustración y de fracaso. «¡J., “los maños”! ¡”Los maños” están ahí! La tienen descubierta».

Ya la mujer se había incorporado. Lentamente iba apilando las cajas, ordenando los restos de su contenido y separándolos, para guardarlos en una sola de ellas. Poco a poco, con pasos premiosos, iba arrimando las cajas al puesto contiguo y hablaba con la patrona. Esta recogió las cajas y entre las dos las fueron situando en el interior del mostrador, hasta que la parada de la vieja quedó totalmente rasa y libre. La mujer nada sabía de la presencia de «los maños» allí, ni siquiera había vuelto a reparar en él

y, confiada, se disponía a salir. Arregló la manteleta sobre los hombros, cogió con la mano una gruesa bolsa, en la que metió un paquete y el monedero, y se despidió de su vecina. Sorteando los grupos, se encaminó hacia las Ramblas.

Máximo la siguió a alguna distancia. No había rastro de los «maños», que se habían diluido o perdido entre la muchedumbre. Tal vez no tuvieran idea de nada y estuvieran allí por pura coincidencia. Máximo caminaba ajustándose al muro de las edificaciones, por la acera. La mujer iba unos pasos más allá. Las Ramblas reverberaban de luces y contraluces, en abigarrada sucesión de la claridad a la sombra. Sonaban los claxons de los coches y los campanillazos de los tranvías. Era la hora turbia y nocturna de la multitud, de los que se apresuran para volver a casa, desmenuzados en mil dramas distintos y callados. También aquella mujer tenía el suyo, y Máximo la iba siguiendo, hasta la culminación de su propósito.

Cuando llegó al fin de las Ramblas, la Rosa se paró. Estuvo un rato en pie, apoyada en la esquina, arreglando su bolso. Luego miró inquisitiva e inquieta a todos lados, siguió andando y se dirigió hacia la iglesia.

«Ahí está, ahí estará el tipo», se dijo Máximo, acariciando en su bolsillo la bomba de mano. Pero ¿qué hacer? ¿Debía entrar y matarlo allí mismo? ¿O esperar a que la mujer le dejara y seguirle entonces a un lugar seguro y solitario?

De momento, entró él también en la iglesia. La oscuridad era absoluta, solo delatada por el fulgor mortecino de seis cirios al fondo, en el altar. Pero había una sombra más negra que las sombras, una figura, un bulto sentado en un banco, al que iba acercándose la otra sombra, la mujer, lentamente, con infinita precaución. Ella se volvió en la penumbra, antes de entrar en la hilera de los bancos y sentarse junto a él. Los vio cuchichear y luego el movimiento que hacía ella al sacar de su saco el paquete, para dejárselo al lado.

En aquel instante, de las sombras del templo, junto a las columnas, surgieron unos tipos. Eran tres; cada uno se segregó de distintas pilastras. Surgieron como si respondieran a una voz, pero había un silencio absoluto; surgieron de la sombra a la palpitante y mortecina claridad de las velas. Hasta se advertían los rasgos del rostro del tipo de la sortija, Máximo apretó en su bolsillo la bomba de mano, pero ni siquiera la sacó.

—¡Levántate, cabrón, para que te matemos! —sonó la voz poderosa del que estaba al fondo y resonó en el ámbito, tal como el eco de un órgano.

La facha del Mullor se puso en pie, como un autómeta.

—Tú, mujer, vete de ahí, que vamos a ajustarle la cuenta. La mujer no se movió. Cogió su bolso y lo apretó contra sí. —Vete de ahí, mujer... —insistió la voz.

Al fondo de la iglesia, junto al altar, se abrió una portezuela, que dejó discurrir durante unos instantes el reflejo de una bombilla eléctrica. Se cerró de nuevo con un leve chirrido, no sin que se distinguiera la alta silueta negra de un hombre, un sacerdote, que apresuradamente salvaba los peldaños del presbiterio. En aquel momento, y de los tres ángulos a la vez, sonó la descarga. Fue un ruido breve y total,

una ráfaga impetuosa, que aturdió el ánimo y hasta hizo vibrar la luz de los seis cirios. La figura del hombre cayó de bruces sobre el brazo del banco y la de la mujer se inclinó un poco a su lado, para tumbarse al fin totalmente sobre él y deslizarse al suelo. Un instante los tres agresores permanecieron allí, para cerciorarse de su obra. El de la sortija se adelantó aún más. Entró en el banco y empujó con el pie el cuerpo del Mullor. Este cayó como una piedra.

Un par de mujeres viejas habían asistido con espanto a la escena y se agrupaban junto al sacerdote, que, inmóvil, se apoyaba ahora, sin moverse, en uno de los bancos de las primeras filas, sin atreverse a caminar. De pronto una de las beatas rompió en chillidos.

—Por vosotros vendremos después —amedrentó el de la sortija.

Luego, en un instante, todo quedó de nuevo en silencio. Máximo vio cómo los tres «maños» desaparecían por la puerta misma. Todo había sido para él tan inusitado y rápido, que pensó en una de esas cintas que alguna vez había visto en el cine; ni pensó en sí mismo siquiera, ni en lo que le había llevado allí. Se adelantó como un sonámbulo por el pasadizo. El cura, que empezaba a reaccionar, le miró y se quedó pasmado. Le confundía con uno de los otros. Y se volvió de espaldas, corrió hacia la portezuela de la que había salido, estuvo unos instantes dentro para volver a salir. Entretanto, el Máximo veía, muy cerca, los dos cuerpos tendidos, la bolsa caída de la mujer de la que sobresalían unas hortalizas, un par de tomates en el suelo; y un charco pequeño, una mancha de sangre que corría por las baldosas.

La figura negra del sacerdote, de nuevo en la nave, dudó unos instantes; luego se aproximó, le miró a los ojos, receloso, inquieto. Pálido y tembloroso, cruzó el banco; sacó una cajita de plata, la abrió, mojó el dedo en ella, se arrodilló y rezó, pasando su pulgar por la frente y los párpados del Mullor. Entonces el Máximo se dio cuenta de que estaba de más allí, que ya nada hacía ni podría hacer, más que dejarse pillar por la policía. Cruzó el pasillo, se arrimó a la pared, se acercó a la puerta. Y salió. Salió en el instante en que, por la calzada de las Ramblas, a caballo, galopaba hacia allí una pareja de guardias. Las dos ancianas chillaban desesperadas. Máximo, sin pensar, sin inmutarse, ajeno a todo, se escabulló en la esquina.

—¡Maldita! —masculló, reteniendo su bomba en el bolsillo—. Si se me hubiera confiado, no habría muerto. ¡Maldita pécora! —y la imagen de la mujer, con sus pasos titubeantes Ramblas abajo no le dejaba en paz—. Se ha dejado pillar —y se separaba de aquel lugar, echaba la mirada atrás, se sentía intranquilo—. Le diré a la Cucharas que nunca haga eso...

Vio un bar, en la esquina de la calleja, en las puertas del «Barrio Chino». Estaba lleno de mujerío y de algunos pimpollos de alpargatas, todo él lleno de humo y de griterío.

—Un coñac doble —y lo apuró—. Venga, otro doble —y volvió a beber—. ¡Maldita vieja!

—Oye, chaval. ¿No te vienes conmigo un rato?

Era una mujer. Máximo la miró desde el fondo de su sinrazón. Era una mujer con los labios brillantes de pasta roja, un cigarrillo en la mano. Hasta olía a mujer. No se parecía a la Cucharas. Era mayor que ella, delgada, seca, con bolsas moradas bajo los ojos, pero un brillo acerado en el fondo de la negra pupila. Le arrimó el costado al antebrazo y Máximo sintió que le palpitaba la carne, enjuta y blanda. Se sentía muy lejos de todo, muy lejos, a mil distancias de todo: de los desvíos y raíles de San Andrés, de las quebradas de La Torrassa. Desde allí, su barraca de los desmontes resultaba inaccesible; y las calles, y los silencios, y los barro y las esquinas de los descampados, imposibles de alcanzan No se atrevía a caminar, a emprender la marcha, ni hacia un lado ni hacia otro; ni volver a San Andrés, para encontrar la calma y la compañía de los «pringados», ni hacia la Cucharas, en La Torrassa, para dormir con ella y sosegar. Estaba preso de la ciudad, en su centro, atrapado por ella. Y además, sentía que le era urgente aclarar aquello que le nublaba el pensamiento, aquel tráfago de ideaciones y el peso de todos los fantasmas. Tocó las carnes de la prostituta, como toca un náufrago un madero que se hunde, en el mar. Se hundía todo entero, pero aquella era, en suma, una impresión de compañía, una carne oscura bajo la lustrina de colores; la falsa seda tenía, debajo, a una mujer.

—¡Ajá!, contigo... ¿Tienes cama para toda la noche?

—Depende de los cuartos que tengas.

—Tengo dos duros, ¿a ver?, o tres... —dijo, palpándose las monedas.

—¡Jolín con el hombre! ¡Tres duros por una dormida! ¿Quién te crees que soy?

—Tú verás.

La mujer se arrimó a él.

—Aunque, a lo mejor, si me convidas a una copa, se me pone la cosa bien y me voy contigo de capricho... Yo soy así —dijo, con una voz hombruna y cascada.

Empezaron a beber. Era un coñac peleón, de paladar hiriente. De vez en cuando pellizcaban unas gambas. Luego se hicieron preparar en la cuenca de un tarugo de pan una empanada de sardinas. Café, y a beber de nuevo.

—Tú te vendrás conmigo esta noche por narices —decía al rato la prostituta, palpándole—. Lo que te digo, cachondo, por narices.

Ella vivía en un burdel de una de las estrechas travesías del Arco del Teatro. La cama se sacudía y rechinaba bajo la inquietud de los cuerpos. De las paredes y rincones trascendía una hez, un hedor confuso. Borracho y aturdido, Máximo había dejado su bomba de mano sobre la exigua mesilla. Ella casi ni la vio.

—Conque ¿has sido tú de los de la banda? Han pringado a una pareja de viejos. ¡Mira que en una iglesia!

—No he sido yo.

Pero ella lo daba por supuesto.

—¡Cuando te vi ya me pareció a mí que los tenías bien puestos!

—Que yo no he sido.

—¡Qué me vas a contar!

—Que te arreo una... Que te sacudo... —amenazó. Y volvió a encontrarse otra vez en ella.

Y así hasta muy tarde. Hasta que se sintió despertar con un hambre feroz y, aturdido, abrió los ojos. Había dormido a plomo.

Y lo recordó todo. Su fuga de San Andrés, la Rosa, la parada de la Boquería, los «maños», el cura: todo. A su lado dormía la hembra con un respiro sordo. Ni tocarla; era vieja y flaca. Pero a él se le habían ido las nieblas del testuz.

Saltó del lecho, se calzó los pantalones y acabó de vestirse. El hambre le pinchaba el estómago.

Se palpó el bolsillo: ni un céntimo. Y vio sobre la mesilla la bomba de mano.

—¿Te vas ya? —farfulló ella, con un runruneo profesional, sin apartarse del sueño.

—Sí. Me voy —dijo.

Ya en la calle, el sol le deslumbró. No podía con él. Las callejas estaban vacías.

—Como sea que tengo que salir de aquí, tengo que volver a la Cucharas o ver al Roquete y al Fanegas. ¿Cómo hacerlo? Se paraba ante los establecimientos, menguados, de ultramarinos. ¡Solo un poco de pan con butifarra, algo que llevarse a la boca! Ese algo en que no se piensa por la noche, en la cama...

Lo que vio después ya no podía afectarle demasiado. Algo parecía tirarle desde el fondo de la tierra y de la luz, y le encaminaba sin saber cómo hacia su casa. De vez en cuando se paraba, a apoyarse en las esquinas, o se sentaba a descansar en la acera. Unas veces apresuraba el paso, otras caminaba despacio, arrastrando los pies. A medida que avanzaba hacia el arrabal, se iba sintiendo más tranquilo y a sus anchas. Únicamente le torturaba la sensación hiriente del hambre.

Desde el centro sórdido del «Barrio Chino» hasta La Torrassa la monotonía de las calles le daba la impresión de que no acabaría de llegar nunca. Astillado en los muros de las casas de Sans el sol lacerante del mediodía, sintió que una bocanada de brisa preludiaba los desmontes del arrabal, al tiempo en que las casas volvían a parecer más pequeñas, más a su medida. Y a la luz de la tarde, más benigna, empezó a identificar la silueta de su barrio; el dédalo de torrentes y desmontes que se perdía cuesta abajo, con el color de tierra ocre, el polvo volandero de los desniveles y las casas de adobe de una planta, con un mar de techumbres desiguales y el brillo del latón de los remiendos reverberando al sol.

Estaba en su barrio y en su mundo, y le parecía que todo lo demás, el jergón del prostíbulo y los rieles de San Andrés y los muchos días de su ausencia quedaran envueltos en sueño y en agua.

Al pronto le volvió el ánimo, como un árbol seco al que devuelven su hueco en la tierra y empieza a chuparla con la raíz. Las gentes de su contorno le parecían familiares, los chiquillos desnudos era como si fueran todos suyos. Nadie le hacía caso, nadie parecía mirarle ni fijarse en él. No como en el otro mundo, lleno de carabineros o de ojos que espían. Ya estaba allí. Bajó por la cuesta que le llevaría a su

rincón, donde estaría la Cucharas. Pero no pudo aguantar, y en una esquina entró en un tugurio, un cafetín. Despachaban gaseosas y había pan y comida.

—¡Eh, tú! Échame de comer, lo que tengas.

La muchacha le miró asombrada. Salió del mostrador y entró en un cuarto interior. Máximo cogió del mostrador la pala de las aceitunas y la metió en el cazo, haciendo bailar las que nadaban dentro. Sacó un puñado de ellas y se las echó a la boca, todas a la vez. Un hombre le miraba, recién aparecido en el quicio de la entrada, sin duda avisado por la muchacha que había huido.

—Máximo, largo de ahí. No quiero líos con ellos. Vete del barrio, o amágate donde puedas.

Máximo sacó de su bolsillo la bomba de mano y la puso sobre el mármol del mostrador.

—Que me des de comer. Tengo hambre. Pero fiado, claro está.

El hombre no se arredró. Lentamente, después de observarle, se puso tras el mostrador. Sacó un pan, cortó un buen pedazo de su punta y lo abrió por la mitad. Sacó de una lata un par de sardinas y las enfundó en la miga.

—Toma y vete.

—Abur. Gracias, gordo —dijo, recogiendo el pan y la bomba.

Salió al exterior. Empezó a comer vorazmente. El aceite de las sardinas le resbalaba por los labios, sabía bien. Se relamía. No se movía de la entrada del tugurio, en la calle, sin tiempo más que para comer. «¡J., cuando se tiene hambre!... Y qué aprisa se acaba todo...». Volvió a entrar, el hombre no se había movido: «Dame... un vasito de vino, solo un vaso...». Y el hombre volvió a observarle; lentamente yació en un vaso un raudal ácido del frasco, que Máximo apuró de golpe.

—Gracias, gordo, y hasta otra. Espera: para acabarlo bien, déjame liar un cigarro.

El hombre se quitó de la oreja, donde se sostenía, un cigarrillo ya liado; se lo dio.

—Vete ya.

Echando humo, con la respiración pausada y un runruneo de canción en los labios, Máximo se deslizó por la cuestecilla. De algunas techumbres se desleía en el azul un penacho de humo. En otra, solo el latón mugriento tostado por el sol. Caminaba a grandes zancadas, casi corriendo. Al fondo de la calle estaba su casucha; no habría entonces más que doblar la esquina y allí estaría la Cucharas. Silbaba de gozo.

De pronto, del fondo de la calle emergieron dos siluetas graves. Cada una llevaba un fusil. En la sombra, el charol del tricornio tenía un reflejo azulado.

—Párate, Máximo, que estás perdido.

Se revolvió. En un instante sintió que las fuerzas le faltaban, pero en seguida le vinieron de nuevo, con un vigor renovado. «¿Ahora, a dos pasos, dejarse pillar?». Dio la vuelta y echó a correr. Enfiló la calleja, torció a la derecha, saltó al terraplén, dio otro brinco al vacío. Era un torrente lleno de inmundicias y cruzó por él, para volver a subir y encaramarse a una tapia. Saltó la tapia y se encontró en un solar desigual,

entre basura y unos perros mugrientos que se olisqueaban. Miró a todos lados.

¿Y por qué no? ¿Qué más daba ya, si no había podido ni siquiera acercarse a la Cucharas? De todos modos, si le pillaban, que fuera sin bomba, sin nada. Sacó de su bolsillo la pelotita gris. «J., lo que pensarán ellos». Desenganchó de un tirón el aro y saltó el alambre. «Aprisa, antes de seis segundos». Echó hacia atrás la mano, describió una parábola, vio el punto redondo que cruzaba el cielo y se iba a perder detrás de la tapia, al torrente. Dudó unos instantes si huir o no, pero estalló entonces con potente ruido aquel objeto, sin que él viera más que una súbita polvareda mezclada con piedras y trapos que dilataba el aire, lo ensombrecía. Y después de todo, sintió un jadeo, un rumor de toses y unas voces detrás de él.

—Conque una bomba, ¿eh, chaval? Date preso, amigo —y uno de los guardias civiles, con un bigote fino, le puso la mano sobre el hombro—. Venga, y sin chistar...

Máximo se sintió entonces liberado. Mas en aquel instante, la voz de la Cucharas, detrás de la tapia, empezó a chillar:

—¡Que es mío, el bien de mi casa, que no se lo lleven, cabrones, guardias miserables! ¡Que no ha hecho mal a nadie!

—Venga, p'a alante... —ordenó el guardia, empujándole con la culata del fusil.

Entretanto, el otro le había puesto las esposas.

Máximo mascullaba algo.

—¿Qué dices, qué quieres? —inquirió el guardia más joven. Máximo, sin mirarle y, echando a andar, respondió en voz alta:

—¡J., qué bien ha explotado la puñetera!

IX

NO LE ERAN FAMILIARES ni casi conocidas las dependencias en que iba a entrar. Le sorprendió y le azoró la apariencia de aquella escalera con peldaños de mármol, lustrada por la gamuza, el pedestal de hierro bruñido, reluciente, sobre el que una mano de bronce sostenía en vilo cinco globos para la luz. La mullida alfombra le agobiaba y pasó por su borde, para sentir la dureza del mármol y no estrellarse al caminar. Llegó al primer piso, a un gran rellano totalmente alfombrado, y leyó en las placas de las puertas. La del fondo, más grande y visible, decía «Gerencia», sobre el latón dorado. En el lateral ponía: «Oficinas». ¡Qué limpio todo, qué aséptico qué aturdidor! El mismo botones que le había ido a buscar dio con los nudillos en la puerta del apoderado y la abrió, para que entrara.

Lentamente, con timidez, traspuso el umbral. La figura de aquel jefe de gafas montadas al aire no se había inmutado al sentir que la puerta se abría. Estaba revisando unos papeles; lápiz en mano, punteaba en columnas de cifras moviendo los labios con medio susurro. Sin incorporarse y sin mirar más que a los papeles, le hizo señas de que se sentara.

—Discúlpeme un instante.

Pero Feliciano siguió en pie. En aquellos breves momentos sintió, como una oleada, cierta irritación hacia la frialdad de los hombres que repasan cifras en una columna de números y que olvidan que quien está delante de ellos, calzado con alpargatas, dándole vueltas al magín, absolutamente a merced de quien le contrata, es también un ser humano, capaz de tener dignidad. No, no se sentaba.

Dio un vistazo a la habitación. Detrás de la mesa del escritorio del apoderado había una caja de caudales de grandes dimensiones, que en aquel instante estaba entreabierta. Pero así como se regodeó en sus iras sordas contra el clan burgués, sintió que algo le alejaba de esos pensamientos simplemente anarquistas. La actitud del hombre y, sobre todo, la situación de la puerta de la caja, eran signo de confianza. Pensaba en esto cuando Llobet se volvió hacia la caja, la cerró con llavín, dio varias vueltas al botón para que se perdiera todo rastro de la inseguridad en que había estado unos instantes antes, y afrontó al obrero.

—Siéntese, Feliciano... Feliciano Martín Ruiz, ¿no es eso? —dijo consultando una ficha que tenía delante.

Luego llevó el índice y el pulgar hasta las pinzas de sus lentes, los desabrochó y descolgó, sacó un papelito y se puso a frotar los cristales con él, al tiempo que, con mirada miope, desacostumbrada, que le daba un rictus especial, observaba con fijeza al obrero.

—Usted es amigo de ese muchacho —y miró otra ficha, después de haberse colocado de nuevo parsimoniosamente sus gafas otra vez, apuntalándolas con un

sesgo rápido de los dedos—, llamado —dudó un instante, acercando más la ficha— Máximo García Expósito, quien entró a trabajar aquí por recomendación de usted.

Feliciano no contestó.

—Usted se hizo responsable de su máquina en la mañana del veintidós de agosto último. Y además, hizo como que firmaba por él al entrar ese día.

—Me equivocaría de casilla.

—No; porque la suya está llena de su propia firma.

—Tendría la mano suelta ese día. ¡Qué sé yo...!

Empleaba sin darse cuenta la dialéctica de los interrogatorios judiciales, sin duda por el tono inquisidor y policíaco que, también sin darse cuenta, empezaba a usar el apoderado. En cuanto se dio cuenta, cambió de actitud.

—Es verdad, me pidió que le ayudara en esa pequeña trampa. Su mujer no estaba buena ese día y la acompañó al chiringuito, a la consulta. Luego se vino aquí.

—Eso es seguramente lo que usted cree. Pero ese día se cometió en la calle de Salmerón un atraco. Y al día siguiente se encontró entre los fardos una pistola de marca «Star», como las que usaron allí. Justamente la policía le quiere hacer a usted unas preguntas relacionadas con su firma en los partes de entrada y en su colaboración con él, al encargarse de su máquina.

Volvió a quitarse las gafas, pero sin limpiarlas. Las dejó sobre la mesa.

—Créame, lamento lo que ocurre.

Feliciano irguió su cabeza y le miró con rencor.

—Lleva ya cerca de quince años en la fábrica y el señor Rius sigue teniendo el criterio de que ella es una gran familia. Respecto a usted, siente una especie de consideración y afecto —dijo sin titubear, arrancando esos términos de las despedidas en la correspondencia comercial—. Lamento lo que ocurre —insistió Arturo.

Pulsó un timbre dos veces. Se abrió la puerta y entró un muchacho rubio, de baja estatura, macizo y fuerte, con el pelo revuelto.

—¿Bien, ya está ahí? —preguntó maquinalmente, situándose ante la mesa de Arturo y mirando a Feliciano—. Soy el agente Riera —dijo, levantando su solapa como los policías de las películas—. Ya te habrán dicho que necesito hacerte unas preguntas.

—En ese caso, yo les dejaré mi despacho. Tengo algo que hacer en la gerencia. Por favor, sea breve —dijo, dirigiéndose al policía—. No hay nada más molesto que lo que me ha pedido.

Se levantó de su asiento, cogió las gafas, se las colocó en su sitio y salió, llevando en la mano unos papeles. Cerró la puerta tras él y escuchó la voz fuerte del agente, que se dirigía en catalán al sospechoso.

Cuarenta años de libros de caja, de escandallos, de giros bancarios, de descuento crediticio, de balances de situación; de ir punteando al lado de las cifras y de colocar sobre el gráfico victoriosos alfileres con el índice de producción. Su vigor volvía a renacer, tras el incidente de la encuesta policíaca. Junto al ventanal de máquinas, en

el muro del saloncito de espera que debía cruzar para entrar en el despacho de Desiderio, Llobet separó un momento a observar. En mitad de la nave estaba la máquina de Feliciano, en la que trabajaba antes con Máximo. «No importa, las demás van marchando, y eso es lo que cuenta. No hay más filosofía que esa: orden y trabajo».

Y se dispuso, como los protagonistas de un drama, a entrar de nuevo en situación. Otros eran sus quebraderos de cabeza que las cuestiones ajenas a familia y trabajo. Y justamente estaba preocupado por algo que afectaba a una y a otro. Cierta error de su hijo, una ligereza seguramente provocada por la inquietante agitación en que vivía de unas semanas a esta parte, y que había perjudicado enojosamente su rendimiento en el trabajo. Si el jefe, don Joaquín, se hubiera incorporado ya a la gerencia, la cuestión hubiera sido más sencilla; seguramente le habría llamado la atención en su despacho. Pero ¿cómo confiar en que Desiderio aprovechara la circunstancia para llamarle al orden?

Dio con los nudillos en la puerta del despacho. Desiderio estaba tras su mesa, hojeando en un libro.

—Bien: aquí están las partidas de Balasch —dijo, al entrar, tendiéndole unos papeles—. Efectivamente, fue un error. Se le facturaron las panas sin descontarle el rappel que tenía a su favor, de las compras del anterior semestre. La culpa es de Miguel, mi hijo, que se confundió, en parte porque el pobre Maluenda lleva muy retrasado el libro de las cuentas corrientes. Yo pensaba poder tener listo el balance de situación para fines de mes, pero... Desiderio recogió rutinariamente los papeles y les echó un vistazo. Llobet esperaba unas órdenes, una decisión sobre ello.

—¿Qué hay del policía? Creo que se ha extralimitado al permitirle entrar aquí a indagar. Si quiere, que detenga a quien crea, pero para los interrogatorios está la Comisaría.

—Tiene usted razón. Me ha prometido que sería un instante. Y además, le he exigido que si había que detenerle no fuera aquí.

—Están resueltos a dar la batalla de una vez —expresó Desiderio, medio sentándose en el borde de la mesa de gerencia y sosteniendo displicente su cigarrillo en la mano—. Desde antes del verano han planteado la batalla. Quieren acabar con la FAI, esa lacra murciana de Cataluña. Lo que pasa es que estos tienen muchos arrestos.

—No creo que Feliciano sea de la FAI —dijo el apoderado—. Es un hombre de ideas, pero nada más. Tiene dos hijas...

—¿Y eso qué tiene que ver? —inquirió jocundo Desiderio. A Llobet le desbordaba esta disquisición. Carraspeó levemente y se atrevió a insinuar algo que salía plenamente de su esfera.

—Si me permite... Mi chico... Ese error que ha cometido debiera ser causa de... Es decir. Hace tiempo que se descuida. Si usted quisiera llamarle y... En fin, merece una lección. Su trabajo, lo primero...

—¿Por qué? ¿Qué le ocurre?

—Usted sabe... Tiene en la cabeza otras cosas: políticas, excursiones, qué sé yo...

Desiderio observó a aquel buen padre apesadumbrado, como si se le viniera encima la amenaza de un negro porvenir.

—Pero todo el mundo puede equivocarse.

—En fin, creo que si usted le hablara... Su padre lo hubiera hecho ya.

La evocación del ausente se convirtió en exigencia para los dos.

—Bien, pues... Dígale que venga.

Arturo, que ahogó un suspiro de agrado, hizo una leve inclinación de cabeza.

Se retiró resueltamente.

A Desiderio le distraía la parla amena y entusiasta de Miguel Llobet, su manera directa y sin matices de enjuiciar las cosas de la vida en las ocasiones en que había charlado a solas con él. A través de esas tumultuosas explicaciones, Desiderio obtenía una panorámica no solo del carácter del joven empleado, de sus aficiones e impulsos, sino de todas las gentes de su generación y del ambiente de la calle. Miguel Llobet era miembro de un *esbart* de sardanas, que había ganado tiempo atrás un importante concurso. «Era cuando la Dictadura, que nos daban algún palo —explicó un año atrás a Desiderio—, aunque yo era muy chico entonces». Y seguía contando, sin parar. Era asiduo a los conciertos de la Banda Municipal los domingos por la mañana. Leía *Mirador*, revista intelectual de altura. Una pequeña parte de su presupuesto lo destinaba a la formación de su pequeña biblioteca. El libro que hasta entonces más le había impresionado era *El roig i el negre*, traducido por Just Cabot. Lo había leído por lo menos cinco veces. Se había suscrito a los cuadernillos, que aparecían por entregas, del diccionario de Fabra. Era, además, socio del «Centre Excursionista de Catalunya» y estaba preparando, sobre unos mapas, el itinerario de una escalada que, con unos compañeros, harían en el Pirineo cuando gozaran de largas vacaciones.

A raíz de las confidencias esbozadas por Miguel en el despacho del hijo del amo, Desiderio entabló con el hijo del apoderado una relación más frecuente, que traspuso los muros de la fábrica. En los meses sucesivos, con los comentarios que, a menudo, Miguel Llobet hacía de la conducta de los políticos y que delataban su filiación y sus sentimientos derivados del ambiente de los clubes y centros populares y de la lectura de los periódicos, Desiderio podía volver a compulsar — relacionándolo con las conversaciones que en aquellos meses mantenía con Nicolás Borredá— el auge poderoso de nuevas ideas y la existencia de un modo de pensar distinto al que se manifiesta en los círculos y en las familias de su condición. Esa manera de enjuiciar los hechos era la misma que sentía expresar en las tertulias del «Colón» y coincidía con la ironía y la acidez de los comentarios de los escritores y poetas que tomaban su último *whisky* en el «Pingüino», de madrugada.

Miguel Llobet quedó asombrado cuando se enteró de que Desiderio Rius y Nicolás Borredá eran íntimos amigos. Le admiraba más como articulista —confesó

en aquella ocasión— que como político. Le entusiasmaría poder acercarse a él un día. Nada más fácil, según Desiderio. «Pero — añadió—, ¿qué piensa su padre de los discursos y de los artículos de Nicolás Borredá?».

—No creo que los lea. Mi padre es un hombre un poco... de aquel tiempo, ¿sabe? No se preocupa de esas cosas. Me dice que pierdo el tiempo con tanta lectura.

Lo cierto era que Desiderio había empezado a sentir un afecto e incluso una especie de envidia admirativa hacia el hijo de Llobet. Un día, inesperado por parte de Miguel, le invitó a que le acompañara a la tertulia del «Colón», antes de la cena. Aquel día no estaba Nicolás Borredá, pero no faltaban cierto número de escritores con firma en los diarios. Al observar a los demás y al escuchar la conversación viva en torno a los veladores, sobre la política, la literatura, Miguel se sintió inmerso en un mundo nuevo, que coincidía con sus anhelos.

En adelante Miguel Llobet alternó su trabajo como empleado en «Tejidos Joaquín Rius» con su vocación literaria. En un par de crónicas su estilo se fue despojando de retórica y adaptándose al tono del periodismo vibrante. No hacía artículos políticos. Era el cronista literario de una revista nueva que se llamaba *L'Empenta*.

La redacción estaba instalada en dos habitaciones con balcón a las Ramblas y, a la hora de la reunión, por las tardes, a la salida de los despachos, llegaban hasta las mesas y las máquinas de escribir del cenáculo los ruidos, el griterío de los voceadores de periódicos, el claxon de los automóviles, los campanillazos de los tranvías, junto a una emanación del bullicio popular, de multitud trashumante.

Desde el balcón de *L'Empenta* las Ramblas ofrecían a aquellas horas la faz de una democracia humana que se abalanzaba sobre las rotondas de los cafés, que se infiltraba en las esquinas con ideas dispares, vigorosas y atrevidas, con reacciones relampagueantes, que el titular de un periódico de la noche podía cambiar de un minuto a otro. Se hablaba en voz alta y con vehemencia, en las esquinas, en grupos, a la luz de los escaparates, o en el centro del paseo, de espaldas a las flores. Un sabor acre a alquitrán y un fragor impreciso llegaban a veces, con una ráfaga, de lo hondo de las Ramblas, de su desembocadura portuaria. Había una vibración indecisa de las sombras, en la desindividualización de las masas. Miguel Llobet escribía a máquina sus artículos, a pesar de esa baraúnda que tal vez le sirviera incluso de acicate, puesto que le daba la impresión de que sus ideas nacían de la exhalación del pueblo mismo; de vez en cuando se asomaba a ver el tránsito de la multitud, un minuto, para volver a su trabajo, a concentrarse en los arquetipos de la poesía nueva, a comentar la sorprendente magia de los versos de García Lorca o el estilo, levemente afrancesado, de *La senyoreta Elsa*, de Schnitzler, recientemente traducido al catalán.

Cuando llegaban los restantes redactores de *L'Empenta*, la redacción se convertía en un hervidero de noticias. Los había de ideas irreductibles y avanzadas. La República española, pendular entre centro, derecha, izquierda, con frecuentes presiones lastimosas de elementos de orden público, con recuerdos y recuentos tan vivos como los que habían estallado en sitios lejanos, en Extremadura, en Asturias —

ahora Lerroux, después Gil Robles, más tarde Azaña—, ¿qué era esa comedia? ¿Y el Parlamento Catalán qué era, qué representaba? En lugar de ser el centro de acción de la Cataluña libre, ¿qué era el Parlamento Catalán? Ahora se disputaban entre ellos la sucesión de Maciá, y en esta carrera la que iba a llevarse la bandera sería la carroña burocrática. ¡Pobre Cataluña! Y Gaspar Devesa, nervioso y fornido, de ojos fulgurantes, que hablaba sin cesar, con arrojo, y que era quien así se expresaba en la redacción del semanario, concluía: «Somos distintos, no tenemos nada que ver con todo eso. Nosotros somos separatistas, mejor dicho, nosotros ya estamos separados. Nosotros somos “L’Estat Català”, como hemos sido antes en la historia, como no hubiéramos dejado de serlo nunca si el militarismo y la política no nos hubieran envuelto con este hálito de comerciantes y esa etiqueta de fenicios que tan bien parece que les sienta a algunos. ¡Basta! Tenemos que actuar por nuestra cuenta».

Había aquella tarde en la redacción un hombre sensato, no mucho más viejo que Gaspar Devesa, pero con la autoridad que lleva implícita el buen juicio y la experiencia: era Narciso Guimerans, conservador, ponderado y trasegador de redacciones y tertulias.

Narciso Guimerans, rebatió con pausa, pero vehementemente, la posición de Gaspar Devesa: «No hablemos de ideales. De lo que se trata ahora, lo que pretenden —y os arrastran a vosotros— es el destruir la configuración natural del sistema de la propiedad rural, que no voy yo a decir si es justo o injusto, pero que es la esencia misma del país en que vivimos. Piensa bien, Devesa. Es muy fácil levantar una bandera, pero antes hay que saber por qué...».

Miguel Llobet estaba perplejo, indeciso. A él solo le afectaban las ideas globales, los impulsos. Pensar demasiado no era patriótico. La patria no se calcula, se hace. Pero en aquel momento Narciso Guimerans cogió su sombrero —un sombrero raído y mojado por las lluvias de cinco inviernos, que se encasquetaba de golpe como una funda de su propio cráneo insobornable— y dijo: «Todos tan amigos, pero no voy a poner los pies aquí. Creía que íbamos a hacer algo de provecho, pero me he equivocado. No vais a hacer más que el juego de una revolución completamente inútil. Yo no gasto mis pobres sesos para eso... Adiós».

Y volvió la espalda a todos y se marchó.

—¿Qué pasa, Miguel, qué le ocurre? Su padre está quejoso de su trabajo aquí, y acaba ahora de dejarme la factura de Balasch, que ha sido inconformada por su culpa.

—Bien, bien... —protestó el otro—. La culpa no es toda mía. El señor Maluenda no tenía al día el libro de cuentas corrientes.

—Siéntese y hablemos un rato —ofreció, ante la vehemencia de Miguel en justificarse—. Dígame cómo está todo. Su padre me dice que habla usted mucho de política.

—No... Ya sabe cómo piensa mi padre. Para él todo es política. Lo nuestro,

precisamente, es la antipolítica.

—Pero ¿qué hay de nuevo? ¿Continúa con el grupo de Devesa?

—Más que nunca.

—¿Qué hacen?

—Esperamos, esperamos, pero no ha de tardar mucho. ¡Si no fuera por la indecisión, la cobardía y las intrigas alrededor del presidente!... Y este intenta escurrir el bulto. Pero nosotros estamos preparados. Puede ser esta semana, la otra, hoy, mañana...

—Bueno; no llegará la sangre al río. Lo que sí llega al río es lo que ya vivimos. Atentados, atracos... Como siempre.

—Bien —cortó el joven, poco convencido por la neutralidad de su jefe y amigo—. Usted no cree en eso, pero ya verá. Óigame: ¿manda alguna cosa más? Lo de Balasch quedará arreglado esta misma tarde.

A Desiderio no le ofendió esa manera expeditiva de reaccionar de su joven empleado. Pero le extrañó. ¿Qué le pasaba, en efecto, a Miguel Llobet?

—No; no mando nada más. Puede retirarse.

En realidad, lo que le pasaba era que solo estaban pendientes de la fecha. De esa fecha destinada, según creían, a modificar la historia de Cataluña, dueña por fin de su libertad.

Salió del despacho en cuanto sonó la hora. Corriendo, se encaminó a la Redacción. Solo estaba allí un jovenzuelo, a quien se encomendaban las tareas de corrección de pruebas. Le dijo que Devesa había salido urgentemente hacia el Centro de Dependientes del Comercio y de la Industria, porque se había acordado lanzarse a la huelga general al día siguiente.

A Miguel Llobet, esta noticia le sobresaltó y le infundió energía.

Sobre todo, era preciso ir en busca de Devesa.

Pero en cuanto llegó al Centro de Dependientes, Devesa ya se había marchado. Allí reinaba un ambiente convulso. Al día siguiente, huelga general. Las dependencias del local, sito en la desembocadura de las Ramblas, bullían de muchachos, que trasegaban por las oficinas y saloncitos. Los timbrazos del teléfono eran constantes en la conserjería. Pero, defraudado, Miguel se encaminó hacia el Palacio de la Generalitat.

En el Patio de los Naranjos y en las antesalas de los despachos reinaba un ambiente casi normal. Únicamente en los ángulos del salón central unos grupos parecían sofocar sus voces cuando se acercaba algún desconocido. Le pareció que las noticias del Centro de Dependientes eran prematuras, erróneas o infundadas. En realidad, ¿qué iba a ocurrir? Y ¿dónde estaría Gaspar Devesa?

Necesitaba recapacitar, quedarse a solas, andar por Barcelona, absorto en sus divagaciones, mientras atardecía. Había un presagio de lucha, una atmósfera inquieta en la ciudad.

Por las Ramblas, llegó de nuevo hasta Atarazanas. La visión del puerto era triste y

sombría. Ese puerto llegaría a ser lo que había sido en siglos anteriores: la perla del Mediterráneo. De él había salido la hueste de los que lucharon en Grecia y los bajeles de los reyes de Sicilia. Allí habían formado las escuadras de los que batallaron en Argel. Sí, la vida había cambiado, pero por lo mismo soñaba con un puerto humeante y sonoro que viera entrar y partir a los grandes cargos y a los buques de comercio hacia todo el mundo. Entonces ondearía otra vez en los mares, tiznada de carbón y emblema de riqueza, la bandera catalana, dorada y roja sobre el azul del mar. Hoy, el aspecto del puerto era lastimoso. Apenas unos bajeles anclados junto a los muelles sin vida. Las grúas inmóviles eran prehistóricas figuras muertas. En el charol de las aguas se balanceaban cuatro insignificantes botes de pesca. Los tinglados abiertos no almacenaban más que fardos sueltos, detritos de la vida comercial. Y se oía pitar al fondo, lúgubrementemente, una gasolinera.

Los hombres que blasfemaban y bebían en las tabernas, que jugaban a los naipes, eran los descargadores en paro. Incrustados de refilón en la vida autóctona del país, contribuían a frustrar, a impedir el impulso legítimo de la tierra. Forasteros hambrientos y sin raíz, pensó Miguel. Y al volver, el aspecto de las Ramblas sí era distinto. Bullía la vida. Pero era una vida superpuesta, la de los vendedores de lotería, las prostitutas, los nómadas de otras zonas, los funcionarios que no trabajaban por la tarde y que llenaban los veladores de los cafés con solo un interminable café con leche. Apenas se oía, en esa zona, hablar catalán. Frente al Arco del Teatro consiguió captar una conversación pasajera. Eran dos mozalbetes que usaban un argot casi ininteligible, bastardo, arrabalero, el lenguaje de los gitanos de Sans, procaz y viciado. Más allá, frente a las floristas, parecía clarearse el aire. Las floristas y sus clientes hablaban musicalmente la lengua catalana con una limpieza que se transparentaba en realidades vivas del espíritu, en aforismos populares, en la transacción de los regateos. Sus voces eran bellas y afinadas, como impregnadas del perfume de sus mercancías y salpicadas, como ellas, de rocío y frescor.

Torció por una calle lateral para dirigirse a su casa a tiempo de la hora prevista para la cena.

Cuando entró, besó a su madre, que había ido a abrirle, como todos los días. Arturo, su padre, estaba en su pequeño despacho revisando las cuentas domésticas del día. Prefirió no verle aun. Faltaba un rato para la cena, salió al balcón que daba a la Ronda de San Antonio, quedó acodado en él, henchándose de brisa nocturna. El resplandor de la ciudad se diluía en una neblina roja, evanescente. En la calle, en aquel tramo de la Ronda que se había cansado de mirar cuando era chico, que llevaba desde entonces impreso en la retina a través de los hierros de la baranda del balcón entre los que se metía su rostro de niño, el aspecto no difería en nada con el de cualquier otra de las jornadas; el eco calmoso de los escasos transeúntes y el golpeteo de los palos de los vigilantes nocturnos que se dirigían ya a sus puestos. Miguel Llobet se sentía el ánimo lleno de exaltación, de su ir y venir, del juego de ideas nuevas, de las emociones de aquellos días «Hábito de comerciantes y etiqueta de

fenicios», y recordó el ardor de Gaspar Devesa: «¡Basta! Nosotros somos “L’Estat Català”, siempre lo hemos sido...». Los versos de Verdaguer afloraron solos a la memoria:

*Pàtria; et donà ses ales la victoria
com un sol d’or ton astre va llevant.
Llença a ponent el carro de la glòria.
Puig Déu t’ampany, O Catalunya! avant.*

¿Por qué no iba a ser así? Ahora se vislumbraba, pese a los agitadores y vividores de la política, en los umbrales de la historia, de cara al porvenir, el alcance de una gesta emancipadora. Cataluña, la sufrida, la hermosa, la heroica, la hermética y cultivada Cataluña debería llegar a ser soberana, independiente, un pueblo que, efectivamente,

...estima y avança donant-se les mans.

Recordaba las cimas del Puigmal, desde donde se vislumbraba la extensión de su tierra, el agua que se estrellaba contra las rocas de Santa Cristina; el azul transparente del estanque de Bañolas, los riscos del Canigó. Veía el verde plateado de los encinares del Montseny, de los que se desprendía, de pronto, con un rumor, un vancejo multicolor en la mañana soleada; los frondosos interiores de Tossa, las corrientes escondidas entre los juncos y el rumor de las fuentes; los crepúsculos del Vallés, junto a las rieras en las que zumbaban los insectos. Las ermitas, los ancianos puentes, los caminos que había recorrido a pie, las cascadas de Nuria y la esmeralda viviente de los prados de Olot. Veía los pueblos alejados, colgados en la cumbre del Pirineo, y la espuma de los torrentes del Valle de Arán. Y también los cenobios de Tarragona, el vaho de historia y de leyenda de Santes Creus, el sonido de las campanas de Poblet, el oprobio de las tumbas reales destrazadas. Y otra vez el rumor del mar en los acantilados y el de las esquilas de invisibles ganados entre la maraña de fronda de las Guillerías. Y viejas masías, hasta las que llegaba el arado y en las que hervía la sopa caliente. Y campanarios rectangulares y altísimos en valles escondidos y montañas soberbias...

*Els catalans que hi munten estimen més llur terra
veient totes les serres vassalles de llur serra
veient totes les testes al peu de llur tirà...*

Acalló de pronto los líricos rumores de su divagación. Su padre acababa de acodarse junto a él en la baranda. El brillo de sus gafas destellaba en la noche. En los

ojos de Miguel se patentizaba la fiebre poética y patriótica. Los de Arturo, en cambio, eran inexpresivos ahora. Más bien delataban cierta ternura, casi compasión.

—Tienes cara de cansado. ¿Por qué has salido con tanta prisa?

—Bien, he estado un rato en la Redacción, luego he ido a dar una vuelta por las Ramblas.

Miguel se inventó, por no alarmarle con su excitación, que probablemente obtendría que un amigo del señor Rius el joven, llamado Borredá —y a Arturo ese nombre le sonó de la lectura de los periódicos— probablemente financiaría la edición del semanario en que escribía. Además, organizarían una sección de excursionismo desde el mismo periódico para formar escuadras con material, con tiendas...

—De esa República, ya te lo dije el día que la proclamaron, no saldrá nada bueno —interrumpió de pronto, con severidad, Arturo—. Ya ha habido sangre, pero aún la habrá más.

Pensó Miguel que seguramente hablaba por cuenta del viejo Rius, a quien en una ocasión oyó expresar los mismos vaticinios. Fue justamente el 14 de abril de 1931, ante el espectáculo fulgurante, alegre, y en definitiva democrático y cívico, de las Ramblas, en uno de cuyos cafés se habían sentado a merendar. Él, Miguel, era un chiquillo, pero aun así le sorprendió el pesimismo de aguafiestas de aquel señor tan recto, tan vestido de negro, tan apoyado en su bastón de empuñadura de plata, tan sobrio e impresionante en su barba blanca.

—No se sabe, papá —respondió Miguel con cierta sequedad.

—España no es país para esos trotes. No nos merecemos la libertad. Cada cual la entiende a su modo. Esa República acabará mal.

—Cataluña es distinta —se atrevió a sostener Miguel.

—¿Cataluña? —hubo un silencio—. A tus años, Miguel, todo se ve muy fácil. ¿Qué es Cataluña, vamos a ver?

—Un país diferente: una lengua, un paisaje, unos hombres distintos.

Arturo Llobet estuvo unos instantes sin hablar. Luego dijo:

—Confundes a Cataluña con una excursión de esas que tú haces.

Miguel se mordió los labios.

—Ese trozo de calle, la Ronda, por ejemplo, que es la nuestra y en la que tú has vivido desde pequeño, ¿es Cataluña? —inquirió.

Por aquel tramo de Ronda no transitaba nadie.

Miguel no contestó. Estaba irritado. Paladeaba, para sí, versos del Canigó.

—¿Crees de verdad en todas las cosas que has dicho en la mesa desde hace tres meses? ¿En lo de la independencia, etcétera? Llegará un día en que te darás cuenta de que los otros aprovechan tus versos, tus excursiones y tu buena fe para poner sus bombas. Creería en tus ideas si supiera que se pueden desglosar de las otras. Pero hay siempre alguien más listo que los buenos. Y esos «alguien» manejan como quieren entre los dos fenómenos: el sentimiento del país y su necesidad de trabajo. No les hagas el juego a cambio de tiendas de campaña.

Arturo le miraba, empero, tiernamente, al hablarle.

—No se puede decir nada, no se puede prever lo que ocurra. Yo creo que las cosas pasan siempre en el momento justo, sin tanta previsión —se aventuró a protestar, concentrándose.

—En efecto; el tiempo lo dirá —concluyó el padre—. Entretanto —añadió, sacando su reloj del bolsillo del chaleco—, lo único cierto es que es la hora de ir a cenar.

Miguel miró a lo alto, unos momentos, al gran plafón de estrellas deslumbrador y eterno. Era una noche esplendorosa, inmensa. Entró en el salón y siguió a su padre hasta el comedor. Su madre acababa de poner sobre el mantel la sopera humeante de la menestralía.

X

MIGUEL LLOBET NO PODÍA PRECISAR con certeza qué había ocurrido ni los pasos que había dado desde la primera hora de aquella mañana del 6 de octubre de 1934. Al levantarse como todos los días y salir con su padre a la calle para encaminarse al trabajo, les sorprendió la huelga general. El paro era absoluto: ni un tranvía, ni un taxi, nada. En la duda, Arturo Llobet, desde el teléfono de una farmacia, había llamado a la casa de Desiderio Rius. No hubo dificultad; al contrario, Desiderio Rius, que ya estaba al corriente de la huelga, se brindó en seguida a irlos a buscar —riesgo cuyo valor llegó al fondo del ánimo de Arturo— y acercarse en el coche a la fábrica, a ver qué pasaba.

Como sospechaba, en la fábrica no había nadie. Juanita, la portera, se asomó a la ventana, envuelta en un albornoz, y les aseguró que todo estaba en orden; es decir, que nadie había entrado a trabajar ni se había acercado por allí, ni siquiera el personal de oficinas. La cosa era, pues, seria y total. Preguntó luego la lozana portera qué debía decir si alguien iba. Desiderio inquirió con la mirada a su apoderado y, ante el silencio de este, contestó: «Nada, si viene alguien, que no se trabaja, ¿no le parece?». Volvieron a montar en el formidable coche de Desiderio y dieron la vuelta velozmente en dirección al centro.

El aspecto de las calles era desconcertante. La inhibición y el paro eran absolutos. Las tiendas estaban cerradas; el arrabal, solitario. Pero a medida que volvían a introducirse en el corazón de la ciudad, el aspecto de aquel paro no era el de una huelga corriente. Miguel Llobet vio a unos hombres armados, a unos paisanos con fusil que caminaban por la calle de Trafalgar y, en la esquina de la plaza de Urquinaona, unas ametralladoras apostadas.

Aquella era la ocasión que había estado anhelando Gaspar Devesa, un día y otro, desde meses atrás; aquella era la oleada popular que se extendía, que era ya incontenible: el fragor del pueblo, de todo el pueblo en vilo para obtener su independencia. No más que tres días antes, el patriota Devesa lo había anunciado febrilmente: «Si el Gobierno de Madrid no resuelve este asunto, lo resolverá Cataluña por su cuenta. Si en la solución de esta crisis de Gobierno vuelven a surgir los enemigos de Cataluña no habrá más remedio que luchar». Y Gaspar Devesa había acertado. El pueblo estaba en la calle, y había sonado la hora. Por tanto, Miguel Llobet, en aquel instante, decidió sin titubeo cuál era su deber.

Rius dejó a padre e hijo Llobet en la plaza de Cataluña, vistos los cumplidos que Arturo hacía para que no se molestara en llevarlos a casa. Al quedar solos, padre e hijo frente a frente, Miguel urdió una añagaza. A pesar de la huelga debía pasar por la redacción del semanario. Su padre le observó con incredulidad. Luego dio una ojeada panorámica a la plaza de Cataluña. Desierta en el centro, tenía apostados en los

ángulos piquetes de fuerzas armadas y ametralladoras. «Ve a la redacción, pero no te olvides de llamar. Y desde luego, a las dos en casa. La cosa es hoy muy seria».

Contestó afirmativamente. Pero presentía que no iría a casa a comer. Torció, ya solo, apresuradamente, hacia la calle Condal, en la que vivía Gaspar Devesa. Subió corriendo la estrecha escalera, hasta un tercer piso. Llamó, volvió a llamar y nadie contestó. Bajó a la portería. «Hace ya dos días que se despidió, no duerme en casa», contestó la portera. Indicio singular, convincente, de que esta vez el golpe era seguro. Así lo interpretó Miguel Llobet.

Luego recorrió todos los centros de filiación en que pudiera estar su amigo. Empleó en ello un par de horas; era ya mediodía. Ni en ellos ni en la redacción lo encontró. Pero entretanto se había impregnado del fervor creciente y popular de aquella jornada. En las Ramblas aturdiría los aires un vocerío de manifestantes con banderas catalanas. Se mezcló entre ellos. El sol quemaba. A varios de los que iban en el grupo les preguntaba si sabían dónde estaría su *leader* indiscutible, Devesa. Pero la gente no estaba para concretar a las figuras del movimiento; nadie hacía más que gritar. Y en el estruendo de voces y de vivas él se sintió muy pronto inserto en la muchedumbre, partícipe de su común hervor. «A la plaza de la República, vamos allá». Como una riada enorme e incontenible la manifestación se desvió por la calle de Fernando y, mucho más nutrida, se acercó a la plaza presidida por el Palacio de la Generalitat. No cupo ya entera aquella muchedumbre en el rectángulo de la plaza. El sol era hiriente y la oleada humana se bamboleaba como un globo a la deriva. Los gritos arreciaban en mil gargantas. Para aplaudir era preciso arrancar los brazos de la compacta piña de cuerpos, con riesgo a no poderlos volver a bajar. «*Catalunya, Catalunya, avant!*».

Mucho rato anduvo luego Miguel Llobet por los antedespachos y los pasillos de Gobernación. Iba de un sitio a otro en el vasto edificio. En algunas de las dependencias, paisanos armados le cerraban el paso. Pero mostraba su carnet de colaborador de *L'Empenta* y entonces le dejaban entrar.

Hacía ya rato que debería haber llamado a su casa, pero no se sentía con ánimo de hacerlo. Eran más de las tres de la tarde. Sabía que su padre le exigiría que lo abandonara todo, esa locura del movimiento que se fraguaba; y eso él no estaba dispuesto a consentirlo. Alguien, alguien habría que le sacara de su impaciencia y de su apuro. Pensó entonces, resueltamente, que lo mejor era sencillamente introducirse en el despacho del propio delegado, como fuera, y ponerse a su disposición.

Los pasillos del antedespacho del delegado bullían de gente; unos armados, otros como si nada ocurriera. Los ujieres parecían no existir. Los comisionados se abrían paso por su cuenta. Siguió a uno de los grupos. En una antesala isabelina discutían acaloradamente varios *escamots*, con uniforme color de oliva. Se acercó a ellos y les preguntó por Gaspar Devesa. Uno de ellos le dio una referencia: estaría en el Centro

Autonomista de Dependientes, en las Ramblas. Oyó cómo después, en voz más baja, uno de ellos inquiría: «¿A las ocho, seguro?». Pero en aquel momento alguien tocó su espalda. Se quedó mudo, pues la presencia de quien a él se dirigía había producido cierto respeto entre todos los demás. Era, llameantes sus melenas y brillantes sus ojos negros, Nicolás Borredá. Le cogió amistosamente por el brazo y se lo llevó con él, a un ángulo.

—Chico, te voy a dar un buen consejo. Vete a tu casa antes de las ocho y no te muevas de allí.

—Pero ¿por qué? Yo quiero luchar.

—Estimo mucho tu valor. Pero te voy a decir algo que nadie más sospecha y que a nadie le diría. Y es lo siguiente: por lo que he podido ver, todo el mundo manda y, por tanto, no manda nadie. Es una moneda al aire, pero una moneda peligrosa. De todos modos, si quieres algo de mí, yo estaré en la Generalitat pase lo que pase. Adiós, chico, y hazme caso.

¿Cómo podía hablar así un hombre que había sido de los primeros en formular desde su periódico la protesta por lo que ocurría? ¿Cómo se puede desatar la revolución y luego, llegada la hora, no saber qué hacer con ella? En lugar de aplacarse, lo que hizo Miguel fue salir apresuradamente de la antesala a la calle. Estaba ya cansado de tanto caminar y de las emociones de la jornada; por tanto, era la hora de encontrar a Gaspar Devesa. Entonces se dio cuenta de que no había ido a su casa, de que no había avisado a nadie y de que hacía rato que debería haber comido. ¿Qué importaba? Pasó ante Capitanía y ante el Gobierno Militar. En el reloj daban las cinco. Nada denotaba allí que algo extraordinario ocurriera en la ciudad. Torció hacia las Ramblas y, cerca del Arco del Teatro, entró en un portal. Era el del Centro Autonomista de Dependientes del Comercio y de la Industria. Volvió a mostrar su carnet.

—Quiero ver a Devesa. Soy amigo suyo.

Forcejeó y se abrió paso.

El entusiasmo que él mismo sentía, su fiebre patriótica hallaban un eco en aquellos grupos de jóvenes que iban y volvían en remolino por los estrechos pasillos del local. Quienes allí estaban no dejaban de sopesar la importancia estratégica —o como se llamara, que ellos no entendían ni querían entender de léxico militar— de la situación en que se hallaban.

La atmósfera de rebelión estaba encendida, caldeante. Todos los hombres iban armados. En todos los rostros se advertía el frenesí, la impaciencia, el nerviosismo que precede a la lucha. Le señalaron un lugar al final de un pasillo. Por la puerta entreabierta vio, conversando con otros dos jóvenes, a Gaspar Devesa. Abrió la puerta y entró.

Cosa curiosa. Devesa, que fulguraba en los días corrientes, estaba tranquilo, pausado, coherente, se diría que por encima de todo entusiasmo. No obstante, sobre la mesa tenía un plano de Barcelona, con zonas señaladas en lápiz rojo. Vio a Miguel y

le sonrió.

—Ya sabía que no faltarías.

—Me pongo a tus órdenes.

—No te quiero aquí. A las ocho, el presidente proclamará la República Catalana. Llegarán refuerzos de toda Cataluña. Es preciso que os concentréis como fuerza de reserva en distintos lugares: unos en el Coliseum —y observó, señalizándolo, el mapa que tenía delante—, otros en el Novedades. Y otros... aquí, en el Olimpia. Allí habrá armas. No tenéis más que esperar órdenes. La radio os las dará.

Se apartó de la mesa y dio un abrazo a Miguel. Este se sintió de pronto infundido de un valor insólito. Era como si de nuevo estallaran en su interior todos los prodigios y los privilegios étnicos de su solar y de su sangre.

Y recorrió Barcelona, en espera del tiempo que todavía faltaba para la hora histórica.

La tarde iba cayendo sobre los puestos de flores, totalmente vacíos. Miró a las casas de la vecindad; observó, aquí, allí una mujer y otra que, mirando al desgaire a la calle, cerraban ventanas y postigos; prematuramente, puesto que no era de noche aún. Pensó en su casa, en su madre, y estuvo a punto de torcer por una calle lateral y dejarse de todo aquello. Pero de lo hondo de un mostrador de bar surgía la voz del altavoz de radio. Tocaban una sardana, y después otra. Y el locutor dijo, de pronto y recalcó: «Atención, atención: a las ocho, el presidente de la Generalitat dirigirá una alocución trascendental al pueblo de Cataluña». Miguel estaba nervioso. «A las ocho, a las ocho». Pidió algo que no había bebido en su vida: pidió un coñac y lo bebió casi de un sorbo.

Era preciso apresurarse. Caminó ahora con rapidez, por la calle del Hospital. Le dolían los pies. No tardó, empero, en llegar al Olimpia. Aquel era su cuartel general. Desde aquel lugar, cerca de su casa, tendría que partir para la lucha.

Pero ya en la esquina, con su inconfundible figura obesa y reposada, con la noble frente cubierta por el sombrero que parecía chorrear todavía lluvia por todos sus alones, apareció impávida, en las primeras sombras nocturnas, la figura inconfundible de Narciso Guimerans. Era él quien había dicho una tarde: «Es muy fácil levantar una bandera, pero antes hay que saber porqué...».

Casi se topó con él. La sonrisa benévola de Guimerans era siempre la misma, bondadosa y comprensiva. Fumaba siempre sus cigarrillos liados de tal modo que cuando le quedaba solo la colilla entre los labios, aún había residuos de papel inicial al final de una espiral marrón y quemada; por todo ello, su chaleco estaba siempre lleno de ceniza que, en lugar de expulsar con la mano, aplastaba con unos golpes que no hacían más que dejarla allí para siempre. Así era Guimerans, siempre el mismo. Y aturdió a Miguel aquel encuentro, precisamente aquel.

—Ya ves lo que hacen —dijo aquel desaliñado sabio—. Ya lo ves; quieren guardar el orden con el desorden; quieren la autonomía y la desharán; en una palabra: quieren gobernar y no saben...

—Pero... Es la hora de actuar. El peligro es contra Cataluña —afirmó Miguel con vehemencia.

Guimerans aplastó contra su abdomen un poco de ceniza recién caída.

—No te puedo dar consejos, porque a los jóvenes no hay que darles consejos, sino lecciones. De todos modos, estate tranquilo. Más tarde llamaré a tu casa para que sepan por lo menos dónde estás. Tu padre me ha llamado hace dos horas. Yo les diré dónde estás.

Por un instante la faz de Miguel cambió de color, enrojeció levemente; pero luego, de un modo resuelto, cruzó la calle y entró en el gran local del Olimpia.

Lejos de allí, don Sebastián, en su silla de ruedas, con la yema del dedo pulgar, temblorosa ya e indócil, estaba dándole los toques a una estatuilla de barro en el zaguán de la casa solariega del «Coll», bajo el torreón románico que la destacaba de cualquier otra de las casas del Llano. Era un viejo increíblemente blanco, sobrecargado por la blancura de sus espesas cejas, de su bigote y de sus barbas revueltas, y por la blanca blusa manchada de barro que se ponía para trabajar. Atardecía ya cuando aparecieron en el umbral Joaquín Rius y su nieto. Al principio ni los distinguió. Entornó con dificultad sus ojos a contraluz y solo le sacó de su cavilación y de su sorpresa la voz del nieto de Rius, que le decía: «Don Sebastián, le traigo hoy al abuelo. Ya verá qué hombre y cómo se harán amigos en seguida».

No era una forma demasiado prudente de presentar a dos hombres cuya vida conjunta sumaba más de siglo y medio; pero, en fin, los muchachos son así de extravagantes, y el viejo escultor campestre se movilizó con extrema lentitud y dificultad en su silla de ruedas, dispuesto a hacer, en cierto modo, unos sumarios honores a la inesperada visita.

Carlos se acercó al viejo y este le dio unos cariñosos golpes en la nuca. Después se excusó con Joaquín, al no darle la mano. «Mire cómo las llevo», explicó, mostrándoselas sucias de barro. Se apartó del pedestal en el que estaba la estatuilla a medio terminar y ofreció asiento a Joaquín Rius en una mecedora.

—Estoy solo, completamente solo —comenzó— y no puedo ofrecerles ni un mal vaso de vino. Mi mujer murió hará ahora tres años. Con ella era distinto. Ahora tengo, aquí al lado, a los colonos. Son padre e hijo. No hay mujer en la casa. En esta histórica tierra, si hubiera que juzgar por mí, todo va al revés: yo no pido cuentas a mis colonos. La pareja me sirve el almuerzo y la cena, y en paz. De hecho, ellos son ya los dueños. Harán de mí lo que quieran; le he pedido al párroco que, cuando yo muera, me entierren en tierra sagrada. Supongo que lo hará. Pero hoy estoy solo. El padre y el hijo se han marchado. Han cogido el carro, y abur. No sé si volverán o no. ¿Saben adónde iban? —y bajo las espesas cejas blancas inquirió con mirada de acero a Joaquín Rius—. Iban a hacer la revolución. Me lo han dicho, tal como suena —y estalló una sonora carcajada.

Joaquín Rius estaba totalmente desconcertado. No sabía si el viejo hablaba en serio o si aquello era uno de sus modos de bromear. Observó al viejo y luego a la figura, una hermosa figura femenina esbozada en el pedestal. Algo extraño fluía en el ambiente. Cierta grandeza paranoica dentro de unas hechuras clásicas, solemnes y antiguas. En las paredes había toda clase de objetos exóticos, mascarillas y amuletos aztecas, colmillos de marfil, junto a cedazos y canastas campestres y multitud de estatuillas de barro, destellos de una vida desorbitada, acorralada ya en aquel ilustre y antiguo ámbito de señorío rural.

—Me hace falta ella, ¿sabe usted? Ella dominaba esta casa, que era la suya. Pero murió. Ella era payesa, sí. Ella tenía el sentido de la tierra. Yo he sido un aventurero y un mal artista. Si ella estuviera aquí hoy no hubieran marchado esos a hacer la revolución, no, de ningún modo. Era una «pubilla» con arraigo, y como era del campo sabía mantener el sentido de jerarquía propia de la masovería. El señor, señor; y el siervo, útil. Pero ¿qué quiere que haga yo, en esa silla, sin poder moverme? Además, ya no miro a la tierra; la toco. La toco todos los días intentando darle forma. No lo he conseguido. ¿Y para qué? Esos dos, padre e hijo, ¿para qué quieren la revolución? A mí, el respeto y satisfacción de los derechos reales; pero ellos tienen el disfrute íntegro de las cosechas, la seguridad de un porvenir firme. ¿Qué más quieren?

—Pero... Eso de la revolución... ¿Qué es lo que han dicho? —preguntó Joaquín.

—Ya llevan días hablando de eso. Han estado escuchando una radio que tienen y se han ido.

Fue como una revelación para Joaquín Rius. Aquella tarde le había extrañado cierta agitación en el valle. Al pasar por una de las masías contiguas, con Carlos, camino del «Coll», una mujer, con chanza pero malintencionada, había dicho a su nieto: «Carlitos, piden hombres, ¿por qué no te vas tú?». Y había sentido escapar del interior de la masía los sonos roncós de un altavoz de radio con gritos desacostumbrados. En su propia casa, Santa María, había ocurrido algo sorprendente: la visita de un exaltado del pueblo, de un tal Mateu, un ser cargado de ideas luminosas sobre el hecho, discutible, de que «la tierra es del que la trabaja». Algunos de los colonos le escuchaban embelesados. Y ahora relacionó Joaquín las deslavazadas explicaciones de don Sebastián con el lento proceso que desde hacía meses se venía debatiendo en la política y al que él había acabado por olvidar en la enfermedad, como el de un sonsonete repetido: la Ley de Contratos de Cultivo. Era muy distinto observar este fenómeno desde el campo a leerlo cómodamente en la ciudad, antes de ir a la fábrica, a la hora del desayuno. Realmente no sabía con exactitud, puesto que la finca no era suya, sino de Desiderio, a qué se refería esta Ley, ni sus debates. Pero no le cabía ya la menor duda de que la cuestión había fermentado y que lo que entrecortadamente decía el viejo escultor campesino respondía a una realidad.

Entretanto, había casi oscurecido. Por la portalada grande entraba la luz lechosa

de la puesta del sol. Los extraños objetos de las paredes adquirirían con la sombra una evidencia fantasmal. Y a esa luz, los azules ojos del viejo parecían encenderse con un brillo desesperado y contenido. Y volvió a decir: «Ya lo ven, estoy solo. Yo no tengo un nieto, como usted, ese chiquillo que crece todos los días como un junco. Cada vez le veo más alto. Pronto, cuando crezca un poco más, ya no le veré. Tú, chiquillo —dijo, dirigiéndose a Carlos—, enciende el acetileno, ¿quieres?».

Pero Carlos, inesperadamente, propuso:

—¿Y por qué no se viene a casa esta noche? Tenemos la tartana aquí. Subiremos su silla de ruedas, la pondremos atada. Venga.

Joaquín Rius miró un instante a su nieto. Era como una imprecación.

—Sí, véngase con nosotros. No puede quedarse solo, sin nadie. Además, nos hará compañía a nosotros también.

—No —dijo el viejo—, aquí están las reliquias.

Se refería a los cuerpos incorruptos de san Vicente y santa Úrsula, en la cripta del torreón.

—¿Y qué? —protestó Carlos—. Se cierra bien con llave y nadie se atreverá a entrar. La gente del Llano y la de Las Casetas les tienen miedo a esos muertos. Por eso no vienen aquí. Por eso ninguna mujer ha querido entrar de masovera, y tiene usted que fiarse de dos hombres. Véngase.

El zaguán había quedado totalmente a oscuras. No se oía un solo rumor. Los tres seres se miraban, esparcidos en aquel silencio y en aquella penumbra.

—Nunca he estado en tu casa —dijo don Sebastián a Carlos—. Me han dicho que siempre hay mucho forastero. Sí, ahora recuerdo. Estuve cuando la boda de tu padre. Había mucha gente. Siempre hay gente en tu casa.

—No hay nadie —insistió Carlos—. Solo estamos el abuelo y yo y los masoveros. No hay nadie, abuelo —insistió; y miró a Joaquín y dijo: «Le llamo abuelo a veces, ¿sabes?».

—Véngase —ofreció don Joaquín—. De verdad nos hará compañía.

—Bueno. No quiero morir esta noche. Si de verdad hicieran la revolución, me matarían. ¿Saben por qué? Por una sola y simple razón, o por tres a la vez: porque soy el amo, porque soy viejo y porque no me puedo mover. O quizá me salvaran la vida. Se creen que estoy chiflado y eso me asegura un poco, solo un poco. Pero no quiero morir esta noche.

Dio con presteza un sesgo a su silla de ruedas, virándola hacia el interior. Carlos hizo señas a su abuelo para que le siguiera. Con destreza, el viejo cruzó la puertecilla de acceso al interior. Cruzó el pasadizo a oscuras; al final, se percibía el pequeño titilar de una luz. Joaquín avanzaba tanteando la pared y fiando en la sombra más intensa del viejo, que avanzaba. Llegó hasta la puerta de la cripta. Una llamita de mecha ardía en una lamparilla de aceite. Y Joaquín sintió un extraño fragor en su pulso ante la inmovilidad de las dos figuras incólumes, desdén de los siglos y de la muerte, que estaban allí, reposantes, cerúleas. Gravitó raudamente, en aquel instante,

sin razón alguna que lo justificara, el recuerdo de Carmen Fernández bajo la toca religiosa. Mas el viejo don Sebastián, con una mano rápida tiró de la puerta hacia sí y sacó de su faltriquera una gruesa llave. Dio vuelta, se escuchó un chirrido de herrumbre y se apagó la luz. Entregó a Carlos una pequeña vela.

—Enciéndela, para que no vayamos a rompernos la crisma —ordenó, mientras a la vez le daba un fósforo encendido. A esa luz bamboleante regresaron al zaguán—. La puerta grande no la cerraré —aclaró después—. De aquí —dijo, echando una ojeada a las paredes sobrecargadas de recuerdos y reliquias exóticas— no se llevarán nada.

De aquella mezcla rara de alocuciones y arengas, de aquella tensión de micrófonos y consignas, de enlaces y de proclamas radiofónicos había de surgir la muerte, vencedora. No lo sabía aún Gaspar Devesa, pero lo presagiaba. Una fuerza interior le impulsaba a morir, con tal ahínco que estaba resuelto aunque no fuera necesario. Porque lo que consideraba necesario en aquellos momentos era una especie de ejemplaridad y de cartel heroico, que sirviera de lección y de bandera a todos. Una muerte, una sola, y Cataluña sería libre.

Durante varios meses había intervenido en la maduración del motín, pero los de la Generalitat le sosegaban con unos golpes amistosos en la espalda. «No hay que ir aprisa, Devesa. Lo que importa es la República. Después vendrá todo». Ya se veía qué era ese «todo».

Y en su despacho del Centro de Dependientes exultaba ahora de vigor y de determinación íntimas, ante los planos de la ciudad. Había distribuido sus huestes en los puestos neurálgicos, amoldándose a regañadientes a las indicaciones del mando superior, dependiente del delegado. Sabía que sus hombres no eran muchos, pero eran valerosos. Y que darían la cara hasta vencer o morir.

En su propio local habían quedado no más de unas docenas de ellos, apostados en las ventanas y balcones. Casi enfrente de ese lugar estaba el cuartel de artillería ligera de Atarazanas. Su misión sería asaltar ese cuartel si los militares salían a la calle.

No había tiempo para la fatiga. Los nervios le mantenían en pie. Entretanto, en mitad de un silencio angustiioso, había anochecido enteramente en el exterior y la noche sombría amordazaba a la ciudad. Desde la ventana veía la luz del farol de gas titilante en la calzada de las Ramblas. Era una luz mortecina, sobre el asfalto oscuro y húmedo.

Había escuchado por la radio la arenga del presidente. «Catalans...», y ese solo vocablo hinchó su pecho, le procuró un impulso, le enardeció en la terrible espera.

De vez en cuando uno de sus asistentes y amigos entraba para inquirir. Todavía no... aún no era tiempo.

Y luego empezaron a sonar sobre la ciudad, en distintos puntos, los ecos de la fusilería. Eran ecos distantes, que luego se fueron aproximando. Al fin, tras una

llamada telefónica a Gobernación, se confirmó la verdad. Algunos piquetes habían perdido la paciencia.

Era la hora, el momento de actuar.

Hubo un largo silencio inquietante, un silencio que duró mucho tiempo. Los hombres estaban a la expectativa, con los fusiles que asomaban en el repecho de las ventanas o se filtraban entre los barrotes de los balcones. A todos los revisó una y otra vez.

De pronto, se percibió un rumor y alguien entró en su despacho:

—Las tropas salen.

—¿Cómo?

—Ahí están, en las Ramblas.

Un ruido de ruedas y de cascos empezó a distinguirse. Lejos, nuevamente los estruendos de la fusilería crepitaban y se desvanecían.

—Vamos allá.

Y Gaspar Devesa, desmelenado, enrojecido, cogió su fusil y se precipitó a la escalera. Al pisar la calle, una ráfaga imprevista, rauda, se astilló contra el muro. Quedose de pie, frente a la puerta, con la cabeza erguida, y descubrió en las sombras la silueta y el bulto de cuatro armones que se emplazaban lentamente en la calzada. Pero no se oía un grito, ni un suspiro. Se mantuvo en pie, solo ante la puerta del Centro. Miró a lo alto, a los balcones, y vio asomar en ellos la boca de los fusiles. Gritó con todas sus fuerzas:

—¡Cataluña, Cataluña!...

Un ruido ensordecedor de fusilería retumbó entonces y pareció que se veía incluso las llamas del fogonazo. Sonaron unos ayes en la penumbra, del lado en que estaban, frente a ellos, los armones de artillería. Y se escuchó una voz a lo lejos:

—Rendíos, rendíos. Vamos a disparar.

—¡Cataluña, Cataluña! —volvió a gritar.

Esta vez fueron pocos los disparos que salieron de los balcones y de las ventanas del Centro. Gaspar miró hacia ellos y vio que muchas de las bocas de fusil ya no estaban.

Entonces sonó una voz, la misma voz de la penumbra; y en el acto, una tras otra, cuatro enormes bocanadas de fuego a quemarropa estallaron contra el muro. La explosión fue terrible. Entre la humareda, el cuerpo de Devesa vaciló un instante. Pero se mantuvo en pie gritando aún. Luego cayó de golpe. Hubo un largo silencio. Se vio cómo avanzaban hacia él algunos hombres de uniforme. Iban despacio, mirando a lo alto.

—¡Rendíos!

De los balcones y ventanas cayeron algunos fusiles sobre el muerto.

La noche había sido, era, aún larga. Ninguno de los que estaban allí reunidos se

engañaba ya sobre el alcance de la situación. Tal vez si llegaran las fuerzas del campo, podría aún ser remediada. Pero ¿dónde estaban esas fuerzas? ¿Quién las mandaba?

Acababan de tomar unos bocados, cercados en el despacho de la Presidencia; una cena improvisada pero succulenta, a la cual, ni entre el estruendo de los tiros, había renunciado Nicolás Borredá. Desde el presidente hasta el último comensal —no serían más de veinte— estaban todos pendientes de las noticias del exterior y de lo incierto de la situación, y resueltos a dar la cara. Apenas se había hablado durante la cena. Únicamente se seguían las noticias que daba la radio y se expelían otras al espacio. Parecía que en los pueblos una gran masa de campesinos había atendido las consignas y se había desplazado a la ciudad. Pero ¿dónde estaban?

Hacía ya algunas horas que, desde los micrófonos, la República catalana había sido proclamada contra las fuerzas «monarquizants i feixistes». Después de libar su coñac, Borredá se apartó y encendió tranquilamente un habano, sin que el pulso le temblara ante el fragor de las detonaciones constantes del exterior. Era aparentemente un testigo resignado y mudo de aquella víspera larga y detonante. Primero el tiroteo, en la plaza misma, en los alrededores. Luego, incesantemente, aquellos malditos teléfonos, que no cesaban de sonar ininterrumpidamente. Con el cigarro encendido, Borredá apartó uno de los visillos de la balconada que da a la plaza y observó; pensó en la fugacidad de la energía popular, del entusiasmo y de la gloria. Unas horas antes aquella plaza estaba llena, ahíta de una muchedumbre exaltada.

Detrás de él alguien, tímidamente, se aproximó. Era uno de sus compañeros de escaño, miembro del Gobierno autónomo. Borredá miró el reloj de enfrente, en el edificio del Ayuntamiento: «El tiempo pasa incluso durante las revoluciones. No hay huelga para las horas; pero estas, en tales casos, son siempre beligerantes», dijo. Y oyó que su compañero, confidencialmente, le respondía: «Desde Gobernación, acaban de asegurar que están en camino hacia aquí unos dos mil hombres». Entonces, Borredá se volvió de cara a él.

—No lo creo. Esto ha fracasado; esto ha nacido muerto.

Su interlocutor se puso lívido. Era el diputado Mestres, un buen hombre, un idealista. No sabía si por la indignación hacia el incrédulo o simplemente por miedo absoluto, reaccionó con vehemencia, insólita en él.

—Usted es un derrotista —afirmó.

Borredá sopló la ceniza gris de su habano, hasta hacerla caer sobre la alfombra.

—Pero ¿no lo ve usted? ¿No se dan cuenta? En Cataluña ser catalanista no significa ser nada. Lo son a la vez un reaccionario o un hombre de extrema izquierda. Todos los partidos políticos son catalanistas. Este es un pleito ya superado colectivamente. Y por tanto, intentar un movimiento revolucionario con la sola bandera del catalanismo es perder el tiempo.

Se recrudeció en la calle el tiroteo. Borredá se asomó otra vez al ventanal. Advirtió, claramente, el inconfundible perfil de un cañón de artillería en la esquina de

la calle de Jaime I. Pronto empezaría de verdad la postrera zarabanda. Y los teléfonos seguían sonando. Se escuchó una voz potente pero temblorosa: «Señores, el cuartel del Centro de Dependientes ha sido aniquilado por la artillería».

—La revolución catalana no pueden hacerla más que los obreros —continuó Borredá como si nada ocurriese— con la bandera social, porque en ellos está una idea concreta de cierta Cataluña nueva... Autonomía, Democracia, Liberalismo... ¡Bah!

...

—¿Qué es usted? —dijo, enfurecido, el otro—. ¿Un fascista, eso, un fascista?

—No —contestó Borredá sin inmutarse—. No lo soy, soy precisamente un antifascista consecuente. Eso durará poco. Podría terminar dentro de diez minutos. Pero ha ocurrido una cosa muy importante, amigo. Hoy ha empezado una revolución.

La noche era solo el borbotón de unas farolas de gas en la Plaza solitaria. De pronto, sonó un estallido ensordecedor, un fragoroso trueno; el estrépito fue seguido de un ruido de cristales rotos y de unos ayes en el salón contiguo. Borredá se dio cuenta de que estaba clareando. Pronto concluirá todo. La artillería arremetía ya contra el histórico edificio. Media docena de sustos más, y todo habría terminado. Por el momento, claro... Todo era cuestión de que las agujas de aquel reloj de enfrente dieran muchas, muchísimas, infatigables pero seguras vueltas a la esfera. Luego... Un año... dos, ¿quién lo sabía?

Un potente altavoz repetía insistentemente las consignas, mezclándolas a una música de sardanas. Hablaba desde Gobernación y desde la Generalitat, indistintamente. Pero entre lo que decían desde un lugar o desde el otro no había nunca la menor conexión. Y la consigna, desde un lugar y otro era: «Resistid y aguantad, no os mováis. Pronto van a llegar las fuerzas del campo».

—¿Y nosotros? —prorrumpió de pronto uno de los durmientes reservistas, desde lo alto de una butaca—. ¿Qué hacemos aquí?

Seguía sonando la música, mezclada al estampido de la fusilería, a veces muy cerca, otras muy lejos.

Miguel levantó su mirada de nuevo hacia lo alto, hacia las cuerdas y las escalerillas y la lona del circo, aquella lona que era un resabio tan lejano de su niñez. Escuchaba el ruido de unos disparos, unos más lejos, otros más cercanos, en la calle. Pero no podía salir de allí. La consigna era: «Esperad, esperad». Y ahora ya no quería luchar. Ahora quería simplemente volver a su casa.

De pronto entró un muchacho joven, desmelenado y gritó: «Está perdido, está todo perdido». Hubo un corro de voces a su alrededor. Y Miguel Llobet escuchó una terrible noticia: «El Centro de Dependientes ha sido arrasado. Gaspar Devesa ha muerto».

Se incorporó de golpe. Se acercó al que gritaba. El Centro de Dependientes se había derrumbado, Devesa había muerto...

Se apartó del grupo; quería estar solo, lejos de los demás.

¿Por qué?, ¿por qué?, se preguntaba Miguel desesperadamente, con la cabeza entre los puños, sentado sobre unas cajas de madera. ¿Por qué? ¿Quién había urdido aquello, quién lo había inventado, qué se podía hacer? Se lo preguntaba a sí mismo con desesperación, en el derrumbamiento más completo de todo su andamiaje moral, de su estructura y de su aliento.

A través de las lágrimas volvió a ver borrosamente el ámbito en que estaba. Era un amplio espacio, un gran ámbito cerrado, algo muy raro y extrañamente vacío. Solamente veía, alrededor, a una cierta distancia, otros hombres tumbados y derrengados, como él mismo, mordidos por la desesperación y algunos vencidos por el sueño. En espera ¿de qué?, se preguntó. ¿De qué, de qué?...

—¡Pero la Generalitat resiste! —gritó de pronto un elemento enjuto, con un brazal de jefe, cetrino él, de labios carnosos y un bigote fino; sus ojos brillaban con un arrojo final, decisivo—. Si la Generalitat resiste, resiste Cataluña, ¿os enteráis?

Miguel se incorporó a esa llamada y le siguió como un autómeta; salieron, por los pasillos del circo, hacia una calle. Una bocanada de aire fresco le aclaró los pulmones y el rostro. Ya no quedaban más que unas dos docenas de hombres.

—Hay que dividirse —ordenó el del brazal—. Iremos en grupos de a tres. Dentro de veinte minutos, todos en la plaza de la República.

A aquellas horas, perdida ya toda iniciativa individual, a nadie se le hubiera ocurrido discutir ni alegar.

—Tú y tú —dijo, señalando a Miguel y a otro—. Venid conmigo.

Cruzaron la calzada, hasta una encrucijada de calles que los llevaría a las Ramblas. La calle estaba totalmente desierta. Únicamente se oía, a distancias irregulares, ruido de fusilería y luego, repetidos, estampidos de cañón. Estaba clareando; entraron en la calle de San Pablo. La iglesia románica quedaba allí como asfixiada, amedrentada en el amanecer.

De pronto se dieron cuenta de que no eran más que dos. El tercero había desaparecido, se había escabullido. Quedaban solo dos, por la exigua calleja, con el fusil en la mano y las cartucheras al cinto.

—A eso hemos venido ¿no? —inquirió y afirmó a la vez el jefecillo. Y siguieron caminando con cautela, arrimados a las paredes.

No había el menor asomo de vida en aquellas encrucijadas y era raro observar que la colada siguiera tendida en los balcones. Y que hubiera plantas en algunos tiestos y que, de pronto, un gato gris se entrecruzara ávidamente en persecución de un ratón. Era raro que un estruendo de artillería sonara allí, muy cerca, al otro lado de la Rambla. «Piden refuerzos, ¿para qué? ¿contra quién?». Llevaban prendido del oído el sonsonete estéril de las frases vacías, del lenguaje altisonante, del lugar común patriotero y desorbitado. «Libertad, tiranía, fascismo, ley, República...» todo eso estaba aún en la inconsciencia adormilada con que caminaba Miguel Llobet, adosado a los muros. Y así de una a otra esquina, mientras tenía la sensación exacta de que

cada vez se alejaba más de su casa, de su balcón de la Ronda de San Antonio, en el que su padre le había preguntado la noche antes: «Eso, eso que ves, ese trozo de calle, ¿es Cataluña?». Sí, se alejaba de aquel balcón y de aquella calle y de toda su infancia y su vida. Ahora, junto a su compañero, estaba ya al borde de la Rambla; había que cruzar.

Mas tampoco allí parecía haber nadie; sentíase únicamente el fragoroso estampido de los cañones, muy cerca, ya y una chispa bermeja al fondo de la calle. Los proyectiles zumbaban ahora, las balas silbaban y arañaban la calle por la que correteaban, como espectros, individuos aislados. Su enclenque compañero era un valiente. «Hay que cruzar aprisa, corre...» y echó a correr. Miguel le siguió y oyó que algo mortal y terrible pasaba muy cerca de él, encima de su cabeza, en derredor, pero se sintió vivo al otro lado. Arrimados a la pared, jadeando, avanzaron los dos lentamente hasta llegar a la calle de Fernando. Clareaba y de pronto, en unos instantes, cesó todo ruido, se aplacó el fragor; quedó únicamente el silencio y la lividez de la madrugada y la calle solitaria por la que fueron avanzando con rapidez, con prisa; y unos hombres que hablaban, que se movían, muy al fondo, en la Plaza misma, al término de su itinerario, allí adonde debían ir a reforzar a los demás. Se quedaron perplejos, asombrados, desconcertados.

—Vamos allá —dijo el compañero. Y empezaron a caminar sin arrojarse en los muros, con mayor rapidez todavía. Algo había pasado, irremediable.

Miguel observó a su compañero; advirtió que el fusil le temblaba imperceptiblemente en las manos.

Se pararon los dos. Se apoyaron en el muro, sin saber qué hacer. «Se han rendido, eso es que se han rendido», dijo el enjuto miliciano.

Y eso significaba también que podían dejar el fusil; significaba que era necesario que aquel fusil lo dejaran en aquel instante, allí mismo. Cayó de sus manos como si fuera producto de un robo y acabaran de descubrirlos. El muchacho cetrino se marchó, no dijo nada. Entonces, Miguel Llobet caminó despacio hacia la Plaza. Antes de llegar a ella comprobó lo sucedido. Desde lejos, a la luz lívida del amanecer, vio muchas figuras, treinta, cincuenta, quizás un centenar de hombres. Los subían a un autocar. Se fijó solo en uno: Nicolás Borredá. Le había dicho que allí estaría, y allí estaba.

«¡Qué inútil, qué ciegos somos!», y retrocedió, dio la vuelta, pensó en su madre, pensó en la eternidad inútil de dolor que le habría procurado. Pensó en Narciso Guimerans. Y rendido de fatiga, con los brazos caídos, zarandeados, se acordó de Devesa. «Ha muerto». Todo le pareció que había muerto.

La situación era extravagante, extemporánea para Joaquín Rius. Ocurría algo muy grave que él ni siquiera había podido sospechar. Algo ocurría en el campo y en la ciudad, algo absolutamente insólito. Era noche cerrada, era muy avanzada la noche y

seguía paseando por el zaguán de los payeses de su casa, sin poder dormir, sin intentarlo siquiera. Cuando llegaron a Santa María, después de haber colocado bajo el toldo de la tartana la silla de ruedas de don Sebastián y de haber encaramado a este con dificultad en el interior, se encontraron con un hecho excepcional. Los hombres de la masovería se habían marchado todos. Habían ido andando hasta el Puntazgo, a la entrada de la finca, y allí alguien les había visto subir a una camioneta en la que otros hombres iban ya armados. Los hombres de la masovería eran catorce y de ellos solo Andrés se había negado a las solicitudes de Mateu. Los demás iban a luchar. La inquietud de Andrés era uno más de los problemas que se manifestaban aquella noche. «Me matarán —decía, lívido—. Lo harán, seguro, cuando vuelvan». Hubo que tranquilizarle. «Vete a dormir, Andrés, no te matarán, quédate tranquilo». Pero era inútil. Ahora —y eran ya las cuatro de la madrugada— se revolvía en un tupido montón de sacos vacíos, inquieto y casi sollozando. Don Sebastián no quería dormir en la cama. Después de haber cenado, sus ojos empezaron a entornarse, pero aún así resistió un par de horas al sueño, sin dejar de hablar. Su divagación era mitad historicista, mitad universalista. «Hasta el presente —decía—, el campesino catalán ha sido poco amigo de los alzamientos subversivos por una razón. Porque está ligado a la tierra mucho más que el señor, al que literalmente ha desplazado». Ejemplos de ello los dio don Sebastián en abundancia. «Aquí mismo —dijo— muerta mi mujer, no soy yo quien trabaja el campo, son ellos. Y aquí, dígame, en su casa, la ciudad entra por temporadas, para el ocio; pero la gente de la masovería está pendiente del tiempo y del granizo, de la sequía o del arado todo el año». Eso bastaba, hasta ahora, según don Sebastián. Por eso lo que ocurre no es una revolución campesina, es una revolución política que nada tiene que ver con las cosechas. «El campesino no sabe ser dueño, no quiere ser dueño de la tierra. Quiere trabajarla y tener casa. Si en eso va implícito el deber de ser amo, lo aceptará. Pero no luchará por ello. El campesino catalán se ha mantenido siempre pacífico hasta que no ha experimentado en la propia carne el latigazo de la violencia o de la injusticia repetida».

Pero el viejo Rius no pensaba en ello. Carlos había ido a acostarse; subió un instante a su cuarto y comprobó que dormía profundamente. Al volver, don Sebastián, que explicaba la dificultad del campo en tierras de América, con recuerdos de su estancia en el Paraguay, empezó a cabecear de nuevo, al tiempo mismo en que a Joaquín le pareció escuchar un fragor lejano, un rumor característico, un estrépito sordo que el vientecillo traía a ráfagas sueltas, uno de esos rumores a los que es difícil identificar. Salió al patio. La noche era negra. Tanteaba con el bastón, hasta que empezaron a perfilarse los bultos del pozo, la arcada del porche de entrada, el nogal espléndido del lavadero. Sí, se escuchaba el rumor, mezclado al que hacía inalterable el canal de regadío, con el agua suelta a chorros, lozana y brillante. Se sentó sobre una gran piedra, bajo el nogal y se esforzó, hasta conseguirlo, en desglosar los dos rumores; el del agua y el de lo que fuera, que venía de lejos. Aquello que venía de lejos, que llegaba cruzando las colinas o atraído por el sesgo estéril de los cauces de

la riera, era inconfundiblemente ruido de pólvora. Un estrépito continuado de fusilería, acallado a medias, en pausas, a intervalos; y luego el estampido de la pólvora artillera, como el fragmento sordo de un trueno; y luego otro. Y el caudal del agua entremezclado.

En aquel momento sintió que dominaba sobre él una ansiedad, la impresión de una soledad infinita. «¿Por qué? se preguntaba. ¿Qué ha ocurrido?».

Y se entendía claramente el fragor de una lucha lejana, intermitente. Volvió hacia la casa. El fragor lejano era el único rumor de la noche cerrada. Mas en la oscuridad logró entrever, al fondo, la silueta del torreón de «El Coll» y recordó, inesperadamente, el silencio absoluto de los cuerpos incorruptos. Al volver a entrar en el zaguán, don Sebastián abrió lentamente los ojos, le miró un instante y volvió a cerrarlos. Un ronquido desigual se escapaba de su garganta.

Aquel ronquido del viejo apagó cualquier otro de los rumores de la noche. Andrés se incorporó, sobresaltado. «Ahora vienen, ahora vienen», dijo. Don Joaquín quiso tranquilizarle: «No, no vienen, hombre». Mas el gordezuelo payés insistía: «Sí, sí vienen, los oigo». El oído campesino era fino para los rumores de la noche; y en efecto, empezaron a ladrar, lejos, los perros dispersos en las masías del valle. «¿Lo ve? Ahora vienen». Y se levantó bruscamente. «No, por ahí no. Vienen por el camino de las Casetas». Don Joaquín empezó a creerle. «No te asustes, hombre; vamos a verlo, acompáñame hasta allá —y señalaba el porche—. Haremos lo que haga falta; no te matarán por eso». Y se anticipó a su masovero, cruzando el patio.

Una vez fuera se dio cuenta de que empezaba a clarear. En efecto, unos hombres, cuatro o cinco, avanzaban por el camino. Uno de ellos llevaba un fusil; los otros iban desarmados. Caminaban con lentitud, como rendidos de fatiga. «¿No lo ve? El que lleva el fusil es Pedro; los otros son Jaime, Esteban y Juan. El otro es el Isidro, de “ca’n Coll”».

Había dejado de oírse en la noche el fragor lejano del bombardeo. Y por la facha tambaleante y lenta de los que regresaban se podía deducir, tal vez, que todo había terminado. Como a unos cien metros de la casa el hombre del fusil se lo quitó airadamente del hombro. Se paró un instante, sujetándolo con las dos manos. La tibia luz indecisa del amanecer dejaba traslucir los ademanes. Y se vio que, con furia, aquel hombre echaba al suelo, a los campos, lejos de sí, el fusil que llevaba. Los demás no le hicieron caso siquiera; siguieron caminando, arrastrándose mansamente. Andrés y don Joaquín se volvieron a la casa y esperaron allí. Pero Andrés no quería enfrentarse con ellos. «No quiero verlos, no quiero; mañana los veré...».

La imagen del fracaso se extendía por todos los caminos de la comarca. Desde que mediara la tarde la radio no había dejado de convocar frenéticamente, una y otra vez, a los hombres del campo. La autonomía de Cataluña estaba en peligro. Las fuerzas «fascistas» se habían instalado en el Gobierno de Madrid y todos los hombres fieles de Cataluña y a la República debían estar dispuestos para dar la batalla. A las ocho de la noche el presidente de la Generalitat había proclamado la República

Catalana, dentro de la República federal española. Los hombres del campo no querían ir a luchar, en su mayoría. Pero en definitiva empezaron a considerar que era cierto que la tierra debe ser de los que la trabajan.

Y por los caminos vecinales, en la lívida madrugada, centenares y millares de campesinos volvían, desarmados, desalentados y fracasados, otra vez al yugo de la tierra. Ensueño vano el de la libertad total.

«Pero ¿quién?, ¿quién inventó esto? —se preguntó Jaime, uno de ellos, antes de llegar a la casa—. ¿Dónde teníamos que ir? Nos han dejado en mitad de la carretera, a las puertas de Barcelona, a que esperáramos órdenes. ¿Qué órdenes?». A través de los ventanales cerrados de una fonda de San Andrés podían escuchar las consignas que daban desde Gobernación: «Disciplina, civismo, refuerzos, libertad, Cataluña...». Palabras, palabras, palabras dichas a ellos, acostumbrados a sudar en la tierra. ¿Por qué los habían convocado? ¿Quién los había convocado? Lo cierto es que algunas veces los hombres hacen las cosas porque hay que hacerlas, sin saber la razón. Sí, había una razón: el espectáculo que todos los veranos daban los señoritos, en aquella gran casa, que solo les servía para jugar a las cartas y beber champán. «He aquí la razón —se decía Jaime—. Mi padre decía: respeta al señor, es el amo» —y se acordaba, siendo niño, de Joaquín Rius, dirigiendo el rosario en la gran plazoleta, en el patio, con todo el vecindario alrededor. Lo seguían medio dormidos, pero lo seguían.

Entraron sorprendidos en el zaguán. Joaquín Rius estaba de pie ante ellos y don Sebastián, en la silla de ruedas, se había despabilado de pronto. Nadie decía nada, pero Rius preguntó: «¿Qué ha pasado, chicos? ¿Qué ha habido en Barcelona?».

Nadie pudo responderle, a pesar de que el tono de Rius era amistoso, casi paternal. Don Sebastián se removió en su silla, la hizo avanzar y se dirigió a Isidro, su joven masovero.

—¿Por qué vienes aquí, en lugar de ir a casa?

Tardó un poco en contestar.

—Me han dicho que usted estaba aquí, le han visto pasar.

—¿Ahora te acuerdas de mí, ahora? Y tu padre, ¿dónde está?

—No lo sé. Iba en otra expedición.

El muchacho, que tendría unos veinte años, de pronto, en un gesto de fatiga y de decepción, se acercó al viejo:

—Nos han engañado, nos han engañado. Pero yo nunca hubiera podido... hacer daño a usted. Usted es viejo y bueno.

Los ojos del viejo miraron al muchacho cara a cara, en lo hondo. Vio en ellos el triste matiz de la derrota. La luz que entraba por la portada era ya la luz del día.

—El señor Rius nos dejará la tartana ¿verdad? Vamos a casa.

Rius salió a despedirlos hasta el pozo. Por la campiña se veían, aquí y allá, grupos de hombres cabizbajos, desarmados, en fatigoso regreso a la rutina y al sudor.

Feliciano y Máximo veían la luz del amanecer a través de las ventanillas de la furgoneta de la Jefatura Superior de Policía, que se había parado muchas horas antes en una esquina, de camino hacia el Palacio de Justicia. No había empezado aún la refriega cuando fueron metidos en ella, en compañía del agente Riera y de otro policía de la Generalitat, encargados de su custodia. Riera había acabado por detener a Feliciano, aunque de manera refinada. Le había invitado a que se personara en Jefatura para aclarar algunos asuntos relacionados con la detención de Máximo. Allí, en un calabozo, sin que nadie le interrogara, pasó incomunicado el día de la huelga. Y al fin de la tarde sin que mediara explicación alguna, fue metido en la camioneta, en la que se encontró con Máximo, que iba a correr la misma suerte que él.

Mientras eran trasladados al Palacio de Justicia, empezaron a sonar los tiros. Y los policías, que cuchichearon entre sí, dieron orden al chófer de que parara, y bajaron inesperadamente del coche, en una esquina. Feliciano pudo colegir lo que les ocurría por ciertas palabras pilladas al azar. La función de ellos era estar en la calle. También ellos eran *escamots*. ¿Y de esos qué hacemos?

«Déjalos —dijo el otro—, veremos mañana».

Abandonados en aquel lugar —el chófer había acabado también por marcharse— habían oído el fragor de los disparos y la silueta trágica de aquella absurda noche. Durante aquel tiempo Feliciano sonsacó a Máximo. En el interrogatorio, este había confesado al fin su participación en el atraco del Banco, no sin haberse hecho forzar repetidas veces con golpes, con amenazas, con torsiones mentales y con abundancia de coñac, que le despabilaba y a la vez le ofuscaba la mente. Pero ahora la situación era enteramente nueva. Feliciano comprendió que lo que acababa de ocurrir era el fracaso de la subversión de la Generalitat. «Se han liado a hostias entre ellos, nada más —barbotó—. La cuestión es huir de aquí. Tú, Máximo, te irás otra vez con los “pringaos”. Yo seguiré mi vida, en el trabajo y en lo demás». Pero ¿cómo huir? La camioneta estaba herméticamente cerrada y ellos no tenían el menor instrumento con que forzar los candados. Amanecía raudamente; y pronto cesaron todos los fragores, singularmente el estampido de los cañones, estruendoso en la soledad. Palparon en los asientos, se asomaron mil veces por el ventanuco a la cabina del chófer, para ver si a través del estrecho hueco de la mirilla y a través del cristal podían encontrar algún objeto que les sirviera para manipular su salida.

—La cosa en adelante cambiará —afirmó Feliciano—. Tú has hecho mal en cantar, pero te salvas por no haber dicho nada de los otros, sino que no les conoces. Pero si nos liberamos, te irás con los «pringaos», y que te sirva de lección. Si te pillaran otra vez por lo del Banco, tú a negar, y en adelante a decir que los de la Generalitat te forzaron a mentir. Y ahora con los «pringaos», que es con quien debes estar.

E inesperadamente, se presentó el chófer. Venía demudado; subió agitadamente a su puesto, puso en marcha el vehículo y aceleró. Cruzaba las calles a una velocidad suicida, de modo que los neumáticos chirriaban y el coche daba tumbos increíbles al

doblar las esquinas, revolcándoles a ellos en el interior. Paró un instante en una de ellas y vieron cómo el chófer se acercaba a una alcantarilla y echaba allí su pistola y su bandolera. Después volvió a montar y se lanzó de nuevo por las calles. Pasaron por el ventanuco la silueta de las figuras y el ladrillo del Arco del Triunfo.

—¡Nos lleva al Palacio de Justicia! —barbotó Máximo, desinflado de pronto.

En efecto. Pero el chófer no paró frente a la puerta de los calabozos, sino ante la entrada principal. Bajó del coche, y dándole la vuelta, abrió por detrás la puerta que encerraba a los dos detenidos.

—Me habían dicho que os trajera aquí, y aquí estáis. Yo no sé más.

Se quedaron estupefactos. Tardaron unos instantes en reaccionar.

Feliciano bajó, y luego Máximo. Estaban entumecidos. Se quedaron parados en mitad de la acera, junto a la furgoneta. El chófer había huido, se había esfumado en un instante.

—¿Eh, dónde vas tú? —clamó Feliciano al ver la dirección que iba a tomar Máximo.

—A por la Cucharas.

—Nada de eso. Por el otro lado, que está más cerca. Hacia los «pringaos».

Con mal humor, Máximo volvió sobre sus pasos.

—¿No te das cuenta de que, de todo esto, los únicos que hemos quedado en pie somos nosotros?

El cielo azuleaba ya, y Máximo estalló en una carcajada larga. Dando brincos de alegría, sin despedirse de su compañero se lanzó en dirección a San Andrés, hacia los «pringaos».

XI

LOS SUCECOS CÍVICOS Y POLÍTICOS y los individuales, que afectan a la intimidad de cada cual, casi nunca suelen ir sincronizados. Así le acontecía de nuevo a Evelina en esta ocasión. Más fuertes que los aldabonazos de la pólvora estaban percutiendo en su pecho los de la insatisfacción, la pesadumbre y el despecho. Las percusiones de los tiros y de la revuelta callejera no eran tan graves como las de la intriga que estaba viviendo. También dentro de sí existía un 6 de octubre particular, que la desvelaba y la armaba, clandestina pero arriesgadamente.

¡Qué pesadilla! Ya no acertaba a interesarse ni lamentarse por lo que ocurriera en la calle, y a fe que en la calle habían ocurrido graves cosas. Para ella, la calle, la ciudad, todo se resumía en una persona y en los pasos de esa persona: Blanquita Maravall.

Visto que el billete enviado a Matías Palá no había producido, por lo menos aún, el menor resultado, Evelina había resuelto tiempo atrás ejercer su propia acción sobre Crista. Para ello, lo primero que hizo fue establecer una vigilancia personal y efectiva sobre la otra, sobre Blanca Maravall. Su primer escarceo lo realizó en el Club de Pedralbes. Durante muchas tardes había pasado las horas tomando el fresco —o el calor, porque era todavía calurosa la temporada después de aquel su prematuro regreso de Caldetas—, sentada en la rotonda del Club, observando distraídamente a los jugadores en sus evoluciones y pasos por el campo, espectáculo ciertamente monótono para quien no entiende una palabra en la materia. Luego sonsacó al camarero, que a pesar de la cuantiosa propina que le sirvió sin más motivo que el de un par de naranjadas, se mantuvo en términos de una vaguedad irritante. El fámulo simuló no recordar sino tras muchos esfuerzos de memoria el nombre de Desiderio Rius, y de Blanquita dijo solamente que era una gran jugadora; era una pena que no practicara más, puesto que hacía tiempo que no pisaba el campo. En suma, el camarero era un truhán, un malhechor, un cómplice, cualquiera de los calificativos que mejor cuadrara a quien no se aviniera a los planes. Desechó, pues, el campo de golf como terreno de sus pesquisas y se lanzó decididamente a una vigilancia particular, echando de menos los tiempos en que podía valerse de intermediarios, como Javier de Castro o aquel eficaz aunque estafalario detective que le había resuelto en tiempos de la Gran Guerra la cuestión de la modelo francesa. Ahora debía hacerlo todo por su propia cuenta, arriesgándolo todo, puesto que el pobre Javier ya tenía más de un pie en el otro mundo que en este triste valle, comido por la diabetes. Hizo lo siguiente: puso en antecedentes muy sumarios de la cuestión, sin citar nombres, a su chófer Antonio, y organizó su estrategia, su táctica y su logística.

El «*Rolls*» de Evelina aguardó durante mucho tiempo a cierta distancia de los lugares que Blanquita podía frecuentar. Durante varias semanas la espera fue

infructuosa. Evelina se consumía de ira y de desesperación. Y no tuvo paciencia. A pesar de no poder presentar todavía una prueba fehaciente, se adelantó a decirle a Crista la verdad de los hechos. Es decir: que la amante de su marido era Blanquita Maravall.

Eso aconteció como consecuencia del nerviosismo en que la habían sumido los tiros y los cañonazos. También Crista, alarmada, y para comentar con alguien los sucesos, se sintió en aquella ocasión comunicativa y había bajado a visitar a su madre, a través de una ciudad que apenas delataba la alteración sufrida; a través de una ciudad con las calles un poco atónitas, deslustradas, medio vacías, en la que las persianas eran abiertas todavía con precaución, con cierta alarma resignada.

—Siéntate —y señaló la banqueta—. ¡Qué horror, Crista, qué martirio! ¡Sin pegar un ojo en toda la noche! ¡Tiros y más tiros! ¿Dónde iremos a parar? Y luego, ¿has leído?

No; Crista no había leído. La miraba sin comprender.

—Nicolás, Nicolás... No hay duda de que es un hombre consecuente, de cuerpo entero. Es de los que dan la cara. ¡Ah, si todo el mundo fuera igual!

—Pero ¿qué ha pasado?

Evelina le tendió *La Vanguardia*, a medio desdoblar.

—Lee, querida, lee. ¿Para qué contarte?

—Bueno, ya lo sé, lo de la revolución —interrumpió su hija—. Pero ¿qué le ha pasado a Nicolás?

Evelina se volvió hacia ella.

—Condenado, hija, en la cárcel, como un ladrón.

—No exageres, mamá, no será como un ladrón —y revolvía las hojas del diario con ánimo de encontrar la información exacta.

—¡Es un decir!... Pero comprenderás que hace muy mal efecto, aunque se trate de cosa política. Antes había un respeto, una confianza... ¡Más revolucionario que Castelar, con ideas tan avanzadas! Y sin embargo, decía galanterías a la reina madre.

—Eso era en tus tiempos. Y además, Castelar no pegaba tiros.

—¿Tiempos? No hay tiempos... —y Evelina se mordió los labios.

—Los están tratando a cuerpo de rey. O a cuerpo de... republicanos.

Evelina torció entonces la conversación.

—¿Y Desiderio? ¿Qué piensa de todo eso?

—¡Ah! , él, ya sabes cómo es...

—¿Cómo es? —silabeó Evelina.

—Bueno, él es amigo de Borredá, eso es todo. Estuvo con él toda la tarde. Antes de que la cosa empezara se pudo escabullir.

—¿De verdad, toda la tarde?...

Crista miró fijamente a su madre. Conocía el tono de sus insinuaciones.

—No quisiera alarmarte, hija mía; pero... Dios te conserve la tranquilidad. —Y añadió—: Hay que saber siempre con quién se las juega uno.

No parecía todavía Crista muy afectada por las insinuaciones maternas.

—No está en ninguna lista de los que han intervenido en las cosas.

—Claro que no estaba en las listas. Estaría con ella —espetó.

—¿Con quién?

—Pues con ella... con Blanquita Maravall. ¿Con quién va a ser?

Lo dijo con una voz natural, sin estridencias, como lo más normal del mundo. Lo que no impidió que la tez de Crista se sonrojara de pronto, que se produjera un silencio agobiante y que estallara Crista al fin:

—¿Con quién has dicho?

—Con Blanquita Maravall. Si todo el mundo lo sabe...

La ira de Crista no se manifestó delante de su madre. Se irguió, se incorporó en su asiento, dio unos pasos por la habitación. Se acercó a las vidrieras del balcón. Por el paseo de Gracia desfilaba en aquellos instantes a toque de corneta, un batallón militar. Era el Tercio Extranjero, recién llegado a raíz de los sucesos. En algunos pisos se asomaban a aplaudir. Pero Crista no estaba para esas charangas. Se la notó hundirse unos instantes y luego morderse los labios fuertemente, hasta amaratarlos.

—No te sulfures, niña; pero es la verdad. Y a los hombres hay que defenderlos, ¿entiendes?

Mas Crista no sabía, no quería o no podía defender a su hombre. Marchó como una centella hasta su casa, desafiando el clima inquieto y la incertidumbre de la ciudad. Estaba dispuesta a hacer su equipaje y salir de allí. De este raudo propósito no quedó realizado más que la mitad. Entró en su casa y, cuando iba a abrir el armario, se dio cuenta de que no le cuadraba el papel de mujer abandonada ni de esposa engañada. Se dio cuenta de que no era esa su venganza, sino otra mucho mayor.

Hasta entonces conocía al dedillo las aventuras de su marido. Eran esas aventuras que se cuentan en el Club, y que son coreadas por los de la «peña». Se contaban unos a otros cómo tenían las carnes las profesionales, lo que decían y el dinero que les costaban. Pero esa no. Esa era de su propia condición. Desiderio purgaría su infamia.

Entretanto, cerró el armario y presa de una terrible ira, se metió con el servicio. De la confianza de su madre resultó que Elvira, que llevaba diez años de cocinera en su casa, salió disparada hacia el Centro de colocaciones, con el tiempo justo para hacer sus maletas. La discusión sobre la manera de preparar la «bechamel» duró escasamente un cuarto de hora, pero tan intenso que decidió de golpe una cuestión de matiz sobre este pormenor profesional y gastronómico, sobre el que de antiguo se había establecido una especie de *entente* cordial. Despedida la sirvienta, Crista rompió un jarrón al cruzar el comedor y se fue a su cuarto, donde empezó a madurar su situación. No le diría a Desiderio una palabra de nada, pero en adelante su manera de enjuiciarle y su propia vida iban a cambiar.

Durante los días siguientes pareció que todo seguía en la normalidad, y a Evelina le extrañó mucho y le fastidió el hecho de que su hija no hubiera reaccionado de algún modo. Por ello no dejó de ejercer su vigilancia, propia o a través del chófer,

sobre los pasos de Blanquita, hasta que tuvo todos los datos sobre la conducta de los dos.

Desiderio y Blanca no se veían a menudo; aproximadamente una vez por semana; su cubil, su nido, su palomar, como quiera llamársele, estaba en la Barceloneta, en los altos de una casucha lamentable, sórdida a cuyas proximidades le daba a Evelina reparo llegar, a pesar de lo cual lo hacía cuando era avisada por Antonio.

Asistía a la hipocresía de ver salir de aquel portal mugriento a Blanquita, impoluta la blusa, ceñida la falda, señorita ella, como si en su vida hubiera matado un mosquito. Y luego, un rato después, a Desiderio, con su facha de galán satisfecho, su rictus melancólico, el cigarrillo en la mano, en fin: una vergüenza.

Pero a quien en aquellas circunstancias hubiera tenido que seguir Evelina no era a Blanca Maravall, sino a su propia hija, a Crista.

Fue entonces cuando Vicente Burgada empezó a vivir el cenit de su romance alentador. Mientras se trataba únicamente de desenmascarar la compleja situación psicológica de Crista y de mediar en su desánimo sentimental, sus dotes de *chevalier servant* no habían transgredido, ni siquiera en divagaciones íntimas, los límites del desprendimiento y de la ecuanimidad. Pero sentía que la voz de Crista y sus quejas le trastornaban de día en día, al ser pronunciadas por ella con una efusión que traslucía algo más que un deseo de regularizar una crisis conyugal, que había llegado a su apogeo con la revelación de Evelina. También él se sentía solo, pese a sus coqueteos y andanzas de hombre de mundo, y pese a las solapadas y, sin remisión, venales aventuras, administradas con regularidad cromométrica. Durante largos años, desde sus días universitarios, había huido deliberadamente de las mujeres de su condición, amilanado por los posibles peligros de una relación que le atara definitivamente a ellas, a una de ellas. Seguramente hubiera hallado en su vida más de una mujer capaz de amarle, de seguirle totalmente en sus gustos y hasta en sus manías, a cambio de su rigurosa ponderación, de su afabilidad y hasta, ¿por qué no?, de su rozagante físico. Pero no se atrevió nunca, receloso, a abordar más que a aquellas mujeres ya comprometidas, con miedo a las demás, que podían alterar y entremeterse en su espíritu selectivo y, en el fondo, intransigente. Su misoginia estaba hecha de apariencias mundanas, pero en el fondo profundamente caseras y limitadas. Su ensueño era burocrático y regular, poco dado a las fantasías.

Los acontecimientos de octubre le habían sumido en una profunda depresión. Él era amigo, confidente y colaborador de Nicolás Borredá. Conocía su escepticismo profundo respecto al movimiento que acababa de abortar, pero ello no alteraba la sensación de fracaso político y personal que sentía después de la defección. Se preguntaba, indeciso, qué debía hacer. Se personó en seguida en la Generalitat y en la Audiencia, con deseos de aproximarse a su jefe. Pero la incomunicación era intransgredible. Se limitó a mirar desde el muelle el barco en el que, junto a los demás

detenidos, estaba recluso Borredá. Y de pronto, en aquellas jornadas angustiosas, sobrevino el cambio, el regalo inesperado. Ya no se encontraría solo nunca más.

¿Qué decir de esa mujer vehemente pero desdichada, a la que había ido observando y conociendo en veladas y cócteles, a la que había amado y amaba platónicamente desde las jornadas suizas; que era desdeñada por su marido incomprensiblemente, sofocantemente suplantada por otras menos bellas, vulgares, ordinarias, y puesta en azarosa evidencia ante toda la sociedad? Vicente Burgada no tenía la menor intención de aprovecharse del clima de ruptura que llenaba el hogar de los Rius, pero la verdad es que a veces hay situaciones extravagantes y pintiparadas en las que sería incluso necio y cobarde echarse atrás.

Sin saber cómo, las conversaciones con Crista pasaron a lugares menos officiosos que la playa de Caldetas. Al principio, en las salas de concierto, a las que Crista empezó a ir también sin saber por qué; después en los *vernissages* de las exposiciones de pintura; de ahí, y ya en salto súbito y con cita previa, en las salas del Museo de Arte Moderno, luego en los claustros de la catedral, con riesgo de que alguien los sorprendiera; después bajo los tilos del parque, otro día en el recinto vacío del Pueblo Español de la Exposición, a la semana siguiente en Pedralbes; cierto atardecer de fines de noviembre, frente a frente en una mesa de la *Maison Dorée*, sin escrúpulo y sin temor. «¿Por qué ocultarse? —dijo ella—. ¿Acaso hacemos daño a alguien?».

Y ciertamente no lo hacían. La razón que entre ambos se daban officiosamente era que los dos estaban solos. Y por tanto, en los rodeos dialécticos que Vicente daba, con vistas a justificar sus encuentros, existía siempre el ánimo de ayudar a Crista a soportar su soledad y hasta a resignarse a ella. Hubo un instante en la *Maison Dorée* en que Crista adelantó su mano y apretó la de su consejero, con tenacidad pero brevemente. Vicente, con ciertos *tics* en el rostro, miró en derredor, sin advertir signo alguno de curiosidad o de reproche entre las parejas que poblaban el local del estilo *pompier*, un tanto deslustrado por los años. Su pecho se abombó con una oleada de felicidad desconocida, que apenas pudo contener en un respiro sofocado cuando escuchó la voz quebrada de ella que decía: «Si no llegas a estar tú yo no sé lo que sería de mí. Hubiera sido capaz de cualquier disparate, créeme. En cambio, contigo...».

Vicente se planteó a sí mismo la situación. Debía hablar claro a Crista; era inútil intentar conducirla de nuevo al redil, a la reflexión. A su vez, él no podía, ni podría jamás, renunciar a su compañía. Fue él quien adelantó esta vez su mano.

—Crista, no debiera decirlo, lo he callado hasta hoy; pero no puedo vivir sin ti; deseo que seas mía.

Hubo un largo silencio, pero los ojos de Crista y de su acompañante estaban fijos, intensamente inmóviles, entregándose los unos en los otros. Sus manos quedaron prietas sobre la mesa, a pesar del contorno, en contra de él.

—Lo he deseado, lo he querido; y lo demás ya no me importa nada —repuso ella.

Cuando se incorporaron, en mitad del bullicio del café, parecía que estaban en

otro mundo, en una órbita propia, alejada de todos. El pacto estaba hecho y Crista pensó en su casa, en Desiderio, y comprendió una vez más que lo que acababa de hallar no podría ser sustituido por nada y que nada le importaba todo lo demás.

De ese modo entró Crista en el enfundado habitáculo del solterón. Y cuando llegaba a su casa Crista no se sentía extraña, ni cohibida, ni coaccionada. Acertaba a dialogar con su marido, a seguirle la corriente, a darle la razón. La única persona ante la cual le era indispensable disimular su ánimo era su madre, a quien veía una vez por semana.

—Pero, Crista, ¿qué te ocurre? Me agrada verte contenta, pero dime... ¿cómo estás con él?

—¿Con quién?

—¡Con quién va a ser! Con Desiderio. ¿Has hecho lo que te dije? ¿Procuras ser cariñosa, dime?

—¡Ay, mamá, no seas pesada! ¡Claro que lo soy!

—¿Siempre?

—Siempre.

—A veces me da miedo que... Hija, ¡la vida es tan larga! Crista la miró de fijo. Sonreía imperceptiblemente. Se sentía superior a ella, casi su protectora o su oponente.

—No, no es larga... La vida es muy corta, ¿sabes?

Y se echaba a reír, mientras Evelina, desconcertada, chasqueaba con la lengua, resentida y apabullada.

—No quisiera volver a tener tu edad... ¡Por nada del mundo quisiera volver a tener treinta y siete años! ¡Jamás! —y se retuvo, erguida, soberbia, en sus achaques y en sus corazas.

Crista sí quería tenerlos... Los tenía, los notaba cabalgando en su sangre.

No era la monotonía de la lluvia que desde hacía días no dejaba de caer, lo que daba a Blanca Maravall la sombra del desánimo y de la desilusión. Era el presentimiento de que aquello que inventaran Desiderio y ella dos años antes podía desvanecerse y concluir. A lo largo de esos años, el amor había sido intenso y regular, como si nunca pudiera tener un final. Y sin embargo, ella presentía que este fin no estaba excluido. En las alternativas y las incidencias de ese amor había habido infinidad de ocasiones en que la vida de los dos hubiera podido cambiar; es más, en que parecía inevitable que así ocurriera. Las protestas de Desiderio, empeñado siempre en ofrecerle su separación de Crista —que ella nunca le había pedido— no habían, sin embargo, llegado nunca al extremo de la posibilidad. Esa oferta era en él una especie de ilusión teórica, cierta argucia sentimental que en la práctica estaba muy lejana. Blanca no le pidió jamás que se separara de Crista; simplemente deseaba ser un centro en la vida de él. Y no lo era; pese al ardor de sus encuentros, Blanca no

había sido más que esa forma confortable que tienen ciertos hombres de completar su vida con el auxilio de una compañía, de una confidente, de un amor.

Pero ella sí le amaba, hasta la renuncia, hasta el límite; le hubieran importado poco las circunstancias sociales, el escándalo, la gente. Ahora dudaba. Se había cerciorado de que aquel hombre no era del fuste de los abnegados.

En dos o tres ocasiones, y cada vez de manera más frecuente, tenía Blanca que enfrentarse con situaciones irrisorias y mortificantes que él hubiera tenido que paliar, que zanjar con decisión y con intrepidez desde el primer día. Si verdaderamente la hubiese amado como ella esperaba, no hubiera dejado en silencio la grosera provocación del anónimo. Pero estas provocaciones se habían ido repitiendo hasta darle náuseas. Un día era el coche de Evelina que iba siguiéndola a través de las estrechas calles de la Barceloneta; otra la propia Evelina, que asomaba su rostro contraído, de máscara, entre los cristales. Nuevos anónimos, estúpidas llamadas telefónicas. Hasta que ella le propuso el fin; ya no podía más.

Llovía en el exterior del pequeño aposento. La cortina de agua cubría el panorama del mar, ahora baldío, triste, cargado de grises y de brumas de invierno. Desiderio estaba exacerbado; se había servido ya varios vasos de un aguardiente fuerte, que le entonaba pero nublaba su percepción. Se daba cuenta de que no podía perder a Blanca sin que aquello fuera el principio de una soledad muy larga. Pero ¿cómo plantear la cuestión, cómo decirlo?

—No hay más que una realidad —prorrumpió él, de pronto—. Marcharnos juntos, a cualquier lado. Marcharnos, pero no a las Indias, como hacen algunos, sino a cualquier lado. Es una forma como otra cualquiera de decir la verdad.

Blanca le observaba con amor. Cualquier decisión que él tomara podía ser aceptada aún por ella. Solo le bastaba con que dijera sí.

Abrumado por el alcohol llegó aquella tarde Desiderio a su casa, resuelto, sin embargo, a no hacer las cosas de ese modo. Pretendía confesar a Crista su situación y allanar el camino. Pero ¿dice alguien en estos tiempos: «Me voy porque quiero a otra»? En realidad, ¿quería a otra?

Finalmente, se enfureció contra Evelina. No podía admitir en modo alguno la intromisión de esa bruja en su vida. Durante años, desde su boda, había estado intentando apartarla de su vida doméstica sin resultado alguno. Era ya tarde; pero ella, que era el elemento provocador allí, sería también el origen de la ruptura.

Había llegado a casa a la caída de la tarde, para arreglarse y salir después a cenar en el «Colón». Desde su cuarto, y sin precaución alguna, llamó a casa de su suegra. Esta se puso al aparato. La voz de Desiderio estaba un tanto nublada por el alcohol.

En cuanto estuvo seguro de que escuchaba Evelina, cuya voz meliflua se notaba agitada y nerviosa, habló él con toda claridad:

—Me importa poco lo que ocurra, Evelina. Deje ya de una vez en paz mis pasos y los de la persona que usted sabe, ¿me ha entendido? Si no lo hace, o si le dice una sola palabra de eso a Crista, a usted le pesará más que a mí.

Escuchó unos jadeos, unas disculpas, unos grititos al otro lado del aparato, y colgó. Luego se quedó atónito, asombrado de lo que acababa de hacer. Cruzó la puerta del cuarto de Crista, por si esta estaba en casa y él lo ignorara. No; el cuarto estaba vacío. Sobre la mesilla del escritorio, el cuadernillo verde con el «Diario» de su mujer. Años antes, muchos años antes, ella dejaba que él lo hojeara. Ahora estuvo a punto de hacerlo, pero desistió. Únicamente pensaba en Blanca y en la extraña encrucijada de su vida.

Salió a la terraza; estuvo largo rato contemplando la ciudad, tendida a sus pies, ofuscada por una llovizna, ahora leve, que punzaba y refrescaba su rostro. Luego entró de nuevo.

Se metió en el cuarto de baño, se quitó camisa y camiseta, se palpó el mentón y la mejilla. Empezó a preparar el jabón para afeitarse y lo disolvió en su rostro con la brocha. Al rato, preparó la maquinilla y empezó a afeitarse. Pero se paró, preocupado. ¿Cómo se iba a resolver aquello? ¿Sería audaz para la separación, para la huida, no ante Crista, sino ante su padre, ante Carlos, su hijo?

Estaba en esta actitud cuando advirtió que se entreabría la puerta de su habitación. Vio que aparecía, como una especie de agüero nocturnal y exótico, un ser sobrecargado de oropeles baldíos. Era su suegra, que en virtud de lo extraordinario de la situación, provocada por él, debía de considerar que le era franqueada la puerta de la casa y hasta la de la alcoba sin previo aviso.

Sí, entró con decisión, pese a sus pasos vacilantes. Su voz era distinta a la de otras veces. Era una voz quebrada y de contralto. Los labios le temblaban levemente. Desiderio se irguió y, mientras empezaba a afeitarse con la maquinilla, ante el espejo del baño, le dijo:

—Es inútil que venga a darme o a pedirme explicaciones, Evelina. Los asuntos de Crista y míos son salo nuestros. Deje en paz a su yerno hacer lo que le plazca. No siga sus pesquisas, por favor...

Desiderio se mantuvo serio, frente al espejo. En un instante advirtió que Evelina se había colocado junto a sus espaldas, casi rozándole.

—Desiderio, hijo mío —tembló la voz de ella, y podía ver a través del reflejo el amaño de ceras y ortopedias de aquella anciana—, estoy segura de que todo volverá a su cauce.

—¿Qué cauce? —tronó él, sin volverse, pasándose por la barba y la mejilla una loción, refrescante e hiriente a la vez—. Eso no puede arreglarlo ni usted ni nadie. Tú sabes que yo soy incapaz de veras separados. Yo moriría, ¿sabes? Moriría —y parecía que en efecto se estuviera extinguiendo ya—. A veces los hombres se fatigan, quieren aventuras, son acérrimos de su independecia —prosiguió, jadeando—. Tú eres uno de ellos. Pero... es tan difícil resignarse...

—¡Resignación! Nada de resignación. Aquí el que se resigna, desde hace años, soy yo...

—Si supieras los consejos que le he dado... Si tú lo supieras... Y la veía a través

del espejo, a la vez acorralada y ridícula con sus súplicas.

—No hay más que hablar —dijo él.

Pero Evelina le miraba. Le miraba no solo el rostro, le miraba a través del espejo de una manera extraña, ávida, suplicante.

—No; si no es a mi hija a quien desearía aconsejar. No es a ella a quien compadezco ahora. No, no es a ella a quien yo quiero... a quien yo debo pedir que...

Desiderio había dejado de darse la fricción. Sin embargo, no se volvía; no quería contemplar de frente aquel espectáculo.

—Sabes que desde pequeño, desde que eres un niño, yo te estimaba como a un hijo. Y el día más feliz de mi vida fue aquel en que lo fuiste de verdad. Sí, te lo aseguro, el día de la boda... Comprendo muy bien que con los años las cosas pueden cambiar, y de hecho cambian en los matrimonios. Porque tú, Desiderio, eres para mí más que un hijo, mucho más...

Notaba el jadeo de su suegra, un jadeo entrecortado, una lastimosa respiración. Y el brillo de sus ojos, un brillo raro que dominaba muchas cosas; las lágrimas quizás, u otras. ¿Qué le importaba a él?

—¿Cómo has sido capaz de hacer eso... precisamente con esa...? —se lamentó ella al fin, como si fuera a ella a quien engañaba, y hundió ligeramente su cabeza en el pecho.

Desiderio sintió de pronto en sus hombros, en su espalda desnuda, la mano temblona pero ardiente de Evelina, que le rozaba y acariciaba, apretando... A través del espejo advirtió en los rasgos del rostro de ella algo repugnante y falso, carente de toda caridad, un egoísmo malsano y pútrido de afectos contenidos. Se volvió, la sorprendió sepultada en el tiempo en ese arranque de torcida ternura, operante un día y otro en aquel manojó envejecido de sedas y lustrinas, de trampas y mentiras. De tal modo, que la mirada de Desiderio rompió totalmente la ilación de las cosas y la posibilidad de hablar, y Evelina, asustada, se retiró, se iba retirando, apartándose de él. En aquel instante la faz de Evelina era la de una viejísima matrona degradada, la faz de una muerta, lívidamente muerta con cien años encima. Desiderio sintió entonces, en el fondo, cierta piedad por ella. Pero no dijo nada. La miraba en mitad de su alcoba, a punto de caer, mientras la mandíbula le temblaba a ella locamente, sin acertar a decir palabra alguna.

—Vuelva a casa, Evelina, y déjenos a todos en paz.

Evelina iba afirmando con la cabeza, imperceptiblemente. Sus cabeceos eran los de una mujer rendida, entregada.

—Todo se arreglará, ya verás como todo va a arreglarse —consiguió al fin articular mientras desaparecía por la puerta, que dejó entreabierta—. Pero deja a esa mujer —musitó, amenazó con los ojos brillantes.

—No, no se arreglará —respondió Desiderio, sin que Evelina ya pudiera oírlo—. Lo que importa, ya no se arreglará.

Y se tendió en la cama, con las manos en la nuca, y miró al techo. Y se puso a

pensar... Su situación, su hijo, sus amigos...

Hablaría con Crista.

Al día siguiente Desiderio provocó resueltamente la cuestión a su mujer. Amodorrado por el alcohol de la tarde y los *whiskies* de la noche anterior, aunque hubiera dormido de un tirón, sentía la cabeza suficientemente ofuscada para quitarle a la situación todo lastre dramático. Únicamente se mantenía viva en su memoria la actitud de Evelina, su repugnante arremetida, que patentizaba de una vez la turbia realidad de su matrimonio y los raros manejos de la familia. No quería dilucidar las responsabilidades; simplemente pretendía aclararse a sí mismo y a Crista la verdad, para evitar en adelante todo fingimiento.

Dejó transcurrir la mañana en su despacho de la fábrica sin salir de él ni ver a nadie, llegó a casa temprano, comió con Crista casi sin chistar, y, concluido el almuerzo, le dijo que quería hablarle. Por el tono comprendió su mujer que la conversación sería grave, pero ella no pareció azorarse lo más mínimo. Subieron a sus habitaciones. Dejaron aquella vez, precisamente, abierta la puerta que comunicaba las dos alcobas. Tan pronto Desiderio cruzaba de una a otra como era Crista quien, desde la puerta de su alcoba, pero sin pasar a la de él, le interrumpía y contestaba.

—Ayer estuvo aquí tu madre —empezó Desiderio—, que como siempre se está entrometiendo en nuestros asuntos. Mejor dicho: en los míos. Pero no es de tu madre de quien quiero hablarte ahora, porque ya lo he hecho demasiadas veces. Es de mí mismo.

—También yo quiero hablarte de mí —zanjó ella, intempestiva—. Naturalmente que yo también quiero hablarte.

—Crista —continuó él, conteniéndose—, no se trata de discutir, de volver a enredarnos sobre quién tiene razón o no. Simplemente he de comunicarte que nuestra situación no puede seguir así. Lo único cierto es una cosa: que desde que nos casamos no he tenido un solo día de paz. Y ahora tengo esa paz. Crista entornó los ojos y le miró con acritud. Antes de que Desiderio pudiera continuar su relato, que por lo visto llevaba bien diseñado en su ánimo, ella tomó la delantera.

—¿Por qué me vas a contar lo que ya sé?

Desiderio la reprendió con la mirada.

—Esta vez has sabido elegir. Bien: pues vete con ella —provocó. Quedó desconcertado. No supo qué decir, hasta que respiró hondo.

—¿Qué sabes de mí?

Crista irguió su cabeza, en signo de triunfo.

—No soy lerda, como crees. Lo sé todo... Por tanto, vete con ella.

Largo rato estuvieron en silencio.

—¿No es eso lo que pretendes?

Desiderio fue al mueble donde tenía guardada una botella de *whisky*, y mientras se servía un trago preguntó:

—¿Lo dices de verdad?

—De verdad lo digo —chilló entonces Crista—. Hace quince años que debiste hacerlo, desde que dejaste de quererme, si es que antes me habías querido. Cuando volvimos de Santa María, entonces.

—Me cansé de tus *cocktails* y de tus mimos estúpidos con los demás. Nada más; pero si cuando te necesitaba me hubieses aceptado, nunca hubiera dejado llegar esta situación. Tú separaste las habitaciones y... todo lo demás. No fui yo.

—Bien. Di de una vez lo que quieres.

Desiderio dudó un instante; flaqueó. Lo que estaba resuelto a proponer, quedó indeciso en sus labios.

—Si tú estás resuelta a cambiar de vida, si pudiéramos dejarnos de tanta ficción, si quisieras renunciar a la horripilante mamá que te domina, si...

—No hables así de mi madre, ¿has oído?

—Bien; si tan solo te comprometieras a olvidar todo lo pasado y...

—Eres un hipócrita. Quieres perpetuar esta situación, pero ya es tarde. Haz lo que te plazca; pero yo quiero y soy de otro hombre —afirmó—. Y por tanto no volveré a empezar contigo. Yo no tengo dos caras, sino una. Piensa lo que quieras. Podemos seguir viviendo juntos para los demás; pero entre nosotros, nada...

El vaso de *whisky* tembló levemente en la mano de Desiderio. Al principio, en los primeros instantes, no captó enteramente el contenido de aquella confesión. Le pareció que Blanca quedaba muy distante, alejada y separada de todo aquel asunto que acababa de surgir. Luego se le hizo evidente una cuestión: soledad e ignominia.

¿Qué has dicho, Crista? —preguntó, bajando el tono de su voz, acercándose a ella y luego, lentamente, al espejo, donde vio demacradas, caídas sus facciones, sin brillo su mirada, mustio el rictus de su pasada juventud.

—Desiderio —afirmó ella—, hemos perdido los dos a la vez. Pero amo a otro hombre, como tú a otra mujer. Haz lo que quieras; no pienso discutir porque estoy en tus manos.

En aquel instante el timbre del teléfono interrumpió el silencio, quebró la crispada agonía del diálogo. Dejaron que sonara, como si el reclamo del mundo no importara ya. Al fin cesó de sonar.

—No acepto una situación ficticia —dijo él, abrumado, pero sereno, al final de una conclusión; era su última, tal vez su única hombría—. Si hemos de vivir separados, no viviremos juntos. Ya he mentado bastante.

El teléfono volvió a sonar insistentemente. Desiderio se acercó al fin a él y lo descolgó.

—Es para ti —dijo, tendiendo el auricular a su mujer. Esta lo cogió y escuchó unas voces; quedó unos instantes parada, sin entrar en razón. Al fin pareció que comprendía. Una serie de monosílabos casi seguidos fueron toda su respuesta. Luego

colgó de nuevo y siguió unos instantes parada, con la mirada inexpresiva, el entrecejo fruncido. Desiderio esperó a que ella hablara. Inquirió con la mirada.

—Nada —explicó Crista, abatida, distinta a lo que ella era—. Ha muerto Carmen, mi hermanastra, la monja. La entierran mañana a las nueve.

Apretó convulsamente los labios y se dirigió al ventanal. Seguía lloviendo. Pero Crista no lloraba jamás. La vaguedad del mundo exterior era solo lluvia.

La lluvia caía insistente en el exterior. La capilla del convento de las Madres de la Esperanza era un recinto oscuro, y por los ventanales apenas si se filtraba un destello gris, que no daba relieve a las cristaleras multicolores. En una de ellas, la Anunciación del Ángel a María: la Virgen arrodillada, los ojos bajos, la dulce cabeza sumisa; en la otra, la Visitación de la Virgen a santa Isabel.

Joaquín Rius se fijaba en esos detalles para distraerse de su obcecación. Porque en el centro de la capilla estaba el túmulo, la caja negra presidida por una gran cruz, en la cual dormía ya su sueño eterno sor María del Rosario.

Los cánticos fúnebres, por la garganta desigual y aguda de una docena de monjas, batían a tristes oleadas la cera de los cirios, cuyas llamas vacilaban a ambos lados del altar, y en ringleras de a tres en cada lado del ataúd.

Ellos estaban al final de la capilla, en los últimos bancos, separados de la comunidad, como si se hallaran allí por un favor singular. Evelina y él, Desiderio, Crista... Detrás de ellos Josefina, a la que se sentía sollozar y rezar con un murmullo entrecortado.

«*Vita mutatur, non tollitur.*» La leyenda del recordatorio empezaba a aclararse poco a poco para el viejo Rius. La vida cambia, en efecto. Aparecía Carmen Fernández otra vez, pero no muerta, ni monja, sino al lado del mar, en una tarde gris, muy lejana, junto al oleaje. Llevaba un paraguas en la mano y miraba a la lejanía. Ahora estaba muerta. La muerte es igual para todos, es un misterio insondable, para los religiosos como para los profanos: lo que vemos en ella es la máscara de cera impenetrable que se irá deshaciendo y degradando hasta la corrupción. Después, ¿quién sabe? Joaquín Rius no quería pensar en ello, no pensaba ya ahora; estaba resuelto a verla tal como se ofrece a nuestros ojos, simplemente, cara a cara, sin ilusiones y sin fantasías.

La muerte es una terrible argucia, una excusa hiriente para no dejarnos vivir del todo como merecemos. ¿Por qué el hombre vive con tanto recelo consigo mismo, solo por el hecho de tener que morir?

Y sin embargo, al conjuro de los salmos entonados por el coro y ante las abluciones del sacerdote, que asperjaba sobre el catafalco con agua bendita, se sometía y resignaba. «Si verdaderamente existiera otra vida tú ya sabes ahora todo lo que has sido para mí...».

Vita mutatur, non tollitur. ¡Quién pudiera recordar ahora aquel poco de latín

escolar enterrado en su memoria hacía sesenta años por lo menos!

A su lado, Evelina y Crista se volvieron ligeramente a mirarle y él se sorprendió. Acababa de hacer, sin querer, un gesto involuntario, un gesto brusco de viejo que no es dueño de sus actos, que hizo balancear el reclinatorio y que extrañó a los demás. Josefina le observó a través de las lágrimas, como si le excusara. En cambio, Desiderio estaba hierático, firme, con la cabeza erguida, mirando al altar inexpresivamente. Joaquín Rius cogió su bastón, que había dejado apoyado en el reclinatorio, y se apoyó en él.

Largo rato duró la ceremonia. Luego, en fila, con los velos echados sobre el rostro, que quedaba oculto, las monjas salieron al pasadizo y, en fila, con las cabezas bajas, se retiraron por una puerta lateral hacia las dependencias del convento. Una monja se acercó para avisar a Joaquín que debían trasladarse al jardín, para asistir al enterramiento.

La lluvia de ese día gris no amenguaba sobre el jardín de las monjas. Evelina y Crista se cobijaban bajo sus paraguas. El pequeño grupo soportaba el chaparrón, que caía fuerte, sin hablarse, hasta que fue sacado de la capilla el ataúd llevado por cuatro hombres de bata negra, y precedido por el clero. Joaquín Rius bajó la cabeza, sin querer asistir a las vulgares, bajas condiciones de la operación mortuoria. Deseaba que cualquiera de las imágenes que le quedara de Carmen fuera otra y no esa. Aunque fuera la imagen deprimente, pero viva, de Carmen en la última vez que la vio, antes de ir a Santa María. Pero los demás no paraban atención en ello, quizá porque tenían fe: «*Vita mutatur, non tollitur*». Una de las madres dirigía el rosario y las demás la seguían, con un sonsonete monocorde.

El sacerdote entonó después las oraciones fúnebres en latín. Su voz era sorda, y de vez en cuando tenía que parar para esforzarse en limpiarla con una tos bronquítica, profunda bajo la lluvia que batía sobre el deslustrado roquete.

Estaban en el pequeño cementerio de la comunidad, ante una docena de nichos presididos en la cúspide por un ángel de mármol que señalaba al cielo. Se escuchaba el pico del albañil contra el exiguo tabique y el ruido de la pala al retirar los escombros. Y de pronto, todo quedó en silencio, sin más rumor que el de la lluvia golpeteando en los charcos y en la grava del jardín, la lluvia que caía sobre el raso del ataúd, sobre el ángel del juicio.

Entonces uno de los hombres abrió la tapa del ataúd. Evelina se acercó y estuvo contemplando la figura que yacía dentro. Después, hizo un signo a Joaquín y este se acercó, con dificultad, renqueando.

El cuerpo yacente de sor María del Rosario tenía una serenidad extraña. Su rostro parecía más joven, más tranquilo que la última vez que lo vio con vida. Todo él parecía hecho de una materia noble, de un alabastro finísimo. Solo la nariz, en punta, ese retoque que la muerte pone, la distinguía de la mujer que fue. Las manos eran largas, tenues, orantes sobre el negro profundo del hábito y puestas una sobre otra. Joaquín Rius se detuvo observándolas: en larga hilera, las cuentas del rosario de

ámbar, de su rosario, que ella había tenido como asidero espiritual y como índice de su oración, una y otra vez todos los días, estaban retenidas en la muerte por sus finos y largos dedos, se enrollaban a su muñeca y caían luego y destacaban sobre la tela negra. «Hasta la muerte —pensó—; hasta la muerte está contigo». Aquel rosario era su atadura suprema.

Pesaroso, vacilante, Joaquín Rius se retiró, conteniendo un alarido de ira y de rebelión. Luego se acercaron Crista y Desiderio. Y siguió la angustiada tarea de volver a cubrir el ataúd y de introducirlo en el estrecho nicho. El sacerdote rezó un responso ininteligible. Las madres se apartaron de allí, mientras los albañiles terminaban su tarea. Joaquín Rius miró a los demás. Era ya tiempo de irse. Besaron la cruz de una monja, la que ejercería las funciones de superiora a partir de entonces. Y luego salieron todos juntos a la calle.

Un ademán de desdén y de arrogancia inesperada pudo advertir Joaquín en la postura de su nuera cuando se acercó a ella a preguntarle si quería que la acompañara. Apenas respondió con un monosílabo y aún tuvo tiempo de responder, fríamente: «No, no; puedo ir perfectamente sola». Miró entonces a Desiderio y advirtió el matiz de indiferencia y de soberbia con que recibía esta respuesta. Solo Evelina se acercó entonces para moderar la cuestión.

—Yo misma te acompaño, hija, si Desiderio tiene que hacer.

Pero, interferida al profundo abatimiento en que la ceremonia había sumido al viejo, esta cuestión episódica se enroscó unos instantes en su ánimo.

Inesperadamente, también en aquel instante de depresión vital Evelina echó mano de su pequeño pañuelo. Iba a llorar. Se cubrió los ojos con él.

Rius se acercó a ella. Le cogió las manos.

—Hay que resignarse, Evelina. Es ley de vida —consoló quien, sin embargo, no podía en aquel instante soportar el dolor que sentía.

—Yo no fui buena con ella. Éramos... muy distintas —arguyó, disimulando un verdadero dolor—. Ella era un ser superior. Yo no; yo soy una...

Se paró, entre sollozos. Rius entonces apretó su mano.

—No se mortifique ahora por eso... Ya ve, a nuestros años, Evelina, todo debe ser resignación... —y un rictus doloroso asomó a sus facciones.

—Si supiera, Joaquín, si supiera cómo deseaba que viniera usted... No puedo confiar en nadie. Estoy sola, completamente sola...

Rius no sabía qué decir, no acertaba a consolarla.

—Piense —dijo al fin— que ella ya no sufrirá más...

—Y nosotros, ¿cuándo se acabará?

—Bueno, Evelina —consolaba, se esforzaba en hacerlo—, usted siempre tan animosa, tan desenvuelta, tan capaz de dar ánimos a los demás...

Y como si comprendiera que debía satisfacer los propósitos y las intenciones de

Joaquín, ella dejó de llorar. Se secó los ojos, que le escocían con el rimmel, subió a su coche, descorrió el cristal que los separaba de la parte delantera y miró desde allí a Joaquín; ambos, tristemente, sonrieron.

Mas Joaquín, bajo esa sonrisa, también estaba a punto de llorar.

Pero en el fondo, a ella, Evelina, ¿qué le importaba la muerte de su hijastra, religiosa a la que apenas había vuelto a ver desde que profesó, y con la que ya en vida había mantenido unas relaciones distantes y hasta enconadas? ¿Qué podría para ella significar la muerte de Carmen, cuando lo que más quería y ambicionaba se le estaba muriendo cerca, sin que nadie, ni aun ella misma hasta entonces, se diera cuenta?

¿Qué importancia podría tener todo lo demás para ella, si Desiderio se alejaba de su proximidad, si reñía y se separaba de Crista y si el fruto de sus desvelos y de todas sus ilusiones se evaporaba de pronto?

El coche se alejó llevando a Evelina con esos sombríos pensamientos. Quedaron en la acera Joaquín Rius y el matrimonio. A Joaquín le extrañó el comportamiento recíproco de ambos, sin que se pudiera traslucir su causa. Ni se atrevió a preguntar a Desiderio más que si pensaba pasar en seguida por el despacho.

—Sí —contestó él mirando con ira a su mujer, de tal modo y con tal falta de disimulo que Joaquín se sobresaltó, justamente por el odio que contenía.

A Joaquín ya no le cupo duda de que una nueva y grave cuestión enturbiaba otra vez las relaciones entre los dos. Era una pesadilla que duraba muchos años, pero que desde antes de su enfermedad no se había reproducido.

Subió a su coche, que le aguardaba, y dio orden a su chófer de ir a la fábrica.

Aún los cantos del funeral sonaban en su interior como una melopea que envolvía sus propias y confusas percepciones. No era la muerte, sino la vida y sus problemas, el difícil caminar de los hombres por la tierra lo que le angustiaba. Hasta entonces, él no había conseguido llegar ni siquiera a los comienzos de ese doloroso aprendizaje.

Por un lado, podía considerar que la situación deseada, soñada por él durante tantos años había quedado resuelta. Iba a separarse de su mujer, recrearía una libertad que tal vez no hubiera gozado nunca desde los días, escasos, de su primera juventud, aureolados por la asombrosa personalidad de Jeannine. Pero por otro lado ya no poseía los dones de esa juventud. En cuanto entreveía la posibilidad de andar por sí mismo, aparecía la imagen de Blanca como una responsabilidad subalterna, con la que en cierto modo habría de reanudar la incómoda servidumbre. Su mente se hallaba confusa, agobiada por la excitación de los días últimos, por el exceso que en ellos había hecho del alcohol y hasta por el madrugón de aquella mañana y el rito monótono y triste del funeral.

Era preciso actuar de algún modo. A pesar de todo, la vida seguía siendo la misma. Y acababa de decir a su padre que iría a la fábrica en seguida. Tomó un café en un bar de la esquina, subió al coche y se fue a la fábrica. Le avisaron al llegar que

su padre le esperaba.

Cuando entró Desiderio, Joaquín Rius tenía en sus manos el recordatorio del convento y lo llevó consigo hasta el rincón del tresillo, en que se sentaron. Le faltaba al viejo descifrar el significado de las últimas palabras latinas y se volvió hacia su hijo:

—¿Qué significa *non tollitur*?

Desiderio permaneció unos instantes pensativo. Al fin contestó:

—Significa «no termina».

«La vida cambia, no termina», se dijo entonces el viejo. Y se encontró de pronto con la muerte enfrente de sí, tal como era; con la muerte que lo remueve y revuelve a uno, le trabuca el tiempo, le baraja los recuerdos y le deja solo, solo, solo...

Durante unos instantes se mantuvo junto a su hijo sin saber qué decir, como si no acertara a recordar para qué lo había llamado.

Del rumor de los telares que tenía a sus pies, transcendían aún a veces campestres y vivificantes, no resueltos a morir del todo en la dudad, los ecos de la fronda escuchados meses atrás. Y sin embargo, era preciso batallar todos los días, sin excusas. Y el primero de todos los problemas que se le planteaban era, como siempre, el de su sucesión, el de su continuidad. Allí estaba Desiderio...

—Está pasando de nuevo algo grave entre tu mujer y tú, ¿no es cierto?

Joaquín Rius tenía frecuentes comprobaciones de la vida heteróclita y agitada que llevaba el matrimonio. Y el viejo Rius, a pesar de que no tenía a su hijo en el concepto que hubiera deseado, achacaba esas irregularidades principalmente al temperamento de Crista.

—Sí, es cierto —afirmó Desiderio.

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo!

—Algo habrá en concreto.

Desiderio dudó unos instantes.

—Nada en concreto.

—Os ciega a los dos el egoísmo —amonestó Rius—. ¿No pensáis en vuestro hijo, que es más importante que vosotros dos juntos? Los requerimientos no eran nuevos para Desiderio.

—Es inútil, padre. Al margen de los pretextos de riña, que son distintos en cada ocasión, hay un hecho: cuando dos personas no pueden vivir juntas, es inútil unir las.

—¿Y Carlos?, ¿no pensáis en él? —insistió.

—Supongo que Carlos, si se enterara, o cuando sea mayor, preferiría eso a observar de cerca el espectáculo de un padre y una madre que se detestan.

—Eso depende de la capacidad que tengáis, tú y ella, de corresponder a la educación que se os ha dado. Ya no sois dos chiquillos.

Desiderio calló. Pero recordó a Crista puesta en trance de discutir. Entonces se convertía en una mujer cualquiera. Su vocabulario podía ser el de una verdulera.

—Me parece que vivís sobre un volcán. No se debe dejar a la mujer tan suelta ni tan sola.

—Ella hace lo que le viene en gana...

—Pero ¿no has empezado tú? En general, el responsable de esas cosas es siempre el hombre.

—No soy un santo, ya lo sé. Pero además, ¿qué esperaba? Desde el principio este matrimonio fue la imposición de un deber, tú lo sabes. Bastante ha durado.

Joaquín observó a su hijo, que se había incorporado y paseaba por el despacho, frente al ventanal. Sus espaldas estaban un poco cargadas y paseaba con las manos atrás, entrecruzadas. Ya no era joven; jadeaba levemente, por la excitación. Joaquín se puso en pie.

—Repito lo que te he dicho antes. Tenéis que volver a uniros otra vez, pase lo que pase.

—Ya no tengo quince años, padre —le desafió.

Joaquín Rius, impávido, le miró a los ojos.

—Creo que sí; tienes quince años —fulminó sin ceder. Desiderio fue hacia la puerta, salió por ella y dejó de nuevo solo al viudo Rius.

Vita mutatur, non tollitur... Y otra vez la terrible imagen conmovió al viejo, ya a solas, hasta sentir un llanto lejano, raro y tibio sobre sus mejillas, resbalando en ellas, rociándolas hasta perderse allí donde la cicatriz quemaba todavía en la barba enmarañada.

XII

LA CONFUSA SITUACIÓN JURÍDICA y política creada por la rebelión de octubre no logró ser desenmarañada en muchos meses: el Gobierno se mantuvo indeciso, expectante, sin tomar determinaciones, como si pretendiera simplemente valerse del tiempo y apoyarse en él, en espera de que un olvido imposible le permitiera gobernar a sus anchas y sin coacción. Pero en cuanto intentaba acelerar el proceso que devolviera a sus mecanismos jurídicos la norma política, se encontraba con que a toda marcha había de volver a las leyes de excepción. Entretanto, se hablaba y rumoreaba de ciertas irregularidades, de escándalos y deshonestidades públicas, y las declaraciones del presidente del Consejo se parecían, muchas tardes, a pasos pintorescos de sainete.

Bajo la aparente y sonriente calma de las declaraciones oficiales, se dejaba traslucir la imposibilidad en que el Gobierno se hallaba de atender a la salvaguardia mínima del orden público. «Pero ¿es que no hay guardias?, ¿qué hace la policía?». Aquí y allá, en las grandes capitales se reproducían periódicamente los asaltos, los desmanes, los atracos violentos sin que fuera posible hallar la traza que uniera entre sí a tantos sucesos individuales y aislados. Los cobradores de los Bancos habían de ir acompañados por una pareja de orden público para que no los «limpiaran» literalmente en plena calle y a pleno sol. La situación social, que era en la superficie bastante apacible, tenía en los altercados individuales una contrapartida violenta. Y de vez en cuando sorprendían a la opinión pública algunos atentados sangrientos en pequeñas capitales o en pleno campo, que horrorizaban a las gentes pero no conseguían ponerlas en guardia.

—No lo entiendo —opinaba el exviajante Vinyals, que, jubilado ya y setentón, visitaba a veces la fábrica—. El presupuesto para las fuerzas de orden público es el mayor de la historia, a pesar de que se ha recortado el del Ejército. Antes, en tiempos de la Monarquía, una pareja de la Guardia Civil se bastaba para mantener el orden en cualquier parte.

El viejo Rius, habituado a situaciones peores, recordó los años de los atentados y de las huelgas. Aquellos años le habían dado una dura lección. Y dejaba que Vinyals se desbravara y se lanzara a despotricar como se escucha una cantinela muy conocida.

Las imágenes y los desvaríos de la enfermedad, las solicitudes de la muerte y las horas benignas de la convalecencia se habían alejado y difuminado en el ánimo del viejo. Los acontecimientos de la finca, el desorden de la jornada revolucionaria se perdieron en una neblina tenue y borrosa. El tiempo daba su vuelta a la triste noria. Vinieron días de lluvia, de aguaceros intensos y monótonos, que embarraban los accesos a la fábrica y dejaban en las plantas de las botas un lodo seco, con tierra y polvo de suburbio. Todas las semanas, los jueves, llegaba una postal de Vevey, en

Suiza, con unas palabras de su nieto, Carlos. La esperaba con impaciencia, una semana tras otra, y si en alguna ocasión se retrasaba un día, se sentía inquieto, irritado, sordamente herido. Pero cuando llegaba el mensaje, otra vez parecía que la vida era hermosa.

Eran muchos los días, interminables las horas de rutina y trabajo, envueltos en el rumor insistente, continuo, de las lanzaderas. Años atrás su despacho era un constante vaivén de visitas, de recados, un ir y venir de gentes, y la puerta se abría y cerraba infinidad de veces a lo largo de toda la jornada; pulsaba el timbre, daba una orden, discutía por teléfono, salía de su recinto y bajaba apresuradamente hasta la sala de máquinas, recorría los patios, entraba en las dependencias, solicitaba unos datos, compulsaba unos precios, contestaba las cartas, increpaba, aullaba, se erguía sobre su labor. Ahora amaba el silencio y la soledad, la vigilancia callada que se contenta con despachar una vez al día con el apoderado, girar por la mañana, según su turno riguroso, la visita de inspección a las salas, ordenar en voz baja y quedarse de nuevo en su rincón, envuelto en su rutina, sabiendo que en el ruido insistente que le envolvía, que le apresaba, estaba incluido el de su propio corazón castigado.

Al otro lado, el largo ventanal dominaba una plaza con casas desiguales, algunas de una planta, otras ya de varios pisos. La mudanza del barrio en aquellos años había sido tan rápida como la de la misma fábrica. Por doquier, la ciudad llegaba hasta los límites de la empresa, los acosaba y rodeaba; en las esquinas próximas abundaban las casas de habitación de nueva planta y proliferaban los bares y los cafés. Apenas podía recordar con precisión los orígenes de aquella zona, cincuenta años atrás, cuando la «casa» no era más que una pequeña porción de este solar hoy lleno hasta sus cuatro esquinas, rodeado por la alta tapia y las naves textiles, que en el exterior dominaban como una fortaleza a todo su contorno.

Algunos días ordenaba a su chófer que le alcanzara con el coche en un trecho del camino, y emprendía el de su casa a pie, y solo, como si quisiera comprometerse en la bonanza, y no se resignara a perder el hábito que sus pulmones habían adquirido de absorber el aire a bocanadas plenas. Entonces, seguía de lejos involuntariamente el paso de sus propios obreros, con monos azules, con blusas y chaquetas deshilachadas, y le asombraba en cierto modo que también ellos tuvieran su rutina, el paso cotidiano, la exigencia del sol, la templanza del ánimo; que ellos, cada uno de ellos, recobrará una simple y personal individualidad, ajena a las fichas y a los horarios, al rendimiento y al jornal. Eran tantos centenares, que le parecía un empeño imposible considerarlos como antes uno a uno. Pero con la fiambarrera bajo el brazo, o parados ante el velador de los cafés, con la botella de vino frente a sí, la mirada impenetrable, los ojos fijos, el saludo sin amor, el respeto conformado, sentía ante ellos una vacilación, un resquemor nacidos de la imposibilidad en que se hallaba de encararlos, de considerarlos bajo un ángulo de humanidad.

¿Cómo vivirá ahora esa gente? —se preguntaba. Y del fondo de su memoria surgían algunos retazos de vida en los tiempos en que aún se había acercado con su

padre o con el viejo Llobet a la morada de algún contraamaestre enfermo; esas casas con menguada luz, unas fotografías pegadas en la pared con unas chinchetas, el calendario multicolor, el gato doméstico y olor a menestra y rumor de un cazo que barbotaba en los fogones. Ahora ¿cómo vivirían? Muchos de ellos no eran ya de aquí, de estas tierras, y traían costumbres y rutina de otras zonas, zonas de pedregal, donde unas miserables ovejas sin pasto los habían condenado a una mudanza implacable. Muchos de ellos tenían el dejo levantino o andaluz de las gentes del sur, y por tanto, los ojuelos ardientes y pequeños, comidos por un lamentable mal; y los veía masticar, devorar al sol un mendrugo con aceitunas o un indescifrable guiso de tripas, rojo y pastoso en la abollada fiambreira. ¿Cómo vivirán? E imaginaba que la lluvia de otoño se había calado quizás en sus barracas hasta el jergón sin mantas, en la humedad próxima al mar de Somorrostro, donde el pútrido oleaje salpica las paredes y embalsama sobre la playa los detritos de la pesca y el alquitrán de los maderos. No, no podía pararse a pensar en cómo vivirían. Todo ello era demasiado difícil y complejo, y lo que a él le incumbía era únicamente trabajar y darles trabajo, exigirles para darles con que vivir.

Había un presagio de paz, o por lo menos un espejismo de paz, un deseo imperioso de ella. La ciudad enardecía sus fulgores, vivía y alentaba con un impulso nuevo, totalmente ajeno a los desvaríos políticos, a los motines y a las sacudidas de revolución efímera que había vivido el seis de octubre. Y ahora la cuestión parecía superada, olvidada y pasada; pero eran muchos los que sentían cierta insatisfacción o resquemor íntimo, seducidos por la sensiblera imagen de los reclusos que esperaban una revolución política perfilada con toques elocuentes por los periódicos de cariz izquierdista.

Durante unas horas los implicados en la revuelta creyeron que en la represión pudieran peligrar sus cabezas. Pero pronto tuvieron síntomas de que el Gobierno no tendría la mano dura. Las horas y los días de reclusión en el barco, desde cuyos camarotes descubrían el perfil incongruo de las Atarazanas y la silueta de la ciudad, les hacía meditar sobre la tensión pasada, sobre los lances de la rebelión, sobre el olor y el estruendo de la pólvora. Algunos estaban hundidos por la imagen; otros en cambio, como Borredá, se exaltaban con ella.

Nicolás Borredá pasaba el día leyendo y escribiendo, y mezclaba la lectura de la prensa diaria con otras de muy distinto tenor. La vida era, para los presos políticos, ciertamente desagradable por la soledad y por la tensión que somete al ánimo la reclusión, aunque esté moderada por todas las complacencias de los guardianes. Naturalmente, aparte de la consigna del Gobierno, al que no convenía, por lo visto, tener dura la mano para los responsables del motín, especialmente para los de Cataluña, existía el hecho de que los elementos guardianes subalternos pensaban que, a lo mejor, en un día imprevisto, se trocaban las cosas y de los presos surgían otra vez

los hombres del Gobierno.

Nicolás Borredá estudiaba el marxismo: la evolución del marxismo en su teoría, como doctrina económica y social, y la práctica del marxismo en la vida de sus grandes líderes; recibía todos los periódicos nacionales de alguna importancia y además los periódicos ingleses, del *The Times* al *Daily Mirror*, en consonancia con la evolución que se estaba gestando de una nueva época de la civilización, sobre todo en lo que concernía al fenómeno, también imprevisto y problemático, llamado «fascismo» y «nacional-socialismo». En suma, a pesar de estar preso, Nicolás Borredá estaba «al día». Y la infinidad de correspondencia que recibía desde Barcelona, pero también desde otros puntos de España y aun de Francia y de Inglaterra —saltándose por la torera su incomunicación oficial— le hacía entrever lo que ya aquella noche de la trágica y estéril rebelión había presentido: «No hay más fuerza en el mundo que la fuerza social, y todo lo que no sea ella, pronto no servirá ni siquiera de bandera para nadie». Y en la algarada del seis de octubre en Cataluña, la verdadera, la auténtica marejada social no se había producido.

Así lo había dicho, lo estaba diciendo, mientras paseaba por la cubierta del Uruguay con uno de sus compañeros de reclusión, el mismo Mestres que le llamó fascista en la Generalitat, poco antes de la rendición. Paseaban andando lentamente y Mestres le contestó:

—Pero lo que usted dice equivaldría a la eliminación total de la democracia.

—No lo sé. La revolución tiene que ser social o fracasará como fracasó la nuestra. Ahora bien: una vez los hombres en la calle, creo que se les puede encauzar y dominar. La acción puede ser del proletariado, pero la dirección puede muy bien no serlo. La política pura puede eliminar todos los riesgos. En las guerras pasa lo mismo: las hacen los soldados, pero la victoria es del Estado Mayor, ¿no le parece? Al fin y al cabo, Marx, Lenin y Engels eran unos intelectuales.

El otro, bastante maltrecho por el encarcelamiento y resuelto a no mezclarse en más líos, contestó:

—Sea como sea, es peligroso. Y además, le confieso que yo solo soy un federalista histórico. Lo demás son aventuras demasiado grandes para que yo las entienda. Me exceden. Le confieso que cuando oí el ruido que hace una bala de cañón prometí que nunca más me ocuparía de política. Ya ve dónde estamos; dirán lo que quieran, pero yo aquí me siento un preso; eso, un preso vulgar. Y esa mentalidad de delincuente no quiero volver a tenerla. Yo tengo nietos, cinco nietos...

—Porque usted no sirve para eso, amigo Mestres. Para eso hay que ser valiente como los dinamiteros —concluyó.

Desde el pequeño ático de la Barceloneta en que Desiderio y Blanca se encontraban, se veían ahora los paños de pared de las casuchas que bordeaban el mar, cubiertos por carteles de propaganda frívola; a algunos de ellos el viento y el salitre

los habían despegado y flotaban sobre la arena sucia y solitaria de la playa. Solo unos perros decrepitos transitaban por el lugar. El panorama parecía haber mudado de faz, desde los días del verano a ese marzo inquieto y aún frío. Unos postes desarbolados eran el único residuo de la baraúnda veraniega en aquel lugar. Blanca y Desiderio estaban hablando, uno frente a otro, junto a la pequeña chimenea encendida. Pero el tono de la conversación no era ya el de un par de años antes. De lo que había ocurrido entre ellos apenas si quedaba un rescoldo.

Desiderio le había contado al pormenor su comportamiento, desde la llamada telefónica a su suegra hasta el desenlace de su franqueamiento con Crista. Durante unas semanas le pareció que revivía el Desiderio del cual se enamoró. Pero de un tiempo a esta parte empezaba a perfilarse otro hombre, distinto a aquel: era un hombre que decía cosas raras, que alumbraba unas ideas difíciles y soñadoras —huir a América, fugarse a Tahití, como Gauguin—, muchas veces confusas, al calor que le daba el vaso que tuviera en la mano. Después, pasados esos instantes, todo se desvanecía otra vez y ese hombre se hundía en el titubeo, en la inacción. Todavía seguía viviendo en su casa, como un huésped que no dirige la palabra a la patrona.

Así ocurría ahora. El primer impulso era abandonar aquella misma tarde la casa en que vivía, ya que ninguna consideración le impedía hacerlo, y Crista lo sabía. Pero después, en su modo de enjuiciar a Crista, advertía a Blanca que no todo estaba desatado de ella con la separación. Que se iba a aventurar probablemente a tener que vivir con un hombre que actuaría de continuo en presencia del fantasma de la mujer ausente y que, aun separado, Desiderio tampoco sería de su amor.

No es que hubiera mudado de parecer con respecto a la actuación de su pariente, de Matías Palá. Pero después de sus arrebatos de un año atrás, la actitud de este con ella había cambiado enteramente. Desde que recibió el anónimo y se perfiló la categoría y el ánimo auténtico de Blanca ante él, cesó de importunarla. Entonces ella empezó a verle de otro modo, con toda su consecuencia, su valor humano, que difería del de Desiderio; le vio como un hombre de empuje, con objetivos primarios pero directos, con un recio aguante para las cosas, y como un ser que sabe lo que quiere. Empezó a sentirle como a alguien cercano, en quien poder confiar.

No lo hizo. Amaba aún a Desiderio y pretendía que este mismo decidiera aún su porvenir. Y al ver cómo volaban por el suelo los papeles, se sentía también ella en cierto modo a la merced de los vientos, del remolino fugaz que deja en la arena un sople intempestivo de aire, rociado por la espuma turbia que estalla en el rompiente.

Esa presión ajena la había sentido últimamente al llegar al lugar de sus citas y también el horror, la incongruencia de su situación, que Desiderio no acertaba a aclarar, no quería decidir. Los niños del portal la habían recibido con una palabra soez e hiriente, que la sofocó e irritó. El coche de Desiderio, apostado en la esquina, había aparecido con una sigla escrita con tiza y un garabato amenazador. Entrar en aquel portal era ya muy distinto de otras veces. Subir la mugrienta escalera era respirar el clima amenazante y turbulento que no quedaba luego compensado al llegar al

término, con un Desiderio del que quedaba al cabo un puro espectro carnal, el egoísmo de un cuarto de hora de arrebató.

Ello producía en Blanca una tristeza infinita. Recordaba lo que hubiera podido ser. Si se hubiera hallado con un hombre valiente, sería ella la que lucharía, batallaría, infundiría ánimos, aportaría el pan. Envidiaba la suerte de todos aquellos que eran libres, y que en aquel mismo lugar, en los pisos tristes de la Barceloneta, estaban solos y se amaban.

Todo esto estaba en el ánimo de Blanca mientras Desiderio, con un vaso en la mano, sentado frente a ella, le decía que había consultado con su abogado la posibilidad de su separación legal de Crista. Y entonces este nuevo y lento proceso de separación leguleya le pareció a Blanca un sarcasmo hiriente e inútil.

—¿Para qué?

—Para casarme contigo.

Blanca observó, esta vez con ironía, a su pobre amigo. Nunca le había pedido eso tampoco. Se acercó al ventanal. Uno de los cartelones estaba a medias pegado en la desconchada pared, indeciso entre volar o fijarse en ella. Una ola vehemente de impotencia y de dolor nubló sus sentimientos. Al fin vio claras las situaciones recíprocas.

—No seas iluso —comunicó, afablemente, sin despecho, pero entristecida—. Quisieras sustituir algo por otro algo que soy yo. Te azararía vivir en peligro. ¡Ni siquiera te atreves a dejar tu propia casa!

—¿Qué quieres decir con eso, Blanca, vida mía?

—Yo sé lo que quiero decir. Es muy difícil explicarlo.

—Dímelo, por favor; inténtalo.

Ella calló unos instantes. El mar batía sordamente en la arena, bajo la tarde gris.

—Yo sería entonces una entretenida con el timbre de la Alcaldía. Pero no querría ser eso, sino tu mujer, ¿comprendes?

—No, Blanca, no lo comprendo —dijo al fin él, tras un corto silencio.

Ella estaba mirando a la playa, al mar, de espaldas.

—Cuando hablaste con... ella, te pareció todo muy sencillo. Pero no era ella con quien rompías, ¿para qué?; eso ya estaba roto hacía tiempo. Rompías contigo mismo: con la comodidad de tus horas libres, con eso de la fábrica, que no te importa, pero que es cómodo... Qué sé yo: con la consideración de los demás. Yo hubiera querido tener hijos tuyos en cualquier parte del mundo, nada más...

Hubo un largo silencio. La tarde caía silenciosamente. Aún Desiderio se acercó a ella, en la penumbra que solo aliviaba el fulgor de los leños de la chimenea. «¡Tan joven! —pensó—. Y has deshecho su vida». Ella pareció como si comprendiera lo que estaba pensando.

—Yo no me casaré con nadie —dijo—. Con nadie. Pero tampoco seré tuya nunca más —afirmó, decididamente, sin dudar. Desiderio sintió entonces que había concluido un ciclo muy largo de su vida. Interferido a su dolor, le pareció, sin

embargo, que se hallaba al término de un camino inexorable, que había comenzado a andar muchos años atrás. Ni concilió, ni contradijo. ¡Qué joven era Blanca con relación a él!

Sorbió un trago de *whisky*. Dijo después:

—Sí, te casarás. Algún día harás eso, como todos. Te enamorarás algún día de alguien como tú...

Blanca se volvió y le miró a los ojos, ya sin amor. Aquello era el punto final. Se acercó a él; dudó un instante y, por hacer algo, le dio un beso en la mejilla, que era áspera, con un vello que ya, en algún punto, empezaba a grisear.

—Tal vez algún día nos veamos —dijo. Y quedó unos instantes indecisa. Iba a llorar. Luego se fue, cerrando la puerta. Desiderio se quedó solo, frente a los leños de la chimenea.

Mucho rato estuvo así, pensativo, fluctuante, sin discriminar lo que había de válido o de absurdo en su situación. Aún bebió otro vaso, que apuró lentamente, con delectación. «Vas a convertirte en un borracho —pensó—, pero ¿qué importa?». Y entonces decidió por fin algo concreto. Descolgó el teléfono que estaba sobre la mesilla, y que hasta entonces no había servido más que para encargar al bar de la esquina un refrigerio, unos bocadillos, o para llamar a un taxi cuando Blanca no quería que salieran juntos del lugar. Habló con su casa. Encargó a Roque, el *valet*, que preparara en seguida un par de maletas con parte de su ropa, a su gusto, y que las enviara al hotel Colón. Aquel era un lugar comfortable para vivir en adelante. Solo y en mitad de la vida.

Durante unas horas pretendió borrar con el sueño las impresiones de su novedosa y rara situación. Había cruzado su pequeño y mediocre Rubicón, era dueño de su soledad y tiempo le quedaría para pensar en las contingencias suplementarias que surgirían de la deserción que había perpetrado, y de la que no se arrepentía, por el momento, en absoluto. Tomó un somnífero y se acostó, a la hora en que otras noches acudía a la tertulia que se animaba en las terrazas y en el *grill*, y que vivió a sus plantas, bajo su sopor, con la misma vibración de otras noches.

Pero al despertar es distinto. Le despabiló a medias la sequedad y la insolencia de su determinación con un mal sabor de boca y una ansiedad extraña en la conciencia. Aparentemente, el incómodo nudo había quedado desatado, pero quedaban una porción de irritantes realidades por encauzar. La primera y principal de ellas, el enfrentamiento con su padre. Había resuelto separarse de Crista, sentíase desligado de toda su relación sentimental con Blanca; pero su mundo le seguía como sigue la nube al tornado impetuoso. Podía imaginar que nada de lo que había ocurrido en aquellos últimos días, como consecuencia de una situación creada por el aluvión de los años, le aislaba de su propio y particular universo: de Crista, de Evelina, de su casa de la Bonanova, de su inconsecuencia social, etcétera. Pero era incapaz de darle a su padre una explicación plausible sobre sus problemas y aspiraciones; y era imposible hacerlo, porque no tenía otros problemas ni otras aspiraciones que las de su propia

individualidad, y esos el viejo Rius era incapaz de comprenderlos.

Resolvió no pensar más en ello, de momento. Lo único cierto es que aquella mañana se sentía incapaz de incorporarse a la vida corriente, de cruzar las calles e ir a la fábrica. Se le venía encima el mundo de los telares, la mirada atenta y fría de Arturo Llobet tras sus lentes, la rutina y el agobio de los papeleos, las horas mustias e interminables de su despacho, que contrastaba con el de los demás.

Desde la habitación se oteaba el panorama entero de la plaza de Cataluña, en su vastedad, bajo un sol que ahora era claro y perfilaba las estatuas, los árboles, el vuelo de los palomos. A la gente, empequeñecida por la distancia, se la veía caminar apresurada hacia sus quehaceres, ajena a la intimidad y el sosiego de la verdadera vida. Los apresuramientos eran consecuencia de circunstancias arbitrarias y aleatorias, sin razón ideal: la vida cotidiana, la necesidad de vivir, de seguir para comer, para alumbrar a unos hijos, para que la noria artificiosa siguiera dando vueltas... Pero él ¿qué necesidad tenía de someterse a tanta servidumbre? Ahora mismo podía telefonar al Banco para que realizara el resto de sus valores, o acercarse a pedir una hipoteca importante sobre la finca, o simplemente echar una mano de su talonario, encargarse un pasaje para el Brasil, y largarse. ¿Qué se lo impedía?

No compartía el heroico empeño de su padre: no hay tradición en la economía, en el trabajo. Se acaba el tiempo en que quinientos o mil obreros dependían de la voluntad de un solo hombre. El apoderado Llobet hacía lo mismo o más que su padre, pero por un sueldo mediocre, por una retribución mensual. ¿Podían echarle a él en cara el haberlo encontrado todo hecho ya? Bien: pero ¿acaso lo había pedido? Si no hubiese nacido rico, tal vez hubiera podido ser un *clochard*, esos que viven libres. Mas si era rico ¿quién le impedía hacer, como un *clochard*, lo que le viniera en gana? ¿Su hijo? Quizás al principio tuvo el instinto de formarle y de dirigirle a su modo, de tenerle cerca de sí; pero ¿iba a tirarle de un brazo mientras Crista y Evelina le tiraban del otro? ¿No era mejor dejarle en paz? ¿No sería Carlos, como él, un ser individualizado, reacio a las tutelas? No, él no contribuiría a crear nuevas víctimas; no quería perpetuar tan injusta tradición ni confabulación tan monstruosa.

Estaba en esas cavilaciones, enfundado en su bata, cuando unos golpes de nudillo sonaron en la puerta. Creía que sería el camarero o un botones que subiera a entregarle los diarios del día, cuando, al abrir, le sorprendió el corpachón color de chocolate de su primo el carmelita, Francisco. Se agigantó en la entrada y pareció irrumpir como una tromba en la aseada, clarísima habitación del hotel.

—Ya debes suponer a lo que vengo.

—Inesperada visita. Francamente, no lo imaginaba; y he sido un tonto al olvidar que tú serías el primero en venir.

—Pero ¿qué es eso? —se lamentó el carmelita, tomando asiento en una butaquita de la habitación, que llenó con sus hábitos hasta cubrirla—. Tuve la esperanza, en casa de tu padre, la última vez que te vi, de que estas cuestiones ya no se producirían

más. Me pareció verte entonces muy equilibrado. Pero ¿qué ha ocurrido? ¿Qué es eso de irse de pronto a vivir a un hotel?

Desiderio contestó con rapidez:

—Sencillamente, el fin de una situación inaguantable.

—Eso que llamas tú situaciones inaguantables son la sal de la vida para la gente que cree en Dios.

—No quiero sermones, Francisco, ni que me eches por delante a Dios en un asunto en el que Dios...

Se contuvo.

—No son sermones, primo —e hizo con las manazas como si resolviera nubes en sus sienes—. ¡Es una locura!

—Ante todo —inquirió Desiderio—, ¿quién te ha llamado? ¿De parte de quién vienes? ¿Cómo sabes que estaba aquí? Porque solo hace una docena de horas que he llegado, y las he ocupado en dormir.

El carmelita calló un instante.

—Sigue la ofensiva y la maniobra de mi ilustre suegra, pero comprenderás que, a mis ojos, eso no te hace a ti demasiado honor. Me bastaría eso para rogarte que te marcharas, a pesar de tus hábitos.

El carmelita titubeó. Dijo al fin:

—Es cierto. Me acaba de llamar tu suegra.

—Te ha llamado como si llamara a los bomberos, para apagar el fuego. Pero ya ves; no hay fuego.

—Desiderio —moderó el carmelita, torciendo el curso del diálogo—, prescindiendo de quién me haya llamado, que eso es secundario, lo cierto es que hay una situación familiar grave. Hace medio año estuviste a punto de tener que afrontar una realidad decisiva en tu vida. Tu padre estuvo a las puertas de la muerte. Dios no lo quiso. No te pido más que te coloques en la consideración moral y mental de aquellos instantes. Que procures ahora pensar y actuar con la conciencia de aquellas horas. ¿Las recuerdas?

—Sí, lo recuerdo. Verdaderamente entonces advertía que se me venía encima una responsabilidad. Pues bien, es eso lo que quiero ahora. Porque, por fortuna, entonces no murió mi padre. Y en cuanto se rehízo, yo volví a ser eso que soy: nada. Una burbuja que sopla por todos lados. Y por parte de mi mujer y de mi suegra, más que de ningún otro. Y en el trabajo no soy más que un sujeto que fuma cigarrillos americanos en un despacho de once a una, nada más.

—Algún día eso no sería así. Y aunque solo sean la ejemplaridad, la presencia...

—Bueno, querido primo. Eso está muy bien para otros, pero no para mí. Pero eso no es todo. No puedo situarme en la idealización mental de los días de la enfermedad de mi padre, porque ha surgido un imprevisto. Y es que Crista, mi mujer, comparte con algunos oradores del Parlamento la teoría de que el amor es libre.

El carmelita, que hasta entonces había ofrecido una semblanza de jocosa

tranquilidad, se serenó de pronto. Su gesto se hizo grave de un trazo, como si se convirtiera en otro ser. Calló unos instantes.

—No me ofende lo que dices, sino cómo lo dices. Ten la bondad de repetirlo de otro modo.

—Hay cosas que no se pueden repetir. Pero si quieres una especificación breve, te diré lo que ocurre. Crista tiene un amante.

El carmelita se levantó, se incorporó, balanceándose. También por un instante estuvo tentado de asomarse al balcón para ver la muchedumbre apresurada de la calzada, en la plaza. Pero se volvió de pronto. Miró agria, tenazmente a Desiderio.

—Que Dios os ampare —dijo, dispuesto a irse.

—Un momento —rogó Desiderio, aplacándole—. Hay cosas que podrías hacer.

—Tú dirás —inquirió secamente.

—Procurar que mi padre se mantenga al margen de esta cuestión. Mantenerle al margen, ¿comprendes?, en la inopia. Exigir de Evelina que se calle.

El carmelita dudó unos instantes.

—Bien; lo haré —concedió.

Ya no era el hombre del corpachón enhiesto, fulgurante. Un rictus en su boca marcaba su profunda decepción, su náusea y su contrariedad. Se volvió de nuevo a Desiderio, antes de salir.

—Por lo menos, que lo que hagas tú ahora sea algo noble. Y aunque no te guste, piensa en Dios.

Salió.

Durante unos días quedó en su conciencia un rastro de ignominia y de falsedad difícil de definir, pero a medida que las horas transcurrieron, las paredes de aquella habitación de hotel se le fueron tornando contrafuertes de un refugio del que le costaba esfuerzo salir para hallarse con los demás, a pesar de las luces y del bullicio que desde el pequeño balcón le llegaban de las terrazas cubiertas por un largo toldo hasta la luminosa plaza. En la fábrica nadie extrañó su ausencia, porque tuvo la precaución de que llamara la telefonista anunciando que él había tenido que salir de viaje, sin especificar más. Pero pasados unos días determinó regularizar su situación con su padre y darle una explicación que resultara útil a su futuro plan de vida.

Ya envuelto en el clima de mentira en que se había producido su ruptura con Crista, no importaba una simulación más. Visitó al viejo Rius en su casa, a la hora en que calculaba que habría llegado por la tarde a la salida de la fábrica. Josefina le recibió con los brazos abiertos y una cierta quebradura de la voz, pero no aludió a nada, a pesar de que Desiderio pudo colegir por la manera con que le miraba y por la efusión de sus gestos que también a ella la había rozado la intriga y la confidencia de Evelina. Pasó al escritorio de su padre, quien estaba, como de costumbre a aquellas horas, haciendo el recuento de sus gastos en la agenda, bajo la luz de la lamparita de

globo de gas, que aún se conservaba desde los tiempos de la niñez de Desiderio.

Pero el viejo conservaba toda su energía, la cabeza clara todavía a aquellas horas nocturnas, y era capaz de atender y seguir una explicación. Desiderio la llevaba bien madurada, con la seguridad de que su padre no recelaría, precisamente a causa de la promesa que le había hecho a su primo el carmelita.

Sencillamente, le pidió autorización para dejar de ir al trabajo una corta temporada, con objeto de rehacer sus nervios, que tenía, según el médico, un poco alterados, y para poder ocuparse en intereses suyos y de Carlos. Necesitaba hacer una transformación en la finca, necesitaba tiempo para estudiar algunas inversiones —el dinero en los Bancos estaba pudriéndose— y quería hacerlas en inmobiliarias, lo que requeriría tiempo y visitas y, en fin, abstraerse de todo lo demás. El viejo Rius escuchó con detenimiento, se quitó las gafas, que se ponía solo para papelear, y se limitó a decir:

—Bien; yo también creo que te conviene ausentarte, reposar y prever ahora el porvenir. Ten en cuenta que las cosas del negocio —y cuando hablaba del negocio Joaquín Rius se refería naturalmente a la fábrica— pueden un día estallar de un modo u otro. Nadie sabe. Ya ves cómo está la situación. Me parece muy bien que compres cosas sólidas. El terreno, aunque no rinda, siempre tiene un valor. Y quién sabe lo que puede pasar... Y así se halló Desiderio momentáneamente aislado del problema de la fábrica, del problema de su progenitor, y enteramente libre para elegir un camino. Se encontró obligado a una resolución en plazo breve. Quiso puntualizar.

—Quisiera decirte que esta ausencia mía no será corta. Por lo menos un mes, quizá más...

—¿Tanto? —se extrañó entonces el viejo. Pero volvió a calarse las gafas y siguió apuntando.

—Ya te digo que quiero tomarlo con calma...

Se halló, pues, de nuevo en su habitación del hotel, ante unos libros que había adquirido, ante una «Underwood» portátil que acababa de comprar, frente a una posible vida improvisada pero nueva, recuperándose de la crisis que le había llevado allí y decidido a sacar de ella el mejor partido posible y, por encima de todo, resuelto a encontrar un camino nuevo, en línea recta.

Poco después se celebró en Madrid el juicio contra los amotinados de mayor relieve. Fue precedido y seguido de unos intentos de huelga y algaradas parciales en toda España. Los presos fueron trasladados a la capital. Nicolás Borredá se defendió a sí mismo. A los demás, presidente y consejeros, les fueron atribuidos los mejores abogados del país y en realidad el juicio se convirtió en un acto político de gran resonancia. Los conductores de la rebelión fueron condenados a treinta años de presidio. Borredá, con una responsabilidad subalterna, pasó con doce años.

Después vinieron las largas, interminables horas de tren, la sacudida en las

estaciones secundarias, el paisaje entrevisto de una España árida que se asomaba a verlos pasar en la mirada negra, profunda e inexpresiva de unos labriegos con blusón y boina, en las tierras secas que padecen la ignominia y la conformación. Luego, una cierta sensación de benignidad y de bonanza, con laderas verdes y un atisbo marinero en la brisa fresca y lozana, con olor a salina. Al fondo, tras muchos días de espera, los muros de la cárcel, del Penal, siniestro y grande, los tricornos de la Guardia Civil, las celdas con cerrojo, el rancho y la rutina; y el tiempo sin límites...

Pero los sucesos de octubre no se liquidaban así, por una mera aplicación de la justicia y de la ley sobre los infractores. El residuo que dejaban era mucho más profundo.

Fermín Ortiz había sido designado para el Comité regional de la CNT. Se encumbraba sordamente, apoyado por la rotundidad de sus afirmaciones cotidianas en su sección de Solidaridad Obrera y por su habilidad para expresar por escrito las consignas más enardecedoras sin que la censura —que actuaba sin escrúpulos— pudiera impedirlo. Su *ritornello* eran los treinta mil encartados y víctimas de la represión de octubre en Asturias. Porque si en Cataluña la rebelión podía parecer una travesura de los políticos, allí verdaderamente la masa había obrado, actuado y subvertido el orden a punto mismo de instaurar un estado de revulsión sangrienta y total.

Esos treinta mil hombres tenían, en sus casas, el problema del pan. Fermín Ortiz subrayaba la desolación de los hogares, la tortura de los millares de hogares —tristes hogares— arrasados sin piedad a causa de la revuelta. De eso hablaba en el diario. En el Comité, los problemas se enfocaban de distinta manera.

Durruti, García Oliver, Federica Montseny no creían que esa simple actitud jeremiaca y sentimental pudiera llevar a parte alguna. Pero era preciso galvanizar con el escalofrío melodramático otra vez a los compañeros, demasiado desconcertados y resignados con el fracaso de la subversión asturiana. Entretanto, los grupos de acción planeaban y ejecutaban los golpes, sin respiro, porque las cotizaciones no bastarían nunca a sufragar los alimentos de esas treinta mil familias, ni tampoco los gastos elevados de la defensa judicial.

Todo eso causaba una tristeza y una desilusión en Feliciano, el compañero de tantos años de Fermín. No porque tuviera envidia ni celos de su notoriedad y del ascendiente que cobraba entre los dirigentes, sino por el propio despego de Ortiz, que ya le había jubilado de su amistad. Feliciano hubiera debido seguir la trayectoria de los «puros», de aquellos treinta decididos a no tener contubernio alguno con los políticos, pero igualmente resueltos a no aceptar en el seno de la organización sindical la hegemonía de la FAI, de los grupos de acción. Ya era tarde para desertar y volver con sus antiguos compañeros: Seguí, Pestaña, Peiró. Ya era tarde en él para todo. No tenía más que un viejo máuser al que acariciaba de vez en cuando presumiendo que, como él mismo, sería inútil cuando llegara la hora. Y por tanto, trabajaba frente a su telar, y callaba.

Las circunstancias policiales habían cambiado. Los policías de nuevo cuño de la Generalitat, casi todos ellos implicados en la revuelta, habían sido sustituidos por elementos del cuerpo central, recién importados la mayoría de ellos. No solamente se había interrumpido el traspaso de los servicios que marcaba la Constitución al Estatuto autónomo de Cataluña, sino que, en virtud de esa misma Constitución y de las leyes de excepción imperantes, los servicios de orden público habían revertido de nuevo al Gobierno Central.

Al comisario don Pascual Munera le gustaba la ciudad de Barcelona; le gustaba desde el sabor del café con leche del hotel «Viena-Budapest», en el que se hospedaba desde hacía años durante sus estancias en la ciudad, hasta los tugurios, con vinillo dulce del Maresme o del Penedés, que bordeaban la mole de piedra de Santa María del Mar; desde el Tibidabo y la Bonanova hasta Montjuïc, todo era delicioso viaje para él, que quisiera haberse podido aclimatar definitivamente a los aires benignos y marítimos de esta ciudad mediterránea.

Había abrigado la esperanza de culminar sus días profesionales en Barcelona; pero los imprevistos de la política lo habían impedido. Cuando ya estaba a punto de conseguirlo, cayó la Monarquía; y con la República sobrevino la autonomía catalana y el orden público fue asumido por la Generalitat de Cataluña. Era pura casualidad — una revuelta— que pudiese ahora ejercer su labor en las calles de Barcelona.

Había elegido como auxiliar subalterno para aquella misión a un policía bisoño, charlatán, entusiasta y bastante inexperto. El comisario escuchaba con benevolencia las opiniones de su joven y ardoroso compañero mientras discurrían Rambla abajo y sentía que le hinchaba los pulmones el salitre de la brisa marinera, que venía a oleadas desde el puerto.

—Óigame, y perdone la interrupción: ¿Quiere usted acercarse a aquel café —y señaló a uno de los chiringuitos de Santa Madrona— y llamar a Jefatura, preguntando a Ibáñez qué recado tiene para mí? ¡Ah, tome usted nota literalmente de lo que le diga! —añadió mientras consultaba de un vistazo la hora de su reloj de pulsera.

Sorprendido por la incongruencia de esta interrupción, que echaba a pique de un salto sus fervores indagatorios, el joven policía se quedó un instante perplejo, pero inmediatamente echó a andar en dirección al café. El comisario Munera vio, sin moverse de sitio, como se acercaba al mostrador y exhibía su carnet, para disponerse a llamar; pensó, una vez más, que esos jóvenes eran peligrosamente inexpertos. ¡Si pudiera él recobrar ese don de la clandestinidad, privilegio de los policías que comienzan y que se había ido perdiendo y evaporando a lo largo de más de treinta años de ejercicio, hasta el punto que todos le conocían ya! No obstante, nunca, ni en sus comienzos había él mostrado el carnet para entrar a telefonar.

A poco vio llegar de nuevo a su joven auxiliar, con un papel de bloc en la mano y sonriendo, satisfecho de haber cumplido con el encargo; se acercó a él y se lo leyó. El

comisario miró a ambos lados, costumbre en él inveterada, para cerciorarse de que nadie recogía el eco de las palabras.

El texto era en apariencia incongruente y el joven le miró extrañado. Decía: «En efecto, el palomo está picando cebada». El comisario Munera miró de nuevo el reloj, luego echó un vistazo amplio a los plátanos del bulevar, llenos de un bullicio agitado de píos y de vuelos, y aspiró profundamente. Miró a su joven colega, le cogió amistosamente por un brazo y le dijo:

—Bien, si usted quiere tendremos ahora un poco de trabajo. No habrá que andar mucho. No debe usted hacer nada más que seguirme a cierta distancia y no perder de vista a la persona que seguramente no se resistirá a venir conmigo.

Se enardeció el otro íntimamente y, sin saber por qué, al observar el tono de confianza que empleaba con él aquel maestro, se atrevió a preguntar:

—¿Es... el Rebollo?

El comisario asintió con la cabeza y echó a andar. A unos pasos le seguía su acólito, un poco desconcertado. Cruzó en dirección a los puestos de libros viejos de Santa Madrona, detrás del cuartel de Atarazanas.

Con parsimonia el comisario se había parado ante el primero de los puestos e iba marchando, inclinado sobre el mostrador de los libros manoseados; de vez en cuando cogía uno de ellos y lo hojeaba unos instantes, para volverlo a dejar después en su sitio y curiosear sobre otros ejemplares. Pasó de aquel tenderete a su contiguo, en el cual se entretuvo del mismo modo; siguió paseando entre los libros como un viejo conocedor de aquellas gangas bibliográficas. Y así llegó casi hacia el extremo de la larga hilera de tenderetes, en aquel lugar donde se apoyaban contra los árboles, y en las farolas que acababan de encenderse las primeras nereidas nocturnas, aplastada contra sus flácidas mejillas la masa del colorete barato y un susurro venal en las bocas pintadas. El comisario volvió lentamente sobre sus pasos, se detuvo de nuevo ante el segundo garito, cogió uno de los libros que ya había estado observando al pasar y pidió precio al dueño del tenducho. Volvió a hojear el libro, regateó un instante, sacó una moneda del bolsillo y lo pagó. Con el libro bajo el brazo se acercó a la tercera casucha.

—¿Me permite? —dijo, dirigiéndose al dueño de la tienda, un hombre viejo, encorvado, con una mirada inexpresiva tras unas gafas de montura dorada; todo él aplastado por el peso de una boina enorme—. Quisiera curiosear en lo que tiene usted en la trastienda —añadió.

Aquel amasijo de achaques se puso de pronto arrogantemente en pie, como si acabaran de dispararle desde el asiento. Miró inquietamente al interior y luego otra vez al comisario, en una indecisión suprema. Pero en aquel instante por el estrecho hueco cubierto y rodeado de libros que llevaba al exiguo cuartucho, asomó un rostro macilento, sin afeitar, unos ojos negros y mortecinos, llenos de amargura, de tristeza y de ironía. Fue él el primero en hablar, con una voz un poco brumosa y cargada.

—Señor comisario... le he visto al pasar y he estado tentado de salir a saludarle.

Pero me he dicho: deja que disfrute...

—Amigo Rebollo... ¡Qué sorpresa!... Justamente hace unos días estaba pensando en ti.

—¿De verdad? —preguntó amargamente; y añadió, como para sí—: Al final va a ser bueno que se acuerden de uno las viejas amistades...

El dueño del tenducho había vuelto a sentarse y había quedado como adormilado nuevamente en su banqueta. Hasta cabeceaba, dando sacudidas que parecían agrandar el volumen de su boina. El comisario se dirigió al que estaba detrás de él:

—¿No te convendría darte una vuelta conmigo? La tarde está todavía muy hermosa.

—Lo que usted mande, señor comisario. ¿A dónde quiere que vayamos?

—Luego decidiremos.

Sin inmutarse y sin chistar, resignadamente, el hombre enteco y moreno salió de su escondrijo, mientras el dueño del puesto levantaba como un sonámbulo la tapa de madera llena de libros, para que Rebollo pudiera salir cuanto antes. Al encontrarse frente al comisario, Rebollo irguió sus espaldas y ensanchó el pecho. Así ocurría siempre que se llegaba al término de los largos días, de meses de disimulo, de tensión, de huida. Aquella incógnita azarosa quedaba ya resuelta y por un rato, quizá media hora, quizás una —hasta que empezaran los interrogatorios—el ánimo estaba totalmente libre y distendido. Por su parte el comisario sabía perfectamente, a través de su larga experiencia, que en el caso de hombres como Rebollo no era aconsejable detener, esposar, ni dar teatralidad a la cosa. Todo lo contrario: irían paseando como dos compañeros, hablando de mil cosas superficiales. El comisario le preguntaría por la familia, por sus hijos, quizá por sus nietos. Tal vez el Rebollo tuviera nietos ya. Caminarían y de pronto, más tarde, el comisario diría, cara a cara: «Bien, Rebollo; ya es hora de ir para allá. No sabes cuánto lo siento».

Mientras empezaban a caminar de ese modo se acercó enardecido e impetuoso el agente. Dio una vuelta entera alrededor de ellos, extrañadísimo de la confianza y quizá de la incompetencia de aquel maduro colega forastero.

—¿Llamo a Jefatura? ¿Da usted alguna orden? —Nada, amigo mío: esté usted tranquilo y no se preocupe por más... mi amigo y yo vamos dando unas vueltas. Y elevó su frente para ver el resol mortecino que se cernía sobre los botones primerizos de los plátanos callejeros, teñidos de un suave nimbo rosado.

Ello no era para Munera más que una cuestión de despacho corriente, un simple trámite. Cuando se hizo cargo de la comisaría había abierto una por una las carpetas y había observado algunos asuntos entretenidos o interrumpidos por la revolución de octubre. La labor policial era continua, no podía depender de un alzamiento ni siquiera de unos hombres. Y había penetrado en las interioridades del asunto del atraco del Banco de la calle de Salmerón: en las notas tomadas de las declaraciones de Mullor, antes de ser asesinado y en la implicación de Rebollo en el asunto de las armas. Ahora era preciso proseguir. Se trataba de encontrar a Máximo y a sus

cómplices, o coautores, fueran los que fueran. Solo sabía que en la noche del seis de octubre Máximo había sido metido en la furgoneta para ser trasladado al Palacio de justicia, terminado el atestado, las diligencias y dictado el auto de procesamiento. Lo que no sabía Munera, por no existir dato alguno sobre ello, era la detención de Feliciano ni que acompañara en la furgoneta a Máximo. Detenido el Rebollo, se trataba solo de encontrar a Máximo.

Las nuevas circunstancias imponían a los activistas una nueva acción. Poco a poco los grupos empezaron a salir de sus madrigueras y de sus cubiles. La represión y la vigilancia eran ahora muy duras. Cualquier delito contra el orden público había de ser juzgado antes del término de un mes. Esos delitos eran sometidos a un procedimiento sumario y a penas muy graves. Pese a la debilidad de los Gobiernos de ese lapso, y a los problemas de todo orden que se les venía encima, pese a los escándalos públicos de tipo administrativo, el viejo Lerroux mantenía mano dura contra la subversión, con la pretensión de encauzar los problemas de España hacia una solución parlamentaria. Pero la dureza de las represiones y de los tribunales no hacía más que mantener en tensión a los grupos. «Los maños», «los pringados», «los idóneos», «los h. de p.», «los bastiones» fraguaban y realizaban golpes singulares, porque más que nunca se les hacía precisa la obtención de fondos para el socorro de los encartados en Asturias, para subvenir al pago de sus defensas y a la nutrición de sus familias, y porque era necesario ejercer una presión constante sobre sus propios posibles aliados, los burgueses de izquierdas, que pretendían desde la cárcel prohijar y favorecerse de los frutos de la subversión, es decir, de los «reaños» de los trabajadores.

Máximo dormía en las zonas y lugares más imprevistos y distanciados entre sí, en todo el mapa de la ciudad de Barcelona. No obstante, periódicamente, se marchaba a La Torrassa y allí encontraba a la Cucharas, que a voz en grito, luego, le iba echando cartel a esos encuentros distanciados y furtivos. Ella misma había logrado convertirse en un adalid, en una heroína resplandeciente y valiente ante las pesquisas de la policía. Esta ya no era aquella policía de la Generalitat, sino una policía profesional, con muchas horas de vuelo, mucha paciencia, mucho más formada y peligrosa. De ella se había sacudido a desplantes la Cucharas en varias ocasiones, con un galleo desafiante y sin temblar.

Máximo pasaba el tiempo con «los pringados» en un aprendizaje veloz. No se trataba ya de aprender a dar los golpes, menester en el que ya se había vuelto ducho, sobre todo a raíz de un atraco difícil a un Banco de Sabadell, con coche robado y botín de ochenta mil duros; sino de aprender sobre sí mismo la facultad de no precipitarse, de no remorderse después, y de quedar impuesto de que aquello que hacía era un bien para los demás. Ahora «sentía» la acción como un deber, y le parecía ridículo cuanto hasta entonces había sufrido por esta causa. Ridículos sus escrúpulos cuando el degüello del cordero, ridícula su indecisión ante el atraco de la calle de Salmerón y el hecho de abandonar su pistola entre los sacos; ridícula y

apestosa su reacción de temor después que vio a los «maños» despachar al Mullor y a su mujer, aquella vieja de las verduras. Los «pringados» le habían enseñado lo más difícil, que no es dar los golpes, sino olvidarlos, ponerlos a la cuenta de una voluntad común, de la que solo se es ejecutor. Además, Máximo había aprendido a leer con soltura en el entretiem po, en las largas horas pasadas en los desmontes de Santa Coloma, en los riscos de la Correría, en las barracas de San Andrés, en los tugurios del Clot, en los barracones de Casa Antúnez, con olor a brea y a pez, en las tabernas de Harta, en los Centros Libertarios de Pueblo Seco. Había aprendido a pasar ante las parejas de la guardia y ante los hombres con una andadura arrogante y despistada, como quien no tiene por qué avergonzarse. Había aprendido a dejarse de mujeres cuando así convenía y a precaverse del ánimo que da el vinillo para contar lo que no conviene. El Máximo era otro hombre; es decir: un hombre. Un hombre de veintiún años, desertor y lo que sea, solo viciado en llegar a ser un anarquista de bandera, nada más.

Sabía muchas cosas; la lectura de los folletos le había ilustrado no solo sobre lo que hay que hacer, sino sobre el porqué se hace. «En Hungría había ocurrido eso y lo otro; Bakunin afirmaba eso y lo otro; eso decía en la *Soli* la Federica, que si la Constitución, la burguesía y zarandajas, todo a la mierda salvo la revolución libertaria y esencial del anarquismo ibérico, contra el feudalismo, clericalla y putrefacción burguesa, eso es». Tal era, actualmente, su modo de pensar; y no volvería a torcerse ya un punto de esa filosofía, lo quisiera la Cucharas o no.

Su mentor primordial era ahora el Fanegas, aquel intelectual cegato que le hiciera obsequio de una bomba de mano entre los desvíos del tren de San Andrés, antes de los sucesos. También el Fanegas había prosperado. Escribía con regularidad, en la *Soli*, artículos de una destemplada intransigencia. Era escuchado en la cúspide de la organización, la Específica. Federica Montseny, García Oliver y Fermín Ortiz le estimaban. Ortiz, el calvo de las lacras, cada vez más apoyado y con estrella ascendente en el Comité Regional, le encargaba directamente la confección de pasquines y octavillas de propaganda y le tenía de enlace para diversos grupos de acción. Máximo ignoraba, y además le importaba un bledo, cómo funcionaba aquello por arriba. Una vez conoció a Durruti, que se citó con el Fanegas en un tugurio de Horta, el establecimiento de un floricultor, que tenía, por la parte de atrás, una extensa huerta con cultivo de flores y hierbas, muy útil para huir si se terciaba. Era un hombre musculoso y macizo, que hablaba a trompicones con voz recia y cuyos ojos fulguraban, negros, tras las cejas, a las que le servían de contrafuerte unos pómulos duros, de labrador. El historial de Durruti era el que él envidiaba. Y le observó con admiración, como se hace cuando se está en presencia de un tipo superior. No le importaba lo que ocurría por encima de él, pero tenía la seguridad y la confianza de que un equipo de gentes vigilantes, arrojadas, implacables, iban a funcionar sin pausa y con desvelo hacia el objetivo de la revolución social, hacia una España igualitaria desligada de ataduras serviles y de intereses criminales de banqueros, fascistas y

burgueses.

El comisario Munera cruzaba los desmontes de La Torrassa con paso lento, sin prisas, con precaución para no aterrizar de plano sobre un montón de escombros o una pila de pedruscos. Caminaba al ritmo mismo con que llevaba a término sus indagaciones. Sin prisas y sin pausas, como las estrellas, según la frase orteguiana que le gustaba citar en el casino burgalés, cuando iba allí de vacaciones. Pero esa filosofía no era para su misión ni para esos ambientes. Los desmontes del arrabal eran arriscados y a la luz decaída del atardecer había que andar con cuidado. Contra lo que se dice de la policía, y que parece propio de ella, el comisario, cuando iba a una misión, no miraba a nadie. Era todo lo contrario de un espía o de un observador profesional. Más bien era él el mirado y observado. Por lo menos en La Torrassa, donde un hombre con su facha olía a cuartelillo.

La Cucharas estaba de charla en la puerta del colmado cuando él la avistó. Todas las tardes iba la Cucharas a comprar algo al colmado, donde llegado el caso —y el caso llegaba— le fiaban la escasa mercancía que necesitaba para su condumio. Compraba por la tarde por si a la noche se presentaba el Máximo de improviso, cuando la puerta de su barraca estaba ya cerrada y se oía a lo lejos, únicamente, ladrar a los perros o pasar lejano un tren de mercancías hacia el Prat.

El comisario Munera ya la conocía, por la ficha que como mechera obraba en Jefatura. Además, se la habían descrito con detalle —esos detalles gráficos y certeros que definen a una figura como ella: brazos regordetes, siempre desnudos, que acostumbraba a situar en jarras con donaire; el negro moño breve en la nuca, y en el antebrazo la huella de una quemadura; pequeña y rechoncha la estampa, una estampa sin talle de la que sobresalía la redondez de senos y muslos.

También la Cucharas conocía al comisario. No porque nunca lo hubiera visto antes de ahora, sino porque a esos era capaz de reconocerlos entre mil. Era incluso capaz de graduar la importancia de su rango y el trato que según ello era indicado para cada cual. Nada más verle bajar a trompicones la atrevida pendiente que daba desde las barracas al barrio, sorteando pedruscos a grandes bandazos como los de un falucho en pleamar, agitadas al viento las vueltas de su gabardina. Paró de golpe la charla que tenía con la tendera y se volvió hacia él.

—Mira cómo viene ese... Juraría que es un viejo bofia el castrado... No puede ya con su alma. ¡Lo que es si viene por mí!...

En efecto, por ella iba. Munera no seguía el procedimiento ortodoxo y oficioso de la mayoría de sus colegas. Obraba como si creyera en la sinceridad del corazón humano y nunca había dado, en apariencia, rodeos para llegar a la detención de un culpable. Eso de la sorpresa, del procedimiento intrigante para enfocar los casos, le tenía sin cuidado. Por lo menos, al principio siempre abordaba las cuestiones como si aquel a quien perseguía y debía detener pudiera optar por una entrega franca antes de

recurrir a la acción solapada. Puede que con ello los pusiera sobre aviso, pero es que Munera creía que este era un factor favorable a su éxito. Todos los que se saben perseguidos acaban, cuando tienen conciencia de ello, por cometer algún error. Lo que quería era provocar ese error. Y no quería apresar a Máximo, porque lo que pretendía era coger a muchos Máximos a la vez. Le interesaba el grupo, porque era para él evidente que, después de tantos meses, Máximo no se apañaba solo.

Llegó a la llanura y pronto estuvo a las puertas del colmado, del que salía un olor a verdura, a alpiste, a chocolate y a corrosión labriega. En los sacos se mostraban las alubias, en los cazos se apelonaban tomates y en unas breves estanterías estaban apiladas latas de conserva; colgaba del techo un jamón serrano a medio cortar. Lo observó entonces todo, porque lo que le llevaba allí era, entre otras cosas, conocer el barrio.

—¿Es usted Consolación Hurtado?

—¿Consolación Hurtado? ¡J. con el tío! —y miró a su amiga la tendera, irónica—. Así me llamaban. ¿Qué se le ofrece?

—Es usted la compañera de Máximo García Expósito, ¿no es así?

—Así es, y a mucha honra.

—Soy comisario de policía. Voy en su busca...

—No me dice novedad. Otros más jóvenes también lo han hecho. Y ellos corrían más que usted, pies planos —añadió, observándole las botas llenas de polvo y la gabardina ajada.

—Usted se ve con él.

—Vernos, no mucho, pero no importa. Nos tocamos, jolín, que es lo bueno.

El comisario no se alteraba. No perdía la compostura ni la paciencia.

—Eso a mí me quita el sueño, pero a usted también —desafió todavía la Cucharas, ironizando.

Y entonces ella echó una sonora carcajada, que resonó en el barrio. De algunas de las casuchas habían salido las mujeres, a curiosear. Sonrientes y preparadas para escuchar a la Cucharas, que en estas ocasiones era espectacular. Empezaron a rodear al pequeño grupo.

—Oiga usted, Consolación...

—Déjese de Consolación, que yo no consuelo a nadie... Yo soy la Cucharas, ¿me entiende? Para usted y para todos. ¿Se le ofrece algo más?

—Casi nada más. Solo eso: que pillaré a su Máximo. Aunque yo corra menos que los otros.

Se disponía a dar media vuelta.

—Véngase por aquí cualquier noche. Si no es conmigo, no le pillará.

Pero la Cucharas intuía que aquel no era como los demás. Los otros la habían importunado, y siempre equivocadamente. El Máximo se había vuelto cauteloso y no arribaba al lecho sino en las noches de mucha seguridad. Cuando lo hacía, sabía ya que sus perseguidores seguían su traza por otros lados. Y de un tiempo a esta parte,

ellos ya tenían bastante trabajo con los sucesos nuevos de todos los días, para ocuparse de algo ocurrido casi un año atrás. Aunque con ese bofia de la gabardina era distinto. No le buscaría con ella, porque ella ya no estaría con él allí, mientras eso durara.

Estaba harta de la precaución, de no poder seguirle y estar con él cuando quisiera y aguardar a que él, de vez en cuando, se le acercara un rato, con zozobra, y luego la dejara oliendo a hombre. Nunca más. Sería ella quien iría en su busca, aunque eso le pudiera dañar. Total ¿no le perdería ya de ese otro modo? Porque entretanto el Máximo se iría quizá con la primera zángana que hallara.

—¡Cuidado! No se vaya usted a escoñar, señor comisario... —gritó, mientras Munera, que siguió como si tal cosa, empinaba la cuestecilla con dificultad, a resbalones.

En cuanto se marchó, las mujeres rodearon a la Cucharas, que se desató en improperios, pero no contra Munera, sino contra Máximo.

—El cabrón me la pega, y que no me venga con cuentos, porque eso de la Específica se lo cree su madre. A lo que va es a mangar, como todos. Y una a hacerse... Y a comer de fiado, porque lo que es de estas —y mostraba unas piezas de cobre en la palma de la mano— veo muy pocas. Al primer tío que me venga otra vez con que si la noche y qué sola estás y déjate de Máximo, le pongo a él unos cuernos que ni saldrá por la boca del Metro, palabra. ¡El jodío!

Se le removían todas las carnes. Se le coloreaban las mejillas, se le encendían los ojos. La luz del ocaso era ya una pincelada larga sobre el desmonte; el cárdeno y los morados de la puesta, en unas nubes inmóviles sobre el declive de las techumbres de latón y las tejas desiguales coloreaban el blanco de cal de las barracas. La Cucharas decepcionaba a su concurrencia. Se la veía vacilar, indignarse, insegura.

—A los hombres hay que seguirlos —aconsejaba una mujer madura, cubierta con un pañolón negro, cejijunta, con las manos entrecruzadas sobre la cintura como un monje medieval siniestro y noble a la vez—. Cada hombre es un lobo hambriento sin la mujer.

—¡No mi Máximo! —se engalló ella—. Mi macho es de mí sola. Pero le tienen secuestrado. Ni una mujer le verá donde le tienen... —rectificó de pronto, al sentirse injuriada.

—¿A qué te quejas? Si tuvieras los míos —protestaba otra, joven aún, con el vientre abotagado de las que están a punto de alumbrar—. Cinco me dejó y con este seis, y no sé por dónde anda. De vez en cuando me viene el del «socorro» y no sé más. Pero ¿qué hago yo con eso y sin el hombre? —dijo palpándose—. ¡Veinte que me hiciera, pero él aquí, conmigo!

—Tú tienes descaros, Cucharas; y la suerte de que él te ve. Siete meses llevas sin él, pero no pasan dos domingos sin tenerle en casa. Será media hora, pero ¿crees que el mío me da más? Los hombres no están en casa, están en la taberna. Solo se te echan encima para quitarse el vino.

Cábalas, un torrente de sufrimientos y de dolor no por lo que no tenían, sino por lo que tenían y era suyo: un hombre. Lo demás ¿qué importaba?

La Cucharas volvió la espalda a todas. Una luna en creciente había alumbrado de pronto en la palidez del cielo sin alumbrarlo. La Cucharas ya no podía más. Sus carnes, ardientes, sintieron un rápido centelleo, un escalofrío. Antes no le ocurría eso. Asió el pequeño paquete de sus compras y dejó a las mujeres allí, con sus consejos y sus reflexiones. Caminó y empezó a subir por la pendiente. Las casuchas estaban abiertas y caldeaban con el brillo rojizo del fogón. Breves penachos de humo coronaban las techumbres decrepitas, desgastadas, improvisadas, apenas un resguardo precario para no morir al sol o a la lluvia. Iba subiendo, con vigor, indómita por la ira y con ganas de desafiar al mundo, resentida por lo que había tenido que aguantarle al tipo de la gabardina. A la puerta de las barracas pululaban los chicos, medio adormilados ya, o alguna vieja sin boca, de mirada atónita y sin brillo. Enfiló la pendiente, dobló ala derecha, donde las casucas parecían más pequeñas aún. Llegó a la tercera barraca, metió una gruesa llave en la cerradura, que era desproporcionada y como para guardar un castillo. La puerta, de maderas y planchas de latón, chirrió sordamente. Entró. Solo un leve soplo de luz se filtraba por el ventanuco. En la oscuridad se movió, se irguió un bulto negro, hasta casi rozar el techo; la Cucharas sintió algo, un respiro hondísimo, y que la sangre le rebullía en las entrañas. Cayó al suelo el pequeño paquete. Era Máximo y se apretaron, se encontró con él, le olió —al fin— con un olfato inmenso, por todo el sudor y el suspiro, la axila y el pecho, enloquecida, abrumada.

—¿Se ha marchado ya el tipo ese? —dijo él con sequedad. Pero ella ya no se acordaba de qué tipo podía hablar. «Mi macho es de mí sola».

La noche pasó en un silencio total. La Cucharas era otra. Había aprendido en el riesgo y sabía dominarse y hasta dormir. Luego vino el alba, una alba lechosa que se filtró tenuemente por las rendijas del ventanuco, por los intersticios de la puerta y comenzó a hacer que emergieran en el silencio de la oscuridad los bultos del exiguo hogar: el catre, el fogón y la mesilla, los cajones verticales que servían para el asiento. Máximo se incorporó y, ya vaciado y vestido, saltó de nuevo a la calle.

La barriada estaba también claroscuro, silenciosa y solitaria. Después del abrazo volvía a estar solo. Se oían en cada casuca respiros y ronquidos. Máximo avanzaba sin precaución, saltando aprisa por el montículo hasta llegar a la plazuela, mientras comía un tarugo de pan con chorizo. Cruzó por la parada del tranvía y ante la puerta del Ateneo Libertario. Pronto entró en la ciudad. La calle era ancha y sus pies, calzados con alpargatas, pisaban la madrugada sin hacer ruido. Frente al mercado de Sans empezaba el trasiego de carros, que descargaban las verduras llegadas del Prat con olor aldeano. Máximo no pensaba más que en llegar pronto al otro lado, donde estaba su mundo, y donde había muchas cosas que hacer. Torció hacia la carretera de

Hospitalet. En una esquina había un taxi parado. El conductor estaba dormido, de bruces sobre el volante.

Se acercó a él, no sin vigilar previamente si había alguien en el contorno. De pronto, en su puño surgió la lengua de azogue de su navaja, un tornasol hiriente. Pinchó con ella en el cuello del taxista, que se desveló y parecía no entender. En un instante, se sobresaltó.

—Aprisa, llévame a San Andrés, sin chistar.

Se había puesto al lado, junto al conductor. Este era un hombre gordezuelo, de media edad, pelo escaso y gris. Resoplaba, emocionado.

—No te apures. Hasta puede que te pague el viaje. Pero si se te ocurre doblar hacia algún lado que no me convenga, te quedas mudo para siempre.

No hubiera habido necesidad de amenazar, porque el taxista era un dócil elemento sin voluntad. Puso en marcha el coche, pero las manos le temblaban en el volante.

—Conduce tranquilo, amigo; sobre todo, tranquilo...

Máximo era otro hombre, con otra voz, autoritaria y segura, sin inflexión. Los meses de lucha y riesgo le dotaban de un aplomo que antes no tenía.

La ciudad entera discurrió ante el parabrisas, sumida en el sopor y el silencio de la luz inaugural. En el Paralelo se bamboleaban los grandes cartelones con la figura de las vedettes de turno, provocativas y monumentales. Algunas luces publicitarias conservaban su fulgor, verde, amarillo, rojo, baldío y repulsivo en aquella hora. Pasaban los tranvías ya llenos de los primeros madrugadores, obreros de las fábricas que se iban a su labor. El taxista se iba tranquilizando, pero de vez en cuando echaba un vistazo de refilón al arma que Máximo mantenía presta en su mano, aunque sin encararlo ya.

—¿Cómo es que parabas allí?

El taxista intentó hablar, pero balbuceaba.

—¿Sabes? Donde me paro, me quedo. A esas horas... Y luego... los del mercado.

—Buen cliente soy, ¿no?

Respiró hondo el taxista. De pronto se sobrepuso.

—Hace diez años no hubieras subido, te lo juro. Pero estaba dormido.

—Venga, que no te voy a dañar ¿o eso pensabas? Lo que quiero es llegar a San Andrés. Luego, abur. Y no perderás el viaje.

Pasaban ya frente a las verjas del Parque de la Ciudadela. La efigie de Rius y Taulet pareció mirarlos, extrañado.

—Entonces, ¿por qué me has amenazado?

—Porque no me fío de nadie, ¿oyes?, de nadie. Aquí hay uno que no se fía ni de su madre. Además, vosotros no subís a los de alpargata.

—Yo no me fijo en el cliente, y menos en lo que lleva en los pies —explicó.

—Eso dices ahora. Pero pudieras haber tenido la conveniencia de no ir a San Andrés. Y me tenías que llevar por huevos.

—Eso es otra cuestión.

Por el paseo de la Industria el coche aceleró la marcha. En un tranvía al que avanzaron le pareció a Máximo ver colgado del estribo al Pitágoras, camino de la fábrica. Estuvo tentado de echarle un saludo burlón, pero se contuvo. Pasaba una brisa fresca. El coche era fino.

—¿Desde cuándo lo tienes?

—Es nuevo. Lo estoy pagando aún.

Se establecía una suerte de comprensión y compañía entre el taxista y su insólito cliente.

—La vida está difícil.

—¿Difícil? Pero tú con coche propio. Tienes facha de burgués.

—Quince años privándome de todo para pagarlo, y aún no es mío. ¿Te parezco burgués?

Máximo había cerrado su navaja, pero la tenía en la palma de la mano, en previsión.

—Tengo tres hijos, ¿comprendes?; el mayor ya se apaña, pero los otros dos son chicos. Conque... de dormir sobre el volante tiene que salir todo, gasolina y cocido.

Máximo se calló. Ya se avecinaba, sin saber cómo, su otro mundo, el suyo. Era como meterse en la idea. Fuera, la vida era un hecho usual. Pero ya con «los pringados», nadie era suyo. Llevaba un cometido específico, del que todo lo demás era como una sombra que se desvanecía cuando llegaba el clima. Reconoció en la neblina que azuleaba el aire el hollín y la lucha. El hombre que conducía ahora, ya tranquilizado, le era indiferente. Solo le interesó la marcha del coche, la suavidad con que tomaba las curvas, el runruneo sosegado del motor. Se puso a escucharlo aguzando el oído, como si compulsara un latido, sin estar seguro de que lo que escuchaba pudiera ser una ilusión. «Debiera haber venido aquí el Pepe, que entiende de mecánica».

Entretanto, ya la ciudad era otra. «John, cuando se piensa que todo eso me lo he tragado a pie». Observó que el taxista volvía a recelar. «Tú, tranquilo», le conminó con voz sorda, silabeando esta vez. Y observó en el volante una mano, de nuevo crispada, y un brusco movimiento del cuerpo vecino.

—Tú, tranquilo... —amenazó, exigió lentamente, volviéndose—. Por tus hijos que tranquilo —e hizo que la navaja, cerrada no obstante, diera unos botes en la palma de su mano, simbólicos—. Te he dicho que se te pagará —aseguró.

A partir de entonces el viaje transcurrió en silencio. La luz del día era ya rotunda. Solo unas nubes tenues, filamentadas, dejaban discurrir el residuo de palidez que hería ya de plano un sol naciente, anaranjado y misterioso, que debía de asomar la cabeza sobre el mar, más allá de las casas de San Andrés, en la herrumbre de cuyos balcones se acodaba solo la soledad, salvo en uno, extravagante y barroco, en que un hombre en camiseta y calzoncillos largos palpaba y olisqueaba unos geranios. «Vaya el loco... Hay tipos para todo...», se dijo el Máximo. Pero volvió a barruntar en su deber. Este deber ya se acercaba. Ese deber eran «los pringados», al fondo de la calle,

de la carretera de San Andrés torciendo a la izquierda —ahora— junto a los raíles, como antaño.

En la mañana todo paisaje es distinto. Lo era aquel, sobre todo, casi solo visto nocturnamente, a la luz escasa de bombillas de trecho en trecho colgadas de los postes, bajo una exigua pantalla de metal. Ahora lucía todo, pero las máquinas de tren, viejos armatostes de hierro, parecían monstruos moribundos. Allá una de ellas humeaba y se movía lentamente, arrastrando hacia atrás unos vagones.

—Y... y ¿más allá todavía?

Máximo tardó en contestar. El hombre entonces suplicó, se desfondó.

—No puedo cruzar las vías. Ahí los taxis no pueden entrar.

—Que sí, que entres.

—Te doy lo que llevo, más de doscientas. Pero déjame.

—¡Alante, he dicho!

Máximo había vuelto a abrir su navaja y le pinchaba en la cintura. El coche cruzó despacio las vías, por aquel camino muerto. Traqueó, vacilante, con cuidado. El chófer miraba asustado a un lado y otro.

—No pasan trenes a esta hora. Son vías de maniobra, ¿no lo ves?

Cruzaron y el camino seguía, hacia un bloque de almacenes y barracas, que formaba una pequeña calle, cuyos baches hacían oscilar el vehículo de mala manera.

—Para ahí.

Al tiempo en que daba la orden, salió de una taberna, cerrada hasta entonces, un tipo larguirucho, con la boina hasta los ojos, que miraban con resquemor. Sus largas piernas, en unos pantalones que se abombaban en la culera, dieron un salto hacia el estribo. Era el Roquete.

Del ángulo de la calleja, como si los acabara de alumbrar la esquina, surgieron dos hombres más. Pepe, esbelto, joven, el pelo crespo, el cuello erguido como un gallo que va a pelear, y Millás, macizo, los pómulos salientes, el cuello fuerte, seccionado por el ajuste del punto de un suéter alto, como los que llevaba Ricardo Zamora.

—Toma —dijo Máximo al chófer, alargándole un billete de diez duros—. Una fortuna, ¿lo entiendes?; pero bájate con la boca cosida y echa a andar.

—Me robáis el coche, bandidos, puercos —saltó el hombre, arremetiendo contra el Roquete, que le tenía asido por los brazos.

—¡Alto amigo! Aquí no se roba nada.

Le había puesto la poderosa mano sobre la boca y le tenía mudo, sin que se oyera ya su voz.

—¿No ves a lo que vamos? ¡Diez duros y el coche para ti, sin un rasguño, pero luego, no ahora!

De un empujón le habían puesto de pie en el desmonte. Subieron al coche.

—¡A callar, amigo! Ni una palabra a nadie, ahora ni nunca. ¿Te enteras?

Entretanto se habían subido al interior. El Millás se puso al volante. Dio el

contacto, el motor se animó y desembragó con pericia, acelerando despacio.

Siguieron por el camino, que doblaba tras el bloque de los almacenes. Un rato se movieron dando tumbos por el descampado hasta dar en una pequeña carretera con grava a punto de arreglar, donde el coche trepidaba, pero sin altibajos. Luego llegaron a un arrabal, en la falda de una colina, donde ya se sentía olor campestre. «A retama, como la primera vez», se dijo el Máximo, y vio como un borrón las jaras y los arbustos del desnivel.

Pasaron ante una barraca recién encalada, solitaria en el campo.

—Hasta dentro de una hora el h. de p. no se dispondrá a salir de su casa —dijo el Millás, sacando de su bolsillo un desmesurado reloj, cuyo tictac no hacía rebozos; parecía oírse.

—Entrar —ordenó una voz desde el interior, sin abrir más que un palmo de la puerta.

Era el Fanegas, medio cegato, deslumbrado por el sol. Los otros —Millás el primero— dieron un empujón en la puerta y entraron.

Aquel lugar era también estrecho. A pesar de la luz, alumbraba una bombilla, pues el Fanegas se movía palpando los objetos.

—Ahí están las pistolas —dijo, manoseando encima de la mesa—. Y ahora, a aguardar. Tomad; aquí tengo tortilla con patatas y carajillos. Todo frío, pero de ayer.

Empezaron a comer, todos menos Máximo, quien apuró su carajillo de un sorbo.

—Menudo tío el del taxi. Hubiera preferido venirse con nosotros a soltarlo.

—Con diez duros va que arde.

—A lo que vamos —dijo el Millás—, disparáis los dos —y señaló a Máximo y al Roquete—. Tú, Máximo, ya es hora que te dejes de cuchillos, y tiras a dar, aunque no le des. El Roquete se encargará de tumbarle, seguro.

Hablaba así el Millás. Conocía a aquel por quien iban: Felipe Roca y Trullols, uno de los jefazos de Tranvías. Conocía su itinerario y sus horarios, contumaces, exactos.

La cuestión duraba ya año y medio; era una cuestión sindical, típica. Reajuste de salarios. La primera huelga había sido un golpe espectacular, pero infructuoso. Eso sí, espectacular. Durante muchos días habían tenido que salir los soldados a conducir los tranvías, porque aquella vez ni esquirolas ni nada. Cara a cara. Lo que ocurrió fue lo siguiente: llamaradas tremendas que se deslizaban a tutiplén por las calles en pendiente; una fogata móvil y enorme que se precipitaba velozmente, vertiginosamente, por la calle de Muntaner, hasta terminar saltando en mil astillas relampagueantes donde la vía tuerce, en la Gran Vía, de una forma horrisona. No hubo tiros. Millás recordaba, en cambio, el espanto de los que veían aquellas antorchas solitarias, ensordecedoras, cruzar la ciudad. Los ojos de la gente asombrada, los conductores de los coches y sus frenazos escalofriados, el cartelón inmenso de la luz iluminando esquinas, empapando fachadas, levantando en vilo a la

pacífica clientela de los cafés. Vaciar un tranvía de su gente y luego rociarlo, apestarlo a gasolina, soltarle los frenos y nada más. Todo estaba hecho. Más tarde, una tregua, unas promesas y el sempiterno... «veremos de arreglarlo». Pero la cuestión seguía existiendo y era conveniente que ahora, que las derechas habían supuestamente pacificado al país, se dieran cuenta de que no había arreglo, de que no lo había habido y de que la cuestión estaba pendiente. Sobre todo con don Felipe Roca y Trullols, responsable de que no se hubiera readmitido ¡Jamás, jamás!, según dijera— a los promotores y adelantados de la huelga, una docena de hombres entre los cuales estaba el Millás.

Las instrucciones estaban dadas. Cada uno sabía su papel. El Pepe se encargaría de vigilar la inmunidad del suceso, pistola a punto, y de inutilizar al chófer. El coche se cruzaría, entorpeciéndolo, con el del dirigente burgués. Lo demás, se haría en un minuto.

Media hora pasó casi en silencio, nerviosamente. Acercándose hasta las gafas el reloj del Millás que este había dejado sobre la mesa, el Fanegas dio la señal.

—Ya es hora. Venga, a salir y suerte.

Todos ellos salieron y ocuparon su lugar en el taxi. Máximo, otra vez al lado del chófer, que era el Millás. El Roquete y Pepe en la parte trasera.

La mañana era tibia, despejada, ya nacida del todo. En el descampado, ahora la colina quedaba saciada de un sol dorado, que solo acusaba en el desmonte la erosión de barrancos y desniveles. El Millás, con su carga, se puso en marcha.

Iban en silencio; algo era grave entonces. Los rostros no delataban ni temor, ni ansiedad, ni duda. Lo que en ellos había era una serenidad fatalista, sin presentimientos, sin vacilaciones, como piezas subalternas, pero indispensables, de un mecanismo superior. La lanzadera, en la máquina textil, hace lo mismo: va aquí y allá, sin pensar. Golpetea, y listos.

Ni una palabra. El coche seguía la estrecha carretera de grava, que desembocó en un andurrial con algunas viviendas dispersas. A la derecha quedó el punto de arranque de la Rabassada, y a la izquierda se perdieron desmontes y barrancos. Allí terminaba la línea del tranvía y el conductor viró en dos rápidas vueltas, para alcanzar una calle empedrada y en pendiente. Allí vivía don Felipe Roca y Trullols; en un chalet bordeado por un pequeño jardín y una huerta. El Roquete sacó su reloj. — Faltan cinco minutos.

El Millás aminoró la marcha y el coche se detuvo al final de la calle. Se arrimó a la acera sin parar el motor.

Los cinco minutos discurrieron en silencio, un silencio del que no trascendía ni la respiración.

Pasaron unos segundos, un nuevo minuto, un poco más.

—Ahora sale —dijo el Millás, que miraba atrás por el espejito que tenía enfrente.

Hubo una tensión. Nadie se volvió a mirar. Solo el Millás observaba atentamente.

De pronto, sin decir palabra, dio una brusca vuelta al volante y aceleró. Se

escuchó el dramático chirriar de neumáticos y frenos, como un alarido sobre el empedrado. Un caballero con sombrero negro ribeteado se irguió un instante tras los cristales de su Chevrolet y el chófer uniformado iba a decir algo. Sonaron unos disparos, cinco. El chófer se había agachado. Se le acercó Pepe, el joven, que bajó como una centella, seguido de Máximo y el Roquete.

—Baja de ahí —le encañonaba.

Aquel joven con galones y gorra de plato tardó en comprender. Abrió la portezuela y le sacó de un empujón.

—Tumbate en el suelo, de cara —y lo hizo sin chistar. El Roquete abrió la puerta de atrás y tiró del traje, de los pies, a aquel bulto, que todavía jadeaba, con un estertor.

—No más —dijo el Millás sin moverse del sitio—, ya está muerto. Venga, rápido. Lo arrastraron hasta el taxi. Lo cogieron entre los dos, por brazos y piernas.

—Éntrale ya, mierda —vociferó el Millás.

Le metieron en el taxi como pudieron, pero con calma, como si cargaran una mercancía.

El Roquete pasó junto al Millás, y Pepe y Máximo se sentaron al lado del muerto, al que envolvieron con una manta, que se empapó en seguida de sangre. Cerraron la puerta. El Roquete sacó su reloj. Desde que el taxi doblo habían pasado menos de dos minutos.

Aceleró entonces, a velocidad. Pero en cuanto empinó la cuesta que daba a la Avenida, tomó una marcha moderada. Se metió en las callejuelas de Gracia, que estaban llenas de gente. Algunos miraban un instante, extrañados. Otros, ni reparaban en ello. La sombra matinal de las calles, la claridad de la mañana primaveral, no predisponían a fijarse en el drama.

Después torció el coche de nuevo hacia la Avenida del Tibidabo y allí emprendió rápida marcha. El cuerpo, convulso aún a veces, se distendió, paró, se convirtió de veras en un fardo inmóvil. Ni una palabra; cruzó la plaza de Sarriá y dobló —ya inseguro hasta el Millás— chirriando neumáticos, por la carretera de Sarriá, a toda marcha. Sorteó a un tranvía, adelantó a una camioneta que iba lentamente, se enfrentó con otro taxi. Hubo de parar, un momento, en un cruce. Un camión pasaba renqueante, interminable.

—¡La madre que lo parió! —masculló Millás.

Pero cruzó el camión. Una mujer había parado junto a ellos y se llevó la mano a la boca, con espanto. No dijo más. La visión la había dejado petrificada. Ya quedaba atrás, se perdió en una curva.

—Ponle el cartel —ordenó Millás.

El Roquete sacó un cartón y un imperdible. Abrió la manta y apareció un rostro desfigurado, un solo ojo abierto y una mueca horrible y ensangrentada. La calle se ensanchaba y el Millás aminoró la marcha. Borearon los muros de la cochera de tranvías. Bajo los tinglados se advertía el hierro vertical de los troles; dobló aún más,

hasta parar en la misma embocadura de las cocheras, desde la que se veían docenas de vehículos encarnados en paro. Un guardián estaba en la puerta, de espaldas. Se volvió al escuchar el frenazo.

—Échale ya, rápido.

El Roquete y Máximo, a la vez, soportaron el cuerpo hasta la portezuela y quisieron darle un empujón. El Máximo salió por su lado y le tiró de los pies. El cuerpo cayó, rebotó en el suelo.

El guardián vio cómo aquello quedaba allí —¡un hombre!— y huía a toda mecha el taxi. Gritó unas voces, pero de pronto echó mano de su silbato y empezó a pitar.

Se había acercado al cadáver. Otros salieron, por varias de las compuertas. Le volvieron de cara, espantados, asombrados.

—¿Qué dice ahí? —inquirió uno de ellos.

Y leyó:

—Dice: «Jamás».

De momento, no comprendieron nada.

—¡Hombre! ¡Un muerto han soltado esos cabrones!

XIII

MILLÁS LOS DESPARRAMÓ POR LA CIUDAD. A Máximo lo dejó en Cornellá, en casa de un «chorizo» a quien tenían amedrentado, donde se cambió la ropa. Pringado era. Con un paquete salió de la casa poco después, bien lavado y refrescado en un lavadero. En el desmonte, junto a San Justo, quemó aquello que le delataba, alpargatas incluido, que apestaba a sangre y masa encefálica.

Luego vino una represión terrible, una busca implacable. Pero a Máximo no le hallaron. De nuevo volvió el éxodo y la reclusión y el salir al monte y tumbarse entre las jaras.

El asesinato del directivo de la Compañía de Tranvías y, sobre todo el procedimiento y la osadía con que había sido llevado a cabo, sacudieron a la ciudad. Bajo la superficie bonancible de los acontecimientos políticos persistía el furor, la tenacidad subversiva. Fue como un escalofrío momentáneo. Luego, todo volvió aparentemente a su cauce. Traspaso de Servicios, aplicación de la Ley de Garantías, mudanza en los altos cargos de la Generalitat, mientras en el Penal los encartados de octubre esperaban la ocasión política que no había de faltarles.

Feliciano Martín Ruiz, hijo de anarquista, escrutaba los acontecimientos en el diario y, también, su propia situación. Leyó a la minucia el luengo relato que algunos diarios hicieron del atentado de Roca. Se enardecía, pero sin esperanza. Le causaban admiración, envidia quizás, el arrojo, la templanza de los que lo habían llevado a cabo. Y reconoció en el suceso el sello de «los pringados». Sobre todo, el cerebro conductor del Millás y la sangre fría del Roquete. Y Máximo... Máximo también: su hechura y su discípulo.

Pero no había esperanza para él, porque ya era demasiado viejo y las circunstancias le habían sobrepasado. Apoyaba en su fuero interno ese golpe, porque era típicamente sindical, apolítico y revolucionario. Pero entretanto era olvidada la solidaridad; se dejaba que los viejos luchadores se pudrieran en la cárcel. Solo se estaba pendiente del «socorro» en Asturias y, aquí, para los que aún valían. No para el Rebollo, otro viejo inservible.

—Que tenga paciencia, ya le sacaremos —le dijo Ortiz, una tarde en que había ido a verle al café—. Que piense que hay treinta mil camaradas como él, peor que él. Ahí se ve a los luchadores; ya saldrá.

Feliciano no pedía una ayuda material, porque Felisa, la mujer del Rebollo, estaba atendida en su casa. Pero no quería para el Rebollo un abogado de oficio, sino un profesional, docto, enterado, capaz de convencer y conmover.

—Habrán fondos, hombre... Pero no ahora. Los tendrá, como todos.

Se acordó entonces de la visita que hicieron unos meses atrás a la casa del Ensanche y de las palabras que le había dicho el burgués de izquierdas, Borredá.

Durante unos días, y completamente aislado de todos, pensó en ir a visitar a su amigo, que recordaba dijo ser abogado. ¿Le fiaría, aceptaría la defensa de un hombre cuyo delito era solo la tenencia de armas, un alijo, sin sangre directamente imputable a él? ¿De un hombre ya maduro, sin salud y con un historial idealista?

Se decidió a hacerlo. Cuando pulsó el timbre sentía frustración y timidez, porque aquel ambiente no era el suyo y porque le azoraba y avergonzaba llamar a las puertas ajenas. Puertas con pomo de metal dorado. Cuando aquella se abrió, se asombró de que no fuera el mismo abogado quien lo hiciera. Era un criado joven, con chaquetilla a listas negras y encarnadas —el color de los suyos; pero ¡qué distinto en aquella ridícula pieza servil!

—Quisiera ver al señor abogado.

El criado le observó de la cabeza a los pies.

—¿Le ha citado quizá?

—No..., no, señor. Vengo de improviso. Pero es urgente, para una consulta.

Llevaba en su bolsillo casi todos sus ahorros, setecientas pesetas, y estuvo a punto de mostrarlas, para certificar que no iba a pedir dinero, sino a ofrecerlo.

—Pase. Veré si puede recibirle. ¿De parte de quién es?

—Dígale... Feliciano Martín Ruiz. Ya estuve otra vez visitándole.

Entró en el descansillo, y al rato volvió el criado. Con una indicación le hizo pasar al saloncillo donde la otra vez aguardaran con Ortiz. Pero observó que todo parecía haber mudado en aquel aposento, a pesar de que los muebles eran los mismos, a pesar de que todo estaba igual. Ya no olía a cerrado, la ventana estaba abierta, los sillones sin fundas; la persiana, recién pintada, despedía un leve olor a barniz. Ese cambio se le hizo más notorio en cuanto entró, franqueando la puerta, en la habitación contigua. Abierto totalmente el balcón, se oía el revuelo de unos pájaros encerrados en una jaula plateada. Los sillones mostraban las tapicerías relucientes, en lugar de la asfixia enfundada de antes. Y, sobre todo, la facha del hombre que tenía ante sí. Lo único que permanecía intocado en su rostro eran los *tics* frecuentes. Se enfundaba él, en cambio, en una chaqueta de seda y en lugar de corbata, sobre la camisa lucía un pañuelo granate. Su cara era risueña, sin el aspecto reverencial y mortificante que mostrara en la primera ocasión.

—Señor abogado Brugada... —improvisó, recordó de pronto.

—Burgada —corrigió.

—Vengo por un asunto profesional, para una consulta. Y por si podría recomendarme a alguien que pueda encargarse de la defensa de un compañero.

—Siéntese, por favor.

Le explicó minuciosamente el caso. La detención del Rebollo, su complicación en el alijo de unas pocas armas, y cómo después de casi nueve meses de andar escondido en el campo le había pillado un comisario nuevo. Que su mujer estaba enferma, en su casa, etcétera. Vicente Burgada no se inmutaba, seguía la narración en silencio.

—¿Dice usted que trajo armas? ¿Cuántas?

—Serían media docena de pistolas y otras tantas *lafitte*.

—¿*Laffite*?

Feliciano dudó, receló de pronto.

—Está usted como ante un confesor. En fin, un confesor laico, ¿comprende?

—Son bombas de mano.

—¿Firmó su declaración?

—Supongo que le atizarían o... quizá no. Está muy inválido.

—¿Y luego?

—Dicen ellos que una de esas armas fue la de un atraco que hubo, ¿recuerda?, el de la calle de Salmerón.

—¿Pero él no participó en los hechos?

—No, no, señor.

Burgada se sintió importante. Miró a su visitante con sosiego.

—¿Ya saben ustedes que esto cuesta dinero? ¿Qué hay que hacer previamente una provisión de fondos, etcétera?

—Sí, sí, señor. Algo traigo, pero luego se podrá arreglar todo.

—Bien. Yo mismo estudiaré ese caso. Pero déjeme pensar y algo le contestaré mañana, si puede usted acercarse por aquí a eso de las seis.

—Sí, señor... —y Feliciano se levantó—. ¿Hay que abonar algo ahora?

—¡Ah, no, por favor! —sonrió engreídamente Burgada—. Los gastos judiciales son otra cuestión. Y en cuanto a la minuta... ya hablaríamos... —tranquilizó, acompañándole hasta la puerta y pulsando un timbre para que compareciera el *valet*.

Vicente Burgada quedó luego, ya a solas, largo rato pensativo. ¿No sería esa imprevista consulta un cable que le tendía el destino para aliviar su situación? Miró a su alrededor. ¡Cuánto cambio, qué dispendio y qué deliberado asalto femenino a su entereza y a su rigor privativos! Tal vez los hados favorables le iban ahora a procurar la posibilidad de inventar una tarea concreta, rediticia o no, pero enfrascadora, dominante de sus horas, que pusiera templanza al torbellino a que le sometía el amor adulterino de Crista.

Porque Burgada se encontraba, al cabo de los meses que ya duraba su «lío», completamente abrumado y derrengado. Las razones eran diversas, pero todas de mucho peso. Primero: aquel arranque impulsivo le estaba costando la vida. Vicente Burgada era antes un hombre de una meticulosidad fuera de serie. Había conseguido llevar una vida social prudente, administrando al céntimo el pequeño rédito que le daban unos valores bancarios de su propiedad, resto de una antigua fortuna disipada por varias causas, la primera de ellas la incapacidad de trabajar o de arriesgarse. De modo que él, que respondía antes a un presupuesto y a un calendario tasados al límite y con pormenores, para apoyar a Crista, para airearle el idilio y el himeneo en aquel piso al que ella aplicó en seguida sus iniciativas sin tener idea del precio que costaban, ni del descalabro que causaba, con sus pájaros y con la exigencia de un *valet de chambre*, absolutamente inútil y grotesco, se había visto obligado a pignorar

una porción de esos valores, a pesar de lo cual el desnivel era cada día más acentuado. Y empezaba a añorar aquel simulacro de *cocktail* que se tomaba en el «Ecuestre» antes de cenar, mezcla de vino y de una botella de ginebra que, por favor especial del barman, y sin que se enterara nadie, compraba él por su cuenta.

Segunda razón de su inquietud: Crista le amaba demasiado; le llamaba a todas horas, abusaba de sus propios ratos libres, empezaba a exigir y a regañar. Por último, Vicente Burgada reconocía que él no había nacido para el amor de tapadillo. Sufría horriblemente cada vez que se trataba de exhibirse en público con su amante, fuera con motivo de la apertura de una exposición en la sala Parés, fuera en un reservado del «Glacier», o fuera en su propia casa, donde acostumbraba a acontecer el sublime, pero breve y angustioso misterio erótico. Toda su vida había quedado trabucada a su pesar en aquellos largos meses. Porque, además, Vicente Burgada tenía ya cincuenta y dos años, edad perfecta para decir galanterías a una dama en un salón, conducirla al éxtasis solo un par de veces y volver a la serena soledad, a la impavidez del celibato.

Mas todo ello no podía decírselo a Crista, porque Crista había tomado por su cuenta la resuelta y osada emancipación conyugal. Estaba, pues, atado a ella por vínculos extramatrimoniales que le daban una idea aproximada de las razones por las cuales el marido de Crista había optado por provocar la separación. ¡Si hubiera alguien verdaderamente capaz de persuadir a Desiderio de que arreglara el asunto!, pensaba con frecuencia.

Pero esa persona no existía y Vicente Burgada estaba viviendo los trances más amargos del amor ideal, de la perfecta y soñada aventura.

Una sola esperanza le había ayudado a soportar su desarreglo: la que, con el verano, ausente Crista primero en Caldetas y luego en la finca, pudiera establecerse un epistolario paulatinamente más bajo de temperatura, hasta la total y noble claridad de la renuncia. Procuró recatarse durante el curso de la primavera, sin dar a entender a Crista de su determinación, cuando ahora se vio totalmente desamparado. Crista no quería ir a veranear, ni a Caldetas ni, en septiembre, a la finca. No quería ser pábulo de intrigas y de sinsabores mundanos, de velados reproches «aunque no le importaba que todo el mundo lo supiera»; pero el decoro y, sobre todo, el hijo la habían decidido a permanecer en Barcelona, donde ellos dos podrían sin riesgo afrontar la realidad de sus relaciones.

—Creo que... que será mejor que no des la campanada de ese modo. Deberías llevar tu vida corriente, aunque estés separada de tu marido. Creo que deberías ir a Caldetas y luego a la finca. Nos escribiríamos...

—No podría aguantar ni sufrir. Pueden ocurrir muchas cosas en un verano... Te podrías enamorar, por ejemplo.

El rostro de Burgada empezó a disparar muecas antes de decir:

—No podría hacerlo, porque ya lo estoy.

—¿De veras? ¿Es seguro?

Afirmó Vicente en silencio, pero con *tics*, inclinando la cabeza.

—Ya sé. Haríamos un viaje los dos solos, un viaje por mar, a Grecia...

¡Grecia! El ideal filosófico y plástico, histórico y gentilicio de aquel varón tardíamente favorecido por el amor de una mujer magnífica. Se habían citado en el parque de la Ciudadela y estaban, a la sombra de un castaño, sentados en un banco de madera. La cascada histriónica de Doménech y Montaner goteaba frente a ellos líquenes y musgos. Vicente imaginó la estructura sobria e inimitable del Partenón, la Hélade de Alejandro y de Pericles y, en fin, de pasada, la ruleta de Montecarlo y el *smoking* para cenar. Todo esto se entremezcló en un instante, mas pronto se esfumó. Para ello habría que comprometer de golpe las sacrosantas e intocables láminas que le quedaban de «Tabacos de Filipinas».

—Es... es imposible. Debes saber, Crista, que soy hombre que carece de fortuna personal, aunque a Dios gracias nada me falte; y un viaje así...

—No importa, yo te prestaría lo que te hiciera falta —y Crista lo hizo sin meditar, sin pensar en las consecuencias de ese ofrecimiento. El caso es que el rostro de Vicente se sonrojó hasta tal punto que durante unos segundos no se pudo distinguir en su visaje lo que era color y lo que correspondía a movimiento. Su pecho se abombó, rehecho de un gran respiro contenido.

—Agradezco tu ofrecimiento, pero... acabas de decir algo que me hiere profundamente —y miró hacia lo alto, hacia la copa del castaño, que sombreaba la escena con todo su esplendor, con la vigorosa pujanza de las delicias primaverales.

—Perdona, no quería decir...

—Haremos lo siguiente —dijo él—: tú irás de veraneo, como siempre; también el amor es bello por correspondencia. —Si no sé escribir apenas... —confesó ella, contrita.

—Escribías tus memorias en un libro, ¿no es cierto?

—Aquello era distinto, era para mí sola —y entonces sintió la pujanza de su carácter—. ¿Qué crees: que se ofende a un hombre como tú cuando hay amor? En África son las mujeres las que trabajan. Y tú y yo somos casi africanos. Por otro lado, yo no te he dicho «dar», sino «prestar». A la vuelta, las cosas pueden haber cambiado de modo que encuentres lo que te conviene, y que te conviertas en hombre de fortuna. ¿Por qué no? Lo que ocurre es que te estás cansando de mí.

—No es eso, Crista, créeme. Es simplemente que no tengo dinero para ir contigo a Grecia ni a ningún lado; y además, no admito que me lo ofrezcas, aunque sea prestado.

—¡Qué grande eres, amor, qué extraordinario! Me sacrificaré; no me voy a mover de Barcelona en todo el verano.

Un relampagueo de *tics* echó un borrón imprevisto en el rostro helénico de Vicente Burgada.

Y ese mismo relampagueo, de ilusión y de confianza enardecida, vibró en sus facciones en cuanto el triste hombre traspuso el umbral de la puertecilla. Los *tics* amainaron en cuanto Burgada se volvió de espaldas y contempló los anaqueles de su

biblioteca. ¿Cómo no había reparado antes en ello? Una sola cosa podía salvarle, enaltecerle, ante sí mismo, ante Crista y ante el mundo. El Derecho, el ejercicio del Derecho, al que había dedicado impulsos de su juventud estudiosa y que era todavía, soterrada, su vocación. No había sido jamás criminalista, ¿qué importaba? No lo había sido por cálculo, por mezquindad de espíritu, por falta de audacia, sino justamente por prevención y escrúpulo ante los repulsivos, estremecedores clientes de esta rama legal. Pero ¿acaso no había sido un lector fervoroso, un apasionado, casi un misionero de las teorías de Lombroso en su juventud? Y luego... ¿no participaba él mismo de los ideales del más avanzado liberalismo, que no solo no le impedía, sino que le empujaba nada menos que a la defensa honrada del humilde, del desdichado, tanto más si ese era, como el Rebollo, un proscrito por la Sociedad? Ya no tendría nada que objetar a Crista, la cual, probablemente, le admiraría más y más en cuanto le viera triunfar, batallar, razonar, convencer ante los Tribunales. Y luego... tal vez... esas minutas... Sí, ¿por qué no? Ese era un asunto estrictamente profesional, que se entroncaba con su vocación y que llenaría su vida, equilibrada ya por el amor, con el aliciente suplementario del deber cumplido.

Alargó su brazo hacia los anaqueles. Escogió un pequeño volumen y lo abrió. *De la vida feliz*, de Séneca: «Prefiero vencer a caer prisionero. Despreciaré todo el reino de la fortuna; pero, si me dan a elegir, tomaré lo mejor». Lentamente, sin dejar de leer, se aproximó al diván y quedó sentado. «Cuanto me sucediere se tornará en bien, pero prefiero que vengan cosas más gratas y de más fácil gobierno...».

Intempestivamente, a su lado, sonó el teléfono. Dejó que sonara hasta que lo interrumpió el «clac» de un conmutador, en la habitación contigua. Al poco apareció el *valet*.

—La señora Rius, señor, pregunta por usted —lo decía cada vez como si se tratara de una novedad, en aquel piso al que no llamaba nadie más. Se alejó y cerró la puerta. Burgada descolgó el auricular.

—Querida... —insinuó.

Pero al otro lado no daban opción. La voz de Crista en el teléfono era un murmullo irregular, altisonante y, sobre todo, incontenible.

—Sí, querida, sí... lo comprendo muy bien.

Luego otro trecho monologante.

—Claro, claro, mi amor. Claro que te quiero —pero era un querer afable, sin consentimiento.

Y nuevamente la voz, al otro lado. Al fin paró.

—¿Sabes, querida? Voy a contarte algo.

Durante unos segundos la voz coloquial intentó reanudar la melopea.

—Pero, no... nada malo. Sencillamente, he decidido volver a ejercer. Voy a defender un caso en los tribunales.

Y luego, al cabo de un rato:

—Pero no, no... Nos veremos como siempre, mi amor. Y cuando acabó todo

aquello:

—Ven, ven si quieres. Te lo contaré. Te quiero con delirio —pero no era cierto; la quería sin delirio.

Colgó el auricular con cierto desasosiego. Destellaron *tics* en su rostro, se calmó y, apaciguado ya, volvió su atención hacia el libro. Le costó unos instantes penetrar de nuevo en su atmósfera: «Aquel que se propone ser útil a sus conciudadanos y a la Humanidad se ejercita y al mismo tiempo saca provecho si, consagrado a sus deberes, administra lo mejor que puede los intereses privados y públicos». Una aura de serenidad hinchó su pecho, abombó su tórax. Pero no le duró mucho. A los cinco minutos sonó el timbre y era Crista, radiante, hermosa, incapaz de silencio, y todo el beneficio solitario, hermosado por la luz de la tarde, se desvaneció repentinamente.

¡Qué larga es la soledad! ¡Qué interminables y lacios los días!

El instante en que abandonó su casa fue una liberación. Se sintió de pronto desatado. Pero la improvisación de su nueva vida en el hotel no era fácil. Aquellos dos meses de jubilación voluntaria que había pedido a su padre, y que este le concedió sin ahondar en las causas, se le hicieron interminables. Todo hubiera podido ocurrir del mismo modo, pero muchos años atrás. O simplemente los necesarios para sustituir el vacío total por una presencia amistosa a su lado.

Se había propuesto vivir solo, abnegadamente, y no lo conseguía. No pensaba en su casa, ni en Crista. Era una indefinible noción de aislamiento y de ceguera súbita. Luego, en esa ceguera volvió a surgir, a perfilarse y a cobrar su figura Blanquita Maravall. La veía, la ensoñaba, la evocaba a todas horas, en cada minuto; y se sintió de pronto culpable. Culpable de haberla dejado marchar, culpable de haberse quedado deliberadamente solo. Era urgente, era indeclinable volver a ella, reanudar un amor que era su única salvación. Veía con claridad las razones que le habían separado de Crista, día a día, durante largos años, hasta la definitiva razón final. Pero no descubría aquellas que habían disuelto su relación con Blanca. Y que, por su parte, no existían: la quería, la necesitaba más que nunca.

También Blanca había quedado segregada del mundo. Cuando sobreviene una ruptura, durante un tiempo permanece la línea de los últimos encuentros. No podía justificar la causa por la cual su corazón había cesado de obedecer a Desiderio de pronto. Ni cómo le acababa de valorar de modo distinto, con otros trazos, sin la aureola, el hechizo, la extraña magia que la habían seducido. No podía saber cómo le había empezado a amar, ni cómo había dejado de hacerlo. Pero al cabo de unas semanas ya no le evocó en la ruptura, ni en los comienzos del amor, sino en los intermedios, en las horas cálidas en que ni se sorprende ni se teme, en que sencillamente se ama.

Entretanto, el contorno parecía recobrar para Blanca un sentido objetivo que anteriormente solo existía en función de él, de Desiderio. Con un gesto rápido y seco

dejaba sobre la palma abierta del cirujano, sobre el guante de goma, uno tras otro los instrumentos; era un gesto maquinal, pero ahora «notaba» estos objetos, su brillo, su filo, su utilidad. La mano del cirujano los recibía abierta, firme y sin moverse, hasta el instante en que se agilizaba, certera, en el hueco entre gasas de la carne abierta y sangrante, bajo el foco de luz. Blanca no veía más que la expresión de unos ojos duros, escrutadores, fríos tras unas gafas de concha, su muda manera de hablar, de seguir el bisturí o la tijera, esto o lo otro. Lo demás —el gorro blanco, la tela que cubría la mitad de la faz, la bata protectora— no era sino el negativo de aquellos ojos escrutadores y exigentes.

Se desenguantaba, se lavaba hasta los codos, se despojaba del antifaz aséptico, y parecía un hombre joven, rudo, silencioso y corpulento, incapaz de sonreír y de hablar, profundamente serio, de mirada ahora templada y serena.

Y Blanquita sentía el chasquido sordo del instrumental al topar con aquella mano inmóvil, un chasquido muy distinto al de la pelota de golf o al de la portezuela del coche de Desiderio. Un chasquido indefinible y peculiar, que no tenía nada que ver con los otros ruidos.

Salió del hospital, la cabeza alta y gallarda, el paso rápido, para alcanzar el autobús. No había transcurrido un mes todavía desde que dejara por última vez el palomar de Desiderio. Caminaba de prisa, y una sombra roja, un borrón rutilante se puso junto a ella, siguiendo su paso. Se paró. El coche se detuvo junto a la acera.

—Te ruego que subas, Blanca. He de hablar contigo una vez más.

No pudo evitarlo. Todavía el corazón le dio un vuelco, pero no supo si era de la sorpresa, de la desazón o de un resto escondido de amor que aún le quedara.

Vaciló unos instantes, pero tendió la mano sin decir palabra y subió al coche.

—Es tarde —dijo—. No podré estar contigo mucho tiempo.

—¿Cómo va tu vida? —se volvió él a preguntar.

—Bien —concedió ella, sin mirarle.

—¿De verdad estás contenta?

Ella afirmó sin hablar, con la cabeza.

El coche cruzó ante la mole disparatada y monumental de la Sagrada Familia de Gaudí, caries de piedra excéntrica y solemne, cuya sombra se dispersaba sobre las casas de las manzanas del contorno en aquel mediodía de sol abrumador. Luego se metió en el centro de la ciudad, en los cuadriláteros de granito y mármol ostentosos, petulantes.

—¿Adónde me llevas? —inquirió ella, inquieta.

Se miraron entonces. En la sonrisa de Desiderio advirtió ella que no había ninguna intención sorpresiva. Sencillamente, la llevaba a pasear.

Llegaron al extremo de la Diagonal, casi desierta. Solo paseantes dispersos, gozosos de sol, transitaban por aquel lugar pacíficamente. Desiderio arrimó su coche a la acera, paró un instante, como disponiéndose a bajar, pero de pronto volvió a acelerar.

—Hace mucho sol aquí.

Siguió adelante y al final de la cuesta dobló por la carretera de Pedralbes. Paró el coche a la sombra de los plátanos que le bordeaban, y en la cual se sentía un alivante frescor. En la llanura se extendía toda la ciudad, hasta el mar, pincelada de azul lejana, de un extremo a otro, solo alterada en un trecho por la masa marrón de Montjuïc, tan transparente que parecía que pudiera alcanzarse con la mano. Blanca pareció esperar a que él bajara del coche, pero no lo hizo. Quedó a su lado, y dijo:

—Discúlpame el rapto. No voy a hablarte de mi estado de ánimo. Simplemente, me interesaba conocer el tuyo.

Blanca se sintió incómoda. No sabía qué responder.

—Nuestra separación, la última vez, fue algo absurdo, que no me explico — insistió él—. Aún no sé cómo razonaba. En realidad, no debía haberte visto en aquellos días. Estaba alterado por... lo otro. Pero aquello ya pasó, ya está resuelto, y yo decidido a todo por ti.

—¿Todo?

—Sí. Me doy cuenta una vez más de lo que eres para mí. Ella encaminó el tono con que él hablaba.

—¿Te acuerdas? Mira: ¡el campo de golf!

En efecto, desde allí se oteaban, muy cerca, los *greens*, las banderolas de los agujeros y hasta un par de jugadores empedernidos que buscaban algo entre los rastrojos.

—Lo comprendo muy bien —continuó Blanca—. Yo también he pasado malos ratos.

Pero no era lo que decía, sino *cómo* lo decía. Desiderio mantenía aún su esperanza.

—Fue absurdo, era ridículo que te llevara a aquel lugar, eran lamentables mis precauciones. ¿Te haces cargo?

—Claro que sí. Pero es que, además, no fue ni ridículo ni lamentable. Fue muy hermoso, como tenía que ser —hablaba con naturalidad, sin resquemor, sin interés siquiera. Hablaba como se habla a los demás.

—Blanca —interrumpió él, de pronto—, ¿no quieres que recomencemos? ¿Lo que me habías dicho ya no existe?

Ella frunció el entrecejo unos instantes. Desiderio conocía esta expresión inesperada, amaba en ella esa rauda gravedad. Pero Blanca volvió a sonreír.

—Pero... ¿cómo quieres que defina yo ahora lo que ha ocurrido? Piénsalo. Me hacen mucha gracia todas las cosas que tú dices. En realidad nos hemos reído mucho, mucho, juntos. Hemos estado muy bien. Pero...

—Pero ¿qué?

—¿Te acuerdas de la tarde de la empanada? ¿Cómo decías aquello de...? ¿Cómo era?

Desiderio no recordaba nada.

—¿Cómo está tu mujer? —preguntó ella, insólita. Era la primera vez que aludía a Crista con esta palabra y con el posesivo.

Él no contestó. Se volvió, se inclinó hacia ella, acercó su boca a la de ella, buscando sus labios. Pero encontró únicamente la tibia, blanca mejilla, porque ella se había vuelto también.

—No sé, no sé cómo está, ni lo que hace, ni quiero pensar en ello.

—¿Y tu hijo? —hirió ella, sin querer, ahondando aún más.

—Blanca —protestó Desiderio, con la voz quebrada, honda, con aflicción total, como un grito—, ¡por Dios!

Y luego:

—Perdóname, Blanca. Siento haberte ido a buscar otra vez.

—Pero ¡si me encanta! —y luego, cambiando el tono, puso Blanca su mano en la de él—. También yo lo sentí. Se trata solo de que pase el tiempo. Un poco más de tiempo...

Desolado, casi a ciegas, Desiderio palpó el manajo de llaves del conmutador y dio la marcha. No veía, estaba desolado. Pero de pronto se sobrepuso y adoptó nuevamente su aire displicente y valeroso, un falso empaque cariñoso, galán. Se daba cuenta de que debía ocultar, ocultarse a sí mismo y a Blanca, bajo una sonriente y trivial familiaridad, como si lo que ocurría no le afectara.

—Va a venir mi chico este verano. Tengo que hablar con su abuelo. Lo voy a dejar todo en manos de él... hasta que yo me cure.

Y luego:

—¿Tomamos una copa en el golf? —pasaban frente mismo a la entrada que tantas veces habían franqueado para verse.

—No, muchas gracias, Desiderio. Llévame a casa —y Blanca, en un instante, compadecida o algo así, puso su mano sobre la que Desiderio tenía a su alcance, en el volante—. Esta tarde tengo que volver al hospital.

Y así, esta vez, definitivamente, sin remisión, había terminado todo para él.

No hay narcótico similar al de la política. Desde su cuarto parecía que sus efluvios le trastornaran y enturbiaran los sentidos. Como pasaba muchas horas sin moverse del hotel, dedicaba un largo tiempo a la lectura de los diarios. Y al anochecer, cuando bajaba a dar una vuelta, breve, por las calles, esta le acometía en cada esquina. La política no era una vocación, ni una dedicación, ni una idea, ni una dialéctica. La política era simplemente una atmósfera. Atmósfera que estaba cuajada, espesa, en la terraza del Colón, cuando ya de regreso de su paseo volvía al hotel para cenar.

Sin embargo, tardó muchos días en pararse en las tertulias. Procuraba pasar inadvertido, al sentir aún sobre sí el peso indefinible de una culpa que no acertaba a saber cuál podía ser. Creía que los demás iban a notar su desazón, la extraña

quebradura de su ánimo. Saludaba con un ademán amistoso, al pasar, a los grupos en los que otrora se insertara para hablar de las cuestiones del momento, mucho menos vivas entonces que ahora. En un par de ocasiones vio en el centro de la tertulia del ángulo, donde solía sentarse Borredá cuando estaba libre, a su secretaria Irene Salvat, vehemente, exaltada, que gesticulaba con ardor.

Aquellas eran, efectivamente, las jornadas lustrales de Irene Salvat. Durante todo el día, y aun en la noche, no se daba un minuto de descanso. Recorría Barcelona de un extremo a otro, entraba en las redacciones, seguía al minuto las incidencias políticas de la jornada. Además, y eso era lo importante, mantenía una relación epistolar diaria con su jefe, quien le enviaba mensajes, muchos de ellos cifrados y por conductos solapados, desde el Penal de Santa María. Irene Salvat ejecutaba inmediatamente las órdenes que de este modo recibía.

El Gobierno, sempiternamente presidido por el patriarca republicano Lerroux en contubernio con la democracia cristiana de Gil Robles, sorteaba las sucesivas situaciones que se iban presentando con una especie de cataplasmas que eliminaban la irritación epidérmica, pero no ahondaban en las raíces. Solo un hombre parecía clamar como un profeta del antiguo testamento. Este hombre se llamaba Rafael Mas y con él estaba también Narciso Guimerans. Conjetural y profético, Rafael Mas escribía en un pupitre su artículo diario para el periódico derechista de la mañana siguiente, mientras en el mismo pequeño saloncito, Guimerans, Segarra y otros discutían acaloradamente o comentaban los sucesos de la jornada. Rafael Mas era un polemista audaz, pelo blanco y desmelenado, gafas de montura de plata tras las cuales brillaban unos ojos ardientes y negros, penetrantes. Escribía como si lo hiciera maquinalmente, con una mano que, más que trazar unos signos, parecía dar rápidos brochazos en la cuartilla. Interrumpía por un instante su concentración e intervenía sin pausa en la polémica que los demás sostuvieran en derredor, casi encima de él. A medida que crecía la hora, crecía la animación. Se hablaba de Keats o de Durero, de Tórtola Valencia y de las actividades de Cambó. Pero cuando Rafael Mas intervenía, derivaba invariablemente hacia la política, en cuyo temario se enzarzaba luego, como contrapunto de la misma melodía, aquel hombre pausado, sensato e inteligente que se llamaba Narciso Guimerans.

—Están convirtiendo en víctimas y héroes a unos amotinados puros y simples. Esto no es más que el principio de lo que está debajo. Porque debajo está lo que, yo no sé por qué razón, no salió a flote el año pasado: el anarquismo revolucionario.

Narciso Guimerans, cuya memoria era asombrosa, citaba a veces frases, apropiadas al momento, de Balmes, de Maragall, de Torres y Bages... Pero en aquellos días no se calculaba siquiera la posibilidad de que el «dúo de réquiem» como los llamaban los demás, tuviera un asomo de razón. A muchos les parecía inimaginable una alteración de la bonanza, y empezaron a tildar a Rafael Mas, públicamente, en los periódicos, de las más absurdas y estremecedoras filiaciones; unos, por católico, de hipócrita clerical; otros, de fascista, de reaccionario, de parásito

de los financieros. Se difundía ya la voz que habría de ser más tarde el retintín revolucionario: «antifascista». Rafael Mas puntualizó un día en el diario: «Yo no soy fascista; me limito a ser “antiantifascista”». Su definición era exacta.

Miguel Llobet, que desde el 6 de octubre había dejado de frecuentar el Café de la Rambla, alguna vez se dejaba caer en la tertulia nocturna del Ateneo, a la que el propio Mas bautizó con el nombre significativo de «La caverna». Acudía a la tertulia a la salida del teatro, puesto que por fin pudo obtener un empleo fijo, como crítico teatral, en la redacción de un diario que durante unos meses le permitió no dejar su trabajo en la fábrica. La doble vertiente de su vida acababa de hallar así un cauce satisfactorio. Y vale decir que se había conquistado un pequeño renombre entre los entendidos y los conspicuos de teatro, que ya empezaban a concederle autoridad. Rafael Mas le daba consejos pertinentes. «No corrijas nunca hasta el final; no mires hacia atrás a la mitad de un artículo. Te pasaría como a la mujer de Lot, ¿te acuerdas? Y si te ofrecen dinero o una caja de habanos para forzarte a una crítica, envíales a paseo. ¡Ah!, otra cosa: no te acuestes nunca con ninguna actriz, sobre todo las jóvenes, que quieren subir. La tinta, que es tan negra, tiene que ser siempre limpia».

Por su parte, Guimerans solía decir, a propósito de la palabra «conciliación», que utilizaban a menudo los periódicos moderados, pero levemente izquierdistas, de la época: «Conciliación... En efecto. Se ha dicho de Balmes que era conciliador; pero trató simplemente de armonizar factores de civilización. Fijaos: su espíritu de conciliación se proyecta solamente sobre lo conciliable. Nunca sobre componendas imposibles, erróneas o vandálicas».

Los impulsos patrióticos de Miguel habían quedado depurados. En adelante identificó la fecha de la rebelión de octubre con la muerte de Gaspar Devesa, pero sintió una decepción rotunda por todo lo demás y cierto desprecio por todos aquellos que la habían provocado fueran quienes fueran. Se acrecentó en cambio su vocación por la literatura y no amenguaron sus afanes ni su amor al país, aunque ahora los desligó de toda política. Tras muchas reflexiones por parte de su padre, que no acababa de comprender que el menester de escribir pudiera constituir una ocupación y una profesión decente, dejó al fin su plaza en la fábrica. Había tardado tiempo en revalorizarse ante Arturo, después de su calaverada del 6 de octubre, que tuvo a toda la familia en agonía durante una jornada entera. Pero resultaba que no servía para los números, evidentemente. En cambio, sus colaboraciones y sus trabajos en la prensa le rendían mucho más, con menos esfuerzo, que el sueldo que hubiera tenido que ir defendiendo parsimoniosamente durante años, para lograr una situación estable que le permitiera, como era deseo de Arturo, fundar un hogar, constituir una familia. Hubo entre padre e hijo sus más y sus menos durante un tiempo, hasta que la determinación de Miguel se hizo decisiva y Arturo no tuvo más remedio que ceder ante un hecho que siguió considerando en su fuero interno producto de un «cabeza loca». Gertrudis, en cambio, madre de Miguel, le apoyó en esta determinación, porque leía y comprendía con placer, y con recóndito orgullo, las obras primerizas de su hijo: los

versos que ya las revistas de renombre publicaban en lugar preferente, principalmente aquellos, tan hermosos:

*M'apar el pas del temps, aquella boira
que s'ajeu al matí per la contrada...*

A Miguel le había prohiado intelectualmente Narciso Guimerans, que formaba parte de la redacción del periódico de Cambó, y que era, además de catalanista, conservador a ultranza. En principio, sus ideales no habían cambiado. Seguía amando a su país con fervor apasionado, pero sin ánimo de lucha. Aquello había quedado, pues, reducido a puro ideal, a entelequia inalcanzable. Comprendió la dificultad que había en los lances políticos, tan indeterminados, tan confusos en aquella ocasión a causa de los hechos y, sobre todo, de los hombres. Cataluña era una tradición, mantenida no solamente a través de la lengua, sino del carácter, de la iniciativa, de la secular supervivencia de una serie de valores inmutables que en gran medida eran incompatibles con cualquier suerte de rebeldía agresiva, con cualquier forma de revolución.

La proximidad del verano se hacía patente en la temperatura, que provocaba una vida nueva y una renovada agitación en las tertulias de las terrazas del «Colón», a la caída de la tarde. Los dos meses de autorización que Desiderio había solicitado de su padre para arreglar sus asuntos y sentar sus nervios, se habían duplicado. Le preocupaba ahora al joven dar cuenta a don Joaquín de las justificaciones de su actitud, y, sobre todo, tener que enfrentarse con él y explicarle la anomalía de su vida. Pero ya no podía pasar ni un día más. En un par de ocasiones había llegado hasta la casa paterna y, mientras el viejo pasaba sus cifras al anuario, le entretenía con excusas, la mayoría de las cuales tomaban como pretexto su salud. Pero ya era inútil prolongar estos remedios. Se decidió a afrontar la situación, precisamente ahora, en que su ánimo empezaba a rehabilitarse, en que ya no rehuía, como meses atrás, a la gente, y en que estaba resuelto a incorporarse de nuevo al trabajo, por lo menos para cubrir las apariencias.

Lo hizo por la tarde, llegando hasta la fábrica en su coche, inesperadamente para todos. La entrada al recinto le pareció como un espejismo de su propia alteración mental, y estuvo tentado a renunciar para siempre a sus buenos propósitos. La misma idea de tener que discurrir por los despachos saludando a uno y a otro, de cruzar unas frases de cumplido y de justificación con el apoderado, le sacó de quicio. ¡Ojalá todo estuviera resuelto ya, sin explicaciones y sin extrañezas!

Pero lo hizo sin titubear. La explicación con Llobet fue mucho más sencilla y breve de lo que esperaba. Llobet era como aquellos mismos muros. La lluvia, el sol, el pedrisco podían dar sobre ellos sin hacerles ni una raspadura. Casi hizo como si acabara de verle el día anterior. Se limitó simplemente a preguntarle por su salud. «En efecto, creo que tiene usted mejor aspecto». Y le parecía entonces a Desiderio

que se trataba de un comentario expresado muchos años atrás, cuando le llamaba misteriosamente a su despacho y le decía: «Es por el cariño que le tengo, Desiderio. No le he dicho nada a su padre de esta cuestión. Esto queda entre usted y yo». Luego Desiderio entró en su propio despacho, lo «respiró», no sin sentir el tufo del tiempo en que había permanecido cerrado y que evocó en él la propia insalubridad de su ánimo en los meses transcurridos. Había calculado el tiempo y no tardó en sonar el timbrazo poderoso de la hora de cierre, tras el cual se dirigió al despacho de don Joaquín.

Este se sorprendió al verle a aquella hora y de manera tan intempestiva. La hora de cierre de aquellos días de junio estaba bañada aún por la luz solar, ya en declive tras los edificios y la calina calurosa. El viejo Rius tardó unos instantes en desprenderse de la labor que estaba haciendo — siempre cosas de números— en su mesa. Se quitó las gafas y apareció, contra lo que Desiderio creía, en el rostro avejentado y arañado por los años, la expresión jovial, casi sonriente.

—¿Qué te trae? Ya no contaba contigo hasta después del verano. —He resuelto que ya estoy bien. Quisiera hablar contigo.

—También yo. Pensaba hacer algo que nunca he hecho, y era ir a visitar a mi hijo al hotel.

Pero ¿sabía su padre su modo de vida? ¿Lo había callado hasta entonces? Esto simplificaba mucho la cuestión.

—¿Quién te lo dijo?

—¿Crees que me chupo el dedo? —bromeó—. ¡A mis años! No me lo ha dicho nadie de tu alrededor. Tengo a mis propios espías —y observó a Desiderio—. No, la verdad es que lo ignoraba hasta anteaayer. Como sabes, el hijo de Llobet ya no trabaja con nosotros. Es un intelectual, ¿no se llama así? Y sin saber cómo se le escapó un comentario en su casa. La cosa es fácil. Pero ¿qué ocurre con Crista?

Iba a empezar a contestar, cuando su padre, poniéndose en pie, le interrumpió:

—Es mejor que salgamos —dijo—. Caminando, la gente habla mejor.

—Tengo mi coche abajo.

—Te lo llevará Roque, el de la camioneta. A mí el médico me hace caminar. Eso hará contigo cuando tengas más años.

Salieron. Al paso del jefe, los ordenanzas y los empleados, que ya bajaban, se apartaban a un lado. En el vestíbulo estaba Llobet, que aguardaba.

—Arturo, vaya usted en mi coche; que le acompañe hasta el autobús y que vuelva por nosotros. Nos encontrará en el camino. Que mire con atención, no se nos vaya a pasar.

—Muy bien, señor Rius. ¿Quiere usted algo más?

—No, nada más, Arturo.

Y este se adelantó. En la plazoleta le vieron montar al anticuado y negro coche del viejo Rius. Entretanto, tras una orden, un mecánico vestido con mono subía al destellante coche de Desiderio, con las llaves que este acababa de confiarle.

—Llévalo frente al hotel Colón y deja las llaves al conserje. Echaron a andar, durante un trecho, en absoluto silencio. El viejo Rius caminaba aprisa, renqueante pero ligero. Parecía vigorizado, renacido desde un año atrás. Más le costaba a Desiderio seguirle; empezaba a jadear ligeramente con la prisa. Andaban mezclados entre los grupos de obreros, que en tropel salían de la fábrica, cambiándose unas palabras con griterío o chirigotas. Otros, serios, cabizbajos, sin pensar en nada. No reparaban en ellos dos; pero los que lo hacían se apartaban de pronto a un lado. Rius paseaba entre ellos entremezclado y de vez en cuando contestaba al saludo que alguno le lanzara, amistoso pero con respeto. Otros se apartaban a un lado, como si sintieran temor.

«Son los mismos, los míos, somos como una familia. Dirán lo que quieran, pero así es».

—Adiós, Miranda. ¿Cómo está su hija? ¿Qué ha sido, niño o niña?

—Niña.

—Vaya, felicidades... Pero ¿no van cuatro ya?

—Sí, señor, cuatro niñas. ¿Qué se le va a hacer!

—No llegan al promedio. Siete mujeres para cada hombre, hay que conformarse. Y seguía.

Pero se apartaron otros, la boina en la cabeza, el paquete de la fiambra bajo el brazo. Le miraron serios, sin abrir la boca, sorprendidos.

—Dime, te has separado de tu mujer, ¿no? No me hiciste caso.

—Sí, eso he hecho.

Unos pasos más y...

—¿Qué haréis con Carlos, ahora, cuando venga?

Desiderio calló.

—No sabe nada.

—Le he escrito si quiere estar conmigo en la fábrica. Y en casa. ¿Qué te parece?

—Creo que sería lo mejor.

—Ahora dime —y se paró entonces, apoyado en su bastón. La riada humana, los obreros cruzaban por su lado, adelantándolos; seguían algunos saludos—. ¿Por qué te separaste? Sé franco conmigo.

Desiderio tardó unos instantes en contestar. El viejo sonreía, sin mirarle a él, solo pendiente en apariencia de controlar a los que pasaban, para que no se escapara ni una ocasión de corresponder a las saluciones, unas silenciosas y otras expresivas, con un «buenas noches».

—Es difícil de explicar.

—Nada es difícil —conminó Rius, con severidad—. ¿Por qué lo hiciste?

—Ella misma me dijo que había... otro hombre. Lo de siempre. El viejo Rius se encrespó. Apretó un instante el puño en la plata de su bastón, mas volvió a su tono.

—A veces no es verdad. Es solo despecho.

Pero sabía que no era cierto.

—Era verdad. Lo es todavía.

Al lado del viejo Rius, bordeándole, pasaban los últimos grupos. Aún sonrió, saludó con la mano en alto a un hombre maduro, que tardaba en pasar.

—Adiós, Cándido. A cuidarse ese catarro —aconsejó, al escucharle una tos bronquítica.

—Desiderio —dijo el viejo, súbitamente grave—, ¿estás seguro de que la culpa es solo suya?

Tardó unos instantes en contestar.

—No —dijo al fin—, la culpa no es solo suya, evidentemente. El viejo echó a andar, esta vez lentamente, parándose de vez en cuando.

—Tu mujer tiene mal carácter, es extraña; su madre también lo es y probablemente es la que lo ha echado todo a perder. Pero casi todas las mujeres son muy extrañas. Nosotros no las podemos comprender nunca, porque ellas mismas tampoco se comprenden. Soy muy viejo, apenas he conocido a ninguna. Tu madre murió muy pronto y... tampoco la conocí; me refiero a eso que entre los hombres es tan fácil: hablar y tratar los asuntos, etcétera. A ellas, eso no les interesa nada. ¡Quieren cariño! ¡Cariño, bendita sea! ¡También nosotros lo queremos! Y ¿qué pasa? Lo que uno y otro quiere pasa por la mitad, sin que ni uno ni otro lo coja.

Pareció de pronto asustado de lo que acababa de decir. Nunca había hablado de eso con nadie y nunca hubiera sospechado que a quien se vaciara así fuera a su hijo, con el que, por otro lado, nunca se había confiado ni siquiera sobre cuestiones más triviales. Se quedó unos instantes de pie, ya en la sombra de la noche, en la calle solitaria, abrumado, levemente inclinado en su bastón. Pero parecía como si ese arranque le hubiera aliviado, quitándole una espina pequeña pero mortificante.

—Eso de las mujeres es un lío. Todas. Soy un viejo y no me arrepiento de no haber tenido ninguna.

Pero de pronto se rehízo, volvió en sí. La mano libre la puso sobre el hombro de su hijo, confiadamente.

—Oye, chico. Vuelve al trabajo; hazte un horario. Yo puedo ya prescindir de ti. Todo marcha. Luego, vendrá Carlos y... aún irá eso mejor para mí. El trabajo no te necesita. Eres tú quien necesita el trabajo.

En aquel momento torcía por la calle el «Chevrolet», de vuelta de dejar a Arturo. Quedó parado cerca de ellos, aguardándolos.

—En cuanto a lo otro... —torció el gesto, en un rictus que le sacudió la blanca barba una fracción de segundo—, lo otro es más difícil.

Estaba rumiando, pensando, absorto, metido en sí. —Lo otro, lo otro... ese otro hombre...

Miró a su hijo a la cara, frente a frente.

—En la vida hay que perdonarlo todo, ¿entiendes? En la vida hay que perdonar... hasta eso —farfulló.

Sobre su hombro, Desiderio sintió que la mano del viejo temblaba. Luego, en

lugar del hombro de Desiderio, esa mano se puso en su propio hombro izquierdo, como si le doliera, como si apretara allí un dolor antiguo, lacerante, como si a ese hombro le doblara aún un peso indefinible.

—Padre, ¿te pasa algo?

—Nada, nada, no es nada —replicó con ardor, sin dejarse auxiliar, mientras ponía su pie con prisa en el estribo del coche y se metía dentro. Desiderio se metió en el coche tras él y pronto la calle volvió a quedar solitaria, presidida por el panel enorme que decía a lo lejos: «Tejidos Joaquín Rius».

Estalló el verano; en el magín de Vicente Burgada había ido cuajando como un imperativo la grandiosa aventura de huir a Grecia con Crista; de huir, aunque fuera un par de semanas y aun a costa de ciertas láminas intocables. Hizo sus cálculos, y aún le quedaría un puñadito para después. Después... probablemente sus relaciones, todas ellas, podrían apoyarle para establecer su bufete de abogado, porque el mundo no se acaba con el recorte del cupón. En cambio, Grecia, Grecia sí que se acaba para un hombre de cincuenta y dos años. Y en la Riviera, con aquella hermosa mujer... Porque, si bien no podía en modo alguno recibir dinero de ella, podía, sin embargo —ya señalada y confesada su situación económica personal— hacer con ella bolsa común para el viaje, de modo que él sufragara estrictamente los gastos de su propio y personal viaje, el flete descarnado y con descuento de su humana individualidad. Luego, ¿por qué no?, tal vez en Montecarlo hubiera un poco de suertecilla. Y después el Partenón, equilibrio perfecto, madura imagen de la inteligencia, sabiduría en mármol, éxtasis para el espíritu, anatomía sobria de la civilización. Un abuelo suyo, en la época ya pretérita de las grandes fortunas, no había tenido indecisión alguna en emprender un largo viaje *sui generis* y aún vivía él mismo, Vicente Burgada, de cierto renombre a causa de esto. Ese abuelo había hecho enganchar un vagón especial, un *pullman* para él solo desde Berlín a París, asombrando así hasta a la propia reina Victoria de Inglaterra, que, según se afirmaba, discrepó en la intimidad con su marido considerando, con regia pero llana razón, que aquello era un despilfarro inútil, un bofetón en la mejilla del mundo moderno, una chanza de mal tono dicha a Europa entera. A remolinos, la sangre de su abuelo despilfarrador, acometía a veces la áurea mediócritas de Vicente; esta era una de ellas: la Hélade gloriosa, con Montecarlo de trampolín, por el menor precio posible; y, además, el amor, ese amor que, como todos, estaba sujeto a alternativas de entusiasmo, pero que, en definitiva, constituía para él, a sus años, un privilegio inesperado.

Entretanto, era preciso no andarse en divagaciones. Estudió todos los pormenores del caso del Rebollo, a quien se disponía a defender. No debía ir a Grecia hasta después de la vista de la causa, cuya defensa había aceptado con entusiasmo.

Le costó unos días imponerse de la realidad del sumario y de esclarecer los sucesos que habían llevado a la cárcel a aquel hombre aparentemente sumiso,

balbuciente, con escaso arranque vital. De los hechos se deducía que el Rebollo había adquirido unas pocas armas cortas y unas bombas de mano y las había introducido por el monte en la Seo de Urgel, desde donde, por procedimientos diversos, llegaron a su propia casa, en La Torrassa. Allí las había distribuido entre varios, cuyo paradero y filiación se ignoraba. Solo se sabía que una de ellas había sido hallada entre los fardos del almacén de la fábrica Rius —justamente, se dijo Vicente— y que seguramente otra similar había servido para el atraco de la calle de Salmerón, a juzgar por el informe de los peritos sobre el calibre de las cápsulas halladas. Pero, primero, el Rebollo no había dicho que hubiera comprado las armas sino «adquirido». Ahora bien, según el diccionario, adquirir no es exactamente comprar, sino alcanzar, ganar alguna cosa; quedaba claro, pues, que no era necesariamente culpable de haber obrado deliberadamente. Pudiera muy bien haber sido «obsequiado» con algo de lo que, en cuanto tuvo conocimiento del peligro que representaba, se apresurara a confiar a manos ajenas, pero sin intención de dañar. Segundo, no solo la coincidencia del calibre de las balas del atraco no era un cargo contra su defendido, sino que el hecho de que la pistola abandonada entre los fardos no hubiera sido disparada (y eso en el mismo día —o al día siguiente— del atraco), demostraba: a) o que dicha arma no pertenecía al lote del Rebollo; b) que si pertenecía, el Rebollo no tenía conocimiento del atraco y se había desprendido de las armas al albur, sin recelar del uso que se había de hacer de ellas. Una, la del atraco, otra, la de los fardos; las demás, ¿quién sabe?, quizás en una almoneda, o en un desmonte. Total: ¿no bastaba el espectáculo de aquel hombre enfermo, maltrecho, obligado a confesar con instigaciones mientras sufría por la suerte de su compañera, enferma de mucha gravedad, en un hogar arrasado por la miseria, etc.? ¿No era ese un castigo prematuro, innecesario e injusto? ¿No existía piedad, no existía ya resquemor de conciencia ante tales ligerezas? No pedía más ni menos que eso: que se hiciera justicia. Y en este caso, la justicia era sencillamente poner al preso en libertad.

A medida que penetraba en estos razonamientos, y que los iba desglosando a media voz ante el espejo, Vicente Burgada se sentía reconfortado, animado, henchido de satisfacción. Lo suyo, lo propiamente suyo, era eso. Defender a los humillados, a aquel miserable personajillo dostoievskiano a quien veía en la cárcel, con quien conversaba con la impresión de estar aliviando a un alma, sacudiéndola de sus miedos y haciéndola revivir. Lo mismo le ocurría con el intermediario, quien tenía, por cierto, otra apostura, cierto aplomo vital, y con quien conversaba en su bufete. Feliciano iba a él para obtener no más que la seguridad de que el abogado se ocupaba a fondo del asunto. Y cuando Vicente Burgada le aventuró, con ciertas reservas, que tal vez pudiera obtener para el acusado no más que una pena de tres meses y un día, Feliciano ni se atrevió a creérselo.

—Su compañero ha sido muy valiente o muy astuto, porque en sus declaraciones ha contestado a todos sin acabarse de comprometer, y sobre todo sin comprometer a nadie.

—Sabe mucho el Rebollo. Antes sabía más que nadie. Ahora...

Lo cierto es que el día de la vista de la causa, Vicente vistió la toga alquilada con un empaque y una satisfacción inconfesados. Sentado en el banquillo, el Rebollo parecía todavía más pequeño, minimizado por la luz que entraba por las claraboyas y que subrayaba el perfil de las molduras impresionantes de la sala, por la severidad de aquellos tres rostros de juez y también por la impasibilidad de la faz de su propio defensor, solo alterada por unos *tics* nerviosos que al Rebollo le parecían en aquel momento enigmáticos y agoreros.

Pero no fue así. Cuando Vicente Burgada, llegado su turno, tomó la palabra, lo hizo con voz tan cálida y tan persuasiva, con inflexiones tan duras o tan tiernas, según conviniera, y sobre todo con una puntualización tan exhaustiva de todos los pormenores, mientras se secaba la frente, acalorada por la canícula, que también el Rebollo empezó a transfigurarse y enaltecerse en la sala casi vacía. A los que estaban sentados detrás casi no había podido verlos ni les conocía. Últimamente identificó la cabeza de Feliciano, de las dos chicas y de la Pabla, con el pelo gris. Burgada había desgranado sus lucubraciones jurídicas sin moverle una tilde a la pieza que traía como taquigrafiada en su privilegiada memoria, igual que hacía de estudiante con los textos universitarios. Y de aquel experimento salió lo inesperado. Puesto en pie el Rebollo, y entre el silencio angustiado de los pocos que asistían a la vista, fue pronunciada sentencia por el presidente considerando, etcétera, y considerando tal, etcétera, en resumidas cuentas: el procesado queda absuelto.

Si la sala hubiese estado más concurrida, se hubiera producido un movimiento multitudinario de entusiasmo; pero la media docena de seres que la poblaban no hicieron más que acercarse al Rebollo y besarle, abrazarle, las mujeres con lágrimas en los ojos, los hombres golpeándole la endeble espalda. Y a esas se añadía el ademán displicente del tribuno, Vicente Burgada, calándose olímpicamente el birrete para salir.

Feliciano se le acercó, con las manos temblorosas, la mirada nublada por la emoción. Cogió sus manos y se las besó. Apenas conseguía hablar.

—Ha sido... ha sido... magistral, señor. Ha sido usted, ha sido...

—Deje, deje, amigo mío. La justicia solo tiene una faz.

Lo dijo así y se marchó con paso seguro, con pisada firme. Él era también, en aquellos instantes, otro hombre, gallardo, entero, consecuente, seguro de sí. No es que hubieran absuelto al Rebollo, es que acababan de absolverle a él. La sociedad le había disculpado y le necesitaba. Avanzó por el pasillo como un triunfador solitario.

XIV

EL VERANO —aquel verano de 1935— era apacible, pero agobiante. Desiderio se impuso cierto horario, como le aconsejara su padre. El verano le permitió acomodar ese horario a su antojo. Se levantaba a las nueve de la mañana y hacia las diez se iba a la fábrica. Almorzaba en el hotel; después de comer se tumbaba un rato en su habitación. Por la tarde, según le conviniera, iba o no iba al despacho. Al atardecer se sentaba en la tertulia del «Colón». A aquella hora se veía pasar a las mujeres, con vestidos livianos, y se gozaba de la brisa nocturna que refrescaba el ambiente. La tertulia se animaba temprano. En ella se hablaba de todo. La política había quedado un poco desdeñada, para dar ocasión al debate de temas más triviales. Justamente a mediados de julio empezó a frecuentar la tertulia Miguel Llobet, a quien Desiderio dispensó una acogida amistosa, contento de encontrarle de nuevo en un ambiente tan distinto al de la fábrica. Le agradó coincidir con el muchacho precisamente en aquel lugar, tan alejado del que ambos, cada cual por su cuenta, estaban como segregados; la fábrica resultaba incongruente, forastera, incómoda imaginada al trasluz de los focos y lámparas de la terraza del «Colón». Otra de las asiduas a la tertulia era Irene Salvat, la cual, en compañía de Miguel, se marchaba después a recorrer la Barcelona nocturna; cuando la tertulia se diluía, Irene y Miguel se encaminaban habitualmente al saloncito de Margarita Xirgu, en el teatro Principal de las Ramblas; en más de una ocasión Miguel invitó a Desiderio a acompañarlos. Pero este, displicente, prefería no desplazarse de aquella terraza, que era una cómoda prolongación de su nueva e improvisada vida.

Había decidido plantear definitivamente la demanda de divorcio, pese a la opinión de su padre, de su pariente el carmelita y a los consejos de todos. A finales de julio se enteró de que su mujer, arropada en la complicidad de Cecilia Pons, que le servía de «tapadera», había emprendido con Vicente Burgada un viaje por el Mediterráneo, *forfait* de quince días que le ponía a él en evidencia y lastimoso ridículo. Ni siquiera tuvieron el pudor de embarcar en Génova o en Marsella, o de marchar en avión, y de tapadillo, a Estambul, por ejemplo. No; habían salido de la Puerta de la Paz, en compañía de «gente» de Barcelona, de fabricantes o comerciantes ansiosos de premiar las buenas notas del colegio de sus niñas con una excursión a las Pirámides. ¡Una ignominia! Desiderio encargó de los trámites de la demanda a un joven abogado sin renombre que pululaba en la tertulia. Se llamaba Contreras y escribía comentarios sobre divorcios y cosas parecidas en el periódico en que estaba Irene Salvat. Pero una vez hecho el encargo, no pensó más en ello, porque entretanto había llegado de Suiza su hijo Carlos, a quien el abuelo instaló —o «secuestró», según Desiderio— en su piso de la calle de Caspe.

La relación entre abuelo, padre e hijo resultó a partir de entonces muy

extravagante, porque Desiderio no veía a su hijo más que en la fábrica; porque por otra parte, el muchacho, antes de que su madre se decidiera a cometer la barrabasada de navegar con Burgada, aquel Ulises tardío, había pasado quince días en Caldetas con ella —que supo dominarse y disimular la situación— y con Evelina, mefítica abuela; y porque nadie, en definitiva, sabía allí el lugar que Desiderio ocupaba ni el cometido que le correspondía. Únicamente el abuelo y Carlos parecían quedar asentados en un lugar consecuente. Y de ello tenía conciencia plena don Joaquín, que parecía valerse de esta situación para iniciar a su nieto en lo que más le importaba, que era el trabajo.

Pero, entretanto, la sensación que Desiderio tenía era la de respiro, de tranquilidad. Le aliviaba conversar, ¡por fin!, de cosas inocuas, de sucesos anodinos, de los pormenores de una comedia, del jazz de Armstrong o de las andanzas de Antoñita Colomé. Cualquiera cosa era buena para ser escuchada y para opinar. Le agradaba presenciar cómo Irene sostenía con ardor y defendía con vehemencia la tesis de que había acabado la época del tango, por ejemplo. Nunca sabía si las afirmaciones de la muchacha escudaban un sentido distinto al que aparentemente tenían, porque si se trataba del simple tango argentino, no era como para tomarlo tan a pecho. Cada vez le intrigaba más aquel ser intrépido y nervioso, fuera de toda norma. Finalmente, una noche, decidió dejarse arrastrar por Irene y Miguel al «camerino» de Margarita Xirgu, en el teatro Principal.

Cruzaron la sala ocupada solo a medias, y entraron por la puertecilla que flanqueaba el escenario. El camerino de la actriz era exiguo, y lo parecía más porque en él se hallaban apoltronadas media docena de personas. Dos de ellas eran ya hombres maduros: el crítico Durán y el modisto Peláez. Los demás eran jóvenes. Entre estos, de pie, estaba Federico García Lorca.

Desiderio pudo acomodarse en un taburete que sacaron del interior del camerino, donde la actriz se retocaba y arreglaba mientras sus adictos permanecían en el saloncito. Margarita entraba y salía, según los avisos del traspunte, y cuando estaba ausente hasta el cuarto llegaba el eco de su voz quebrada y honda, trágica y solemne. Después comparecía de nuevo Margarita, aún agobiada por la autenticidad de la situación dramática, jadeante y sincera. Quedaba unos instantes callada, hasta que se desprendía otra vez de la telaraña de los sueños y de las palabras y entraba en el debate y el diálogo. Esta doble vertiente ponía un punto difícil en la conversación, que se devanaba alrededor de temas poco elevados, del anecdotario callejero, justamente a causa de la parquedad de los espacios dialécticos. Pero quien mantenía el tono y le daba los sesgos oportunos era Federico García Lorca, risueño y acalorado no importaba por qué asunto, ya que cualquiera de ellos —poesía o realidad— parecían apasionarle de igual modo.

Cuando callaba, ni su aspecto ni su porte parecían denunciar el caudal interno de su ánimo. Por la calle podría no haber parecido más que un español anónimo, un transeúnte que fuera a solventar cuestiones de poca monta; tal vez un mecánico o un

comisionista un poco atolondrado, un poco apresurado, de ojos grandes, pasmados y observadores. Pero cuando hablaba, aquel ser anónimo se transformaba y transfiguraba; cada palabra suya era un rebato aturdidor y urgente.

Desiderio se quedó asombrado y extasiado ante el aire de aquel reducto que era diminuta síntesis de un mundo insospechado, en el que tal vez le hubiera gustado vivir y diluirse. Del saloncito al mundo se ensanchaba una gran onda de libertad. ¡Cuán distinto lo que allí se decía de lo que se escuchaba a todas horas! Aquí no existía más que la trascendencia y la liberalidad de la vida, sin máquinas y sin cifras, sin economía y sin limitaciones. Desde el pequeño saloncito las normas de medida de los seres y de las cosas eran distintas. ¡Qué ridículo sentía el planteamiento que había dado a su vida desde este lugar, mientras Lorca hablaba de un chiquillo granadino que le preguntó por qué los hombres no tienen la voz de los pájaros! Y desde el escenario se entendía la de Margarita Xirgu, transida y palpitante: «Hay cosas que no se pueden decir porque no hay palabras para decirlas; y si las hubiera, nadie entendería su significado. Me entendéis si pido pan y agua y hasta un beso, pero nunca me podríais ni entender ni quitar esa mano oscura que no sé si me hiela o me abrasa el corazón cada vez que me quedo sola».

Cuando terminó la función, salieron para que Margarita dispusiera sola de todo su ámbito. Uno de los conspicuos, Xavier Regás, autor y periodista, propuso prolongar la velada en el restaurante de la Estación de Francia. La propuesta de Regás era convincente y el lugar propuesto muy apropiado para terminar la noche. Xavier era hijo del propietario de aquella sala, recién inaugurada, en la que se entremezclaba el olor de los guisos con tufillo de carbonilla y de andén.

Ya en el lugar, y cada uno de ellos con un refresco en las manos, Federico se sentó al piano y empezó a desgranar las melodías populares de Andalucía que llevaba enroscadas al ánimo. «De los cuatro muleros —que van al río— el de la mula torda —es mi marido, es mi marido...». Una inflexión delicuescente, cálida, parecía difuminar los contornos del mundo y de las cosas. Irene Salvat escuchaba de pie, al lado del mundo y Margarita vibraba enardecida. Era para Desiderio una atmósfera extraordinaria. Se decía a sí mismo que muy bien el mundo podía detener aquí su marcha, perpetuarse en este instante bonancible y sosegado.

A partir de aquella noche, Desiderio frecuentó a menudo el camerino de Margarita, ya con Irene y Miguel, o solo, por su cuenta. Y empezó —¡a sus años!— a escribir. Escribió durante tres tardes seguidas un largo poema que tituló *Costumbre del corazón*. Cuando en la tarde número cuatro se dispuso a escribir de nuevo, releyó lo ya escrito y sintió decepción. Rasgó aquello en pequeños pedazos. «Nunca me podréis entender ni quitar esa mano oscura que no sé si me hiela o me abrasa el corazón cuando me quedo solo...».

Vicente Burgada se balanceaba sobre la grupa del camello, cual un mástil

enhiesto en la turbulenta borrasca. La borrasca era de sol; un sol impertinente, abrumador, lacerante. Se había puesto el pañuelo desplegado para que le amparara la nuca, sujeto en la curvatura del *canotier*, pese a lo cual su rostro regalaba sudor. Se sentía empapado, pero grandioso, mientras el rumiante empinaba abúlicamente la cuesta de Gizeh, zarandeándole a él en el armatoste que cubría su doble giba. Cuando se acomodó en este aéreo asiento, no receló demasiado. Pero la brusquedad con que el animal había comenzado a ponerse en pie, de un lado a otro, ora a babor, ora a estribor, en ciega celeridad y arrogancia, había amenazado con derribarle de un golpe. Ahora se hallaba habituado ya al balanceo y la mole de los túmulos gigantes que tenía ante los ojos ayudaba a tranquilizarle. La Esfinge proyectaba su perfil y su sombra sobre la extensión de arena parda y Vicente Burgada gravitaba impávido entre el zarandeo del cuadrúpedo y la conmoción de la gran historia.

Iba solo, en mitad de una hilera de camellos y de camelleros que facilitaban la excursión a la cúspide. Crista y Cecilia se habían quedado en el hotel; de ninguna de las maneras Crista había accedido a realizar la acrobática aventura del camello. Incapaz de despeinarse ni de arrugar un palmo de sus vestidos, prefería ignorar los efluvios de la Antigüedad que arriesgar su presente. Por lo tanto, Vicente Burgada establecía su contacto con la historia a título personal.

¡Qué disparate tan rotundo era la mezcla de amor y de arqueología que estaba llevando a término! Ambas son cosas, si no contradictorias, por lo menos distintas. Las moles de ciclópeo granito que perduraban en el amplio panorama del desierto borraban de un trazo los requerimientos del amor y hasta los de cualquier presencia forastera, femenina o masculina. Fuera de aquello, todo era desorden. Solo la piedra permanece, se dijo Burgada mientras un traspié inesperado de su cabalgadura le sobresaltó y le hizo llevarse la mano al *canotier* para que este siguiera en su sitio.

Tampoco Crista estaba muy satisfecha de su corazonada impulsiva ni de los resultados de su aventura mediterránea con Vicente. Hay una distancia muy singular entre la apariencia de los hombres cuando actúan en exclusiva durante toda la jornada. No basta con conocer a un hombre, por delicado que sea, muy de cerca, para saber cómo es de verdad; resulta preciso compartir con él toda la jornada en un viaje largo, sin escapatoria. Y las conclusiones de Crista en este aspecto no eran hasta el presente muy satisfactorias.

En primer lugar, Vicente Burgada era de una avaricia increíble y de una meticulosidad fastidiosa. Su *forfait* por la Grecia antigua había resultado una especie de cabalgada contra reloj, a la que Vicente no perdonó un solo minuto de avidez turística. Crista parecía pasar a segundo plano mientras él palpaba, con complacencia sensual, la nariz descalabrada de una cabeza de mármol, masculina o femenina, en los museos, y decía: «Atenea nació de la cabeza de Zeus, golpeada por Vulcano, hija del dios de dioses; y precisamente por haber vencido al titán Palas la llaman “Palas—Atenea”». Durante la travesía, en los días de marejadilla, Vicente Burgada permanecía acostado por temor al mareo. Crista llevaba en la cabeza la mitología más

pétreo e innecesaria, un manual completo de la parentela de Zeus, y hasta entonces no reparó en que los *tics* del rostro de Vicente Burgada no siempre eran graciosos ni agradables. En cuanto a Montecarlo... prefería dejar en blanco el recuerdo de esa sofocante estación de su periplo. Vicente Burgada, tras innumerables cálculos matemáticos, y basado en la aparatosa consulta de una regla de cálculo aplicada al de probabilidades de la ruleta, no había dado pie con bola. Crista descubrió que Vicente no sabía perder ni siquiera las míseras cantidades que aventuraba después de mucho preparativo y circunspección. En cuanto a salud, sus manías desarrollaban un cuadro farmacéutico completo, desde el bicarbonato hasta la composición de una receta que, ni en Francia ni en Grecia pudieron descifrar y preparar en cuantas farmacias visitaron, y sin la cual se le fue agotando a Vicente el humor y se le fueron agriando los *tics* y deslavazando la apostura. «Pero ¿me quieres?», insistía Crista, para zanjar cualquier cuestión. «Sí, claro, ¿no lo ves?», respondía él, casi sin pensar, maquinalmente.

Ya en la cúspide de la colina de Gizeh el camello, dominado por su guía, hizo una súbita genuflexión y prácticamente echó al suelo a Vicente Burgada, que tardó unos instantes en reaccionar y sobreponerse. Se golpeó con las manos para sacudirse el polvo y se secó la tez con el pañuelo, arrancado de su ocasional lugar. Hinchó el pecho, respirando hondo, y se dispuso a contemplar el panorama.

¡Inmensa soledad, escalofriante grandeza! En mitad de la llanura emergían las soberbias moles oscuras y la gran pirámide de Keops sobresalía entre todas por su línea, su volumen, su majestad... Más allá, la de Micerino, la de Kefrén, sepulcros de reinas y princesas. Vicente Burgada hizo un esfuerzo mental de aislamiento, hasta sentir el vértigo de su rauda emigración a través de milenios para instalarse en la era de la V dinastía, cuando en el desierto vivía el león y la muerte era un viaje eterno en navegación simbólica. Mas no pudo concentrarse del todo. Una figura intemperante y forastera se entremetía inoportunamente para alterar su soberbia lucubración. Entre Ramsés y Nefertiti aparecía de pronto la imagen de un hombre escuálido y cetrino; entre las alhajas de oro deslumbrante y las tiaras preciosas se perfilaba de pronto una boina aldeana. Era el Rebollo, que, ajeno a la historia, venía a importunarla en la mente de su abogado defensor.

El fastidioso trasgo empañaba la ensoñación del turista. Pero Burgada creía, por otro lado, en la justificación y eficacia de cualquier suceso anímico. Nada ocurría porque sí. Una idea, una imagen tenían siempre una justificación esotérica. ¿Por qué anidaban juntos ahora en su mente el Rebollo y Amenofis? ¿Qué extraño parentesco a través de los siglos venía a unirlos? Ante la interminable explanada imaginó de pronto el abogado a centenares de millares de seres humanos trasegando en hormiguero infinito, acarreando piedras y levantando con sillares la geometría piramidal. Una muchedumbre interminable realizaba la portentosa hazaña de la piedra en honor de la muerte, de la majestad y de la deidad impenetrable. Y aparecía claro que la viveza del trasgo no era gratuita. El Rebollo era, a la escala social de los

tiempos modernos, uno de los infinitesimales coautores de semejante alarde. No debía ya fijarse únicamente en la divinización o el endiosamiento de un ser humano en su cúspide, sino en la base misma de la pirámide, en la cantidad de fatiga y de dolor, de sudor y de muerte que soportaba simbólicamente la piedra geométrica. Cada uno de los seres humanos —se dijo— es por tanto igual que un dios. Aun el más lamentable de ellos es el autor de todo. Y ahí, en ese punto, se verificó en el interior del hasta entonces abúlico turista una expansión del ser, una llama de humanismo y de ternura. Parecía como si el Rebollo se sonriera ahora y fuera para él un compañero más comprensivo y cercano que el faraón, figuración abstracta, grandilocuente y deshumanizada de la vida. Algo íntimo se había trocado sutilmente en él.

Cuando la caravana descendió de nuevo, Vicente se sintió apesadumbrado e incómodo por la obligatoriedad en que se hallaba de encontrar nuevamente a su amiga. Ahora ya sentía prisa y desasosiego por alcanzar la otra orilla del Mediterráneo, su casa de soltero y una justificación de vivir; no había entre él y Crista la menor aproximación espiritual y encontraba raro que ella pudiera encontrarla en cualquier hombre con la cabeza sobre los hombros. Le remordía secretamente el hecho de que el marido de ella —Desiderio— pudiera imputarle una responsabilidad que solo podía recaer en la destemplanza y la liviandad del carácter femenino, del temperamento caprichoso de Crista.

Pero había que apechugar con la realidad del regreso y era necesario que las millas de navegación que faltaban y que la escala en Nápoles transcurrieran tranquilas. No en vano debían navegar entre Escila y Caribdis, allí en el estrecho de los monstruos y de los peligros, cantado por Homero. La serenidad y la paciencia eran las armas que debía mantener enhiestas durante unos días más.

La decoración moruna del hotel de Gizeh entusiasmaba a Crista, que tenía como su madre la capacidad de dejarse influir por lo exótico. La pose de Crista se adaptaba a las languideces y sensualismos del mundo árabe, naturalmente sin moverse de la poltrona y de los bares. Era una actitud artificiosa y superficial, que no pasaba de la apariencia, pero que curvaba su cintura como la de una odalisca modernizada y occidentalizada por los perfumes de Lanvin. Allí aguardaba Crista, junto a Cecilia Pons, a que Vicente regresara de sus descubiertas históricas. Le vio entrar sudoroso, fondón y fatigado.

—No te sientan bien, decididamente no te sientan bien los camellos —dijo, riéndose de él, al observar el jadeo y el sofoco con que llegaba, pañuelo y *canotier* en mano.

Vicente no contestó. Se sentó en el butacón, junto a ella, frente a la conserjería.

—Es un espectáculo impresionante —se limitó a decir.

—Estoy harta de eso. Deberíamos irnos a El Cairo, donde hay vida. Hasta allí llega la arenilla. Esto de los desiertos no es para mí. En el Palace de El Cairo están los ballets de Montecarlo. Ya sería hora de ver algo civilizado.

Cecilia Pons moderó:

—Los vimos ya en el Liceo. ¿Te acuerdas?

—Cualquier cosa menos ese olor a borrego que tiene todo aquí. ¡Uf, qué fastidio!

—Querida —objetó Vicente—, el barco sale mañana otra vez. Y de aquí a casa, seis días, con parada en Nápoles. Nos debemos a un itinerario. En el barco podemos jugar al *bridge*. Y te conviene descansar.

—A quien conviene es a ti —dijo, señalándole, subrayando con ello lo que su aspecto tenía entonces de risible.

—Es cierto. Y voy a hacerlo. Voy a cambiarme de ropa y refrescarme, con vuestro permiso.

Le observó, mortificado y esquivo. Se levantó ella de un brinco, antes de dejarle ir. Le llevó a un lado.

—Dime algo que tú sabes —susurró.

El abogado suspiró.

—Claro, claro, querida... Te quiero mucho. Y sonrió tristemente.

La sala estaba templada por unos visillos de hilo, que oscilaban por el aire que entraba a través de las altas claraboyas. Por ellos se filtraba la luz del sol en su caída. Feliciano había simulado durante toda la jornada estar solamente atento a su labor. Llevaba ya dos días en presencia del nieto del dueño, silencioso ahora, al otro lado de su telar, en el mismo sitio que ocupara Máximo en otro tiempo. Cuando el dueño se lo confió, no tuvo arrestos para decirle que era mejor que fuera a otro lugar, puesto que él no pensaba ni siquiera dirigirle la palabra. Pero se lo quedó consigo. Le indicó de mala gana lo que tenía que hacer, que era prácticamente nada. Le tuvo casi un día entero con las manos en el batán, simplemente para fastidiarle. El muchacho, sin abrir la boca, obedeció esta orden. Luego Feliciano se apiadó de aquella sumisión. Por la tarde dio la vuelta a la máquina, se puso al lado del muchacho y le dijo que lo importante era vigilar la tensión de los hilos.

—En el momento de pasar la lanzadera, los hilos deben quedar inmóviles arriba o abajo de la calada.

Vio que los ojos de Carlos se iluminaban, agradecidos por la comunicación que al fin se establecía. Pero Feliciano receló: «Si cree que con esto me va a ganar... Los hijos de los ricos no sabrán nunca lo que es el trabajo, aunque trabajen todo el día». ¿Y luego qué? ¿Qué le importaba a él?

Un rato estuvieron trabajando, sin mirarse.

—Oiga —interrumpió Carlos, sin moverse de su lugar.

—Vente aquí, chico, que no te oigo...

Carlos dio la vuelta y se puso junto a él.

—¿Cómo se llama eso?

Feliciano titubeó un instante, sin decidirse a contestar.

—Esto es la calada.

—En inglés se llama *shed* —dijo el muchacho.

—Los hilos pasan por los agujeros de las mallas, que son el remetido; la lanzadera pasa entre las dos capas. A la separación de la urdimbre, aquí le llamamos calada.

Así se rompió el hielo. «Si Máximo hubiera sido como este chico... —se dijo entonces Feliciano—. Claro que así no tiene mérito. Máximo hubiera sido como este chico de haber sabido que la fábrica era suya. Lo difícil era lo otro: ser como él, trabajar, ganar el sustento y tener sus propias ideas sobre todo lo demás». Un largo rato estuvieron frente a frente sin dirigirse la palabra. Feliciano tenía prisa aquella noche. No sabía por qué, pero tenía prisa. Después se fue tranquilizando. En definitiva, ¿a él qué le importaba?

Al día siguiente Feliciano se mantuvo en la misma actitud hasta mediada la mañana. «Ya te cansarás», pensó. El muchacho estaba junto a él desde la hora de entrada. «¡Caray con el chico!; pero ya se le pasará». Ni una palabra, ni una distracción, los dos cara a cara sin chistar.

Se enredaron unos hilos y hubo que parar la máquina. Feliciano manipulaba en las cántaras. Un rato estuvo así.

—¿Quiere que le ayude?

Era una súplica. Feliciano le observó.

—¿Qué sabes tú?

—En realidad... nada. Pero en el Politécnico, allí en Suiza, una vez...

—Déjate de Politécnicos.

Carlos calló. Observó un rato a Feliciano en su labor. Luego este puso de nuevo en marcha la máquina.

Y pasó un rato. Feliciano levantó la vista y miró francamente al nieto del dueño. Era un chaval simpático. Con paciencia, como a él le gustaban. Lástima que fuera burgués. Si un día todo se arreglaba, si las cosas eran algún día como debían ser, el chico mismo podría ser útil a la sociedad nueva. Siempre que... Bien; no. Para los tan jóvenes no habría represalia.

—Oye, chaval, ¿a ti te gusta este trabajo?

—Sí, me gusta.

—Yo de ti estaría ahora tocándome los c. en casa. ¿Por qué vienes a trabajar?

—¿Por qué? Porque hay que trabajar, porque esto es lo que hay que hacer.

—Caramba con el chico...

Y volvió a la máquina.

—Hay que saber mucho para eso. No se aprende en un día.

—Sobre todo si usted no me lo enseña.

—¡Ah, diablo! Conque ¿la culpa es mía?

—En gran parte, sí. Yo quisiera saber ahora como usted, pero no me deja.

—Conque no te dejo, ¿eh? Pues ven aquí.

Desarrolló el panorama de sus conocimientos: «Los movimientos de la máquina

son en síntesis los mismos que empleaban nuestros bisabuelos cuando tejían a mano. Primero: movimiento de formación de la calada; segundo: movimiento de inserción de la trama; tercero: ajuste de los hilos de trama al cuerpo del tejido».

Al tiempo que decía esto señalaba en la máquina los lugares en que estas operaciones se realizaban.

—Todos los demás movimientos y piezas de la máquina actúan en función de estos otros tres, que son los importantes. Los frenos, el batán con los peines, la lanzadora, pieza fundamental, actúan en virtud de las tres funciones principales.

Carlos aplicó este esquema a sus estudios técnicos y le resultó más claro que las obtusas explicaciones de un profesor. Pero de lo que se sentía satisfecho era de haber roto el silencio con su mentor: el hombre reposado y misántropo que parecía repelerle y abominar de él.

Ahora, al fin de esta segunda jornada, la conexión ya estaba establecida. Ya no había reservas mentales. Carlos se atrevía a actuar por su cuenta, sin pender de la mirada ni de la palabra de Feliciano. Actuaba con serenidad, con tranquilidad. En las claraboyas, junto al techo, se bamboleaba la cortina de tela oscura que mitigaba el calor. Feliciano levantó su vista de la pieza y pareció inquietarse, sorprenderse. Llegaba en aquel instante junto a ellos el padre de Carlos, Desiderio. Impecable, lustroso, distante, hecho un brazo de mar.

—¿Cómo va eso?

Era una mirada displicente y un poco soberbia, o por lo menos así lo parecía. En cada uno de sus gestos y ademanes se notaba que no pertenecía a «la gran familia», como le gustaba puntualizar a veces al viejo Rius. Era un extraño.

Se paró junto al telar. Antes de acercarse a él, el chico miró a Feliciano, como si le pidiera permiso. Padre e hijo se miraron después.

—Va muy bien.

—¿No estás cansado?

—No.

Contestaba como mortificado, angustiado por algo que viniera a turbar lo que consideraba su deber. Se notaba que no era de su agrado aquella expresión familiar en mitad del trabajo, ante los demás. Feliciano pareció percibir la elocuencia de su gesto y volvió a su labor sin chistar. En realidad, nunca como en aquel momento le había parecido Desiderio tan superficial, tan alejado de todos los problemas.

Se acercó a su hijo y le dio unos golpes cariñosos en la nuca, como si se tratara de un chiquillo en quien hubiera querido aliviar la dura lección. Pero Carlos no sentía de este modo.

No quiso intervenir ni entrometerse en el trabajo. Únicamente se fijó en la pieza que surgía, pero no habló de ello. Llevó a su hijo a un lado.

—¿De verdad no te cansa? ¿Estás contento?

—¡Claro que sí! —expresó Carlos, casi más con el gesto que con la voz—. Me gusta lo que hago.

—Luego las cosas serán menos duras —alivió—. ¿No te apura no tener vacaciones?

—Ya he tenido.

Era cierto. Se refería a los quince días que, a comienzos de verano, había pasado en Caldetas con su madre.

Y le miró de cara. Padre e hijo se parecían. Pero eran distintos. En realidad, Carlos era un Desiderio sin «usar». Al padre se le notaba el paso de la vida, su desencanto, sensación que en cambio no trascendía del joven Rius, lleno de ardor y de entusiasmo.

Los obreros observaban a la pareja sin dejar de trabajar. El joven era casi tan alto como su padre, pero parecía que poseyera más aplomo, mayor seguridad en sí mismo. Desiderio quedaba mal allí dentro; como una visita de cumplido, como un aficionado que temiera ser manchado. Se le notaba forastero, ajeno a todo. Estuvieron de charla unos minutos, para luego volver cada uno a su lugar.

Desiderio se marchó a la oficina. Apenas veía a su hijo, que vivía en casa del abuelo. Por eso le atrapaba así de improviso, sin cita, a la vuelta de una esquina, o en mitad del trabajo. Carlos volvió a la máquina. Feliciano estuvo un rato sin mirarle. Luego levantó la vista y dijo:

—¿Sabes a qué velocidad va la lanzadera?

Carlos le miró, esperando la respuesta.

—A ochocientos metros por minuto. Casi a cincuenta kilómetros por hora.

—Atiza, como un camión.

—Eso es. Como un camión.

—Y por primera vez ante el muchacho,
Feliciano sonrió.

El comisario Munera se impacientaba. Ya llevaba dos veces en que hubiera podido detener al Máximo, y no lo hizo. Los quería pillar a todos, a la vez. Si detenía a Máximo, sabía que no haría más que poner en guardia a los otros: era poco uno solo para desperdiciar la ocasión. Por tanto, esperaba.

Durante varios meses fue siguiendo a la Cucharas y conocía las trazas de su itinerario; pero perdía todo rastro de ella a la entrada de San Andrés. Como si ella presumiera que iban siguiéndola, se escabullía en los puestos del mercado, o la salida del autobús, o volvía a La Torrassa sin llegar al final del camino.

Así había ocurrido en la primavera y en el verano, y ahora en que se iniciaba el otoño la cosa no andaba mejor.

Por su parte, Máximo había llegado varias veces hasta su domicilio, había pasado la noche con su amiga y se había marchado de nuevo sin que el comisario le importunara. Pero al llegar a la entrada de San Andrés también parecía desaparecer, sin dejar rastro. Era un cerco y una persecución que ya empezaban a resultar

incómodos para el comisario, el cual, sin embargo, se decía que no pillaría a Máximo sin los demás. Le interesaban todos juntos.

El verano había transcurrido en estos riesgos y andaduras y ahora, ya en octubre, Munera se decía que el tiempo era más cómodo, la temperatura no asfixiaba ya y no le resultaba tan pesado aguardar en la esquina, tomando unas tapas en un bar o una cañita de cerveza. Pero estaba irritado porque ya empezaba a decirse en la comisaría que sus salidas no eran más que un pretexto para echarse al colete esas cañas de cerveza. Y si eso seguía así y prosperaba, no le quedaría otro remedio que capturar a Máximo con independencia de los demás, echando a perder su plan de conjunto.

Se decía a sí mismo, para tranquilizarse, que en caso de que hubiera tenido que hacer la búsqueda de uno en uno hubiera empleado más tiempo que el que estaba perdiendo, con la desventaja de poner en manos de la justicia solo un montón de casos desperdigados; mientras que así se obtendría la incoación del proceso en términos generales y para todos a la vez, con lo que los crímenes serían esclarecidos de golpe.

Andaba en estas reflexiones cuando observó a la figura de la Cucharas cruzar la calle, pararse en una tienda, mirar a todos lados, con precaución, y echar a andar apresuradamente. Tuvo que apartarse a un lado para que no le atropellara el propio Máximo, que acababa de bajar de un taxi. Estaba en San Andrés, en el lugar en que otras veces había perdido la pista sea de la Cucharas, sea de su amigo; pero nunca los había visto juntos en aquel lugar, en el cruce de la Rambla de Fabra y Puig con la carretera, en el que el tránsito era muy vivo.

Máximo había cambiado. Era corpulento, fuerte, macizo, como si hubiera crecido o le hubieran aplomado. Su pelo, que era de un rubio fulgurante, se había oscurecido levemente. Iba ahora bien peinado y sus movimientos, su manera de andar, sus gestos eran tranquilos y hasta parecían desafiar al contorno. En cuanto se colocó junto a la Cucharas, que parecía todavía más pequeña a su lado, empezaron a caminar con tranquilidad.

El inspector tenía unas ganas enormes de acercarse a ellos, pero se contuvo. Esta vez estaba resuelto a seguirlos hasta el fondo de su madriguera. De momento, el esfuerzo era vano. Fueron caminando por la Rambla y se pararon en la puerta de un cine. Era un triste cine de arrabal, en el que los carteles de propaganda y las imágenes de las películas, manoseados, sucios, quedaban desteñidos y como inmersos en el borrón de las moscas. Algunos de ellos estaban retocados por mano infantil y se veía así a rubias estrellas con un bigote o a caballistas con orejas de burro. Munera no disimulaba. Estaba forzando la suerte, a ver de qué lado caía. Casi se había situado al lado de los dos, pero ellos se sentían tan seguros que ni siquiera percibieron su proximidad, entre el tumulto de chiquillos y de gentes de toda especie que se apiñaban en el vestíbulo. Luego Máximo se acercó a la taquilla y compró las entradas. Munera hizo lo mismo y entró tras ellos, sin que lo notaran.

Los dos perseguidos se situaron en las primeras filas y a partir de entonces

Munera observó la atención con que Máximo quedó pendiente de lo que ocurría en la pantalla, como un chiquillo. Estaban dando el film de caballistas y el corpachón de Máximo no se movía, echado hacia delante, como si se empapara de lo que allí ocurría. A veces se movía nerviosamente, se agitaba unos instantes en el asiento. La Cucharas, en cambio, permanecía quieta, salvo en los instantes de mayor tensión narrativa, en los que echaba un chillido o se aplastaba contra el torso inmovible y fuerte de su compañero.

El comisario se había colocado unas filas más atrás y no los perdía ni un instante de vista. Tras mucho rato de proyección, al aproximarse el final de la cinta, vio a Máximo encogerse en su asiento, luego levantarse y salir. Él fue en su pos; pero Máximo se entretuvo en el bar, en el que compró un par de bocadillos. No volvió a su asiento hasta después del intermedio, cuando ya las luces volvían a estar apagadas. La segunda película era un drama sentimental. Ahí Máximo se impacientaba, se removía. Pero era ahora la Cucharas la que estaba pendiente de lo que ocurría en la pantalla, como si nadie estuviera a su lado. Los ojos le saltaban de las órbitas para contemplar el dolor melodramático y los aspavientos de Pola Negri, atormentada por los celos y la pasión. Máximo se había amodorrado a su lado.

De pronto, él hizo un movimiento de impaciencia y se levantó. Tuvo que sacudir a su compañera para que esta le siguiera. Enérgico, impulsivo, saltó al corredor con tanta prisa y tan cerca del comisario que este llevó instintivamente la mano a su rostro para no ser visto. Máximo y la Cucharas salían del local.

Estuvo a punto de perderlos, pero volvió a verlos en la esquina, donde se habían parado. De pronto, quedó la Cucharas a solas. El Máximo se había esfumado.

Era de noche ya y al leve resplandor de una bombilla mustia, en la esquina, no quedaba más que la Cucharas, la cual permaneció indecisa unos momentos para luego, resuelta, acercarse hacia donde él se hallaba.

El comisario dio una vuelta con rapidez y se ocultó en un pequeño portal. La Cucharas pasó por delante sin darse cuenta de su existencia. En cuanto hubo pasado sintió nuevamente el deseo de acercarse a ella y sonsacarla, pero hizo lo contrario; corrió hacia el lugar por donde debía de haberse esfumado Máximo. Desde la esquina contempló el campo yermo, que se perdía en la negrura de la noche, solo aliviada por unas cuantas bombillas dispersas, hacia donde está el ferrocarril, los depósitos y los desvíos, los raíles, los hangares de mercancías y la cochera de las máquinas. Un mundo de hollín y de negrura aplastado sobre el arrabal, con humaredas leves y trasgos oscuros, rumor de hierros y gotear de agua.

Le pareció ver una sombra por aquellos andurriales, en el contraluz de la bombilla más cercana; una sombra parecida a la del hombre en pos del cual seguía. Sin dudarlo se adentró en la negrura. Tuvo que saltar por unos desniveles para alcanzar la llanada en la que se asentaban los desvíos. Tropezó con unos alambres gruesos, conductores de las señales luminosas, y los salvó ágilmente, no sin resoplar por la prisa, la agitación y el esfuerzo. Luego venía la explanada de los raíles y le asustaba un poco

meterse allí, donde las máquinas transitan lentamente con la fuerza de un viento sordo e imprevisto que todo lo arrasa. La oscuridad era completa, pero advirtió una sombra fugaz, más fuerte que las otras, que le siguió pareciendo la de Máximo, que saltaba sobre los desvíos. Estaba a cincuenta, quizá sesenta metros de distancia de ella. Había quedado de pie, parada a lo lejos, como si le auscultara. Pero no era así. Vio brillar un instante el reflejo de una cerilla y hasta el puntito de luz que daba el extremo de su cigarrillo al prender. En lo alto, el cielo empezaba a ser un enjambre de estrellas, firmes, rutilantes. Más lejos se diseñaba la línea de los montes, oscuros y erguidos. En la loma ahora veía la mancha más clara de los habitáculos y de las casuchas. Esperó a que la sombra del hombre se removiera y empezó a andar cautelosamente tras ella, que iba salvando obstáculos y rieles. Se escuchaba a lo lejos el bufido de una locomotora de maniobras y el lúgubre paso del tren.

Salvo el rumor de esa máquina, todo lo demás era silencio, un silencio hecho de humedades, que parecía tiznado de carbón. Se quedó parado porque la estampa de sombras del hombre se había diluido otra vez.

Al otro lado de la encrucijada de los rieles, más allá de la vasta extensión de los desvíos, había un garito, al que se unían varias casucas. El hombre no podía haberse dirigido más que hacia allí, caso de que se hubiera movido. Aguardó largo rato.

A la derecha, en la profundidad de las sombras, se iba moviendo una luz y se acercaba el ruido de la máquina. Se iba acercando lentamente y Munera esperó a que pasara. La máquina enfiló hacia la derecha. Iba muy despacio, como un bloque de sombras y, al fin, se paró. Los hierros chirriaron. Del ténder bajaron dos hombres, que se aprestaron a llenarla de agua. Manipulaban en una manguera. El comisario se incorporó, aliviado de sentir, aunque lejana, alguna compañía. Saltó con ligereza sobre los últimos rieles. Luego había un desnivel profundo y, más allá, las casucas. Dio un largo rodeo, para llegar a ellas amparado en las sombras. Lo hizo por la parte de atrás, en la que una tapia permitía que se asomara al patio interior, presidido por un naranjo polvoriento. Se escuchaban susurros, algunas voces.

Reconoció la voz de Máximo. Aquel era el lugar. El lenguaje era indescifrable desde donde se hallaba, tras la tapia. Pero algunas de sus palabras y retazos eran inconfundibles. Allí estaban todos ellos. Por las voces, parecía que fueran el grupo entero, cinco o seis hombres.

Le bastaba. Entonces retrocedió con cautela por las sombras. Volvió a desandar, en dirección al poblado, a la ciudad. Volvió a cruzar los rieles, esta vez con aplomo, sin precaución. Los hombres de la máquina habían terminado su labor y con roncós bufidos y un soplo de humareda a cada lado, la vieja se ponía de nuevo en marcha. Salvó una docena de rieles por los travesaños. La noche parecía haberse clareado y la proximidad de la ciudad le atemperaba de nuevo.

El paso de las gentes, la animación de las calles le infundían de nuevo la conciencia del cometido que llevaba. Entró en un bar y llamó a Jefatura. Pidió una docena de hombres, dio unas señas, pidió una caña, la bebió y se fue para allá. Al

cabo de un rato, cuatro agentes descendían de un automóvil frente a la puerta del cine. En la esquina paró una camioneta con guardias de asalto. Munera dispuso en seguida la distribución de esas fuerzas. Se hizo sin llamar la atención. La camioneta con los guardias quedaba oculta en una calleja lateral.

Máximo estaba contando la película de Pola Negri.

—¡J... con la tía! Se enamora del músico, se lo lleva a su Palacio de Venecia, pero él venga a acordarse de la otra, su novia, que había dejado en el pueblo. Ella se muere por él, coge un pistolón y está a punto de matarle, pero el tiro no le da. Es una tía asquerosa, con más conchas que un galápago. Al final le descubren que estaba también liada con un conde sueco, que le daba para morfina y caprichos. ¡J ... con la tía!

El naranjo reseco mostraba sus hojas mustias llenas de polvo y hollín, sin frutos y sin máscara. Era simplemente una silueta vegetal, de la que colgaba una bombilla. En la mesa había de todo: restos de pan y pellejos de chorizo, un cuchillo, un par de botellas de vino, una de ellas a medio vaciar, unos alicates y una lata de sardinas vacía.

—¡No sé por qué vais al cine! No dan más que esas mierdas burguesas, señoras cachondas, que no diré yo que estén mal, pero cargadas de vicio, las putas... Yo no veo más que el cine social, y alguna que otra de pamplinas, para distraerme.

—El que es bueno es Charlot. De ese no me pierdo yo ni una. Tiene una sorna el tío... Que así es la vida, con lo bueno y con lo malo.

—Me gustaba a mí Tom Mix. ¡J..., cómo me gustaba! De chico no me perdía una...

—Pues a la Cucharas lo que le gusta son esas burguesas y asuntos de besarse y eso... Cuanto más puercas, mejor. La muy bestia no disfruta si no hay amor de por medio.

—Enséñale tú a lo que haya que ser. La culpa es tuya. La mía andaba todas las tardes con una amiga en la función de la iglesia, hasta que la sacudí. Se me negaba a todo, hasta a la cópula. Le di un metido y se acabó. Ahora, en cuanto me ve, se me arrima y me empieza a tocar y a calentarse, que la tengo que dar por lo contrario. Las mujeres son muy brutas. No tienen más que una idea en la cabeza, la que sea, pero una sola. Si las apartas de allí, seguro, cogen otra.

—Lo dices muy fácil, pero ¿qué harías de mí, que para darle los cuartos la tengo que soportar a que venga? ¿Y dónde quieres meterte? —echó Máximo un largo trago de la botella, directamente—. Luego viene lo de «no me dejes aún», y un par de horas se las pasa uno en el cine. Cuestión de cobijo.

—Estaba yo en Linares, en la mina, y cuando bajaba al pueblo se me arrimaba la taquillera del cine y me contaba las películas, pero en la cama, que es donde hay que estar con las mujeres. Y las contaba bien, la puñetera, que a explicar no la ganaba

nadie. Sobre todo las de Mary Pickford, que por entonces se daban. A la muy puta le agradaba por lo angelical que tenía; fíjate tú, la Mary Pickford al lado de ella, que se me arribaba siete u ocho veces mientras me lo contaba, en una sola noche.

El Fanegas escuchaba con atención, como con resentimiento.

—Las mujeres son la destrucción del proletariado. Nos estamos pervirtiendo ahí, en la inacción. Entretanto, los nuestros, rascando piojos en la cárcel, o aun peor. Muriendo de hambre. Os estáis pudriendo con tanta ociosidad. Yo echaría por la calle de en medio y a plantar cara. Si nos cogen, allá ellos, que les será peor...

—Es verdad que la inacción es madre de vicios. Pero hay que esperar un mes, o un par de ellos. ¿O no lo ha mandado así la Específica?

—Somos libertarios, y por tanto, a la mierda la Específica. Aquí lo que vale es como los tenga uno de bien puestos.

—Ellos saben lo que ordenan y lo que hacen. Son ellos los que...

En esas se sintió un rumor en el bar; eran voces embarulladas, confusas. Unos se pusieron en pie, otros intentaron saltar por la tapia del patio. Asomaron, detrás de ella, unos fusiles.

—Amigos, quietos todos. Al que se mueva lo casco.

Se descubría por la tapia la cabeza del comisario Munera. El Millás cogió la botella por el mango, pero de un disparo se le hizo añicos.

—Como conejos ¡hostia! como conejos, así nos han pillado —barbulló—. Malditas mujeres, maldito cine ¿dónde tenemos la cabeza?

Al Rubio le pillaron con la sonrisa en los labios y la mantuvo allí. El Roquete andaba soñoliento, con la boina hasta las cejas, la culera caída, como un autómatas al que aquello importara poco. Decía el Máximo:

—Pues no te habré yo hecho gastar suela de zapato, bestia —dirigiéndose al comisario sin que este le oyera—. Total ¿para qué, buitres, si yo no he hecho nada?

Mucha gente no se acababa de explicar la *sans façon* con que actuaba Crista después de su ruptura con Desiderio, y después de su viaje al próximo Oriente en compañía de Burgada. Lo cierto es que no le importaba lo más mínimo eso que llaman «guardar las apariencias». Después del viaje, se instaló en su casa de Pedralbes no solamente como si nada hubiera ocurrido, sino como si hubiera ocurrido algo que le permitiera, por fin, actuar socialmente a sus anchas, liberada ya de coacciones y de disimulos. Al regresar del viaje, la relación de Burgada con ella estuvo a punto de romperse. El abogado no se atrevió a plantearle directamente su desapego, pero se inventó mil excusas, ciertos viajes distintos, que le obligaron a dar órdenes severísimas a su ayuda de cámara para que respondiera al teléfono con negativas y subterfugios. Después, ya entrado el otoño, Burgada le advirtió que podrían verse, en su casa, pero solamente una vez por semana, los viernes, días que a él, según dijo, le dejaban libre sus quehaceres durante unas horas. Esta discriminación

del calendario no hizo la menor gracia a Crista, que tardó en acomodarse a la realidad únicamente en espera de que algo reblandeciera en el futuro la pragmática determinación de su amigo. Entretanto, abrió las puertas de su casa a un grupo de relaciones ambiguas: decoradores, modistos, pintores, escritores, todos ellos de segundo o tercer rango, gente superflua en la sociedad que no tiene destino ni rumbo, pero que anima una reunión con el *potin* social y la chismografía.

A esas reuniones asistía casi a diario su madre, Evelina; y de vez en cuando el propio Vicente Burgada, con la esperanza de que el trato colectivo le alejara progresivamente del individual. A pesar de lo cual no podía evitar que cada vez que se encontraba con Crista, al cruzar el salón o en un rincón del *hall*, sintiera de nuevo los impulsos que le habían llevado al adulterio con ella.

Uno de los asiduos a estas reuniones era un decorador llamado Perico Solterra, invertido y charlatán. Era un tipo canijo y moreno, de ancha frente y pelo muy brillante, que pasaba su jornada de un salón a otro, con lo que estaba al día de los problemas domésticos, económicos y políticos de toda la ciudad. Solterra tenía la virtud de entusiasmar a las mujeres como Crista, que se sentían a su lado nutridas de todo lo que ellas quieren saber, y dicho en la forma que precisan. Se sentía a sus anchas en el desparpajo verbal del sujeto, zahiriente y agudo, en la manera que tenía de definir de un trazo a las personas y en su sutilidad para halagar y hacer la rosca. Alejaba a Crista insensiblemente de sus preocupaciones sentimentales, sin el riesgo de hacerla caer en una nueva inclinación hacia él, a quien no gustaban las mujeres más que para charlar.

Crista llevaba ya días sin haber recibido noticias de Vicente cuando este se presentó una tarde en su *soirée*. Venía resfriado, con un catarro duro y molesto que nublaba sus ojos y le hacía hablar con el pañuelo apretado en la nariz. Entró en el salón cuando la docena de personas que lo poblaban estaban, unas de pie y otras en los sillones, comentando en grupos y bebiendo martinis. Crista no reparó en él, al principio, sumergida como estaba en la narración que Solterra le hacía de los desastres de cierta pareja, una de cuyas hijas acababa de emanciparse y huir con un noruego no se sabía dónde. Fue Cecilia Pons la primera que advirtió la entrada de Vicente, que se entretuvo ante el sofá saludando a Evelina.

Crista no se movió. Aguardaba a que su amante se acercase a ella, pero Vicente siguió largo rato frente a su madre, la cual parecía ignorar lo que por ahí se decía —y de lo cual ella había resuelto no hacer caso, pese a que ya tenía conciencia plena de la verdad—. Lo cierto es que Vicente era un hombre de bien, zarandeado por el capricho de Crista, y no era a él, sino a ella, a quien debiera apostrofar. Pero todo eso no le importaba ya, por lo menos de momento. Estaba segura de que dentro de un tiempo las cosas volverían a su cauce y de que Desiderio y Crista encontrarían la ocasión de olvidar a su vez lo que estaba ocurriendo.

Cuando Crista se decidió al fin a acercarse a Vicente, Evelina y él, en un grupo de gentes, estaban hablando de cierto escándalo de una ruleta, el *straperlo* viejo ya de

unos meses. Vicente expuso su punto de vista.

—Yo no sé lo que hay de cierto en eso, pero me parece que la mayoría de ruletas están amañadas, por lo menos para que puedan ser manejadas a voluntad. Conocí a ese Strauss, el autor del barullo, y le tengo por persona de muy escasa garantía. Es un judío internacional, que al principio ofrecería el oro y el moro, pero que luego los hubiera dejado a todos en la estacada. Lo importante es la repercusión política que ha cobrado el asunto. Como si no tuvieran ya bastante con lo que pasa. Es inútil tener mano dura para los sucesos de orden público cuando en los demás se actúa con tanta ligereza.

Se acercó Crista. Al verla a su lado, Vicente relampagueó unos instantes, tras el pañuelo. La saludó cogiendo su mano con la suya.

—Crista, hermosa, estábamos hablando de un asunto preocupante. Ahora mismo hubiera ido a saludarte.

Crista le atravesó con la mirada. El tono que empleaba Vicente era distante y fluido, todo lo contrario a la pasión que ella esperaba encontrar todavía en él. Evelina lo observaba y terció:

—Sentaos, siéntese ya, Vicente, aquí, al lado de la chimenea. Los catarros de este tiempo son malos.

Fue interrumpida y sobresaltada por un estornudo fulminante del abogado.

—Ven, Vicente, querido —arrancó Crista, cogiéndole de la mano y llevándolo tras sí—. Voy a prepararte un mejunje que te quitará el resfriado en dos minutos.

Nadie hubiera reconocido en aquella casa y en aquel ámbito el hogar de los Rius. Había una especie de decaimiento en las cortinas y en los muebles, en el claro ambiente del salón, cruzado y habitado por figuras que parecían no existir, alejadas del mundo de tanto estar en él.

Llevó a Vicente a un rincón.

—¿Cómo no has venido ni me has llamado? ¿Es que crees que debemos terminar?

Solterra, desde el rincón, los observaba sonriente, encantado.

—Crista, por favor... ¿Dónde tienes ese mejunje? —inquirió él, dispuesto a estornudar otra vez.

Ella se acercó a la repisa donde estaba la coctelera y echó pausadamente en el caz unos trozos de hielo y cierto líquido blanco y espeso, luego uno verde y unas gotas de angostura.

—Bébetelo de golpe —dijo, acercándole la copita.

Vicente bebió, pero no de una vez. El sorbo le encrespó, le sacudió, cruzándole por la espalda una corriente. Volvió a beber, esta vez ya de golpe.

—¡Diablo, qué fuerte es esto!

—Cariño, ¿cómo no me has llamado? —insistió ahora ella, con falsa dulzura.

—Crista, amor mío. He estado ocho días enfrascado en cuestiones de la mayor importancia. Para mí y... para otros.

—¿En qué cuestiones?

—¿Has oído hablar de «los pringados»?

Crista le observó.

—¿«Los pringados»?

Sonrió Vicente. Claro, ella no había oído hablar nunca de eso.

—Son unos grupos de acción. Si leyeras alguna vez los diarios sabrías que hace diez días los detuvieron. Son cuatro elementos de acción, y, según se dice, autores de diversos atracos. Los que mataron al delegado de Tranvías, ¿recuerdas?, en la primavera. Pues bien; me han encargado la defensa de dos de ellos. Tú no sabes lo que esto ha sido. En primer lugar, porque ni aun a mí mismo querían decirme la verdad, por temor a que fuera luego a contarlo al fiscal. ¡Imagínate! Ahora la cosa ha cambiado; por lo menos está en un plano de confianza. Pero es un proceso muy difícil, en el que me voy a jugar mi reputación. Comprenderás que no estaba yo para nada más, ni siquiera para ti.

—No. No lo comprendo —dijo ella.

Con el resfriado y el Código Penal en la cabeza Vicente apenas tenía ánimos para la dialéctica. Recordaba únicamente que en los ocho días pasados no había prácticamente levantado los ojos de su escritorio, y de allí a la cárcel, a interrogar a sus dos defendidos, Máximo y el Rubio, y otra vez a su despacho, con las notas que reconstruían los hechos por los que iban a ser juzgados.

—Es complejo el procedimiento. Uno de ellos, por lo menos, un tal Máximo, está pendiente de proceso por otros delitos, pero como es por este por el que se les va a juzgar ahora, tengo que sacarle primero de ese embrollo. ¿No lo entiendes?

—¡Y a mí qué me importa! Todo antes que yo. Eso es lo que has hecho de mí. Una desgraciada que va detrás de un hombre. No quiero saber ya más de ti. Vete con tus presos...

Aquel era el instante escogido por Solterra para acercarse, copa en mano. Crista aprovechó la ocasión para zaherir a Vicente.

—Querido, vete a casa y acuéstate; los resfriados en esta época son malos, como dijo mi madre. Pero antes bebe esta otra copa.

Vicente se vio en las manos con una nueva copa del fortísimo cóctel. No sabía qué hacer, pero al fin se la bebió. La incomprensión de Crista le había irritado sordamente.

—¿A que le has puesto una mezcla de ginebra con peppermint, más angostura y un poco de *whisky*? —preguntó Solterra.

—Exacto —respondió ella, metida en guasa.

—No es que eso cure el resfriado; es que lo cura todo —certificó el sarasa.

Vicente lo bebió de golpe. Discretamente, pero ya ofuscado por la rápida evolución de los acontecimientos en la semana que acababa de transcurrir, alargó con cierto cinismo la copa hacia ella y rogó:

—¿No te importaría ponerme ahora uno, pero doble?

—De ningún modo.

—¿Es usted Perico Solterra? —preguntó cuando tuvo esa otra ración en la mano.

—¿No os había presentado?

Vicente, con lentitud, apuró el cóctel hasta el límite. Sintió un escalofrío que le silueteaba, de la nuca a los pies, cierto ardor en las sienes y una repentina sensación de bienestar, una claridad mental definitiva.

—Es para mí una pena conocerle a usted ahora en que voy a decirle adiós. Pero espero que ayude usted a Crista a soportar su soledad. Yo no puedo más —barbulló, ya totalmente bebido.

—¿Dónde vas, querido?

Burgada avanzaba hacia el *hall* nuevamente y sin despedirse de nadie.

—Vicente, Vicente, por favor.

Le había detenido cuando él ponía ya la mano en el pomo de la puerta, sin acordarse siquiera de volver a coger el gabán. Estaba resuelto a romper de una vez y no habría en su vida mejor ocasión. Le parecía que estaba ahora en los lomos de un camello y contemplaba en lo hondo la llanura de Gizeh, sin más.

—Pero, por Dios, Vicente, vuelve en ti.

La curda de Vicente era repentina y mayúscula. Se balanceaba en el recibidor como si fuera de madera y cruzara el mar. No escuchaba las voces de ella. Solterra, avisado, le había acercado el gabán, e intentaba ponérselo.

—Pero escucha, Vicente, vuelve en ti. ¿Qué te he hecho yo? Él la miró unos instantes, abrió la puerta, salió al exterior y desde allí dijo:

—Nada —y cerró la puerta.

Solterra apretó la cintura de Crista contra la suya. Ella estaba herida, desconcertada, sin aliento.

—No te apures, Crista, hermosa. Las cosas son como son. De todos modos... está resfriado, ¿verdad?

Y entonces los dos se echaron a reír.

Evelina miraba desde lo hondo, hundida en el sofá, como una máscara. Pero por dentro, inconscientemente, abominaba de aquellas situaciones.

Quien iba a llevar la peor parte en el proceso era el fiscal. Nadie se hallaba dispuesto a testificar. El chófer del gerifalte asesinado, testigo de los sucesos y casi víctima de ellos, se encerró al principio en un silencio adornado de toda clase de vaguedades. Él no podía reconocer a los asesinos. Cuando le fue mostrada la fotografía del Roquete, no reaccionó; se le hizo pasar a su presencia. Ni siquiera así logró afirmar que fuera él uno de los autores del asesinato, el que disparó contra la víctima. La reconstrucción de los hechos se hacía muy difícil. Los autores del hecho, después de haber cantado sin entrar en detalles en Jefatura, desmintieron todo lo que allí habían afirmado. Lo de siempre: la coacción, los golpes, las presiones, el

alcohol...

Pero, según la Ley de Excepción, el delito había de ser juzgado antes del término de un mes después de la detención. A pesar de que todos estaban firmemente convencidos de la culpabilidad de los encartados, y de que ellos y no otros eran los autores del asesinato, no era posible afirmar que existieran indicios racionales de culpabilidad en ninguno de ellos. Por fortuna, el chófer del taxi que utilizaron los asesinos, aquel padre de familia que fue echado del volante en la mañana de autos, reconoció intrépidamente en Máximo al hombre que le había contratado para llevarle a San Andrés, y, en los demás, a sus compinches.

Entretanto, empezó a andar de nuevo el proceso contra Máximo por el atraco de la calle de Salmerón. Porque el viejo cajero, ya enteramente recuperado, reconoció en seguida al Máximo por las fotografías que publicaba la prensa, y se apresuró a afirmarlo así en Jefatura.

La aparición de ese asunto anterior descalabró la moral del murciano. Le parecía que eso ya pertenecía a la prehistoria. Le era difícil incluso recordar cuánto tiempo hacía de ello. Fue interrogado insistentemente, mañana y noche; no recordaba nada. Llovieron golpes y amenazas sobre él; como si tal cosa, ni una palabra. «Por ahí no te podrán coger —pensaba—. Ni siquiera disparé».

Pero la declaración del cajero era contundente. Él era uno de los que habían perpetrado el atraco, el que llevaba la bolsa y la llenó de dinero. No sabía si era él u otro el que le había disparado. Creía que era el otro el que disparó, al que no vio ni siquiera la cara. Las preguntas eran las siguientes: ¿quiénes eran sus dos compañeros?, ¿dónde fue a parar el dinero?, ¿quién de ellos tres disparó? Máximo contestaba a todo que no sabía nada del asunto.

Durante varias semanas Vicente Burgada le visitó en la Modelo. Le animó a negar. «Si sueltas prenda, te has caído: no hay opción. O veinte años, o a la calle».

Máximo optaba por la calle, naturalmente.

La puerta de la cárcel estaba llena de mujeres con chiquillos y cestas de comida. Todas las semanas iba a verle la Cucharas. Se la tuvo que llamar al orden, porque se encalabraba y se enfurecía con los guardianes y armaba unos mítines sensacionales. «Dígale a la Cucharas que no chiste, ni aquí ni en ningún lado. Vamos a ver si le damos la vuelta al asunto», animaba, seguro como estaba de necesitar de la moral del muchacho para sacarle del mal trance.

El sumario del crimen de tranvías, que era urgente, fue ultimado con rapidez. En la fase intermedia no se fue tampoco con parsimonia.

El fiscal pidió dos penas de muerte, para el Roquete y Máximo, y veinte años y un día para Millás. No se pudo probar la culpabilidad del Rubio, que negó haber estado allí y a quien los dos chóferes, el del taxi y el otro, no reconocieron, de modo que el proceso se incoó contra los tres restantes, pese a lo cual se guardó al Rubio en la cárcel por maleante, y para que diera cuenta de ciertos antecedentes de los que constaban en la Dirección General. Calificados los delitos, se fijó la vista de la causa

para quince días más tarde, en la Audiencia.

Con el escaso tiempo de que disponía a partir de la calificación, Vicente Burgada preparó su defensa basándose: a) en negar la participación voluntaria de Máximo en el atentado; ignoraba lo que se iba a hacer con el coche en el momento de alquilarlo; pagó el viaje y fue sorprendido por los demás. b) Su temperamento esquivo, solitario y con delirios extravagantes le calificaba de inconsecuente mental, lo que le hacía más digno de un período de reformatorio o de tratamiento psiquiátrico que de la cárcel, a la que en último término podía ser enviado como encubridor, y siempre por razones de miedo insuperable, por temor a los demás. Pedía para su patrocinado la absolución, o el internamiento en un establecimiento benéfico.

El problema de todo este asunto era la Cucharas. No había forma de mantenerla en orden. Le abordaba por la calle, le atosigaba a todas horas, al punto que Burgada decidió elaborar determinadas zonas de su trabajo en un café solitario, lejos de su casa, en la que solo quedaban, con el *valet de chambre*, dos conejos que ella le había traído desde La Torrassa y que pululaban sueltos por la cocina. Pero Burgada, a quien el calvo de las lacras había encomendado la defensa de Máximo y del Rubio como consecuencia de la brillante actuación que tuvo en el proceso contra el Rebollo, necesitaba concentrarse para que su elocuencia tuviera el brillo convincente, las aristas dialécticas que el caso merecía. Su primer éxito lo obtuvo al conseguir que el Rubio no fuera procesado, cosa que tal como iban las cosas hubiera podido ocurrir. La cuestión de Máximo era espinosa, pero se sentía con fuerzas para obtener su absolución.

En la mañana de la vista de la causa, la sala estaba llena. La mitad de La Torrassa estaba allí, más otras gentes de muy distinta condición: periodistas, directivos y empleados de Tranvías, abogados y mujeres, muchas mujeres curiosas y amantes de la emoción y del escándalo público. Cuando entraron los procesados se sintió un rumor de expectación y de inquietud. No es lo mismo ver una fotografía en los periódicos que tener de hecho y vivos a unos hombres capaces de haber cometido el crimen, y con los arrestos de levantar un cadáver y trasladarlo hasta la puerta de las cocheras. Solo los pobladores de La Torrassa los miraban como algo suyo, propio, ajeno a los crímenes y a la sangre vertida. Para ellos no se trataba de juzgar un delito de sangre, sino de salvar a unos amigos. La Cucharas se levantó y le dijo a Máximo, mientras pasaba: «No te apures, que la justicia saldrá, a lo que sea justo. Yo creo en la verdad de esos señores», y volvió a sentarse, mientras el presidente daba unos golpes en demanda de orden:

—Advierto de una vez al público que el que no guarde orden saldrá a la calle, aparte de que se le aplique el rigor de la ley.

El tribunal se componía de cinco miembros, a causa de las dos penas de muerte solicitadas. Los compañeros de Burgada eran dos: uno para el Roquete, un hombre de pelo blanco y con gafas de concha, enjuto, nervioso, vehemente, especializado en esta clase de asuntos. Era la máxima figura jurídica con que contaba la FAI para casos

parecidos. Era un hombre entendido y muy hábil, el cual tenía esta vez serias dificultades y no creía poder salvar a su defendido, por la atonía con que este reaccionaba ante la situación. El Roquete no chistaba. Era incapaz de inventar, incapaz de contestar, incapaz de todo. Sin la boina, pelado al rape, hundidos los ojos en las cuencas, parecía indiferente a su contorno. Era un fatalista indomado, que creía que lo que tuviera que suceder sucedería. Por tanto, si tenían que acabar apretándole el gaznate, ¿a qué moverse?, se decía, pero muy para sus adentros.

El de Millás era un abogado muy joven, casi un niño. Andaba con una cartera llena de libros y de papeles, y de vez en cuando tomaba notas, a medida que el secretario leía el sumario. Tarea inútil ya, pero que denotaba su nerviosismo y su bisonñez.

Se abrió la vista. El secretario leyó el resumen de los hechos. Fue una lectura extensa, hecha con voz monótona, en la que se explicó todo lo que estaba comprobado hasta el abandono del cadáver frente a las cocheras. Al terminar, el presidente preguntó a los abogados si estaban conformes con la pena propuesta, a lo que estos contestaron negativamente.

La sala era rectangular, severa, ilustrada con frisos y alegorías desconchadas en lo alto, iluminada por unas claraboyas a lo largo de todo el panel, a la izquierda; los magistrados, al fondo, parecían dormir; del lado de las claraboyas estaba la mesa de los defensores y, a la derecha, el fiscal; frente a la mesa del tribunal, en primer término y en una mesilla, el secretario; a su izquierda, los tres acusados entre una pareja de guardias y a la derecha la mesa tras la que iban a deponer los testigos. Todo lo demás era el público, aquel público abigarrado que ahora parecía empezar a aburrirse y a perder interés por lo que se decía.

Las primeras pruebas periciales fueron farragosas. El forense, los peritos, los técnicos de la muerte respondieron como si lo que allí se debatía fuera una cuestión simplemente técnica en la que no estuviera implicada la vida de nadie.

Aquella sesión transcurrió en tales menesteres, y duró más de tres horas. Al día siguiente el espectáculo era aproximadamente el mismo, salvo que entre el público había más gente de La Torrassa y menos curiosos. A media mañana se inició la prueba testifical. El primero en testimoniar fue un alto empleado de la Compañía de Tranvías. Preguntado por el fiscal trazó la silueta del Millás, agitador y organizador de las huelgas de un par de años atrás; evocó las entrevistas que este encartado había tenido con el muerto. Se refirió a unas amenazas que escuchara de su boca para el caso de que las reivindicaciones de los obreros no fueran alcanzadas. «¿Qué fue lo que le dijo?», inquiría el fiscal, un hombre moreno y vehemente, un poco teatral, al viejo estilo. «No recuerdo exactamente, pero algo así como: Acabarás en la puerta; pero no de pie, sino tumbado. Sí, eso es lo que le dijo». El fiscal preguntaba: «¿Fue entonces cuando la víctima pronunció por tres veces la palabra: jamás?». «Sí, creo que fue entonces». El fiscal miró al Tribunal, luego se quitó las gafas, que solo llevaba para leer. «Bien. Por mi parte, basta». Los defensores no quisieron preguntar.

Únicamente Burgada inquirió: «¿Conoció usted en estas circunstancias al procesado Máximo García Expósito?». El testigo miró a Máximo: «No, jamás lo he visto antes de ahora». Y Burgada dio las gracias.

Pasó a testificar uno de los elementos básicos del proceso: el chófer del taxi que tomó Máximo en Sans, para que lo llevara al otro extremo de Barcelona. La gente de La Torrassa se inquietó, se zarandó en sus asientos. Comprendía muy bien que la vista entraba en su fase más espectacular y decisiva.

Respondía al nombre de Gaspar Aymerich Cortada y habló resueltamente, lleno todavía, al parecer, de la irritación que le había producido la requisa de su coche por los malhechores. Relató los sucesos. Serían las seis y media de la mañana del día de autos cuando en la carretera de Sans, muy cerca del mercado, un individuo le despertó y poniéndose a su lado le amenazó con un cuchillo y le obligó a marchar hacia San Andrés. Contó con pormenores este viaje. Le hizo cruzar la vía, por allí «donde no era justo» que pasaran los coches y, ya al otro lado, otros tres individuos le zarandearon y le hicieron bajar, echándole a unos desmontes. El individuo en cuestión le dio cincuenta pesetas. Por lo demás, no le tocaron ni un céntimo, ni siquiera aludieron a si llevaba dinero o no. Al cabo de cinco horas el coche fue encontrado, abandonado, por la policía; estaba hecho una porquería, con abundantes manchas de sangre en el interior.

—¿Quién era el sujeto que le alquiló el taxi?

—Ese joven —contestó, señalando a Máximo.

Pasó a interrogarle la defensa. Burgada se encaró con él:

—¿Dice usted que estaba dormido cuando el procesado le amenazó?

—Sí, señor.

—¿Muy dormido?

—Bueno, dormitaba.

—¿Cómo era el cuchillo que tenía el procesado en sus manos?

—Era... me parece... claro, no me fijé con detalle en este asunto. Yo solo vi una navaja grande.

—¿En qué quedamos?, ¿era un cuchillo o una navaja?

—Era, creo, una navaja...

—Bien. ¿Qué le dijo cuando le pagó el viaje?

—«¿No ves a lo que vamos? Toma, diez duros y el coche para ti, pero luego».

—¿Es seguro que fueron esas sus palabras?

—Bueno, aproximadamente fueran esas.

—Dígame con exactitud lo que le dijo al hablar de sus hijos.

—No me acuerdo.

—Bien, no se acuerda... Nada más —dijo.

Pasaron a interrogarle los otros defensores. El del pelo blanco, la eminencia jurídica, le hizo cuatro o cinco preguntas relativas a la actitud del Millás. ¿Le amenazó, le forzó? «Simplemente, me puso la mano en la boca y me dio un

empellón».

—Vamos a ver, ¿cómo lo hizo? —y miró irónicamente a aquel testigo que intentaba remedar él solo una actitud violenta, sin conseguirlo.

—Si le tenía la boca tapada con las dos manos, ¿cómo pudo empujarle a la vez?

—No lo sé, pero lo hizo.

El abogado más joven le preguntó por la actitud del Roquete. La verdad, no se había fijado mucho en él.

—Dice usted que había un cuarto hombre. ¿Cómo era?

No recordaba muy bien. Le parecía que era más joven y moreno.

—¿Le parece o está seguro de ello?

—No lo podría precisar. Quizá, si lo viera, lo recordaría.

—Claro, claro...

Se levantó inseguro, con otro talante del que llevaba al entrar. El presidente hizo que pasara el segundo testigo. Era el chófer de don Felipe Roca y Trullols. Hombre joven, alto, delgado, inquieto. Entró y tomó asiento con cara de preocupado. El presidente le ordenó que se levantara y que contestara a las preguntas del fiscal. Este le hizo relatar con todo detalle lo que había ocurrido en los tres minutos que durara el ataque de los pistoleros. La manera inesperada con que el taxi dobló, su incertidumbre y su frenazo, la aparición de ellos y los disparos. «Sí, me hicieron echarme de bruces contra el suelo y apenas vi nada».

—Pero usted vio quién salía del coche.

—Sí, claro que sí.

—¿Quiénes eran?

—Yo creo que fueron todos menos el chófer. O quizá solo dos.

—¿Qué dos?

—Bueno, yo... no sé muy bien.

—Ha jurado decir la verdad.

—En realidad, vi que uno de ellos disparaba.

—¿Cuál de ellos?

El testigo miraba a los acusados y luego al presidente, pero no quería hablar.

—En su declaración, que voy a leer, dice usted claramente que dispararon dos: Clemente García Padrón, alias «Roquete» y Máximo García Expósito. ¿Por qué intenta ocultarlo ahora?

Hubo un silencio.

—Aquí estamos para esclarecer unos hechos y servir a la justicia. Diga usted la verdad: ¿quién disparó?

—Bueno, quizás el que se fue, que no está aquí... O también el «Roquete»...

—No dice usted verdad. Dispararon por lo menos «Roquete» y Máximo, y ahí los tiene usted, con las mismas caras, inolvidables. Porque lo que pasa en esos momentos, contra lo que usted dice, se recuerda luego muy bien. ¿Quién disparó?

—Sí, sí, el Roquete.

—Y el otro, el otro también —añadió el fiscal por su cuenta.

—Mentira —chilló una voz de mujer desde el público. Hubo unos instantes de balanceo: los testigos y el público volvieron la vista hacia atrás. Era la Cucharas, quien gritaba: «Es falso. Mi Máximo no disparó. Con el cuchillo, lo que quieran, pero no a tiros...».

Los alguaciles y la policía la tenían ya agarrada. El presidente hizo un signo que significaba: fuera.

Tardó unos minutos en apaciguarse la sala. La Cucharas fue arrastrada, más que llevada, al exterior. Desde allí se la oía gritar todavía, hasta que se perdió el eco de sus voces.

—Siga, siga —ordenó el presidente.

—Francamente, no creo que fuera este. Me parece que no le vi disparar.

—¿Por qué declaró usted lo contrario a la policía?

—Quizás estuviera... confundido. En todo caso no lo hice así al principio. Luego, con las preguntas que me hicieron, claro... me embarullé.

—Es usted ya mayor de edad, señor testigo. Usted fue el único espectador del momento decisivo en que don Felipe Roca Trullols fue asesinado. De los cuatro presuntos asesinos, tres están aquí. Pretende favorecerles, pero les está complicando la vida...

El abogado del pelo blanco se levantó como una flecha.

—Protesto, señor presidente.

—Acepto la protesta. Limítese a su función.

—Se trata de establecer los matices de la responsabilidad. ¿Quién disparó?

Tardó unos instantes en contestar.

—Roquete.

—¿Y quién más?

Miró a los acusados, que no respiraban. Se volvió al fiscal.

—Nadie más.

A pesar del giro que tomaban las cosas, el fiscal no quiso modificar sus conclusiones respecto a Máximo; Burgada no las modificó tampoco. El momento de mayor interés de la vista fue aquel en que Burgada interrogó a su defendido. Le había advertido previamente que, salvo aceptar su participación consciente en los hechos, era libre de decir lo que se le antojara. Así, pues, el diálogo fue de este tenor:

—¿Por qué tomó usted el taxi en la mañana de autos?

—Se me vino de pronto a la cabeza la idea de ir a buscar caracoles.

—¿Por qué fue usted a San Andrés?

—Para que ellos fueran conmigo a buscar caracoles.

—¿Le dijeron ellos a lo que iban?

—No. Yo creí que a lo que íbamos era a buscar caracoles.

Cada una de esas respuestas era coreada por las risas del público. La gente de La Torrassa empezaba a olvidar la gravedad del asunto.

El fiscal le interrogó.

—Dice que salió con la intención de ir a buscar caracoles. Estábamos a mitad del mes de mayo y hacía mes y medio que no llovía en Barcelona. Por consiguiente, no había caracoles.

Máximo se quedó unos instantes silencioso y serio. Pero la sonrisa, aquella sonrisa desvergonzada y provocadora que ponía cuando la cosa le divertía, volvió a colgar de sus labios.

—Yo iba a buscar caracoles. Lo que hicieran los caracoles no era cuestión mía.

Esta vez fue el delirio de los bancos del público. El presidente llamó al orden.

Los defensores hicieron un informe encendido y singularizado. El defensor de Millás trazó una semblanza de su defendido que era como para elevarle un monumento. Amedrentó, subrayó los matices ideológicos de su desinteresada lucha por la sociedad. «La justicia está por encima de cualquier consideración de clase». El joven defensor de Roquete no estuvo muy feliz. Incapaz de poder demostrar la inacción de su defendido, que era el único confeso de haber disparado contra la víctima, se perdió en jurisprudencias y fue farragoso y poco convincente. En cambio, Burgada trazó los perfiles de Máximo de manera que los jueces tuvieran la impresión de estar ante un muchacho atolondrado, un desplazado social sin mala intención, sometido a las leyes destructoras de una sociedad hostil, a la cual correspondía ahora limpiar su culpa ayudando a enderezar esa rama noble, pero torcida. Negó totalmente la intencionalidad de la culpa y pidió clemencia para su defendido.

La causa quedó vista para sentencia. Y a los dos días esta era dictada: se condenaba a muerte al Roquete. Y para el Máximo y el Millás, respectivamente, veinte años y doce años de reclusión mayor. El Tribunal no estaba para historias ni se había dejado convencer. El peso del crimen gravitaba en el aire.

XV

SE APROXIMABA LA NAVIDAD. Las tiendas empezaban a colocar sus primeras estrellas de latón en los escaparates y empezaban a lucir las bombillas de colores en el ambiente húmedo de la noche. La vida de la ciudad quedaba al margen de lo que ocurriera en la Audiencia. La sentencia no produjo la menor impresión en los círculos ciudadanos, demasiado obcecados en la vida corriente. Al leer la condena del Roquete, en las tertulias y en los cafés algunos pensaban: uno menos. Otros, ni eso. Únicamente en determinados círculos de periodistas y políticos se daba a estos lances el valor que tenían; pero cuando Rafael Mas peroraba en la tertulia del Ateneo, la mayoría le consideraban un frenético o un loco. «Ese Mas es un insensato, que nos quiere atemorizar. Acabará con una apoplejía». La gente no estaba para esos oráculos. Pensaba que el Gobierno acertaría a trampear la situación, y en realidad eso es lo que hacía, hasta que las circunstancias permitieran el retorno «a la senda constitucional». Luego la gente se iba tranquilamente al cine o se entusiasmaba con los partidos de fútbol.

Bajo el cierzo helado de los primeros días de diciembre, a las seis de la madrugada el Roquete fue llevado al patio de la Cárcel Modelo, enfundado en un saco que le tapaba la cabeza, y fue agarrotado. No dijo una palabra. Miraba a sus verdugos con un aire de odio sordo y de desprecio. No pensaba en nada, sino que así era la suerte. Ni siquiera pensaba en la utilidad o en la inutilidad de su muerte. Era como si se muriera otro, uno cualquiera de ellos. Total, ¿para qué? Bajo la envoltura que le cubría la cabeza se vio brillar ferozmente sus negros ojos en un relámpago fugaz, y luego el tono mate que les daba la muerte, una muerte sórdida y sin perdón. Le quitaron el siniestro caperuzón y apareció su cara, que parecía que sonriera, con la mitad de la lengua fuera de la boca y el dibujo de un estertor interrumpido bruscamente.

Desde su celda, en la que había quedado solo, escuchaba Máximo los ruidos de la máquina siniestra y los rumores y ecos de la operación. Cuando sintió que todo quedaba de nuevo en silencio, le invadió un frío inmenso, una soledad terrible. Hay una distancia total y absoluta entre el ser y el no ser. Recordaba la facha del Roquete, siempre silencioso. Era un hombre hecho y derecho, con los bemoles en su lugar, y le habían despachado limpiamente. Del Roquete, nada ya... Era valiente y arrojado, como pocos. Si le hubiera tocado a él, al propio Máximo, hubiera sentido que todo le temblaba. Al pensar eso le entraron unas ganas terribles de llorar, pero no le salía el llanto.

Por el ventanuco, en lo más alto de la celda, se filtraba la escasa luz del amanecer. Sería un amanecer lívido e impuro, un día más de los muchos que tendría que pasar encerrado, apartado como una fiera, lejos de lo que era su propia vida. Se sintió

cohibido y destrozado. Y aún habría que soportar otro tribunal y otro juicio y sentirse insultado y oprimido, vejado y maltrecho. Y más años de cárcel, muchos más. ¡No hacía todavía dos años, ni año y medio, que había saltado al ruedo, con el ansia de ser matador de toros! ¡Lo que tiene la vida!

Pero el día amanecía para todos y desveló a Desiderio, quien debía ir a cumplir en el juzgado con ciertas diligencias del proceso de su separación conyugal. También a Desiderio la jornada le angustiaba, sin saber por qué. Si estaban resueltos a separarse, y de hecho ya lo estaban, ¿a qué venían las formalizaciones, las declaraciones jurídicas, el papel de barba, la firma de algo tan difícil de determinar en unos considerandos? Le horrorizaba la idea de dar luz pública a un conflicto inexplicable, que derivaba de matices del espíritu, de incompatibilidades recónditas y abstrusas de precisar aun para ellos mismos.

Hizo su declaración como un autómatas, sin dar a sus palabras el menor contenido pasional, simplemente como el relato de un hecho. Pero al salir del juzgado, en el pasillo se cruzó con Crista, que aguardaba para declarar a su vez. Estuvieron unos instantes, muy breves, uno frente al otro, encarados, sin saber cómo reaccionar. Era curioso que ni uno ni otro sintieran entonces que estaban separados; la inclinación de Desiderio fue, en un instante, acercarse a ella y saludarla, como siempre: «¿Qué tal, Crista, qué hay de nuevo?». Y la vio pálida y un poco desgastada, con ese aire que tienen las mujeres cuando las han despabilado demasiado pronto, con una lluvia de sueño y de cansancio que le resbalaba sobre el rostro. Ella, no obstante, volvió entonces la cara y él se fue, con la sensación de estar jugando el papel en una comedia absurda, sin trabazón.

Cada cual tiene su propio problema y resulta incómodo observar que las cosas de la ciudad siguen su marcha; que las gentes, los vehículos y las luces de la ciudad funcionan con indiferencia a cualquier suceso individual; que nacen y mueren los seres con total sumisión a la ley inmutable; que los escaparates se llenan de fulgores y que la lluvia empaña los cristales y brilla el sol sobre ellos y cruzan las nubes por el cielo con una absoluta inanidad.

A raíz de ese encuentro y a medida que se aproximaban las fiestas, el ánimo de Desiderio se iba desconcertando y abrumando más. Hubiera deseado encontrarse de nuevo con el séquito de días inocuos, en esas latitudes del calendario que no afectan a la intimidad. Pero el espectáculo de las familias que discurrían por la calle, que entraban en los comercios y la misma luz de la ciudad, llena de músicas tenues y de alusiones al hogar, le causaban una extraña desazón. Si hubiese sentido una vocación viajera, se hubiera ido a cualquier lado, a París o a Roma, a zambullir su desconcierto y su inquietud en los paisajes forasteros, en la luz de otras tiendas y de otros meridianos. Ni siquiera la compañía de las gentes que se acercaban al hotel al anochecer le distraía de esa desesperanza, que no tenía otra conclusión que el *whisky* y un sueño superficial y agitado.

Cuando Nicolás Borredá recibía en el penal la correspondencia y los periódicos, quien se los llevaba era uno de los funcionarios más distinguidos del penal, el cual, antes de marcharse, cruzaba con él unas palabras amistosas; y cuando se iba inclinaba con respeto la cabeza, como en señal de adhesión. Y es que habían ocurrido en España muchas cosas. Los escándalos se habían sucedido, uno tras otro, entre los bastidores del Gobierno, y habían sido aprovechados sabiamente por la oposición. El desprestigio del Gobierno, o de los Gobiernos, era absoluto. Las salpicaduras de los de las filtraciones y de los contubernios administrativos llenaban innumerables carpetas en la Cámara. Y Nicolás Borredá leyó un día, con orgullo, con satisfacción, que por fin el presidente de la República había decidido llamar a un jefe híbrido, Portela Valladares, a la jefatura del Gobierno. Comentó entonces, en el patio del penal, con sus compañeros:

«Esto está acabándose. Han llamado al enterrador».

—Es absurdo el juego de prestidigitación que preparan —peroraba—. Tanto él como el presidente quieren escamotear de tal modo las realidades, que queden borradas en España, de una vez, derechas e izquierdas; como en uno de los juegos malabares de los tiempos de Romero Robledo.

Los reclusos leían a corro los acontecimientos.

—Apenas se ha arremangado un poco los puños para empezar el juego, se le ha caído de las manos la varita mágica, ¿lo veis? —dijo Borredá—. Y ahora no tiene más recurso que ir a las elecciones y pronto, antes de que se le dispare el país.

Uno de los cuartos de la cárcel se llenó de regalos enviados de todas las partes de España: cestas, turrón y vinos de marca, paquetes de libros, cajas de habanos, la más diversa gama de presentes de todas clases y procedencias. «No tendremos tiempo de terminarlos —aventuró Borredá, observándolos—. Lo mejor será que los repartan entre todos, nosotros y los demás. Y que les aproveche».

En ese día se había firmado el decreto convocando a elecciones generales. Parecía que, extramuros, se oyera desde el penal el clamor popular. Y este clamor cristalizó en el papel que instituía un Frente Popular, compromiso firmado por socialistas, comunistas, anarquistas e izquierdas burguesas. Uno de los supuestos del pacto era la amnistía para todos los delitos político- sociales, aunque no hubiesen estado considerados como tales por los tribunales de excepción; otros eran la revisión de la ley de vagos; reposición de empleados y funcionarios y readmisión de obreros despedidos.

—Este plan conducirá a la implantación pura y simple del comunismo libertario —tronaba Rafael Mas en la «caverna».

—Pero los partidos republicanos han opuesto ya algunas reservas —arguyó Narciso Guimerans, siempre moderado—. Véalas: «Se declara en todo vigor el principio de autoridad, pero se compromete su ejercicio sin mengua de las razones de libertad y justicia».

—Reservas como estas han sido acogidas en todos los pactos de este estilo que

hemos visto hasta ahora y no han constituido, en país alguno, motivo de ruptura —reincidía Mas—. El nervio de esta táctica es el desbordamiento de los aliados del comunismo: socialistas e izquierda burguesa.

Pero los atronadores alegatos de Rafael Mas no trascendían, naturalmente, a la calle, en la cual la convocatoria electoral llenaba de esperanza a millares de personas, sobre todo a las incautas, que creyeron que ello era un juego inherente a la democracia republicana. Nada más.

A la convocatoria de elecciones siguió inmediatamente una febril actividad en los centros políticos, en las redacciones, en los Ateneos. Se diría que la situación creada año y pico atrás por el levantamiento de octubre había resultado más azorante para el Gobierno que para los sublevados. De cara a las urnas, la sublevación había sido un enorme cartel de propaganda, porque ahora era posible presentar a los autores de la sublevación como adalides y como mártires a la vez. Pero las derechas no se daban cuenta más que a medias de la importancia moral de este hecho. Todo lo contrario: confiaban en un valor que frecuentemente no tiene vigencia política, a saber: el buen sentido de la llamada «gente de orden». A la convocatoria de las elecciones los dos bandos quedaron perfectamente perfilados. Por un lado, esa gente de orden, con los apoyos consustanciales a ella: las finanzas, la Iglesia, la clase media. Del otro, las izquierdas burguesas y las fuerzas sociales. Esos dos bandos eran la perpetuación clásica de la política desde la mitad del siglo pasado y aun antes: progresistas y moderados. Únicamente quedaba por dilucidar si las masas sindicalistas irían a votar o se abstendrían. Antes de elaborar las candidaturas hubo contactos y flirteos, conversaciones, presiones, escarceos de todo orden. No había zonas intermedias. El campo, la ciudad empujaban; el orden público se mantenía difícilmente. No hubo matices. De un lado se formó un bloque que conciliaba al viejo republicano Lerroux, campeón en su día de la subversión oficial y anticatalana, con el financiero Cambó, regionalista y conservador, partidario de una democracia a la inglesa y rociado por los efluvios del clasicismo helénico. Del otro, las izquierdas catalanistas se aliaban con el obrerismo y con sus votos posibles, todos de importación. Unos y otros estaban resueltos a la victoria y convencidos de ella.

Ante el trato que recibía en el penal, Nicolás Borredá no podía dejar de sonreírse cada vez que leía en la prensa párrafos de los discursos electorales en que los oradores hablaban de la «tortura» a que eran sometidos los «héroes de la jornada augural» del seis de octubre. Confiaban todos ellos que eran ya pocas las semanas que les quedaban de prisión. Compulsando, por informes privados y por la prensa, la huera jactancia de las derechas y el designio implacable de los propagandistas de izquierdas, no había lugar a dudas. En el corro, leyó en voz alta un párrafo del diario Avance, de Oviedo, que era terminante:

«El proletariado asturiano se alzó en octubre de 1934 para derribar, en unión de sus hermanos de clase de toda España, al Gobierno capitalista y sustituirle por el poder de los trabajadores. No para sustituir un Gobierno republicano por otro

Gobierno republicano. Hubo error en el cálculo; pero con haber abortado el seis de octubre en su fin último, tal es su hondura social que de él se nutre hoy la vida civil de España».

Borredá miró en silencio a sus compañeros, sentados en redondel en el patio del penal. Había algunos, como Mestres, que palidecieron al instante. Otros, en cambio, pensaron: «Ya era hora de que se dijera eso».

—¿Lo veis? —clamaba, en cambio, Rafael Mas en el Ateneo—. Aquello no fue una parodia, fue un ensayo general. Y lo peor de todo es la seguridad que las derechas tienen de que la victoria está asegurada. Si podemos detener esa oleada, que será sangrienta, será un milagro de Dios.

Desiderio pasó las fiestas con una botella de *whisky* junto a él. El día de Navidad fue a comer a casa de su padre. Comieron como en los tiempos de su infancia, uno frente a otro. Josefina entró la sopera humeante, con el caldo grasiento y pletórico, que le recordó a Desiderio los días de sus vacaciones infantiles, la premonición de la fiesta de los Reyes y el conjunto de leyendas e ilusiones de otra hora. Todo seguía igual que entonces en aquel hogar solitario, organizado alrededor de la vida de un hombre. Y no llegaba a concebir entonces cómo su padre había podido vivir solo durante tanto tiempo. «Por una razón —se dijo—. Por una simple y pura razón: el trabajo». Sintió que eso era poco para compensar tanta soledad.

El chico se había quedado en Suiza, donde su madre había ido a pasar con él la etapa de las fiestas. Sabía que, esta vez, por lo menos, había hecho la excursión solo en compañía de Cecilia Pons. Y en aquellos días se le hacía a él, en cambio, más viva y más urgente la imagen de su último amor: de Blanquita Maravall, diluida en las brumas de la ciudad.

El último día del año llamó a casa de Blanquita. Lo hizo a última hora de la tarde, y estaba indeciso e inquieto en los segundos en que ella tardó en ponerse al otro lado del aparato. Sintió una turbación al escuchar su voz, esa voz quebradiza y fina, que tenía un dejo andaluz especial, un ceceo imperceptible, pero peculiar. Quería saludarla únicamente para felicitarle el año nuevo.

Ella le contestó con viveza, alegremente, cordialmente, pero advirtió una vez más a través del tono y de las palabras que no quedaba en ella un rescoldo vivo de su afecto de antaño. Estuvieron charlando largo rato. La vida de ella transcurría en el trabajo. Pensaba, quizá más adelante, marchar a París para perfeccionar sus estudios de enfermera y practicar allí. Iba a preguntarle si iría sola, pero solo se atrevió a insinuar:

—Me gustaría estar contigo allí.

Ella no contestó directamente a esta propuesta. Se limitó a decir:

—Ya no tengo tiempo para pensar en mí.

Cuando colgó el teléfono Desiderio se encontró nuevamente solo. Esta sensación

se hizo tan viva en los días siguientes, que estuvo a punto de llamar a Crista. Estuvo a punto de hacerlo, pero vio al lado de la mesilla la botella de *whisky* y se puso a beber.

Otra vez, el día de Reyes, fue a casa de su padre. Le llevó un regalo, una espléndida cartera de piel con sus iniciales en oro. El viejo la miró complacido, hasta emocionado.

—Yo creo que es la primera vez en mi vida que me hacen regalo de Reyes los demás. Te lo agradezco mucho.

Después, don Joaquín, casi sin transición, abordó otro tema.

—¿Cómo tienes tu asunto?

—¿Qué asunto?

—Me refiero a tu mujer.

Desiderio tardó en contestar.

—Hemos estado en el juzgado; la cosa sigue adelante. Don Joaquín se volvió, se fue hasta la mesa de su despacho, abrió un cajoncillo, sacó de él una carta.

—Me ha escrito tu suegra, para felicitar me. Tiene un párrafo en su carta que te voy a leer.

Y empezó a hacerlo: «Estoy convencida de que mi hija se arrepiente de no haber dado un paso para deshacer de una vez esta horrible situación. Sufren los dos, simplemente porque no se atreven a olvidar un pasado estúpido. También yo me arrepiento de muchas cosas y estoy dispuesta a repararlas. ¡Si pudiéramos ayudarlos a empezar!

—Es inútil, padre. Que deje mi suegra de ser astuta; eso, lo primero. Después...

—¿Qué, después? —inquirió don Joaquín, observándole.

—Después, quizá las cosas pudieran llegar a olvidarse, por lo menos para guardar las apariencias...

Pero salió de aquella casa con el mal sabor de boca de haber empezado a transigir. Cuando se encontró de nuevo solo en el hotel, echó mano del *whisky* y volvió a beber. No; era imposible arreglar aquello. Bien estaba como estaba. Al fin y al cabo, ya habían pasado las fiestas, aquellas horribles, abominables fiestas de hogar, rutina de los siglos, destinadas a perpetuar la memez burguesa en una sociedad desequilibrada.

En la fecha de la convocatoria de las elecciones Miguel Llobet era crítico teatral de un diario nocturno, en apariencia independiente, pero en realidad al servicio del partido de Cambó. Pero al producirse los primeros actos de propaganda de la candidatura electoral de las derechas, junto a la labor crítica y de cariz literario, tuvo que lanzarse a la calle para hacer información política de la campaña electoral. Ya no podía acercarse al camerino de Margarita Xirgu, como solía, más que cuando había entregado en la redacción la reseña de los discursos de cualquier mitin en los suburbios o en los distritos, en el que los oradores, de muy distinto talento y elocuencia, venían casi todos a decir lo mismo.

Lo curioso es que tanto derechas como izquierdas utilizaran por base de su campaña electoral el mismo tema: el seis de octubre. Para unos, fecha gloriosa que ideológicamente se enlazaba con el conjunto de derrotas históricas y heroicas de la catalanidad, desde el 11 de septiembre del duque de Berwick y de Rafael de Casanova, hasta el bombardeo de Barcelona de Espartero o la Campana de Gracia. Para los otros, la fecha era una palmaria muestra de incapacidad, del sectarismo, de la locura de unos improvisados. Así, todo dependía no ya de unas ideas sobre la manera de gobernar al país en el futuro, sino de la condición temperamental con que fueran capaces de enjuiciar la intentona cada uno de los elementos que iban a votar. No eran unas elecciones, sino un plebiscito biológico sobre un suceso. Para los sublevados de aquella ocasión, lo que llamaríamos la estética publicitaria estaba garantizada por la efigie seductora de un anciano de noble faz que había muerto sin tiempo de asistir a tanto descalabro: Francisco Maciá, que miraba desde el cartel a la calle con ojos bondadosos, sin doblez.

Pero en la calle acrecía la temeraria lucha, sin transgredir los términos liberales y coloquiales. Los centros de los distritos eran hervidero de noticias, y, sobre todo, colmena de estadísticas y de papel fichado. Miguel Llobet recorría Barcelona entera, de Sans a Santa Coloma, y compulsaba el hervor de la batalla electoral que se preparaba. Unos y otros contaban con la victoria. Él mismo, dejándose llevar de los entusiasmos de Rafael Mas, estaba seguro de que la lección del 6 de octubre que él había recibido no dejaría de pesar igualmente en el ánimo de los demás. Entrevistó un día a Matías Palá, candidato por la Lliga quien por primera vez intervenía en política.

—Son precisos hombres nuevos, y aquí estoy —dijo, en síntesis—. Si en España hay que gobernar, lo haremos salvando la democracia auténtica, que no es clasista, sino de todos.

Respecto al 6 de octubre:

—¡Qué insensatez! Se levanta un buen día un caballero y arroja por el balcón los atributos del poder. Era el momento de dar al resto de España una sensación de ejemplaridad, de sensatez, y se hace todo lo contrario. ¿Ha visto usted nunca en la Historia que un Gobierno se subleve, en cierto modo, contra sí mismo? Porque hasta el presente que yo sepa, el Gobierno autónomo era una pieza integrante del Gobierno nacional. ¿Es o no es?

Respecto al problema general de tipo social:

—Mire usted en Oviedo, en cambio. Aquello era, y sigue siendo, peligroso y serio. Quemaron la Universidad y su biblioteca, el Palacio del Obispo y muchas iglesias, se llevaron una fortuna del Banco de España. Es decir: hicieron pura y sencillamente la revolución social, implantaron una especie de ensayo general del comunismo. Y yo le digo que si el cuerpo electoral no tiene en cuenta lo que aquello tuvo de ensayo general, si la lección no la recogen los que van a votar, estamos en vísperas de una catástrofe.

Después de dejar su información en la imprenta del periódico, tanto si se trataba

de una crítica teatral como de un original sobre la campaña, Miguel Llobet se iba al teatro Principal, donde seguía actuando la compañía de Margarita Xirgu. En el camerino de Margarita se reunía la tertulia de sus adictos, de la cual ella era centro y luz, que irradiaba con sus idas y vueltas de estrella fugaz del escenario a los bastidores.

A media tarde, cierto día de mediados de enero, sorprendió a Desiderio una llamada desde el *hall*. La llamada era de Irene Salvat. Le pidió hablar con él reservadamente.

Desiderio le ofreció bajar en seguida para hacerlo en un rincón de la gran sala de recepción. Irene le sugirió que podrían encontrarse más tarde, poco antes de cenar.

—Me gustaría no mezclarme en las tertulias —opuso él.

—No importa. En cualquier otro lado.

—¿Quieres cenar conmigo? Eso sería lo mejor.

—Sí. Tal vez llegue un poco tarde. A las diez.

—¿En el «Glacier», por ejemplo?

Quedaron de acuerdo.

En realidad, Irene debía emplear las cuatro horas que faltaban en cierta *demarche* importante que acababa de serle confiada. Cuando colgó el teléfono tomó un taxi en la esquina y se hizo llevar lejos, muy lejos, allí donde la ciudad se mezcla a los desmontes y desciende en dispersos barracones hacia los barrancos. Su cita esta vez era en Santa Coloma, al borde de las aguas malolientes del Besós, con los elementos de la Específica.

Cuando llegó a cenar, aquel burgués fino y cinematográfico se puso en pie, le dio la mano y le ofreció sentarse frente a él, en una mesita del «Glacier», bajo los paneles «fin de siglo» de Grau- Sala. Estaba frente a un martini y pidió otro para ella, que llegaba con el pelo de muchacho revuelto en las sienes y con los zapatos polvorientos, la chaqueta de hombre sin abrochar. No obstante, no estaba fatigada. Empezó a hablar ella misma.

—Perdona que te haya molestado, pero Nicolás tenía interés en cierta cosa que voy a exponerte.

Desiderio entonces se interesó por Borredá, de quien ya era lógico tuviera noticias por la prensa. No era eso: quería saber cómo se sentía de ánimos.

—Para los hombres como él el ánimo es siempre el mismo. Aquel martini supo bien a Desiderio. Se hallaba aislado de todo y de todos desde hacía unas semanas y su contacto con el mundo a través de Irene le servía de trampolín moral, en un momento de sensaciones decaídas y de enervamientos solitarios. Se sentía volver con pasos muy pausados a la realidad.

Pero le confundía y extrañaba la agitación febril de aquella muchacha, cuyos minutos eran precisos y contados, impulsiva y frenética.

Encargó una cena breve, según elección de ella.

Antes de empezar a comer, ella abordó la cuestión.

—Recibí anteayer un recado de Borredá para que hablara contigo. Tú conoces la situación. Sin lugar a dudas, ¿comprendes?, sin ningún lugar a dudas —insistió— la lucha electoral será decisiva y habrá una colosal victoria de los nuestros.

—¿Los nuestros?

—Las izquierdas —puntualizó Irene—. La masa obrera votará en bloque, como en el 12 de abril. Eso significa la amnistía, la justificación del 6 de octubre y la puesta en marcha de la República en un sentido verdaderamente democrático. El fascismo y ese clérigo de Salamanca, los monárquicos y los careas quedarán barridos para siempre. Faltan solo unas semanas. No hay opción. Borredá se encuentra en un momento determinante de su vida política, y todos nosotros también. Necesita dinero. Necesita un poco de dinero, solo un poco, para la continuidad de su periódico hasta entonces. Se trata solo de un préstamo, a un mes vista, qué sé yo.

—¿Cuánto? —preguntó Desiderio, ya a medias arrastrado por la parla convincente de su comensal.

—Necesita cincuenta mil duros, con las garantías que podrá darte. Pero los necesita urgentemente. Mañana.

Desiderio recapitó. No era fácil. Y luego... si él no era capaz de resolver sus propios asuntos, ¿a qué se iba a meter en los de los demás?

—Es mucho dinero, aun para mí, para tenerlo en veinticuatro horas.

—Se trata de algo vital, decisivo para él y para... para todo.

Hizo sus cálculos, callando unos instantes. Repasó mentalmente la lista de sus paquetes de acciones al portador: unas ochocientas mil pesetas.

Irene esperaba ansiosamente, observándole.

—No mañana, pero pasado podrás tener esos cincuenta mil duros.

Irene ensanchó el tórax.

—No es que los exija. Podría tenerlos con una gestión normal, quizá por sus propios medios, si estuviera libre. Pero interesa que nadie pueda enterarse de que él necesita dinero. No puedo entrar en más detalles, pero créeme que la cosa es así.

Durante la cena hablaron de las elecciones, del teatro de Lorca, y al final, ella dijo:

—¿Cómo es que vives ahora en el hotel?

—Me he separado de mi mujer —contestó él con naturalidad. Ella calló.

—¿Se vive mejor solo? —preguntó al fin.

—No. No se vive mejor.

Después, ya terminada la cena, pasearon unos instantes juntos por la Plaza Real, bajo los porches. Aquel lugar sugería siempre a Desiderio el recuerdo de Jeannine. Y el portal preciso donde ella viviera seguía igual. Imaginaba el contraluz que hacía casi veinte años atrás una cristalera de vidrios multicolores sobre la faz de la francesa y el modo como se besaban, impacientes, en los rellanos.

—¿Cómo quedamos? Habrá que firmar unos papeles. Tengo poderes de él.

—Pasado mañana por la tarde, vente al hotel, a las seis. Todo estará resuelto.

—De acuerdo.

—Te acompañaré hasta un taxi. ¿O quieres que te lleve?

—No, no. Tengo que pasar por la redacción. Prefiero ir a pie. Adiós —y tendió su mano, larga y blanca, levemente tibia.

Los quince días que siguieron fueron aturdidores en los centros y en las tertulias, en los cafés y, a medida que la fecha se aproximaba, en la calle. Como una tensión a la que se va pulsando progresivamente con mayor fuerza, el candente episodio se iba acercando al rojo vivo. Según los datos que publicaban las derechas, la victoria no podía fallarles. La masa sensata del país —ese espectro o ese fantasma que es consecuencia de los paseos dominicales, de la apariencia bonancible de los ciudadanos en su conjunto cuando van a la procesión— abominaba de los excesos y por tanto daría su voto, masivamente, a los candidatos del orden. Rafael Mas había publicado un artículo que causó sensación: «Yo he descorchado ya el champán de la victoria», venía a decir; con lo cual los periódicos de signo contrario tuvieron buen filón para sus caricaturas. Diseñaban a Rafael Mas y a Cambó en una imaginaria juerga de la *belle époque*, entre *cocottes* escuálidas, descorchando botellas de agua de Carabaña. Pero el instante clave de la campaña iba a ser el mitin, moderado, riguroso, señorial, en que el propio Cambó expresaría su pensamiento en lugar tan decimonónico como el Palacio de la Música.

La sala oropelada de pétreos y violentos hipogrifos, la wagneriana estructura y la cerámica naturalista iban a ser el ara de aquel sacrificio oral, inteligente pero inútil. Una gran porción de los asistentes al acto, tamizado por rigurosa invitación, iban para escuchar al orador. Pero otros, entre los cuales se encontraba, claro es, Evelina Torra, iban simplemente a que los vieran.

La figura enteca, de monje inconformista o de brujo meridional que tenía don Francisco Cambó, ejercía una fascinación inmediata sobre el auditorio. Su lógica era implacable, así como el fuego de sus ideas y la convicción con que las desarrollaba. El acto era la conclusión y la síntesis de todas las docenas y hasta centenares de actos oratorios similares que durante un mes habían tenido lugar en los distritos y en las comarcas, en los casinos de pueblo y en los centros regionalistas de la ciudad. La juventud del partido podía comprobar, al llegar a ese estadio, que estaba todavía muy lejos de alcanzar la vibración y la clarividencia del jefe; que faltaban muchas horas de navegación todavía para darle a la palabra ese matiz hiriente, esa seguridad y precisión que eran genial patrimonio de aquel hombre incisivo, preciso, seco, agrio a veces, dotado de un fenomenal entusiasmo y de un enardecimiento contra los pesimismos, fueran del calibre y la condición que fueran: sociales, porque la cuestión social siempre podría tener arreglo, pero amistoso; patrióticos, porque nuestra

hermana Castilla, la de los grandes héroes y los largos harapos, podría, siguiendo el ejemplo de Cataluña, convertirse un día en tierra próspera y enérgica; Cataluña solo se singularizaría por el trabajo y por el *seny*, con lo que ejemplificaría a España entera. Los ponderados hombres que escuchaban, las fuerzas vivas del país, sentían que interpretaban el fondo mismo de sus pensamientos, de sus anhelos y ambiciones. La voz de Cambó esbozaba con trazos vivos la revolución; sabía presentarla con los toques siniestros y dramáticos que había tenido en Rusia con el tinte sombrío de las matanzas, de los secuestros, de las dilapidaciones y escalos, de los asesinatos en masa, de los campos de deportados, de los incendios, de los saqueos, de los sacrilegios. La burguesía a sus plantas quedaba momentáneamente estremecida. A Evelina Torra le perlaban de sudor las interioridades, se le estremecían los cauchos, se le apagaba el fulgor de las falsas flores del sombrero. Una estruendosa ovación seguía a estos rápidos, realísimos croquis. Una ovación delirante en la que se mezclaba el entusiasmo a la admiración, demostraba la satisfacción por tener a un hombre como aquel, que en un país obcecado podría constituir casi un lujo impagable, con el consuelo de comprobar que los temores, los pánicos de cada cual no eran un fenómeno aislado y particular, sino una especie de conciencia colectiva, sabiamente, magistralmente interpretada por un hombre. Y cuando el orador, tras de citar cifras, tras de mostrar estadísticamente el descalabro ocasionado a Cataluña y a España entera por el Gobierno de las izquierdas, entró en el *adagio* solemne de la consigna electoral, en aquella sala de música presidida por el órgano enorme, la delirante ovación de la sala estalló como un ruidoso, unánime plebiscito de victoria. Ya no cabía dudar. La victoria estaba consumada. Muchos, en el propio bar de la sala, en la planta baja, mientras esperaban al orador para aplaudirle de nuevo cuando saliera a la calle, se anticiparon a descorchar la botella de la victoria, aquella botella tan ridiculizada, pero que, inexorablemente, alegremente, apuraría el país al término de tanta incertidumbre.

Algunas veces, después de la firma y entrega del préstamo, había subido directamente Irene a la habitación de Desiderio en el hotel, en lugar de aguardarle en el *hall*, y mientras él se arreglaba para salir con ella, se tomaba un *whisky* o terminaba un artículo en la Underwood portátil de Desiderio.

Aconteció en la noche de un sábado como algo usual, que, sin embargo, produjo en Desiderio la impresión de que aquel suceso entraba en la línea de su vida de modo distinto, tal vez más normal y más simple que cualquiera de todas sus experiencias anteriores, y desde luego sin ninguno de sus lastres. Al amanecer, en el letargo despejado que a veces aglomera en un instante en la memoria acontecimientos distintos, como distintas cartas de una baraja que ligan de pronto la escalera real o el póquer de ases, comprendió a la vez la importancia y la futilidad del encuentro así advenido, sin precaución, sin gravedad, sin otro lastre que el del hecho en sí. Ella dormía, ya

desplazada, y sin arraigo, suelta y confiada; sin reticencia y sin olvido. «El hombre y la mujer se necesitan, pero poco rato», recordaba que le había oído decir a ella en otra ocasión. No habían hablado de amor, ni siquiera habían aludido a ello. Simplemente, ahora estaban juntos en la noche.

«Iré al hotel contigo —dijo ella—, porque esta noche no tengo sueño». Y pulsó ella misma el botón del ascensor nocturno, sin testigos, se quitó la chaqueta, apareció en su faz, que en las horas corrientes le parecía a él demasiado angulosa y poco femenina, un asombro, una expectativa que la transfiguraba. Apagó la luz y no quedaron en la habitación más que los reflejos múltiples de la que llegaba desde la Plaza; sobrevino entonces la línea y el volumen de un cuerpo ágil, nervioso y tenso, sin perfume y sin ley, como un antílope arrogante y atemorizado a la vez, sorprendido en un claro del bosque. Debe de haber una equivalencia oculta y tortuosa que complementa entre sí a dos seres y no a los demás. Pero tampoco pretendía quedar de nuevo comprometido. Entonces pensó que, a pesar de juzgados y papeleos —si llegaba a haberlos— en definitiva prevalecía en él, para siempre, la sombra de Crista, simple espectro carnal pero credencial, atadura invisible pero inmensa aún después y por encima de la separación. Irene, no; Irene dormía ahora como un adolescente sin precaución, sin problema. Sencillamente, dormía como amaba o como escribía. Cada cuestión de esas era en su vida un tiempo definido y completo, que no enlazaba pluralmente ni se interfería en los demás.

Despertó muy tarde en Desiderio el rumor de una ducha a chorro en el cuarto de baño y rehizo de pronto la situación que acababa de crearse entre Irene y él. Dejó que ella saliera, envuelta en la bata masculina y quedara de pie ante él, en mitad de la habitación; era en efecto un antílope arrogante y enfático, a punto de huir al menor rumor intempestivo.

—Debo ir a Madrid. Pedí en el diario que me dejaran «hacer» las elecciones. Deberías ir conmigo.

Desiderio calló; en aquel instante no atendía más que al éxtasis que de ella venía. Preguntó al fin:

—¿Cuándo son?

—El dieciséis. Pero deberíamos estar allí un par de días antes.

—Tal vez —contestó.

—Sí o no —replicó ella—. Yo no me hubiera nunca acostado con un Hamlet.

Sonrió él levemente, incrédulo. Añadió:

—Sí.

—En tu coche. Nunca he ido tan lejos en coche. Casi nunca he cogido un coche. Yo soy proletaria, ¿sabes?, yo soy de las del tranvía.

—En mi coche.

Ella recogió de debajo de la puerta los diarios del día. Los hojeó con avidez. Echó uno de ellos sobre la cama en que estaba todavía Desiderio, tendido.

—Toma, lee, lee, burgués insolente, infame, flor de hotel: lee lo que ocurre,

porque es a ti a quien interesa, no a mí. Yo siempre viviré del aire que respiro. —Y abrió de par en par la ventana e hinchó su tórax del aire matinal.

—Esta es la tierra yerma, el pedregal; cuatro ovejas y un pastor, y la llanura inmensa. Este es el desierto mayor de Europa, ¿lo sabías? —e Irene señalaba la vastedad de la llanura de los Monegros, desde Candanos hasta Bujaraloz—. No hay agua, no hay árboles, no hay pastos, no hay nada.

Desiderio contemplaba el yermo. Él sabía todo eso. Pero al escucharlo de labios de su compañera parecía que aún el paisaje se agriara más.

—Si entráramos ahí, podríamos morir sin que nadie se enterara, como en las estepas. Al cabo del tiempo encontrarían nuestros esqueletos. Y España, casi todo en España, es eso.

Sonrió, incrédulo y clemente.

—No es tanto: Galicia, las Vascongadas, Andalucía...

—¿Andalucía? Aquí hay una cosecha de un triste trigo cada siete años. Y allí hay que poner en fila a los segadores, con un capataz. Andalucía entera es de solo cien familias. ¿Y Almería? ¿Y Murcia? ¿Sabes cuántos trabajadores de Almería y de Murcia hay en tu fábrica? ¿No lo sabes? Yo te lo diré: hay más de doscientos.

Desiderio moderó la marcha; cruzaban Bujaraloz, un poblado blanco y solitario, polvoriento y mudo. Ante la puerta de alguna de las casas en ristra, un anciano cubierto con boina seguía sonámbulamente el paso de aquel coche lustroso, de aquella extraordinaria máquina de correr.

Extrañaba a Desiderio el alcance de los conocimientos y la pasión que Irene ponía en ellos.

—¿Cómo sabes que en la fábrica, que no es mía, sino de mi padre, hay doscientos obreros marcianos?

—Tú te olvidas de que soy una informadora. Es mi profesión.

Un cierto resquemor aturdió en aquel instante a Desiderio. En realidad, ¿a qué iba a Madrid con Irene? ¿Qué se proponía ella?

—Por eso va a ser fuerte la oleada que viene. La distancia entre tú y un pastor de esos es demasiado grande en España.

—No olvides que tú estás en medio —objetó él, irónicamente.

—Cierto: yo sería la sufrida clase media si me diera la gana. Pero no me da.

—¿Por qué abandonaste tu casa? —se le ocurrió preguntar a él—. Tú eres de la Cataluña Vieja. Allí la tradición y la cultura no pueden ser superadas por esa maquinaria socialista que te agrada.

—Porque lo que tú llamas tradición y cultura, en la práctica resulta que son un campanario y una sacristía.

—¿Y el campo? Te olvidas de él. Yo soy del campo, aunque a ti no te lo parezca. Por una serie de razones me han arrancado de él. Pero recuerdo que, hace ya muchos

años, quise ser fiel a eso.

—Enséñame tus manos —dijo ella, y le obligó a apartar su diestra del volante. Le quitó el guante de un tirón y le miró la palma—. Tú no eres del campo tampoco. Tú y yo somos residuos feudales trasplantados a la ciudad. Todo el mundo, Europa, marcha por otros caminos.

—Ya he leído algo de eso en tu periódico —y el coche avanzaba velozmente por la larga senda itineraria, una interminable veta rectilínea de cemento sobre el yermo, bajo el sol—. Dime: ¿a qué vamos a Madrid?

—Vamos a estar tú y yo; a «estar», ¿comprendes? Hay hombres y mujeres que se abrazan; pero muy pocos que puedan «estar» juntos, y además vamos a «ver» y a escribir las elecciones.

—¿Solo eso?

—¿Te parece poco?

Desiderio no contestó.

—Confío en que allí encontremos ya libre a Nicolás Borredá, mi jefe y tu amigo.

—¡Vaya! A eso vamos. ¿Confías en eso?

—Estoy segura.

Callaron largo rato. Desiderio empezaba a sentir de algún modo el fluido de esa resonancia social que, del paisaje al hombre y a la idea, parecía amotinarse a su alrededor, mientras cruzaba un desolado pedazo del mapa español. Miró a Irene. Ahora estaba —le parecía— incluso bella. Entornaba los negros ojos, aturdidos por la ráfaga de viento contrario, y su corto pelo se embarullaba y flotaba en el aire, a contraluz. Sobre la tierra árida germinaban arbustos, cactus y espinos, y se desparramaba el pedregal. Tan tierra del hombre era esa como la fértil vega de Santa María del Vallés; y sin embargo, ¡qué extraña discordancia, qué increíble contrasentido, qué inmensa disparidad!

La mañana del domingo, 16 de febrero, Joaquín Rius se levantó a las nueve. Fue a misa a las diez y a las once estaba en su colegio electoral.

Saludó al presidente de mesa, una especie de anacronismo viviente de los años de anteguerra, y depositó su voto. En el colegio, instalado en una escuela municipal, un entresuelo sucio y oscuro, no había apenas nadie más que los componentes de la mesa y los dos guardias. La calma era absoluta.

A la salida, apoyado en su bastón, Joaquín Rius fue a dar un pequeño paseo para «estirar» las piernas. Subió por el Paseo de Gracia. Las amas paseaban a los chiquillos en sus coches. Más tarde empezaron a inundar la vía soleada los jóvenes y las chicas que salían de la misa de la Concepción o de los carmelitas. Caminó un poco por la Diagonal y volvió atrás, para llegar a casa a la hora del almuerzo. En los colegios electorales del Paseo de Gracia, de regreso, había algunas colas. Eran hombres endomingados, risueños, que conversaban al sol, mientras esperaban su

turno. Por la tarde se quedó en casa hasta las seis, contestando cartas particulares. Luego salió de casa y se encaminó hacia las Ramblas.

Se sentó en un velador del Café de la Rambla. El aspecto del *boulevard* era el de todos los domingos. Un público popular de chicas jóvenes, seguidas por jovencitos con facha de empleados; en grupos, cogidos del brazo, inquietos y habladores, se perdían entre otros que iban con los chiquillos al brazo, de visita familiar, o que regresaban de ver los barcos del puerto.

A las siete en punto llegaron los Llobet. Iban Arturo y Gertrudis, su mujer, con la hija, Isabel, bonita, modesta y callada. Habían quedado citados allí para comunicarse algo de la jornada electoral. En vista de la normalidad, Arturo no había puesto reparo a que le acompañaran su mujer y la chica.

Pidieron unos chocolates. Se le notaba a Isabel el tipo de educación que había recibido, con una urbanidad muy de Madres Reparadoras, colegio que era cercano a la casa en la que de antiguo vivían los Llobet en la Ronda de San Antonio.

Arturo había votado también aquella mañana a primera hora, en la Ronda. Había vuelto a pasar por la tarde por el Colegio electoral, para que un amigo suyo que formaba parte de la mesa le diera algún anticipo de la situación. La impresión era que no había habido mucha abstención, por lo menos en la zona de su Colegio, pero que las izquierdas llevaban allí una ligera ventaja, muy pequeña.

¡Ojalá que todo transcurriera bien y que de tanta desorientación, de tanta demagogia saliera, al cabo, un período de normalidad, con las suficientes garantías para seguir trabajando y viviendo!

Gertrudis seguía atentamente la conversación entre los dos varones. Admiraba profundamente a su marido, ese ser intachable y equilibrado al que nunca había visto en un movimiento de mal humor o de impaciencia. Discreta, junto a su marido, era a su vez el prototipo de la mujer paciente y sólida, solo atenta al cuidado de su hogar y de sus hijos.

Sufría en silencio aquella tarde hasta que su hijo Miguel se uniera a ellos. Miguel había quedado de acuerdo con sus padres para encontrarse allí, a última hora. Su familiaridad y amistad con Guimerans y con Rafael Mas había de darle una idea concisa del resultado así que se conocieran los primeros datos electorales. Ya quedaba lejos del espíritu su romántica gesta del 6 de octubre y advertía por sí mismo muy claramente la confusión creada adrede en la entraña del país. Pero, aun conociendo el cambio advenido en el ánimo de su hijo, Gertrudis sufría siempre que él salía de excursión a escalar una montaña o iba al fútbol, colgado en los estribos de un remolque de tranvía, expuesto a un empujón o a rozar contra un árbol, o a ser atropellado por uno de esos coches que pasan sin mirar a quién dan. Gertrudis estaba intranquila por lo que pudiera ocurrirle y no dejaba de mirar a un lado y otro, en espera impaciente.

—No pases angustia, ya sabes que no vendrá si no tiene noticias auténticas — tranquilizó Arturo.

El viejo Rius contemplaba la sencilla belleza de la hija de los Llobet. Lo que en el muchacho era impulso y vitalidad, era en ella un sereno semblante, unos ojos hermosos, una piel blanca, y una manera demasiado prevista, quizá excesivamente cuidada por su madre; por ejemplo: aquel lazo azul que le ataba el pelo suelto en la nuca. Sintiéndose observada por aquel señor tan importante y tan viejo, la chiquilla se ruborizó. En aquel momento llegó Miguel, jadeante y ruidoso.

—Acabo de hablar con Guimerans. Las noticias son de victoria de las izquierdas.

Arturo y el viejo Rius se miraron, compungidos.

—Si acertara a encarrilar la situación, aunque fuera este Portela...

—¡Ca! No será así; querrán el poder inmediatamente. Todo el poder.

La gente de las Ramblas era ahora más numerosa. Pasaban los automóviles a toda velocidad. En un taxi descubierto, unos jóvenes exhibían una pancarta. De un taxi que paró unos minutos después frente al portal del Café de la Rambla descendieron apresuradamente, excitadísimos, varios jóvenes, que entraron sin detenerse. ¿Qué pasa? —inquirió Joaquín, con extrañeza.

De varios de los veladores se levantaron otros parroquianos. Se apiñaron en torno a los recién llegados en el centro del local. Pronto se escucharon sus voces.

—Todo, todo es nuestro —se oyó una voz. Y en los gestos, en el brillo de los ojos de quien hablaba, se notaba la excitación.

—Mayoría total —decía otro que acababa de entrar, blandiendo unos papeles—. La República ha vuelto a nacer.

Un público mirón se había parado frente a los ventanales del café. Unos guardias llegaron apaciblemente y se mezclaron a los grupos, carabina al hombro. Solo al cabo de un rato invitaron a circular.

—¿Vámonos? —propuso Rius en aquel instante.

Pagó y se levantaron. En aquel momento pasó por la calzada un *Rolls* plateado, con una dama dentro. Era Evelina Torra. Pero Rius la vio de refilón, como a un fantasma.

—¿Usted cree que es posible esa victoria? Deben de exagerar —barbulló Llobet.

Pero Rius no respondió.

—Mira, papá, ¿qué es eso? —clamó Isabel, señalando a cinco muchachos cogidos por el brazo que enarbolaban unas banderolas. Eran banderas rojas.

Tampoco Llobet sabía muy bien qué clase de bandera era aquella, pero no le agradó.

En Madrid, la repercusión de los resultados electorales había sido inmensa. El enorme cartelón con la efigie del *leader* de las derechas, que ocultaba una fachada entera de la Puerta del Sol, se convertía a posteriori en la evidencia monumental del fracaso. Durante las jornadas anteriores Desiderio había acompañado a Irene, en el coche, a los distintos centros de preparación de las elecciones, a los engranajes

mismos de la maquinaria electoral. Al salir Irene de la Casa del Pueblo o de la redacción del *Heraldo*, ya le advirtió con claridad que la masa obrera se lanzaría otra vez, compacta, a las urnas, como en el 12 de abril; por tanto, dijo ella, «no habrá opción». La central de la organización de las derechas parecía un instrumento infalible. Acudieron también allí Desiderio e Irene y fueron atendidos por los especialistas en la subsección número b): total, en la oficina encargada de atender a los corresponsales de periódicos de provincias. Las flechas indicadoras convertían el local en un laberinto. Esa faraónica organización contrastaba con la más espontánea y tumultuosa de la organización del Frente Popular. Todos los días, por la noche, telefoneaba Irene su crónica y luego, con Desiderio, se iban a cenar fuera del hotel. Habían tomado dos habitaciones comunicantes en un hotel de la Plaza del Callao, eje turnante de la movediza plataforma social e informativa. Por la noche del mismo domingo de las elecciones la Gran Vía acusaba un movimiento inusitado de gentes. Al día siguiente se confirmó la avalancha electoral de las izquierdas.

El 17 por la tarde, ya anochecido, Desiderio esperaba a Irene en el bar Chicote, de la Gran Vía, cuando un mugido inconexo le hizo dejar sobre el velador su *day-kiry* y asomarse a la calle. Subía por ella, flameando banderas y cartelones, una manifestación. Estaba nutrida por una multitud ajena hasta entonces por completo a aquellos lugares. Mujeres, muchas mujeres, rollizas, fuertes, desgañitantes; y chavales y hombres, mudos, con un ceño en el que se mezclaban la frustración y la victoria. Gritaban a coro, en un sonsonete rítmico, que querían la cabeza de alguien. «Queremos la cabeza... de...» y el inmenso cartelón de la fachada de la Puerta del Sol se bamboleaba con el viento. En aquel instante llegaba Irene. Entraron de nuevo en el flamante y lustroso, modernísimo local de la Gran Vía. «No, algo más largo, un *gin-fiz*, por ejemplo», dijo ella, vibrante, morena, masculinizada, a la que la gente toda del local se volvió para mirar, quizá por su detonante aspecto de muchacho, quizá porque sacó del bolsillo de su chaqueta unas cuartillas y empezó a garabatear sobre el velador. «Tengo una sed que me abraso», añadió, mientras escribía o pasaba en limpio algunos datos. Y Desiderio, a su lado, se preguntaba todavía lo que habría que hacer, puesto que se sentía sometido a las repentizaciones de aquel extraño y particularísimo ente vital, cuyas noches eran tan tensas y desmelenadas como el día. Acabó de apuntar y paladeó, sorbió, engulló el *gin-fiz* lentamente, pero de una vez. Pareció entonces darse finalmente cuenta de que quien estaba a su lado era él, Desiderio, aquel galán paciente pero hermoso; fijó en él sus oblongos ojos negros, acercó a su mejilla sus manos de largos dedos, expresivas y bellas, mas Desiderio las cogió entre las suyas, avergonzado de esa tardía y casi insultante atención.

—Es que hemos ganado, ¿comprendes? Lo que tenía que venir ya ha venido. ¿Qué tomas? ¿Qué mejunje es ese? Bebe algo fuerte. Esta noche es vital.

Pero él la increpó en cierto modo.

—Hemos ganado ¿quién? ¿Has visto la manifestación? Escucha, todavía se oye lo que gritan. ¿Quiénes son los que *hemos* ganado?

Ella cambió de semblante. Estaba excitada y se distendió. Pero dio una explicación.

—Eso no es la revolución en la calle. Después de una victoria como esa, arrolladora, sale el pueblo, que es el que manda. Pero luego surgen los hombres de Gobierno, determinados por él, no ese fantoche de los trescientos.

Desiderio pagó y se puso en pie.

—¿Te ofende eso? Claro; tú y yo somos distintos. Pero yo no tengo nada que perder.

—Tampoco yo, si te refieres a eso. No me importa el dinero, ni el coche que tengo, ni el ser siquiera lo que tú piensas: un señorito. Pero no veo en absoluto adónde eso pueda conducir.

—Conducirá adonde queráis vosotros, los hombres liberales. Porque tú eres un liberal.

Estaban ya en la calle. Anduvieron en silencio algún rato. Por Montera llegaron a la Puerta del Sol.

—¿Lo ves?

Y Desiderio comprendió lo que ella quería decir. La famosa plaza madrileña estaba llena de gente; cruzando por los grupos, entre los que había un silencio espectral, extrañísimo, podían infiltrarse ellos dos hasta la puerta del Ministerio de la Gobernación. La circulación estaba enteramente parada. Dos docenas de tranvías habían quedado allí, vacíos, y hombres, mujeres y mu chachos habían subido hasta la techumbre de los vehículos y allí aguardaban. Pero ¿qué?, ¿qué era lo que esperaban?

—El pueblo, ¿lo ves? Está esperando a alguien, alguien que le conduzca según sus deseos. Ni un mitin, ni una palabra. Esto no es una algarada.

En efecto, no lo era. Aquella muchedumbre estaba ante las puertas del edificio sin el menor signo de insurrección. Tal vez Irene tuviera de verdad el privilegio de comprender matices que a él se le ocultaban.

—Esta es una prueba de civismo —dijo ella—. Ven, ven conmigo.

Le dio la mano y le arrastró a la propia puerta de entrada en el gran edificio de la plaza. Un carabinero los detuvo al entrar. Ella sacó su carnet.

—Prensa —y el carabinero lo miró un instante y no puso obstáculo a que entraran los dos. En aquel instante se sintió un fragoroso rumor de voces y de vivas, de aplausos y griterío en el exterior. El carabinero de la entrada dio a cinco números de su propio Cuerpo, que estaban en el zaguán del Ministerio, una orden rápida. Hizo su entrada por el porche que acababan de cruzar Desiderio e Irene, un coche negro que quedó apostado a pocos metros de donde, parados e interesados, se habían detenido él y ella.

Los carabineros presentaron armas. Se apeó del coche una figura conocida, popular por sus fotografías; sombrero ribeteado, gafas de concha, cuello corto, rostro disforme, apretado y macizo, sin ángulos.

—Azaña —susurró Irene.

El personaje descendió del coche y saludó, quitándose el sombrero un instante, mientras el carabinero más cercano a Irene, sin dejar de presentar armas, le echaba una especie de castizo e incongruente piropo:

—¡Qué grande eres, Manolo! —y dio un taconazo militar.

En el exterior, también el civismo deliraba en un frenesí de aplausos y de vítores.

«Inútil esperarme aquí. Nos veremos en Barcelona. Borredá». Ese fue el texto que Irene mostró a Desiderio al llegar a su hotel. Por tanto, su estancia en Madrid ya no tenía objeto.

En el viaje de regreso Desiderio anduvo pensando en muchas cosas. «Hamlet», le llamaba Irene, y así era, así había sido siempre en su vida. Solo las inmensas llanuras del campo yermo, en el trayecto, las interminables rectas de Guadalajara o las estepas de los Monegros traducían, como un reflejo, espejismo válido de los sáharas españoles, la incertidumbre, la inanidad total de Desiderio. Porque al cruzar las poblaciones en aquel detonante y ofensivo *Alfa-Romeo* de color encarnado, no había tiempo para pensar. Desiderio sentía cierto estupor, cierta temeridad de cruzar las zonas habitadas. Al cruzar Zaragoza, un puñado de muchachos les lanzaron piedras y bolas de barro, una de las cuales, al dar en el parabrisas, estuvo a punto de despistar al conductor, que ya no usaba guantes como a la ida. Pararon un instante en un café, a tomar unos bocadillos, y a la vuelta encontraron el coche con una rueda pinchada. ¡Rara coincidencia!, se dijo para sí Desiderio, puesto que en el interior del coche hallaron un montón de pasquines y octavillas. Desiderio e Irene, cada uno por sí, las leyeron, mientras en un taller reparaban la rueda averiada. Era un manifiesto de la CNT-FAI.

«Ha triunfado el espíritu del 6 de octubre. Los hombres de las izquierdas, favorecidos con unas actas de diputados, no pueden dejar de encarrilar la trayectoria de su acción hacia ese objetivo que el pueblo les ha marcado.

»Hay que poner inmediatamente en libertad a todos los presos.»Nadie tiene derecho a negarnos la satisfacción de abrazar a nuestros hermanos. ¡Se le ha prometido así al pueblo, hay que cumplirlo! ¡El pueblo se unifica para exigir a sus presos, todos sus presos!

»Después de los presos, el primer acto de reivindicación inmediata que colectivamente exigimos, es el de la abolición de la Ley de Orden Público».

En el resto del viaje, hasta Barcelona, Irene parecía haberse calmado, dulcificado. Así al menos lo creyó Desiderio. Era como si al entrar de nuevo en la tierra pródiga, o de promisión, más allá de Fraga, su espíritu volviera a allanarse, a equilibrarse sin sarcasmos. Confió a Desiderio que tenía la esperanza de que el Gobierno de izquierdas que viniera, con el avance necesario en materia social, pudiera, sin embargo, evitar las situaciones graves de orden público. Y volvió a repetirle que ello sería posible solo si hombres de su talante, con apellido y tradición liberal, se atrevían

a entrar en las filas del nuevo orden, del implacable orden que había que crear.

—En definitiva, una República de nuestros tiempos no es más que eso. El pueblo llevado por los hombres que puedan comprender sus necesidades.

Desiderio conducía sin contestar. Sobre el horizonte, clarísimo, se diseñaba ya, estática y solemne, la piedra gris del macizo de Montserrat. Era como una inmensa y grandiosa estructura natural, símbolo de la propia sobriedad, de la legitimidad, de la perenne fuerza del país. Contrastó esa impresión con la turba de gentes encaramadas días antes en la techumbre de los tranvías, en la Puerta del Sol.

—No es fácil, Irene, y tú lo sabes. Los hombres apenas podemos inventar nada nuevo. La cuestión es geográfica, política, es algo más difícil y más arduo. ¿Qué cosa podemos hacer los hombres?

—Los hombres tienen que ayudarse y unirse —dijo ella—. Tú has colocado tu vida, y todos los de tu condición y de tu generación, solo alrededor de un hecho. De un hecho que no es nada. Sois solo unos podridos sensuales, egoístas e hipócritas.

Irene tenía la virtud de penetrar a veces en el ánimo de Desiderio de la manera más hiriente, pero más verdadera. Lo que acababa de decir era la verdad. Era la simple y desnuda verdad de su vida.

—Si yo fuera hombre —dijo Irene— sería un animal político, hasta que me cazaran. Por eso creo y sigo a Borredá, porque en definitiva es eso en estado puro: un animal político.

—Y yo, yo ¿qué soy?

—Tú eres Hamlet, amigo... —dijo ella, acercándose a él, de pronto subyugada, de pronto enamorada o algo así—. Un Hamlet indeciso y danés, extrañamente trasplantado a otro país. Pero ¿no recuerdas aquello?: *Las cosas raras que mi frente ocupan — las quiero ya en mi mano. Y antes que meditadas, ya están hechas.* También es de Shakespeare; en lugar de Hamlet deberías empezar a ser Macbeth. Aun a costa de tu vida; eso, ya se sabe...

La carretera se hacía tortuosa, llena de quebraduras, de vueltas, de recodos. A los lados estaba de nuevo el pino, la gran extensión romana y litoral de los pinares y una larga extensión de cielo azul, hasta el mar. ¿Era posible pensar en algo más que en eso? Y sin embargo, casi todos, a su alrededor, se obcecaban en lo contrario. «Las cosas que mi frente ocupa las quiero ya en mi mano». Volvió a pensar en lo que Pedro de *Guerra y Paz* decía con respecto a las guerras. El aburrimiento, la terrible crisis de aburrimiento colectivo para que la historia se repitiera como siempre. La conjuración, la coalición, el atentado público, la intriga y esa palabra mágica y sospechosa: el Poder, para cuya excusa serviría todo.

—¿Qué debo hacer? —se le ocurrió preguntar de pronto. Irene tardó en contestar. Chirriaron los neumáticos en una de las más acusadas curvas de los Bruch.

—¿Hacer? Nada. Conocer los hechos, nada más.

Un largo trecho y, velozmente, cruzaron en silencio. La proximidad de Barcelona se advertía por la secuencia ininterrumpida de pueblos y de casas de labor. Había ya

cierta majestad en las figuras. Las mujeres que, paradas en una fuente, llenaban de agua sus cántaros, pudieran ser como imágenes inmutables de la romanización del país. Y Barcelona, difusa en una neblina, en la calina urbana que borraba los perfiles del horizonte, le pareció desde allí un reducto raro, lejano, aturridor. Toda su vida, lo que él pudiera quizá ser en algún momento, estaba allí, bajo esa calina: los despojos de su madre, a la que no conoció; su padre, espectral, severo, anciano, infalible, sin rencor pero sin gozo; su mujer y su inevitable compañera, su suegra, ambas en un clima desconcertante, viciado por pequeñas, minúsculas y triviales contingencias de una vida mundana, de una moda. Y su hijo, lejos, lejos, lejos, en la mitad de Europa. Pero casi nada de eso era él mismo. ¡Qué sensación tan grave de aislamiento sintió entonces! ¡Cuarenta años, una amiga ocasional y una habitación de lujo en un hotel! Y la farmacopea ingrata pero necesaria de los debates políticos, lo que Irene acababa de decir: «Solo alrededor de un hecho, de un hecho que no es nada», en contradicción con aquello que sea capaz de enaltecer, de justificar una vida humana aun en la soledad. «Las cosas raras que mi frente ocupan...».

Se volvió a su compañera. En sus ojos, fijos en la línea de la carretera, había una energía, una voluntad que a él le faltaba. Ella se volvió a su vez de cara a él.

—Ya estamos llegando —dijo, señalando el borrón de calina urbana, muy a lo lejos.

—¿Nos veremos como hasta ahora? —le preguntó ella—. O... ¿no nos veremos más?

Dobló levemente el volante, en una curva suave.

—Nos veremos como siempre. No, como siempre, no... Más que antes... si tú quieres.

Contestó ella:

—Yo sí quiero... —y callaron.

Las masas obreras, sindicales o no, habían ido a votar con dos condiciones, las que recordaba la octavilla: libertad para los encartados del 6 de octubre —lo que afectaba principalmente a los sucesos de Asturias— y abolición de la vigente Ley de Orden Público.

En Cataluña no había más obreros encartados por los acontecimientos de octubre que los pocos afiliados a la llamada Alianza Obrera. La CNT y la FAI se habían abstenido de intervenir en aquellos sucesos. En la fábrica de Rius no había más que cinco obreros en estas condiciones. Uno de ellos era Froilán Peláez, alias el Zurdo, personaje bronco y malintencionado del ramo del agua, que ya había tenido frecuentes episodios con la policía, al margen de su filiación social. Era un tipo malcarado y jactancioso, al que sus propios compañeros miraban con recelo. El reingreso de los otros cuatro detenidos por su participación en el 6 de octubre se produjo sin dificultad, aunque a regañadientes del apoderado. El Zurdo no se presentó

en el acto, al ser puesto en libertad. Tardó un par de semanas en hacerlo. En ellas ya se habían podido observar síntomas de la peligrosa situación en que se había puesto el Gobierno al pactar con las fuerzas sociales, para sacar adelante la torrentera electoral. —¿Y tenemos que pagarles el jornal desde el día aquel, año y medio? ¿Por qué? Es una arbitrariedad colosal.

—Lea usted a fondo la disposición, ¡qué le vamos a hacer! —conjeturaba el viejo Rius—. El Gobierno está sometido al chantaje de sus propios aliados. ¿No lo ve usted? Gobernación vive bajo el terror de una subversión diaria total en uno o más puntos del área española. Ceder: no hay otro camino, como no sea el milagro, en el que ya sabe usted que yo no creo.

—Bien; los otros cuatro habían sido hasta su detención cumplidores de su compromiso con la empresa —arguyó Llobet, manejando unas fichas; y no quería aludir demasiado al 6 de octubre, tan directamente relacionado con su propio hogar—. Pasemos por que vuelvan y aun cedamos, como una especie de tributo más, los devengos de ellos durante ese tiempo. Pero Peláez, no. Es embustero, mal operario, o aun le diré que peor que malo; es inaceptable por cualquier empresa. Nadie lo quiere; y nadie lo querría aunque fuera bueno, porque lo que hace aquí, simplemente, es instaurar la subversión, en los telares, en el tinte, en el patio, a la salida y a la entrada, en las horas de trabajo y en las de descanso. Siempre. Por lo tanto, a Peláez creo yo que de ningún modo, y perdóneme, podemos admitirle. Sería como admitir la insurrección en casa.

—Veremos lo que se puede hacer. El patrón queda disminuido y humillado. Pero en el decreto se dice que se nombrarán organismos locales para la revisión de los casos. Naturalmente —léalo—, presididos por agentes del Frente Popular. Apuremos la cuestión hasta el máximo. Preséntese en mi nombre, o si quiere iré yo mismo.

—No, de ningún modo. La gerencia debe quedar al margen.

Y, en efecto, Llobet fue citado a declarar: declaró cuanto, sin atacar de lleno a la filiación subversiva del Zurdo, se refería a su nulidad profesional, a su historial de bajas injustificables, a sus constantes reclamaciones y embustes. Arturo firmó su declaración como apoderado de la fábrica. A los dos días se recibía un oficio en la empresa: «Visto el expediente del operario Froilán Peláez Sastre, se ordena a la empresa la inmediata admisión de dicho operario con todas las reivindicaciones y retribuciones que se derivan del decreto del primero de marzo último».

Peláez, el Zurdo, estaba ahora en persona frente a Arturo Llobet. Le miró el apoderado y, antes de entregarle el sobre con el dinero, apretando el muelle de sus gafas, le propuso:

—¿Quiere usted cobrar esto y suscribir este documento según el cual abandona usted voluntariamente la empresa y nos deja en paz?

Sin decir palabra, el Zurdo negó con la cabeza.

Un movimiento de impaciencia cundió en el ánimo circunspecto, en el ecuánime espíritu de Arturo Llobet.

—Ni yo personalmente, ni la empresa, se puede revolver contra una disposición que hace de usted poco menos de un héroe cuando usted no sabe lo que es cumplir. Pero si en su actuación, dentro de la fábrica, sé que en adelante perjudica a los intereses de la empresa, sea por su actuación profesional o por cualquier otra, se le pagará la semana a condición de que no venga.

—Yo sé cómo trabajo —respondió él con voz agria, cogiendo el sobre con el dinero y dando la espalda, y un portazo.

El día primero de marzo, y cuando ya los resortes del mando habían pasado al grupo vencedor, antes de que concluyera el período constitucional establecido para ultimar los resultados definitivos de la lucha electoral, fue convocada una tramoya ficticia en las zonas donde el resultado de las urnas había sido incierto o adulterado.

Una larga hilera de hombres y de mujeres aguardaban pacientemente ante un colegio electoral de esa oficiosa segunda vuelta, justamente en la zona urbana más derechista. Evelina Torra, que en la primera vuelta no se había decidido a votar, después de un rodeo cívico en su *Rolls* el mismo día de las elecciones, y de un rodeo mental más vasto en las semanas que le sucedieron, determinó que su deber era ir a añadir su sufragio a las derechas, para poner su grano de arena contra la turbamulta que se avecinaba. A las diez de la mañana, pues, y en taxi, por si acaso, se personó en el colegio electoral que le correspondía, muy cerca del Paseo de Gracia.

Fueron grandes su sorpresa y su fastidio cuando contempló el panorama y la paciencia que habría de tener si aspiraba a cumplir con su deber cívico. Una extensa cola doblaba desde el centro de la manzana hasta la esquina y aun se prolongaba un poco por la calle vertical; dudó un instante, pero prevaleció su íntimo convencimiento de conciencia, con recordar las miradas y las salpicaduras de barro sufridas por su automóvil —y, naturalmente, por ella misma— en el día 16. Además, desde que el terrible acontecimiento de la separación de sus hijos se había producido, procuraba enmendar su propia conducta con el cumplimiento de los deberes todos que corresponden a persona como ella, en la pequeña, pero cierta, responsabilidad que le incumbiera. Se puso, pues, cubierta por su juvenil sombrero floreado y el tul señorial, en el último puesto de la fila. Iban llegando nuevos electores y pronto se halló en mitad de la larga hilera, que lentamente había doblado la esquina y que, minuto a minuto, se acercaba a la sede de la votación.

La cosa transcurría hasta entonces apaciblemente, a pesar de las amenazas, veladas unas, otras estentóreas, que la prensa extremista de izquierdas había publicado respecto a los que se atrevieron todavía, después del rotundo fracaso de la jornada general, a ir a votar por la candidatura de derechas. Mas en un instante empezaron a agruparse y a infiltrarse en la cola elementos raros, hombres que no eran de la condición de aquel barrio y hasta alguna mujer del pueblo que, a codazos, pretendía ingresar o colarse entre los pacientes ciudadanos de buena fe.

Los murmullos y los gritos empezaron muy al comienzo de la todavía extensa cola, cerca de la entrada del colegio. Pronto los gritos se transformaron en tumulto; la muchedumbre se revolvía en empujones y se vio por el aire el vuelo de un sombrero masculino, más luego varios hombres caídos en tierra. Asustada, Evelina iba a dejar su puesto cuando reconoció, unos metros más allá de su propio lugar una figura inconfundible, aunque retocada por los años, cuyo semblante le inspiró, de una vez, una mezcla de confianza y de sofocación; era una figura femenina alta, huesuda, cetrina, de pelo gris, ojos agudos y aspecto hirsuto, erguida y desafiante en la calzada. Inexplicablemente, puesto que el día era soleado y claro, con el cielo de un azul esplendente, esa persona llevaba en la mano un paraguas que, en el momento en que Evelina reparó en ella, empezó a ser agarrado por el extremo opuesto a su empuñadura. Era un paraguas no para tormentas climatológicas por lo visto, sino políticas como la que empezaba a producirse.

—¿Es que se puede tolerar esto? —chilló de pronto aquel ser, cuya voz, algo más cascada por los años, reconoció sin embargo Evelina en el acto. Y la hirsuta mujer miró a un lado y a otro, sin reparar, sin embargo, en Evelina—. ¿Podemos quedarnos como ovejas cobardes ante semejante atropello? —y al decir esto, temblaba toda ella, jadeando.

Un extenso vagido de aprobación circuló por la fila entera de los pacientes electores. Efectivamente, el atropello no podía ser más inicuo ni flagrante.

—¡Viva Cristo Rey! —gritó de pronto, saliéndose de la fila y adelantándose hacia el puesto en que estaban los intrusos—. ¡Abajo los jabalíes rojos! ¡Intrusos! ¡Sinvergüenzas!

El exiguo sombrerito que se aguantaba en su testa fue lo primero que se vio volar. Pero a un lado y a otro se observaba el velocísimo y feroz vaivén, la enarboladura del mortífero paraguas y a ciertos de los intrusos que, desconcertados o vapuleados, se apartaban del grupo, al que por cierto, entretanto, se habían unido muchos otros de los pacíficos ciudadanos de la cola, puestos en acción por la atrevida actitud de aquella mujer, ya añosa, pero viril y abnegada.

Evelina no se movió de su lugar; había quedado como hipnotizada por la situación. Inesperadamente llegó un piquete de guardias, porra en mano, y desbrozaron sin escrúpulos la confusión de la pelea. Entonces, Evelina pudo asistir, sin acertar a moverse, al ignominioso espectáculo, al tristísimo trance de ver a su exconfidente y asalariada Rita Arquer cogida brutalmente por un brazo y colocada, entre otros, en una furgoneta de la policía.

La impresión que le causó el hecho, la impidió moverse. La cola había quedado prácticamente disuelta y pocos eran ya los que querían aventurarse a votar. Pero ella permaneció pasmada, plantada, apoyada en la pared, con su sombrero y su tul incólumes. No así su alma, que de pronto arracimó todos los recuerdos de tiempos pretéritos en favor de aquella leal y atrevida sirvienta y ciudadana, de aquel ser sin desánimo, al que tan injustamente trató en otro tiempo y a la que, en definitiva, tanto

debía; de aquel ser al que, por cierto, tan útil podría ser para ella en esos días tristes de soledad y de extrañas contingencias de todo orden.

Entretanto, Nicolás Borredá, con las grandes figuras del 6 de octubre, había hecho una entrada reivindicativa y triunfal en Barcelona, y se hallaba ya al frente de sus tertulias y en los editoriales de su periódico. Fue y volvió a Madrid antes de que Evelina pudiera interesarse cerca de él por la suerte de Rita Arquer. Cuando lo hizo, por carta —en vista de lo inútil que resultaba abordar en su despacho a aquel hombre público—, tardó un par de días en recibir de Borredá la contestación, asegurándole que se interesaría inmediatamente por la detenida. Dos semanas más tarde recibió un cortés oficio de Nicolás Borredá, en el que se le comunicaba que su protegida, gracias a sus buenos oficios, acababa de ser puesta en libertad.

Zarandeada, maltrecha, desollada a declaraciones y preguntas, pero intachable, salió Rita Arquer de su cuartelada personal del segundo turno electoral y se restituyó al convento de María Inmaculada, donde tenía pensión, a base de sus propios ahorros y de algún trabajo que por cuenta de las mismas monjas efectuaba en el exterior. Allí fue intrépidamente a verla una tarde Evelina Torra. Arrogante al principio, la quijotesca Rita se ablandó al conocer los pormenores de la gestión que en su favor había hecho Evelina. Y luego esta le explicó su propia situación, su terrible desengaño y disgusto respecto a la situación del matrimonio de Crista y, en fin, su desamparo actual. Inflexible, Rita atendía al relato de esas desgracias ajenas envarada y sin que en apariencia le afectaran. Su porte se había ligeramente contagiado del aire monjil y eclesiástico que la albergaba.

—Todo eso se arreglaría con el temor de Dios —dijo—. Pero el mundo de hoy está trastocado.

—Rita... —se atrevió a proponer, suplicante, humillándose, Evelina—, la necesito a usted. Tendrá que perdonarme muchos de los disgustos que pudiera haberle proporcionado en otra época. Confío en que los años que han pasado puedan hacerle creer que también los viejos —porque soy muy vieja, Rita, mucho más que usted— quieren obtener la paz y el perdón.

Entonces sí que pareció que la explicación conmovía a Rita. Porque, con la tristeza, se le veía a Evelina la sinceridad de la vejez, el abandono de toda arrogancia; en las flácidas carnes arrugadas, agrietadas y repintadas, sostenidas por contrafuertes de difícil y ortopédica peculiaridad, se escuchaba la melopea última de un fracaso vital, hasta entonces no reconocido.

—No puedo, de momento, decidir nada —contestó aún arrogante la exconfidente—. Soy muy estimada por estas monjas y les debo mi paz y tranquilidad, relativa siempre en estos duros años de prueba. Le doy gracias por su ofrecimiento, pero de momento no puedo decidir. De todos modos, le agradezco lo que ha hecho por mi libertad, aunque sea, y perdóneme, a través del diablo; porque a la persona en quien

usted ha confiado no quisiera tenerle yo que agradecer nada. En cuanto a lo demás, déjeme pensar. Si está en mi mano ayudar a mi querida Crista y su marido, para rehacer un hogar feliz, haré lo que sea. Perdóneme, doña Evelina, no quisiera entretenerla más —zanjó prácticamente poniéndola entonces a la puerta.

Evelina había perdido por completo el sentido de la autoridad y de la arrogancia, que durante mucho más de medio siglo fueron el andamiaje sólido de su personalidad. Presentía que, en su contorno, sin poder precisar cómo, se desplazaba algo, se producía una ruptura, una escisión, un cisma de los tiempos. Pero qué era, ni de qué se trataba, ella no lo podía precisar aún.

XVI

ES HERMOSA LA VIRTUD DEL RETORNO. Aquel regreso apetecido coincidía además con las gracias de la primavera. Nicolás Borredá disfrutaba de la mezcla de bonanza climatológica y de tensión política que se producía en la ciudad, consecuencia del retorno de los encartados. Su arribo había sido un acontecimiento extraordinario en las calles. Y ahora, transcurridas unas semanas, era cuestión de poner en práctica una acción política singular.

Esta acción política estaba determinada por varios factores. En primer lugar, por las promesas y compromisos contraídos con los que habían votado. Los correligionarios y, en general, la masa que había contribuido a sacar de la cárcel a los políticos del 6 de octubre, no ignoraban que el balanceo final se había producido arrolladoramente gracias a los votos anarquistas. Pero, a pesar de ello, seguía considerando la victoria como patrimonio privativo de las izquierdas burguesas. El pacto había sido montado simplemente sobre la base de una amnistía general por los delitos políticos; y se figuraban que la CNT se satisfaría con el retorno a la vida pública de los encartados de Asturias y de los encarcelados en otras partes por las derechas. Se trataba, pues, de consolidar a las instituciones sobre una base política y parlamentaria, en un momento en que las fuerzas reaccionarias apenas sí podrían hacer valer su voz y su opinión en unas Cortes ampliamente dominadas por las fuerzas de izquierda.

Se trataba, además, de solventar los problemas laborales desde su raíz. Todos los conflictos que quedaran pendientes en Cataluña podrían ser resueltos por una transacción, cuyos efectos se trataba de puntualizar en el detalle de unos llamados «laudos de compromiso». Ello dependía de la buena voluntad y del espíritu de justicia que animara a los gestores. Amedrentada la clase patronal por los resultados electorales, se doblegaría fácilmente a las soluciones que sugiriera la Comisaría de Trabajo de la Generalitat, si en definitiva excluían los planteamientos callejeros de la lucha social. Era, pues, preciso hacer pasar a esos problemas por el canal de la ley y consolidar sus soluciones mediante compromisos. La oleada izquierdista permitiría apretar la mano en el sentido de que los obreros obtuvieran plena satisfacción en lo que solicitaban aun a riesgo de que a los patronos les pareciera que se pasaban de rosca en algunos casos. Peor sería la revolución...

En segundo lugar, era preciso cumplir sin regateos el compromiso contraído y vaciar las cárceles. Existía el problema de determinar hasta dónde los delitos podían ser considerados políticos y cuándo pasaban a ser delitos comunes. Borredá era partidario de no matizar demasiado en esta cuestión. En cambio, desde aquel momento debía mantenerse una mano firme para enjuiciar cualquier desliz; pero, en principio, se sentía inclinado a no hacer de la cuestión de la amnistía un problema de

matices.

Finalmente, y eso era lo primordial, debía aprovecharse la circunstancia para barrer definitivamente de España el espíritu reaccionario, a costa de lo que fuera. Si por un lado se mantenía al proletariado en orden y se le acostumbraba a una disciplina dentro de la Ley, con la garantía que este tendría de que sus aspiraciones sociales quedaban avaladas y apoyadas por el propio Gobierno; y por otro se extirpaba a la reacción de sus prerrogativas, sería posible fundar en España una vasta zona progresista y neutra de políticos de acción, en los que tuvieran representación incluso los anarcosindicalistas. Tal creía Borredá que era el sentido que cobraba el llamado Frente Popular a partir de entonces.

Este es el planteamiento que Borredá y otros de su grupo se formaban respecto a la situación y a la política a seguir. Con este ánimo había vuelto a Barcelona; fue nombrado consejero de Justicia de la Generalitat, y nexo de enlace entre el Gobierno de Cataluña y el Gobierno general. En lo sucesivo, sus idas y venidas fueron constantes.

El Patio de los Naranjos y las antesalas y salones del Palacio volvían a conocer la agitación humana y el dinamismo de los días gloriosos. Durante el tiempo que duraron las leyes de excepción, en estos lugares predominaba el tono y aspecto oficiosos y desabridos que tienen por lo general todos los departamentos oficiales. Pero ahora la vivacidad y el trasiego de las gentes, el visiteo, los pasos, el rumor de la calle se enfilaban por las góticas escaleras y se remansaban en todos los ángulos del recinto. Los periodistas bullían cerca del despacho presidencial. Irene Salvat tenía acceso a todos los despachos y se había convertido en una especie de portavoz oficioso de la política del Gobierno.

A mediados de abril, cuando ya Borredá llevaba un tiempo como titular de la Comisaría de Justicia, envió inesperadamente un recado a Desiderio Rius, a través de Irene Salvat, invitándole a visitarle en la Generalitat unos días después. A Desiderio no le extrañó aquella convocatoria; más bien le había extrañado no haberla recibido antes. Esperaba una satisfacción de Nicolás con relación al dinero que le había prestado poco tiempo antes de las elecciones y esperaba una explicación al respecto.

Cuando entró en el despacho del líder, se extrañó. Durante el tiempo transcurrido el aspecto de Borredá ofrecía un cambio difícil de precisar. Tal vez hubiera engordado un poco, o quizá fuera la arrogancia, el aplomo, la seguridad que parecía tener de sí mismo y que había aumentado en aquel lapso. O el pelo, ya griseante en las patillas y en las sienes, antes alborotado y ahora liso, más corto y como si estuviera teñido o plateado. No obstante, sus ojos fulguraban como antaño y su voz era igual de honda y categórica. Se levantó de su asiento y fue hasta él, enrollándose entre sus largos brazos. Se excusó elegantemente:

—Eres la primera persona a quien hubiera deseado ver al llegar. Quedé muy reconocido por tu aportación.

Desiderio le tranquilizó con una sonrisa.

—No obstante, no ha pasado el tiempo. Ahora es el momento de hablar de esta y de otras muchas cosas. Siéntate, por favor.

Estuvieron conversando durante más de una hora. De vez en cuando, entraba una secretaria en el despacho, el cual tenía una gran chimenea al fondo y unos retablos en las paredes, tapizadas de damasco. Borredá despachaba brevemente con ella, le hacía una indicación rápida, y la secretaria volvía a salir. La conversación continuaba.

En primer lugar se excusó de no haberle podido devolver los cincuenta mil duros del préstamo.

—Eran urgentes. Se trataba de algo que en aquel momento no te podía comunicar con claridad. No se trataba de nada de mi periódico, como te dijo Irene por encargo mío. Tendrás que perdonarme el engaño. La CNT nos pidió un socorro para aliviar la situación de algunos de sus miembros, sin lo cual ellos no irían a las urnas; eso, entre otras cosas. Necesitábamos ese dinero. Yo te voy a pedir todavía un favor; que me aplaces su pago todavía por algún tiempo. Tú verás que no será mucho. De todos modos, si quieres cobrarlo ahora, te lo daré.

Siguió hablando. Explicó su modo de entender la función de gobierno, tal y como pensaba. Creía que sería posible gobernar si un equipo de hombres decididos y arriesgados ponían de su parte lo necesario.

—Es preciso trazar un puente entre el proletariado y las clases económicamente fuertes pero que mantienen una clara filiación liberal. Hay algo peor que el anarquismo revolucionario, y es el anarquismo burgués. Tú llevas un apellido conocido y personalmente eres un hombre de valer. Debes sumarte a nuestra acción. Si las gentes como tú nos hacéis el vacío, la República se hundirá. Es nuestra última ocasión; piénsalo bien.

Desiderio no acababa de calibrar qué clase de propuesta era la que recibía.

—Haces falta aquí. Tampoco se trata de un cargo específicamente político. En suma: podrías participar en las comisiones de la Delegación de Trabajo, actuar como miembro en algunas de las comisiones encargadas de devolver al país una normalidad laboral.

Desiderio iba a excusarse, pero Borredá insistió:

—Eso dará a la clase patronal —tú y otros— las garantías que debe tener sobre los laudos de compromiso, que, por otra parte, no serían aceptados sin vuestra aquiescencia. Debes hacerlo.

—Quisiera que la política no me rozara.

—¡Qué te va a rozar! Eso es, por decirlo así, un cometido técnico. Es tu opinión y tu colaboración humana la que pedimos, nada más.

—Bien; ya lo pensaré.

A última hora de la tarde recibió en el hotel la visita de Irene Salvat. Venía radiante, incluso elegante con un traje de chaqueta negro, de corte esbelto y fino.

—Quiero cenar contigo —dijo.

Desiderio llevaba unas semanas sin verla y hasta le pareció hermosa. Le sonrió

irónicamente.

—No te acuerdas de mí más que cuando me necesitas. Ahora vienes a pedirme que intervenga en los laudos de compromiso. ¿Es así?

—Sí; así es. Y lo harás.

—¿Por qué he de hacerlo?

—Eres demasiado inteligente para rehusar esta ocasión. Además, te aburres mortalmente.

Finalmente, crees que no eres político, pero la política es lo único que podría interesarte. Solo te estorba lo que diga tu padre, como si tuvieras quince años y no te atrevieras a faltar al colegio. Lo harás porque te interesa.

Desiderio la observó. Era incisiva, hiriente. Se acercó a ella —estaban en su habitación del hotel— y le cogió las manos. Luego la acercó hacia sí y la besó en la boca.

—Quisiera saber por qué me pides a mí, que como dices soy burgués, que me mezcle con vosotros.

—Tú eres un burgués como Borredá, como yo misma. Pero a nosotros no nos ha destruido el clima.

Desiderio se alisó el pelo, entró en el lavabo, se arregló un poco para bajar a cenar.

—No quisiera engañarme a estas alturas.

—Tienes una formación liberal y eres liberal. Lo demás no importa. El día en que el fascismo se nos eche encima, te arrepentirás de no haberme escuchado.

—No creo en la política.

Ella le miró con fijeza.

—No he visto a nadie que se resignara a su inutilidad con tanta convicción.

Esta manera de decir afectó a Desiderio. Pero se contuvo. Hubo un largo silencio entre los dos.

—Me engañaste cuando me pediste el dinero.

—Cumplí con una palabra dada. Yo no tengo ideas propias. Yo sí que no tengo ideas propias —recalcó.

Desiderio empezó a pasear por la alfombra, inquieto.

—Es preciso comprometerse, ¿entiendes? De algún modo hay que andar por el mundo, de pie y sin miedo. Dime, ¿aceptas o no?

Él no contestó de momento. Cogió por el antebrazo a Irene y la condujo hacia la puerta. En el pasillo aun rumiaba.

—¡Tendría que ver las cosas muy claras para aceptar algo así! —dijo en voz baja.

Se abrió la puerta del ascensor y el botones los encontró, a él con una pose apesadumbrada y turbulenta; a ella, desafiante, gallarda, mirándole a la cara, como si quisiera desenmascararle de algo que llevara sobre ella.

—Bien. Mientras cenamos lo pensaré —dijo él.

—Ahora sale, ahora sale —comentaba Rafael Mas en la «caverna» del Ateneo—. Necesitaban eliminar a todas las fuerzas neutras o conservadoras que tenían al lado. El programa de las «instrucciones» enviadas por el Komintern se está cumpliendo ante nuestras propias narices. Fijaos: ciento cinco atentados en toda España durante el mes de marzo. Y ahora, el incendio de iglesias en Madrid. Ayer, el asesinato público de un alférez de la Guardia Civil por las juventudes socialistas. Muertos y heridos en su entierro, más muertos y heridos...

No estaba solo. Le acompañaban José María de Sagarra, Ramón Garriga, Narciso Guimerans y Matías Palá. Este se había incorporado decididamente a la tertulia nocturna, porque era el único lugar en que escuchaba un eco de sus propias inquietudes. Prefería estar en la brecha a, como muchos de sus colegas y correligionarios, hacer mutis por el foro. Muchos de ellos no tenían otra preocupación que llevarse afuera grandes porciones de su caudal con mil precauciones y sigilos.

—Aquí tengo una nota con todo lo que ha ocurrido en España desde el 16 de febrero hasta fines de marzo. —Y leyó—: Ciento noventa y nueve saqueos en esta proporción: cincuenta y ocho de monumentos públicos, setenta y dos de establecimientos privados, treinta y tres de domicilios particulares, treinta y seis de iglesias. Además, ciento setenta y ocho incendios, de ellos ciento ocho de iglesias. Ciento sesenta y nueve motines, treinta y nueve tiroteos y ochenta y cinco agresiones, con un total de setenta y cuatro muertos y trescientos cuarenta y cinco heridos. Todo ello en un lapso de mes y medio, como festejo de la luna de miel del Frente Popular.

—La situación es grave —terció Guimerans—. No dependemos más que de la porción de entendimiento sincero que tengan entre sí y con los republicanos los socialistas moderados, llamémosles moderados: Besteiro y Prieto. Si a Azaña le basta con ellos para poder gobernar y tiene la mano dura, la República puede salvarse, aunque tome un cariz resueltamente laico y anticlerical.

—Pero ¿cómo es posible eso? ¿Quién ata esas moscas por el rabo? —gritó Matías Palá—. Ni Azaña ni nadie depende ya de las configuraciones políticas y parlamentarias. Están en manos de la Casa del Pueblo, de la UGT y, aquí aún peor, de los anarquistas pura y simplemente. Pero quien acabará dominando la situación, quien la está dominando ya, es el comunismo. Un solo diputado en el Parlamento, cuando vino la República, ¿os acordáis?, aquel caballero llamado el doctor Bolívar, médico de los pobres, pero con una capacidad de organización como no hemos tenido nosotros, ni el socialismo ni los republicanos. Esos son los que se llevarán el gato al agua; se lo están llevando ya. Ya lo dijo Lenin, nada menos que en 1920: «El segundo país de Europa que establecerá la dictadura del proletariado, será España».

—De todos modos, la inmensa mayoría del país no es comunista, ni siquiera sinceramente izquierdista. Las verdaderas cifras de las elecciones nos dan incluso oficialmente un equilibrio elocuente —afirmó Guimerans—. Cuatro millones y medio de votos para el Frente Popular contra cuatro millones seiscientos cincuenta mil de la suma del Bloque Nacional con las fuerzas de centro y los nacionalistas

vascos. Voto por voto, ciento cincuenta mil votos católicos de mayoría.

—Esas son zarandajas —opinó Palá—. Lo cierto es que ellos tienen el doble de diputados que los demás, que nosotros. Y una vehemencia en la calle que la resignada actitud de las masas católicas no pueden ni siquiera imaginar.

Apagó convulsamente un cigarro contra el cenicero.

—Hemos de confesar el fracaso, quizá momentáneo, pero gravísimo, de las fuerzas del país. Gil Robles ha quedado completamente eclipsado. No sabe cómo hacer ni qué decir. En cuanto a Cambó, me decía anoche que él ya no luchaba. Ha luchado mucho, es verdad, pero no ve salida alguna a la situación, ni siquiera un golpe de fuerza. «Cuando los militares se levanten, lo harán tarde y mal», me dijo. El único hombre valeroso y posible es Calvo Sotelo. Ese no se rendirá. Pero no podrá dar más que campanadas. Es inútil pretender que su actitud contribuya a hacer entrar en razón a las fuerzas que están en el coso.

—¿Cambó te dijo eso? ¿No cree en el Ejército?

—¿Crees tú acaso? Estamos habituados a considerar al Ejército como una fuerza unitaria y sólida. Pero ahora no lo es. Apenas si unos nombres sueltos nos evocan algunos gestos que ya quedarían como del siglo XIX. Pero la lucha de ahora ya no es como aquellas. No hay nadie entre ellos que se arriesgue contra una fuerza popular desatada, que es el puro caos, pero un caos valiente que no cedería. Solo una cohesión católica podría salir en contra de eso. Pero no hay tal cohesión católica, o por lo menos yo no la veo. Y que conste que ni yo mismo acabo de ser católico.

—Pero no hay otro recurso que un golpe militar —prorrumpió Rafael Mas—. Ellos son los únicos que en este país saben guardar el orden. No sería un levantamiento profesional; el país los apoyaría.

Pero las disquisiciones de la «caverna» no pasaban de ahí. Las lucubraciones de tales locos no eran compartidas por la gente que circulaba por la calle, como no fueran las personas afectadas por los atentados o por los motines. El mismo Rafael Mas se guardaba mucho de manifestar sinceramente sus temores en la sección cotidiana que escribía en *La Veu de Catalunya*. Hablaba ahora en ella de los Frescos de la Sixtina o de sus recuerdos de Vich, de Balmes o del doctor Torras y Bages. Todos ellos se sentían desbordados, minimizados por la oleada revolucionaria y por el indiferentismo de la gente de la calle. No sabían ni podían reaccionar.

Días más tarde, Matías Palá emprendió un viaje por el norte de España. Unos camiones de su organización estaban detenidos en Asturias, en manos de los revoltosos. Cuando volvió, trazó en la «caverna» un cuadro siniestro de la situación del país.

—En Asturias, la verdad republicana ya se puso de manifiesto aquella otra vez. Pero ahora el ensayo es más inteligente. Se diría que esperan la hora, el minuto. La impresión que produce es la de que están en situación de acuartelamiento. Son los dueños de la calle, de las carreteras. Únicamente les falta echar a la gente de las casas y de los despachos. Por allí no se puede transitar. Los controles los ejerce la CNT, sin

cumplidos y sin disimulos. De cualquier recodo de carretera sale un piquete de hombres armados; lo único que te extraña es que no te fusilen allí mismo. Pero, no; no lo hacen. Te obligan a montar de nuevo, revisan tus papeles, te hacen echar un billete grande para el Socorro Rojo y se ha acabado. Tienen la sensación exacta de que dentro de unos meses, de unas semanas quizás, el Gobierno será suyo. Y esta es la sensación que yo traigo también de allí. Ahora ya no tienen necesidad alguna de atiborrar de dinamita el subsuelo de la Cámara Santa ni de hacer volar las joyas históricas. Ya no. El golpe de efecto está dado. Ahora aguardan simplemente una ocasión, la voz de mando libertaria. Lo que me extraña es que no se haya producido aún. No hay nada peor que el no saber el cómo ni el cuándo... Eso es lo peor.

Guimerans, Mas, Sagarra, le escuchaban cabizbajos, pensativos. El poeta sonrió irónicamente, pasó su mano por la calva.

—*Això es una olla de grills...*

Pero no era esa la definición oportuna de la situación. Matías Palá seguía en su relato.

—Fui a ver al gobernador, para que pusiera en mis manos lo que era mío, los dos camiones, y traérmelos aquí. Muy amablemente me recusó. Con cara de granito me comunicó que se había visto obligado a requisar los vehículos para el abastecimiento de mineral a Bilbao, dada la huelga de los transportistas asturianos. Yo le dije que también en Cataluña había huelgas. Me miró a la cara con aire de suficiencia y me invitó a que me largase. «Créame, señor, usted ignora cómo están las cosas aquí. Por tanto, le aconsejo que se marche». Me marché. Pero no vine aquí directamente. Hice algo que llevaba tiempo queriendo hacer. Me fui a Pamplona y solicité una audiencia al gobernador militar, el general don Emilio Mola Vidal, que había sido subsecretario de Gobernación hace un par de años. Le expliqué el asunto. «¿Y por qué viene usted a verme a mí? ¿Qué tengo yo que ver con Asturias y con sus camiones? No es de mi jurisdicción, ni de mi provincia, ni de mi incumbencia...». Yo entonces llegué al fondo: «Vengo a verle a usted porque usted es militar, simplemente por eso, y un hombre de honor. Y para manifestarle mi modesta opinión de que en la situación actual de España solo ustedes pueden sacudirnos de esta infamia continua, que anegará al país en sangre y en odios». Quedó largo rato en silencio, pensativo. «Señor Palá; he tenido mucho gusto en conocerle y crea que siento no poder ayudarle en lo de los camiones. Le ruego que me excuse por esta vez». Yo le estreché la mano que me tendía y aún añadí: «Mi general, decídanse ustedes ahora, o será tarde». Pero él no añadió una palabra.

Las tertulias de la «caverna» se apaciguaron durante unos días. Las noticias graves dejaron de venir de las ciudades y de los núcleos industriales; vinieron del campo. Inmediatamente después de las elecciones fueron vaciados sobre el campo español setenta y cinco mil campesinos de golpe contra la estructura de los latifundios. La reforma agraria se realizaba de una manera expeditiva y sin consentimiento ni consejo alguno. Ahora eran los propios campesinos los que se

sublevaban. Largo Caballero acababa de decir: «La revolución que queremos solo puede realizarse por la violencia».

—Ese es el hombre a quien el general Primo de Rivera quiso atraerse y que formó parte del Consejo de Estado durante la Dictadura. ¡Cómo parece que haya corrido el tiempo desde entonces! Y, total, no hace siquiera ocho años. —Era Guimerans quien hablaba.

—Esto quisiera ser una revolución, pero no es más que un desorden —se atrevió al fin a escribir Rafael Mas en su sección de *La Veu*.

Matías Palá llegó un día con un diario que le temblaba en las manos: «Nosotros queremos la revolución. Pero no es la revolución rusa la que nos servirá de modelo. Lo que necesitamos son llamas gigantescas, que puedan verse desde toda la tierra; lo que necesitamos son oleadas de sangre que tiñan de rojo todos los mares del mundo». ¿Habéis leído? Esto es lo que escribe Margarita Nelken —dijo—. Están embriagados por la victoria y esta embriaguez es de sangre y de fuego.

Pero normalmente los temas de la conversación no iban tan lejos; muchas veces no salían del área local.

—Decían que la huelga de metalúrgicos iba a zanjarse y ya lo veis. Ayer, en la fábrica Hispano Suiza, dos bombas potentes, una tras la otra; otra bomba en la «United Schoe Machine». Quisieron abatir a tiros al director de la cárcel. Siete atracos a mano armada en un solo día.

Irene Salvat salió de la Generalitat para ir a la Barceloneta, donde le aguardaba Fermín Ortiz, quien le había citado en una taberna de la calle de la Atlántida para presentarle al comité de la Maquinista, que era el que más dificultades ofrecía para llevar a término el programa social de la Comisaría de Trabajo. Eran las doce del mediodía y la periodista se disponía a subir al coche oficial que Borredá había puesto a su disposición. La detuvo Desiderio Rius.

—Sube —le dijo—. Acompáñame, y entretanto charlaremos. No puedo perder un minuto.

Desiderio, sorprendido por la prisa de la muchacha, no supo reaccionar. Además, no tenía otra cosa que hacer que charlar con ella.

—¿Adónde vas?

Irene se lo explicó. Pero no podía extenderse a otra zona mental que la que le llevaba a la cita. Para ella era ya distante, casi olvidada, la conversación que tuviera con Desiderio tiempo atrás.

—Es preciso que la CNT comprenda que de un plumazo no se puede cambiar una estructura por un decreto. En la zona superior, los dirigentes comprenden nuestra situación. Pero eso hay que ir explicándolo una y otra vez a todos.

Es el cuento de nunca acabar.

—Bien —zanjó, tras una pausa—. ¿Has pensado en mi propuesta?

—De eso he venido a hablarte.

El coche había enfilado el paseo de Isabel II y se acercaba a su destino. La fuente del Ángel de la plaza de Palacio derramaba sus lágrimas goteantes sobre una agua verde y pastosa.

—Bien. Déjame ahora resolver este asunto. Luego, si tienes paciencia, podremos hablar de todo lo demás.

Cuando pasó el coche por una esquina le rebulló a Desiderio en el rostro la brisa marinera, con un olor característico. Fue el acoso de los recuerdos de Blanquita sobrevenidos de golpe, un empujón de vida que le hería las sienes.

—Yo estoy citada allí —dijo Irene—, en aquel bar. No estaré más de media hora. ¿Puedes esperarme?

Disponía de él y de su tiempo como le venía en gana. Pero Desiderio no protestó. Ella se dirigió a la taberna. Se volvió, de pronto, nuevamente hacia él.

—Espérame de todos modos. No se te ocurra marcharte.

Desiderio se quedó parado en mitad de la calleja, de la que colgaba la colada, en la sombra. Miró a lo alto. Luego empezó a caminar con lentitud por la acera. Tenía que subir y bajar para ceder el paso a mujeres que, cargadas con sus cestas, pululaban en las cercanías del mercado. Era una muchedumbre apresurada, abigarrada. Chiquillos de cara tiznada, medio desnudos, se atropellaban corriendo contra él. Pensaba en toda esta muchedumbre, que vivía de una manera inconsecuente e inconsciente rumiando su miseria, sin normas y sin dirección. Pero se sentía atraído por ese trozo de Humanidad convulsa cuya existencia ignoraba las ataduras y los límites, la moral burguesa, el sentido de cualquier obligación perentoria, los deberes, que a él, por ejemplo, le atosigaban y mortificaban.

Entretanto, Irene Salvat había subido a un altillo en la trastienda del bar. Allí la esperaba Fermín Ortiz con tres hombres, de la Maquinista. La habitación era exigua. Se sentaron alrededor de una mesa y sin rodeos enfocaron la cuestión que los reunía. Tomó la palabra Irene Salvat.

—El Comisario de Trabajo está de vuestra parte. Pero no puede ajustar vuestras reivindicaciones al ritmo o la medida en que vosotros las proponéis. Hacedos cargo de que si vosotros estuvierais en el Gobierno tampoco podríais hacerlo. El paso que ha dado la República en dos meses es inmenso. Pero no se puede forzar la máquina. —Paró un instante y prosiguió—: Hemos cumplido nuestro compromiso; los presos están en sus casas, se está trabajando en la nueva Ley de Orden Público. Y entretanto, vosotros os negáis a secundar la política general, que es la única a través de la cual podéis obtener el mando. Cambiad de actitud. Id a ver al Comisario sin rodeos. Él mismo os dará la oportunidad que precisáis. En fin, ¿qué es lo que queréis? Formuladlo, escribidlo, haced una propuesta concreta.

Los cuatro hombres se miraron un instante. Todos esperaban que uno de ellos rompiera a hablar. El más indiferente parecía ser Fermín Ortiz, que se pasaba la mano por las cicatrices de la calva y adoptaba un aire distante. Al fin y al cabo, él no había

sido más que el elemento de enlace; debían ser los de la Maquinista los que hablaran.

—Nosotros no somos más que los comisionados —pronunció al fin uno de ellos, un joven cejijunto, con una barba de medio pelo, como el que ha pasado noches sin dormir, y que movía constantemente los dedos de las manos, como si pulsara un acordeón invisible—. Traemos aquí los acuerdos tomados, nada más. Queremos un aumento de cinco pesetas por jornal para los peones y doce para los especialistas. La readmisión inmediata, y sin condiciones, de Miranda y los encartados, y el estudio inmediato de las bases propuestas, que deberán ser aprobadas antes de fin de mes.

—Bien. Esto es algo —intentó conciliar Irene, sorprendida, sin embargo, por el volumen de todas estas cuestiones—. Se lo diré inmediatamente al Comisario, aunque la cuestión le planteará muchos problemas, sí, enormes problemas. Lo que pedís equivale a pedir la socialización inmediata de la Maquinista; y la socialización sería vuestra ruina, porque una empresa llevada por vosotros mismos no podría pagar esos jornales en el día de hoy. Además...

—Esto es lo que requerimos —interrumpió otro de los reunidos, un hombre cubierto por una gorra gris, de ojos negros y brillantes, de mirada profunda—. Claro que es la socialización inmediata lo que pedimos. Si la empresa podrá pagar o no, eso es cosa nuestra. Pero va mucha diferencia de que no podamos pagar nosotros a que no puedan pagar los burgueses. Al menos, así sabremos por qué no podemos pagar. El proletario debe tener idea clara de las causas que nos impiden vivir de nuestro trabajo.

Irene se hallaba en aquellos momentos en la misma situación que tantas veces había reprochado a los burgueses. Pero calló la boca.

—Todo esto ha de ser meditado —dijo al fin—. Tampoco yo soy más que una emisaria. Lo indispensable es que mañana os presentéis en la Generalitat y le habléis así al Comisario. Para todo eso lo que sobran son los intermediarios como yo. Yo aquí no pinto nada.

—Aquello es una cueva de políticos, y nosotros no somos políticos. Por tanto, díselo tú y tráenos la respuesta.

Otra vez estaban en el mismo punto de partida. No había forma de hacerles ceder en su actitud retraída y negativa. Los miró a la cara y vio en ella la decisión de no ceder ni un paso.

—Bien. Eso haré —y dirigiéndose a Fermín, añadió—: Mañana te llamaré para ponernos otra vez en contacto.

Se levantó nerviosamente.

—Entretanto, abur, y suerte.

Salió a la calle de nuevo. Miró adonde había dejado a Desiderio y no le vio. Observó al fondo de la calle y descubrió que se acercaba. Se fue hacia allá.

Iba concentrada, preocupada. La actitud de los obreros ya no le conmovía. Pero pensaba: «En el fondo, esos saben adónde van, tienen la sartén por el mango. Y después de todo, ¿por qué no van a tener razón? Es la socialización inmediata lo que

piden, para por lo menos poder saber de qué mal están muriendo. Llevarán las empresas mejor o peor, pero sabrán lo que hay en ellas. En el fondo, lo que quieren es solo eso. Les tienen sin cuidado el jornal o los seguros. Lo que quieren es mandar en lo suyo».

Desiderio observó el ceño que tenía en su rostro.

—¿Te ocurre algo?

—Necesitaría tomarme un café, pero fuerte.

—Es más difícil estar en el Gobierno que en la oposición, ¿no? —inquirió él.

Ella se paró y le miró de hito en hito. Iba a replicarle, pero se contuvo. Al fin claudicó:

—Sí. Es mucho más difícil.

—Vamos a un sitio mío, donde te servirán café —tranquilizó él, cogiéndola del brazo—. Te olvidas de ver el mar y la vida. Te olvidas de ti misma. Si pudieras cambiar la mitad de las obsesiones que te mueven, yo te daría en cambio la mitad de mi tiempo perdido.

Ella sonrió amargamente.

—Pero no hay en la vida otra solución que la solución social, y mientras esta no esté resuelta no somos dueños de nosotros mismos. Ni tú ni nadie.

Doblaron por una esquina y Desiderio señaló un portal exiguo, en una casa de pisos en los que colgaba la colada.

—Por aquí.

Subieron al pequeño ático. Desiderio abrió la puerta y se ofreció la estancia antigua, aseada y dispuesta, pero tal y como él la había dejado muchos meses atrás. Desde la terraza se vislumbraba la extensión del mar.

—¿Este es tu antro?

Desiderio rectificó:

—Este es un antro que yo tenía.

—Huele a mujer hipócrita, cargada de líos y de vicios. Huele a burguesía y a pecado. ¿Tú no sabes que yo no creo en Dios, pero que no soy pecadora?

—Ya lo sé.

—¿Por qué me has traído aquí?

Desiderio se acercó al fogoncillo y, después de buscar en los estantes, se puso a calentar un poco de agua.

—Para que tomes café.

—No. Dímelo.

—Quizá no me atrevía a subir solo a este lugar, que era una especie de sórdido santuario para mí. En realidad, quiero decirte que nunca he poseído mucho más que esto. Sí, nosotros los burgueses no tenemos en la vida mucho más que este espacio triste. Lo demás es fachada y mentira.

Irene se sentó en la pequeña mecedora.

Dejando en el fogoncillo la perola, Desiderio cruzó la pequeña estancia y se

dirigió a la terraza. Desde allí se quedó mirando el mar. La playa, soleada y solitaria, parecía un perro lastimoso puesto a dormir, con todas sus lacras al aire. Le pareció que, si se volviera, encontraría de frente la mirada azul de Blanquita y se entretuvo un instante en esta ensoñación. Estaba irremediadamente solo. Se volvió y le sorprendió la mirada oscura y penetrante de Irene, su pose ambigua, que se balanceaba en la mecedora. Un poco de aire alteraba sus cabellos breves, junto a la sien.

—Hablé con mi padre de lo que me habías propuesto. Yo hablo con mi padre de muy pocas cosas; pero de estas, sí. Mi padre no cree ni una brizna en estas cuestiones. Piensa que estáis en manos de la revolución, que le hacéis el juego descaradamente. La fábrica se le revuelve; y ten en cuenta que cuando en estas cuestiones se pierde el control de las cosas, ya no se vuelve a recobrar. Si de lo que se trata es de dar el mando a los obreros, que lo tomen y listo, dice él. Lo que no puede soportar es la amenaza constante, la sensación de ruina inminente y continua en que vive. Las circunstancias de los trabajadores os envuelven a vosotros, que os habéis convertido simplemente en celestinas de una situación que nunca podréis resolver vosotros mismos, salvo a costa de vuestra propia eliminación.

Dijo esto con voz pausada, como un sonsonete. Sin embargo, Irene acusó el golpe.

—¿Me has traído aquí para decirme eso?

Se acercó de nuevo al fogoncillo, retiró el agua del gas y echó el café en el caperuzón; se fue filtrando hasta caer en hilillos en la cafetera.

—Sí. Para decirte eso.

Acercó las tazas a la mesilla y sirvió el café.

—Toma, bebe; está bueno.

Irene estaba fatigada. No contestó. Se acercó la tacita a los labios y tomó un sorbo.

—No me mezclaría con vosotros ni por ideal, ni por cálculo, ni por ambición. Me mezclaría simplemente por desesperación. No creo en la virtud de la sociedad en que vivo, pero esto es una interpretación simplemente personal y particular. Pudiera hacer pagar a los demás mi descontento y mi desconcierto. Sería una solución egoísta. Pero creo en los demás, todavía creo un poco en ellos.

—¿En tu padre, en la fábrica?

—Sí; en eso.

Irene se levantó pausadamente.

—A veces —dijo ella— me he preguntado si nos podemos detener ya, y dónde acaba nuestro camino. Pues bien, ahora te lo digo. Nuestro camino no tiene fin; no nos detendremos nunca. El fin de esto es una revolución total y magistral, la subversión absoluta de lo que ahora estamos viviendo. Tú eres el prototipo mismo del hijo de familia que no ha levantado en su vida una aguja del suelo y contra ti se tiende en primer término la red que nos va a cubrir a todos. Y tú no quieres rectificar.

Le miró airadamente.

—Vendrá la revolución, la desataremos nosotros. Ya no podemos volver atrás. No es una cuestión de salarios, sino de mentalidad. Tenlo en cuenta.

—No te sulfures, Irene —replicó él—. Aquí no vendrá la revolución, porque si viniera no sabrías qué hacer con ella.

—La misma oleada que se levante nos lo dirá. De la subversión total nacerá otra cosa. La gente que está en el poder no puede evolucionar, ni echará marcha atrás. Todo lo contrario, ¿te das cuenta?

Él la miró en silencio. Al fin se acercó a ella.

—Lo único que quiero es que, sea como sea, esto no comprometa ni nuestra amistad, ni nuestra compañía, ni altere este modo de hablar que nosotros tenemos, tú y yo. Lo demás no importa.

Irene se paró junto a él. Le miraba con desdén, casi con repugnancia. Pero de ese desdén y esa repugnancia brotó de pronto un destello inesperado y súbito. Su respiración se fue atemperando. Se quitó la chaqueta y la blusa y se tendió en la cama.

—Da lo mismo. Ven a mi lado. Por eso me has traído, ¿no? Desiderio se acercó a ella y cayó a su lado, besándola. —No. No era por eso.

Quedó largo rato frente al mar, observando distraídamente aquel raro panorama de techumbres y de residuos desplegados ante sus ojos. El sol de abril batía contra las cosas, en un claroscuro aturridor. El viento removía la colada en los tejados, la elevaba al cielo, más alta que los alambres en que estaba colgada; era pesada y lenta por la humedad y contrastaba en el fuerte azul del aire. En la playa se movía un mendigo, lentamente, con los ojos fijos en la arena, en busca de algún despojo. Unos niños jugaban junto al agua.

Hacía mucho rato que Irene se había marchado. Pero no era en ella en quien pensaba, sino en Blanca. Aquel lugar estaba impregnado de la fisonomía de Blanca Maravall, era como flexible a sus gestos y ademanes. Cada uno de los objetos que estaban sobre las mesillas, encima de la pequeña cocina de gas, o el espejo y los cuadros, hacían revivir su imagen. Pero Blanca ya no estaba; era simplemente una evocación, un recuerdo inasible y fugitivo diluido en el aire, un rastro impreciso, del que no se podía siquiera definir el perfil.

Sobre la cama se marcaba el hueco del cuerpo de Irene como el molde de una pasión fugaz. Evocó en un instante el somero proceso de aquella entrega elemental y sincera, casi despojada de toda razón de amor. Era un interludio apresurado en la vida de todos los días, un espacio yermo entre la fronda de las ideas, de las ambiciones, de las obsesiones cívicas y de los impulsos de ella. «El hombre y la mujer se necesitaban, pero poco rato», evocó. Después del rapto veloz, que apenas dejaba más que aquel hueco en un diván o en la cama, la vida común se ponía nuevamente en pie, sin sentirse rozada ni alterada por el lapso. Echaba de menos la presencia posterior de

la mujer, al margen de la entrega, en todos los demás instantes de la vida, la desesperación y el dolor que el amor da cuando ella no está a nuestro lado, la punzada del deseo y la conciencia de una soledad terrible. No se trataba de satisfacer un impulso perentorio, sino de provocarlo, de resumirlo, de aplazarlo, de estarlo viviendo con espíritu tenso, con el corazón en vilo. Pero se pierde de día en día ese poder, año tras año. Tal vez su vida no hubiera tenido ese cariz si un día de marzo de 1916 hubiera podido evitar que aquella muchacha rubia llamada Jeannine de Descaves se perdiera en las tinieblas del puerto y le dejara solo, solo, solo...

Alejó, enervado, estos pensamientos. Sonrió irónicamente. Siempre la misma cantinela, siempre idéntico roedor arañando en sus entrañas. ¿Por qué esa inflexión retrospectiva y el continuo volver atrás de sus días? ¿Por qué el constante tejer y destejer de sus posibilidades? Se situaba en el día presente. El cielo era azul, un viento fresco conmovía las cosas. A lo lejos transitaba por el horizonte un barco blanco, dejando atrás un rastro de humareda, como un penacho. Era en el día de hoy, y no en tiempo atrás, donde debía recomenzar su vida. Es inútil revolver en el pasado. Los cuarenta años de un hombre pueden ser el comienzo de otra juventud. Y apareció en sus ensoñaciones de pronto la figura de su padre, pasados los setenta años. Aquella figura sin otro problema que el de su propia voluntad, solo pendiente de las cosas más concretas y cercanas. Comparado con él, se consideraba un viejo, y no al revés.

De pronto, se le hizo clara la razón de ese contraste. Un par de semanas antes había ido a la fábrica a consultarle sobre el ofrecimiento que acababa de recibir de Irene Salvat. Comprendió al instante que lo que ocurría es que no solo su padre no estaba en situación de aconsejarle nada en aquel momento, sino que ignoraba totalmente que ese terreno existiera. La geografía de su padre no pasaba del cuadro que le ofrecía una óptica muy limitada y un espacio preciso de la existencia humana. «¿Mezclarte en política, con esos?», y en la extrañeza con que le miraba advertía que era como si le estuviera hablando de ir a la Luna en globo o de hacerse cartujo. «Pero si lo nuestro está aquí, aquí, no fuera. Es aquí donde tenemos que defender nuestras cosas, no en la Comisaría de Trabajo». Era inútil que le explicara más. En el espíritu de don Joaquín no cabían consideraciones ajenas a la fábrica, aunque pudieran relacionarse con ella. Ni otro tipo de consideraciones, ideológicas o políticas. «Déjalos. Mangonean, se inquietan, buscan secuaces, intentan engañar. Se creen que pueden dirigir a los obreros, pero a los obreros no podemos dirigirlos más que nosotros. No existen ideas capaces de negar un hecho concreto, que es la oferta y la demanda. Eso no se arregla con papel de barba». Desiderio le interrumpió: «Pero el obrero pide, pide y pedirá». Don Joaquín se volvió a él: «Bien, ya se lo daremos, si podemos. Pero nosotros, no ellos». Entonces Desiderio le habló de la necesidad que había de ajustar la sociedad fabril a unas realidades, que eran sociales, comunitarias, de acuerdo con la corriente de los tiempos. «Yo no soy un patriota —le contestó su padre—. Yo solo soy un contribuyente. ¿Me has entendido? Solo un contribuyente que no es poco. Créeme, no te mezcles en esto».

El barco blanco había avanzado un trecho en la línea del horizonte y la humareda de su chimenea se desflecaba y se perdía entre una tenue bruma, casi invisible. Se volvió al interior y se sirvió un *whisky*. Aquel sabor ácido también le evocó sus tardes con Blanquita; se puso de nuevo en la terraza, acodado al exterior. El mendigo se había sentado en la arena, apoyado en una valla de madera pintada de gris. Los chiquillos habían dejado de tirar piedras al agua. «Si supieran lo que piensan los otros; si mi padre y todos ellos vieran el volumen del peligro en que están», pensaba. En efecto; él creía advertir una amenaza, un peligro agudo en todo lo que estaba ocurriendo. Era como si hubiera llegado a la cumbre de un volcán que crepitaba y se enfurecía mientras los que no lo veían más que desde su planta, proseguían su vida usual, sin alarma ni aviso. «Nuestro camino no tiene fin; no nos detendremos nunca. El final de esto es una revolución total y magistral». Era posible que Irene se engañara a su vez. Era posible que sus entusiasmos no fueran más que una arrogancia juvenil, porque la estructura social era muy fuerte y un golpe de mano era difícil de dar sin contar con una reacción inmediata de esa burguesía amodorrada y satisfecha. Pensó Desiderio que no cabría otra solución que dar una confianza a los dirigentes cuando estos tuvieran el arrojo de explicar con claridad sus intenciones. Pero ¿cómo hacer eso si las gentes como su padre no se interesaban por el problema, o a lo sumo lo consideraban únicamente una invención política?

Era posible que estar encima del volcán, no fuera por su parte más que una consecuencia de su desarreglo interior, del fracaso de su situación conyugal y doméstica y que de todo ello tampoco se hubiera dado cuenta en caso de que su matrimonio hubiese funcionado y se hallase en la plenitud de su autoridad, en el centro de una familia bien constituida. «Hace años que existe una presión social, y lo único que cabe hacer es bandearla —había dicho aquella tarde Arturo Llobet—. Los obreros no quieren el aumento de los jornales; lo que quieren es mandar. Y lo único que hay que evitar es que puedan hacerlo». ¿No sería esta la última, la única verdad?

El barco blanco se había diluido ya en el horizonte. Una pareja entró en la playa; caminaba a trompicones por la arena. El hombre, un muchacho joven, volvió su vista a todos lados. No reparó en el mendigo, que comía ahora lentamente en su rincón. La tarde era sosegada, benigna. Eligieron un lugar, al abrigo de cualquier importuno, tras un montículo de arena, y se tendieron en el suelo, uno junto al otro. Al poco eran un solo bulto informe, una masa apretada, como enfurecida y frenética. Desiderio se fue al interior y sorbió su *whisky* lentamente.

Vicente Burgada descendió de un taxi frente a la puerta principal de la Cárcel Modelo e indicó al taxista que aguardara. Entró con paso arrogante y mesurado en el recinto, sorteando a unos grupos de mujeres que formaban una cola desordenada en la entrada misma. Entró en el patio y se dirigió a la secretaría. Un oficial de la prisión estaba escribiendo frente a la mesilla. Las mayólicas de la pared del recinto daban al

aire un ambiente frío, y el propio funcionario, pese a la temperatura, parecía que hundiera sus pies en un brasero que la mesilla ocultaba.

Vicente Burgada saludó y tendió un papel. El funcionario lo leyó con parsimonia, como si no acabara de comprender. Se incorporó lentamente y se ausentó por una puerta lateral, sin decir palabra.

Largo rato aguardó el abogado, dando unos pasos por el exiguo recinto. Su ademán era, sin embargo, de victoria. Respiraba pausadamente, satisfecho de haber llegado a una conclusión satisfactoria.

Volvió el funcionario y le indicó que esperase, señalándole una silla. Dijo: «Ahora saldrá», y volvió a enfrascarse en los papeles que tenía delante.

Vicente Burgada aguardó cerca de media hora. Al cabo, vio aparecer de súbito ante la puerta de la estancia un rostro expresivo y radiante, una cara luminosa de la que destacaban unos ojos azules y una cabeza rapada de color trigueño. Era Máximo García Expósito, a quien Vicente Burgada venía a restituir la libertad.

—Se lo había anunciado, y usted no me creyó. Pues bien. Ya es usted libre. No le faltará más que firmar y a la calle.

Máximo sintió que las palabras se le entorpecían en la boca: tal era la inconsecuencia de los hechos y su asombro.

—Pero ¿libre del todo?

—Sí, señor. Ha sido usted acogido a la amnistía del Gobierno. En cuanto al otro proceso, ha sido considerado típicamente político, y por tanto ha sido sobreseído en virtud del decreto del 2 de marzo último.

—Pero... ¿puedo salir a la calle?

—¿No lo ve usted? —le tranquilizó, señalándole el bulto que hacía su ropa empacotada en el suelo—. Adonde usted quiera. Ha quedado usted limpio de toda deuda con la justicia.

A Máximo se le iban a llenar los ojos de lágrimas por la alegría, por lo inesperado. Pero en lugar de ello prorrumpió en una enorme carcajada.

—¡Jo! ¡Cómo se pondrá la Cucharas! ¿Lo sabe ella?

—No he dicho nada a nadie. Acaban de entregarme el oficio. Quiero ser yo quien le deje en su casa.

A Máximo, pese a las noticias fortificantes que corrían por la cárcel y a que la mayoría de sus compañeros ya habían conocido los beneficios de la amnistía, el hecho le parecía increíble. Para sus adentros barruntaba que no podía ser que, después de haber intervenido en dos sucesos, el uno un atraco y el otro un atentado, pudiera volver a la calle como un ser normal al cabo de medio año. De momento no acertaba a digerir la novedad.

Le indicaron que pasara por el departamento contiguo, donde firmaría en el libro la aceptación de su libertad y el recuento de sus enseres.

A poco, el abogado y él se hallaban en el taxi, camino de La Torrassa.

—Déjeme usted parar un segundo a echarme un chato. Esto hay que festejarlo y,

además, necesito fuerzas para llegar allá como es debido.

—No, nada de chatos.

—Mire usted lo que acaban de darme: doce duros de los que ya ni me acordaba. Son los que llevaba encima la noche del Roquete. Conque, ¡a la copa se ha dicho!

Pararon en la plaza de España. Entraron en «La Pansa», llena de gitanos y trajinantes. El vocerío era glotonamente escuchado por el Máximo.

—¡Pues es verdad! Estoy libre.

Después del chato volvieron al taxi. Este fue por las calles de Sans hacia el barrio. Ya reconocería el Máximo los tugurios y las esquinas.

—Aquí paré yo el taxi, en la madrugada del día de tranvías.

—¡Chitón! Ni una palabra de eso nunca más. ¿Lo ha entendido usted?

Máximo asintió. Ya el coche doblaba hacia La Torrassa. Al enfocar las callejas y vislumbrar la techumbre desigual de las barracas, a Máximo el corazón le dio un vuelco.

—Mire, la taberna. Y el Pantaleón, como siempre, casi en pelota...

Reconocía uno a uno sus lugares, como si el tiempo no hubiera pasado, como si se dispusiera a madurar otra vez su golpe de echarse al ruedo, mucho tiempo atrás.

—Lo que no me han devuelto los cochinos es la navaja.

—¡Ea, ya estamos!

El coche ya no podía pasar más allá. Ya se deslizaba la pendiente de las casuchas hacia el descampado. Era una vasta orografía de humo, pizarra y hojalata que se perdía en los torrentes.

Cogió el paquete de sus ropas con una mano y, mientras Burgada intentaba descender dificultosamente del taxi, él se precipitó a zancadas por la pendiente.

En aquella hora del mediodía el arrabal ofrecía un aspecto sereno y sensato, como si no hubiera despertado aún. Se oía chillar a los chiquillos dentro de las casas y en la puerta de las casucas algunos viejos tomaban el sol, inclinada su cabeza con aire vencido a la brisa fresca. Máximo descendió ágilmente por la pendiente seguido de Vicente Burgada, que lo hacía con gran precaución para no tropezar.

—¡Arrea! Si es el Máximo.

Una voz había llamado la atención de los demás, una voz femenina que correspondía a una mujer entrada en carnes, de mediana edad, que subía con dificultad con el capazo. A esta voz surgieron de las casucas otras figuras de hombre y mujer. Un tipo cetrino, a medio afeitar, salió al exterior con la navaja todavía en la mejilla.

—El Máximo. ¡Si ha llegado el Máximo!

Unos cuantos de ellos ya se arremolinaban en derredor. Una vieja mujer se le echó en los brazos y le atenazó con los suyos huesudos.

—Si parece que hasta ha crecido.

—¿Cómo te ha ido, chaval? —inquirió el hombre del afeitado—. Se te daba ya por muerto o algo así. Ve ahí a que te veamos.

—Dejadle en paz —aconsejaba a gritos la vieja mujer—. Que lo atropelláis y algo tiene que quedar para la Cucharas.

—¿Dónde está ella?

—Si ayer se preparaba aún para llevarte algo a la cárcel. De lo que te gusta; un par de chorizos y ese vino del Pantaleón que no lo hay en parte alguna.

Todos le rodeaban, parecía que quisieran comérselo:

—Oye, tú... ¡Qué está ahí el Máximo!

La noticia corría como una centella. A lo lejos, del fondo de la calle, se advertía la expectación por el acontecimiento.

Vicente Burgada observaba desde el montículo el movimiento que producía la llegada del hombre, la agitación que suscitaba. Se había comprometido a dejarle en su lar, entre los suyos. Ya estaba hecho. Dudó entre acercarse o marcharse, y optó por esto último. Entretanto se oía ya chillar a lo lejos. Era la voz aguda de la Cucharas, que dominaba sobre las demás.

—Que está ahí mi hombre... ¡Que dónde está, digo! ¡Bravo, el lucero de casa, mi resplandor! Pero dejadme, hostia, que no me caigo —vociferaba, acercándose a empellones como una marea desde el fondo de la calle.

Le abrieron paso. Cayó como un vendaval contra él. Quedó unos instantes sin respiración, como si fuera a darle un síncope. Pero se rehízo.

—Los putos no han podido con él, con mi hombre. ¡Si lo decía yo!... Dejadle, ea, que respire. Ven a mi casa, macho. Mira tú lo que yo iba a llevarte esta mañana —y enarbolaba un pollo desplumado que tenía asido por el pescuezo—. Pero lo vamos a guisar ahora, aquí mismo. ¡Eh, chaval!, dile al Pantaleón que traiga una frasca entera de vinillo, ¿me has oído?

Un arrapiezo salió corriendo hacia la taberna.

Empezaron a encabritarse y amontonarse las voces, los abrazos, los golpes amistosos. Era un caldo hirviente de cordialidad y de empujones el que llevaba a Máximo de un lugar para otro, y casi se enternecía, descompuesto y atolondrado de tanta alegría. De hecho, un elemento de cada casa estaba junto a él. Al En se sobrepuso unos instantes, hinchó el tórax, respiró hondo y lanzó un grito profundo.

—¡Ea! Basta ya, que no soy de corcho. Dejadme con esta. Vamos, Cucharas, que aquí no ha pasado nada.

Aún tardó en desasirse de los que le acometían.

La regordeta Cucharas dio el paso, dando empujones y abriéndoselo con los codos, sin contemplaciones.

—Tiempo habrá para sobarle, amigas. Que con este cuento me lo manoseáis, como si fuera un virgo. Venga, atrás, que hay prisa...

Máximo abrió la marcha, apresuró el paso, se perdió por una calleja y enfiló la recta de casucas que había que doblar luego para entrar en la suya.

Cuando lo hizo sintió el agrio olor de aquellas exiguas paredes y cayó de espaldas en el lecho.

—¡Y qué bueno es lo de uno! —exclamó, respirando hondo, mientras la Cucharas se acercaba a su lado y empezaba a tocarle por los pelos, por los hombros, en la axila y el pecho.

—Deja ahora, Cucharas, que quiero meditar. No hace aún una hora que estaba entre rejas. Y me da vueltas eso, sorprendido que estoy.

La Cucharas le dejó meditar. Fuera quedaban, por la puerta abierta, algunos mirones.

—Venga, a fisgar en lo vuestro —zanjó, dándoles con la puerta en las narices.

Ella estaba como asustada de tenerle allí, como si no lo comprendiera. Era mucho hombre para recibirlo de una vez.

Él empezó a oler en la mirada de ella ese asombro y esa inquietud, y la cogió de la mano en el momento en que ella se acercaba y le dio un tirón que la tumbó sobre la cama. La Cucharas empezó a enardecerse y a chillar. La vieja y la otra, la del cesto, que estaban hiera, se miraron con una sonrisa. «Puerca —dijo la vieja—. Ya están juntos. Ella no tiene aguante». La de la cesta dijo: «Déjala, ya que es joven. ¿Qué hacías tú a sus años? El aguante tiene un término, que es el hombre. Y no se iba a hacer pajas toda la vida».

Luego se sintió un silencio y después un murmullo de voces, en voz baja.

—El Roquete murió, lo agarrotaron —decía él—. Ni los miró siquiera. Murió sin abrir la boca.

—No pienses en los muertos ya, déjate de responsos. Tú estás vivo, ¡y tan vivo!, y eso es lo que importa. Dime qué es lo que vas a hacer ahora.

—¡J.! Que no puedo con la facha que hacía el Roquete, las horas antes, los días antes. Como un poste, eso era, como un poste que no teme ni el viento, ni el agua, ni nada. Eso era.

—Pero estamos juntos tú y yo otra vez; y tú has quedado limpiado de todo lo que se te echaba encima. ¿No lo ves? No pienses ahora en los otros.

El Máximo se levantó lentamente del catre. Paseaba con una mirada enconada y triste por el pequeño cuarto.

—No pensar; eso es lo que yo quisiera.

Y se le hacía un inmenso bulto, una parcela incomprensible de misterio y de duda tener que salir a la calle, ganar unos cuartos, ponerse a trabajar. Era difícil eso.

—Los del Socorro me han ido aliviando —decía ella—. Pero ahora se habrá acabado. ¿O no lo crees así?

—Algo tendré que hacer. Me dijeron que pagaban los jornales desde que fui detenido. Pero ¡cualquiera vuelve a la máquina!

—Háblale al Feliciano.

—Sí. Eso haré. Y al Millás, ¿le han soltado?

—¿Quién es el Millás?

—Nadie, nadie —eludió él.

Observó a la Cucharas, que estaba en combinación sobre la cama y le aturdía con

unos grandes ojos amansados y bobos. Parecía llena de ternura.

—¿Sabes? Se van a Zaragoza. En el Centro hay unos carteles donde viene la inscripción.

—¿Qué hay en Zaragoza?

—Pues la Concentración, o qué sé yo.

—¿De dónde saco yo los cuartos?

—Te los fían. Yo te digo que te los fían.

—¿Y la Concentración qué es?

—Que habrá los mítines y hablará la Federica y otros. Va el Costales, la Prima, el Capataz, Milagros y la Rizos, todos van a Zaragoza. Y yo, que le tengo prometido a la del Pilar un cirio de a dos pesetas para el día que salieras.

Máximo sonrió imperceptiblemente.

—¿Eso hiciste?

—Por mi madre que es cierto.

—¡Va, tu madre! Eso de los cirios son toñas de curas. A mí tendrás que darme el dinero.

—Vamos a Zaragoza —rogó ella—. Así nos formamos juntos para la Sindical, que en eso siempre me has tenido a un lado.

Máximo la miró de nuevo. La observó aturdida, extasiada, mirándole.

—¡Venga! —dijo de pronto—. Prepara el pollo, pero guarda un poco para un arroz. ¡La vida es nueva, y le vamos a sacar provecho!

La Cucharas se incorporó y se acercó al fuego del fogón, que empezó a avivar con un hierro.

Anduvo por el barrio media docena de días. Le agradaba paladear su libertad, y no se ponía límite a ese ocio que consistía en acercarse al descampado, sentarse en un pedrusco, pensar, pensar... Luego entraba en la taberna. A lo mejor se llegaba hasta el Centro Libertario y jugaba una partida de mus. Luego se iba hasta la plaza de España, caminando, parándose en los escaparates. ¡Es bueno estar libre!

Pero ¿qué iba a hacer? ¿De dónde saldrían los cuartos? En eso pensaba cuando una tarde, al anochecer, se presentó el Feliciano. ¡Qué viejo estaba ya! La papada le caía en flecos y el pelo, el poco pelo, era casi blanco. Pero aún su mirada tenía ese destello tierno y profundo que él conocía tan bien. Le hizo sentar, echando a la Cucharas fuera.

—Esto es una cosa de hombres. Lárgate.

El Feliciano empezó a hablar. Le traía un papel de la Comisaría de Trabajo por el que podría percibir los jornales que habían transcurrido desde que dejó de ir a la fábrica. La noticia le animó; esa era otra sorpresa. Cerca de cinco mil pesetas.

—Eso es tuyo. Nadie te lo puede quitar.

Atrapó el papel con las manos convulsas y lo metió en su pantalón.

—Pero para ello debes volver al trabajo.

—Por cinco mil pesetas vuelvo yo adonde sea. Y ¿qué pasa allí?

—Todo como siempre. No, como siempre no. El ramo del Agua está parado. En la fábrica, quien lleva el asunto es el Pitágoras. Pero la huelga es general, de todo el ramo. Nosotros vamos haciendo nuestro trabajo, pero no será para mucho. Se amontonan las piezas, sin salida. Es eso lo que hay que hacer, hasta que cedan. La acción en la calle es una tontería. Ya sabes que yo soy solo sindical. No me agrada el desorden porque sí, sino por causas concretas.

—Después de todo, yo estoy con lo que acuerde la Concentración. Allí se tratará de esos asuntos. Con esos cuartos podré irme con la Cucharas a Zaragoza, que es lo que ella quería.

—Con esos, no. Porque te los dan a tu reintegro al trabajo. —Pues los pido a fiar.

—Eso sí.

Cuando marchó Feliciano, Máximo hizo su planteamiento. Al día siguiente estaba en la fábrica. Mostró el papel al ordenanza. Este se perdió en los pasillos. El Máximo aguardó largo rato en la antesala de las oficinas. Al fin, el ordenanza le hizo un signo. Se escuchaba al fondo el ruido de los telares. Nada indicaba que en el interior hubiera planteada una lucha sorda.

Cruzó por los alfombrados pasillos y fue introducido en un despachito. Se abrió una puerta y apareció el apoderado: rostro severo, raya en mitad del cráneo y las gafas montadas al aire. Se las quitó y las limpió con un papel de fumar.

—No vamos a admitir por las buenas el pago de esos jornales.

—¿Cómo dice?

—Que ya basta; que vamos a pelear usted y yo por esta cantidad. Usted desapareció de esta casa sin dar señales de vida. No comunicó a la empresa su decisión. Usted ha incumplido su contrato y, si quiere usted cobrar, que le pague la Comisaría.

—Bien, señor. Usted sabrá lo que hace. Francamente, yo no entiendo de estos asuntos. Vengo a cobrar según las leyes y no vamos a discutir.

—Guárdese usted ese papel y póngalo en un marco. No sé qué otra cosa puede hacer con él. Máximo recogió el papel.

—Bien. Ya le enviaré a mi abogado. Él entiende de eso.

—Tendré mucho gusto en recibirle.

Pero nada más. Dio media vuelta y desapareció por la misma puerta por la que había entrado. Máximo siguió unos instantes en el saloncito, sin reaccionar. Luego salió de nuevo al pasillo. —¡J. con el tío! —se dijo—. Este la va a pringar... Y descendió por la escalera con un aire desmedrado.

XVII

EL APODERADO CERRÓ LA PUERTECILLA tras sí, cruzó una amplia sala donde una serie de empleados estaban inclinados sobre sus mesas. Observó la atención que todos ellos ponían en su trabajo, en el hormigueo de los papeles y de las cifras; cruzó sin parar, con paso rápido, y entró por la puerta del fondo en su propio despacho. Joaquín Rius estaba de pie en él, apoyado en su bastón. Se le revolvió la barba al hablar:

—¿Ya está?

—Sí, ya está. En efecto, es el de la pistola. Unos meses de cárcel y a la calle otra vez; eso con un atracador, un asesino vulgar. Le he enviado a paseo. Le he dicho que se pusiera el papel en un marco. Allí estará mejor guardado.

Pero era evidente que no era el asunto de Máximo el que los preocupaba.

—Acabo de hablar por teléfono con Bofill. Ellos tampoco pueden ceder y están resueltos a hablar sobre el laudo de la Comisaría. Bofill ha recibido ya tres amenazas escritas, además de las que de palabra le ha soltado el Comité, y que ya nos había contado. Está resuelto a encerrarse con el Comité hasta que se arregle... o acaben a tiros. Creo que no nos queda a nadie otra solución.

La huelga del ramo del Agua ponía a los fabricantes en un callejón sin salida. De hecho era como si toda la fábrica entera estuviera en paro. Pero lo peor no era la huelga, sino el tono de la huelga. Era un conflicto agrio, como un juego de ardid para que ellos no pudieran encontrar solución. Y los atentados y amenazas se multiplicaban.

—Llame en seguida a mi hijo —decidió don Joaquín—. Él tiene amistad con los del Gobierno. Ocúpense usted y él de esta cuestión. Vayan a ver a... quien sea. Pero ahora mismo. Don Joaquín se retiró del despacho del apoderado. Cruzando la estancia, salió al vestíbulo y se fue a su propio despacho. Desde él el rumor de los telares era el mismo de siempre, pero la empresa estaba herida.

Desiderio llegó una hora más tarde, en su coche colorado. Subió apresuradamente la escalera. El encuentro de padre e hijo no dio a entender el par de semanas pasadas, en que no se habían visto, tras el diálogo que tuvieron sobre esta cuestión.

—¿Qué hay? Me ha llamado Llobet. ¿Pasa algo?

—Es preciso que le presentes a la gente esa que lleva... que lleva estos asuntos. A tu amigo Borredá o a quien sea. La cuestión de Tintes está cada vez más envenenada.

—Yo creo que...

—Sí. En principio me pareció que no debíamos tener ningún contacto con ellos. He resuelto dejarme de historias. Id en seguida.

Desiderio titubeó, como con ganas de decir algo.

—Venga, no perdáis tiempo.

Cuando entró Llobet, llevaba ya puesta su gabardina y su sombrero, dispuesto a

salir.

—¿Puedo... ver la sección?

Desiderio salió del despacho. Bajó por la escalinata principal y salió a los patios. En el almacén el ocio era total. Pero los empleados y mozos estaban en sus puestos. Por allí, en otro tiempo, los carruajes y camiones entorpecían el paso de las gentes. Ahora esos vehículos no estaban. Atravesó el patio, dio una vuelta al almacén, extensa construcción que ocupaba un paño enorme de terreno, y se situó al otro lado, frente a un largo edificio rectangular, que aparecía abierto. Un mozo con una blusa azul le miró como si le reprendiera.

—No se trabaja, no hay nadie.

Entró. Las grandes cubas tiznadas de tintes carmesíes y azules estaban descuidadas, sin nadie a su contorno. Solo un par de muchachas flacuchas limpiaban lentamente una máquina.

Los instrumentos de aquella sección parecían monstruos dormidos de enorme panza. Eran artefactos inservibles y de color de pez, que habían dejado de humear y de respirar. No obstante, se sentía el hedor inconfundible a sebo químico y a alquitrán, una bocanada de tinta maloliente. «No me explico cómo a esto le llaman el ramo del Agua», filosofó, cruzando el local vacío y con miedo a mancharse.

—¿Qué haces tú aquí?

Acababa de sorprender a un chiquillo de unos doce años que se escurría detrás de un tonel vacío, camino de la puerta. Lo agarró por un brazo.

El chico no respondió. Tenía unos ojos grandes, negrísimo, y un pelo revuelto. Parecía un gitanito o algo así.

—¿Qué llevas debajo del brazo?

Eran unos retales, unos trozos de trapo con los que seguramente pretendería fabricarse algo, quizás un balón o una corneta.

—Anda, vete aprisa. Aquí no hay nada bueno para ti.

Por la mirada del muchacho pasó un destello malicioso, como de ira contenida o de inquietud. Salió corriendo.

Desiderio desanduvo en dirección de las oficinas nuevamente. De nuevo pasó ante el almacén y se paró un momento a conversar con uno de los mozos.

—¿Quién es el que lleva eso?

—Creo que el Pitágoras. Pero no está.

—Y vosotros...

—Eso es cosa de ellos, de los de Tintes. Llevan sus bases presentadas hace meses. A mí que no me cuenten, no tengo nada que ver.

Prosiguió, hacia el bloque central, pero entró en los telares.

El ruido le chocó en la cara, como viento consistente y huracanado. Le aturdió unos instantes. Pero reconoció en seguida la disposición de los telares y el orden de aquel lugar, pese a la barahúnda. Cruzó por el pasillo central. Los operarios se volvían, a mirarle con disimulo. Se acercó a la máquina en la que un hombre estaba

de espaldas, fingiendo no advertirle.

—¿Cómo está usted? Diga, ¿quién lleva la voz cantante en este asunto de los Tintes?

El otro le miró con fijeza, pero ambigualmente. Se encogió de hombros.

—Digo yo que será cuestión del Comité.

Era un error de su padre el haber montado en la misma fábrica aquella industria derivada de tintes, en lugar de hacer como la mayoría de sus colegas, dedicados exclusivamente a tejer el hilo ya teñido. Pero, en fin, las cosas eran así...

Se sentía en cierto modo como en los tiempos en que su padre no fue a la fábrica por la enfermedad; se sentía con algo concreto que hacer, con una misión determinada. Por eso decidió inquirir todavía:

—¿Y aquel muchacho que estaba con usted, aquel que quiso ser torero?

Otro gesto ambiguo de Feliciano.

—Se las compone solo.

El operario se separó de él y del lugar en que estaba, como si quisiera indicar que no tenía ganas de charla. Se puso a manosear en otro lugar de la máquina. Desiderio prosiguió su camino. Salió de la nave y enfiló de nuevo la escalinata.

Llobet le aguardaba.

—Vamos, pues...

Descendieron de nuevo y salieron al exterior, cruzando el pequeño patio de entrada. Desde su ventana, Juanita, la portera, le saludó con una sonrisa, entre unos geranios que asomaban en la repisa del cuadrilátero. Subió a su coche, se puso al volante y el apoderado tomó asiento a su lado. Cruzó la cancela de hierros. Frente a sí se ofrecía el panorama del arrabal. A la puerta de tres o cuatro tabernas pululaban los obreros en paro. Desiderio se fijó en uno de ellos, a quien reconoció. Llevaba unas gafas plateadas y era enjuto y nervioso.

—¿Qué hace usted? —preguntó Llobet, alarmado al observar que paraba de nuevo su coche cerca de los grupos.

—Quisiera hablar con este sujeto.

El apoderado no reconocía en ese pronto al hijo del dueño, huidizo en general e indiferente. Y dudó si bajar a su vez o quedarse como estaba. Al fin descendió, por si era necesario ampararle, pero sin acercarse a los grupos.

Los obreros se separaron, algunos de ellos hicieron ademán de entrar en el café, pero Pitágoras permaneció en su sitio, mirando fijamente al hijo del amo y echando un destello contra la carrocería rutilante del coche.

—Tú eres Pitágoras, ¿no?

—Soy Anselmo Fernández Trueba, si no es molestia.

—Quisiera hablar contigo y con vosotros. Decid: ¿qué es lo que os pasa? ¿Qué es lo que pedís?

Pitágoras miró a sus compañeros con una sonrisa sardónica antes de responder:

—Está escrito en un papel, en la Comisaría de Trabajo.

—Pero... ¿se puede hablar de ello a las claras?

Pitágoras respiró hondo. Tardó en contestar.

—Esto es la calle, amigo. Tan nuestra como tuya. Sube al coche y déjanos en paz.

Hubo cierto rumor, una agitación entre los grupos. Desiderio observó a unos pasos de él al apoderado. Estaba lívido.

—Arréale ya, que se vaya con sus fulanas a otro lado. ¡Venga! —Era la voz agria de un hombre de cuarenta años, alto y macizo, que emergía de entre los grupos—. ¡Venga, no pierdas tiempo!

Desiderio se sintió de pronto cohibido, alarmado.

—Era una pregunta nada más —dijo.

Dio la vuelta y se metió en el coche, cuando el apoderado acababa de hacerlo apresuradamente.

—Venga, fuera—empezó a chillar aquella turba; y se sintió un clamor de abucheos y voces que no llegaban solamente del grupo, sino de otros que habían salido a la puerta de diversas tabernas, en toda la longitud de la calle.

El coche cruzó entre ellos, seguido por los ecos dispersos de ese clamor a turba y a revuelta. En el metal de la carrocería sonaron algunos golpes. Eran dos piedras de las que ya llovían a docenas por encima de ellos.

Se sintió aliviado al doblar. Pero le quedaba la sensación extraña de un asedio, como en las guerras. Podía comprobar, en efecto, lo que la situación tenía de asedio, multiplicado por docenas, por centenares de puestos de acoso en toda la extensión del mapa industrial de la comarca.

—Piden el cambio total de las condiciones laborales, de forma que no hay una sola industria que pueda afrontar la situación que reclaman. Piden mucho más que lo que ellos mismos se podrían dar en caso de que fueran dueños de la fábrica. Eso es lo que piden; pero es solo un pretexto para llegar a una situación insostenible, la cual ha llegado ya —dijo Llobet.

Circularon en silencio a través de las calles de Barcelona hasta llegar a la plaza de San Jaime, donde Desiderio paró el coche. Entraron en el Palacio de la Generalitat.

Borredá no estaba en la Casa. Pero estaba Irene Salvat. Actuó como si apenas se conocieran. Pero los acompañó en seguida al despacho del Comisario de Trabajo.

Este tardó cerca de una hora en recibirlos. Cuando lo hizo, estaba hablando por el teléfono interior con Irene Salvat y miró alternativamente, auricular en mano, a Desiderio y a Llobet, quien se mantenía de pie e inexpresivo. Colgó el auricular y les hizo tomar asiento. Llobet empezó a explicar la situación.

A mitad de la explicación que Llobet estaba dando sobre la génesis y los personajes del conflicto, sonó de nuevo el teléfono. Observaron que el Comisario — un hombre joven, con algunas carnes, de semblante apacible pero ojos penetrantes e hirientes volvía a observarlos con atención. En su faz se marcó un rictus de asombro, de sorpresa.

—Sí, sí; está entendido. No, no, no creo. Acaban de salir de allí. ¿Cómo dices? —

y escuchaba la voz de su interlocutor—. Bien; se lo comunicaré en seguida. Abur... —y colgó.

Llobet iba a proseguir con su recuento de desgracias, pero el Comisario de Trabajo le interrumpió:

—Me acaban de llamar de la Jefatura de los Servicios de Orden Público. En su fábrica acaba de estallar una bomba de gran potencia. Afortunadamente, no hay desgracias personales.

Se quedaron un instante sin hablar.

—Ha sido en la sección de Tintes. Allí están ahora la policía y los bomberos.

Desiderio y Llobet se miraron. Instintivamente, Arturo se había puesto en pie.

—Señores, es preciso que este conflicto se arregle. Mañana por la tarde los espero a las seis en la Comisaría, en la Vía Layetana. Dispónganse a no salir de allí hasta que el conflicto esté resuelto.

Le miraban atónitos y extrañados.

—Una bomba... en casa —barbullaba Llobet.

Sin saber por qué Desiderio pensó en seguida en aquel chiquillo al que había sorprendido en el almacén. Pero no dijo nada. Caviló sobre su propia inocencia, no la del chico. «Anda, vete aprisa. Aquí no hay nada bueno para ti».

En la pequeña explanada en la que, una hora antes, Desiderio había detenido su coche para hablar con el Pitágoras, pululaba un gentío diverso compuesto de curiosos y de mirones, a los que la fuerza pública mantenía a raya o hacía transitar. Un par de tanques de los bomberos estaban parados en la puerta de entrada y había otro en el interior. Desiderio y Llobet no tardaron en descubrir, ya en el interior de los patios centrales, a don Joaquín, junto a Maluenda, el cajero, y el viajante Vinyals, quien no se sabe por qué procedimientos estaba siempre a punto en cualquier situación de compromiso o que se saliera de lo corriente. Además, había otras personas, gentes desconocidas, seguramente las autoridades o algo así.

En cuanto don Joaquín divisó al apoderado y a su hijo, que llegaban a zancadas por el pasadizo interior, entre los dos locales, se separó del grupo y fue a su encuentro, renqueando.

Era raro, pero parecía como si en el fondo al propio Rius le alegrara aquella algazara inesperada, la explosión, física y moral, de un elemento distinto en aquel lugar que se moría de rutina. Al menos, así parecía a juzgar por la verbosidad del fabricante.

—Estaba yo en mi despacho con Maluenda cuando de pronto sonó un estrépito. Creía que había estallado la caldera cuando de pronto me digo: «Si no puede ser; está parada». Salgo y me encuentro a Rigau, el contable. «¡Una bomba en Tintes, ha sido una bomba!». Había oído como un ruido de cristales que saltan, nada más... Ya ve, nos han destrozado una parte del departamento de las calderas. Nada, lo cubre el

seguro. Ya he llamado a «El Riesgo»; acaba de venir un agente. Venga, venga; se ha venido al suelo la mitad del techo, donde estaba el barómetro.

Parecía como si aquello fuera una fiesta. Y hablaba atropelladamente, cosa no frecuente en él. Aún la mano le temblaba en el puño de plata del bastón.

Arturo le siguió. Desiderio continuó en aquel lugar, observando a los grupos. El coche de los bomberos plegaba ya la manguera, apagado el poco de llama que había provocado la bomba en unos fardos. El espectáculo abigarrado de los bomberos, con sus cascos absurdos, y de la policía en el recinto cambiaban totalmente la faz de la fábrica. Era como un rato de asueto.

En el interior aún se oía el estrépito de las máquinas, y se acercó a mirar del lado de la nave central. Sí, las máquinas no habían parado, pero solo algunos operarios estaban en su lugar. Descubrió a Feliciano, quien actuaba como si nada hubiese ocurrido. Se volvió al otro lado; en aquel momento paraba en el interior un coche negro, un coche con matrícula oficial. Bajó de él un hombre joven, raudo, que entró echando su gabardina sobre el asiento y con aires de ir al grano.

Reconoció aquel rostro de haberlo visto fotografiado en la Prensa. Era el jefe de los Servicios de Orden Público de la Generalitat. Preguntó algo a un agente y se metió en el local afectado. Entonces Desiderio, siguiéndole, se fue de nuevo al encuentro de su padre y del apoderado.

Estos estaban en el lugar en que había estallado el artefacto. Un enorme boquete dejaba ver el cielo azul en lo alto de la construcción. En el mismo lugar de la explosión había un montón de hierros retorcidos y la cápsula abollada y caída de una caldera, cuyo tono cobrizo destellaba al reflejo de sol que le caía directamente encima.

El viejo Rius volvía a repetir su explicación ante el comisario. Desiderio se acercó a ellos.

—¿Quién estaba de guardia aquí esta mañana? —preguntó el jefe de Servicios.

Era una persona joven, de mediana estatura, que daba unos visajes rápidos y vehementes y se expresaba en un catalán ácido y seco.

Hubo una indecisión entre los consultados.

—Bien. El guardián de día es Anselmo, aquel bizco —ilustró Llobet—. Pero justamente hoy es su día de descanso. Había dos mujeres que recogían y hacían limpieza allí abajo. Pero no vieron a nadie.

Desiderio estaba pensando en el chaval, pero no dijo nada.

—¿Quién es el responsable de la huelga?

—Un tal Pitágoras. Estaba fuera, en uno de los cafés. Justamente don Desiderio ha hablado con él poco antes. Nosotros estábamos en la Generalitat, con el comisario de Trabajo.

—¡Ah, justamente! Sí, me lo ha dicho.

Se separó del grupo y dio un rodeo por el local, de manera formularia.

—Es una bomba de las grandes, no de esas que ellos mismos se fabrican. Es la

tercera de este tipo que estalla en una semana. Lo que me gustaría saber es cuántas les quedan aún y dónde las guardan.

Su voz salía de una boca concisa y enérgica. Cogió de pronto amistosamente por el brazo a Desiderio y le impulsó a caminar a su lado. Se le confiaba.

—Esa purria murciana es la avanzadilla de Madrid, nada más. Con República o sin ella. ¿Dónde está ese Pitágoras?

—Estaba fuera, en el café, hace un rato.

El jefe salió, se escapó unos pasos apresuradamente. Llamó a dos de sus seguidores:

—Id al café a buscarme a un tal Pitágoras. Llevadlo a Comisaría.

Los dos agentes se marcharon a cumplir el encargo.

Llegaron de nuevo en aquel instante el viejo Rius y el apoderado. Detrás iba el exviajante Vinyals, puesto como un caballero de otro tiempo, las guías del blanco bigote hirsutas y el ribeteado sombrero en la mano.

—Los operarios de los telares preguntan qué deben hacer.

—Hay que seguir como si tal cosa. ¿O es que una bomba es una fiesta?

El viejo Rius había ya vuelto en sí y empezaba a calibrar las consecuencias y la gravedad del atentado. Era necesario mantener la disciplina. Llobet empezaba a estimar de nuevo la presencia de ánimo del amo. En cambio, Vinyals, completamente desorientado sobre la personalidad de quien estaba delante, y confundiéndole con un amigo particular de Desiderio, se lanzó a despotricar.

—Con mucho menos que esto, hace diez años, Martínez Anido hubiera fusilado a siete. ¡A esto le llaman democracia! Esto es sencillamente no vivir.

—Que todo continúe como antes, como si no hubiera pasado nada. Diríjense a los operarios; que por nada del mundo dejen de trabajar. Ánimo, todo se arreglará.

Todos ellos entraron en la sala grande. Las máquinas funcionaban aún, algunas máquinas. Pero en los ángulos y en mitad del pasillo los operarios parecían ajenos a ellas. Don Joaquín pasó entre las del pasillo central. A medida que avanzaba, daba órdenes a los operarios. Les ordenaba que pararan de fabricar. Subió la escalera, entró en su despacho y abrió de par en par la ventana que daba a la nave, descorriendo los visillos, que en general permanecían corridos. Las últimas máquinas pararon en aquel instante.

—Señores —sonó su voz grave y honda, levemente enturbiada por un catarro—, amigos, ha estallado una bomba en la sección de Tintes, que es un asunto de ellos; pero vosotros no tenéis nada que ver, ni la casa tampoco. No obstante, la casa estudiará el asunto y mañana el señor Llobet y mi propio hijo están citados para ver si hay arreglo. Nosotros, a trabajar. Ya sabéis que aquí dentro no puede haber enemigos. Somos una misma empresa, como una familia, una familia con más de cincuenta años de vivir en común. Por tanto, el que quiera algo será atendido como un hijo. Pero ahora a trabajar, a trabajar de firme por la prosperidad de todos, que esta es mi teoría. Si la casa va bien, todos vamos bien. Si no, nos vamos todos a paseo. Nada más.

No era un gran discurso, pero el caso es que uno tras de otro reemprendieron el trabajo. Las máquinas, una después de otra, se pusieron a funcionar, como si allí no hubiera pasado nada.

—¿Cuántos años tiene tu padre? —preguntó el jefe de Servicios a Desiderio, ya tuteándole.

—Setenta y uno.

—Es un roble —comentó.

A la tarde siguiente Desiderio y Arturo Llobet se personaron en la sede de la Comisaría de Trabajo. En la antesala estaba media docena de fabricantes, que aguardaba como ellos la reunión con los dirigentes de la huelga: Bofill, Sarsanedas, Poll y Rodergas. Se saludaron y comenzaban a comentar sus puntos de vista cuando entró el comisario y los invitó a que pasaran a un salón contiguo. Alrededor de una mesa había seis tipos, entre ellos el Pitágoras. Allí estaban también Fermín Ortiz y un sujeto joven, casi cegato, que daba la impresión de quedar ausente: era el Fanegas.

—Señores, hay que resolver este asunto —conminó el comisario, después de tomar asiento—. No saldrán ustedes de aquí hasta que no haya arreglo. Voy a leerles las bases que han presentado los trabajadores, para que puedan entrar en discusión.

A un lado estaban los patronos; al otro, los obreros. Unos y otros no se miraban, como si se ignoraran mutuamente.

El comisario empezó la lectura de la propuesta. Los fabricantes conocían de corrido aquellos puntos: aumento de los jornales en un cincuenta por ciento, jornada de trabajo de cuarenta horas semanales, vacaciones retribuidas, etc.

Terminó la lectura y hubo un silencio.

Tomó la palabra Bofill. Era un hombre joven, muy moreno y espigado, que tartamudeaba levemente en los momentos más impensados.

—No... no... no podemos aceptar esas bases, que son nuestra ruina. Estamos per... perdidos todos, del primero al último. Los márgenes ya son mu... muy escasos, y las cargas fiscales...

Se enzarzaron en una larga discusión.

—Podemos conceder un veinte por ciento, máximo, poniendo en riesgo toda la estructura económica en que nos basamos —apuntó Sarsanedas, ya viejo y grueso, resoplando.

—No, no. Eso es mucho tirar —objetó Llobet—. Los factores en juego no son solamente el jornal y la producción. Estamos obligados a las amortizaciones.

Ortiz tomó la palabra. Hablaba con voz lenta y pausada, monocorde.

—No hemos venido a regatear, sino a exigir lo que el trabajador se gana y lo que necesita para vivir. Para vivir ahogado por la miseria. De modo que o se aceptan las bases o no hay trabajo. Veremos quién aguanta más.

Durante mucho tiempo los fabricantes se resistieron. Algunos de ellos hablaban

atropelladamente; otros, como Poll, lo hacían pausadamente, manejando cifras y echando cálculos. Este propuso una solución racional. Aumento del veintiocho por ciento de los jornales para operarios calificados y del treinta para los peones. Todo ello a base de no alterar la jornada de trabajo. En cuanto a seguros sociales, vacaciones, etc., se hablaría en una próxima reunión, pues no era cosa de comprometerse sin hacer un estudio a fondo de estos temas.

El comisario se había mantenido sin hablar durante las dos horas que ya duraba la reunión. Tomó la palabra:

—Estoy en situación de centrar el diálogo, que celebro haya discurrido en términos de buena voluntad. Y voy a tomar una determinación, a la que unos y otros deberán ajustarse sin reservas. Se establece un aumento del treinta y cinco por ciento para los peones y del veinticinco para los obreros calificados. La jornada se mantiene en sus términos actuales.

Llobet echó un rápido cálculo mental. En «Tejidos Joaquín Rius» la reforma representaba un aumento, en los gastos, de un millón doscientas mil pesetas al año. Aun en el supuesto de que fueran a variar los precios del género, significaría una retracción importante del mercado.

—La cuestión, señor comisario, es la siguiente: no si podremos afrontar estos nuevos salarios, sino la actitud que después de ello tomarán los obreros. ¿Se comprometen a una lealtad al pacto que se firme? ¿O esto será solo un aplazamiento, para luego pedir más?

—Señor Rius —le confundía—, si estas condiciones se aceptan deberán ser lealmente respetadas por uno y otro sector. ¿Es así? Los obreros tardaron en contestar.

—Así es —dijo al fin Ortiz.

—Bien, voy a redactar el acuerdo —y se levantó.

Los otros hicieron lo mismo. Había oscurecido enteramente en el exterior y la sala estaba llena de humo. Los patronos fueron a cuchichear a un ángulo, mientras los obreros permanecían sin hablar, sentados en sus puestos.

Al cabo de un rato volvió el comisario con unos papeles en la mano. Leyó el texto del pacto. Unos y otros escuchaban con atención.

—¿Está conforme?

Asintieron y pasaron a la firma. Desiderio se mantenía al margen, un poco indiferente. No comprendía que aquella cuestión, resuelta de manera onerosa, pero satisfactoria, hubiera ocasionado muertos y atentados y una fricción latente y larga.

En aquel punto se despidió, dejándolos en la maduración y los comentarios del acuerdo que acababan de tomar. Observó a los representantes obreros. Se marcaba en sus rostros una sonrisa de satisfacción, que podía esconder, sin embargo, el orgullo de una victoria y, tal vez, un espíritu de nuevas revanchas.

—Adiós, Rius. Y celebro haber llegado a una conclusión.

Dio la mano al comisario, se despidió de los demás y se fue al hotel. En la terraza le sorprendió una voz amiga. Era Miguel Llobet. Llevaba tiempo sin verle.

Se sentó a su lado, en la mesa que este ocupaba. La terraza del «Colón» volvía a estar animada, ya en la temperatura primaveral.

Le explicó que acababa de estar con su padre resolviendo el conflicto del textil. Llobet le pidió pormenores del atentado del día anterior, y Desiderio le desmenuzó los hechos.

—No se acabará, no se puede acabar de este modo. Tengo la impresión de que la CNT sabe que es dueña de los hombres del Gobierno y que hará valer los votos que dieron a este la victoria. Badía y los de «Estat Català» están resueltos a dar la batalla contra los anarquistas. Me han venido a ver para que forme en sus cuadros. Pero yo no me mezclo en más historias. Además, en julio empiezo el servicio militar...

—¿Y qué pueden hacer Badía y esos?

—El Gobierno no va a atacar a la FAI directamente; pero se valdrá de sus adeptos para desencuadernar la organización. Creo que les da la información y ciertas seguridades. Y piensa que allá ellos...

—Esos de «Estat Català» se están pareciendo cada vez más a los fascistas. Desde luego estamos viviendo en una confusión total. Se acercó hacia su mesa Irene Salvat.

—Creo que os habéis sometido, ¿no es así?

Desiderio la miró desconcertado pero fijamente, a la cara.

—¿No quieres sentarte?

—No, no. Vengo solo a dejarle una nota a don Inda, que está aquí en el hotel. No puedo perder tiempo.

Y se marchó.

Hubo que readmitir a Máximo. Se recibió una orden conminatoria de Magistratura para que así fuera. Hubo que pagarle los devengos atrasados del tiempo en que estuvo ausente.

Llobet no quiso verle de nuevo. Ordenó al cajero que le liquidara y que le rogara que no volviera a poner los pies allí.

—Ha estado encantado; dijo que no contaba ya con volver.

—¡Qué cinismo!

Y Máximo se enroló con la Cucharas en la comitiva que se disponía a ir a Zaragoza para participar en el Congreso Nacional de la Organización.

Parecía que aquel viaje fuera algo desmesurado con que descubrir un nuevo mundo. No eran más que cinco días, de los cuales había que descontar uno para el viaje en autobús, pero era una aventura insólita.

Zaragoza se diseñaba en lo hondo con las agujas del templo del Pilar, borrosas en el ocaso. La Cucharas estaba en su asiento aturdida y fatigada de tanto dar voces. El Máximo estaba medio piripi a causa de los latigazos que se había echado de unas botellas del vino del Pantaleón, que eso animaba el viaje. El suelo del autocar estaba lleno de botijos y de pieles de plátano, de mendrugos y residuos de sardinas, despojos

del desordenado yantar de cincuenta seres vociferantes, y exaltados por la novedad.

Luego fue el desenfardar los bultos en los cuartos de las pensiones y salirse a la calle a contemplar una ciudad nueva. —Que aquí no hay que mangar. Que aquí hay que ir a las sesiones y oír lo que va a decirnos la Federica.

Pero la Cucharas no estaba para cuentos. Ella se iba a la Pilarica, a comprar estampas y figuritas, y hasta le entró la tentación de comprar unos rosarios plateados para llevárselos a la Felisa, la mujer del Rebollo, que le tenía mucha dedicación a estas cosas de la Iglesia. Se decía la Cucharas a veces que será o no será verdad que la Pilarica sea santa, pero lo que no se puede hacer es estar en Zaragoza y desairarla. Muchas de aquellas mujeres compartían su modo de ver y andaban siempre por las cercanías del templo manoseando estampitas, y hasta alguna entró a echarle una súplica a la imagen.

—¡Y qué pequeña es! —se embelesaba la Tanagra, la mujer del Pantaleón, aragonesa ella, a quien su marido había dado autorización y unos duros para el viaje.

—Dejaos ya de gastar en esas mierdas... —argumentó Bolívar, un tonelero murciano que había ido por lo de los debates—. Se es consecuente o no. Y echáis el dinero a los curas y a la reacción. ¡Puercas beatas!

Máximo, en cambio, pululó por las proximidades de la Casa del Pueblo, atento a los acuerdos y a las sesiones. Naturalmente que él no entraba en las secretas, que mantenían los altos dirigentes. Pero se enteraba de lo que allí se había dicho. Y el día del mitin monstruo en la plaza de toros, por bemoles hizo que hasta la Cucharas ocupara su puesto a su lado en el tendido de sol. Mas ¡qué recuerdos y qué vértigo le dio de ver el ruedo lleno de gente y qué atisbos de volver a lanzarse un día impensado en mitad de la función, como la vez aquella!

Mas esta vez era todo muy distinto. Se escuchaba la voz enérgica y ardiente de los oradores: «Los compañeros nuestros que han sufrido la cárcel y aquellos héroes asturianos que dieron su sangre por la revolución integral nos exigen que pasemos a dominar la situación de España y que esta tierra no sea nunca más un antro de financieros y de curas sanguinarios amparados por la Guardia Civil». O en otras ocasiones: «La sangre que nos han hecho derramar tienen que soltarla ellos hasta cubrir toda la geografía. Hay que asolar los templos, que derruir los Bancos y elevar sobre sus cimientos la nueva sociedad proletaria. Energía y valor, compañeros». Y como cantó la Federica: «Se trata de la unión del proletariado, sin reservas, para llevar a término la acción que hemos emprendido. Cien años de lucha van a culminar. Compañeros, preparaos todos para el instante en que suene la hora».

A la salida de la plaza le parecía increíble que la gente burguesa paseara todavía por la calle con aquel aire resignado y placentero que toman cuando es domingo y el sol luce benignamente sobre las cosas. «¡Bobos, ya veréis la que se arma! Sí, tomad vuestro café con leche, dadle besitos a la nena, que os van a cascar. Y aún pasea un cura tan tranquilo por la acera, un deán o algo así, conversando pacíficamente con un caballero con botines. ¡Jodidos tipos!».

—¿Qué dices, qué masticas y qué monsergas cuentas solo? le interrumpió la Cucharas—. ¿O es que no estás contento?

—¡Cállate ya, estulta, que estoy pensando en la situación! —respondió él, con un gesto brusco en que amenazaba con darle un revés—. Tú no entiendes la gravedad de los hombres. A ti, solo la cama y las cochinas estampas. Eso es Zaragoza para ti; y la acción social, al carajo. ¡Si te digo que eres como ellos!...

Matías Palá observaba con detenimiento la facha que hacían los viajeros de la CNT cuando se disponían a subir a los autocares. Con Anselmo, su ayudante, había parado el camión en una de las travesías del Coso zaragozano y se entretenía ahora en contemplar a aquella muchedumbre abigarrada aposentarse en los autocares para emprender el camino de regreso, después de los días del Congreso Sindical. Había seguido al día lo que traían los diarios respecto a esta Asamblea; y, sobre todo, lo que de ella podía ser más grave e inquietante: la aproximación presentida entre la CNT y la UGT: la primera, con efectivos en Zaragoza, Asturias, Barcelona; la segunda, con sus grupos organizados que cubrían Madrid y el campo. Todo el mapa laboral de España comprometido ya en una acción conjunta. Las consignas batían ya el aire y se hacían tinta en octavillas y cartelones. «Uníos, hermanos proletarios, UHP» y las siglas unificadas «CNT-UGT» empezaban a leerse por doquier en paredes y muros.

Matías Palá había salido de Barcelona el día anterior, a bordo de un camión con una carga de conglomerado de corcho con destino a Andalucía. Su viaje no era más que una consecuencia de la inquietud que sentía respecto a la situación y que, lamentablemente, podía advertir que apenas era compartida por nadie, salvo sus compañeros de la tertulia nocturna del Ateneo. Entre los políticos con quienes había participado en la candidatura electoral, la psicosis era de desánimo y de indiferencia. Pero de vez en cuando encontraba alguno cuyo modo de enjuiciar las cosas le demostraba que no estaba ni chiflado ni sometido a una depresión nerviosa, como alguien había llegado a suponer. Aparte de los elementos de «la caverna», estaba Anselmo, su capataz; hombre de principios religiosos y que no tenía contacto alguno con el Sindicato, advertía como él mismo la formación del tornado revolucionario. Y su sobrina Blanquita, pocos días antes, como salieran a comentar los sucesos que ensangrentaban las calles, aventuró una opinión que no podía haberse forjado ella sola.

—Están preparando la revolución, que no será como otras veces, un golpe de fuerza que se pueda reprimir. Esta vez van a hundir a España.

Matías Palá observó el rostro rubicundo y bello de la muchacha, que se manifestaba tan persuadida y segura de las consecuencias del desorden. Le preguntó si había hablado con alguien de esta cuestión.

—Sí, he hablado de esto con el doctor Foz.

Recordaba a este hombre. Era un atleta corpulento y severo, con quien Blanca

trabajaba, y que había logrado cimentarse una fama de cirujano labrada día a día en el quirófano y en el aula. Profesor de la Facultad de Medicina, tenía una cierta autoridad entre sus alumnos, los estudiantes.

—El doctor Foz es amigo de José Antonio Primo de Rivera. Yo no sé si te lo puedo decir, pero es de la Falange.

—¿Es fascista?

—Es de la Falange. Y... yo también lo soy.

Era la primera vez que Matías Palá oía hablar en serio de esta organización, que en Barcelona no tenía apenas importancia. Lo consideraba como un grupo más de benditos chiflados que gritan y se manifiestan, sobre todo en Madrid, donde con frecuencia provocaban escaramuzas sangrientas.

—¿Y quién es el jefe?

—José Antonio Primo de Rivera.

Ahora recordaba. En principio podía no ser más que un deseo de guardar de la calumnia la memoria del viejo general; o de restaurar en un momento dado una dictadura semejante a la que, en definitiva, había dado indirectamente origen a la República.

—¡Bah! Eso no lo detienen los gritos de cuatro jovencitos.

Pero fue madurando en su interior la idea de conectarse con todos aquellos que presintieran, como él mismo, la vuelta trágica que podían tomar las cosas. Días después volvió a debatir este tema con ella.

—José Antonio está actualmente en la cárcel. Le condenaron por tenencia ilícita de armas o algo así. Simplemente, un pretexto. Pero le pediré unas letras para alguien de su proximidad; quizá Fernández Cuesta, Sánchez Mazas o Foxá. Hay que andar con mucho cuidado. No se pueden hacer las cosas a las claras.

Ahora Matías Palá llevaba entre sus papeles un mensaje para el propio José Antonio, aunque estuviera en la cárcel.

Pero las causas del viaje eran de nuevo la pretensión de observar por sí mismo la situación de España en los campos, en las carreteras, a la vuelta de los pueblos, en los cafés de las comarcas, en las tabernas mínimas de los villorrios, camino de Andalucía. Y conectar en Madrid con quienes creía que eran los únicos que podían y debían percibir el peligro: Calvo Sotelo y los militares. Donde se cultivaran sus mismos recelos y reservas, allí debía ir.

Terminó de ver la puesta en marcha de la comitiva que, autocar tras autocar, alejaba a los militantes sindicales de su lugar de reunión. Una estela chillona de cantos revolucionarios se iba alejando, mientras de las ventanillas salían piñas de puños alzados. Sin embargo, aquello no pasaba de ser un festejo popular, un picnic proletario.

—Vamos, Anselmo.

El capataz se dispuso a subir al camión. Era un hombre de unos cuarenta años, bajo y moreno, con una estructura fuerte y maciza. Era navarro y creía en Dios.

Conducía un camión, pero era partidario de don Jaime. Dios, Patria y Rey; nada más.

Era un «aizcolari» relevante. Cuando iba a Tudela, su pueblo, ejercía aún con los mozos el deporte y partía a hachazos un grueso tronco de abedul antes que nadie.

Se puso frente al volante y Matías Palá se sentó a su lado. El transportista se había camuflado ligeramente para aquel viaje. Llevaba una camisa marrón de cuello abierto y un pantalón de pana. Sin embargo, su rostro traicionaba su condición. El pelo plateado, muy liso hacia atrás, en las sienes, le traicionaba, así como las cuidadas manos.

El camión se puso en marcha y enfiló a la salida de la ciudad la carretera que lleva a Madrid. Iba oscureciendo lentamente y el crepúsculo pintaba en lo hondo un tráfigo de nubes carmesíes. La llanura se tendía inmensa a ambos lados de la carretera. Avanzaban sin prisa sobre la larga franja gris del asfalto; pronto la luz se hizo imprecisa y el conductor encendió primero los focos de ciudad, luego los de cruce. Al salir de La Muela el camión se bamboleó ciegamente en el desnivel, pero siguió su camino. Era casi totalmente anochecido y al doblar una curva salieron de detrás de unas rocas una partida de hombres. Dos de ellos llevaban en las manos unos gruesos palos y a otros dos se les descubría que ocultaban algo en el bolsillo del pantalón, al que palpaban nerviosamente.

—¡Camaradas, alto!

Anselmo paró el vehículo; quedó apostado a un extremo de la carretera.

—¿A dónde vais, amigos?

—A Madrid, a descargar.

—¿De quién es la carga?

—Va para unos cosecheros de Andalucía.

—¿Y el camión?

Anselmo sacó unos papeles. Los otros los miraron, a la luz de un farolillo que uno de ellos sacó de entre unas mantas.

—Vais a llevar a este a Calatayud, ¿de acuerdo? —ordenó uno de ellos, constituido en jefe de la banda—. Y si encontráis a la Guardia Civil, es uno de los vuestros, ¿entendido? Tú, Raspa, ven para acá.

Emergió del grupo un tipo alto, canijo y enjuto, una especie de alambre con huesos cuya cara, de pómulos salientes y levemente sonrosados, denotaba hambre y odio. Unos ojos negríssimos, hundidos en las cuencas, causaban cierto pavor por la manera intensa e inexpresiva de mirar.

Le hicieron un hueco en la carlinga. Tenía un olor raro a sudor antiguo, a paja y a leños. El camión arrancó de nuevo con su huésped en mitad de los otros dos.

No decían palabra. Los faros iluminaban ahora la ruta, que estaba solitaria y solo iluminada por una luna creciente, que patinaba en las cosas y convertía a los arbustos de la llanura en espectros de una fauna increíble.

—¿Qué traéis aquí detrás? ¿De verdad es solo corcho?

—¿Qué iba a ser, si no? —respondió Anselmo.

—Anteayer, en Calamocha, pillaron a un camión como este, que llevaba armas largas. ¿Para quién? No se sabe.

—¿O crees que nosotros vamos a llevar armas? —respondió Anselmo, carcajeándose.

Luego entraron en una larga zona de silencio. Mucho rato después enfilaban las cuestas de El Frasno. El paisaje se perdía en las profundidades formando hondos barrancos, en cuyos valles brillaban las lucecitas de los pueblos.

—Aquello es Mantilla de Aragón —indicó el Raspa—. Allí se cargaron al cabo, y un número salió herido a pedir auxilio. Lo abatieron los de Jaraba, al otro lado.

—¿Estabas tú con ellos? —inquirió Anselmo.

El Raspa volvió la cabeza y le miró entonces fijamente un largo rato, con su mirada negra e inexpresiva. De nuevo miró hacia delante.

—No. Yo no estaba —musitó al fin.

Tras muchas revueltas se advirtieron al fondo las luces de Calatayud, levemente cubiertas de bruma.

—No me entréis en el pueblo. Dejadme en el paso a nivel. Lentamente se acercaron al paso. El camión aminoró su marcha. Frenó con lentitud.

—Salud, compañeros. Y que haya suerte.

Bajó el polizón, casi trabucándose en la caída. Pronto no fue más que una sombra lejana que bordeó la pilastra del puente y se perdió en la oscuridad.

Llegaron a Madrid a la noche siguiente. Anselmo se marchó a Lavapiés, donde tenía unos parientes, después de dejar el vehículo en un garaje. Matías Palá se apeó en el Palace, cuyos porteros dudaron en dejarle pasar, hasta que le reconocieron. Allí tenía mudas de ropa y trajes para proseguir su vida normal.

Al día siguiente, don Manuel Azaña tomaba posesión de la Presidencia de la República. El hotel estaba lleno de diputados de provincias y de gobernadores civiles y funcionarios, secretarios y pequeños cabecillas, llegados para esta ocasión. Al cruzar el *hall* Matías Palá se encontró con un antiguo conocido del Club de Natación, un tal Morera, traficante en lana. Le informó de que Nicolás Borredá iba a ser nombrado seguramente ministro en el Gobierno que sustituiría al actual, y para presidir el cual se citaban dos nombres: Casares Quiroga y Ruiz Funes.

—¿Ministro de qué?

—Creo que de Trabajo.

La noticia quedó confirmada aquella misma noche.

—Siga usted solo hasta Sevilla —ordenó Palá a Anselmo—. Nos reuniremos a la vuelta. ¿No le gustaría pasar unos días en su casa? El navarro sonrió.

—Si eso conviene...

—Yo creo que sí.

Nicolás Borredá se albergaba en el mismo hotel. Matías Palá aspiraba a

encontrarlo, topándose con él, y a poder tener con él una sentada. No era sencillo en aquellos días.

Pero la ocasión se presentó impensadamente, en el momento en que el flamante ministro entraba a las doce de la noche de un jueves, de vuelta de la sesión de presentación del nuevo Gobierno en las Cortes. No iba con él más que su secretario, y Matías le abordó. Contra lo que suponía, Borredá le acogió amistosamente.

—Tomemos un *whisky* en el *hall*. No se vaya, Martínez. Quédese con nosotros, el amigo es de confianza —insinuó al secretario, que era un hombre de media edad, ceremonioso y bien vestido, con cara regordeta y sonriente—. Este caballero me da a veces unas fenomenales palizas a frontón —explicó, presentándolos.

Esa efusión cordial y sociable no hizo la menor gracia a Palá, pero lo disimuló. Él hubiera deseado hablar con Borredá sin testigos. Pero, por lo visto, el otro tenía la precaución de conservarlos, justamente para que el transportista no pudiera derivar la conversación a cauces molestos.

Y así fue. Apenas si, tras un preámbulo de enhorabuenas por el curso de la carrera política de su interlocutor, pudo Matías Palá esbozar levemente el motivo de su inquietud.

—... porque la situación social no es clara —explicó—. La gente que tiene intereses y que son la base de la economía, está cada vez más alarmada. Y luego los atentados y el campo, en permanente sobresalto.

—Bueno, bueno... Palá; ¿tú qué crees: que un cambio se puede producir sin sobresaltos? Pero no te alarmes. Tus camiones seguirán marchando.

Todavía la conversación se fue prolongando. Pero era Borredá quien la llevaba. Era una conversación retrospectiva, que aludía a ratos antiguos pasados en común, a determinadas muchachas que habían perseguido juntos, en su juventud. «Ya ves; y ahora pensando en los bienes de producción».

En un momento determinado, al final del *whisky*, Matías Palá abordó de nuevo la cuestión que le preocupaba.

—Una mayoría sana del país está advirtiéndole que la política que estáis llevando es simplemente la instauración de la revolución en el poder. Lo advierte con espanto. Estáis creando un clima de guerra civil.

Borredá no se inmutó. Miró a su secretario, que tenía una sonrisa irónica. Bebió un sorbo de *whisky*.

—No haga caso, Martínez. El señor es de derechas. Y se levantó.

—Bueno, Palá —dijo, tendiéndole la mano—. Espero que nos veremos pronto —y le dejó sumido en una honda preocupación.

Subió a su habitación un rato más tarde. Por debajo de la puerta habían dejado un diario de la noche. Aparecía plagado de blancos. «No pueden gobernar sin los mismos instrumentos que utilizaría un jefe de la partida de la porra —se dijo—. Nunca la censura en España ha sido tan implacable». Hojeó el diario. En un ángulo había una noticia, en media columna: «Los hermanos Badía han sido asesinados en

Barcelona». ¿Y qué más da?, pensaba. Todos acabaremos así. Ellos y nosotros.

Se tumbó en la cama.

«Pero ¿quién escucha en este país?, ¿quién escucha?».

Y los días que siguieron no hicieron más que aumentar en él esa sensación de zozobra y esa inquietud. Intentó visitar en la cárcel a José Antonio Primo de Rivera, pero después de unos sondeos respecto a la oportunidad de la visita desistió de ello. Quien le aconsejó que no lo hiciera fue don Félix Palomo, un diputado del Partido Agrario que era cliente suyo y con quien le unía una amistad antigua. Era un conservador ponderado y cauto, para quien los chicos de la Falange eran unos locos, unos frenéticos inexpertos que pretendían actuar contra la revolución con sus mismas armas. Y por tanto serían barridos y eliminados por los otros.

—Son unos aficionados que no hacen más que dar pretexto a la sangre. José Antonio es un muchacho inteligente y honrado, y todos ellos son chicos de buena fe, pero no irán a ningún lado. A esos se los comen en crudo los revolucionarios de verdad. No, a quien tiene usted que ver es a Calvo Sotelo. Le arreglaré una cita con él.

Paseaba por la Carrera de San Jerónimo cuando advirtió el vocerío de unos vendedores del periódico de la Falange Española. Eran unos muchachos con camisa azul que gritaban hasta desgañitarse la palabra «Arriba». Se metían en los grupos, entraban en los cafés, pero la gente pasaba apresurada por su lado, como amilanada. Él cruzó también a toda prisa por la plaza de Canalejas hasta meterse en Lhardy para tomar una taza de caldo. A mitad de su libación sintió los ecos de un tumulto que se organizaba en la calle.

Había sustos y carreras y al poco se oyó el trepidar inconfundible de los cascos de la caballería.

Luego vio cruzar ante la puerta a un grupo de guardias de Asalto con la porra en la mano. La *brasserie* se había llenado de gentes que se apelotonaban, mirando al exterior.

—Todos los días hay palos. Vender no venden ni una pieza, pero vienen solo a que les den.

Era el encargado del local quien hablaba. Había un caballero de aire aristocrático, con un traje gris listado de blanco y americana cruzada, zapatos de crepé, muy atildado él y con una perla en la corbata.

—Solo ellos están en su lugar. Lo demás es bazofia y miedo. Sí, señores —empezaba a entusiasmarse, hablando ya en voz alta, para todos—. Solo ellos están dispuestos a todo.

El camarero se hacía el distraído.

—¿Otra copita, señor duque?

Sonaron unos disparos, tres o cuatro, muy cerca. Se hizo un silencio, unos

instantes.

—¡Viva España, señores! —habló el duque—. Sí, ponme otra copa. Por esos valientes.

Matías Palá se abrió paso hasta la puertecilla del local; salió a la calle, casi desierta. En los balcones y en las esquinas había grupos de gente atemorizada. Una ambulancia entró en la plaza de Canalejas y paró junto a una de las cóncavas esquinas. Unos guardias entraban a un herido en el carricoche.

Torció hasta el otro lado, a la Puerta del Sol. En la entrada de la carrera de San Jerónimo un grupo de hombres en mangas de camisa y alpargatas observaban al otro lado. Se fijó en sus miradas y en sus rostros. Eran de una gravedad total. Parecían hoscas estatuas.

Más lejos, la ciudad tenía su tono habitual, como si no le afectara lo que ocurría en una esquina próxima, como si el incidente fuera una página de un libro que se puede saltar sin perder la trabazón del relato.

—¿Qué ha pasado allí?

—¡Qué sé yo! Esos de la Falange, que han armado un alboroto.

—Dicen que hay un herido.

—Con su pan se lo coman. Vamos a casa, que eso no tiene buena pinta.

—¡Mira tú que todos los días lo mismo!

Era una pareja que acababa de encontrarse en la calle del Carmen.

Luego otros diálogos, pillados al azar.

—Eso es porque Escartín es del Madrid, que si no... ¿a santo de qué le mete dos goles al Atleti?

Dando un rodeo se fue al hotel. Le entregaron en el casillero la nota de una llamada telefónica. Podría visitar en su bufete al señor Calvo Sotelo aquella tarde a las seis.

Cuando a esta hora pisó la sala de espera del diputado, le entró una sensación de calma heroica, de sosiego imperturbable en la disposición de los muebles, en el tono de las paredes, en la biblioteca de libros regulares y ordenados y en la simetría de algunos cuadros con retratos familiares. Una orla, llena de pequeñas cabezas, simbolizaba un recuerdo escolar.

Se oyeron unas voces graves, que ya se despedían en el pasillo, con la puerta abierta. Luego se abrió la puerta acolchada que daba al despacho y apareció la figura del hombre público, igual al de las fotografías que de él publicaba la prensa. Era un hombre aplomado, corpulento y cortés, con una sonrisa en los labios anchos y una mirada clara, directa y transparente, pero llena de gravedad.

—Pase usted, señor Palá.

Le hizo sentar frente a su mesa, mientras él se situaba al otro lado. El despacho estaba totalmente rodeado de los anaqueles, llenos de libros. En algún lado sonaba el repiqueteo de una máquina de escribir.

El silencio era total, salvo este rumor y el de algún vehículo de motor al cruzar la

calle. Los árboles urbanos, en aquella tarde de principios de mayo y en el sosiego burgués de la calle de Velázquez, iluminaban el aire con un verde resol primerizo.

—He recibido sus líneas y me interesa hablar con usted. Dígame qué se le ofrece.

—Usted puede percibirlo mejor que yo mismo. Ya en vísperas de esta situación acepté enrolarme en la candidatura de derechas de Barcelona contra mi voluntad, solo para luchar contra el caos que ahora nos envuelve. Luego... he transitado por España, por el Norte de España y por la ruta de Madrid. No es necesario viajar para sentir lo que ocurre; basta con leer los diarios.

Miró a la cara a su interlocutor.

—Lo peor es la inanidad de los que debieran estar preparados para todo. Hablo con la gente y hasta los mejor preparados se resignan a presenciar la derrota moral de España. Incluso visité al general Mola en uno de mis viajes a Pamplona. Mi visita de hoy es solo una pregunta inquietante. Señor Calvo Sotelo, ¿cree usted que la situación de España puede tener una solución parlamentaria?

Calvo Sotelo se echó para atrás, entornó brevemente los ojos, como si intentara concentrar en una respuesta digna la cuestión que le era planteada. Dijo al fin:

—Intento siempre ser sincero. Y voy a serlo con usted: no lo creo. Pero estamos en el deber de intentarlo.

—¿Y en el caso de que no fuera posible?

Encogió los hombros.

—Solo una sacudida cívica podría volver las cosas a su cauce.

—¿Qué es una sacudida cívica?

—Tampoco lo sé. Tampoco preveo cómo pudiera ser esa sacudida cívica. Intento decir que no podría ser una intentona al uso, ni un golpe de mano, nada de esas láminas del siglo XIX. Habría de ser otra cuestión. Pero, desde luego, alrededor del Ejército.

Matías Palá se franqueó totalmente.

—Le extrañará mi visita; pero es que he venido a ponerme a su disposición. Tengo una empresa, una empresa no modesta, de transportes. Tengo, además, elementos y medios que pueden ser útiles a cualquier reacción bien llevada. Vengo a usted porque es la persona civil más eminente de las que pudieran encabezar una vuelta a la normalidad y restaurar el orden. Pongo a su disposición todo lo que poseo, y también mi pobre persona.

—Gracias, señor Palá. Pero no veo otra forma de encarrilar las cosas, por el momento, más que a través del Parlamento. Si esto cambia algún día y está en mi mano, tendré en cuenta su ofrecimiento. De momento, hay que aguantar.

Hizo un ademán pausado, pasando la yema de sus dedos por la sien.

—Vienen a verme gentes; como usted, como muchos en este país. Yo no soy un cabecilla, soy un abogado, creo en el Derecho y creo en la Ley. Y, sobre todo, creo en el Ejército, a quien ahora quieren destruir. Para mí, en determinadas circunstancias, el Ejército no es un brazo de la Patria, sino su columna vertebral. Esa gente que me

anima y que me empuja se van muchos de ellos desilusionados. Algunos engruesan las filas de la Falange, son hombres de acción directa. Yo no, señor Palá. Todavía no lo soy. Quizá los hechos me obliguen pronto a serlo. Por ahora soy solo un político parlamentario, monárquico por naturaleza, aunque mis sentimientos personales no me impedirían servir a la República. Hoy, la cuestión de régimen es aleatoria; creo solo en una España católica y activa. En otra, no puedo creer.

Hubo una breve pausa.

—Si el sectarismo de las gentes del Gobierno nos lleva a extremos impracticables, solo entonces tendremos ocasión de comprobar la profundidad del mal y si quedan estímulos nobles y sanos en la masa sacrificada del país. Pero ahora, no es el momento de comprobarlo... aún.

Le agradaba la serenidad, el temple de aquel hombre, joven aún, que medía sus palabras y que parecía un antiguo prócer romano.

—Se puede hacer la luz todavía. Sí, se podrá hacer...

Cuando se despidió en la puerta y se sintió solo, le serenó la tarde por aquel temple que había descubierto y en el que parecía congregarse la fuerza de una masa oculta, pero perenne, de las sustancias españolas.

«Ojalá sea así —se dijo—. Si él cree en la Ley, yo voy a creer también en ella. Por lo menos, durante un tiempo, hasta que ya no se pueda más».

Anselmo regresó a los dos días, después de un viaje lleno de sorpresas y de aventuras. A la ida pudo transitar sin dificultad. Pero ya en Sevilla se encontró con una huelga local que paralizó la vida de la ciudad. La partida de corcho la descargó de noche, con la ayuda de los empleados de la empresa embotelladora a que iba destinada. Explicó a Palá el aspecto que la ciudad ofrecía en esas jornadas. Habían sido quemadas unas iglesias en tres pueblos de la provincia y había habido una batalla campal en el cortijo «La honda», del conde de Milamontán. Los mozos insubordinados habían matado a palos al capataz, y a su familia con niños de corta edad. La Guardia Civil los había seguido hasta el campo, donde le hicieron frente. Habían muerto un guardia y cuatro mozos, pero siete más andaban aún libres, dedicados a la quema y al pillaje. Sevilla entera hablaba de estos sucesos. A la vuelta, con el camión vacío, no pudo salir sin un papel del Comité de la comuna local, dirigida por un tal Santos. Ese Comité tenía un retén en todas las salidas de la ciudad. Santos era un tuerto con mala sangre que le hizo toda clase de preguntas e inquisiciones. No había habido más remedio que mentir. En Despeñaperros le salieron al encuentro una partida de elementos armados; había mujeres entre ellos. Le hicieron bajar, le cachearon, le llevaron con ellos a una especie de campamento que tenían entre los riscos. Tres días antes habían hecho parar el expreso y se habían adueñado de unas sacas de Correos, confundiéndolas con la paga de la Tabacalera. Le enseñaron al fondo de un barranco los residuos de estas sacas, despeñadas. Le había

costado un esfuerzo ímprobo persuadirlos de que le dejaran continuar. Lo hicieron, pero cargando a cuatro de ellos, tres hombres y una mujer, hasta Cuernavieja, en la provincia de Toledo. En fin, un viaje deplorable, agitado. Por el mapa de España ya no se podía transitar.

—Pero ¿y la Guardia Civil? ¿No había fuerza pública?

—No hay ya fuerza pública, en las carreteras, por aquellas zonas. Ya no se acercan a los caminos. Permanecen en los pueblos, congeniando con los revolucionarios, que son los amos de cada localidad. No se atreven a cumplir con su deber.

Matías Palá miró fijamente a su capataz.

—Mañana saldremos hacia Pamplona. Te convienen unos días de descanso en Tudela, tu pueblo. Yo quiero ver qué pasa por allí.

Pero por la noche lo pensó mejor. Cuando al día siguiente se encontró con Anselmo en el garaje, para salir hacia el Norte, rectificó su orden.

—Vamos a casa. Es inútil seguir por aquí.

Y tomaron la carretera de Barcelona, resueltos a no parar hasta llegar a su ciudad, al otro lado el mapa.

XVIII

SE HABÍA INAUGURADO en la ladera de Montjuïc, sobre la explanada de la estación del funicular, una terraza con música llamada «Saigón». Ante el espectáculo de la ciudad iluminada, los alaridos de la trompeta de Napoleón volaban sutilmente por el aire nocturno; se deslizaban entre las mesas, gravitaban en la luz radiante de las lámparas, entre la muchedumbre elegante o agotada que bebía *whisky*, satisfecha de sí, encumbrada al ensueño. ¿Qué ocurría en la calle? ¿Qué decían esos señores en el Parlamento? Las preocupaciones de la jornada parecían bandeadas por el reflejo dorado de los vasos donde tintineaba la bebida entre trozos de hielo.

Desiderio Rius entró en el local en compañía de Miguel Llobet. El muchacho había ido a tomar con él un aperitivo en la terraza del «Colón»; la conversación había dado su vuelta habitual. En primer lugar, el teatro. *Doña Rosita, la soltera* no era ya más que un recuerdo. Margarita se había ido para preparar su temporada en América. Lorca la encontraría en Buenos Aires. De momento, el poeta pretendía pasar una temporada en Granada, su tierra, junto a los suyos. Se disponía a escribir una nueva obra, para llevársela a Margarita a Buenos Aires: *La casa de Bernarda Alba*, con solo mujeres en el reparto. De lo demás, poca cosa. Sí, una obra de Arniches, *Yo quiero*, una delicia. El sainete se retoca en drama humano, una pequeña pieza maestra. ¿Qué más?

Luego, las incidencias personales del hijo de Llobet.

—Llevo un mes de instrucción, pero me trabuca todas las horas. Todos los días a las ocho. Los demás, mis compañeros, son muy buenos. Hay alguno extraordinario.

Desiderio recordó entonces sus buenos días de cuartel, veinte años atrás. Estaba sentado allí mismo, en esa misma terraza. A su lado, Pablito de Inglada. Más tarde, Anselmo Durán; y Rovira, y los otros...

—Era una época extraordinaria. Barcelona estaba llena de mujeres hermosas. Ahora no hay aquellas mujeres, o tal vez a mí me lo parezca. Tenía yo una novia, una tal Jeannine...

Pero no insistió mucho en ello. De pronto se puso a pensar, sin saber cómo, en Crista. Y recordó un beso que le dio en el Polo, una tarde de Concurso, en que cayó del caballo. A veces una imagen fugaz, un destello, abren un arca de recuerdos que vienen con todo su perfume, como un manantial desbordante. ¿Cómo había podido sobrevenir la ruptura y cómo podían haber cambiado tanto ellos dos, hasta desconocerse? ¿Qué ley de mudanza conduce a los seres por la vida, que los separa de pronto, como si jamás se hubieran visto?

Era ahora Miguel quien hablaba. —Por fortuna, en el Parlamento las cosas vuelven a su lugar. El debate sobre la intervención de los cambios pone un respiro en la asfixia de orden público que estábamos sufriendo. Los de «la caverna» están

esperanzados.

—¿Tú crees?

Hasta *El Socialista* parecía reconocer la situación. Sacó un recorte de periódico de su bolsillo: «El socialismo puede socializar la riqueza, pero jamás será capaz de socializar la miseria».

—No está mal. Pero todavía hay atentados, y en el campo la cosa es peor. Aquí, ya lo has visto. Huelga de basureros y de los empleados mercantiles. Mi padre está que bufa: nunca se habían declarado en huelga los empleados de oficinas.

—Los de «la caverna» están esperando a que se rompa el Frente Popular. ¿Sabe que los amigos de Largo Caballero pusieron en un compromiso serio a Prieto, en Écija, cuando fue a dar un mitin? Y a su vez, Largo Caballero ha sido abucheado por los anarquistas en Zaragoza. «La amargura que llevo dentro se me escapa por las puntas de la pluma», ha escrito Prieto, también anteayer. Rafael Mas, Matías Palá y hasta Guimerans esperan que Calvo Sotelo posponga su modo personal de actuar como monárquico y se una del todo con sus compañeros del bloque de derechas, a condición de ir a una retirada colectiva del Parlamento. Y, en efecto, ¿a qué se van a quedar allí? Ni siquiera merece la pena compartir la responsabilidad de la oposición, ya que ni los escuchan. Además, decía Rafael Mas que la pugna entre la UGT y la CNT es cada vez mayor. Solo vuelven a unirse cuando les hablan de un levantamiento militar. Los republicanos burgueses han delegado en Marcelino Domingo para que conmine a Casares respecto al orden público. Se advierten muchos puntos que pueden resquebrajar rápidamente al Frente Popular. Y esto es lo que esperan los de «la caverna». En esta esperanza se mantiene Rafael Mas, según leerá en sus artículos. Hace unas semanas, cuando volvió Palá de Madrid, era de un pesimismo total. Ahora parece que se ha recuperado.

Miguel Llobet hablaba con rapidez, con precisión, sin titubeos. Estaba al tanto de todo.

—Te propongo una cosa. Cenas conmigo, aquí, y luego vamos a ver qué es eso del «Saigón» — terció de pronto el hijo de Rius.

Cenaron, prolongaron la sobremesa. La política ya no les preocupaba. Era un rápido brochazo en la conversación, una pincelada de tonos grises y distantes.

Cuando entraron en el local de Montjuïc, bajo unos tilos y el toldo del techo por el que asomaban, lejanos, los reflejos de muchas estrellas, Desiderio sintió un desasosiego, un ramalazo de inquietud al verse mezclado con aquella podredumbre apiñada, que cruzaba entre las mesas o que danzaba apretadamente en la pista central.

—Llevaba meses sin pisar un local de noche. Me entró de pronto como una especie de pereza o de angustia de verme entre las caras conocidas —explicaba a Miguel, mientras el camarero les encontraba una mesa.

Los puso en un ángulo, en un rincón, cobijados por la fronda de uno de los tilos. Desde allí se podía observar el local sin que los viera más que aquel que se empeñara en hacerlo.

El jazz percutía en el aire. Estaban tocando el *Singing in the rain*, de Cole Porter, una creación reciente de Fred Astaire. Era una música suave y persuasiva, bonancible como la temperatura y el ámbito.

—¿Y qué sabes de Irene?

—Nada; que está frenética, como desbordada por la política y por lo que ella llama la «cuestión social». No me veo con ella. ¿Sabe qué me han dicho? Que se ha separado de Borredá, desde que es ministro, por considerarlo demasiado burgués.

—No me extraña.

En efecto, a Desiderio no le extrañaba. Ella era más loca que su jefe que, hiciera lo que hiciera, procuraba mantener íntegra su precaución.

El camarero les sirvió unos *whiskies*. Al llevar el sabor del vaso a la boca sintió Desiderio otra vez la desazón inapreciable que había tenido al entrar al local, como si algo imprevisible le rondara. Cesaron lentamente los compases de la música y un trasiego de gentes que salían de la pista y recuperaban sus lugares turbó de luces y sombras el rincón en que estaban. Se iluminó la pista, mientras decrecía en el conjunto de la sala la luz del local.

Entonces advirtió una silueta y un rostro precisos, en una de las mesas de la pista, entre un grupo de amigos. Era algo que llevaba impreso en su interior, y brotó hacia fuera como sale del papel la calcomanía. Era Crista.

La luz daba en su rostro y en sus brazos, descollaba en su fúlgido escote y reverberaba en sus negros ojos.

Permaneció un instante fijo en ella. Estaba hecha para lucir en aquel lugar. Bajo los focos, pese a los años, estaba singularmente hermosa. A su lado, un hombre le hablaba casi al oído, mientras ella echaba el torso hacia atrás y estallaba en una risa que se perdía entre el fragor de la sala. En otros lados de la larga mesa había un grupo de parejas diversas, hombres y mujeres y una dama de edad, con el pelo blanco, muy delgada y fumando en una larga boquilla. A ninguno de ellos conocía Desiderio.

Se preguntaba quiénes podían ser esos acompañantes, en aquella mesa en la que habían sin duda cenado, a juzgar por la profusión de botellas y los cubiertos que los camareros estaban ya retirando, mientras otro colocaba sobre el mantel una batería de botellas de champán en sus cubos.

«Lástima que sea tan estúpida», pensó, observando cada uno de sus gestos y ademanes e imaginando las sandeces que le estaría riendo al engominado acompañante.

En aquel instante sonó la orquesta. Apareció en el tablado la figura menuda de Estrellita Castro y tintinearón unos cascabeles en la cercanía. Eran los primeros compases de «María de la O».

Esta diva rural y folclórica tenía una expresividad maliciosa; agitaba los brazos y el cuerpo en contoneos que pudieran parecer irónicos, no exentos de humor. La gente la escuchaba con atención. Pero Crista y los suyos proseguían el bullicio, como si nada ocurriera en la pista.

Bebió su vaso casi de un sorbo. Se sintió infundido de un extraño buen ánimo, como una repentina sacudida.

—Está allí mi mujer —informó a Miguel—. Es raro encontrarse de este modo —manifestó.

Miguel le observó, sin comentar.

—Es aquella dama con el vestido blanco.

Miguel miró a la mesa de la pista.

—Sin duda es guapa, ¿no es cierto?

—Sí, es muy guapa —respondió Miguel.

Se le ocurrió de pronto que la situación, vista por terceros, pudiera resultar insólita. ¿Qué hacían allí, cada cual por separado, a la vista de todo el mundo? Intuyó en un instante que de todos modos la actitud de ella, por descarada que fuese, era más brillante y natural que la suya propia. A Crista se le notaba a las claras que no le preocupaba ya lo más mínimo el trámite de divorcio y que afrontaba a las claras su separación, sin disimulos. Él, en cambio, aparecería ante todos como un ser esquivo, avergonzado de sus actos. Era la suya una posición incómoda en aquel lugar.

Echó una mirada a las mesas del local. Contiguos a la mesa de Crista, por la parte de atrás, estaban los condes de Vérgola con los Semprún, unos cubanos. Más allá, Pacita Romero con Tobías Vega, de Madrid. Unas mesas a la izquierda la familia Roca Vilada, burguesía llana y textil, seguramente en celebración familiar. Había una gente del golf, de los que no recordaba ahora los nombres, de esos que pasan el día en el campo y siguen todos los encuentros. La marquesa de Sangenís con Leticia Pastrana y unos amigos. Más allá Samitier, el futbolista, en una mesa de hombres solos. Roque Estrada y Paco Selva con sus mujeres. Y otros, otros muchos, animados por la benignidad de la noche; mujeres hermosas, llenas de joyas, con los brazos al aire, el peinado ajustado en ondas a la blanca mejilla. Una buena parte de la Barcelona despreocupada y rutilante estaba allí. Ante esta Barcelona estaban exhibidos ellos dos, Crista y él, sus pecados íntimos, su incompreensión azorante. «Hubiéramos quizá podido vivir bien o, por lo menos, con disimulo. Sea como sea, te has quedado solo». Y el sabor ácido del *whisky*, de tantos *whiskies* tomados sin razón a lo largo de los años, pareció que le aturdía unos instantes.

—¿Le pasa algo? —inquirió el joven Llobet.

—No. No es nada. Pero tengo mucho calor.

Se levantó.

—Perdona un instante.

Cruzó entre las mesas y salió a la amplia terraza. Una brisa más fresca le atemperó. La ciudad se tendía inacabable en lo hondo, siguiendo la disposición de las colinas. Una calma espesa, semejaba una exudación, surgía de la llanada de casas y edificaciones; y de ella emergían, a trechos, los torreones de algunos edificios y también los campanarios de las iglesias y las chimeneas. Siguió acodado en la baranda, extasiado en el panorama y respirando hondo.

Abajo, en la avenida, una hilera de coches esperaba. Había algún chófer de uniforme que paseaba, aguardando y fumando un cigarrillo. Y apiñados en la puerta del local, unos niños harapientos, agitanados; y unas cuantas mujeres con otros niños más pequeños en brazos, en una vigilia lenta y sin sueño.

Tal vez él hubiera podido nacer así, de una de esas mujeres y haber sentido sobre la carne el peso de la intemperie y la mordedura del hambre. De todos modos, también ahora se sentía un mendicante.

Se volvió hacia el local. Quedose parado unos instantes en la embocadura del pasadizo que llevaba a su mesa. Desde allí su mujer le quedaba de frente. Paró deliberadamente, antes de pasar. En un instante la mirada de ella pareció resbalar sobre él, pero no reparó en su figura. Luego se levantó y salió a la pista, en compañía del hombre que estaba a su lado y que era de una estatura mediana, que no alcanzaba a la suya.

El vestido claro sobre las carnes blancas y prietas se abombó levemente al pasar y descubrió, en un destello, la curvatura de los pechos y la línea oscura que los separaba, aún firmes y frescos.

La orquesta tocaba un *blues* y ella puso en el hombro de su pareja una mano fina y larga, que Desiderio identificó como algo suyo, hecho para las extravagancias de la carne en los primeros descubrimientos eróticos, muchos años atrás. «Todo el perfume no te podrá borrar la huella sórdida y vehemente de aquellos tactos, cuando no eras más que una niña —pensó—. Si te desnudas de tu elegancia no eres más que una hembra como cualquiera».

Lentamente volvió a su lugar. Miguel Llobet estaba entusiasmado mirando los visajes y las andaduras de un borracho, ya mayor, que se tambaleaba en el bar entre risas y que charlaba gesticulando con el camarero.

—Se llama Costafreda y le da por gritar «¡Viva el rey!» en cuanto se toma dos copas. Al principio se llevó muchos guantazos, pero ahora ya nadie le hace caso.

Desiderio se sentó nuevamente y vio cómo se acercaba la imagen blanca de su mujer, lentamente, dando un rodeo que la propia música parecía subrayar en los contornos de la pista. Era una cadencia fatigosa e inexorable, en la que los violines ponían su matiz delicuescente. La pareja de Crista tenía, así, ya visto en su totalidad, un aire inconfundible de sarasa de salón, un imprecisable matiz afeminado y eunucoide, pese a que los rasgos de rostro eran angulosos y hombrunos; era el brillo de sus ojos o la manera de bailar, con contoneos y suscitaciones melifluas. Ella parecía, sin embargo, embelesada por ese galán.

Ya se acercaba, casi en flecha, hacia ellos cuando en un rodeo fue puesta de espaldas a la mesa por un sesgo del baile. Desiderio no la perdía de vista, la obturaba con los ojos. En un nuevo paso quedó frente a él. Se miraron, se detuvieron con fijeza el uno en el otro. Observó inconfundiblemente como un rápido trasluz en su apostura, que la mistificó en un instante. Hasta le pareció que un sofoco ardiente se ponía en las mejillas. Después se movió en ella una marejadilla de actitudes insospechadas, raras.

Empezó a hablar seguidamente, a separarse de su pareja ya volverse a unir a ella, para mirar, al fin, otra vez, hacia la mesa en que Desiderio no dejaba de mirarla. Luego se distanció, fueron envueltos por la sombra y el paso de otros seres, de otras parejas, hasta que el baile concluyó.

En los claros que producía sobre la pista el paso de los danzarines, Desiderio podía advertir la catadura de Crista medio vuelta hacia él, ya entonces con una mirada hosca y preocupada, pero fija en sus ojos. Levantaron a la vez sus vasos. Ella, una copa de champán. Él, su vaso de *whisky*. Bebieron a la vez, separados por la anchura de la pista, en la que no eran más que unas sombras huidizas e incesantes. Ella ya no conversaba. Bebía una copa tras otra y en esta situación Desiderio podía adivinar la turbación extrema que sentía.

—¿Vámonos? —propuso a Miguel, mientras llamaba al camarero.

Ya en la escalera le parecía sentir aún todo lo que contenía la mirada y la actitud de Crista. Esa mezcla de encono y de hechizo que forman en un momento determinado, como una pequeña pirámide llena de aristas fulgurantes, los secretos tenidos en común, la intimidad compartida y el paso oscuro del tiempo sobre los corazones.

«Pero si no te doblas tú, yo no haré nada», se dijo.

Por todos lados, ya en la avenida, le rodeaban chiquillos y mujeres, hasta llegar al coche. Eran unos rostros lastimosamente sucios y delgados, que balbucían, que suplicaban. Eran como croquis del hambre, de la podredumbre humana, del dolor. Ni reparaba en ellos. Fue repartiendo al azar unas monedas que le quedaban en el bolsillo, sin fijarse siquiera en lo que daba.

—Venga, chavales, basta. Id a dormir.

Nicolás Borredá no podía con el calor, ni con el aviso que había recibido en lo alto del costillar, y que le tenía retenido en su «*suite*» del hotel Palace desde hacía un par de días. Todavía sentía un leve dolor encima del hombro izquierdo, una punzada sorda, que era como la premonición de algo muy grave. Podía conservar la calma, la sangre fría y la presencia de ánimo en cualquier situación, pero no en esta. Podía permanecer impávido en mitad de los tiros o de los cañonazos, pero le hacía perlar de sudor y de miedo aquel golpe de puño que le ahogaba en unos instantes, que parecían estrangularle y que le quitaba la voz hasta para llamar a su contorno. La angina mortal, la angina de pecho se había presentado ya, pero él no había querido avisar a nadie que pudiera comprometerle y alertar a sus amigos. Únicamente había enviado un recado y luego hablado por teléfono a su médico de Barcelona. Conocía el tratamiento que debía tomar como si se lo aconsejara a su lado. No; ese trance debía pasarlo solo. Había dado orden en conserjería de que no estaba en el hotel, salvo si llamaban de la Presidencia del Consejo.

Escondidas en la mesilla estaban las diversas pastillas que se había hecho traer de

la farmacia y unos inyectables. Miraba con inquietud, y con deseo, el borde de un paquete de cigarrillos que asomaba en el cajón. Llevaba todo el día mirándolo a escondidas. Ya le pasaba el dolor; ya le aliviaba el medicamento. El sol de junio entraba por el ventanal, hasta lamer la alfombra, a los pies de la cama. Y alargó el brazo y cogió por el extremo el cigarrillo que asomaba. Lo llevó a los labios y lo mantuvo en la boca largo rato, sin encender. Luego lo cogió y lo echó lejos, muy lejos, al rincón; no se podía arriesgar a morir ahora.

Su secretario y las personas de su confianza creían que lo que motivaba su estancia en casa eran los arrechuchos de una antigua dolencia de riñón que de vez en cuando le exasperaba. Pero esta vez era otra cosa, más alarmante y más fuerte. Pero no iba a morir todavía. Aún quedaban muchas cosas por hacer.

Pensaba en sus juergas, en el París de los emigrados, en sus noches de bacanal y de alegre vigilia. «No es eso, no, sino todo el conjunto».

Cuando pensaba en «todo el conjunto» pensaba, sobre todo, en el mes y medio que llevaba en Madrid, al frente del Ministerio de Trabajo. Y particularmente en dos hechos que le habían fatigado, que había arañado en él todo barniz y aplomo. Uno de ellos, la larga huelga del ramo de la construcción, que se estaba afanando en resolver, que iba a resolver de un momento a otro, en cuanto se pusiera en pie. Otra, el viaje al lugar en que habían ocurrido los hechos de Yeste, en Albacete. El motín de los tres mil habitantes del pueblo contra los catorce números de la Guardia Civil, que se interpusieron entre ellos y el bosque, para que no continuara la tala arbitraria y comunitaria de los árboles, llevada a cabo con un afán vandálico y salvaje: al contemplar en el suelo los guiñapos con bandolera que los amotinados habían dejado sangrar entre las moscas, en el páramo, empezó a sentir un malestar, una náusea, acompañada de ese sordo pinchazo del hombro. Pero, solo ya en el hotel, en mitad de la noche, ese dolor se hizo como una explosión de granada en mitad del pecho. Sintió que se moría y se desvaneció, ahogado, y cuando volvió en sí pudo llamar y escribir en un papel el recado de la farmacia. Dos días habían pasado después de aquello. Ahora reposaba tranquilamente ya.

Pero ¡qué turbio y alegre espectáculo! Desde luego no advertía la posibilidad de que el Gobierno mantuviera en cintura a esas masas desbordadas y sanguinarias que habían producido los sucesos de Yeste. Y, por otro lado, era imprescindible que la gravedad de este suceso, y la de otros muchos, como ocurrían constantemente en el mapa, quedara atenuada en su versión pública, en la Prensa y en el Parlamento. Actuaba con plenos poderes y en estado de excepción, pero nunca podrían mantener el orden entre esas masas que los desbordaban. El campesino y la FAI, en el campo y en la ciudad, estaban haciendo el juego más apetecido por los reaccionarios y por los militares. ¿Qué opción le quedaba al Gobierno?

«La revolución en España no puede ser más que social», y recordaba sus propias palabras del 6 de octubre. En la saña y la furia de sangre que había podido palpar sobre la meseta albaceteña veía el cuadro mismo de lo que era esta revolución social

en la práctica; era como un caballo salvaje que se desbocara y al que no se pudiera ya detener, una vez lanzado en loca tromba.

Lentamente se incorporó, poniéndose intuitivamente la mano en el costado izquierdo, como si lo quisiera proteger de cualquier reacción demasiado brusca. Todo tenía remedio, hasta su propia salud, si esas riendas del Poder no se escapaban de las manos al Gobierno. Pero ¿qué cabía hacer? Porque la reacción iba a aprovechar cualquiera de los sucesos que ininterrumpidamente acaecían en cualquier ángulo de España para vociferar, reclamando, vilipendiando, haciendo imposible al Gobierno la tarea de gobernar. Sí, tenían ya datos concretos de las conexiones que estaba estableciendo Mola desde Pamplona con sus colegas los generales: Sevilla, Valencia, Pamplona, Galicia; cuatro columnas como cuatro hilos de la tela de araña que tal vez a ellos los haría saltar de Madrid.

Eso ¡jamás! Si no podían dominar a las masas, las armarían, para que ellas mismas se tomaran la justicia. Si no podían dominar a las masas, dominarían a los enemigos de las masas, pero la disyuntiva le espantaba.

Ya incorporado se metió en el cuarto de baño y observó su faz demacrada por el sufrimiento y por la abstinencia total. Palpaba su barba crecida, encanecida, prematuramente blanqueada. ¡Cuán difícil es gobernar! La situación ideal de un hombre como él era la de conspirar en los salones, la de batallar en la prensa, lejos de las cargas del poder. Pero tener los timbres, los teléfonos y los matasellos en la mano era muy difícil en España. Ya estaba claro: era tan difícil, que cuando se planteara la última opción él, y todos los que eran como él, no lo pensarían mucho. Echarían por la calle de en medio para cumplir su compromiso y para llevar a sus últimas consecuencias el pacto del Frente Popular.

Debía marchar al Parlamento; en esta tarde, y en la sesión que las derechas venían concienzudamente preparando desde tiempo atrás, se debatiría justamente la cuestión de orden público. Podría echarse la suerte de España en esta tarde misma; podría plantearse la última eventualidad. Con la angina de pecho sobre su hombro, aguantándose y sin hablar de ello a nadie, él estaría en su puesto, en el Banco Azul.

Se quitó la chaqueta del pijama y empezó a afeitarse. Sentía cierto escrúpulo ante todo. Temía ahora de todo; de la temperatura del agua, de sus pasos vacilantes, de sus gestos demasiado rápidos. Tenía la impresión de que algo se podría quebrar dentro de sí en un momento impensado. Premiosamente se enjabonó y afeitó, se lavó con precaución y luego se vistió con lentitud. Acababa de hacerlo cuando el teléfono le trasladó un recado de conserjería en el que le avisaban que su secretario, el señor Martínez, acababa de llegar.

Le esperaba a la puerta misma del ascensor. Regordete, lustroso, siempre sonriente, pudiera ser, sin embargo, la estampa misma de la hipocresía y de la doblez. Sabía que cualquiera de sus propios pasos, de sus reacciones más íntimas ante una contingencia cualquiera sería escrupulosamente retenida, observada, clasificada por su secretario, quien en puridad no estaba a su servicio personal, sino al de otras

organizaciones y clanes que no podría definir sin arriesgarse a una terrible represalia. Quizá lo único que le mortificara fuera la seguridad que tenía de esta desconfianza; llegaba a extremos increíbles y totalmente injustificados, ya que él era sustancial y sinceramente un espíritu progresista y revolucionario, sin mengua alguna. Pero, a pesar de todo, también era preciso que él mismo tuviera su «guardia de corps» intelectual, como cualquiera otro de los personajes del Gobierno, como su propio jefe Casares. Quién fuera la mano suprema de la vasta e inconsútil red, eso no podría saberlo nunca, ni le importaba siquiera.

—¿Cómo se encuentra? —inquirió el secretario, mientras se frotaba las manos, como si sintiera frío.

—Algo mejor. Pero no bien del todo. Espero a que la sesión no me cargue demasiado hoy. Le aseguro que en cualquier otra ocasión me hubiera excusado.

A su alrededor la gente que circulaba empezaba a fijarse en él, que procuró adoptar una andadura arrogante y ágil. Era preciso que prescindiera de sus temores y que afrontara la realidad a cuerpo limpio.

—Vamos —dijo.

En la puerta esperaba el coche.

—Podríamos ir a pie —propuso. En realidad se trataba solo de cruzar la plaza.

—¿A pie? No se lo aconsejo. Mire cómo están los alrededores del Congreso.

En efecto, varios grupos se apostaban junto a la escalinata y, por el lado de la calle de Fernanflor, otros más numerosos circulaban entre los guardias.

Subió al coche, que emprendió la marcha y cruzó la plaza, hasta entrar entre los grupos que obstruían la puerta de entrada de los diputados. Pararon en la esquina y, andando, se dirigieron hasta la puerta que daba al interior. Se asombró al ver a una pareja que iban cacheando a los que entraban.

—Han dado orden de cachear a los diputados, a algunos por lo menos.

—¿Quién es el que entra?

—Es Riaño, de la CEDA.

El diputado estaba gesticulando, malhumorado, sometido por los guardias a la vergonzante operación del cacheo.

—Ser representante del pueblo para que a uno le meta mano esa gente —se quejaba un diputado joven, que se disponía a entrar, mientras se situaba ya al alcance de los guardias—. Pero ¿se concibe una cosa así?

—Por lo menos que fuéramos todos o ninguno —contestaba su acompañante, que llevaba en la mano el tarjetón de entrada.

Nicolás Borredá echó a andar hacia delante. Iba a detenerle uno de los guardias cuando el otro se interpuso.

—No. A Su Excelencia el señor ministro, no, naturalmente —se apresuró a puntualizar.

Y pasaron al interior. Las blancas paredes historiadas y la molicie de las alfombras acolchaban el rumor de los pasos y de las voces. Por la amplia estancia

caminaban hacia el interior los recién manoseados representantes del pueblo.

Un clima tenso flotaba en el aire. Normalmente los pasillos y salones del local bullían otrora de abrazos y de encuentros sonoros. Ahora cada cual parecía marchar a su lugar, sin alharacas y sin efusiones.

Se distinguía a la legua, salvo casos excepcionales, a los diputados conservadores de aquellos de nuevo cuño del Frente Popular, muchos de ellos con el pelo alborotado y los ojos brillantes, que se situaban entre aquellas históricas paredes y los damascos, contritos de lo que habían dicho en los tablados de los pueblos y amilanados por la majestad de las figuras míticas instaladas en algunas hornacinas y en los descansillos. La pompa del palacio los abrumaba y cohibía. No así, sin embargo, a Trabal, uno de los secretarios de la Asamblea, quien se acercó en aquel momento a Borredá con los brazos abiertos.

—*Estimat Ministre. M'han dit que heu estat malalt...*

Vestía impecablemente con un terno quizá demasiado flamante, una corbata granate y una perla encima de ella.

—Un par de días en la cama. Aquello mío del riñón. Pero... te veo muy elegante. ¿Cómo ha sido eso?

—Por lo menos cuidar la fachada, para que no te confundan con un oyente, un taquígrafo o un periodista. Caramba, en algo se ha de notar.

—Sí. Haces bien. Dime cómo irá la cosa.

—Han pedido turno Gil Robles, naturalmente, y Calvo Sotelo. También lo ha hecho la Pasionaria. Yo creo que finalmente hablará el presidente. ¿Has visto la proposición? —y sacó un papel de su bolsillo; se lo dio a leer.

Borredá echó una distraída mirada sobre el texto.

«A las Cortes.— Los diputados que suscriben ruegan a la Cámara se sirva aprobar la siguiente proposición no de ley:

»Las Cortes esperan del Gobierno la rápida adopción de las medidas necesarias para poner fin al estado de subversión en que vive España».

Y venían las firmas. Miró su reloj.

—¿No ha llegado el presidente?

Iba a decir que no cuando se advirtió en la entrada un pequeño clamor de voces y cierta agitación.

—Mira, ahora viene.

—Voy para allá, pues.

El secretario permaneció en los pasillos. Borredá cruzó la estancia y se dirigió hacia el salón del Consejo, donde ya le esperaban los demás miembros. Le saludaron con afabilidad, interesándose por su salud.

—De vez en cuando tengo estos arrechuchos —disimuló—. Me dan todavía más trabajo que los laudos de Trabajo.

A poco hizo su entrada el presidente. Era un hombre enjuto, de ojos azules y mirada incisiva. Tenía en el rostro una mueca que era como si estuviera sonriendo

imperceptiblemente. Su perfil era escueto, como tallado con buril.

—Quisiera no hablar más que lo preciso. Es necesario que la oratoria sea breve. Espero que la Cámara lo entenderá así. Lo único que con ello pretenden es instalar una plataforma propagandística. Del orden público se encarga el Gobierno, y no es a ellos a quienes compete discutirlo.

Se fijó en Borredá y se acercó a saludarle.

—¿Cómo se encuentra?

—Creo que mañana podré reunirme con los grupos del ramo de la Construcción. El laudo ya está preparado. Al aplicarlo habrá que ser vigoroso. Después de cinco semanas ya no podemos ir más a la deriva.

—Se hará lo que sea preciso. Bien, señores, vamos allá. En los pasillos pululaban los periodistas.

Se acercaron unos a Borredá, lápiz en ristre.

—¿Qué medidas se han tomado para la solución de la huelga?

—Mañana a las siete les diré algo en el Ministerio.

—¿No puede anticiparnos algo que...?

—Mañana a las siete, señores.

Siguió al presidente del Consejo, que entraba en aquel momento en el salón por la misma puerta por la que el general Pavía, setenta y dos años antes, había suprimido espada al aire la actividad del poder legislativo. Por un instante le pasó a Borredá por la cabeza aquella imagen romántica. Pero miró a los estrados y a los escaños y quedó tranquilizado. En ellos había un plantel de hombres jóvenes, algunas mujeres arrojadas que, firmes los ojos, demostraban con su simple facha una enardecida voluntad. «Ahí está otra vez el pueblo», se dijo, volviendo su vista del lado de la mayoría. Y luego se fijó en los escaños de la minoría. Los cuellos duros, el pelo cuidado, los ojos suaves y reposados. Gil Robles y Calvo Sotelo estaban cuchicheando sin moverse cada uno de su escaño, a poca distancia entre sí, uno encima del otro. Más atrás, Ventosa, con su cara sonrosada y sus ojos inexpresivos y claros, leía pausadamente unos papeles.

Se situaron en el Banco Azul. La sala se llenó casi enteramente en poco tiempo. Subió al estrado central el presidente, Martínez Barrio. Un secretario leyó en voz baja algunas disposiciones de orden interior, que pasaron sin pena ni gloria.

Luego el presidente dijo: «Se va a dar lectura a una proposición no de Ley presentada a la Mesa». Y se levantó de su asiento el secretario Trabal; leyó el texto propuesto. El presidente dijo: «El señor Gil Robles tiene la palabra para defender su proposición».

Borredá se arrellanó en su butaca. Al extremo de la fila advertía la tensión de los rasgos del presidente del Consejo, como si estuvieran contraídos. No hay duda de que advertía la importancia de la cuestión que se iba a debatir y la papeleta dialéctica que se le vendría encima. Se fijó luego en el presidente de la Cámara: obeso, con un rostro de toro y unas fuertes mandíbulas, poseía sin duda más aguante que el nervioso

Casares, hombre de circunstancias. Se volvió levemente. La masa compacta de los asistentes a la sesión ejercía una especie de fascinación casi física sobre el banco del Gobierno. Advirtió claramente el sentido que tenía aquel cónclave multitudinario. Existían sin duda diferencias en el conglomerado de la mayoría; bastaba con echar una ojeada a la disparidad de las gentes que en este amplio sector ocupaban los escaños. Vestían, razonaban y se sentaban de manera distinta. Unos, apoltronados en sus asientos; los otros, con viveza, casi solo apuntalados en ellos. Pero solo *ellos* eran republicanos. De esa amalgama de fuerzas dispersas se derivaba la virtualidad de la democracia y por eso era bullanguera y disparatada, como el propio pueblo. La minoría era otra cosa; algo segregado y al margen, un estorbo, sin derecho a sentarse allí. Eran los residuos de la España histórica, de los latifundios, de la clericala. Comprendía que todos ellos en común, consideraban lógico que no estuvieran ya más sentados allí, a entorpecer algo que es como un aliento, una ácida bocanada sincera y vehemente de revolución. Desde aquel lugar y en esta situación, ¿qué importancia tenía la sangre de catorce guardias civiles y aun de un millar de guardias civiles?; ¿qué importancia las bombas, las huelgas, los atentados, la subversión? Eso era un asunto que debía liquidar el Gobierno y solo él, sin reconvenciones ajenas o serviles. Pensaba en eso cuando oía al orador, con una voz clara, el dedo levantado, enumerar una onerosa estadística.

«Iglesias totalmente destruidas, 36. Intentos de asalto con profanaciones parciales, 34. Muertos, 65; heridos, 230. Atracos consumados, 24. Huelgas generales, 79; parciales, 92. Bombas halladas y estalladas, 47».

¿Quién podía saberlo mejor que él mismo? Llevaba cerca de dos meses y medio danzando encima de la huelga de la Construcción y observando todas las dificultades del asunto. Cuando se cansen de batallar entre ellos se pondrán en nuestras manos, pensaba. Cuando los socialistas y la CNT se cansen de pelear entre ellos, la situación será nuestra. Será un equilibrio difícil, pero para ello lo urgente era eliminar cualquier contrabalanceo que devolviera a las derechas sus atávicos argumentos. Debían ser ellos, los republicanos, los que guardaran el orden público. «En realidad —pensó—, entre las derechas y nosotros no nos disputamos más que el modo de pegar el bastonazo». Y en aquel instante sintió que le punzaba de nuevo en el tórax el principio de aquella angustiada premonición de tres días atrás. Respiró hondo, precipitadamente. «Voy al bar. Voy a tomar un *whisky* y una pastilla, y se me pasará». Le abrumaba la idea de salir tan al comienzo de la sesión, pero observó la atención con que todos sus compañeros y en particular el presidente atendían a la oratoria del líder de las derechas. «Ni se darán cuenta», pensó. Y se levantó con pausa. Cruzó con lentitud ante sus compañeros y salió de la sala al exterior. Apartó a un pequeño grupo de ujieres que escuchaban la oratoria de Gil Robles detrás de la cortina. Se fue al bar, donde, en distintos grupos, unos pocos periodistas y fotógrafos estaban bebiendo su cerveza. Se sentó ante un velador.

—¿Desea usted algo, señor ministro?

—Sí. Un *whisky*.

—¿Seco o con agua?

—Con un poco de agua.

Le molestaba el dolor, un dolor que era ya como una reminiscencia, pero que le mordía el brazo. «No puedo morir ahora. Tengo que estar vivo un par de años, por lo menos. Con esto me bastaría». Le obcecaba esta reflexión cuando sintió a su lado la proximidad de otro. Levantó los ojos. Era un caballero muy moreno, de mediana estatura y bastante grueso, con un fino bigote sobre los labios carnosos y una simpática faz de cerdito, como los de las películas. Se sintió aliviado de pronto.

—¿Qué hace usted, Negrín? ¡Siéntese un rato!

—¿Qué le ocurre, ministro? Le he observado al salir.

Tiene usted mala cara.

—En efecto. No estoy bueno.

—¿Y qué es lo que le ocurre? ¿Otra vez el riñón?

—No —contestó, tras una duda—. No es el riñón.

—¿Qué es?

Borredá se llevó unos dedos al pecho, sobre la tetilla izquierda.

—¿Corazón?

—Sí.

—Veamos — le tomó el pulso.

Hizo un ademán de desagrado.

—¿Cuándo se ha sentido usted malo?

—Fue... hace tres días, a la vuelta de Yeste. No lo he dicho a nadie, doctor. Llamé a mi médico a Barcelona, pero nada más. En realidad tuve un ataque al corazón, el primero; una angina de pecho, en mi hotel, cuando estaba solo. Me hice subir unas pastillas de la farmacia, algo que ya tenía anotado. Nada más.

—No. Esto no basta. ¿Qué toma usted?

Borredá llevaba la receta en el bolsillo y se la mostró.

—No está mal; pero no basta. Tiene usted que retirarse un tiempo, unas semanas, de toda actividad y otras cosas. ¿Qué, le sienta a usted bien el *whisky*?

—Sí, parece que me atempera.

—Voy a reconocerle, pero en serio. No le voy a asustar a usted, ya que conoce a la perfección lo que su mal significa. Pero después de la sesión le acompañé al hotel y le reconozco a fondo. ¿Le parece bien?

—Sí.

—¿Por qué no se marcha al hotel ahora?

—Debo estar en la sala, en mi puesto.

—¿Para qué? Si todo está ya escrito...

—¿Usted cree?

Negrín sonrió; después se puso serio, con una gravedad insólita, y afirmó varias veces con la cabeza, sin abrir la boca.

Le dejó sentado en su lugar. Allí estuvo largo rato. Llegaban voces, imprecaciones desde la sala. Pero era un clamor alejado, que apenas le interesaba. Solo él era un eco de realidades en aquella tarde agitada. Por lo demás, en el aire se hubiera oído el vuelo de una mosca. Se levantó al fin, más aliviado y, cruzando lentamente, entró en la sala y se reintegró a su lugar.

Observó al sentarse que el presidente tenía la tez enrojecida, crispada. Estaba terminando de hablar el señor Calvo Sotelo. Con la mano, el presidente hacía unos movimientos convulsos, como si se azotara la rodilla. La voz del orador que bramaba en los escaños era fuerte, enérgica, sin un titubeo, como una catilinaria enardecida.

—Todo menos que me compadezca su señoría. Yo no he sido nunca señorito — clamó de pronto el presidente del Consejo, irguiéndose en su sitial.

Intervino el presidente de la Cámara, con voz ponderada.

Volvió a tomar la palabra Calvo Sotelo. Se fue enardeciendo nuevamente. «Si es cierto que su señoría, atado umbilicalmente a estos grupos, ha de inspirar su política en la revolución de octubre, sobran notas, sobran discursos, sobran planes, sobran propósitos, sobra todo; en España no puede haber más que una cosa: la anarquía».

Sonaron unos aplausos vehementes del grupo minoritario, pero pronto fueron acallados por el abucheo y los siseos de los bancos de la mayoría. En aquel momento Borredá vio a Casares Quiroga, en la cabecera del Banco Azul, ponerse nuevamente en pie. Tardó unos instantes en empezar su parlamento. Miró a Martínez Barrio, presidente de la Cámara, se volvió hacia los diputados y se dirigió finalmente con la mirada hacia el lugar en que estaba Calvo Sotelo:

«Señores diputados: Yo tenía la intención de esperar a que intervinieran en este debate todos los oradores que han pedido la palabra; pero el señor Calvo Sotelo ha pronunciado esta tarde, aquí, palabras tan graves que antes que el presidente del Consejo, que soy yo, quien ha pedido la palabra, diré que, impulsivamente, ha sido el ministro de la Guerra, que también soy».

Un escalofrío pareció recorrer todos los ámbitos de la Sala. Borredá se volvió y fijó la mirada en el orador. Este tronó entonces, encarándose con Calvo Sotelo:

«Después de lo que ha dicho hoy su señoría ante el Parlamento, de cualquier caso que pueda ocurrir, que no ocurrirá, haré responsable ante el país a su señoría».

Una salva de aplausos atronó el ámbito. Provenían de la mayoría. Algunos diputados, de pie, jaleaban este desplante presidencial, con gritos y vivas.

«No basta que después de habernos hecho gustar las “dulzuras” de la Dictadura de los siete años —prosiguió, dominando a duras penas su violencia—, vuestra señoría pretenda ahora apoyarse de nuevo en un Ejército, cuyo espíritu ya no es el mismo, para volvernos a hacer pasar por las mismas amarguras. Su señoría, representación estricta de la antigua Dictadura, viene a procurar que se provoque un espíritu subversivo. Gravísimo, señor Calvo Sotelo; si algo pudiera ocurrir, vuestra señoría sería responsable con toda responsabilidad. Señor Gil Robles y señor Calvo Sotelo, no quiero incurrir en palabras excesivas. A los hechos me remito. Ya veremos

si España nos cree o no».

Miró gallardamente a los escaños y provocó una delirante salva de aplausos. Y luego, lentamente, se sentó de nuevo. Al cabo de un tiempo, cuando los aplausos amainaron, se dio la palabra a otro diputado, entre un tumulto de voces provocado por la mayoría. Se levantó una mujer a mitad de la sala. Se irguió, poderosa y desafiante, como una leona de pelo negro y de ojos ardientes.

«Señor Casares Quiroga, señores ministros: ni los ataques de la reacción ni las maniobras más o menos encubiertas de los enemigos de la democracia, bastarán a quebrantar la fe que los trabajadores tienen en el Frente Popular. Pero es necesario hacer sentir la Ley a aquellos que se niegan a vivir dentro de ella».

Una oleada de pasmo cruzó la sala por donde los diputados de la oposición estaban sentados. Jamás la cuestión ni los hechos habían sido tan cínicamente torcidos. «La Pasionaria» prosiguió aún:

«Conclusiones a que yo llego: para evitar las perturbaciones, para evitar el estado de desasosiego que existe en España, no solamente hay que hacer responsable de lo que pueda ocurrir a un señor Calvo Sotelo cualquiera, sino que hay que comenzar por encarcelar a los patronos que se niegan a firmar los laudos del Gobierno. Hay que comenzar por encarcelar a los terratenientes. Hay que encarcelar a los que vienen aquí a exigir responsabilidades por lo que no se ha hecho. Las masas populares de España se levantarán como en el 16 de febrero y aún, quizá, para ir más allá, contra todas esas fuerzas que, por decoro, nosotros no debiéramos tolerar que se sentaran aquí».

Otra vez los grandes aplausos atronaron el aire. Tardaron largo rato en acallarse. Cuando cesaron, el presidente concedió de nuevo la palabra a Calvo Sotelo para rectificar.

—Voy a contestar ahora, rapidísimamente, unas palabras y conceptos concretos del señor Casares Quiroga. Su señoría ha querido darme una lección de prudencia política —apuntó, sonriendo imperceptiblemente, pero lívido—. Para que su señoría dé lecciones de prudencia es preciso que comience por practicarla, y el discurso de su señoría de hoy es la máxima imprudencia que en mucho tiempo haya podido fulminarse desde el Banco Azul.

»Yo tengo, señor Casares Quiroga, anchas espaldas. Su señoría es hombre fácil y pronto para el reto y la amenaza. Me ha convertido su señoría en sujeto, y por tanto no solo activo, sino pasivo, de las responsabilidades que puedan nacer de no sé qué hechos. Yo digo lo que santo Domingo de Silos contestó a un rey castellano: «Señor, la vida podéis quitarme, pero más no podéis». Y es preferible morir con gloria a vivir con vilipendio. Pero a mi vez invito al señor Casares Quiroga a que mida sus responsabilidades estrechamente, si no ante Dios, puesto que es laico, ante su conciencia, puesto que es hombre de honor; por lo que hace, por lo que dice, por lo que calla. Piense que en sus manos están los destinos de España, y yo pido a Dios que no sean trágicos.

Había hablado con voz calma, honda y poderosa, levemente turbada por la emoción. Hubo un instante en que la Cámara no tuvo tiempo, ocasión o ánimo de reaccionar. Acababa de pasar un airón de tormenta violenta, donde a través de las coyunturas sociales y políticas, de las estadísticas del desorden, del relato de los atropellos infligidos a las clases del Ejército, se había transparentado lo que en la disposición de las fuerzas había de arrebató personal. La situación no afectaba ya solo a las masas, como recipientes colectivos de una ideología, o diseños de una línea política y social, sino a los individuos de España, uno por uno, separados entre sí por un foso terrible.

No se escuchó apenas la voz del secretario, que leía una contraproposición de la mayoría, por la que el Congreso acordaba no haber lugar a la proposición de la minoría. Algunos diputados se habían acercado a Calvo Sotelo, que se abría paso entre ellos, camino del exterior; los más atrevidos le felicitaban. Algunos le miraban ya como a un fantasma, a un aparecido. Su lividez era total.

—Lo ha enviado este, a buscar refuerzos y a chivarse —manifestó un gañán de pelo revuelto y ojos pequeños que parecía disfrutar con el espectáculo del cura en pelota y solo cubierto con la casulla, que desflecaba sobre sus miserables y blancas carnes una pompa huida de trencillas doradas sobre un damasco blanco y ajado. Y señaló a un número de la guardia civil, maniatado y echado de bruces sobre las losas de la iglesia.

—¡Venga, ahí! ¿dónde está el otro? —conminó el Raspa, puesto de pie a su lado.

Todo el pueblo de Braviega estaba en la iglesia, bajo el tono caliente del ladrillo y la línea mudéjar de arcadas y crucero. La imagen de una Virgen estaba echada en el suelo, junto al altar, con el rostro y el torso hechos trizas.

—¿No contestas? —insistió el Raspa, dándole un puntapié feroz, que le hizo sacudirse.

El guardia civil elevó los ojos a él, unos ojos suplicantes y apagados.

—Nos vas a decir tu última misa así, como vas —intimidó al cura, regocijado, el Raspa, a quien se le habían arrebolado aún más los salientes pómulos y que tenía en la mirada un destello divertido y feroz—. Venga, sacristán, ponte en fila para ayudarle la misa.

Un muchacho grueso y desmedrada, de fofas carnes y mirada desvaída, con una sonrisa boba y babeante, se dispuso a obedecer. —Lo que hay que hacer es quemarlos vivos. Venga, echadle leña. Era la voz de uno de los que rodeaban al Raspa, uno de sus secuaces. Eran un par de docenas. Algunos de ellos se cubrían en mofa con estolas y roquetes, otros se guarnecían con bandoleras; varios de ellos llevaban en mano un fusil y algunos otros unas estacas.

El cura era un viejo, un anciano de pelo blanco, cuya desnudez, apenas cubierta por la casulla, era una premonición de la muerte. No decía nada, no podía siquiera

balbucir unas palabras; pero musitaba moviendo los labios enjutos no se sabe qué rápidos salmos y oraciones. Estaba aterido, atemorizado y cayó arrodillado, casi de espaldas al altar, con la cabeza gacha.

—Deja ya al viejo —chilló una mujer—. Si está medio muerto. El Raspa se acercó al guardia civil.

—Dinos dónde está tu compañero.

El guardia levantó la cabeza. Miró al Raspa. Iba a hablar, pero de pronto se sacudió un escupitajo, que dio en mitad del pantalón del cabecilla.

—Conque... tienes todavía huevos para eso, ¿no?

Se dirigió a los otros, a la pequeña muchedumbre de hombres y mujeres que hacían coro a la triste escena de esta revolución pueblerina.

—Ahora verás tú con quién te las juegas. Traed la leña, compañeros.

Poco después, en el centro de la nave, se formaba una cúspide de maderos; eran restos de muebles y un bazar de desechos caseros, arrancados de la rectoría. Unos muchachos los rociaron con gasolina.

Lejos, en lo alto de una loma, aplastado contra los cardos, el guardia Salustino Hernández Martos observaba con atención el espectáculo de la plazuela, a lo lejos, perdida en un hontanar ardiente, bajo el sol lacerante. La suerte que echaran con su compañero le había favorecido a él. Llevaban dos días agazapados los dos, acosados en la casa cuartel. La revolución no había sido más que un alarido, una borrachera, un vino desmesurado, una orgía popular. Se oían las risas y el rasguear de la guitarra del cojo y una fuerza salida del café y de las pocas esquinas, algo como un eructo inesperado y soez. De pronto habían surgido el Raspa y su cuadrilla; incendiaron el trigo de Mastrajo, el que fue alcalde cuando la Dictadura y que escondía algunos cuartos, según se decía, en las bolsas de su faja. Le habían dejado tieso de un tiro ante su propio fogón. A la hija se la habían llevado al pajar y uno por uno la habían tenido. Ahora estaba entre ellos, como un fantasma desmedrado. Él había saltado a escondidas, en la noche, cuando fueron a la iglesia. El pobre cura no se resistió. Había hecho lo que le dijeron. Cuando asaltaron la pequeña casa en que él y Hortuna estaban apostados, a su compañero le sacaron de las manos el fusil en el que casi ya no se sostenía. Más le hubiera valido disparar. Así le habrían matado en el acto.

Oíanse a lo lejos los gritos que exhalaban los amotinados. Eran alaridos inconexos, ecos de una turbamulta mínima y excitada que quedaban perdidos en la inmensa soledad del panorama, mezclados a los alaridos de su compañero, que pronto se apagaron. No había otros pueblos al contorno. En toda la extensión de la tierra no se veía más que amarillear el mediodía, ahíto de sol. Las ondulaciones del panorama dejaban vislumbrar, a lo lejos, la mancha más oscura del olivar y, más lejos aún, la silueta de los montes lejanos. Hasta allí tendría que llegar para ponerse en contacto con alguien, con ese alguien en el que pudiera encontrar el poder y la réplica.

Un griterío más fuerte le volvió la mirada de nuevo hacia la plazuela, cuando advirtió que manchaba el cielo un rastro de humo. La iglesia empezaba a arder. Y de

pronto salió de ella con pasos apresurados el cura, no cubierto más que con un andrajo, aquella única casulla que estaba en la iglesia y con la que decía los domingos una misa casi desierta. Los grupos le acosaban, le tiraban cosas y piedras y él caía y se incorporaba de nuevo con trabajo y dificultad. Salustino Hernández Martos se llevó las manos al rostro. Estaba avergonzado de no tener valor para luchar.

Cuando el cura se separaba y se disponía a huir, unos le tiraban de la punta de la casulla y le echaban al suelo. Al final se oyeron unas voces y el cura pudo tambalearse unos pasos. Era la distancia final. Se oyó el estampido de unos disparos. Unos hombres tenían el fusil al rostro. El cura yacía en mitad de la plazuela, cara a tierra. Había dejado de sufrir.

Las llamas se advertían ya por los ventanales de la iglesia, y un poco de aire cálido llegó hasta la percepción del guardia, con sabor a fuego, a ceniza y a muerte. Crepitaba en los aires, y lanzaba púas de luz al cielo. Era el fin de una revuelta solitaria, la imagen horripilante de la destrucción de un pueblo ignorado en España.

Se levantó, se incorporó asustado Salustino Hernández Martos, el guardia, y echó a correr, alejándose de aquel marasmo de sangre y de fuego.

La gente llamada de orden pensaba que no debía preocuparse demasiado; que sufran ellos, los políticos, se decían muchos. Lo que acababa de ocurrir en el Parlamento era desagradable, era alarmante, pero ¡habían sucedido cosas tan desagradables y alarmante en España sin que ocurriera nada! La censura cuidaba por otro lado de que el lector de los diarios no tuviera una noticia detallada de los sucesos sangrientos. Para el hombre de la ciudad el curso de las cosas públicas y el orden o el desorden solo debían preocupar a los políticos. Para eso estaban. La vida usual no se alteraba. Algunos aguafiestas presagiaban graves acontecimientos; pero ¿creían que era tan fácil inventar la revolución? Nadie les hacía caso. Lo de la Revolución Francesa era cosa de otro tiempo. ¿La rusa? ¡Ah, esto no es Rusia! El verano se anticipaba ya; la templanza del clima era seductora y los deseos de ir a la playa no dejaban ocasión de pensar en las cosas lúgubres. ¿Una revolución aquí? El día menos pensado se levanta un general y los envía a todos a paseo, como hizo Primo de Rivera. La FAI no sería capaz de hacer una revolución. Los anarquistas son capaces de poner una bomba o de asarle a uno a tiros, pero ¡de eso a una guerra armada! ¡Pobre FAI!

Matías Palá citaba a menudo en su casa, para tomar café, a Rafael Mas, el comentarista. No estaban ya cómodos en «la caverna» del Ateneo. Las reuniones se habían mistificado. Se habían infiltrado en ellas algunos polizontes, no concordados del todo con el clima que allí se respiraba. El propio Guimerans era más cauto que ellos y quedaba un poco atemorizado cada vez que se decían cosas un poco fuertes. Temía... no sé qué. Le sobresaltaba la posibilidad de una denuncia, o una discusión demasiado fuerte sobre asuntos políticos. Cierto que escuchara con entusiasmo los alardes

contrarrevolucionarios de Matías Palá y la opinión que le merecía Calvo Sotelo, por ejemplo, explicada por él a la vuelta de su visita. Pero al final de la sesión le entraban una serie de escrúpulos y de cogitaciones sobre la interpretación que se pudiera dar a alguna de sus propias frases, siempre cautas y llenas de matices. Además, le parecía que las voces de Palá y de Rafael Mas eran con frecuencia demasiado vehementes. En aquellos días, pues, «la caverna» se deslió y pasó a ser una tertulia más, en la que dejó de hablarse de política.

Rafael Mas y Matías Palá se vieron a primeros de julio en casa de este último. Estaban en el despacho-biblioteca del transportista. Matías Palá acababa de comunicarle que había recibido noticias directas de Calvo Sotelo, por mediación de un correligionario suyo en Barcelona.

—¿Sabe que después de su debate con Casares le han cambiado la guardia personal? Lo cierto es que no se siente seguro. ¡A los nuevos, ni los conoce!

—Yo creo que no se atreverán a nada. Tienen mucha labia, pero en el fondo son unos cobardes. La posición que ha adoptado Calvo Sotelo es la única posible. Si media España hiciera lo mismo, en un momento dado se acabaría la revolución.

Un par de días más tarde el emisario de Calvo Sotelo había vuelto a conectar con Palá. Cuando llegó Mas a casa de este, le encontró en la biblioteca, enfrascado en recoger de las estanterías sus jades. Cada pieza era protegida por un envoltorio de paja y era metida por él en unas cajas de madera adecuada, a su tamaño.

—Me voy, Rafael. No aguanto más esta tensión y, sobre todo, no soporto la tranquilidad y la indiferencia de los demás.

—Y ¿dónde se va?

—No lo he resuelto aún. Pero mañana, sin duda alguna, levanto el vuelo.

Mas le observó con incredulidad.

—Aquí debe suceder algo —explicó Matías Palá—, es seguro que algo estallará. Yo tomo mis precauciones. Guardo mis jades y me voy.

Rafael Mas se quedó unos instantes pensativo.

—Feliz usted —dijo—. Si yo pudiera, haría lo mismo.

Le quedó, sin embargo, el resquemor de que Palá le ocultaba algo. Llevaba días en que pensaba esto de él. No quería entrometerse en la vida de los demás, pero le interesaba, por lo menos, estar informado.

—¿Es verdad que piensa usted marchar? ¿Y su negocio? Matías Palá tardó unos instantes en contestar.

—El único negocio posible es que todo vuelva a su cauce. Le voy a ser sincero, y le ruego que me guarde el secreto. Quien me ha visitado es un íntimo amigo de Calvo Sotelo. La interpelación sobre el orden público, que ha levantado ampollas, ha servido, sobre todo, para observar las intenciones del Gobierno. Era el punto que faltaba por ver: si la supuesta debilidad en la calle y en el campo es involuntaria o consentida. La gente de orden y los militares han visto claro después de esto que lo único que cabe hacer es plantar cara. La falta de autoridad del Gobierno es deliberada

en la mayoría de los casos.

Rafael Mas escuchaba con atención.

—Algunos militares han comprendido ahora el porqué de las amenazas, de los cambios, de los destierros disfrazados a que someten a los que ellos consideran más peligrosos. Azaña se equivocó; envió a Mola a Pamplona, que como usted sabe es el foco de la reacción. Allí no hay anarquistas ni revolucionarios. Todos son católicos a machamartillo. El general está en mitad de un terreno de solicitudes y de quejas. Hace ya tiempo, sería a mitad de mayo, pensó en la rebelión, pero le disuadieron. Ahora los mismos que se lo quitaron de la cabeza le animan a ello; no hablemos ya de los políticos de derechas y de algunos sectores parlamentarios. Le animan los mismos militares: Villegas, Goded, Sanjurjo. Ha elaborado un plan para lanzar cuatro columnas hacia Madrid. La suya, la de Sevilla, la del Este, con Goded, y otra que vendría de África, donde está Yagüe, y a cuyo frente se pondría Franco, llegado el caso. En principio, el jefe supremo de esta operación sería Sanjurjo, que es el militar más antiguo. Vendría de Lisboa y formaría un Directorio civil y militar prescindiendo de cualquier matización política. Eso no debería ser una intentona al uso del siglo XIX, sino un levantamiento popular, capaz de contrarrestar el movimiento comunista que sin duda acaudilla Largo Caballero. Se trata de salvar el orden y, con él, aunque Mola es monárquico, la República también. Yo lo creo así. Los militares están hartos ya de vejámenes y de escarnios, y ven que el país se va al caos. Lo que dijo Calvo Sotelo en el Parlamento es la pura verdad.

Rafael Mas reflexionaba y escuchaba a su interlocutor con una mezcla de interés y de cierta indulgencia.

—¿No lo cree usted?

—Sí, lo creo, puedo creerlo —dijo al fin—. Pero observo una atonía completa en las gentes que debieran apoyar ese alzamiento. Yo no sé en Madrid, o en el resto de España, pero aquí... Vea: ayer estuve con Cambó. Está asustado por el giro que toman las cosas, pero no cree en absoluto en un movimiento militar con éxito, en los momentos actuales. Confía todavía en que las mismas izquierdas republicanas y hasta algún sector del socialismo, digamos Besteiro y Prieto, se darán cuenta del abismo en que caen. Y cree que lo peor que pudiera ocurrir es un alzamiento militar fracasado. Sospecha que sea precisamente eso lo que pretenden provocar las izquierdas, para eliminar de golpe a las fuerzas contrarias.

—Pudiera ser. Pero yo me voy a ver a Mola de nuevo. Si esto ocurre, yo quiero estar allí.

—Y... ¿para cuándo contaba con provocar el movimiento?

—Que conste que lo que le digo es una mera suposición; no sé hasta qué punto mi confidente confunde sus propias ilusiones con la realidad, o si responde a una consideración justificada de los hechos. Él cree que eso debiera producirse antes de que Largo Caballero y los suyos den su propio golpe. Son dos opciones las que se preparan en España, y las dos violentas. Por tanto, el golpe tiene que estar dado

pronto. Francamente, no lo sé; y repito que tampoco sé si debo dar fe a las suposiciones de mi amigo. Lo que sé es que yo no quiero estar aquí; que me muero de miedo de mis obreros, de mis amigos y de mis enemigos. De todos. Y necesito dormir tranquilo. Me pueden pegar un tiro, y eso sería lo de menos; lo que no quiero es morirme pensándolo.

—¿Y... no cree —sugirió Rafael Mas— que en el mejor de los casos Mola le enviaría nuevamente aquí, que es su sitio, o bien sencillamente a freír monas, que los militares son así de expeditivos a veces?

—Pudiera ser; pero voy a probarlo —contestó, envolviendo con cuidado una imagen iridiscente, de un verde opalino, y guardándola con sumo cuidado en una caja—. Lo he de probar —insistió—. Por favor: le ruego que no diga usted una palabra a nadie de este asunto.

—Naturalmente.

XIX

SI RITA ARQUER había accedido a transigir con los deseos de su antigua protectora Evelina Torra, no era por ella precisamente, puesto que le es posible a un espíritu cristiano perdonar los desaires, pero no le es nunca posible olvidar los desengaños. Y aunque hubieran pasado muchos años, Rita Arquer no olvidaba cómo Evelina la había echado de su casa, cuando ya no la necesitó, después que ella le había servido durante mucho tiempo con toda lealtad y hasta, dentro de lo que cabe, ¿por qué no?, desinteresadamente. Los cuatro pingos que Evelina le había cedido en aquellas ocasiones, sobras de sus armarios y desechos de la moda, no hubieran, en efecto, podido pagar nunca sus gestiones y pasos en favor del noviazgo en el que la viuda soñara para su hija. La boda de Desiderio y Crista se debió en gran parte a la dedicación y a los buenos oficios de Rita, y eso Evelina no tenía derecho a olvidarlo. Y mucho menos dado que, personalmente, a Rita la figura de Desiderio le había sido antipática desde el primer día; ella había sido partidaria de aquel cabeza loca, pero sincera, de Pablito de Inglada, que la traía y la llevaba sin regatear una merienda o un regalo, etc. Pero... las cosas se presentaron de ese modo, e hizo entonces lo posible por contentar a Evelina, por hacer la vista gorda y por celestinear en favor de Desiderio Rius. De modo que era Evelina una deudora de muchas cosas, ya casi prehistóricas, pero importantes, y los años no podían enterrar la injusticia que cometió con ella poniéndola de patitas en la calle.

No era, pues, por Evelina, por quien se decidía a entrar de nuevo en aquella casa; era por Crista y... por un sentimiento cristiano de cumplimiento de un deber. Llevaba ya mucho tiempo en que no le era necesaria la protección de nadie. Su vida era sistemática; ganaba lo suficiente para vivir con modestia, pero sin pedir limosna. Se sentía acompañada y comprendida por el grupo de gentes que componían el «Centro Tradicionalista Vázquez Mella», con mosén Parramón a la cabeza, que la distinguía con su consejo espiritual y con su doctrina social y cívica. Tenía, anualmente, asegurada su peregrinación a Lourdes; pensión en María Inmaculada, pocos compromisos y una medalla de la Virgen que había sido de doña Dorotea de Chopitea y que, al decir de mosén Parramón, era como un «detente, bala». ¿Qué más podía pedir?

Pero lo de la niña, no. Que Crista viviera su vida, separada del marido y sujeto de escándalo en Barcelona, eso ella no lo podía tragar, pese a los años transcurridos, pese a los desaires sufridos. Se decía evangélicamente que a quien consintiera aquel escándalo más le valiera que le colgaran una piedra al cuello y lo echaran al mar. Y ella no estaba a sus años para ese tipo de naufragios.

Después de llegar a esta conclusión, tuvo varias entrevistas con Evelina. Primero, nuevamente en la salita de espera del convento de María Inmaculada. Pero después,

ya sin remilgos ni puntillos, en el principal de Evelina, que no había vuelto a pisar desde la mañana aciaga de hacía, ¿cuántos?, por lo menos veinte años.

Evelina le explicó el proceso de la separación, ocultando astutamente las motivaciones concretas que la habían provocado. Silenció su propia intervención y la existencia de terceras figuras. «Cabezas atolondradas —dijo—, eso es lo que son —atribuyendo la situación a frivolidades superficiales—. El mundo está trastocado y, claro, en estas situaciones, las malas compañías...».

Rita Arquer pudo así trazarse el cuadro completo del panorama familiar y social de la pareja.

¿Qué modas eran esas de vivir separados y de dejarse inducir por la teoría republicana del divorcio, que es la negación del Sacramento y de la Ley de Dios? ¡Eso es peor que quemar iglesias! ¡Pobres chiquillos! Se habían dejado seducir por las teorías modernas, que son la negación del vivir como Dios manda...

Sintió un alivio cuando Evelina le comunicó la existencia del primo carmelita de Desiderio Rius. A él se fue una tarde resueltamente la exacompañanta.

Le agradó el carmelita porque tenía el aire resuelto y dinámico de algunos curas que ella también conocía, monseñor Parramón a la cabeza. También él era intrépido y poseía una voz sonora, unos movimientos grandilocuentes, un ademán generoso y no estaba para cuentos. Sí, señor: Dios, Patria y Rey, aunque le parecía que el carmelita era de ideas un poco avanzadas en muchas cosas, verbigracia el catalanismo.

Pronto quedaron resueltos a emprender una acción común: ella, cerca de Crista; él, junto a Desiderio. Dos acciones coordinadas que no podrían dejar de desembocar en una entrevista y, luego, en la reconciliación.

Pero cuando Rita se entrevistó con Crista la encontró tan distinta a otros tiempos, que le pareció que no podría llevar adelante su empeño. Se había vuelto cínica, cosa que antes no era; hablaba de la vida como si fuera un pasatiempo y no le quedaba ya el menor temor de Dios. Y la vio a media tarde en su casa de la Bonanova y no estaba para nada. Se distraía continuamente, solo pendiente de que todo estuviera dispuesto para un cóctel con cena que tendría en casa aquella misma noche. No pudo hablarle más que delante de la manicura, que le estaba haciendo... ¡los pies! ¿A dónde íbamos a parar si hasta los pies eran motivo de exhibición e instrumento de pecado?

Un rubor apenas exteriorizado hacía apartar a Rita sus ojos de aquella operación que para ella era casi una bacanal, una orgía íntima y repugnante.

No obstante, cuando la manicura terminó su labor, abordó a fondo la cuestión. Había ideado con el carmelita que ambos simularían, por parte de sus inconscientemente representados, un deseo de aproximación al otro, que por el momento no tenía verosimilitud. Así que Rita dijo a Crista:

—Niña, tengo el deber de comunicarte que me consta que tu marido no está bien como está y que, tal vez, desee de nuevo acercarse a ti, para reconstruir este hogar. Sé que se ha expresado así ante un amigo.

—¡Bah!, eso se dice pronto... Esta casa está abierta a todos y también a él. Pero

eso de vivir juntos...

—No tenéis cabeza, niña. Y con un chico mayor y hermoso como Carlos... ¡Es inconcebible!

—¡Siempre cargado de mujeres! ¡Que viva su vida! Yo vivo la mía. La indiferencia con que trataba el asunto era el peor de los síntomas de aquella situación. Se lo dijo así al carmelita.

—No importa. No es cuestión de un día. Ya cederá.

—Padre, ¿por qué no los citamos imprevistamente una tarde?

—No, no... Sería contraproducente.

Días más tarde acudió Rita al saloncito del carmelita con una novedad.

—He hablado con ella en su propia alcoba, esta mañana, cuando aún no se había levantado; le he entrado el desayuno y me he puesto a hablar del tiempo, de mosén Parramón, de varias cosas. Ella estaba como adormilada. Le he preguntado si se encontraba mal. «Sí, me encuentro mal. De todos modos, no se puede vivir sin un hombre». Me lo ha dicho así. Yo no sabía si escandalizarme; perdone, padre, pero estas brusquedades, que no son para una soltera como yo... He callado. Pero de pronto pienso y digo: «Querrás decir: con tu hombre». Ella me ha mirado y me ha contestado: «Sí, aunque fuera él».

El carmelita carraspeó.

—Voy a ver esta tarde sin falta a Desiderio. La verdad es que no he tenido tiempo de hacerlo hasta hoy; sin falta, esta tarde le veré.

Lucía un tiempo maravilloso, con un cielo azul y la miel del verano derramándose sobre los árboles de las plazas. Cuando llamó al Colón, Desiderio no estaba. Volvió a insistir un rato más tarde y escuchó su voz al otro lado del teléfono. Quedaron de acuerdo en que se verían a las once del día siguiente. En esta ocasión Desiderio recibió a su primo de nuevo en su habitación, que esta vez ya estaba aseada.

—Me consta —dijo el carmelita— que tu mujer está cada vez más fatigada de la vida que lleva, y que vería con buenos ojos una reconciliación.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

Desiderio se acercó al balcón que daba a la plaza y que estaba abierto de par en par. Observó el juego de la gente diminuta en tránsito por ella. Bandadas de palomos se solazaban al sol ardiente de julio.

—Anteanoche coincidimos en un local nocturno que está en Montjuïc. Realmente, estaba muy bonita aún.

—¿Quieres que le hable de una entrevista? ¿Por qué no resolvéis esto de una vez?

—No, no... De ningún modo. Lo que ha pasado es muy fuerte. La cosa debiera partir de ella. Aunque es mejor que ni de ella. ¡Si daríamos risa!...

—No te preocupes lo que piense o diga la gente. En estos casos, la gente no cuenta. ¿Lo hago?

—¡No! —contestó él, tajantemente—. Lo que tenga que venir, vendrá. Este es un

asunto nuestro.

Y las cosas quedaron así. Ni unidos ni separados del todo, en la indecisión y la interinidad de un divorcio que no acaba de formularse. Entretanto, los papeles se pudrían en el Juzgado sin que nadie acudiera a las citaciones.

—Yo ofrezco mi comunión todos los días —explicó Rita a Evelina—. ¿Qué más puedo hacer? La ofrezco por ellos y por la situación de España, para que vuelva el rey.

—¿Qué rey?

—Bueno, aunque fuera Alfonso XIII. Cualquiera cosa, pero que se marche esta chusma y que triunfe la religión y no haya sacrilegios ni persecuciones.

—Pero ¿es que pasa algo? —preguntó Evelina, alarmada.

Rita renunció a explicar y miró a su interlocutora olímpicamente. En realidad, la cabeza de Evelina ya no era lo que era. ¡Que si pasaba algo! ¿No iba a pasar?...

La muchedumbre se apiñaba en la plaza del Castillo bajo las arcadas, en mitad de ella; era una multitud de hombres jóvenes en mangas de camisa, que enarbolaban botas de vino peleón y seco. De la plaza esa muchedumbre se desparramaba por las calles laterales, desbordaba de las tabernas y los cafés. Un eco de canciones poblaba el aire, un aire azul y purísimo que vaciaba su luz sobre los soportales y en la piedra oscura de las casas antiguas, de noble planta. La pizarra de algunas edificaciones rutilaba y destelleaba al sol. Era la jornada de San Fermín, patrón de Pamplona; y habían llegado a la capital muchos hombres de la comarca, por los caminos, sobre las mulas pacientes, vivas y andariegas, o en carromatos y carricoches para asistir al oficio, al encierro de las reses, a la corrida. Casi todos cubrían sus cabezas con la boina navarra y muchos de ellos con la roja boina de los requetés.

El teniente don Pascual Urquizu Álvarez dio un rodeo por donde la muchedumbre era menos espesa, camino del Gobierno militar. No confiaba ya en su grado, ni en nadie. Pero debía comunicar a alguien lo que sabía, lo que acababa de escuchar, y ese alguien no podía ser otro que el gobernador militar en persona. Se le escapaba continuamente de las manos el procedimiento por el cual habían de cumplirse las órdenes; y se diluían, en recovecos desconocidos de la Administración, sus partes e informes; los resortes mismos de la autoridad que se le había confiado estaban quebrantados. Mas por encima de todo estaba el hecho de que ya no disponía de fuerzas con que cubrir los puestos que quedaban vacantes por la agresión, el miedo o la lenta deserción de sus hombres, cansados de amenazas.

Había ingresado en la Academia once años atrás y en el cuerpo de la Guardia Civil, al que servía, parecía que ya no fueran válidos los principios que había aprendido allí a guardar con juramento.

Entró en el edificio, flanqueada la puerta amplia por la figura de los dos centinelas que se cuadraron a su paso, y subió por la escalinata. Un silencio absoluto

parecía hacer más rotundo el eco de sus pasos por los pasillos. Dobló, en uno de ellos, hasta llegar a un acceso en el que un soldado se le cuadró, al tiempo en que le preguntaba:

—¿Qué desea usted, mi teniente?

—Tengo una cita con el general.

El soldado saludó de nuevo y entró al interior. Al poco le hacía pasar a un saloncillo, iluminado por la luz de un quinqué al que se había adaptado la corriente eléctrica. Unos grabados militares, en los tabiques, daban a la pequeña estancia un aire romántico y antiguo.

Permaneció bastante rato en aquel lugar, hasta que se abrió una puertecilla y salió de ella un comandante, con algunas medallas en el pecho.

—Teniente, el general le recibirá en seguida —cruzó por delante de él y se marchó.

Se abrió nuevamente la puertecilla.

—Pase usted, Urquizu.

El general era un hombre alto, de mirada clara y actitud reflexiva, con el rostro en el que encendían unos reflejos las gafas de carey que llevaba, y levemente curvado de espaldas, sobre las que emergía una cabeza de pájaro. Hizo un ademán, invitándole a entrar.

—¿Cómo prueba su San Fermín? —inquirió, mientras le indicaba una butaquita isabelina y tomaba asiento frente a él.

—Mi general, no prueba bien.

—¿Y eso?

—Son muchas las cosas; muchas las que vucencia ya conoce, y otras nuevas que ocurren todos los días. Acaba de llegar a mi cuartel un número del Cuerpo que ha recorrido más de sesenta kilómetros a pie y como ha podido; viene huido de un pueblo de la provincia de Zaragoza, cerca de Navarra. Se llama Salustino Hernández Martos. En Braviega, donde estaba destinado con un compañero, se soliviantó la gente, capitaneada por un tal Raspa; torturaron al cura de una manera feroz y al fin lo mataron a tiros; a su compañero, Hortuna, lo quemaron vivo; han asesinado al alcalde y violaron a la hija, uno tras otro... Quemaron la iglesia...

El general hizo un breve movimiento para apuntalarse las gafas, pero no dijo nada.

—De todo ello hace seis días. Pero nada se ha explicado ni se ha dicho. Como si no hubiera ocurrido.

—Urquizu, hace tiempo que le conozco a usted y me consta su lealtad —afirmó con voz sorda y lenta el general—. La situación es grave. Lo que me cuenta, no me extraña. Sé quién es ese Raspa. Salió de España cuando yo era director general y se fue a Rusia. Pero no se tratará ya de reprimir una serie de actos vandálicos que se van produciendo, sino de resolver toda la situación a la vez. Sí, la conclusión está tomada. En un momento dado deberemos actuar con decisión y poner a prueba nuestras

capacidades. No será fácil. Me decido a decírselo porque le necesito a usted.

—Pero ¿cuándo, señor? —inquirió, sintiendo que renacían en él las esperanzas.

—Muchas veces me he preguntado eso: cuándo. La táctica es difícil. ¡Cuándo, cuándo! Me acucian por todos lados, menos por aquellos de los que yo espero que digan: hoy. Este es el problema.

—Si se dijera hoy, en el acto se levantaría la nación entera.

—¡Ojalá! Vea usted —dijo incorporándose y acercándose a su mesa, en la que estaba un mapa desplegado—. No puede confiarse en Madrid. El Gobierno tiene allí el poder muy sujeto. No hay que confiar en Madrid, sino en las cuatro columnas que partirán de aquí, de Sevilla, de Valencia y de Barcelona. Y África, que será nuestro arsenal y nuestra reserva. Y creo que hay que contar con una quinta columna. La de la gente civil del propio Madrid, que se levantará por sí misma, a la primera voz.

—Mi general, hoy.

—Hoy hubiera sido un buen día. Siete de julio. Vea usted Pamplona; la movilización ya está hecha. Aquí están por lo menos quince mil hombres. Pero Pamplona no es toda España; es solo una porción un poco anticuada de España. No ha podido ser. No necesito encarecerle la necesidad de guardar el máximo secreto. Tenga a sus hombres dispuestos, nada más, y espere mis órdenes.

—Sí, señor.

—¡Ah! Ha llegado un señor catalán, un transportista. Está en un hotel aquí detrás, en la calle de los Fueros. Mi secretario, el capitán Téllez, le dará su filiación y dirección exacta. Vaya usted a verle de mi parte y compruebe su modo de pensar y actuar. Invítele a comer o algo así. En fin, dígame quién es y si puedo confiar en él llegado el caso.

—Sí, señor. ¿Manda usted algo más?

—Nada más.

—A sus órdenes.

Máximo García Expósito buscaba camarones en el delta del Llobregat, en la arena que el río va dejando cuando entra en la mar, y que venía sucia de barro y de algas. Llevaba en mano una bolsita donde los pequeños crustáceos ya encontrados tintineaban con una musiquilla feliz. Los camarones son buenos tal cual, solo pasados por agua limpia y acompañados de una botella de vino. A eso de buscar camarones se dedicaba el Máximo esos días con unos duros en el bolsillo, sin prisa para nada; y hasta se decía que para eso había nacido. Para vagar, echarse un trago, una partida de mus, y a dormir. Y así un día y otro. No le envidiaba la suerte a un millonario, que lo bueno es la tranquilidad.

A su contorno se ofrecía un panorama apacible y sonriente. La luz era límpida en aquella mañana de verano. Muy lejos, se dibujaba la silueta azul de los montes lejanos. El agua hacía al caer unos remolinos gorgoteantes con un ruido plácido, al

que venía a subrayar periódicamente el rumor de unas olas sosegadas, con un chapuzón cansado. La luz estallaba en todos lados y formaba como unas crestas de color sobre el agua gris y azulada del mar. Hacía un calor fuerte. Iba el Máximo inclinándose al suelo para hurgar entre la arena y en los resquicios de rocalla la presencia de piñas del pequeño crustáceo. No le importaba que pasara el tiempo. Hasta la tarde se estaría allí, que por algo se había llevado un poco de condumio; la tortilla de patatas y la botella de vino, un par de plátanos y una manzana. Eso era vivir.

De pronto decidió echarse al agua. Quería sacudirse del calor de la mañana y empapar su cuerpo de una vez. No lo pensó mucho. No había nadie. Solo, muy lejos, un par de hombres hacían lo mismo que él: buscar camarones.

Se desnudó en un salto y echó su cuerpo al rompiente, tenso y con los brazos para adelante. Toda la mugre que sentía encima se le escapó de pronto. Era fresquita el agua y le solazaba y distendía. Esto es darse vida de duque, meditó. ¡Cualquiera está ahora pudriéndose en un taller!

Gargarizaba y cabrioleaba por el agua como un delfín, y volvía a salir a flote después de navegar por debajo y vuelta a hundirse y retozar. Luego se quedaba en la superficie, tendido de cara al cielo, por el que transitaba una nubecilla mínima, como un filamento de algodón También cruzaba el cielo, muy alta, una avioneta.

Braceaba y se sostenía de frente a la orilla. ¡Cuán distinta era esta tierra de la tierra de Almería y de los recuerdos que llevaba en el ánimo; del yermo del Sur, y los perros sarnosos, el rebaño mugriento, el cardo y el barracón solitario, donde un sorbo de agua es una joya inestimable! ¡Cuán azules eran los montes! Entre la leve bruma, que amorataba el llanto, surgían casas de labor, y se veía avanzar un carro lentísimo a lo lejos, y la ondulación del maíz y unas cuantas perdices en raudo vuelo.

«¡Cualquiera piensa ahora en bollos de revolución ni hostias!». ¡A lo que estaba allí era a bañarse, a solazar el cuerpo y a mirar el cielo y las humaredas que hacían las casas de labor, ya preparadas para que los hombres engullan un buen plato de *monchetas* con butifarra! ¡Buen viento a lo demás!

Pero no había hecho más que expresarse, a sí mismo, esta bucólica reflexión, cuando vio asomar por el montículo a tres figuras, como emisarias de todo lo contrario de sus propósitos. Eran pequeñas aún y estaban lejos, sobre la arena. Pero las reconocía. ¡J.!.; «los pringados»: el Millás, el Fanegas y el Rubio. No faltaba más que el Roquete. Aquel Roquete del silencio y la muerte que ya estaba pudriendo gusanos quién sabe dónde...

Parecía como si no le vieran. Estaban deslumbrados por el sol y los reflejos del agua, particularmente el Fanegas, que doblaba la cabeza a todos lados con el movimiento autómatas de los ciegos. Se le ocurrió engañarlos. Dio unos alaridos que gargarizaron en el agua con un estrépito engañoso y cómico. Se volvió a hundir y chapuzar y al surgir de nuevo los vio a ellos muy intrigados, buscando inquietamente su rastro en la superficie del mar, con unos ojos ávidos. «Ea, chavales, que os voy a

hacer sufrir un rato». Y volvió a repetir la estratagema. De nuevo ellos intentaban localizarle en la superficie azul. Entonces se puso a cantar a voz en grito un poco de la romanza de *La Dolorosa*. Y dio un salto, como un delfín, sobresaliendo del agua. Ahí le pillaron. Levantó el brazo y se dispuso a salir.

Su cuerpo, ya moreno, brillaba al sol como el de un animal hermoso. Salía chorreando agua, como un pez plateado. El mediodía encendía en su piel primores de luz y destellos. Pronto quedó en la arena, aguardando a que los otros llegaran. Se tendió, revolcándose victorioso sobre el ardor de los granos, sintiendo la quemazón de aquella alfombra flácida y ardiente.

—Venga, Máximo, ya basta de mangar, que a por ti venimos.

—¿Por mí? Dejadme, que aún quedan camarones y hasta la tarde no estoy para nada.

El Millás se acercó. Su mirada era dura, como siempre. Su poderoso tórax y sus brazos, la complexión maciza de su cabeza ganaron un grado de expresividad.

—Hay noticias y algo hay que hacer. Basta de holganza.

—¿Noticias hay? ¿Es que habré preñado a la Cucharas?

—Basta de broma. Levántate y vístete, que nos vamos.

—Alto, amigos, un poco de pausa. Que lo que estoy haciendo me lo he ganado.

Pero el Millás se impacientaba.

—A ponerse en pie, Máximo, y pronto.

No quiso gallear. La jornada era demasiado lustrosa.

Con lentitud se incorporó y, mojado como estaba y sin sacudirse la arena, se metió en sus calzas sucias y en su camisa a cuadros. Recogió las alpargatas y el saquito de los camarones.

—Venga, soltad. ¿De qué se trata?

—Estás en la inopia —terció el Fanegas—. Y no son tiempos de estar en la inopia. Ya sabes el juramento que nos hemos hecho, y es la hora de estar unidos y en contacto. Llevas casi quince días sin acercarte al Ateneo Libertario ni siquiera al café. Y no lees ni siquiera el diario.

—Pero ¿ocurre algo?

Los demás se miraron entre sí, como compinches.

—Vamos ya —dijo el Millás, conminándole.

Echaron a andar, apresurados bajo el sol; eran gente que no podía perder tiempo. Cruzaron unos campos, hasta llegar a la carretera, un camino vecinal mal lleno de hoyos y de baches, sobre un terraplén entre los desiguales cultivos del que sobresalía la gracia del maíz y la prontitud de acelgas y tomates. Allí estaba un desvencijado coche, un Ford antiguo como el de las películas mudas. Bajo la capota estaba adormilado el Pepe.

—Hombre, hay pleno. El Pepe también aquí...

El Pepe le miró de soslayo, medio dormido y sin abrir boca, y puso en marcha el motor.

—¿A dónde vamos?

—Oye, Máximo —dijo el Millás—. Tú has tenido un buen comportamiento hasta ahora y no es el momento de que te rajés.

—¿Rajarme yo? ¿Quién dice eso?

—Pues adelante y no preguntes.

Tardaron largo rato todavía en encontrar los arrabales de la ciudad, un conjunto de pequeñas fábricas acodadas en la llanada que florecía en huertas y regadío. Más allá, las primeras piedras de la edificación urbana y los primeros cafés, en una calle llena de barro y de desconches, de detritos y de perros trashumantes y perdidos. El arrabal era en este trozo ambiguo, sórdido y húmedo.

El coche derivó por una cuestecilla, hacia el mismo pie de la ladera de Montjuïc, y se metió en una calleja donde abundaban los talleres de marmolistas. Las lápidas y losas estaban echadas en la calle, a pleno sol, en una extraña baraja de la muerte con la vida. Sobre ella, el diseño abrupto y vertical del monte.

—¡J., qué barrios!

De pronto recordó alarmado una cuestión.

—Con esas prisas y autoridad que habéis traído me quedo hoy sin comer. Me he dejado la tortilla y el vino en la playa. ¡J., no se puede ir de ese modo!

—¿No sabes comer de cuchara? No vamos a volver ahora allí —contestó el Fanegas.

—¡De cuchara! ¿Y quién me abona el gasto?

—Con el golpe en puertas y tú pensando en el gasto. Pareces un podrido burgués...

El Máximo hizo un gesto amenazante, como si fuera a darle con el codo. Pero no dijo nada.

Pararon al extremo de la calleja y se metieron en un pequeño taller, en el que un par de hombres estaban picando en la piedra. Lo cruzaron y entraron en un aposento, mitad almacén y mitad estudio, en el que unas figuras, cuatro o cinco, de ángeles de mármol miraban al cielo con pose beatífica y exaltada. En aquel punto salió de detrás de una de ellas un hombre. Era gordezuelo y tenía una mirada maliciosa. Parecía que recelara del Máximo.

—¿Ese es?

—Sí. Ese es el Máximo.

Se fue el Fanegas a su lado y estuvieron cuchicheando un rato. Al fin el Fanegas dijo:

—Tú, Máximo, ven para acá.

Máximo se acercó.

—Vas a encargarte de llevar unas armas a Juanita, la de la portería de la fábrica.

—¿De qué fábrica?

—¿De cuál va a ser? De la tuya.

—¿Y qué tiene que ver la Juanita con eso?

—Tú, a callar. Tú le dejas a ella las armas que te demos y a callar. Ella ya sabe lo que va a hacer con ellas.

—¡Menudo encargo! Llevo más de un mes sin ir por allí. Desde que me dieron la paga.

—Escucha, Máximo, y te lo advierto. Basta de desgana. Se va a dar el golpe, pero el golpe de verdad, no esas monsergas de hasta ahora, ¿comprendes? De modo que descargas las armas a la hora que te digan y te vuelves con nosotros, que te esperaremos en el Ateneo de la calle de la Unión a medianoche.

El Máximo no replicó. Le pinchaba por todo el cuerpo la arenilla de la playa y estaba sin comer.

—¿Dónde están esas armas?

El hombrezuelo le indicó que le siguiera. Entraron en un jardín posterior. Había en un rincón unas cajas y en una de ellas descubrió, abierta la tapa, media docena de pistolas, un par o tres de fusiles, unas bombas de mano y cuatro pistolas ametralladoras.

—Yo solo no puedo con eso.

—¡Bestia! Irás en coche. El Pepe te acompañará. ¿O es que eres tonto?

—Vamos a ver si queda claro. ¿Quién ha tratado con la Juanita de este asunto? Porque no acabo de comprender una cosa: por qué se mezcla en eso.

El Fanegas, con sus ojos de cegato, iba a repetirle que no preguntara, cuanto tal vez advirtió en el tono de su voz que el Máximo no haría nada de lo que le pedían sin antes cerciorarse del porqué de las cosas. La Juanita no es más que una mandada. Allí quien dispone es su hombre.

—Ella no tiene hombre.

—¿Y tú qué sabes?

—Y es su hombre quien dispondrá lo necesario para el ataque al cuartel de San Andrés, el día convenido. Por eso las armas se llevan allá.

—J., cómo lo complicáis. Si las pudiera llevar desde aquí cada cual a su casa...

—Hale, basta ya de hablar. Vas a lo que te digo a la caída de la tarde, para llegar allí cuando ya esté cerrada a fábrica; pero hacéis el viaje todavía con luz del día. Por la noche pudierais encontrar retenes en el camino.

Lo que le ocurría al Máximo era que tardaba en impregnarse de cualquier obligación que no fuera la de vagar. Le venía cuesta arriba volverse a mezclar en cualquier acción. Se fueron los demás a pie, por donde habían venido en el coche. Quedaron el Pepe y el hombre de las lápidas. En el jardincillo había un frescor agradable. Había un par de robles robustos y cinco palmeras alineadas, y entre ellos una maleza de moras y espinos, de yedras y musgos en una zona sombreada por la fronda y aún cargada de humedad. En mitad de esta maleza había otras lápidas y trozos de mármol, junto a figuras blancas para la necrópolis.

—Los ricos se mueren a modo, ¿no es así? —inquirió el Máximo, fijándose en los objetos de aquel muestrario fúnebre. Pero el dueño de aquel establecimiento no

contestó. Le miraba con sus ojos astutos y como si recelara.

—Oye, Pepe, ¿y qué se hizo de ti desde el día de la calle aquella del Banco?

—Me fui. Yo tengo olfato para eso.

—Pues te ahorraste un rato de marcha. ¿Dónde estuviste? —Estuve en el campo.

—Pues luego, por otro asunto, al Roquete lo pringaron, sí —dijo, llevándose las dos manos al cuello—. Y el tío del Banco, el de las gafas, que cayó herido, se empeñaba en molernos. Así hubiera sido de no llegar las elecciones.

—Lo sé, lo sé... —decía el otro—. Oye —dijo, apartándose y llevando al Máximo a otro lugar, para que no le oyera el industrial—. El hombre que tiene la susodicha Juanita no es de la Sindical, ni anarquista ni nada. Esos son muy ilusos. Hasta me parece tiene una facha de confidente o chivato. ¿Le conoces tú?

—Ni de oídas. ¿Quién es?

—Es chófer de profesión, y naturista. ¿Tú sabes lo que es eso?

—¿No será lo de andar en pelota?

—Sí, algo así. Está al servicio de los dueños de la fábrica.

—¡Ah, creo que le tengo visto! Es aquel tipo que parece marica, siempre con los botones dorados hasta el cuello... Es un soplapollas.

—Ni jefe del Asalto a San Andrés ni nada. Lo que hace es cobrar por eso.

—¿Por qué lo dices?

—Porque estas armas las teníamos mejor nosotros guardadas en un local que yo me sé.

—Déjate de coñas. Hay que hacer lo que se ha mandado.

El Pepe se quedó pensativo, con sus grandes ojos de muchacho travieso y su mirada boba. El Máximo se dio cuenta entonces del hambre que empezaba a tener.

—Tú harás lo que quieras, pero yo me voy a comer. A las seis o seis y media nos vemos aquí, para recoger el alijo. ¿Es o no es?

—Como tú quieras.

Se marchó Máximo. Cruzó de nuevo el jardín, el aposento y luego el jardincillo de entrada. Aun lado estaba, vertical, la montaña, con la colmena múltiple de la muerte y, a la derecha, un poblado de barracas tendido en la llanura. Junto a él una ristra de garitos, tabernas y colmados. Cruzó y entró en una de ellas, seducido por una pizarra que estaba en la entrada, en la que se caligrafiaba la lista de la comida, con unos guarismos al lado.

Comió con gana, devoró las judías con chorizo y un plato de cordero al que aliñó con frecuentes tragos de vino tinto. Tomó café y una copa y salió al exterior. La tarde era apacible, dorada y luminosa. Sin prisa, enfiló por el camino y se dirigió lentamente a la ladera, hasta la entrada del camposanto. Los pinos, los cipreses, los robles formaban en la entrada una lozana exhibición de sombras. A veces emergía de esa mancha verde oscura un busto de piedra, una imagen o una cúpula. Retazos de sol aliviaban el fondo tenebroso de la fronda y unos pájaros grandes y negros, pájaros sin trino y sin luz, se posaban de una rama a otra, en un vuelo sosegado.

El Máximo sintió de pronto como una especie de gravedad rara. Nunca se le había ocurrido que la muerte fuera un suceso que mereciera organización ni rito. «Para nosotros es el puñetero “ahí te pudras”. Pero ellos... ellos son distintos»; aquellos sujetos llegaban hasta a una organización de los fiambres. Entró curioseando por el caminal, tras de haber traspuesto las jambas que hacían los obeliscos simétricos en la entrada. Unos hombres iban en automóviles, negros, todos de luto, siguiendo a un coche lustroso que llevaba un ataúd. Luego venía otro coche, sobrecargado de coronas de flores y cintajos morados. «J., hasta para morir se hacen cuento». En los automóviles una serie de rostros compungidos ponían al suceso un rictus entre cómico y patético. «Estarán pensando en los duros que les ha dejado. En eso piensan, aunque lo disimulen». La comitiva enfiló la pendiente dejando un leve olor a gasolina y dinero. Siguió enfilando el caminal, luego dobló por otro, que también se empinaba y al que llegaban, a trechos, rayos hirientes del sol de la tarde. Se paraba a meditar. «Y el Roquete, ¿dónde estará? Pudriendo gusanos, nada más». Ya se perfilaba en lo alto el bulto que hacía una especie de iglesuela de mármol, con puertas y ventanas puntiagudas como las de las iglesias. «Mucho me parece el quemar todo eso. Se puede quemar una iglesia, cincuenta iglesias, pero ¡que empiece a arder toda esta coña!... —y sintió un leve escalofrío, una desazón. La iglesuela era un panteón, hasta con entresuelo y sótanos—. Viven de muertos como viven de vivos; solo faltan las alfombras».

Más lejos, le llamó la atención la ristra de nichos que formaban un largo y alto muro, hasta el término del caminal. Los había con una lápida de mármol e inscripciones, pero otros no tenían más que el nombre como impreso en letras negras y una cruz. En algunos había ramos de flores ya amustiadas, en otros unas fotografías amarillentas, con efigies de personas que seguramente habían existido años atrás. «A mi excelsa tía Rosalía, su amantísima sobrina Pepita». Era igual lo que dijera: todos se pudrían igual. Los que eran distintos eran los que quedaban vivos. Los que quedaban aquí eran los de los cuartos. Su amantísima sobrina había apechugado con el calcetín de duros; es eso lo que cuenta.

Se volvió de cara al otro lado del paisaje. Entre unas ramas, se ondulaba y perdía una extensión de tierra y, al fondo, la llanura cabal del mar. Era un mar pálido y azulado, una enorme magnitud plateada, a la luz, que empezaba a decrecer, del crepúsculo. Hasta creyó que le hinchaba el pecho una intensa bocanada de sal y de brisa. Así, como los muertos, aquel mar reposaba. Si todos hemos de acabar igual, ¿qué importaba lo que tuviera el uno o el otro? En realidad no cambiaba él su vida de ahora, sin trabajar, solo para la holganza, por la que tendrían todos los parientes aún vivos de aquel inmenso estercolero de muertos. «No se atreven a pensar que serán ciegos y mudos y se inventan el cielo y el infierno. J., ¿no gozo más yo ahora que todos ellos a la vez, que si el arroz con gambas y el automóvil y los billetes y todo eso? Allá ellos, burgueses, miserables y cochinos. Y su amantísima sobrina Pepita. Al carajo todos juntos».

Era ya tarde. Debía ya de acercarse la hora convenida. Miró el mar, como embelesado. Marinero sí hubiera sido. «En realidad, cuando te echaste al ruedo no eras más que un burgués. Lo contrario de ser burgués es mirar al mar».

Desanduvo lentamente; echaba algún patadón a piedrecillas o troncos que encontrara. Pensó en el Feliciano: «Al Feliciano lo que le gustaría es tener un entierro así, con coche y todo, pero sin curas. Lo que le j. al Feliciano son los curas». La brisa removía la fronda oscura de los árboles y algo se estremeció en ella; fue un revolverse raudo de las hojas, de las que salió al fin un pájaro grande, con un pico agudo, que echó a volar.

Cuando llegó de nuevo al taller del marmolista, en la llanura, el Pepe le aguardaba con una botella de anís y pasablemente bebido. Le invitó a un trago, que el Máximo deslizó rápidamente en su interior desde la propia botella.

—J., la cantidad de muertos que hay ahí. Están todos ordenados, como si les fueran a pasar lista. A mí, estas visiones me cabrean porque me hacen pensar.

—Déjate de difuntos y vamos a lo nuestro.

Fue la hora de llevar las armas al coche y para eso lo metieron de espaldas en el interior. Los operarios del taller se habían marchado. Únicamente les ayudó el dueño, sin decir palabra.

—¿Y a ese tío se le da algo?

—Deja. Ese tío ya ha cobrado.

Sobre las armas, puestas en el suelo, en la parte trasera del vehículo, echaron una manta que el marmolista les procuró. Aguardaron todavía un rato y luego salieron arreando.

Iba silbando el Pepe y conducía el coche por la vertiente de Montjuïc, por la ruta de los entierros, para encontrar la Gran Vía. Ya el sol andaba en su declive, borboteando con grandes manchas encarnadas entre unas nubecillas del ocaso. No había guardias ni agentes, únicamente el paso de algunos coches de muertos, vacíos, hacia la ciudad, y al término del camino cuatro carros de la basura bamboleándose a las rodadas. El Pepe estaba eufórico.

—Si la Juanita está avisada, quizá la avise yo de que me agradecería acostarme con ella. ¿Tú has visto cómo está?

—Yo no me he fijado en ella. La tenía únicamente por una fisgona. Iba a echar aquel día la pistola entre los fardos del almacén cuando me ve pasar y me dice: «No te pasees tanto, amigo, que te vas a resfriar». la cabrona! De modo que poco cuento tendré yo con ella.

Desembocaron al cabo de un rato en la Gran Vía, en un sector que todavía evocaba el descampado. A lo lejos se veía la plaza de España, con su grotesco torreón central, una especie de fuente absurda. Llegaron a ella, dieron la vuelta y enfilaron por el Paralelo hacia el otro extremo de la ciudad.

El Pepe y el Máximo callaban. Ahora cruzaba el coche las calles y doblaba las esquinas sin titubeo. De vez en cuando miraba el Máximo al interior, para cerciorarse

de que su alijo no sufría novedad.

Cuando, traspuesto el umbral de Pueblo Nuevo, llegaron a las cercanías de la fábrica, observó Máximo el paso de operarios y obreros camino del tranvía, o su merodeo alrededor de tabernas y tugurios. El Pepe consultó su reloj y aconsejó esperar aún un buen rato para tener la certeza de que no habría testigos importunos a la hora de descargar.

Eran ya cerca de las nueve cuando se decidieron a hacerlo. Puso el Pepe nuevamente en marcha el coche, que había dejado apostado en una esquina, junto a la acera, y se acercó a la fábrica, que dormía en la tiniebla, al fondo de la calle.

En el interior de la taberna, en la plazuela, aún había gente y se notaba una animación de voces y de bultos en el mostrador y junto a las mesas. El coche cruzó frente a ella y paró en la entrada de hierro de la fábrica. Pepe apagó las luces y quedaron en la oscuridad. Al poco se oyó un ruido de hierro y se abrió la cancela, chirriando. Era Juanita la que trabajosamente echaba la puerta atrás.

—Oye, que no sois mancos —conminó, en vista de lo cual Máximo bajó del coche y la ayudó a abrir la segunda hoja de la puerta.

Iba descalza, sobre las losas, y se cubría el cuerpo con una bata de raso color de salmón, muy llamativo y lujoso. El coche entró con parsimonia en el patio.

Bajó el Pepe y miró a Juanita. La miró de ojeada nerviosa pero lenta, sobre todo al escote, que era como una gran pincelada de luz y se entreabría en la noche.

—Las vais llevando al altillo que tengo en mi casa —indicó, señalando a la derecha, donde su casuca se empinaba solitaria, adosada al muro. Todo se hacía a oscuras, solo al escaso resplandor de la luz que salía de uno de los ventanucos, aquel de los geranios.

—Pero daos prisa, porque no quiero mucho lío aquí. Se la notaba despectiva y como arrepentida de estar haciendo aquello.

Una gran sombra se acercó con gruñidos sordos a su lado y ella la asió por una cadena que arrastraba. Era un perro, un mastín grueso y viejo, la licuosidad de cuyos ojos destelleaba en la negrura.

—¡Quieto, *Madero*, a callar!

La papada del perro se movía amenazadora.

Descubrieron el alijo, sacando la manta, y fueron cogiendo las piezas y dejándolas en el suelo, sin hacer ruido. Luego, Máximo se metió en la casuca y ascendió por la escalerilla.

Era un habitáculo pequeño, pero arreglado con esmero. Había un ramo de flores artificiales en un jarrón y, enmarcadas en la pared, unas litografías muy coloreadas con paisajes de montaña. Estaba buscando por dónde se daba con el altillo, cuando le sobresaltó un rumor, un carraspeo y finalmente una voz, al tiempo en que una figura alta surgía de la puertecilla que daba a la alcoba que estaba totalmente a oscuras.

—Deja eso ahí encima y ve a por más. Yo mismo lo llevo al altillo.

Recordaba ahora a aquel tipo en camiseta, de haberlo visto uniformado, metido en

las polainas, abrochado hasta el cuello. Era Antonio, el que había sido chófer de Desiderio, o que por lo menos le acompañaba algunas veces al volante de su coche. ¡De modo que el tío se zumbaba a la Juanita y prodigaba con ella sus horas de asueto y de pasada le hacía los alijos a la Específica! Para que uno se fíe de nadie...

Bajó de nuevo y entre el Pepe y él entraron el resto del alijo.

—Tú, Juanita, dales una copa a los muchachos antes de que se larguen.

Tenía una forma de hablar jactanciosa, que contrastaba con los saludos que Máximo le había visto hacer cuando abría la puertecilla del coche del amo. Realmente, lo que era es un soplapollas, nada más.

La Juanita les sirvió coñac, abundante, en unas copas que jamás Máximo había pensado que sirvieran para beber, pues eran redondas y con el sitio donde poner la baba más estrecho que el resto. ¡Ganas de complicarse la vida!

El Pepe no perdía de vista el escote de la Juanita. Esta tenía buenas carnes y se dejaba mirar.

—Largaos ya, que os esperan. Y de esa boca, ni mu... —advirtió Antonio, rascándose el pecho por debajo de la camiseta—. ¿Entendido?

A Máximo le mortificó el tono y la advertencia.

—Oye, jeringa, que llevamos ya mucho vuelo nosotros. Conque ¡basta de advertencias!

La Juanita atemperó.

—¿Tomáis otra copa?

—Nanai, ya basta —objetó el chófer de lujo—. Cada cual en su sitio.

Por tanto, el Pepe y él se encontraron de nuevo en el coche, camino de las Ramblas.

—Dejemos el coche aquí, según lo convenido —manifestó el Pepe—. Luego lo recogen los «idóneos».

—¿Te lo han dicho así? —inquirió el Máximo, al tiempo en que paraba el coche en el cruce de la calle Ancha con la de Aviñó. El Pepe paró el coche, descendió y no dijo nada.

Caminaron por la calle Ancha, hacia las Ramblas. Torcieron por ellas, pasaron enfrente del Arco del Teatro.

—Ahí dejé yo el saco de lo del Banco —dijo Máximo, señalando el monumento a Pitarra—. ¡J., cómo estaba yo aquel día!

—También yo las pasé putas —confesó el Pepe—. Oye, ¿nos echamos un trago en «El Gato Negro»?

—No. Más nos vale ir primero al local.

Siguieron caminando. Pasaban al lado de las parejas de guardias, sin ningún empacho. En las sillas de las Ramblas se refrigeraban los noctámbulos y alguna nereida paseaba sus carnes con ostentación y se paraba de vez en cuando para observar su contorno.

—¿No te extraña el jodido tipo ese?

—¿Qué tipo?

—El Antonio. Chófer de señoritos, un tanto marica, macarrón y, encima, a guardarnos las armas...

—Yo, a lo que me digan. Como si me dicen que las dé al obispo.

Ya estaban en la esquina de la calle de la Unión y se metieron en ella. De un bar, a la entrada, salían los sonos de una gramola en la que deliraba el *jazz*.

—¡J.! —exclamó de pronto Máximo—. Me he olvidado los camarones en el coche. ¡Maldito alijo!

—Déjate ya de camarones.

—Se me ha perdido el día por ese puñetero viaje.

Recordaba los muertos burgueses y la estupidez de la jornada.

—¿Y a qué venimos ahora al Centro?

—A nada. A dar cuenta de que todo ha ido bien y por si hay que hacer algo más.

Subieron al Ateneo del distrito V. El local estaba caldeado, lleno de humo y cañas de cerveza.

—¿No está el Millás?

Pasaron a Secretaría. El humo y el olor a tabaco por poco los echa atrás. De esta espesa niebla surgieron unas figuras, muchas. Estaba allí una mujer, la Hortensia, la de los lavabos de las Ramblas; y el Rubio, y Puig y Solsona, el Maño, Chevalier y Millás. Todos demacrados, excitados por el debate y metidos en harina. Les dijo el Pepe:

—Ya está hecho.

Y ellos, sin parar apenas mientes en esta información, prosiguieron su diatriba.

—Los de la UGT nos mistificarán en cuanto puedan. Ellos son políticos y nosotros, no. Pero ahora hay que estar a la una. No puede haber disensión entre los trabajadores.

—Largo Caballero no es de fiar, porque no aspira a otra cosa que a ser el Lenin español. Y a nosotros, anarquistas, Lenin nos la chupa, tanto el ruso como el español. Ya recordáis sus palabras a Pestaña. Si la UGT no se deja de este hombre, el golpe ha de fracasar.

—En el instante de dar la arremetida es precisa la unión. Después, ya se verá. Pero primero hay que liquidar la burguesía. Oye, ¿qué quieres tú con esos codazos? Venga, di la tuya...

—Que me he olvidado los camarones en el coche. Que si puedo ir a buscarlos — chilló Máximo al Millás, en mitad de ese ardiente proceso dialéctico.

—¡Jolín con el tipo! ¡Anda a buscar tus camarones! Y vete a casa y no te muevas de allí, ¡que muy pronto va a venir la buena!...

Desapareció como una centella.

A Salustino Hernández Martos le quedaban ya lejos los recuerdos escalofriantes

de su huida de Braviega. Había pasado unos días en la casa-cuartel de Pamplona para reponerse. Le agradaba la ciudad navarra; él no era navarro, era burgalés. Pero siempre había sentido la comezón de conocer Pamplona, no sabía por qué. Ahora, tristes circunstancias le habían procurado la ocasión presentida. Ya pronto no estaría allí. Bien es verdad que el teniente don Pascual Urquizu parece que le había cogido devoción. «No tenga usted prisa. Ya se incorporará; déjelo de mi cuenta». Y los siete días que llevaba en Pamplona le parecían ya una vacación, sin obligación alguna.

Por eso había pedido al teniente autorización para mezclarse con los mozos y asistir al último encierro. Se entiende que se trataba de asistir no como mirón ni espectador, sino en la calle. Y amanecía el día echando en los desniveles y en la pendiente de la Cuesta de Santo Domingo una lechada de luz, todavía pálida, que insinuaba los perfiles de la Cuesta y aún los de la ciudad entera.

Muchos mozos estaban junto a él; abandonando el uniforme se había vestido solo con camisa y calzas, amén de los zapatos más ligeros, para correr bien. Aquella expectativa era muy distinta a la que había sufrido en Braviega. Porque aquella era la muerte y esta un sofocón de vida.

Había ido a contemplar el testuz de los toros, la calma que tienen cuando están en el corral, como fantasmas negros. Miran al panorama y al cerco sin chistar ni impacientarse, deleitosamente, pacientemente. ¡Que luego todo eso se pueda volver furia y airón, no le cabía en la cabeza!...

Los mozos que estaban a su contorno, aguardando la suelta de las reses para echar a correr, aparecían también como fantasmas blancos, pálidos, ojerosos por la turbia marejada de las fiestas, pero dispuestos a correr y a regatear, en la postrera ocasión de jolgorio y de risa. Unos llevaban en la mano un periódico enrollado, con el que dar el quiebro al toro, llegado el caso. Otros esgrimían unas botas de vino tinto, con que animar la sangre antes de la pelea. Todos estaban atentos a la señal que indicara la suelta del ganado.

La palidez con que amanecía el día se iba trocando en suave claridad. Temía que, en ella, no se advirtiera desde el primer momento la elipse del cohete; pero, en cualquier caso, se advertiría la explosión del petardo, de la pólvora elocuente y estentórea, en mitad de la luz. Así se hacía casi inminente el esperado segundo, la fracción del tiempo en que habría que empezar a correr, en la pálida madrugada.

De pronto se elevó al aire un rastro efímero de humo, tan alto que parecía haberse perdido en el cielo. Era la señal. Un fulminante estampido, cuyo eco se diluyó después entre los valles, quebró la atmósfera. El griterío inconexo aturdió un instante a los grupos, les enmendó la apostura y los hizo correr, al principio despacio y con la mirada hacia atrás, después ya con prisa. Al propio tiempo, del fondo de la cuesta, parecía haberse desvelado un volcán; era un ruido bronco, como un galope brusco, la estela que en el aire deja un trueno al alejarse. Pero ese rumor no hacía más que crecer, que trotar y acercarse por el aire. Salustino Hernández Martos echó a correr, cuesta arriba.

Matías Palá estaba en la habitación del hotel; estaba en la cama, sumido en el sueño; escuchó una tromba lejana, unos bramidos inconexos y soñó de pronto que se hallaba en una torrentera que le arrastraba, en mitad de los montes y absolutamente solo; quería agarrarse a los bordes, a un arbusto, y lo asió; pero su mano empezó a sangrar y tuvo que soltarse para que no punzara más en ella el cuchillo de los fuertes espinos. Y volvía a ser arrastrado inexorablemente, pendiente abajo, en mitad de las aguas.

Salustino Hernández Martos sentía delante de él y a su contorno la compañía y complicidad de muchos otros mozos en alegre huida, a un trote venturoso entre los guijos y pedruscos de la cuesta. Le palpitaba alegre el corazón, de sentirse embestido por aquella furia que venía detrás, como un río, y que empujaba quieras que no adelante, con una polvareda. Ese torrente de carne negra se advertía ya, fanático y ciego, a impulsos y bramidos que eran como una tiniebla palpitante. Volvía de vez en cuando la vista atrás, sin dejar de correr, y ya descubría la negra mancha de cuernos descollantes, como una caterva fraccionada y dispersa de varios temporales a la vez.

Matías Palá, el transportista, se volvió del otro lado y sintió en sus sueños un frescor nuevo que le atemperaba la mejilla. El fragor se tornaba más vivo, ya cerca de sus pulsos y sus sienas, y le entró en el ánimo un bramido oscuro y temible que era como una muerte que se acerca y nos lame. Un monstruo extraño había surgido de la manigua, en la ribera, y le contemplaba con unos grandes ojos verdes, fijos y transparentes, como de cristal.

Salustino Hernández Martos corría a veces como un gamo, pero luego detenía un poco su pisada para apurar la emoción de las reses, el ¡ay! de la proximidad. Primero había muchos otros mozos, interpuestos entre lo que venía y él; luego, la barrera de hombres y cuerpos jóvenes se fue aclarando. Unos de ellos se apartaban a un lado, algunos se subían a lo alto de las vallas, ciertos de ellos tropezaban y caían tendidos al suelo, sin moverse, en espera de que el tremendo vendaval los rozara y caminara por su espalda y en sus costados, así una inmensa ola negra. Salustino Hernández Martos había empinado la cuesta y se hallaba ya en la calle, recta o torcida, que era como la prefiguración soñada de una ciudad inútil. Los toros venían en tromba, también alegremente, con una pisada somera y atolondrada, dando giros y cabezadas al amanecer y enarbolando luego la cuerna del ras a la altura, en un patético y rápido gesto de muerte.

Matías Palá, el transportista, intentó arañar la testa del verde monstruo que estaba como muerta en su sueño; hasta que de pronto la extraña figura se embraveció y removiò y rugió extrañamente; jadeaba la bestia y lanzaba por las comisuras de una boca pútrida grandes bufidos y una baba lenta y sólida, como de caramelo. Se transfiguró de pronto en un espectro, en algo vegetal de ramas torcidas y secas.

Salustino Hernández Martos sentía cada vez más cercana la presencia de las fieras alegres y constantes. El eco de los cascos sonaba ya muy cerca. Se volvió y vio a dos de ellas que doblaban por la curva, muy rápidas; luego, las demás. Corría y dio un

traspíe, pero siguió adelante, empujándose con otros que bailaban por su lado en atolondrada y veloz pantomima.

Matías Palá, el transportista, se despertó de pronto. Sintió al principio la misteriosa desproporción del silencio con los vagidos y voces que turbaban tan temprano su inesperada vigilia. Se creyó en otro lugar, lejos de allí, en los páramos del desierto egipcio y en otro siglo. Pero se instaló de pronto en la realidad y captó claramente el griterío de los mozos y las reses aún lejos, por donde estaba la fiesta.

Se incorporó, se puso en pie y se pasó la mano por el rostro y el pelo. ¡Qué extraña pesadilla! Todo parecía que contuviera aún la rara y fija mirada de la bestia. Aún quedaba prendida de su percepción la estúpida anomalía, el azarante sortilegio. Pero los gritos, el ruido de los cascos, la vorágine del encierro le dominaban ya y se acercó al balcón.

La temperatura era fresca, pese al verano, y desde el balcón presenció el espectáculo de la muchedumbre apiñada en balcones y ventanas o puesta a horcajadas sobre los postes de la valla; y, doblando del fondo de la calle, la balumba de mozos en mangas de camisa, que corrían, tras los cuales venía la tromba de los seis toros como un dinámico presentimiento.

Salustino Hernández Martos tenía ahora por delante la calle, recta y franca, pero a sus costados y por detrás, la negra torrentera de los toros. Casi sentía el bufo del animal en sus espaldas. Era una especie de gozo aturdidor el de esta proximidad. Quebraba y se torcía y el bufo se acercaba o se alejaba; y aún había otros, muchos más, cerca y lejos, ahora y después, en una incesante presión y en un delirio.

Matías Palá, que advertía la llegada del tumulto en su totalidad, se fijó sin saber por qué en aquel muchacho un poco patoso que hacía esfuerzos por huir y triscar, pero al que casi empujaba la mole oscura de las bestias. Nunca había visto nada semejante y no sabía si esa forma de correr era válida y propia del suceso o simplemente un atolondramiento del mozo. Si fuera hábil, se pondría a su lado, en un quiebro, y dejaría que transcurriera el tornado impetuoso. Pero no era ágil y acabaría por caer.

Salustino Hernández Martos sintió primero un golpe en sus riñones y luego como un huracán que le abatió. Dio un trompición y se sintió pisado por la pezuña de la bestia, que le pasó por encima con un aplomo rápido y brusco y como un aliento caluroso. Luego se le echó encima una borrasca oscura de pezuñas y cuerpos, igual que una tormenta. Permanecía quieto en el suelo, contra los adoquines, sin resoplar. Fue el estrépito de una fuerza ciega y descomunal que le hundiera y le atrapara al fondo de un pasadizo, la breve luz que hace el cielo desde el fondo de un pozo. Se sintió en mitad del bramido, arrastrado y sepultado por una fuerza bronca y superior a él. Sintió ese peso y esa tromba que nadie podría detener, un instante entretenida a sus espaldas; y un largo arañazo en todo su torso. Luego, lentamente, la huida de aquel sordo palpitar de carnes y la evaporación de las voces en el silencio.

Sin embargo, no había muerto. Ni siquiera podía decir que se sintiera herido. Se

llevó la mano al costado y sintió que le dolía y que se empañaba de sangre. Levantó la mirada y vio a un hombre en pijama que le observaba desde el balcón de un hotel. Se incorporó aún más, ya del todo. Había sentido la sensación de ser arrastrado y derribado por un bufido extraño, como un jadeo hondo surgido del pulmón de su propio país.

Lejos se oía el griterío y el paso de esa tromba, el eco lejano del trueno incontenible.

—¿Y no han dicho en qué sitio ni cómo había tenido lugar esa riña? —inquirió el oficial del cementerio de la Almudena al funcionario que concluía ya su turno de noche y que estaba vistiéndose su chaqueta, disponiéndose a salir.

—No. No han hecho más que dejarle.

La mañana empezaba soleada y clara, pero calurosa. Ya empezaba, a estas tempranas horas, a apretar el calor. Se veía, a través de las ventanas del depósito, la extensión de las tumbas y mausoleos, en una gran llanada, toda ella aliviada por la sombra de alberos y cipreses.

—Parecía que el suceso no les importara demasiado. «Toma a ese», me han dicho; y lo han echado. Me han dicho que era cosa de riña de barrio.

El oficial entrante se acercó a la mesa, para leer los expedientes de la noche. Se detuvo en este: «Desconocido».

—Adiós, Muñoz.

—Que te vaya bien.

Se trataba de una rutina, de un simple trámite. Esta mañana vendría la autopsia, y a otra cosa. Todos los días ocurrían sucesos así. Pero se incorporó de nuevo, intrigado. Las ropas del muerto, su complexión, todo era distinto. Y una camioneta de la Dirección General... Se acercó al mármol de la mesa.

Le era ya familiar el modo de «estar» de los cadáveres en aquel recinto. Estaba habituado a ver los muertos así, sin rubor; luego los meten en una caja con las manos cruzadas. Pero ahí se quedan así, de este modo, como un fardo, con los miembros lacios y caídos, de un modo que si estuvieran vivos no podrían soportar. Así estaba este, de medio costado, tumbado con el rostro casi de bruces.

También estaba habituado a ver los rostros de los muertos; algunos tenían un gesto destemplado, con una boca semiabierta y torcida, como si gritaran. Estaba habituado a verlos, no obstante lo cual, al contemplar a este, cuando le volvió de cara, no pudo evitar un gesto de sorpresa y de horror. No había nada. Era una masa informe de sangre y coágulos. Solo la boca abierta prefiguraba la faz de un hombre. Por detrás, en la nuca, advirtió el terrible boquete del disparo. Le habían dado a quemarropa y por la espalda.

Estaba a punto de olvidar aquello, premeditadamente, y de volver a sus asuntos, cuando palpó como sin querer la tela de la camisa, manchada de sangre. «¿Quién será

este hombre?», se preguntó. Aquella camisa era seda, seda pura. Dio la vuelta al cuerpo y delectó entre la sangre el anagrama del pecho. Eran tres iniciales: J. C. S.

Alarmado, circunspecto, asombrado, pero dominándose, llevó al final su conjetura. Pero se dijo que no era posible. O, tal vez... No podía ya volver a su mesa, a su asiento. Si eso fuera cierto, ¿qué es lo que debía hacer? Pero era inconcebible que a aquellas horas, ya levantada la mañana, nadie hubiera llegado a preguntar, a interesarse o a inquirir. Y, además, no era a él a quien competía esclarecer estos asuntos.

Sin embargo, el funcionario que era se deslió de pronto en simple y vulgar ciudadano. Si aquel cadáver que allí estaba era el del jefe de las derechas, y había sido echado al depósito por unos guardias uniformados, ¿qué había ocurrido en la noche trágica, qué esperaba el país? Aún se acercó a la mesa y estuvo un rato contemplando al muerto, su fuerte complexión, la postura en que había quedado. Y refrescó palabra por palabra lo que acababa de escuchar de boca de su compañero:

«Eran las tres y pico cuando le han traído. Iban ocho o diez guardias en un coche de los de Asalto. Lo han entrado aquí y lo han echado sobre la mesa. “Toma a ese. Lo han tumbado en una pelea callejera. Va sin documentos. Guárdalo bien, amigo”».

El oficial del cementerio, hecho a todos los espectáculos, aun los más lúgubres y horribles, sintió un escalofrío. Tenía medio escondida en el botiquín una botella de coñac y se fue a ella y echó un trago. ¿Cuándo llegaría el juez? ¿Qué se haría con la autopsia? Y, sobre todo, ¿qué pasaría?

Los palomos revoloteaban en el alféizar de la ventana abierta. Todos los días les echaba algunos granos de mijo, que tenía guardados en una bolsita, en uno de los cajones de su mesa. Impacientes, algunos de ellos entraban ya al interior y se aproximaban, batiendo alas, sobre el mármol.

Se acercó a ellos y, de unos manotazos, los dispersó. Volvieron a la ventana y se apelotonaron hambrientos y frenéticos. Fuera, el sol batía sobre los vivos y sobre los muertos. Y en la ciudad, y en toda España, cundía, de boca en boca, por los teléfonos, en el repiqueteo de los telegramas, el gran rumor. «Ha sido secuestrado... Lo han matado... ¿Cómo?... ¿A tiros?... No, no; no se sabe.

Dicen que le han raptado esta noche... Sí, en su casa. Pero ¿dónde está?». La máscara de aquel rostro ensangrentado y desconocido era la misma máscara de España. «Sí, sí. En la Almudena. Le echaron allí los propios guardias, en un coche de la misma Dirección General de Seguridad». Un escalofrío colosal quebró las vísceras de muchos españoles.

Esos muchos españoles hubieran pasado por alto las discusiones y las amenazas en el Parlamento, las huelgas y los atentados, la discordia y la sangre en el campo; pero esta muerte, no. La gravedad no estaba siquiera en el asesinato. En el curso de la más reciente historia del país, habían muerto a balazos otros políticos. Pero

aquellos atentados que habían costado la vida a Cánovas, a Canalejas o a Dato eran producto de una acción individual, anarquista, abominada en su totalidad por el Gobierno y por la oposición, y habían recibido una repulsa común y colectiva. Esta vez era distinto. El procedimiento hacía presumir el compadrazgo con el crimen de las gentes que estaban en el Poder. El anarquismo era el Gobierno. ¿Qué podía ocurrir en España?

Nadie con un mínimo de seso dudó un instante de que el Ejército iba a reaccionar. Se imponía el golpe de Estado. Sí, un golpe de Estado fulminante, como esos que daban de vez en cuando en el siglo pasado y aun en el presente algunos generales, a veces intempestivamente y sin venir a cuento. Pero ¿es que se podía esperar más? ¿A qué aguardaban, esta vez, cuando el país entero se sentía encima de un volcán?

La tensión, después del estupor; duraba un día, dos días, tres días. Se reunía de nuevo el Parlamento. «Cuando desde la cabecera del Banco Azul se dice que el Gobierno es un beligerante, ¿quién puede impedir que los agentes de la autoridad lleguen en algún momento hasta los mismos bordes del crimen? Tened la seguridad de que la sangre del señor Calvo Sotelo está sobre vosotros...»; y eso que decía Gil Robles era la conciencia de todos.

Y, sin embargo, pasó aquella noche, y otra, y otra, pasaron varias noches en las que España entera parecía dormir un sueño agitado, un duermevela de silencios y gemidos inconexos, que producen fatiga y un despertar más cansado aún. Todos parecían contar las horas, los minutos. No era posible que esta situación se perpetuara siempre. Ni siquiera el Gobierno había dado una explicación convincente del crimen. Parecía que para él y para el Régimen fuera uno más entre tantos. Se le comparaba con el que había abatido unas horas antes a un teniente de los guardias de Asalto, un tal Castillo, en una calle de Madrid, y se justificaba a los autores de la represalia. No bastaba con la retirada de las derechas del Parlamento. «Nosotros no estamos dispuestos a que continúe esta farsa — decía Gil Robles—. Vosotros podéis continuar; sé que vais a hacer una política de persecución, de exterminio y de violencia de todo lo que signifique derechas. Os engañáis profundamente; cuanto mayor sea la violencia, mayor será la reacción; por cada uno de los muertos surgirá otro combatiente». Pero no bastaba; era necesaria la acción, una acción determinada, rápida y resuelta, que barriera del Poder a quien deliberadamente se negaba a ejercerlo con equidad.

Y algunos apuntaron un nombre, una posibilidad. «Será Franco quien dé el golpe. Solo él puede hacerlo». «¿Quién es Franco?», preguntaba la gente. «Sí, ¿no recuerdas?, es el general más joven de España; está en Canarias. Lo llevó allí Azaña, creyendo que se lo quitaba de encima. La gente de África está con él, le seguirá adonde sea». «Pero ¿qué hace Franco? ¿Qué hacen los generales? Si esta vez no hay más que dar una voz, y estamos todos. Si la cosa se ganará sin disparar un tiro», decía Vinyals en la fábrica. Pero no era cierto. No era un tiro, ni muchos tiros a la vez. Ni era un golpe o muchos golpes a la vez. Era la atmósfera, era todo el aire el que quedó

cargado, como contaminado de un virus extraño y oprimente, que no dejaba respirar.

XX

ANTONIO, EL CHÓFER, había llevado a Crista, en el *Rolls* de Evelina, a Montjuïc, y había simulado que aparcaba junto a la acera; en realidad, lo que hizo fue largarse nuevamente él a toda mecha. Le esperaban el Millás y el Fanegas en el cruce de la calle de la Unión con las Ramblas, y fue hacia allí. La ciudad no parecía que estuviera en vísperas de nada especial. Las calles presentaban el aspecto de siempre. En las esquinas de la Gran Vía, paseantes noctámbulos se habían sentado a tomar el aire; es un decir: a aliviarse del bochorno agobiante de la noche, en la que la brisa no movía un ápice la fronda de los plátanos callejeros. Vista así, la ciudad era la misma de siempre. Por la calle de Pelayo y en las Ramblas los pacíficos matrimonios paseaban del brazo, tranquilamente; y únicamente algunos grupos hablaban y discutían en Canaletas, pero es posible que sin aludir a la tensión creada. Serían fanáticos del fútbol o algo así. Unos guardias se mezclaban ahora entre ellos y los obligaban a transitar, cosa que se disponían a hacer plácidamente. En la puerta del teatro Poliorama la muchedumbre salía como una riada, pero despaciosamente, una vez terminada la representación. Algunos miraron despectivamente aquel coche plateado, que pasaba y era como un desafío. Cuando llegó a la esquina convenida, ya el Millás y el Fanegas estaban aguardando. Subieron a él, el uno al lado del chófer y el Fanegas detrás; y emprendieron la marcha hacia La Torrassa. Allí recogerían al Pepe, al Chevalier y al Máximo y luego los soltarían a cada uno en su lugar.

La carretera de Sans estaba, empero, solitaria, y en los cafés que quedaban abiertos, unos pocos dientes estaban parados ante su taza de café o su copa de coñac, con aire abúlico y desconcertado. En las aceras transitaban de trecho en trecho parejas de guardias de Asalto, máuser en mano. El coche hacía su trayecto casi sin un rumor. El motor apenas si se oía. Una pareja de guardias paró el coche, haciendo signos desde lejos.

—¿Adónde van? Los papeles, por favor.

Antonio sacó de su bolsillo un par de oficios. El guardia los miró y leyó lentamente; cruzó la calle y volvió a leerlos a la luz de un farol, mientras su compañero vigilaba a los del coche sin perderlos de vista. Volvió el guardia y le devolvió los oficios.

El coche se puso nuevamente en marcha. Dobló por una esquina y se metió en una de las calles de La Torrassa.

El Pepe y el Chevalier estaban ya en su lugar. El Millás preguntó por el Máximo.

—Está en la taberna del Pantaleón, jugando al mus. No ha podido soltarse de las cartas.

En aquel lugar las estrellas fulgían lúcidas y destellantes. En tierra estaba totalmente oscuro. El Millás tuvo un movimiento de impaciencia.

—Esperaos aquí.

Dio unas zancadas y se fue por una calleja, perdiéndose en las sombras; cruzó una esquina y al final de la calleja advirtió, ya en el suelo polvoriento, una huella de luz.

Cuando entró en la taberna le ofuscó la niebla de humo y el olor a arenques y a vino que parecían derramar los objetos. En un rincón, con otros tres elementos, uno de los cuales era el dueño, estaba el Máximo embebido en la jugada. Le dio un golpe en la espalda, pero el otro tardó en reaccionar.

—¿Qué haces aquí? ¿No te han dicho los otros...?

El Máximo le miró con unos ojos huidos. Volvió a las cartas.

—El caballo y el rey —dijo, echándolos sobre la mesa.

—¿Me has oído? Que hay que irse ya.

La partida terminaba. Los otros destaparon su juego.

—La mala leche... —comentó uno de ellos—. El caballo y el rey y obligándome a echar los triunfos porque sí. Si será cabrón...

El Máximo sonreía imperceptiblemente, pero orgulloso.

—J., ya podíais esperar un poco. Tenía la racha... —manifestó a Millás.

¡Podrido sujeto! ¡Con el golpe en puertas y pendiente de los naipes!

—¿Jugamos la última?

El Máximo observó al Millás. Ya tenía el nervio del cuello como una columna, de no poder más.

—No; vamos a dejarlo, que si no este nos explota encima —claudicó.

Se levantó parsimoniosamente, sacudiéndose con una mano la bragueta y metiéndose la camisa en el pantalón, a la altura de los riñones.

—Si no llego a tener compromiso os dejo secos esta noche. Pero la obligación es la obligación.

—¿Nos echamos un trago de vino? —propuso el Pantaleón.

—Basta ya —gritó el Millás, fuera de sí y agarrando por un brazo a Máximo—. Te vienes conmigo ahora mismo. Casi le arrastró a la puerta.

—Bueno, chavales, abur...

Y se encontró en mitad de la tiniebla.

—Vamos a apostarnos donde debemos, ¿lo entiendes?, ahora mismo.

Al Máximo aún le bullían en la cabeza las cartas, pero entró de pronto en su deber. Las armas, el lugar indicado... Sí, habían hablado de ello días atrás. Si se pudiera jugar a las cartas mientras se espera...

Caminaron por la cuestecilla, doblaron a la izquierda y advirtieron al fondo de la calle el *Rolls* plateado.

—Menudo coche...

Subieron a él sin decir palabra; dentro estaban ya sentados Pepe, el Chevalier y el Fanegas.

—Dejo al Máximo y al Pepe en la esquina de la calle de la Diputación, donde le espera el Zurdo. Luego, yo me largo al reparto —dijo Antonio—. Tú, Chevalier,

vendrás conmigo. Al Millás y al Fanegas, los llevo a San Andrés.

Fue lenta la entrada en la ciudad. Lo hizo dando un rodeo, para evitar los parones. Lo hizo por unas travesías paralelas a la carretera de Sans y salió a la estación ferroviaria. Todo estaba en silencio y a oscuras. Por la ventanilla, las estrellas titilaban en lo alto como un enjambre de luz.

El coche cruzó aquella parte de la ciudad y llegó al centro. Atravesó el paseo de Gracia, en el que había más gente. Algunos, tumbados en las sillas, parecían dormir. Otros formaban tertulias en los bancos de piedra. Varios de ellos ya se retiraban a sus casas, con un andar cansado y lento.

Dejó a Máximo en la esquina de la calle de la Diputación, junto a la de Claris. El Millás dio unas órdenes.

—Vamos a subir a los terrados. Toma la llave del doscientos ochenta. Allí os espera el Zurdo, con otros. Al subir, no armar bulla. Luego, desde allí, a aguardar lo que venga.

—¿Y las armas? —inquirió el Pepe.

—Las vuestras están ya arriba.

—¡J., qué organización! —comentó el Máximo.

Se apeó del coche y le vieron buscar con la mirada alta el número propicio. Pero no aguardaron. Arrancó de nuevo el coche.

Desiderio estaba en el bar del «Saigón», sorbiendo su *whisky*. Se había acodado lejos del mostrador, en la balaustrada que daba a la ciudad, que se tendía entera a sus plantas. El resplandor de las estrellas bañaba el conjunto de sombras del llano, hasta la ladera; y se advertían los relieves de esta vasta explanada de edificios, en los que se encendían todavía a millares los fulgores de la luz.

Había llegado completamente solo allí, a la salida del teatro, un poco con las ganas de sacudirse la inquietud que le oprimía. Se dijo que tal vez allí encontrara de nuevo a Crista, y estaba intrigado por las noticias que de ella le había dado días atrás su primo el carmelita. Estaba persuadido de que si Crista iba al «Saigón», en aquella noche estrellada, no dudaría en enfrentarse abiertamente con ella. Y en efecto, allí estaba Crista; pero al descubrirla se había echado nuevamente atrás. ¿Qué le diría? ¿Cómo dislocar la situación creada?

Por eso bebía ahora un *whisky* a solas, ante el esplendor de la noche y de la ciudad.

Seis días antes le habían llamado inesperadamente. Era media mañana, pero él dormía aún en su cama del hotel, abrumado por el exceso nocturno. La llamada del teléfono coincidió con una sensación de soledad confusa y deprimente. Tardó en reaccionar y, como todos los días al abrir los ojos a la luz, se sintió irremediabilmente solo. Pensó que quizá fuera Crista quien llamaba. Cogió el auricular. Pero no era ella, sino otra voz femenina. Era Irene.

—Buenos días; ¿te he despertado?

—Bueno... A medias.

—¿No pensabas en mí?

—Con franqueza, no. ¿Por qué me llamas?

—En realidad, para nada.? ¡Ah, sí...! Hay una noticia: ¿sabes ya que han asesinado a Calvo Sotelo?

—¿Qué dices? ¿Asesinado?

Los días siguientes habían sido de desconcierto para él. Le pareció que toda la cuestión general revertía de pronto en su personal situación privada. Lo que ocurría fuera de él no era más que un eco de su propio desconcierto. Y paseaba a solas su desazón y el deseo que sentía de zanjar todas las cuestiones a la vez.

De pronto, se volvió de espaldas a la ciudad y vio frente a sí, a unos pasos, de pie, la figura de Crista, sobre el panorama del salón que bullía al fondo. Al entrar al local, ella le había visto. Se habían mirado fijamente, sabiendo cada uno de ellos que el otro se estaba aproximando, sin decidirse a dar el primer paso, según las confianzas que uno y otro tenían por la gestión combinada del carmelita y de Rita Arquer. Pero luego Desiderio se había apartado hasta un rincón del bar. El vaso de *whisky* medio vacío, tembló imperceptiblemente en sus manos. Pero avanzó unos pasos y entonces Crista se adelantó también hacia él.

Bajo el cielo estrellado de julio lo único que le cabía hacer a Miguel. Llobet era lamentar su mala suerte. Llevaba poco más de dos semanas incorporado a filas y parecía que todos los acontecimientos se hubieran confabulado en contra suya. De nuevo sostenía en sus manos la madera oscura y grasienta del fusil, aunque esta vez podía afirmar que llevaba el arma sin intervención activa de su voluntad, de manera rutinaria, en obediencia a unas órdenes. En el desdichado estilo arquitectónico del cuartel —con un patio de armas petulante, adicto a un colonialismo falsamente castizo y totalmente impropio del lugar—, unas docenas de «cabestros», según el argot cuartelero, esperaban a que el embrollo se aclarara. Extraña espera, ya que a todos ellos les parecía imposible, o poco menos, sofocar una revolución que aún no había estallado.

—Pero ¿dónde está con exactitud la subversión? —preguntaba por lo bajo Miguel a su compañero inmediato, un pobre gaznápiro del Pirineo, que respondía al nombre de Roque Vidal, el cual tenía motivos sobrados para no haber pisado el cuartel por corto de vista—. ¿Se puede situar en algún lugar de la ciudad?

—Tampoco el 6 de octubre sabíamos dónde estaba y, sin embargo, a mi padre por poco le cortan el cuello —resolló con voz de sochantre su compañero del otro lado, un gallo peleador que se sentía halagado por el uniforme.

—El 6 de octubre fue distinto —contestó Miguel en voz muy baja, en el mismo tono opaco que tenía la escasa luz de la bombilla cuartelera, en el patio—. Sí, muy

distinto —repitió—. Quizá no os acordéis de aquello, pero el 6 de octubre tuvo sus epígonos y sus objetivos, frustrados quizá, pero palpables.

—¡Caray, qué palabras!... Tú eres un intelectual, ¿no? —inquirió el gallito.

Pero Miguel no le hizo caso.

—Ahora no... Ahora es un simple asomo de subversión social, sin más; un desafío, un bofetón en la superficie del mapa. Larga era la noche. Mejor en el plural: largas eran... Ya llevaban varios días de práctico acuartelamiento —exactamente seis días, a contar desde el origen de la situación, a partir del turbulento asesinato de Calvo Sotelo—. Pero, por lo mismo, a medida que esta situación se iba prolongando, a medida que iban pasando las horas y los días, ninguno de ellos creía que la cuestión derivara a incidentes más graves; cuando, inesperadamente, aquella noche de sábado, el coronel dio orden de alinearse y aguardar. En esta actitud fatigadora, rendidos por el sueño, Miguel y sus compañeros no temían aún una situación virulenta y de emergencia; pasaban las horas; y lo que era al principio murmullo se tornaba diálogo a plena voz, del que solo se salía para la silenciosa consideración del lejano plafón de las estrellas; para la muda contemplación del despliegue indiferente de millares de astros encendidos, sobre la explanada de la ciudad en calma, rendida a los pies, en las laderas, con otros mil fulgores de luz y un fondo de programa radiofónico que iba y volvía a ráfagas de aire, mensajero mudable de fuerzas que nada sabían de la discordia de los hombres ni de sus pasiones y gemidos. Esos miles de estrellas eran condición de la paz; no había más que mirar a lo alto para callar y sosegar; por fortuna existía y estaba vivo, titilante y subyugador, aquel inmenso silencio de luces, aquel profundo vacío, tenebroso y cósmico. Así los hombres —ellos, nosotros...— no se sentían tan solos, tan a merced de los espectros augurales.

—Si nos tienen aquí como fuerzas preventivas contra la revolución —aventuró al fin Roque Vidal, el del Pirineo—, lo natural es que nos hubieran dispuesto en lugares determinados de la ciudad, en pequeños grupos.

—Si eso fuera así, nos tendrían en mejores condiciones dejándonos descansar hasta el último minuto —opinó el gallito—, aunque a mí no me haga falta.

¡Qué rara cosa acontecía aquella madrugada! En paridad, nada ocurría como debiera. ¿Dónde estaban los hombres, dónde está el enemigo? ¿Por quién había que ir? ¿De qué rincón del vasto cielo iba a surgir de improviso el ángel exterminador? ¿O quedaría al fin quieto, mudo, con las alas plegadas y en genuflexión silenciosa, para que los mortales nos las compusiéramos sin su intervención, nos hostigáramos sin misericordia a sus espaldas? Aguzaba Miguel el oído en espera de escuchar el despliegue sordo en los aires de las alas magníficas, del Ángel de la Paz. Así esperó Jacob una noche entera y terrible ante el campamento de su hermano. Y así, así transitaba de nuevo Jacobo nocturnamente esta noche de sábado, herido por las muchas afrentas que había procurado al primogénito. Cuando dos hermanos se esperan y se temen, la noche se hace larga y oscura. Allí, al fondo, estaba la ciudad, con millares de luces, con el leve sonido de sus músicas; y al fin bajó el Ángel a

pelear con él. Ahora no había más que las estrellas y la primera mancha lechosa y clareante que presagiaba el amanecer, capaz de borrar de golpe el hechizo y la sombra...

Acababa de aparecer en el patio la figura del coronel, un anciano de barbas confusas, pobladas y blanquísimas, un auténtico medallón militar de otro siglo. Mas en lugar de ponerse en cabeza, absurdamente ordenó la formación en fila para emprender la marcha y no como debiera empezarse según los dictados, aún frescos en la memoria de los reclutas, de la instrucción militar, sino situándose en medio de las dos filas. Se evidenció claramente lo extraordinario de la situación. Un coche de alquiler, un taxi amarillo, de un llamativo color poco indulgente con la circunstancia, había llegado hasta el centro de las dos filas. Y en su interior pensaba emprender la marcha el barbiblanco coronel.

—Es que han fallado algunos capitanes y algún comandante —informó el del Pirineo, que parecía tener virtudes telepáticas, pues era eso lo que todos intentaban explicarse.

No había más que una explicación correcta: que para desvirtuar con urgencia la bandería provocada por las inhibiciones de algunos mandos intermedios, fuera el propio y destartalado coronel, imagen valerosa arrancada del álbum de los «pronunciamientos», el que no dudara en ponerse al frente de sus soldados; al frente, pero solo de manera simbólica, ya que no podía en modo alguno, por sus años, revivir a caballo la imagen del militar de leyenda, la de los cuadros de Fortuny y de Velázquez, la de Prim en los Castillejos, la de los monumentos ecuestres.

Antes de emprender la marcha se oyó su voz de mando. Era una voz quebrada, casi inaudible; pero a su eco se despabilaron todos. Y así, en postura no por ello menos heroica ni conmovedora, partieron los soldados hacia la emboscada. Lo que iba a ocurrir no lo presumían ni el coronel ni, mucho menos, sus soldados; pero iban a la perdición. Porque sí que existía en algún lugar el enemigo; sí que la revolución se hallaba ya en algún lado, parapetada y resguardada. Mas, de momento, el día amanecía sobre los incautos y sobre los precavidos —sobre Jacob y sobre Esaú— unos y otros insertos en la paradójica luz de un domingo luminoso de julio.

Mientras alijaba armas, cargándolas en el portaequipajes y en la parte trasera del suntuoso coche de Evelina, Juanita, la portera, era la mismísima estampa de una Carlota Duplessis, de la Revolución Francesa. Desmelenada, arrolladora, ciega y a impulsos de un latido que le hermozeaba todo el escote, Juanita cargaba máuseres y pistolas, bombas de mano y munición. Ya en el postrer viaje del coche —que fue y volvió, cargando y descargando— se sentó Juanita a descansar, para que los hombres solos terminaran con su empeño. En aquel viaje ya estaba Chevalier enfebrecido; ya se le había contagiado una voluntad enloquecedora de revanchas; trasegaba sin chistar, pero parecía en la gravedad de la circunstancia poseer un aplomo especial, un

equilibrio y una sobriedad fuera de lo corriente; era hombre de pasquines que, en lo revolucionario, pisaba terreno firme.

Las armas se repartieron en San Andrés; luego, Antonio dejó a Chevalier con los demás; se había asegurado, con la obtención de llaves falsas, la eficacia de su acción; en las azoteas de las casas de vecindad aguardaban las fuerzas activas del anarcosindicalismo barcelonés, y aun del que había llegado de las comarcas; eran sombras macilentas, bajo cuyo espectro durmieron aquella noche sin saberlo los pacíficos habitantes del Ensanche, la llamada «gente de orden». El celaje desdibujaba oportunamente los perfiles de todos; el perfil de Jacob y el de Esaú, su hermano...

Cuando llegó nuevamente a Montjuïc, a las puertas del «Saigón», había muchos más coches de los que dejara al marcharse. Tuvo que aparcar a cierta distancia del local. Sin embargo, se oía perfectamente el son de la música de jazz y hasta la confusión y el griterío de la gente que estaba en el local. Era una mezcla rara de silencio y rumor, que llegaba a ráfagas como a impulsos del viento.

—También el «tío» está hoy aquí —se dijo, contemplando el Alfa-Romeo de Desiderio Rius, no lejos del lugar en que acababa de aparcar el *Rolls*, deslumbrante de destellos.

Era como si no hubieran dejado de verse ni de hablarse. No hicieron de ello un drama ni una cuestión.

—Tenía deseos de verte. Pensé que hoy te encontraría aquí.

—¡Oh, Desiderio! También yo tenía ganas de estar contigo. ¡Hace tanto tiempo!

...

Poco le bastó a Desiderio para comprobar que Crista estaba ligera, pero evidentemente bebida. Mas la miró cariñosamente a los ojos.

—¿Con quién has venido hoy?

—Con Ladis Comerma y Marcela Rimoldi.

—¿Ladis Comerma? ¿Desde cuándo andas con ese tocador de violón?

—¿No te lo tomas en serio? Ganó el premio extraordinario en los festivales de Basilea el año pasado.

—Bien, bien, no te lo critico. Pero, escucha... ¿Dónde has empezado hoy a beber champán? Es solo una pregunta, en el supuesto de que sea hoy, y no ayer, el día que empezaste —interrogó acremente, pero sin dejar de sonreír. Ella reaccionó con viveza.

—¿Para eso me has llamado? Eres incorrecto. Habitualmente no eras así; en eso veo que me necesitas —replicó de corrido.

—Justamente. Cuando te canses de coleccionar celebridades, podremos hablar de lo nuestro.

Crista se balanceaba un poco, como la arboladura de un barco, en aquella noche estrellada. Pero le miró con agudeza, destellando, con cómica ira.

—Me dijiste que lo nuestro ya no existía.

—Eso se dice siempre en casos parecidos. Ya recuerdas el teatro de Benavente y hasta el de Sacha Guitry. Se dice siempre, pero no es verdad. Si me permites ser sincero, te diré que espero turno. Cuando me toque, avísame.

Tenía un tono ácido, pero no exento de humor, que era una forma de pasar por alto muchas cosas.

—Eres ingrato, eres injusto —protestó ella con todo ardor, pero en voz baja—. Quizá yo esté bebida, pero tú también lo estás. Tal vez todo consista en ponerse un día de acuerdo para beber juntos.

—Bravo; ahora vuelves a ser mi Crista. ¿Por qué no empezamos hoy mismo?

Desde que se separara, Crista llevaba en el anular una joya maravillosa, un reloj diminuto, engarzado en una sortija.

—Hoy es un poco tarde —dijo, mirándolo—. Pero podemos bailar este tango.

—¿Te atreverías?

—Naturalmente que me atrevo. Hay que dar chismes que comer a los insaciables círculos de Barcelona. Quiero que mañana estalle el «Club de *Bridge*» a nuestra costa.

—Creo que no les hacemos falta —contestó Desiderio, verdaderamente nublado por la situación—. Ven conmigo —añadió, cogiendo con levedad a su mujer por el brazo y conduciéndola hasta la pista de baile.

No era un tango lo que tocaba ya la orquesta; los músicos se habían turnado y ahora empezaba la orquesta de Napoleón, con «*Night and Day*». Abrazó por el talle a Crista, mientras en la mesa del violoncelista ocurría algo singular; que el genio era atemperado con viveza por la tal Marcela Rimoldi.

—No te enfurezcas, hombre, que es su marido —repetía, casi a voz en grito.

Y la mejilla de Crista se puso en la de Desiderio. Desde algunas de las mesas muchas caras se volvían para mirarlos con extrañeza, con expectación.

—Pues no hará falta que nosotros hagamos estallar el «Club de *Bridge*», querida Crista, porque a lo mejor se encargan de eso los auténticos dinamiteros.

—Pues para que tú sepas; he bebido más de la cuenta —explicó Crista mientras seguía con docilidad, casi con abandono los pasos del «fox»—, porque me producía temor eso que algunos dicen que va a ocurrir, y porque pensaba en ti.

—¿De verdad? ¿Si viniera una revolución volveríamos a unirnos?

Pero no esperó a que ella contestara.

—Si viene la revolución, quizá... Pero si no viene, entonces, sí, seguro.

—No pensemos en ello —eludía, cobardemente—. Bailemos ahora. Al fin y al cabo, nada nos puede pasar; tú no eres de nadie.

—Me fastidia que me tengas en ese concepto.

—No he dicho que no eras nadie, querido. Me he limitado a decir que no eras de nadie.

—Con franqueza: yo soy pacifista y nada más.

Ocurría entre ambos algo insólito. Se veían uno al otro por primera vez en su vida —a pesar de conocerse, tratarse y quizás amarse desde la adolescencia— como bajo la pantalla de un radioscopio. Se consideraban uno al otro fríamente; tal era el efecto indirecto que, sin saberlo, los acontecimientos exteriores ejercían sobre cada uno de los dos.

—No obstante, si dejara de quererte en absoluto, me quedaría sola —pensó de pronto ella en voz alta, sin venir a cuento y sin saber por qué.

Él la miró a los ojos.

—Tal vez nuestra condición sea esta —resumió él, como en un eco—. Completarnos el uno al otro a distancia. Recuerdo ahora algo: en la escultura de John Sachs la forma está en los vacíos. Tú y yo somos de este tiempo: no somos sino en virtud de los huecos que el uno deja en el otro. En definitiva, quizás esta sea la menos convencional de las maneras de querer. Todavía me estoy preguntando por qué nos separamos. ¿Te lo preguntas tú?

—He comprendido que todo me aburre más que estar contigo —respondió ella.

—Toda la gente ¡qué intempestiva! —exclamó él, en los últimos compases de la música—. He estado en el teatro esta noche; estrenaba Muñoz Seca. Era para echarse a reír; pero no. Al final de la pieza, el autor, que estaba allí, ha soltado un discurso; ha dicho que el general Franco se había levantado con el Ejército de África. ¿Crees que es normal que en el teatro te corten la digestión de ese modo?

—Pero si Franco no es general; es aviador. Ya te acuerdas del autógrafo que tengo en mi álbum...

El presagio de algo alarmante la hizo cavilar:

—De todos modos, algo habrá que hacer. ¿Sabes que los Comerma han salido hoy hacia París? Jesusa me llamó por teléfono para despedirse y casi me aconsejó que hiciera lo mismo. Y él suele estar bien enterado. Es íntimo de los Sanjurjo.

—En efecto; no solo es militarista, sino militar; coronel de Ingenieros, según creo.

—Si pasa algo no quedará otra salvación que el Ejército —aventuró ella.

—No pasará nada, ya verás cómo no pasa nada.

La pieza había concluido. Quedaron un instante en el centro de la pista: luego Desiderio acompañó a Crista hasta su mesa.

La cuestión conyugal quedaba así caricaturizada, pero clarísima. «La forma está en los vacíos, como en la escultura». Y luego: «Una forma convencional de querer». Pero en síntesis, ella era militarista y reaccionaria; él, partidario de una cierta relajación de las formas de gobierno. Ella, fantástica y romántica; él, fatigado y algo cínico; ella, práctica y empírica; él, desinteresado y vagamente improvisador. Ni una sola de sus hebras, ni la menor de sus mechass —consideraba a menudo Desiderio, con un símil textil—servía para la urdimbre ni para la trama de la pieza que oficialmente debían tejer en común. No obstante, ofrecería ensayar de nuevo, intentar otra vez...

—Nos veremos el martes por la noche, a las nueve, en el «Club de *Bridge*», ¿quieres? Cenaremos juntos.

Ella, en la euforia de este ofrecimiento, se balanceó levemente y besó a Desiderio en la mejilla, a la vista de todos. —Hasta el martes, amor.

—Adiós, hasta el martes.

Mas ninguno de los dos presumía que ese martes se eternizaría, se alejaría a calendadas griegas. De aquella cita no quedó más que el adiós.

Feliciano Martín Ruiz ya no aguantaba más. Docenas de veces se había acercado a las persianas de su ventana y había observado la calle, por descubrir en ella a alguien que se acercara a buscarle; bien el Rebollo, con quien había quedado citado aquella misma tarde, bien un emisario de Fermín Ortiz. También aquella tarde había estado en la redacción de la *Soli*; apenas si había podido hablar dos minutos con su compañero Fermín Ortiz; pero este, que corrientemente era pausado y calmoso, se había destemplado. «No te preocupes, Feliciano, que en cuanto sea el momento yo te avisaré». Lo decía como sin darse cuenta de nada, como si no le diera valor a la importancia que para él tenía ese aviso. «Te digo que te largues, Feliciano; y hazlo tranquilo, que te tendré al corriente». Entretanto se fue con otros grupos, a hablar sin el secreto suficiente para que a Feliciano le constara que el golpe se acercaba ya, que sería aquella misma noche tal vez, que las cartas estaban echadas. Y ahora, cuando ya se palpaba hasta en el aire la subversión y el golpe definitivo, nadie estaba con él. Ni el recado de Ortiz ni el Rebollo, achacoso y amustiado por la salud, por los golpes y por los años.

No podía más. Se acercó aún de nuevo a la ventana y levantó levemente la persiana de cuerdas. Un pedazo de calle mal alumbrada por un farol, un par de gatos sinuosos, los pasos de alguien, solitarios en la acera, y la soledad. Apartó la mano y decidió lo que debía hacer. Salió de su habitación. Pabla, su mujer, estaba en el comedor, hierática, con los brazos sobre el paño de la mesa y con la vista fija en algo imprecisable. Le sintió venir y volvió la cabeza.

—No vienen. El Rebollo no vendrá; le encontré sin ánimos. Te dijo entonces que sí vendría, por el entusiasmo que le metiste en el cuerpo. Pero no vendrá; hubiera venido veinte años ha, pero no ahora. Además, lo de la Felisa le turbó, y la cárcel. Ya no tiene años...

—Tiene los míos...

—Pero tú no eres como los otros. No, no va a venir. Y el Ortiz, ¿qué quieres que se acuerde de ti, después de lo que ha hecho? El Ortiz no quiere sombras que le hagan los otros. Tú has sido más sindicalista que él y más luchador. Ahora, con los jóvenes, tú le estorbas. También le estorbaban todos los otros, los que son dignos: Ángel y Peiró... Tiene una ambición demasiado grande, pero no para lo de todos, sino para lo suyo. No confíes en él.

Feliciano escuchó. Se volvió a su cuarto. Se fue a la ventana de nuevo, pero luego se volvió hacia la cómoda y abrió el cajón. Palpó con la mano, entre las piezas de la ropa, el mango frío del fusil. Con lentitud, con cuidado, lo sacó fuera.

Escuchó un instante el silencio de la noche, toda cargada de presagios. Era un silencio distinto al de otras noches. Sintió detrás de él la humanidad, el peso que hacía en el aire la presencia de su mujer, que se había incorporado de la silla, en el comedor, y había entrado en el cuarto. Le dijo:

—Voy a salir. Voy a buscarlos, a buscar la brega y a que me necesiten.

La mujer dijo:

—Bien. Si está en tu ánimo, eso es lo que tienes que hacer.

Ella misma fue al armario y del fondo de un estante sacó una correa. Se la dio. En ella, en unos orificios, estaban colgadas dos docenas de balas de fusil. Se abrochó el cinturón en el cuerpo.

Sopesó el fusil. Lo llevaba apretado en la mano y, con la otra, lo acarició por la culata. Salió del cuarto y abrió la puerta de otro que estaba enfrente. Por el reflejo de la luz del comedor vio a sus dos hijas en los lechos. Las dos hacían como si durmieran, pero tenían los ojos abiertos, cara al techo. No dijo una palabra. Las contempló un instante y luego puso la mano en el pestillo de la puerta de entrada y la abrió. Salió al descansillo de la escalera. Pabla se mantuvo dentro, sin cerrar la puerta. En un instante, Feliciano se volvió.

—¿Adónde irás?

Vio a Feliciano encoger los hombros, como una duda.

—Deja el fusil en el portal, detrás de la puerta, hasta que decidas tu puesto —aconsejó.

Pero Feliciano había salido ya. Cruzaría por las calles estrechas. Sabía que si en algún lado había que estar sería frente al cuartel, en Atarazanas. ¿No habían hablado ya muchas veces del golpe, hacía un año, diez años, veinte años y aún más? En realidad, mala cosa cuando la gente espera a que la llamen. ¿Era eso el anarquismo? El anarquismo es estar en su sitio cuando es preciso, con aviso o sin él. Y él iba a su sitio.

La noche era oscura, pero advirtió también la estrecha franja de estrellas que en lo alto, muy juntas, trazaban en la línea sinuosa del callejón. Aguardó un rato a que terminaran de pasar unas sombras por la embocadura de la calle. Luego avanzó, con cierta premiosidad, con cierto cansancio, calle abajo, en la línea que le marcaban las estrellas. Pronto fue una sombra entre las sombras. Se oyó que, lejos, cantaba un gallo.

El viejo coronel de las barbas blancas era el residuo más glorioso de una ristra de gloriosos fracasos. Llevaba mucho tiempo sin vestir uniforme, pero aquel que había descolgado de su armario era la envoltura sin tacha de una actitud integérrima que conoció las defecciones ajenas en Cavite y que esperaba la honrosa ocasión de volver a servir. Pero el viejo coronel ya no podía andar. Iba a la guerra en taxi, instrumento

de requisa y de urgencia, porque el ánimo era más vigoroso que el cuerpo y porque la decencia de un patriota se mide solo en la eficacia, en la gallardía íntima, en la resolución y en el valor. El viejo coronel de las barbas blancas iba a morir como un faccioso, cuando todo a su contorno flaqueaba y se desleía y cuando él no entendía de facción.

El viejo coronel de las barbas blancas no quería luchar; no quería tampoco que murieran sus soldados, los bisoños soldados, asustadizos e inexpertos. Pero hay en la vida unas horas decisivas en las que aun el fracaso se desdobra y en las que morir es triunfar. Esa era la hora ciega del viejo coronel de las barbas blancas.

Entre las dos hileras de soldados veía, desde el interior del coche, empezar a amanecer tibiamente el día decisivo. Los soldados marchaban con lentitud hacia el centro de la ciudad. En la amplísima avenida ni una alma parecía observar el lento paso de la triste banda armada, que avanzaba en la lechosa oscuridad. El viejo coronel había dado su adhesión al plan del Alzamiento; pero miraba la doble hilera de muchachos sombríos y deseaba que aquello terminara pronto. El viejo coronel de las barbas blancas apretó contra el pecho su mano para sentir, bajo la guerrera, el pellizco de las aristas de una gruesa medalla; era la misma punzada que sintiera treinta y ocho años atrás cuando, de rodillas, los brazos en cruz, se rindió a los nativos en el otro extremo del mundo. El coronel de las barbas blancas veía un espectro doliente en aquel vencido caminar de los chicos y decía: España, España...

Era ya la undécima vez que Máximo cambiaba de lugar en la azotea que había elegido para esperar la llegada de la turba militar que capitaneaba el viejo coronel de las barbas blancas. Al principio, solo brillaba y relucía la hoja de la manoseada navaja albaceteña, que era como el sexto de sus sentidos. Después, empezó a clarear y la lengua de plata mudó de color o de lenguaje; se hizo parte misma del amanecer, se encendió de lejanos tornasoles y se puso a vibrar en la madera cuando era lanzada con ira —no, con deleite— contra las exiguas puertas de los cuartejos de alivio, desván donde guardar las opacas alfombras burguesas, y los enseres inservibles, los ajuares insólitos de aquella banda de borregos que dormían debajo: principal, primero, primero primera, primero segunda... Hasta que el Zurdo se puso mandón y reticente: «Te he dicho que no es hora de jugar; el besugo va dentro del taxi, y se bajará de él a los primeros tiros. Los soldados se marcharán, incluso el que conduce el coche, si puede; y si no, al bulto. Piernas, para qué os quiero... Yo dominaré con esta ametralladora; lo demás, de tu cuenta». «Bien, muy bien; ya está sabido, lo demás de mi cuenta —se decía Máximo, señalándose con el mango de la navaja—. No te inquietes, Zurdo; lo demás, de mi cuenta...».

En todo lo que la vista alcanzaba a ver se advertía en los terrados la presencia de

esta fuerza oculta e innumerable que aguardaba mientras del lado del mar, en lo hondo, amanecía lentamente. Eran centenares de figuras, bultos negros que se movían de un lado a otro en lo más alto de las casas, con un silencio absoluto. Unas, en los terrados contiguos, con un andar determinado y una silueta precisa. Otros, más lejos, no eran más que sombras. Y en la lejanía no eran más que puntos inconcretos, al acecho.

—Créeme, Máximo. Hoy se da el golpe de verdad.

Y vieron cómo empezaba a elevarse, al fondo de todo, el disco enorme y rojizo del sol, con un gran borbotón de luz, y empezó a gravitar lentamente en el horizonte sobre un cielo azul y límpido.

Desiderio vio partir el *Rolls* en la puerta del «Saigón» y la estampa un poco petulante de aquel Antonio reverencioso que le echó, al pasar, una leve sonrisa y una inclinación de cabeza, que hizo destellar el charol de la visera de su gorra. Detrás, Crista se bamboleó un instante por la rapidez de la maniobra. Todo quedaba un poco ofuscado por el alcohol, y en lo alto todavía se escuchaban los ecos del jazz y un rumor retraído de voces y de risas.

Era raro que esa noche no hubiera mendigos ni chiquillos a la salida del local. Echaba un poco de menos su algarabía, los movimientos que hacían a su contorno y que le obligaban a dejarse rogar un poco antes de darles su limosna. Pero, en fin, la noche ya concluía. Dudó si tomar todavía su último *whisky* en el local, pero decidió marcharse ya al hotel. Eran cerca de las cinco de la madrugada y se marcaba en el horizonte la línea carmesí del amanecer.

Subió a su coche y lo puso en marcha. Se deslizó con un ruido poderoso por la pendiente y tomó las curvas con ahínco, velozmente; las ruedas chirriaban con un alarido al enfilarse las curvas de Montjuïc. Los faros descubrían un paisaje de árboles oscuros y la piedra ocre de la muralla de Ávila, un instante, en el Pueblo Español.

¡Qué ciudad tan desolada y solitaria! La gente estaba asustada, se había empequeñecido; se podía decir que no existía la gente. En la plaza de España y en la longitud de la Gran Vía no se veía un alma. Era preciso quizá que viniera una sacudida así, un par de tiros, para limpiar el aire.

Dobló en la Gran Vía por la lateral del paseo de Gracia y dejó el coche muy cerca de la entrada de la bodega del «Colón». No había gente; habían cerrado ya. Cruzó hacia la plaza de Cataluña, ya a pie, y le extrañó otra vez la soledad de la noche.

En la puerta del hotel había unos soldados y le salió al paso un oficial.

—No se puede transitar a esta hora; vaya usted a casa en seguida —conminó, mientras leía en la cédula personal que Desiderio le mostraba.

—Pero si yo vivo aquí —explicó.

En aquel instante salió de la entrada un empleado de la conserjería.

—Sí, señor. El caballero es un cliente.

Le devolvió la cédula y Desiderio entró.

—¿Qué ocurre? ¿Es que está ocupado por ellos?

—Sí. Acaban de llegar.

—¡Diantre!... Sí que estaremos bien guardados.

Pero el conserje no sonrió. Se limitó a entregarle la llave. Subió al ascensor, que le llevó a su piso. El brusco parón le llevó a la boca un ácido sabor a *whisky*.

¿Qué le importaba a él todo eso? Pensaba que muy pronto podría equilibrar nuevamente su vida, olvidando lo pasado entre Crista y él. Realmente, la conducta de Crista había sido justificada por su propia conducta. Una mujer no puede aceptar continuamente la realidad de que su marido se entienda con otra... o con otras.

Abrió la puerta de su habitación y entró en ella, encendiendo la luz. Sobre la mesilla estaba todavía la botella y el vaso de *whisky* que había pedido antes de cenar. Dudó un instante, se sirvió un trago y se lo echó a la boca. Se desnudó con calma. Estaba totalmente embebido en alcohol. Las persianas del balcón estaban corridas, pero las abrió de par en par. La plaza de Cataluña, totalmente desierta, era un páramo de estatuas levemente rociadas de luz. Una claridad lechosa hacía brotar nuevas realidades en cada bulto, en cada imagen, y el cielo empezaba a clarearse tenuemente. Se tumbó en la cama, sin más abrigo que el pantalón del pijama, y empezó a sudar y a dormir.

No cabía esperar más. Había lanzado de nuevo la navaja contra la portezuela del desván, y la fina hoja vibraba con un diapasón y quedaba al fin muda. Todo lo que podía dominar con la mirada denunciaba la tensa espera. En los terrados y azoteas, docenas de hombres, lejanos, expectantes, se mantenían abocados en las balaustradas. Lejos, ya separado de él por tres o cuatro terrados, estaba el Zurdo, casi agazapado. Y en aquel instante se le ocurrió a Máximo, con fiereza, una verdad singular: que él no degollaba corderos. ¿Imaginaba acaso el Zurdo que él era especialista en ese menester? No le había gustado. Aquella degollina no le había gustado. Por tanto, era inútil; no iba a matar de ese modo.

En cuanto llegó a esta conclusión se sintió poderoso, dueño de sí mismo y dueño de los demás. Ahí estaba el Zurdo: agazapado; le pareció ruin, cobarde y necio. Llevaba veinticuatro horas almacenando odio y saña. Todo él le pareció lleno de lepra. En aquel preciso instante advirtió Máximo, como en una extraña revelación, cuál iba a ser en adelante su papel en la lucha. Un espíritu valeroso y dominante le subió por los costillares hasta dar cuenta de todas sus anteriores defecciones, eliminando al jugador de mus, al torero fracasado, al sisador de tela, al jacarandoso y al innoble. Y por tanto, en un salto se puso en el terrado contiguo, y corrió hacia el otro, con la navaja en la mano, aún abierta. Y de un último salto se encaró con el Zurdo. Le agarró por el cuello de la camisa y le pinchó con la navaja hasta verle temblar.

—Tú quieres que yo mate de ese modo, pero no lo haré. ¿Me escuchas? Dame la máquina, yo mataré con la máquina, igual que ellos. Pero no voy a degollar a nadie.

El Zurdo se quedó sin resuello; no se atrevió siquiera a respirar. Le veía en los ojos una determinación fatal, irremisible, de cumplir lo que hablaba.

—Dame la máquina —y le arrancó de las manos la pistola ametralladora—. Quítate esto —añadió, señalando las cartucheras. Mientras sin chistar el Zurdo obedecía aquellas órdenes, Máximo daba grandes zancadas a un lado y otro. Había ocultado y cerrado la navaja y paseaba agitado.

El Zurdo, jadeando, le echó las cartucheras de cuero y le indicó, sin decir palabra, cómo había que cargar. El Zurdo no hablaba; temía alarmar a los vecinos; temía que hubiera algún tropiezo en el plan previsto. Cargó un largo peine de balas y señaló luego el gatillo.

—Carneros no, carneros no —barbullaba Máximo.

—¿Qué dices de carneros?

Mas en aquel mismo instante escuchó en la calle un rumor característico de cascos de caballería. Aparecieron en la esquina media docena de guardias a caballo. El Zurdo le hacía signos de que esperara, de que no disparara aún. Aguardó un instante a que doblaran la esquina. En seguida empezó a apuntar, en el instante en que, tras de ellos, la doble hilera de los soldados doblaba a su vez la esquina. Los pobres escrutaban a lo alto, sin saber qué hacer.

La ciudad era como un mapa vacío en el que hubiera que volver a apuntar el nombre de las cosas. Miguel Llobet caminaba lleno de incertidumbre y de temor; seguía a una larga hilera, pero estaba terriblemente solo, como jamás estuviera en su vida. Era como un mapa vacío en el que hubiera que instalar, que clavar las banderolas que reclamaba el recuerdo. Se estaba tan cerca de la muerte que una amnesia difícil era ya su prematura y precavida premonición. Y, no obstante, era preciso aguzar el recuerdo, para darse así cuenta de que se estaba vivo; cada uno de sus pasos era una última instancia de la vida, su mínima pero evidente prolongación. Eran esas las calles de su regusto a fútbol, a vacación, a primera novia, a cigarrillo petulante de muchacho. Ahora las recorría lentamente, con un fusil en la mano; tristemente, hacia una conclusión fatal y ciega. El sol brillaba y en lo hondo se levantaría la pincelada azul del mar, reverberante, extasiado en calina. Era domingo e iba absurdamente a morir. ¿Por qué? Otra vez en esa pregunta: ¿por qué, por qué?

Era preciso, era absolutamente necesario no morir aquel día; Miguel se conjuraba íntimamente a no morir. No moriría porque la mar brillaba lejos, precisamente por esa luminosa razón... Y pensaba en su madre.

El coronel de la barba blanca mostraba su cabeza por la ventanilla del taxi; sí: como un medallón acuñado de golpe en la calurosa mañana. De vez en cuando quedaba Miguel pendiente de su angustiado gesto echado hacia delante, de perfil.

Barbullaba algunas palabras, tal vez rezara obstinadamente en su inmóvil escondrijo, mientras avanzaba en el vehículo con lentitud, a la misma velocidad de los pasos tristes de los reclutas.

Todo él, Miguel, se sentía contrito y temeroso. Deseaba huir... Ya doblaba el piquete por una de las calles del Ensanche, transversal. ¿Dónde estaría el enemigo? ¿O no había, acaso, enemigo? ¡Dios, Dios santo, haz que no muera hoy! ¡Sería tan absurdo morir de ese modo!

Y de pronto sintió sobre su cabeza el silbido de cinco disparos. Quedó arrimado a la pared, en el escaso saliente de una portería. Vio con espanto doblar la cabeza al soldado que conducía el automóvil del coronel. Otro soldado acababa de caer de bruces sobre la calzada, unos metros más allá. El taxi fue orillando hacia la acera, lentamente, y de pronto quedó parado. Advirtió los últimos gestos del viejo coronel de las barbas blancas. El viejo había abierto la portezuela del coche y, tambaleándose, quedó de pie un instante sobre los adoquines, luego cayó de rodillas sobre el adoquinado, mientras la barba le quedaba increíblemente roja en un instante. Se escuchó su voz solitaria y bronca, como un borbollón exhausto: «¡Viva, viva...!, y se apagó de pronto, y cayó de bruces también.

Miguel Llobet se cubrió el rostro con las manos y su fusil cayó al suelo. Pero no estaba herido.

Desde el portalón entornado de la inmediata portería una voz le llamaba. Era aquel chico de las gafas, el del Pirineo. «Ven, sálvate», le decía, le conminaba. Apenas se sentía con fuerzas para entrar allí. El muchacho de las gafas le tiró de un brazo y Miguel traspuso con rapidez el umbral. Detrás de él la portezuela volvió a cerrarse. El fragor y el silbido de los disparos era horrisono. En algún lado, cerca, disparaba a cero la artillería. Miguel se cubrió los oídos con los puños, al tiempo en que se quitaba la guerrera. El del Pirineo le empujaba lentamente por la escalera, hasta el primer piso. Su compañero llamó al timbre insistentemente. Tardaron en abrir, mientras arreciaba el fragor de la batalla. Entraron empujando y cerraron la puerta. Un rostro amable de mujer parecía comprenderlo todo. Su dulce voz iba diciendo: «Pobres chicos, pobres chicos...».

Entretanto, Máximo había bajado ya como una tromba a la calle y barría con su arma los residuos del piquete. Una pila de caballos yacía sobre el asfalto y tras sus cadáveres se parapetaban algunos pocos guardias. Pero Máximo no había caso de los silbidos mortales que le rodeaban por todas partes. Se acercó al coronel yacente, le volvió de cara al cielo y sacó su navaja, dejando el fusil en el suelo; Máximo rasgó el trozo de tela de las tres estrellas gloriosas y mayúsculas. Agarró un imperdible que llevaba para acabar de cerrar su bragueta, y clavó las tres estrellas en su propia camisa, encima de su corazón, frenético y exaltado.

—Yo soy quien manda aquí —dijo. Y volvió a coger el fusil—. Yo soy quien manda.

Un tremendo estrépito sacudió de su sueño a Desiderio Rius. Tardó en divisar la luz del sol que inundaba el cuarto. Nuevamente, a intervalos muy breves, la horrísona sacudida hacía vibrar el techo y las paredes, como bajo un temblor sísmico. No era posible diferenciar los muchos ruidos de que estaba hecho el terrible fragor. Un ruido de cristales al caer contra el suelo se unió de pronto a la percusión de los disparos. Desiderio saltó de la cama y se tendió en el suelo. Las esquirlas de un ángulo de la pared habían botado contra el cortinaje, lo habían rasgado y habían caído sobre el parqué de la habitación. Y de nuevo, entre la fusilería, retumbaba, sacudiendo el aire como una tromba, un estampido fragoroso, inconfundible; estampido de cañón disparado contra el propio hotel, cuyos muros aguantaban la embestida como si fueran a hundirse.

Cuando se es despabilado de ese modo, no hay tiempo para reflexionar. Con la cabeza nublada y que le daba tumbos, Desiderio permanecía en el suelo de su alcoba de alquiler, cuyo balcón dominaba aquella plaza de Cataluña, centro y corazón de todas las angustias de la ciudad. Permaneció así, amilanado, mucho rato. Poco a poco se fue habituando al descalabro. En puridad, salvo el estampido incesante y la vibración de lámparas y muebles, le parecía que los muros de piedra le ponían por el momento a resguardo de cualquier peligro personal. Entonces se aventuró a avanzar por el suelo, sin incorporarse, hasta alcanzar el balcón entreabierto.

Un nuevo zambombazo vino a sorprenderle y le detuvo, cuando se disponía a asomar su cabeza, a ras de suelo, para observar al exterior. En la sacudida rebotaron nuevas esquirlas de piedra en el balcón. Luego sintió el arañazo de las balas de fusil, muchas, contra la piedra de la fachada. Pero podía columbrar sin peligro al exterior, con el solo cuidado de no levantar la cabeza más allá de la protección que le ofrecía el piso de su balcón sobre la plaza. Con cuidado, abrió del todo la hoja de las cristaleras y observó de un golpe de vista un tramo extenso de la plaza bajo un sol hiriente. No había nadie. Los disparos parecían venir de la nada. Volvió a mirar con más calma. Y observó al fondo, en uno de los recodos, casi en la esquina de las Ramblas, un fogonazo que cuajó instantáneamente en un estampido terrible, al tiempo en que unas voces y unos ayes partían del interior del hotel. En aquel instante una bala de fusil rompió en lo alto la madera de los postigos y botó y se incrustó en el tabique del fondo de la propia habitación, horadándolo. El pulso de Desiderio se aceleró. Quedó de bruces contra el parqué, sin moverse. Y apareció diáfano la realidad del momento que estaba viviendo.

Todo lo que había acontecido hasta entonces había sido palabrería ocasional, pero esta era la verdad cruda y elemental de la discordia, la pugna convertida definitivamente en sangre y en pólvora. El modo como eso había podido llegar, era algo todavía indescifrable para él. Las palabras que escuchara en otros tiempos a Irene o a Nicolás Borredá antes tenían un alcance solamente teórico, en una órbita de posibilismos dialécticos. Ahora esas palabras se habían convertido en muerte. ¡Cuán inútil, raro y desconcertante le parecía todo! Los elementos de que estaba formada

aquella cómoda habitación de hotel resultaban sarcasmos grotescos y superfluos. Al alcance de su mano quedaban los botones con que pulsar la llamada del servicio, uno para la camarera, otro para el mozo. ¿De qué servían? Y el teléfono ¿para qué? La sangre y el odio le habían despertado inesperadamente de su sueño, sin razón alguna. Y solo unas horas antes, de madrugada había ensayado una superficial aproximación con su mujer. Todo queda lejos cuando se ve la guerra agazapado tras las cristaleras; todo resulta entonces vagaroso y baldío.

La conciencia de que estaba viviendo unos acontecimientos extraordinarios que podrían resolver de golpe su modo de enfrentarse con la vida y las cosas —o mejor dicho su modo actual de rehuirlos— le infundió de pronto un valor que era una actitud de indiferencia ante lo que pudiera ocurrirle. Encontró ridícula su postura, su manera de ocultarse entre los cortinajes y los postigos; decidió enfrentarse con la realidad; pero no únicamente con la peligrosa realidad de los disparos, sino con todas las demás. Al fin y al cabo, la gente se estaba peleando y matando por cuestiones que él nunca había llegado a comprender del todo. Para él se trataba de afrontar el peligro por cuestiones que le afectaban directamente, y que eran su condición de existencia en la vida.

En un instante abrió intrépidamente los postigos del balcón y hasta quedó de pie unos instantes observando desde él la plaza de Cataluña. Las luchas y batallas que se ven en el cine están llenas de gentes, de gestos heroicos, de grupos que se asesinan y se acometen unos a otros. Pero en la realidad de aquella batalla no había nadie.

Únicamente sonaban los cañonazos y los disparos sin que pudiera saber de dónde venían ni quién los disparaba. Sí, al fondo, casi en la embocadura de las Ramblas, volvió a advertir el fogonazo de un cañón seguido de un gran estruendo. El proyectil debió de dar contra uno de los torreones de pizarra del hotel, puesto que ante su mirada se precipitó en seguida una catarata de guijos y de esquirlas de ladrillo, y al fin unos cascos de la cúpula, que se estrellaron en el suelo. Se fijó en cómo avanzaban y correteaban en zigzag por la amplia plaza unos hombres, quizás una docena de ellos, fusil en mano y en cómo disparaban también; pero no contra el edificio del hotel, sino hacia ángulos distintos, en las encrucijadas que desembocaban a la plaza. En el suelo se veía el bulto que hacían los cuerpos de tres hombres caídos, inmóviles en la trágica e impávida figura de la muerte. Otras oleadas de gente irrumpieron entonces desde las pilastras de las estatuas de la plaza, hacia el centro mismo de ella; y otros hombres instalaron, ya muy cerca del hotel, el trípode de una máquina ametralladora. Desiderio jadeaba lentamente, pero era incapaz ya de retirarse de aquel lugar. Observó con detenimiento a uno de los cuatro hombres que se habían segregado de las estatuas de la plaza y en un instante se configuró la imagen de aquel ser adecuándose a otra que Desiderio era capaz de reconocer muy bien. Se trataba de Feliciano, a quien le causaba rubor mirar a los ojos cuando pasaba de inspección con su padre por los pasadizos de la fábrica. Era aquel Feliciano de porte sereno, pero de ideales incomprensibles e incommovibles, en quien había

personificado Desiderio, muchas veces, las causas de una íntima turbación, de un desasosiego, por razones que derivaban de su propia fragilidad, de su inconsecuencia, de su falso modo de estar todavía de pie en la vida. Y entonces Desiderio se retiró al interior de la habitación y se sentó aturdido en el borde de su cama, sin saber qué hacer.

Otros más jóvenes que él acababan de anticipársele y se acercaban rastreando hasta las mismas puertas del gran hotel, donde se había refugiado un puñado de militares insurrectos. Entonces Feliciano observó algo en una de las ventanas de la planta noble del edificio; asomó de entre los cortinajes un largo palo del que colgaba una sábana blanca. Este era uno de los episodios de la rendición, el anticipo de que dentro de poco aquel suceso —uno de tantos en la ancha ciudad— quedaría resuelto. Pero aún sonaron los disparos y aún no era posible dar crédito a ese simulacro de rendición. No obstante, Feliciano esperó.

Y en aquel instante asomó en mitad de la puerta abierta del hotel la figura de un insurrecto. Era un militar joven, con la guerrera desabrochada. Se quedó un instante allí, con las manos en los bolsillos, y luego hizo ademán de levantarlas, pero no tuvo tiempo; sonaron unos disparos y el militar cayó de bruces. Feliciano se incorporó, se irguió, gritó con todas sus fuerzas: «¡No disparéis, compañeros! ¡Basta de fuego! ¡Se están rindiendo!».

Se irguió en mitad de la plaza. Llevaba el fusil en la mano, pero sin ánimo de disparar. Su corazón palpitaba, como una especie de gozo o de premonición. «Que no disparen —repitió—. Se están rindiendo». Y avanzó; avanzó solo hacia el gran edificio. Caminaba como un autómatas. Su mente estaba nublada por el recuerdo de los primeros golpes, aquel de la Dehesa de la Villa, en Madrid, la bomba de Cambios Nuevos, la tensión de prepararlos junto a los veladores de los cafés del arrabal. El Rebollo, Ortiz, Pestaña; y su propio padre, con un libro de Anselmo Lorenzo en la mano. Avanzaba con los ojos cerrados en mitad de un silencio súbito y extraño. De pronto se sintió un alarido, un eco de voces y gritos y un restruendo nuevo de fusilería. Sintió como una cuchillada en el pecho, y otra en el cuello, y la sien y el peso de su cuerpo en el vacío. El fusil le cayó a un lado, pero aún pudo rozarlo con la yema de los dedos, en un postrer impulso. Quedó con los ojos abiertos y sin luz, y arrojó una lechada de sangre por la boca.

Los demás se lanzaron al asalto del reducto. La bandera blanca ondeaba todavía en el balcón. Lejos, desde los cuatro vientos, llegaba el eco de batallas dispersas, un sordo rumor de disparos. Feliciano quedó tendido allí.

Pasaron un par de horas, antes de que se decidiera a afrontar la situación. Entretanto, nadie había importunado a los huéspedes de los pisos altos. Se oía todavía

el eco de algunos disparos, pero lejos ya de aquel lugar. Y en el vestíbulo se escuchaban voces de mando y griterío, aunque más moderadas que antes. Asomado otra vez al balcón, por un instante vio cómo iban saliendo en fila los militares insurrectos, custodiados por piquetes de milicianos; y cómo eran subidos a una camioneta, que se puso en marcha con la triste carga. Pensó que ya no había peligro inmediato de ser confundido con un faccioso. Procuró serenarse y decidió darse a conocer.

Intentó bajar por el ascensor, pero no funcionaba. En un rellano de la escalera topó con un hombre armado, que le paró.

—¿Quién eres tú? ¿Y dónde vas?

—Quiero hablar con tu jefe.

—¿Para qué?

—Quiero verle.

—¿Traes papeles?

—No. No traigo.

El otro le miró a él con fijeza.

—Ven conmigo —le dijo.

Seguido por el miliciano, Desiderio bajó la escalera, sobre la mullida alfombra. A poco llegaron al vestíbulo.

El encargado del hotel se hallaba derrengado tras el mostrador de recepción. Era difícil reconocer en aquel lugar el salón que había sido la noche antes. Los cascos y residuos de la batalla estaban en el suelo y apiñados en un rincón, una docena de cadáveres. En la pared del fondo, un enorme boquete daba la medida de la lucha. Y en el amplio vestíbulo, los luchadores, que formaban abigarrados grupos, hablaban desordenadamente. Llegaban al oído de Desiderio voces diversas.

—En la calle Consejo de Ciento hemos machacado a los «civiles».

—En San Andrés se han tomado los cuarteles a pedradas.

—Estamos entrando en Capitanía. El general Polainas no ha podido ni asomarse al balcón.

—Durruti ha entrado en Atarazanas.

Empujado por el miliciano, con la boca del fusil en sus espaldas, Desiderio sorteaba los escombros y grupos y se adelantó por donde le indicaban, hasta un extremo del vestíbulo. Allí había una mesa rodeada de gente y sentado tras ella un hombre que levantó la mirada y se encontró con la suya inesperadamente. La mirada de ese hombre se fija en él unos instantes. Era terca, torva, desconcertante. Llevaba un pañuelo rojo atado al cuello. Le preguntó con voz honda, fría y seca:

—¿Qué quieres?

Desiderio tardó en contestar unos instantes. Se esforzó en exigir; pero su voz era insegura.

—Vivo en este hotel —explicó.

—¿Eres de aquí?

No dejaba de penetrarle con los ojos.

Desiderio no contestó.

—Vives en este hotel... —y dio una ojeada lenta a las paredes del vestíbulo—.

Bien.

—Deseo salir.

—¿Para qué?

—Deseo que me autoricéis a comunicarme con el ministro de Trabajo, Nicolás Borredá.

El hombre le observó unos instantes.

—¿Conoces a Borredá?

—Soy amigo suyo.

—Nosotros somos anarcosindicalistas —dijo.

Se dirigió al miliciano que le había acompañado:

—Llévale a la habitación de donde ha salido y no le dejes moverse de allí. Tú me respondes de esto.

Conducido por el miliciano, Desiderio subió a su habitación. El miliciano quedó frente a él con el fusil de cara.

Irene Salvat había vivido aquella jornada intensamente. De un lado a otro de la ciudad, convulsa y frenética, había corrido y participado en todos los albuces de la contienda. Desde el Guinardó a la Barceloneta, desde Pueblo Seco y Hostafranchs hasta San Andrés, había asistido a la lucha de las barricadas y participado en la revuelta desde todos los ángulos del empuje y el riesgo. Había asistido a la rendición y detención del general Goded y presenciado la irrupción de una oleada nueva en los puntos neurálgicos.

Era ya por la tarde cuando llegó al hotel Colón. Vestía pantalón, llevaba cartucheras y un fusil en la mano; en la cabeza, sobre el pelo, un gorro aplastado, de miliciana. Cuando entró en la habitación de Desiderio, este, al momento, casi no la pudo reconocer.

—Vete. A este lo vigilo yo —ordenó al miliciano.

—¿Y tú quién eres?

—Vete, compañero, te lo he dicho —conminó.

El rostro de Desiderio se iluminó con una esperanza cuando quedaron solos. Pero aquella parecía una mujer distinta a la que había tratado con él.

—Ya está. El fascismo ha sido aplastado. Ya no hay fascistas.

—Me tienen aquí secuestrado. ¿Qué puedes hacer por mí?

Pero Irene no contestó. Le miraba fijamente.

—¡Podrido burgués! ¿Te das cuenta de lo que ha pasado? La revolución está en la calle. Ya se han acabado los privilegios. Le miró, sin asomo de compasión.

—Ahora, los que mandan son los de abajo, no vosotros.

Desiderio se asustó de la vehemencia hosca con que hablaba. No se atrevió a chistar ni a discutir con ella.

—¿Has comido ya?

—No —contestó lacónicamente.

La miliciana sonrió con desdén.

—Ahora eso será importante también para ti. Haré que te suban unos bocados. Perdona si no son muy buenos. Son comida proletaria, nada más.

Pero en lugar de ello, se quitó el gorro, se desabrochó y echó la cartuchera sobre el diván, luego echó el fusil a un lado y se tumbó en la cama.

—Estoy cansada —dijo—. Y tengo la cabeza llena del zumbido de los tiros. La lucha en los Carmelitas ha sido dura. Al final, han salido todos. Algunos han sabido morir; otros corrían como gallinas.

Un doloroso presagio le hizo vacilar a él.

—¿Y... los frailes?

Ella hizo ademán de reír, pero solo el ademán.

—¡Los frailes! Antes los frailes tomaban el fusil. Ahora...

—Tengo allí un primo que es fraile. Un hombre alto...

—Puede ser que se haya salvado. O quizás esté muerto. ¿Qué más da?

Se desabrochó la camisa de varón que llevaba y se quitó los zapatos.

—Necesito que vengas aquí y que me tengas. Necesito borrar todo esto.

Desiderio la miró.

—Dame un trago de eso que tienes ahí.

Desiderio fue a la mesilla, cogió el vaso sucio, que tenía aún restos de la bebida de la noche anterior, fue al lavabo y lo lavó. Luego echó en él, hasta la mitad, un chorro de *whisky*.

—*Whisky*, bebida de ricos. Eso ya se ha acabado. Bien, ¡salud! —dijo, incorporándose un poco, sentándose luego al borde de la cama y apurándolo lentamente, con fruición.

—¿Qué miras? Estás preso, estás perdido, estás en nuestro poder —exclamó—. Hoy han muerto muchos hombres; muchos trabajadores y muchos que no lo son. Pero tú estás vivo. Déjame mirarte. Sí, estás vivo. Y no por eso has dejado de ser un animal hermoso.

Desiderio la miraba fijamente, sin chistar.

—Voy a asearme. Voy a quitarme hasta el recuerdo de la sangre que he visto correr —afirmó—. Toda yo estoy empapada en sangre; no quisiera mancharte —dijo fríamente y con ironía.

Se despojó de la camisa con un movimiento viril y apresurado y entró en el baño. Se oyó el gorgoteo de la ducha y el ruido que la mujer hacía en ella al sacudirse. Estuvo bajo el chorro largo rato. Luego salió sin secarse. El agua le resbalaba en remolinos y pequeños canales por todo el cuerpo.

—Me das asco —dijo él, con firmeza, como en un soliloquio, sin dejar de mirarla

—. No por lo que tú dices que crees, sino precisamente por lo contrario; porque todo en ti es una ficción, una comedia. Me das asco, pero tienes que ayudarme a salir de aquí.

La chica le miró entonces fríamente, con un encono raro y distante. Le observó durante largo rato, como pensando qué iba a hacer. Sonrió imperceptiblemente. Chorreando aún, avanzó y se sentó al borde de la cama. De sus negros cabellos, en flecos mojados, surgía un reguero de agua y luz; cogió el fusil con las manos y maniobró en él hasta que se sintió el ruido del cerrojo. Lo tenía puesto sobre las rodillas y encarado a Desiderio, que estaba de pie ante ella, sin moverse. Era una desnuda amazona, proletaria y ardiente.

—He visto caer a uno y a otro. Caen como si se doblara un árbol delgado con un solo golpe de hacha. No me costaría ahora disparar. Soy dueña de tu vida, ¿lo sabes? Me bastaría con apretar aquí —y puso el dedo en el gatillo—. Nadie me inculparía por haberme librado de un zángano. Me costaría menos esfuerzo esto que salvarte. Pero te voy a salvar.

Echó de nuevo el fusil sobre la cama. Cogió sus ropas y empezó a vestirse de nuevo. A medida que aparecía la miliciana, disfrazando a la femenina figura recién lavada, a Desiderio le parecía que volvía a perder hasta la noción de su nombre. Al final, quedó otra vez totalmente desconocida, irreconocible para él.

—Ya no eres nadie —dijo—. Una paria, una cifra, nada. Querías ser una heroína y no eres más que un soldado. Yo creí que tenías alma y tienes un fusil.

Ella sonrió desdeñosamente, con un leve desprecio.

—Voy a darte de comer —repitió—, a pesar de todo.

Se puso de nuevo las cartucheras. Cogió su fusil. Fue a la puerta. Le miró nuevamente y salió.

No volvió a verla hasta que estaba oscureciendo. Le habían subido un breve yantar; en efecto, proletario: un bocadillo de tortilla, unas sardinas y media botella de vino tinto. No había quedado guardia con él. Eran cerca de las siete cuando llamaron a la puerta. La tarde había decaído en el exterior. De nuevo era Irene, acompañada de dos milicianos.

—Ven conmigo —le dijo.

Salió al pasillo y bajaron al vestíbulo.

—Antes de irte vas a escuchar algo que te va a interesar. ¡Ah! Y por favor; quítate la corbata...

En un rincón del vestíbulo, grupos de milicianos formaban ante un receptor de radio, puesto a todo volumen. Un locutor daba gritos, modulaba una extraña arenga con una prosodia histérica y desmelenada. Desiderio miró a Irene. La arenga terminó. Y al cabo de poco escuchó una voz que anunciaba la inminencia de un parte que iba a dar el general Goded, jefe de los insurrectos.

Pero el local estaba también lleno de gritos y barullos. Era una algarabía sin control. Desiderio sentía alrededor la presión de docenas de miradas enconadas, de

observaciones rencorosas y amenazantes. Al fin pudo captar los ecos de una voz segura, tranquila, la del general: «... y a todos los que me han seguido les libero de su compromiso conmigo».

Una extraña desazón le sacudió en aquel momento. Hasta entonces no había creído en el golpe militar; pero sin esa posibilidad, el país se quedaba sin reservas, en manos de Irene y de los suyos. En aquel instante sintió unas ganas terribles de salir de allí.

—¿Te has enterado, lo has oído?

Macilento, abrumado, Desiderio no contestó.

Irene tenía entre los grupos un aire triunfal.

—Ahora, vete —ordenó—. Antes de que sea tarde para todos. Volvió la espalda y se dirigió a la puerta. Irene le acompañó hasta allí.

—Desiderio, espera.

Él se volvió.

La mirada de ella quedó fija en él. Pareció que por sus ojos navegara perdida una leve ternura. Brillaron un instante. Pero se sobrepuso. Gritó a los de la puerta:

—Dejad salir a ese.

Y le vio, un poco curvado de espaldas, diluirse en la luz de la tarde de julio.

Desiderio caminaba aprisa. Al pasar junto a su coche encarnado vio que sobre la portezuela estaba escrita con un manchón blanco la sigla FAI, con grandes letras. Apresuró el paso y cruzó el paseo, sin detenerse. En aquel lugar, la urbe estaba solitaria, parecía el espectro de una ciudad muerta.

XXI

JOSEFINA HABÍA COMPRADO tiempo atrás un receptor de radio, para escuchar al «Miliu». Lo tenía en su habitación y lo conectaba únicamente cuando el señor no estaba. A don Joaquín no le interesaban esas cosas. Alguna noche, al acostarse, ella lo conectaba, a pesar de que el señor estuviera en casa, inducida por la sugestión que le producían algunos programas lacrimógenos, pero lo ponía muy bajo, de modo que apenas se oyera en la habitación contigua. ¡Y aquel piso era tan grande! ¡Tan grande para dos personas solamente!

Pero aquella tarde, don Joaquín le había pedido que le dejara escuchar la radio. Ella se había empeñado en trasladarla al despacho, o al comedor, pero Rius se negó. No tenía paciencia para esperar, trasladar, enchufar, para nada de eso. Hasta entonces, nunca había entrado en la habitación de la sirvienta. Ni una sola vez. Ni siquiera se había acercado. La sirvienta ocupaba una zona escondida del piso, en las profundidades del pasillo. Era un lugar incógnito para Joaquín Rius. Pero el estruendo de la batalla era tal y como si dispararan en el interior mismo de la casa. Parecía que los cañonazos estallaran dentro. Don Joaquín se retiró primero de la parte delantera y se fue a la de atrás, al comedor. Pero el comedor daba a la galería y, por tanto, estaba expuesto a la intemperie. Era un miedo extraño el que le invadió. Luego se fue al cuarto que había sido de Desiderio. Era una habitación interior, pero con ventana que daba a un patio. Sentía temor de que las esquirlas o los rebotes de una bala pudieran entrar hasta allí. Finalmente, y en las horas que duraron los disparos, entró en el cuarto de la criada. Entró sin dar explicaciones, porque aquella casa era suya y no tenía por qué razonar a nadie su miedo. Estaba claro. Entonces advirtió el aparato de radio.

Mientras duró la música de la pólvora, Josefina y él estuvieron reclusos en aquella mazmorra, hurtados a la luz del sol e iluminados por la claridad menguada de una bombilla, con pantalla, que colgaba del techo. Josefina no se había esmerado demasiado en la decoración de aquel lugar. Pero todo estaba en él ordenado y pulcro y, a pesar de su situación, el cuarto parecía aireado. Un cuadro de la Virgen del Tura, litografía descolorida y amustiada por los años, era la única fantasía que pendía en las paredes. Sobre la mesilla, tenía la sirvienta una fotografía de un sobrino suyo del que siempre hablaba, muerto cuando entraba en la mocedad. Estaba desnudo, de pocos meses, braceando sobre unos almohadones.

Después, Joaquín Rius se había sentado a comer, en el comedor, cuando ya el fragor de la lucha callejera había amenguado. Se fue luego a su despacho y estuvo casi toda la tarde encerrado en él. Pero ahora había reclamado de su sirvienta que le dejara escuchar la radio en el cuartejo. Y allí se enteró de la claudicación de Goded.

Nunca había tenido confianza en que los militares acertaran el golpe si lo daban.

Había discutido de ellos innumerables veces con el viejo Vinyals. ¡No era la guerra de Cuba! Los tenían maniatados; y cuando se movieran no podrían hacerlo más que con un pie. «Ya lo ve —decía, en voz baja, como si tuviera a Vinyals delante—. Ahora, ¿qué hacemos? Todo ha terminado».

Largo rato estuvo en la pequeña habitación, midiendo el tiempo y pensando qué iban a hacer ahora. Le fue entrando la impresión de estar preso ya, metido en un antro oscuro y separado de todos. Entonces apagó la radio y salió de aquel cuarto. El piso estaba solitario, no se oía siquiera a Josefina, que debía de trasegar o musitar jaculatorias en algún lado. Le ocurría desde poco después de su viudez: los domingos se sentía desconcertado, espeso e irascible. Se aburría soberanamente los días de fiesta. Pero hoy ese tedio se convertía en un presentimiento raro, en algo angustioso y desmesurado que atenazaba su ánimo. En los días anteriores, le exaltaba la proximidad de la llegada de Carlos, su nieto. ¿No alteraría la revolución todos los planes que había hecho? ¿Era aconsejable que viniera ahora su nieto, después de lo ocurrido? Y a él mismo, ¿no iba a ocurrirle algo extraño, la incapacitación, la ruina? ¿Qué haría el Gobierno, qué harían los obreros?

Empezó a pasear por el pasillo a oscuras. Sus botas chirriaban rítmicamente y ese era el único rumor de aquella tarde silenciosa, que iba decreciendo en el exterior. Sentía un vacío inmenso, una desolación extraña. De pronto pensó con nostalgia en su enfermedad y en su muerte. Sí; él debería haber muerto entonces. Dios hubiera tenido que llevárselo cuando le acercaron la vela al rostro, entonces. ¿Por qué vivía aún?

Cada uno de sus pasos le resonaba en el cerebro. Una galopada de recuerdos se le venía encima. En esta habitación estaba Desiderio; había concluido la semana trágica. Él había pasado la noche en casa de aquella mujer, ¿cómo se llamaba?, Lula; aquella mujer que fue la última mujer que había tocado, casi la única. También estaba desolado como hoy; todo terminaba. La vida es un continuo terminar y empezar de nuevo. «El primer día de trabajo irás a la fábrica como un obrero», recordó. Y el muchacho estaba allí de pie, devolviéndole toda esperanza. «¿Vamos?».

El recuerdo de este incidente se hizo tan vivo y lacerante ahora, que sintió miedo otra vez. Salió de la oscuridad, avanzó hacia el despacho, que estaba contiguo a su habitación y en la parte delantera del piso. La última claridad de la tarde se filtraba por el balcón. Se aproximó a él. Le deslumbró su luz como un presagio de bonanza. Pero la calle estaba solitaria. A esas horas, en los otros días, iban y venían coches y viandantes, y los faroles iluminaban ya la calzada. Ahora era un yermo; un yermo sin nadie y sin luz, como si todos aguardaran un terrible juicio final. Se fijó en los demás balcones, los que tenía enfrente. Recordaba esa imagen, de otros días siniestros. Las cabezas de hombres como él, de sus mujeres, de sus hijos, parecían aguardar algo tras los visillos. La oscuridad los desvanecía, los volvía a descubrir. Sí, empezaba una horrenda pesadilla.

Se apartó del balcón y permaneció retraído, en mitad de la habitación. Era

increíble que cualquiera de los objetos, de los muebles, de los cuadros que allí estaban pasaran todos los días por su vista y resbalaran en ella; y que hoy, en cambio, se fijara en todas las cosas. Allí estaba colgado el retrato que se hizo en Granada con Mariona, los dos vestidos de moros. ¿Cuántos años hacía? Cuarenta y... ¡Y ahora todo era ese terrible silencio!

Se fue a su habitación. No merecía la pena haber convalecido y vuelto a la vida. Ahí, en ese sillón, se impacientaba por salir a la calle. ¡Ojalá estuviera postrado en él, pero muerto! En realidad, no era más que un foso de recuerdos.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta, prolongadamente. Se alarmó. No se le ocurrió que bien pudiera ser su hijo, que era lógico que fuese Desiderio. Pensaba más bien que algo ineluctable hubiera ocurrido en la fábrica. Pero era Desiderio. Le abrió la puerta Josefina y le vio aparecer desmelenado y lívido. Iba sin afeitarse y sin corbata, y llevaba la chaqueta al brazo. Quedó frente a su padre.

—Di. ¿Qué te ha pasado?

—Han bombardeado el hotel, lo han asaltado. Me han tenido allí sin dejarme salir, hasta ahora. ¡No sé qué va a ocurrir!

—¿Qué puede ocurrir más que eso? —inquirió agriamente. Josefina estaba ante ellos y no hacía más que suspirar.

—¡Dios Santo! ¿Qué será de nosotros?

—Han aplastado a los militares. Han salido como corderos, a ser degollados. ¿Has oído la radio? —inquirió Desiderio.

—Sí. Ahora ya no habrá diques, ni Gobierno, ni nada. No creo que Companys y esos hagan frente a la situación.

Desiderio estaba rendido. Apenas si recordaba que la causa de su cansancio, aparte de la revuelta, era el exceso de la noche anterior y de las otras. Solo pretendía sentarse y descansar.

Se quedó adormilado en un diván. ¡Feliz él! Luego Josefina le sirvió un poco de cena en la cama y, después, se quedó dormido del todo. En cambio, para don Joaquín las horas discurrieron con lentitud, inacabables. Se hundió en el sueño cuando ya estaba a punto de amanecer de nuevo. Aquel silencio no le dejaba vivir...

En la mañana del lunes, día 20, Arturo Llobet despertó a la hora de costumbre. Había tardado en dormirse, pero al fin había conciliado un sueño profundo, que le confortó. La jornada anterior había sido angustiosa para su hogar. Miguel, el primogénito, llevaba cinco días acuartelado; y mientras duró la batalla en las calles, Arturo y Gertrudis sabían que Miguel estaría en mitad de los tiros, como la otra vez. De la zozobra no le consolaba siquiera a Arturo el hecho de que, esta vez, lo que en realidad hacía su hijo no era más que cumplir con su deber. El llanto y las oraciones de Gertrudis eran para que Miguel saliera con vida de la aventura. Pero el proceso que siguió la lucha no les daba muchas esperanzas. Era inútil intentar saber en qué

lugar de la ciudad estaría su hijo, fusil en mano. La ciudad era inmensa, y cada uno de los soldados era en ella un pequeño y frágil blanco de las descargas que por todos lados sonaban. Mas, al fin, a la hora en que comúnmente se levantaban de la mesa, sonó el timbre de la puerta. Marido y mujer se miraron esperanzadamente. Isabel, la chica, se lanzó a abrir. Era Miguel. Llegaba en mangas de camisa, quitada la guerrera militar. Aún duraban en sus facciones el susto y la inquietud pasados. Tardó en hablar; las palabras encontraban dificultad para salir de su boca. Explicó a trompicones todo lo que había ocurrido: el espectáculo del coronel agonizante, la desbandada, el auxilio y el cobijo que habían hallado en uno de los pisos del Ensanche; lo que era la calle a aquellas horas; el aspecto que presentaba la plaza de Cataluña y el cariz que le daban los hombres armados, desmelenados, turbios, con la victoria de las masas sueltas y aguerridas.

Lo importante era que estaba vivo, que no había sufrido siquiera un rasguño. Tomó unos bocados y fue a acostarse. Cuando se incorporó de nuevo, a media tarde, su madre le hizo tenderse de nuevo. Y pasó el resto de la tarde acompañado de su madre y de su hermana, que le llevaban una taza de manzanilla humeante y escuchaban con él la radio. ¿Qué importaba todo ya, al lado de la angustia que habían sentido? Lo cierto era que estaba vivo.

Y su padre, Arturo Llobet, se había levantado a la hora de todos los días, al apuntar la jornada del 20 de julio. De la zozobra de la anterior jornada no quedaba más que un regusto agrio a algarada; pero ahora la vida debía continuar como siempre. En todo caso era preciso que ellos, los dirigentes de las empresas tuvieran clara noción del terreno que pisaban. Lo contrario significaría una especie de deserción; y es precisamente en estas ocasiones cuando uno no puede acobardarse.

—¿Adónde vas? —inquirió Gertrudis, la mujer, al ver que él se vestía y arreglaba como si nada hubiera ocurrido y a la hora de costumbre.

—Voy a la fábrica.

—¿A la fábrica? ¿Ir allí como si nada ocurriera? Arturo, por favor, piénsalo bien. Seguramente, hoy no se trabaja. No hay tranvías siquiera...

Lo decía suplicante, poniendo de nuevo el ceño que se mantuvo en su frente hasta que vio llegar el día anterior a su hijo y como sacudida de mil temores.

—No, Arturo, por lo que más quieras. No vayas hoy, todavía...

Arturo titubeó un instante. Se acercó al balcón. Escasa gente transitaba a aquellas horas matinales por la Ronda de San Antonio. Sin embargo, lucía un sol esplendoroso.

—Ten en cuenta que todo está alterado; ni los mismos obreros irán. Es una imprudencia cruzar Barcelona. Si aún se han oído tiros esta noche...

Pero Arturo recapacitó.

—Si alguno de ellos va y no encuentra a nadie, creerá que ya es amo. Mi deber por lo menos es dar la cara.

—Pero puedes esperar, a ver qué pasa. Seguramente dirán por la radio lo que cada

uno debe hacer. Y luego, ¡tú, que ya has tenido tantos conflictos!... ¿Por qué no envías recado a Maluendas o a Vinyals?

Arturo volvió a recapacitar. Limpió meditabundo el cristal de sus lentes, y luego se los colocó en la nariz.

—No, no —dijo—. Soy yo quien debe estar allí.

—Quien debiera estar allí, y seguramente ya estará, es el señor Rius, que es el gerente. Al fin y al cabo, tú... tú no tienes... mayor obligación que él.

—Gertrudis —aclaró él—, llevo cerca de cuarenta años sin faltar un día a esta hora. No va a ser precisamente hoy cuando escurra el bulto. Se trata solo de hacer acto de presencia. Además, tenía que hacer unos ingresos; por lo menos pondré el dinero en lugar más seguro. Y debo ver qué pasa allí. No te alarmes, Gertrudis. Quizá venga un poco tarde a comer, aunque es probable que antes de comer vuelvan a funcionar los tranvías.

Pasó su mano por la pálida mejilla de su mujer.

—Hay que conservar el valor. No pasa nada. Ya ves lo que podía haber pasado con Miguel y no pasó. Confía en Dios.

Ella pareció tranquilizarse. Era tal la seguridad, la serenidad de su marido, que le infundió sosiego. Al poco, desde el balcón, le veía ya caminar cruzando la calle, que estaba solitaria. Se volvió hacia el piso y saludó, con el brazo en el aire.

Era mucho lo que tenía que andar. Tenía que cruzar los dos tercios del perímetro de Barcelona hasta llegar a la fábrica. No iba a apresurarse. Los que hubiera, esperarían. De todos modos, sin la llave que él llevaba o la del señor Rius nadie podría entrar.

Pero en cuanto se sintió solo y sin necesidad de infundir ánimos a nadie, su ánimo empezó a deliberar y flaquear. Sabía que era peligroso cruzar Barcelona hoy; sabía que presentarse en la fábrica era un riesgo, un riesgo seguro; sabía que tendría que afrontar una realidad violenta; sabía que había tranquilizado a su mujer sin sentirse él mismo tranquilo. No obstante, era preciso ir.

Apenas si nadie transitaba por la calle. Era aquella una ciudad desierta. Cruzó por los caminos en sombra que enlazan la Ronda con las Ramblas, bordeados de edificaciones y, en lo alto, la colada tendida. De vez en cuando, una mujer, con pasos vacilantes y asustados, se perdía en una esquina. Algunos porteros se le quedaban mirando al pasar, con un gesto como de extrañeza. En mitad de la calle del Hospital había una barricada formada con muebles o enseres de alguno de los pisos y un montón de cristales hechos trizas. Al final de la calle, dos hombres estaban sentados en la acera. Uno de ellos llevaba un fusil. Quiso doblar para eludirlos, pero ya se habían fijado en él. No le dijeron nada; le dejaron marchar sin abrir la boca.

La ciudad tenía un aspecto insólito. Parecía que no hubiera en ella una sola alma. ¿Dormía la gente aún? Levantó su mirada hacia algunos balcones. No; en infinidad de ellos, rostros expectantes le seguían prolongadamente con la mirada, hasta perderle de vista. Entonces se sintió inseguro, consciente de la temeridad que estaba

cometiendo.

Avanzó, caminó apresuradamente, con paso firme. Cruzó las Ramblas y, por la calle de la Boquería, entró en la plaza de San Jaime. Un par de camionetas de guardias de Asalto y tres o cuatro camiones comerciales estaban apostados en el borde de la plaza. Ante el Palacio de la Generalitat paseaban unos mozos de escuadra. El aspecto de la calle era casi normal, pero estaba vacía. Siguió caminando, por la calle de Jaime I, por la calle de la Princesa, por el Borne, por el paseo de la Industria, adelante, adelante. El ruido de la sirena de una ambulancia le sobresaltó. En los estribos de la ambulancia iban cuatro o cinco hombres en mangas de camisa, y con cartucheras y fusil, que se agitaban mientras la ambulancia avanzaba velozmente; pasaba, y todo volvía a quedar en silencio. Parecía que la ciudad estuviera durmiendo una enorme siesta después de una orgía descomunal. Luego cruzó a toda velocidad un camión solitario, solo ocupado por su chófer, un hombre desmelenado.

Las piernas le dolían ya y aminoró el paso. Se paró a respirar. Ya no era joven, ni mucho menos. Jadeaba, fatigado. Su vida era regular, sistemática, ordenada. No estaba habituado a estas corridas. La precisión, la obsesión de la puntualidad le tenía dominado. En su vida, cada cosa estaba en su lugar, hasta los minutos. Por eso iba hoy a la fábrica; era casi para no perder una costumbre. Los tilos y los magnolios del parque de la Ciudadela le parecieron entonces algo incongruente, distinto a todo. ¿Cómo no había reparado en ello? A veces, algún domingo, iban todos al Parque, a pasear por la tarde. Una vez, años atrás, Miguel se le escapó corriendo, para contemplar, una vez más, a unos monos. Él detestaba la improvisación y el desorden. Se lo había impuesto así muchos años atrás, cuando su desfalco juvenil en la fábrica. Ahora podía tener la satisfacción de comprobar que su vida había sido digna.

Ya no resoplaba. Su pulso y su respiración se habían atemperado, y siguió caminando. Ya entraba en el arrabal. Las primeras casas de Pueblo Nuevo aparecían ante él con un signo y un color peculiar. No había sido tan largo el viaje como imaginaba. Aún era joven. Quizás a la vuelta... Pero a la vuelta probablemente todo estaría arreglado ya; ¿por qué no funcionaban los tranvías?

En el barrio, el panorama cambiaba sutilmente. Los adoquines habían sido levantados un trecho en mitad del paseo y había en el suelo esquirlas de piedras y cristales. Un bulto en la calzada. Pasó junto a él y volvió la cara, con repugnancia y con horror. Era un muerto. Estaba de bruces, pero se le veía la cara de lado y un charco de sangre oscura que le salía de la boca había cuajado en el pavimento. Sintió un repeluzno, un escalofrío. Del mostrador de un bar salían voces y gritos y alguien estaba cantando. Abrazados unos a otros, advirtió que eran un grupo de hombres con fusiles, desmelenados y ebrios, la cara sin afeitarse y en el rostro los signos inconfundibles de haber pasado la noche en blanco. Cruzó ante ellos apresurando el paso. Ya no faltaba mucho.

Una enorme oleada de muerte había caído sobre la ciudad. De vez en cuando cruzaba un automóvil a toda velocidad, atronando el aire con su claxon y cargado por

hombres que enarbolaban un fusil o mostraban al aire una bota de vino. A ellos solos se los veía dueños de la ciudad. Apretó nuevamente el paso y se halló ya ante la encrucijada que daba a la fábrica.

Al fondo de la calle se vislumbraba una parcela del muro y las letras con el nombre de la empresa.

—Buenos días, señor Llobet.

¿Quién era aquel tipo, con leve apariencia de señor, cuya camiseta estaba impoluta y que lucía unas polainas y un pantalón como de ir a montar? Apenas si podía reconocer en su cara los rasgos de alguien a quien hubiera visto otra vez, otras veces... No podía, sin embargo, determinar cuál fuera su nombre ni de dónde salía.

—Por ahora nadie se ha acercado a la fábrica. Acabo de hablar con Juanita, la portera, y me ha dicho que la noche ha sido tranquila. Oiga: ¿no le convendría acaso volver a su casa? De todos modos, a nadie se le ocurrirá venir a trabajar, ¿no le parece?

Le miró.

—Perdón, ¿de dónde le recuerdo? ¿Cuándo nos hemos visto?

—Es usted poco fisonomista. Yo era el chófer. El chófer particular de don Desiderio.

Ahora le recordó, abotonado hasta el cuello, impecable, servicial.

—Gracias. De todos modos, voy a acercarme.

Echó a andar. La fábrica se acercaba inexorablemente. Antonio le vio partir, con decisión.

La puerta de hierro de la tapia estaba entornada. En la ventana del pequeño torreón estaba asomada Juanita.

—Buenos días.

—Buenos días.

Sacó la llave y se adelantó hacia la puerta de entrada a la nave. Se volvió a mirar a la ventana. La portera le miraba ahora, pero, no acodada en el alféizar, sino desde las sombras del interior, no descubriendo más que su frente y sus ojos. La flor de los geranios se removía en sus tiestos.

Introdujo la llave y entró. Reconoció en el acto el olor inconfundible de aquellas dependencias.

La sala estaba solitaria. Avanzó unos pasos hacia su interior. Las máquinas dormían, eran un sombrío rebaño inmóvil. Había un silencio total. Desanduvo nuevamente y se dirigió hacia el vestíbulo de las oficinas, cruzando la nave hacia la izquierda.

La escalera de mármol, la balaustrada del piso alto estaban en silencio, lamidas por una tenue luz. Subió hasta el primer piso. Le pareció un instante oír un rumor, pero todo volvió a quedar en silencio.

Avanzó hacia las oficinas y cruzó el barullo de mesas, libros y máquinas de escribir, hasta llegar a la caja. Sacó su llavero, pulsó a derecha e izquierda varias

veces en el botón, introdujo la llave y abrió. Había al fondo, en uno de los estantes, unos fajos de billetes. Los sacó, cerró de nuevo, hizo girar nuevamente el botón para limpiar el mecanismo de toda huella y con el dinero en la mano fue hacia el despacho de Rius. Con otra llave, previamente seleccionada, abrió un cajón lateral de la mesa del dueño, palpó al fondo, hasta dar con un resorte; metió el dinero dentro, hasta lo más hondo. Se cercioró de nuevo de haberlo colocado bien. Pulsó de nuevo el resorte de seguridad, cerró el cajón con la llave y salió al exterior. Entró en su propio despacho.

Desde él se columbraba también la extensión semioscura de la nave vacía y el bulto que hacían las máquinas inmóviles, como extraños monstruos hundidos en sopor. Era raro aquel paro, aquel silencio. Ahora sí oyó claramente unos rumores. Quedó a la escucha unos instantes. Eran pasos quedos, varios pasos. Se retiró apresuradamente y salió de su despacho. Parecía como si alguien hablara, varias gentes, cerca de él, pero paliando la voz. Abrió la puerta que daba al vestíbulo y encontró frente a él, irreconocibles en la penumbra, una docena de hombres, erguidos ante él.

Intentaba mirarlos a la cara, pero apenas si podía distinguir sus rasgos.

—¿Qué desean?

Hubo un instante de silencio. Algunos de esos hombres se removieron.

—Danos las llaves de la casa y de la caja.

La respiración de Llobet se alteró; pero pudo sobreponerse para preguntar:

—¿Quiénes son ustedes?

—Y a ti ¿qué te importa? —contestó acremente uno de ellos, adelantándose a los demás—. Simplemente te hemos dicho que nos des las llaves.

Aquel tono hosco y conminatorio desconcertó al apoderado. Pero conservó su serenidad. Se quitó los lentes y miró a los hombres con una leve contracción de sus pupilas. Reconoció a uno de ellos. Era el Pitágoras. Lo reconoció en las vetas oscuras de su piel, en sus profundas arrugas, que eran como largas cuchilladas en sus mejillas oscuras, su pelo entrecano y sus ojos, negros y de mirada brillante, vacilante y torva.

—Vamos a ver —dijo—. ¿Qué quieren ustedes? ¿Las llaves de la nave central? Porque no sé si llevo...

—Queremos todas las llaves —dijo el Pitágoras.

Parecía, sin embargo, que su voz ya no era tan adusta y exigente. Quizá se abría por un instante aquel lenguaje común que habían podido mantener durante muchos años, a propósito del semanal o de alguna reclamación. Sí, ellos dos ya se conocían.

—¿Todas las llaves? —inquirió con extrañeza—. Pero... esas llaves no son mías. Las tengo en depósito. Tendré que solicitar...

—Danos las llaves. Todas —exigió, interrumpiendo, el Pitágoras. Los otros seguían a su lado como un coro silencioso. Sin embargo, todos estaban pendientes de él, de su menor gesto.

Observó entonces que en la mano del Pitágoras y en la de tres o cuatro de sus

acompañantes, había unas pistolas.

—Vais armados —sonrió tristemente, al tiempo en que se ponía nuevamente los lentes ante los ojos, ajustándolos con las pinzas en la nariz—. De todos modos, me es difícil daros las llaves sin la autorización del amo. Dejadme que vaya por esa autorización.

Los hombres empezaban a impacientarse.

—Dejadme pensar, un momento. Yo no soy el dueño de esto.

—Bien lo parecías, h. de p.

El insulto hizo zozobrar a Arturo. Dio un paso atrás. La tez pareció que se le incendiaba con una oleada violenta de furor. Intentó abrir la puerta de su despacho, pero no lo consiguió. Su mano tembló unos instantes cerca del pomo. El Pitágoras estaba a su lado y lo cogió bruscamente por la solapa de su chaqueta, atenazándole contra el tabique.

—Vamos allá. En primer lugar, nos vas a abrir la caja.

A empujones, fue llevado a través de su despacho y de la oficina general, entre las mesas y las máquinas de escribir. Se tambaleaba contra ellas, casi arrastrado por aquella partida de hombres. Quedó junto a la caja, resoplando. Apenas podía ver; las gafas habían saltado y estaban en el suelo, unos pasos más allá.

—Date prisa.

Arturo Llobet resoplaba. Se apoyó contra la caja, de espaldas.

—No tengo órdenes —dijo—. No la puedo abrir —y hundió su cabeza en el pecho.

El Pitágoras y dos de sus secuaces se acercaron a él. Intentaron manosear, meter mano en sus bolsillos. Él se resistía trabajosamente. Se oyó otra voz, más clara y timbrada, una voz distinta.

—Apartaos, amigos. Eso no se hace así.

Era el chófer. Estaba un poco alejado del grupo, con su raro atuendo de camiseta y botas de montar. Tenía en sus manos una pistola.

Arturo levantó su mirada y le vio. Vio su sombra, al fondo, y cómo se acercaba hasta quedar a unos pasos. Los demás se habían puesto a un lado.

—Tú, Silvestre, abre las ventanas. Que haya luz. Quizás eso le aclare las ideas.

En un minuto, que parecía eterno, se hizo en el lugar toda la claridad de la mañana. Había un aire azul y dorado en el exterior.

Llobet vio un instante ese resplandor. Luego, sus gafas en el suelo. Y el rostro de Antonio. Le vistió en un lapso con la botonadura hasta el cuello. Se lo figuraba así. La mirada de Antonio era una orden. Luego sonó un estampido; y otro, y otro. Arturo Llobet cayó, resbalando por la espalda sobre la superficie niquelada de la caja; una quemadura en el tórax y luego otra y otra. Con la cabeza hundida miraba aún la claridad azul de la mañana, por la ventana. Estaba húmedo de chorros calientes por el cuerpo entero.

Le echaron a un lado, como quien aparta a un insecto. Y le metieron la mano en el

bolsillo y encontraron el manajo de las llaves. Era el Pitágoras quien las tenía. Las miró, las probó, una tras otra.

—Esa es.

Todos estaban rodeándole, a la expectativa.

Pero la llave no accionaba en la caja.

—El podrido se ha llevado el secreto. ¿No te decía yo? Y se inclinó hacia el cuerpo y le sacudió.

—Dinos la clave, hombre. Si te vamos a curar ahora... Ahora vienen del hospital.

Se oía solo un estertor y no se veía más que un último brillo en aquellos ojos mates.

—Déjale ya. Está casi muerto.

—No lo hubiera dicho tampoco. ¿O no le conocéis? —se justificaba Antonio.

—¡Maldito! —exclamó Pitágoras, dándole un puntapié. El Pitágoras volvió a intentar.

—Es inútil. Lo que hay que hacer es ponerle dinamita. La Juanita os dará cargas. Ea, vosotros, a llevar la caja al patio... —ordenó a los más jóvenes.

—¿La sacamos por la ventana?

—No, amigos. Por la escalera rodará mejor. Traed unos palos.

Al cabo de un rato la caja empezó a ser movida, lentamente, a bandazos, palmo a palmo, hacia el exterior. La pusieron sobre unas traviesas y la hicieron rodar hasta el borde de la escalera. Se pararon un instante a descansar.

—Venga, para abajo... —ordenó Antonio, al poco.

De un empujón, en el que todos colaboraron, la caja se balanceó primero y luego cayó rodando por los peldaños, con gran estruendo. Quedó arrimada a la barandilla, sin acabar de rodar. De otro empujón cayó entonces definitivamente.

Una vez en la planta, volvieron a calzarla sobre las traviesas. Así la fueron aproximando al patio y luego, empujando con los brazos y sobre los improvisados rodamientos, consiguieron llevarla al centro.

—Toma, las cargas —era Silvestre, un muchacho joven, que entregaba a Antonio unos pequeños paquetes. Pero Antonio, con un simple movimiento de cabeza, indicó al Pitágoras que los tomara.

Pitágoras preparó las mechas. Otro de los amotinados empezó a horadar la plancha trabajosamente, con un berbiquí.

—Es inútil. Traed un soplete y terminaremos antes.

Media hora más tarde uno de ellos había conseguido abrir un pequeño boquete en la plancha por el que, a duras penas, consiguieron introducir la porción de uno de los tubos de pólvora.

—Apartaos todos. Tú, Juanita, a salir. Venga, todos fuera.

El Pitágoras fue encargado de prender la mecha. Los demás, Juanita incluida, habían salido al exterior, a la calle.

Salió el Pitágoras escurrido y al poco, en medio de la expectación, estalló un

bramido estridente, que rompió cristales y echó sobre los rostros una vaharada de aire y de polvo. Se echaron como locos al interior.

La caja había mudado de lugar, como un papel volandero. Ahora estaba en uno de los ángulos del patio. Al saltar había dado contra el muro y le había hecho un gran desgarrón.

—Apartaos, coño.

Era Antonio, el mandamás, quien hablaba. Con los brazos apartaba de espaldas a los demás.

Abrió la puerta abollada y retorcida de aquella masa informe. Apenas conseguía su objetivo. No obstante, la tapa cedió, desparramando en el aire un viciado y violento olor a chamusquina y a fuego. El polvo gravitaba en el aire y los hacía toser. Antonio palpó primero en el interior. Sacó unos papeles, enfebrecido, ilusionado. Los ojeó, con rapidez. Nada. Los echó. Volvió a meter la mano.

—El cabrón no dejó nada. Esperad.

Volvió a meter la mano. Hizo un esfuerzo y consiguió todavía abrir del todo la puerta.

—¡J. con el tío! No hay nada.

Y metió las narices en el interior, desafiando el olor áspero que exhalaba aquella arca. Volvió su cara a los demás. Era un rostro sorprendido, asombrado, que no acababa de comprender.

—El miserable dijo que no tenía órdenes. ¿A qué tanto camelo? Si aquí no hay nada.

—Déjame ver —era el Pitágoras.

Miró para dentro. No había nada.

Un gesto de desilusión y de extrañeza resbalaba por aquellos rostros.

—Son ganas de hacer la puñeta.

—¿Para qué quería el permiso del amo, si no había un real? —Déjalo. Son así de cabrones.

Estaban de pie, sin apartarse del todo de la caja forzada. No acertaban a comprenderlo.

Llobet, arriba, exhaló un suspiro bronco y último, y dejó de ver la luz.

Toda la ciudad pareció enardecerse, incendiarse de pronto con un clamor distinto. Empezó a ser cruzada de coches, de camiones, en un tumulto vertiginoso, con gritos, desmanes, como si la euforia del golpe bien asestado la sacudiera desde sus cimientos. Gertrudis, la mujer de Llobet, asistía espantada al paso de vehículos y voces en la Ronda, mientras sus hijos ya no tenían tampoco modo de vencer su propia inquietud y de infundir ánimos.

—Son las cinco; las cinco y no ha vuelto. Alguna desgracia le habrá pasado. Yo voy hacia allá.

—No, madre —dijo Miguel—. Iré yo.

Estaba ya resuelto, junto a la puerta, con la mano en su pomo.

Madre e hijo se miraron. Abrió la puerta y salió.

Cruzó la Ronda. Se dirigió a la plaza de la Universidad. En el cruce de la plaza con la Gran Vía, vio una figura en un soportal de entrada; un sombrero deshilachado le cubría casi toda la cara. Se acercó a él.

—Han armado al pueblo, ¿no lo ves? —y por la calle paseaban, en grupos, hombres con carabinas y fusiles; otros cruzaban dentro de automóviles; había un ruido opaco a revolución y una silueta amenazante en cada esquina, en cada lugar—. No hablemos, vete ya. Lo que me ocurre es que no me atrevo a estar en casa.

Miguel siguió. Quien hablara era Narciso Guimerans; no era más que un fantasma huidizo, un hombre temeroso que se oculta, que se va. Cruzó las calles hasta llegar a la de Caspe. Antes de subir al piso de los Rius, miró a todos lados, por si le habían seguido. Luego, entró, subió al principal y llamó al timbre.

El viejo Rius estaba junto al balcón, mirando a la calle. Desiderio escuchaba la radio en el despacho.

—Ya han salido a la luz. Mírelos.

Un camión acababa de pasar como una centella. Iba lleno de hombres y mujeres. Ellas chillaban alegremente, en una euforia rara y trágica. Se tocaban con gorritos planos, de milicianas. También iban armadas. Pero aquello parecía un festejo popular.

Desiderio hizo ademán de que callaran. Salía una voz muy clara, aunque muy tenuemente, del fondo del receptor. Contrastaba con el tono solemne de los locutores del país, de un énfasis agravado por la consigna. Era una voz jacarandosa, como si bromeara. Tenía un leve acento andaluz.

—¿Oís? Es el general Queipo de Llano. Habla desde Sevilla. Desiderio tenía el oído pegado al receptor.

—¿Qué dice?

—Casi no le oigo —y escuchaba atentamente.

Al rato, levantó la cabeza.

—Sevilla es de los militares. Y Pamplona, y Oviedo y Galicia. En Madrid, no se sabe aún. Franco ha cruzado el Estrecho. Sevilla está en manos de Queipo. Los moros y los legionarios dominan la situación.

El viejo Rius respiró hondamente.

—Si es solo Cataluña la que ha caído, la revolución durará días. Ya se ve. Ya saben que van a perder. Míralos.

Otra camioneta pasaba, cargada de gente.

Miguel se apresuró a explicar la inquietud que sentían por su padre. Había salido de casa a las ocho de la mañana y a las cinco de la tarde todavía no había vuelto de la fábrica.

—Pero ¿cómo se le ha ocurrido ir allá en un día como hoy? Vamos, aprisa. Hay que saber lo que es de él.

El viejo Rius parecía haber recobrado el vigor.

Desiderio, su padre y Miguel se pusieron en marcha. Hasta el viejo había dejado la corbata en casa.

Mucho rato después, el viejo Rius se paró. Descansaron cinco minutos y continuaron.

La ciudad entera era un griterío proletario y desaforado. Pero no todo eran clamores de euforia. Del fondo de un portal se escucharon unos alaridos desesperados, y luego un par de disparos. Era la muerte que empezaba a trasegar en las casas de vecindad, que entraba en piquetes en los pisos o se sentaba en las aceras a que dieran un traspíe inesperado los hombres sospechosos, los señalados de antemano, cualquier criatura de Dios. Miguel Llobet miró entonces al viejo y pareció que les cruzara un terrible presentimiento.

Daba temor cruzar las esquinas, enfilear las calles. Pero siguieron avanzando. Eran cerca de las siete cuando llegaron a las proximidades de la fábrica. Les cogió de pronto el deseo de precaverse, un impulso de cautela y ganas de acabar.

Pero Miguel Llobet se adelantó, estaba impaciente. El viejo Rius y su hijo fueron detrás de él con parsimonia. Las piernas de don Joaquín, a pesar del bastón, ya no podían avanzar sin mucho esfuerzo.

Unos grupos de chiquillos jugaban frente a la fábrica; al verlos pasar, cesaron en su juego. Los miraban con una mirada silenciosa y expresiva, como de odio o de luto. Juanita se asomó a la ventana. Ya no sonreía; tenía una expresión desafiante, provocadora. Ellos entraron sin mirar.

Cuando llegaron a lo alto de la escalera, salió una sombra de los despachos. Era Miguel Llobet. Estaba lívido, temblaba. Sus ojos quedaban casi fuera de las órbitas. Pareció como si fuera a derrumbarse. Se acercó a Rius y le cogió las manos.

—No, no entre, no entre. Le han matado; los asesinos le han matado —y llorando, gimiendo, se derrumbó, quedó arrodillado a los pies del viejo, que sintió una gran sacudida, un gran dolor.

—¿Qué dice?

Se separó de él. Desiderio caminaba a su lado. Entró renqueando. Cruzó el despacho de Llobet. Todo allí estaba en desorden, la mesa derribada, la tinta desparramada en el suelo, los libros y papeles sobre las baldosas. Cruzó aquello y entró en las oficinas generales.

Entre el desorden y las pilas de papeles y las máquinas de escribir tumbadas en el suelo, lo primero que advirtió fue el vacío de la caja en la pared. Luego, en el suelo, un cuerpo. Era Arturo Llobet.

Desiderio sostuvo a su padre, para que no cayera al suelo, derrumbado. Se arrodilló lentamente. El apoderado tenía la boca abierta y aquellos ojos azules miraban fijamente, con una claridad inmóvil e inexpresiva. Rius no pudo llorar; le apretaba la mano; la mano, que estaba ya fría y dura, se la apretaba con tesón, con desesperación.

—Vámonos, vámonos, padre. Ya nada se puede hacer. Pero el viejo permanecía allí, sin moverse, incapaz de nada.

—Vámonos, padre. Volverán a por ti, a por nosotros. Es necesario marchar en seguida.

Miguel Llobet se había postrado, con la cabeza sobre los brazos, en una de las mesas que habían quedado en pie, y sollozaba allí angustiosamente.

—Vámonos, padre —y Desiderio iba empujando a su padre con esfuerzo, hacia fuera. Pero don Joaquín se detuvo. Cogió del suelo algo que brillaba. Eran los lentes de Arturo. Los tenía en la palma de la mano, pisoteados, destrozados; y entonces se echó a llorar.

Al cruzar el patio Desiderio vio en un rincón algo que fijó su atención.

—Mira, padre, la caja. Han hecho estallar la caja.

Pero el viejo caminaba ahora lentamente, como una fuerza ciega, sin pensar, sin hablar. En lo alto de la ventana el rostro de Juanita estaba serio, inmóvil.

—¡Hale, podridos, que a por vosotros también irán!

Desiderio alcanzó a su padre y le conminaba:

—Aprisa, padre, aprisa...

El sol del ocaso ponía borbotones de luz cárdena sobre todas las cosas. En el arrabal, los cafés lucían toda su algarabía; al aproximarse la noche, había en las calles del suburbio una extraña euforia. De los centros de reunión colgaban trapos rojinegros. En la puerta de una casa, aún crepitaban los restos de un saqueo; una imagen del Sagrado Corazón estaba a medio arder, la cara quemada, solo un dedo apuntando a un corazón ardiente. Pero Rius no advertía nada. El viejo caminaba como un mendigo, sin rumbo.

—Padre, será mejor que no vuelvas a casa hasta que todo esté claro. Debieras esconderte, buscar un refugio.

El viejo Rius caminaba con una agilidad que no era propia de sus años. No sentía el peso de los achaques. Caminaba enfebrecido, apoyado en su bastón, en terrible galopada ¿hacia dónde? Huía de sí mismo, de su ámbito, de la fábrica, de los recuerdos. Huía de la muerte de Llobet, una muerte sórdida, violenta y terrible. De golpe se habían apiñado en su memoria y apegado a sus vísceras los acontecimientos que habían pasado sobre él. No escuchaba la voz de su hijo. Las lágrimas, un llanto sordo, le nublaban los ojos y caían sobre su barba, humedeciéndola y empapándola de dolor.

Han matado a Llobet, se decía. Han matado a ese hombre porque sí, por nada. Lo han matado como mataron a su padre, sin razón. Era una noche oscura y se había empeñado en seguirle; temía por él, por su salud, por su vida. Le mataron muchos años atrás, en una esquina que ahora ya no existía y sobre el pedregal de una calle que ahora había sido cubierta, arreglada, y en la que ya vivían gentes y había bares

abiertos y un enjambre humano de familias y niños. ¿Por qué habían muerto así los dos? ¿Merecía la pena?

La imagen del viejo Llobet muerto, cuando Desiderio no era más que un niño, se mezclaba extrañamente con la del apoderado, tendido ahora frente al lugar donde estaba la caja, en las oficinas generales. Le veía en actitud de limpiar con el pañuelo sus lentes, en ademán parsimonioso y reposado. Le veía tiempo atrás, cuando él estuvo enfermo, junto a la cabecera de su cama. En su convalecencia, cuando le iba a consultar algún detalle de la empresa, cuando le decía: «Su hijo parece contento, satisfecho de poder cumplir. Pero es necesario que usted se ponga bueno». Le veía en el largo cortejo de los años, día tras día, en el ejercicio de una asiduidad que ya saltaba por encima de los límites profesionales. Estaban sentados en el café de la Rambla una tarde. Era la jornada del 14 de abril. «¡Dios Santo!, ¿qué pasa?». Nada, no pasará nada. «¿No lo ve usted? ¿No ve usted esa alegría? Si esto no es más que una fiesta ciudadana, nada más». Y le veía ahora muchos, muchísimos años atrás, en los días más difíciles de su corazón. Él acababa de llegar de Santa María; él era joven, recién casado. «No quiero que sea usted un ladrón y no lo será. Devolverá usted ese dinero a la caja, en un año, en diez años, en el tiempo que sea. Pero quiero que sea usted un hombre honrado y lo será». Y el joven Llobet se había inclinado hacia su mano y él era joven, muy joven, y Llobet cesó de llorar y besaba esa mano. Ese recuerdo de pronto le abrumó el corazón y lo hizo estallar con un alarido bronco, que apenas pudo dominar en mitad de la calle. Se paró un instante y suspiró hondamente.

—Padre, es preciso que no vayas a casa esta noche. Te apresarían —repitió Desiderio, puesto detrás de él, siguiéndole—. Ya sé dónde debes ir: a casa de Evelina. De ella no van a recelar y allí no te buscarán. Créeme; no debes exponerte al peligro.

Pero ¿qué le importaba a él el peligro ya? ¿Dónde estaba el peligro para él? ¿Quién le salvaguardaba, quién le amparaba mientras por su causa y en torno a él una familia entera era segada de sus troncos más viejos? «¡Déjame ya!», se decía. Él debía ya la vida; era preciso que muriera, ya no quería hurtarse más. Pero seguía caminando, como si tuviera prisa por encontrar cuanto antes a los que debieran matarle. ¿Dónde estaban? Hubiera gritado allí mismo, reclamando la muerte. ¿Por qué no venían? Y era la voz del viejo contable moribundo. «Confíe usted en mi hijo. Es... es un buen... contable...». Lo decía con una voz entrecortada, moribunda, de agonizante.

El camino era muy largo. Era infinita esa ruta del retorno. A lo lejos se diseñaba la silueta del Arco del Triunfo, nimbada por un gran espectro de luz carmesí. Oscurecía ya; se acercaba una noche nueva, una trágica noche más. El tráfico no hacía más que acrecer. Eran coches locos, oscuros seres vociferantes que iban hacia las sombras. Gritos dispersos se escuchaban alrededor. Todo entraría en las tinieblas. En algunos lugares estaban los vestigios de la lucha, en otros se apilaban los primeros restos del botín y el escalo. De un piso echaban a la calle muebles viejos, lámparas,

cuadros. Una voz de mujer chillaba en algún lugar. Dos coches se hallaban apostados junto a la acera. Sí, chillaba por eso, desde un balcón alto. Unos hombres salían armados, llevando atado a un pobre ser, lívido y enjuto, que avanzaba a trompicones y a quien obligaban a subir al automóvil. El grito de la mujer se volvió más patético, se hizo agudo y como un alarido. Se perdió en el aire, se fue diluyendo en el atardecer. Los transeúntes contemplaban el espectáculo y huían, caminaban aprisa, no querían presenciar aquella situación. Allá él, pensaba la gente. Y ese «allá él, que se apañe» era una onda que se ensanchaba, que inundaba ya toda la ciudad, una explosión de egoísmo cerrado y un modo de zafarse a todo lo demás. «Lo que importa es no llamar la atención; pero mi padre llama la atención», pensaba Desiderio, observándole avanzar con los hombros hundidos, el rostro desencajado. «Y si llega a casa, le irán a buscar; harán con él lo que acaban de hacer con Llobet y con ese hombre». Pero el viejo Rius no atendía. Cruzaba como una fuerza inexorable por delante del Arco del Triunfo y avanzaba ciegamente hacia la noche, se subía por la tiniebla como una planta en busca del sol, para hundirse más en ella.

—Padre, padre. ¿Me has oído? Debes ir a casa de Evelina, allí estarás seguro. De lo contrario, en casa, te ocurrirá lo que a Llobet.

Ya estaban en la ciudad. Aquello era ya el Ensanche. Millares de cabezas expectantes se divisaban, en los balcones cerrados, tras los visillos. De toda la ciudad llegaban ecos de sirenas, fragor de coches, los bomberos o las ambulancias. Y muerte; un espectro de muerte parecía flotar en el ámbito, entre las hojas de los plátanos, ubérrimas y gruesas, y en el vuelo loco de los voraces palomos.

«¿Evelina? ¿Quién es Evelina?». Y en su magín disperso apenas si lograba cuajar una figura lejana y como entrevista, residuo de los años, reliquia de los recuerdos y de la sangre. Todo el mundo moría, menos ella y él. Se paró a meditar, a ponderar sus recuerdos un poco, para no ser arrastrado por ellos. Levantó la mirada y vio, frente a sí, en lo alto de una tapia, la fronda oscura de un magnolio. Podía recordar la luz de aquella esquina. Había un resplandor indeciso que no le impedía, no obstante, situarse ahora como un ser concreto en aquel lugar. Se acercó lentamente a la tapia. Su hijo le seguía, angustiado, extrañado. Un grupo de mirones, mozalbetes y gente del pueblo, se apiñaban allí, en la observación de algo. ¿Qué ocurría de insólito en aquel lugar? ¿Qué hacían esos grupos allí, frente al convento? ¿Y cómo y por qué sus pasos inconscientes le habían llevado justamente a aquel lugar, precisamente en estas circunstancias? ¿Allí, donde reposaba sor María del Rosario?

Miró a Desiderio. Estaba pálido, respiraba agitadamente junto a él. Todo se había roto. Era imposible que reconociera ahora en su hijo una figura próxima y que llamara al amor, alguien en quien reconocer la propia sangre. Era un hombre desencajado, alterado, enervado, discordante; algo con quien él no tenía ya nada en común. Estaba a su lado y repitió: —Vamos a casa de Evelina, padre. Te dejaré allí. Pero él ya no atendía. Se adelantó hacia los grupos. Entre ellos, advirtió unos raros osarios, unas cajas erguidas contra el muro. Los mozalbetes estaban mirando aquellos

bultos, que eran... eran...

Una ola de vacío y de espanto le sacudió íntimamente, radicalmente. Aquellas cajas eran los ataúdes de las monjas. Se adelantó, hasta quedar allí, frente a ellos. Las momias parecían troncos viejos de árbol, sin expresión. Mostraban las órbitas desnudas y los huesos mundos de la mano, y las tocas podridas y el horrendo garabato de la putrefacción. Desiderio le tiraba del brazo.

—Vamos, padre, vámonos. No veas eso.

Unos mozalbetes señalaban a uno de los bultos; y fumaban indiferentes frente a ellos: «¿No ves allí?». Esas tienen unos huesos de niño, que lo enterrarían con ellas, como tortura». Todas iguales, una junto a otra, esas muertas eran el sarcasmo de la vida, su imagen putrefacta. De los magnolios, un pájaro azul había dado un sesgo sobre ellas, con un punto de claridad inesperada. Al apartarse a un lado, vio Rius en un instante algo blanco que colgaba de una mano muerta, que pendía de ella inalterable entre el barro. Eran los rosarios, el ámbar apenas retocado por la muerte. Eran «sus» rosarios. Sintió un espanto, una vacilación, deseos de matar y de revolverse. Era ella; el rostro como comida por la infamia, arrollado por la podredumbre, en una mueca horripilante; el hábito desgajado y comido, usado por la muerte, que lo entreabría sobre un montón de huesos sin cariz y sin cuerpo, como una estatua imprecisa hecha con un montón de estiércol.

—*Vita mutatur, non tollitur...* —rememoró de pronto. Barbullaba, sollozando, mientras caía, se derrumbaba, sin que Desiderio, que se había apartado unos pasos, con ánimo de huir, pudiera impedirlo. La inmóvil ristra de momias parecía contemplar sin ojos aquel instante espeluznado. Ahora Desiderio le sostenía por su mano, temblando.

—Vamos, padre, vamos. No te quedas aquí.

—Criminales, asesinos... —barbullaba.

Un par de milicianos se acercaban.

—¿Le ocurre algo al viejo?

—Nada, no es nada. No se siente bien. Los años... —explicaba.

Pero el viejo se revolvió, dio un golpe brusco y se soltó del brazo de su hijo. Miró a los milicianos y echó a andar, como un espectro, hacia la tiniebla. Su hijo miró también un instante a los dos hombres armados, sonrió tristemente, y luego fue siguiendo paso a paso a aquel hombre terrible, todo inundado de su propia sombra, cargado de desolación y de muerte.

Trastornado, herido, destrozado íntimamente, pasó como una sombra y se hundió en un sopor raro en la butaca de su habitación, como si se dispusiera a morir.

Francisco Costa y Rebull, el carmelita, contaba algo con una voz solapada, como si temiera herir al aire.

Desiderio quedó al lado del fantasma que acababa de llegar. Su primo era

irreconocible. Desde la última vez que le viera, unos días atrás, había enflaquecido. La camisa blanca le sobraba por todos los lados de su cuerpo. Mustio, las carnes flácidas le caían por la papada, en las mejillas. Sus ojos, pocos días antes brillantes y vivos, tenían una pátina de dolor y de miedo, en unas cuencas oscuras. En su rostro se marcaba el espanto de unas horas, el temblor de una jornada y de la huida, del sigilo y de la ocultación.

—Cuando entraron, después de la lucha, parecían fieras. Uno de ellos hizo poner en fila a los supervivientes. Los empezó a ametrallar por las piernas, con la intención de verlos moverse, agotarse. Luego los remató uno por uno. Otros eran ametrallados al salir. Yo estaba en un rincón; estaba confesando a un moribundo, un pobre muchacho granadino, que moría en mis brazos. Iba como voy ahora; me había despojado del hábito, ¿qué le podía hacer? Tenía mucho miedo. E inclinado debieron de figurarse que era uno de ellos. Me encontré solo y, en lugar de esconderme, me mezclé con los que entraban. Luego... intenté llegar a la calle de la Puertaferriosa, a casa de mis hermanos; pero no pude pasar. He estado vagando por las calles hasta ahora. Temía que me siguieran y... no quería comprometeros. Pero me es imposible continuar. Dejarme estar aquí, solo dos días. Han quedado en recogerme pasado mañana...

A Desiderio, la súplica, aquel ruego, le inquietó. Pero no tuvo más remedio que acceder.

—Bueno; si mi padre no tiene inconveniente... También yo estoy en un aprieto...

Vio a su primo respirar con satisfacción, hondamente y quedar tranquilo, como si le sacaran de una pesadilla. Pero quien no estaba tranquilo era él. «Estoy en un aprieto». No era esa la expresión adecuada. No estaba en un aprieto, estaba que ya no podía más. Le angustiaba la posibilidad de ser acorralado y atrapado allí, junto a su padre, a quien los revolucionarios buscarían en seguida, y junto a aquel primo religioso y, por tanto, comprometedor. Por otro lado, observaba que su primo había perdido toda serenidad y que no sería capaz de disimular o de mentir cuando fueran a buscarle. Era una situación agobiante.

Y empezó la noche. Cayó de nuevo sobre la ciudad un silencio trágico. De vez en cuando se oía cruzar un coche a todo gas; y a veces se sentía que alguno pasaba con explosiones más lentas, como si buscara dónde parar. Desiderio se incorporaba, se acercaba al balcón, miraba atemorizado a través de los visillos. De algún lugar de la ciudad habían partido unos disparos. Eran estampidos secos, lejanos, que se diluían luego en el aire. La muerte, la muerte rondaba por allí, turbaba el sueño de las gentes. Estaba con la luz apagada, vigilante, indeciso. Su primo el carmelita había ido a tumbarse en una de las camas del piso. Él quiso hacer lo mismo, pero le asfixiaba la incertidumbre, el temor, le sobresaltaba cualquier rumor que cruzara el aire. Sintió más tarde un respiro hondo del viejo, en su habitación. A pesar de todo, dormía, había logrado conciliar un poco de sueño. Pero él, no; no podía. Una y otra vez se incorporaba, para volver a quedar sentado en la butaca, con las manos en la frente, un

rato después.

Buscó en la despensa, en las alacenas. ¡Si por lo menos hubiera un poco de alcohol! No podía aspirar al *whisky*, ya sabía que eso había concluido. Pero un poco de vino, para colmar su ansia y ahogar su miedo... No había en aquella casa una gota de alcohol. Se sentó en la butaca. Parecía como si empezara a teñir el techo y los tabiques una leve ensoñación de luz. Quizás amaneciera ya, tal vez empezaba a asomar un nuevo día. Y empezó a divagar: era Irene, que le había amenazado bromeando con la boca del fusil. «Si no es nada, apenas se siente nada; un pellizco, tal vez, nada más». Luego era la boca de Llobet, de la que, muerto, salía no obstante una risa. Era una risa fuerte, cristalina, escalofriante; pero la boca no se movía; estaba yerta. Después los pingajos de monjas desenterradas flotando por el aire. Luego, todo se borró, y se quedó dormido.

Lo despertó Josefina. Era aquella mano buena la que se había puesto sobre su hombro y le sacudía lentamente. La había sentido así muchos años atrás, durante toda su vida, hasta que él se casó. Le pareció por un instante que estaba aún en aquellos días. Pero inmediatamente la realidad se sobrepuso, bruscamente.

—Ve a tu cama, a dormir. Descansarás tranquilo.

El sol entraba ya a raudales en el cuarto. La luz era radiante. Se frotó los ojos con la mano. Se despabiló, rendido, sin embargo, de fatiga.

—¿Y mi padre?

—Tu padre y tu primo duermen aún.

Se quedó un rato tendido en el sofá, escuchando una alegre algarabía de la mañana. En los árboles callejeros piaban docenas de gorriones y jilgueros. Ese piar revoloteó unos instantes por su ánimo; recordó de pronto unos instantes de su niñez, en Santa María. Josefina le había entrado el desayuno. Se sirvió una taza de café con leche; no tenía ganas de más. Se incorporó de pronto.

—¿Dónde vas, Desiderio? —era Josefina de nuevo.

—Me voy —dijo—. Tengo algo que hacer, he de hacer muchas cosas.

—¿Hacer? ¿Hoy?

No. No había ironía en la expresión de la sirvienta; le miraba con unos ojos cariñosos, enternecidos.

No se puso siquiera la chaqueta. Salió a la calle tal y como estaba. La barba crecida de dos días le daba un aspecto de hombre de la revolución, pero sus zapatos de ante y su camisa de seda, le delataban como a burgués.

Torció hacia el paseo de Gracia, cruzó la plaza de Cataluña y se encaminó a la Generalitat. Calles y plazas empezaban a poblarse de gente. Las corbatas habían desaparecido. Todo había quedado teñido de un tinte proletario. Pero no había risas, ni voces; eran miradas hoscas y gentes apresuradas, que iban a un quehacer concreto y rápido. Se abrió paso entre unos grupos y llegó, por la escalera gótica, al Patio de los Naranjos del noble edificio. Allí vio algo que le recordaba los días apacibles de la normalidad. Los ordenanzas lucían su uniforme; estaban como siempre. Preguntó a

uno de ellos por Irene Salvat. Hizo un signo negativo.

—¿No sabe dónde puedo encontrarla?

—No. ¿Quién lo sabe? —exclamó.

Se retiró a un lado. Paseó nerviosamente. Era preciso que encontrara quien pudiera facilitarle el pasaporte y la salida. Se aclaró repentinamente una idea. Volvió al ordenanza.

—¿Y... el Comisario de Trabajo?

El subalterno le observó de arriba abajo. Luego le indicó el interior.

—La última puerta a la derecha.

Entró en la gran antesala. Unos grupos de hombres estaban de pie, en uno de los ángulos. Le miraron con curiosidad, al pasar. Él sintió cierto resquemor, un escalofrío. Pero cruzó y entró en el antedespacho del comisario. Una secretaria se levantó, inquiriendo. Le dio su nombre.

Por el antedespacho entraron y salieron varias veces funcionarios y visitas. Esperaban allí tres hombres, con pistolas, que le miraron fijamente. Luego, estos hombres entraron en el despacho. Estuvieron en él mucho rato, más de una hora. Se fueron sin mirarle esta vez, a toda prisa.

Se abrió la puerta del comisario.

—¿Qué desea?

Era él mismo, desde el quicio de la puerta, quien hacía la pregunta.

—¿Me recuerda? Soy Rius; tomé parte en los laudos, con los patronos textiles.

—¡Ah, sí! Diga. ¿Qué desea de mí?

Tenía la facha gordezuela que ya la primera vez le había llamado la atención y un aire benévolo y componedor. Revolvió en su mesa unos papeles, sin mirarle.

—Tenía precisión de... salir del país.

—Pida un pasaporte y solicite la salida.

—Pero necesito hacerlo con urgencia.

Levantó la mirada. Le observó; luego frunció las comisuras de los labios.

—A huir, a huir todos. A dejar que los demás se pudran. Desiderio no abrió la boca. Estaba esperando que viniera lo peor.

Pero el hombrezuelo se acercó a la ventana y, sin volverse, le dijo:

—Vaya usted a ver a Espanya, de mi parte. Es él quien da las salidas.

—Pero ¿cree usted que la podré tener?

—¡Yo qué sé!

—Gracias —dijo. Y se marchó.

Se fue escapado a Gobernación, junto a la estación de Francia. Se sentía vigorizado, resuelto a obtener el documento. Se le ocurrió una idea mejor. ¿Cómo no lo había pensado antes? Él era amigo íntimo del Ministro de Trabajo, el de verdad, el de Madrid. Un guardia le detuvo a la entrada.

—¿Qué deseas?

—Ver al comisario.

—¿Para qué?

—Soy amigo del Ministro de Trabajo. Y he de hablar con él. Le miró y le dejó pasar.

Los pasillos y los salones isabelinos estaban llenos de gente. Unos aguardaban a visitar a alguien, pero los demás se notaba que holgazaneaban por allí, de un sitio a otro. Muchos hombres armados, algunos de ellos con el fusil en la mano, formaban tertulias en los corredores. De pronto cruzó entre ellos un militar. Llevaba un fajín encarnado sobre el uniforme verde y el tricornio de la Guardia Civil. Era un hombre menudo, fino y de pelo cano, de facciones casi aristocráticas. Cruzó y salió con paso vivo y sin mirar a nadie. Pasaba como si le fueran a manchar. Contrastaba con todo y con todos; y era inconcebible pensar que, en aquellos días, pudiera seguir tan campante. Pero los milicianos se apartaban para abrirle paso y le saludaban. El charol de las botas de caña y el del tricornio destellaban como un insulto, en mitad de los desabrochados seres del contorno.

Desiderio aguardó largo rato. Las visitas iban entrando y no estaban con el comisario más de un minuto. Al fin le tocó el turno.

—Necesito salir. Soy amigo del ministro Borredá; puede preguntarle a él, si es necesario.

El comisario era un hombre espigado, rubio, tranquilo.

—Le conozco perfectamente. Sé quién es usted. ¿Le es preciso salir de verdad? ¿Por qué?

Desiderio levantó los hombros, sin saber qué contestar.

Sin decir palabra, el comisario empezó a escribir sobre un volante. Se lo dio.

—Cuando tenga el pasaporte, tráigamelo y se lo firmaré. Hágalo aprisa. Dentro de unos días, quizá yo tampoco esté aquí. Le miró a la cara, sonriendo.

—Y buena suerte.

XXII

TODA LA TORRASSA era una revuelta. Caía sobre ella un sol lacerante, pero todo el mundo estaba en la calle. Las tabernas estaban llenas. El local del Ateneo Libertario, abarrotado de gentes que entraban y salían. Las botellas de vino circulaban de mano en mano. Camiones y coches quedaban parados allí o subidos a la acera. La Torrassa había cambiado de faz. Pero la Cucharas estaba furiosa en mitad de tanto tumulto y jolgorio. Sabía que no habían matado al Máximo. Por las noticias que le aportaban los que llegaban de la ciudad, sabía que estaba de parranda, una vez concluidas la revolución y el golpe contra los militares. Llevaba por lo menos dos días de bureo; y a ella que la partiera un rayo. Si la revolución llegaba para eso, prefería lo otro...

—¡Eh, Cucharas, ven a tomar un trago...!

Para tragos, el que estaba pasando. El Máximo, suelto y en la ciudad, toda ella llena de burguesas, de esas mujeres con perfumes, de las que se dice que son una mierda que hay que aniquilar cuando la Guardia Civil anda por las calles, pero a las que se empieza a encontrar preciosas para el catre en cuanto uno manda; y eso no lo podía soportar. Y las hay a docenas, que de cuerpo están como las del cine. Se conocía ella muy bien al Máximo. Y que, ¡vamos!, le iban a entrar escrúpulos de clase en cuanto tuviera a una de ellas enfrente...

—¿Sabes lo que te digo? Que a mí eso del golpe y de la vuelta de la tortilla me sale por tres cuartos. ¿La repartidora? ¡De qué, morena! ¡Con mujeres, ni repartidora ni nada! ¡Cada cual con el suyo y listos!...

—¡Cómo te cabreas! ¿Ni esa expansión le dejas al Máximo?

—¿Expansión? Eso no es expansión. ¡A no saber por dónde empezar! Esa quiero y esa no quiero. ¡Ahora rubia, ahora morena... con los héroes! —comentó para sí, carcajeándose—. También yo quisiera a un macho de esos de bigotito, pero me aguanto. ¿O es que era eso la revolución?

Pero los temores de la Cucharas no eran fundados. Eran solo producto de una broma que le había gastado el Pantaleón, quien le dijera horas antes que el Máximo había sido visto con tres burguesas, invitándolas a vermut en un café de las Ramblas. Pura fantasía. Lo que hacía el Máximo, con «los pringados», era llevar la revolución a sus últimas consecuencias. Un poco de limpieza. Luego ya se vería...

Puesto en pie en la mañana de la revuelta, prendidas en su pecho las tres estrellas del coronel, había acaudillado a una partida de hombres hacia el cuartel de San Andrés, donde la refriega tardaba en resolverse. Allí habían tomado al asalto el cuartel, parapetándose en unos toneles vacíos que hacían avanzar hacia la fortaleza. Cuando llegaron a ella, ¡lo que encontraron! Un arsenal repleto de máuseres y fusiles, ametralladoras, pistolas, pólvora, municiones, dinamita. Eran poderosos. De allí no los movía nadie. Pero Durruti se había empeñado en dar cuenta al Gobierno del

arsenal que acababan de encontrar. En el patio de la Generalitat rodearon al presidente. Tenía unos ojos maliciosos. «*Que qué heu de fer amb aquestes armes? El poble mana...*», concedió, sonriente. Y el pueblo mandaba. Inmediatamente, bajo las órdenes del Millás se pusieron en marcha. Tenían un Chevrolet flamante, que conducía el Rubio. ¡A un piso y a otro, a liquidar las cuentas que el Millás tenía con los de la Compañía de Tranvías y con los de la Maquinista! Una docena de tipos habían sido arrancados de sus casas. «Y cómo chillan las mujeres. Sobre todo, de noche esos gritos no hacen más que aumentar los deseos de matar, de terminar de una vez. ¡Qué cara de aturcidos y de ignorantes ponen los tíos! Pues hay que verlos, lo distintos que quedan en esta situación a cuando mandaban. Entonces no eran más que órdenes, pasar muy tiesos, observar, dictar un ucuse. Aquí, no. Aquí se acojonan como cualquiera». Algunos iban barbullando, como si masticaran palabras por lo bajo. «¿Qué es lo que dices, puto?». Y lo que decían eran letanías, padrenuestros y jaculatorias. En la noche oscura se les veía el brillo de los ojos y el espanto que les salía por ellos. «¿Qué, hay cagaleras, amigo? No te preocupes, solo se muere una vez». Y un par de tiros, el brillo de los ojos se apagaba y se soltaba el bulto en las curvas de la Rabassada, donde aullaban los perros y se veía al pasar, como un fognazo, el brillo pálido de la retama en la oscuridad. Y así uno y otro y otro, hasta que terminó la lista que traía el Millás.

—Yo no tengo más nombres. Venga, tú, Máximo. Vamos ahora a por los tuyos.

Pero al Máximo esto empezaba ya a no resultarle. ¿Para qué los suyos? ¿Iba a sacar de la cama al vejete de Rius? ¡J., si no podía ya con su alma! Iba renco, con un bastón, y con su barba apolillada. ¿A eso había que matar? ¡Fuera el otro, el apoderado! Pero le dijeron que lo había liquidado el Pitágoras.

—Los míos, para otro. Que diga el Rubio si se le antoja alguien...

—Lo que se me antoja es encontrar una chavala y acostarme con ella. Mañana será otro día.

Estaba harto de sangre, de muerte y de ver estirar la pata a tanto tío. Lo que le convenía era un poco de reposo.

—A mí lo que hacéis es acercarme a la Torrassa, por ver qué es de la Cucharas.

—¿Aún la tienes allí tirada, so cabrón?

—Y ¿dónde quieres que estuviera?

—La llevas al nuevo Casino que se han incautado las milicias. ¿Tú no sabes que la mayoría de las compañeras ya están allí, tocándose los huevos? Están como señoras, a lo rico...

—¿Dónde es eso?

—¿Dónde va a ser? En el paseo de Gracia.

¡Como señora! La Cucharas en un Casino... Nada más pensarlo se moría de risa.

—Hasta la de los lavabos de Pitarra está allí. Se están remojando el culo todo el día en una piscina que hay que es de cine. ¿O es que no lo sabías? A la Muesca, del Maño, le dieron a la noche unos calambres de tanta agua, que tuvieron que darle unas

friegas que a poco la descuartizan. Floreal, el de ir en pelota, intervino a punto en este asunto, que si no la pringa. Pero las demás se moderan en eso y disfrutan como locas.

—Dejadme, dejadme en La Torrassa. J., que eso no se lo pierde la Cucharas.

Fue dejado en la plazoleta aquella noche, muy cerca de su barraca. Aún había luz en varias partes del barrio, pero en la zona de su habitáculo estaba ya todo oscuro. Se oía roncar sonoramente a alguien y un rumorcillo de toses y palabras en algún lado. Llegó a su puerta y llamó con grandes manotazos. Ni un suspiro, ni una respuesta.

«¿Dónde estará la tía?». A trompicones se trasladó al cuadro de luz que asomaba lejos, entre los edificios. Cruzó por las callejas oscuras y entró en la breve zona urbanizada en que estaba el Ateneo Libertario.

En efecto, allí estaba la Cucharas. Estaba en una silla comiendo una enorme tortilla metida en un tarugo de pan y con una botella de vino delante. Estaba sola, con el portero que dormía en otra silla.

—Así me ves, maldito, sin un auxilio. Y tú a invitar a vermut a las burguesas, como un marica. Vuélvete ya, ve con ellas de una vez.

—¿Qué dices de burguesas? ¿A quién he invitado yo a vermut, vamos a ver?

—¿Pues no es eso lo que me ha contado el Pantaleón?

—¡Podrido embustero! A ese me lo cargo. ¿Qué te dijo de mí?

—Lo que has oído.

—Pues te diré dónde estuve y lo que he hecho. Pero ahora vente conmigo, que tenemos que hablar.

A la Cucharas se le habían pasado ya todos los males. Hasta dejó la mitad de la tortilla sobre el velador.

—Di, di, ¿qué has hecho? —inquirió zalamera, revolviéndose.

—Con el Millás y esos. Primero vencimos a la reacción —y pensaba en el viejo militar de las barbas blancas. Ese era un recuerdo anticuado también, como si hiciera siglos que hubiera ocurrido—. Luego asaltamos los cuarteles de San Andrés. Si hubieras visto la lucha; fue lo mejor de todo, parecía de película. Íbamos detrás de unos toneles, empujándolos. Salieron ellos que se cagaban. Y este quiero, este no quiero, a descargas iban cayendo. Luego, en estos dos días nos hemos enfrascado con «los pringados» en limpiar a los que el Millás traía en una lista. Los dejábamos muertos en la montaña, por allá yendo al Tibidabo. Por lo menos doce, si no me equivoco, o más. Todos los burgueses que el Millás traía en la lista.

—¿Y de mujeres?

—¿De mujeres? J., cómo estáis de obsesivas. ¿En plena revolución y pensando en el catre? ¡Sois la rehostia!

—A los hombres los hacen las ocasiones —filosofó, acabando de masticar el bocado que tenía en la boca y llevándose después la botella a morro a la boca. Eructó brevemente.

—Pues mañana te llevo yo a un lugar, para que disfrutes. Vamos a ir al Casino de las milicias.

—Allá se ha ido la Pilar y la Nemes también, que las han mandado a buscar sus hombres. Y se están tirando una vidorra padre. Hasta hay cuartos reservados para estar juntos. Los tíos de allí tenían de todo. En un cuarto de esos han encontrado hasta unos chismes de goma para adelgazar. ¿Para qué querrán adelgazar los tíos?

—Cosas de burgueses. Demasiada hartura, y carne por aquí y filete por allí. Si no inventaran esas máquinas, hasta explotarían.

La Cucharas se levantó. El Máximo le metió mano en el pecho, entre el vestido y la palpó entre las faldas. Ella se encalabrinaba.

—Vamos a la choza —dijo—. No vaya a despertar el tío ese, que tiene muy mala leche.

—Vamos allá.

Y durante toda la noche, el Máximo se quitó, entre sueño y vigilia, la imagen de los muertos.

Al cuarto día de la revolución, Joaquín Rius salió de su habitación, en la que había permanecido encerrado, desde que el día 20 volviera de la fábrica. No había aceptado en ella más que la entrada de Josefina, para que dejara sobre la mesilla un poco de comida, que él no probaba apenas.

Permaneció sentado en su sillón, con la cabeza gacha y los ojos perdidos, hundidos en las cuencas, sin expresividad. Por la noche, se acostaba y por la mañana permanecía en la cama hasta muy tarde, contra su costumbre. No se sabía, empero, si dormía o simplemente se dejaba vivir, como un vegetal, como una planta solo dotada de simples reflejos biológicos.

Lo que había hecho Joaquín Rius era sencillamente dejarse morir. Esperaba a que vinieran a por él, a que llamara la muerte a su puerta. No la temía. Silenciosamente la esperaba, como se espera a un invitado. Deseaba que llegara ese momento. No podía precisar si se sentía culpable o no. De lo que estaba seguro era de tener muchas más razones para morir que Llobet y los otros. No se explicaba cómo pasaban las horas en espera, llena de ansias, del temido pero aguardado timbrazo.

¿Qué era la muerte? Para él, la muerte ahora no era más que el fardo de sombras que había visto apoyado en el muro del convento; aquel amasijo de podredumbre, aquel barro sin forma. Eso era la muerte para él. De vez en cuando pasaba por su mente la imagen siniestra; pero no la temía. Era una realidad. Le parecía increíble que la vida humana pudiera llegar a ese fin. Rememoraba la vitalidad de Carmen cuando estaba de pie entre las gentes. Aquel mechón de pelo que le caía sobre la frente, en Vallvidrera, cuando se sentó al piano a interpretar una Polonesa de Chopin; o el brillo, la negra intención de sus ojos en el parque que daba, por la miranda, al bosque. Era una tarde declinante, una tarde de primavera: «Yo tengo también años suficientes para decirle la verdad. Salí de España entonces por dos razones. Primera, porque me hice el propósito de no dejar a mi padre ni un instante solo. Consideraba que mi deber

era estar con él, en todo instante. Después, porque le amé a usted... le amé a usted por encima de todo».

¿Era posible que ese aliento, ese impulso se convirtiera luego en aquel bulto de putrefacción, en aquella aciaga caricatura desleída? ¡Ah, no era posible! Hasta entonces la vida se había cerrado como la tapa del ataúd; pero resulta que ello no hacía más que ocultar el último proceso, el de la nada. Ya no entendía ahora la fe, ni el entusiasmo con que ella, años atrás, se había despedido: «Ahora, Joaquín, tendremos que separarnos». Estaban en la rompiente del mar. Era una tarde gris de otoño. Ella trazaba sobre la arena, con la punta de su paraguas, unas líneas, que eran como un jeroglífico inexpresivo: «¿No ha leído usted las *Confesiones* de san Agustín?». Y ese movimiento de la fe activa, ese paso hacia el más allá, la seguridad que poseían los otros en la existencia de un premio y de un castigo, en la eternidad, en el espíritu, acababan en el horripilante espectáculo de la putrefacción, en esa alegoría de la muerte total, donde todavía el nácar de los rosarios era la única vivencia incorruptible. Se llevaba la mano a la frente y a los ojos. «Sí; yo deseo que así sea: la nada, un bulto de polvo húmedo, una carne que se pudre y desgaja, una forma de cera que se consume, un nido de gusanos. Arrancadme la facultad de pensar y de alentar, de imaginar y de sufrir. Ya no quiero más el triste privilegio de la vida».

Había puesto delante de sí los maltrechos lentes de Llobet, aquella partícula de la personalidad del apoderado, que paradójicamente tenía ahora todavía más vida que el hombre asesinado. ¿De qué servía una existencia entera, labrada con tesón, a costa de todos los sacrificios de la naturaleza y de la sangre? ¿Por qué se esforzaban tantos hombres de la ciudad, los seres como él, en llevar adelante una carga que resultaba inútil? Ahora comprendía, aun en mitad de la abominación, esa ética destructora de los enemigos de la ley y del orden. Si eso no sirve para nada, ¿por qué no se va a quemar? Todas sus convicciones se tambaleaban y quería morir; morir, para dejar de pensar, para no observar ante sí, a la vejez, todo su fracaso.

Y el timbrazo no llegaba. No llegó. Poco a poco comenzó de nuevo a tomar dimensión a las horas. A la sensación de angustia y de indiferencia sucedió la noción de su cansancio. Era un cansancio físico, que le tenía hundido. Eran unas ganas enormes de descansar y de dormir, agotadas todas las posibilidades que su mente tenía de organizar su propia soledad y su terrible desolación. De pronto, en su mente, todo pareció que quedaba en blanco. Entonces durmió, durmió largamente, como una piedra, durmió como duerme un sílice en la tierra, huero de toda utilidad, ya pasado el tiempo en que fue aprovechado para armar una choza, para matar a una fiera. Él era un hombre de otro tiempo, de un tiempo ya superado y baldío, simple referencia geológica de una forma de vida enterrada y antigua; pero aún vivía. Dobló la cabeza y durmió.

Al cuarto día desde el comienzo de la revolución salió de su cuarto. Le pareció que aquel salón en que estaba, su despacho doméstico, había sufrido la misma transformación que él. Era un residuo, algo que conviene conservar solo como

referencia a unos tiempos y a unos avatares ya enterrados. Y sintió miedo de vivir allí. Le sobresaltó de pronto la idea de que aquella llamada a la puerta que había estado esperando durante largas horas, en días interminables, se pudiera producir ahora. No, ahora no quería morir. El sílice o la baba putrefacta debían permanecer en su forma original. Era incuestionable su razón de vida. ¿Para qué? Para nada, para vivir, simplemente. El vigor de la vida no tenía vuelta atrás. Aun en la mendicidad y en el descalabro, la vida era mejor que la muerte. Le inundó de pronto el terrible egoísmo de todos los que sobrevivían.

—¿Dónde está Desiderio?

Era Josefina quien estaba frente a él, con sus ojuelos grises y su ademán solícito.

—Duerme aún.

—Despiértele y dígale que venga.

Josefina se disponía a hacerlo.

—¿Y mi sobrino el carmelita?

—Se marchó anoche. Vino a buscarle un compañero.

—¿Un compañero?

—Sí. Otro fraile. Iba de paisano. No dijeron lo que iban a hacer.

—Llame a Desiderio —zanjó.

Le esperó, sentado ya de nuevo ante la mesa de su despacho. Parecía que jugara con un lápiz en la mano, al que sin embargo no utilizaba.

Llegó su hijo, despeinado, enfundado en una bata vieja. Con los ojos aún cargados de sueño, el hijo miró al padre y le descubrió sobre la faz y el cuerpo como los rastros de una lluvia extraña que le empapara de una gravedad inédita, de un recóndito y supremo ardor; se había embravecido.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió—. Es preciso saber a dónde vamos y cuál es nuestro porvenir. Ante todo, explícame cómo están las cosas en la calle. Las cosas políticas también. No puedo estar a oscuras.

Desiderio no sabía por dónde abordar el tema.

—Ha empezado una verdadera guerra. Galicia, Castilla y parte de Andalucía son de los militares. El general Franco ha cruzado el Estrecho con las tropas de África. Aquí están organizando las milicias, para llevarlas al frente de Aragón, porque Zaragoza también es de los militares. La situación es confusa y las fuerzas están equilibradas.

—Pero ¿no se ha perdido la esperanza de...?

—Yo no lo sé.

—¿Y el trabajo?

—La situación es caótica. De hecho, todo ha quedado socializado. Todo depende de ellos. Allí ya no somos nada.

—Tú tienes amigos entre ellos. ¿No pudieras esperar una moratoria, una excepción para nosotros? ¿No podrías tú ponerte al frente de las cosas, de nuestras cosas ahora?

Desiderio negó levemente con la cabeza.

—Lo que hay, de hecho, en la calle, es el comunismo. No nos damos cuenta del todo, pero es así.

Hubo un largo silencio. Desiderio rompió a hablar, con voz opaca, pero segura.

—Estamos en peligro, en peligro inmediato; tú, yo y todos. Lo de Llobet no fue una excepción. Hay docenas, centenares de casos semejantes en toda la superficie de Barcelona. Por eso te pedí que dejaras esta casa; que la dejáramos todos. Podrías ir a casa de tus sobrinos, en la calle de Puertaferri; o a casa de Evelina; qué sé yo, tal vez a la propia casa de Llobet. Pero no seguir mudos en esta ratonera.

Don Joaquín meditaba, captaba silenciosamente el significado o la intención de las palabras de su hijo.

—¿Y tú?

Tardó unos instantes en contestar.

—Tengo un pasaporte en regla. Esta mañana me lo firmará el comisario de Gobernación. Yo voy a marcharme hasta... hasta que esto haya acabado.

—¿Y qué piensan? ¿Piensan que durará tiempo?

—¿Cómo se lo voy a preguntar a ellos? Eso lo pienso yo; pienso que esto será largo; por lo menos, dos meses; o quizás hasta Navidad. Francamente, yo no aguantaría hasta entonces.

El viejo Rius miró a su hijo observándole detenidamente. Le notaba en la mano, mientras hablaba, un leve temblor. Su voz estaba retocada por el miedo. De haber estado los dos muy unidos, aún se hubiera podido mantener la esperanza de capear el temporal los dos juntos. Así, era imposible.

—Tú tendrás que acabar haciendo lo mismo: huir. Joaquín Rius contestó:

—No. Yo no huiré.

Le pareció que la seguridad con que lo había dicho reconfortaba a Desiderio.

—Pueden hundir la fábrica o puedo no vivir ya. Pero no sabría vivir muy lejos de ella. Siempre mantendré mi querencia. Y si hay suerte y si cuando esto haya pasado yo vivo aún, por lo menos estaré dispuesto, cerca de donde debo volver a empezar.

Miró a Desiderio con fijeza.

—Y... ¿tu mujer? ¿Tu hijo?

—Saldré de aquí mañana por la tarde, en un barco francés de cabotaje, en el que marchan los evacuados de la colonia. En cuanto llegue a Marsella cablegrafiaré a Carlos. Entonces nos pondremos de acuerdo para el futuro. Iré a verle o... vendrá él.

—Y con su madre, ¿cómo estás?

Desiderio respondió mirando a la mesa y manipulando con un pisapapeles, un objeto antiguo que toda la vida había visto allí. Bajo el cristal del relieve estaba el gallo francés, envuelto en una bandera de papel, tricolor. Era una especie de reliquia de los años en que salía con Jeannine, en tiempos de la gran guerra.

—La vi y hablé con ella la noche anterior a los tiros. Habíamos quedado de acuerdo en resolver lo nuestro. Pero será que no estaba escrito así...

En el acto Joaquín Rius tuvo una idea clara de la situación.

—Quisiera que antes de salir arreglaras mi instalación en casa de Evelina — propuso, bruscamente.

Desiderio le miró entonces a la cara.

—Es lo mejor que puedes hacer.

Hubo un silencio.

—Para ti —dijo don Joaquín— esta revuelta ha sido una especie de liberación. ¿No es cierto?

—Ya lo veré cuando esté libre —contestó él.

—Pero para mí es la muerte.

Desiderio se incorporó. Echó una mirada a su reloj de pulsera, que sacó del bolsillo de su bata.

—Tengo que apresurarme. Me citó el comisario para dentro de una hora...

Quedó solo Joaquín Rius. En casa de Evelina, sabría en todo instante la situación de su nieto. Por eso iba a casa de ella. No para eludir la muerte, sino para conservar su único contacto con la vida, con lo único que le importaba. Y que todo terminara como quisiera Dios... Dios o... la FAI, ¿quién sabe?

La columna negra del humo de las iglesias que ardían ponía un penacho siniestro en el cielo azul, luminoso y claro. Las primeras iglesias ardieron al día siguiente del estallido de la revuelta, pero ahora, ya sin trabas, esas columnas de humo se habían multiplicado en toda la ciudad. Máximo y la Cucharas habían subido a la camioneta para llegar al centro, pero el chófer y aquellos vociferantes se habían detenido en el camino para pegarle fuego a la parroquia de Las Corts, dando un gran rodeo por el interior de la barriada que separaba a este distrito del de La Torrassa.

La piedra tarda en arder; mejor dicho: no arde, se chamusca, se repinta, cruje con el crepitar de la gasolina. Lo que sí arde es la madera y todo lo demás. Hubo que sudar mucho para que se formara una pira que dejara filtrar por el aire el signo negro y fluctuante de la destrucción. Se llevaron de allí copones y vinajeras de plata y cuanto pudieron encontrar. Pero la Cucharas estaba ya que no aguantaba, entre los mirones.

—Venga, ya, Máximo, deja a estos y vámonos ya.

No sabía por qué le daba como un repeluzno ver a los otros entrar como desbocados en la sacristía y ver arder casullas y estolas, y que alguno se las pusiera para bromear y echándole cachondeo a esas cosas que, la verdad, sea por superstición o por creencia —se ve que algo le había quedado de eso del parvulario gratuito de las monjas de su pueblo—, no son para divertirse.

—¿Qué, nos vamos o qué? —insistía, mientras el Máximo hacía como que toreaba con una casulla colorada y le ponía luego banderillas al «Tostao» con un par de cirios.

Al fin el fuego salió como una lengua amarilla por una de las ventanas de la iglesia, que era, como todas, puntiaguda y estrecha. Era ya mediodía cuando el fuego se convirtió en pira y empezó a arder todo, hasta el techo. Grandes chispas y lenguas de fuego se disparaban del edificio, que abrasaba al sol de julio. Los hombres, sudorosos, se habían alejado para ver desde la perspectiva de la plazoleta el espectáculo mágico de la enorme llamarada. El fuego hacía un fragor embarullado, como si pasara un viento. Frente a la iglesia se había agolpado una muchedumbre, la mayoría de chiquillos y de mujeres. Algunos hombres se detenían un instante y luego seguían su camino.

—Vamos a echar unos bocados ahí enfrente, que no hay que olvidar lo principal.

—¿Quién trae los cuartos?

—¿Qué cuartos ni qué hostias? Se hace un vale y que pague el Comité.

En la taberna, el dueño no entendía muy bien las gestiones que tenía que hacer para llevar al cobro aquel papel deletreado por el «Tostao».

—C., yo soy un trabajador como vosotros...

—Lo que eres tú es un fascista. Cobras en las milicias y, si no, te lo metes en el culo.

Se habían hartado de huevos fritos con chorizo, hasta dos pares por barba. Y luego, queso a discreción y vino tinto.

—Oye. De pasada échanos unos cafés y copas a cuenta de la casa.

El hombre, mohíno, ni chistó. Sirvió los cafés y las copas.

Pasablemente bebidos ahuecaron del lugar cuando ya la llamarada de la plazoleta había hecho caer la techumbre sobre el hueco de la nave y un intenso y acre olor a cenizas y a brasa impregnaba el aire de la tarde. Se subieron de nuevo a la camioneta.

La gente los veía pasar entre asustada y sonriente. Llevaban el puño cerrado en lo alto y era cómico ver cómo se apresuraban a hacer lo mismo los transeúntes en la acera, con un reflejo casi animal y espeluznado. Veían el estupor que les causaban las armas que llevaban en lo alto y el griterío que armaban.

—Oye, amigo, no nos vayas a escoñar contra una farola.

El que conducía, un gañán grueso de ojos diminutos en una fofa carne, tenía las mejillas coloradas del fuego y de la pitanza. Iba de un lado a otro de la calle.

Empezaron a cruzar por la zona de las grandes edificaciones burguesas. En los balcones y ventanas asomaban centenares de rostros circunspectos y atemorizados.

Cuando pararon frente al edificio ostentoso del Círculo Ecuéstre, en el paseo de Gracia, convertido en Centro y solaz de las juventudes libertarias, a la Cucharas se le escapó una admiración:

—¡Cómo viven los tíos! ¡Y vaya columnas! Y todo es de esa piedra que solo sale en el cine...

—Arreando, Cucharas, a bajar, que ya hemos llegado.

Pero esa admiración no era nada comparada con la que le produjo la visión del vestíbulo, la gran escalinata, las lámparas de cristal que colgaban del techo, la

balaustrada, los salones. ¡Y que habría que haberlo visto cuando estaban ellos! Porque ahora todo estaba desordenado, con pilas de papeles y escombros por el suelo y un tráfico e ir y venir de milicianos y gentes con fusil., entre un griterío de hablar a voces y decir tacos.

—¿Adónde vas tú?

—Tú déjame ahora a lo mío y en paz, que me voy a poner a disposición de lo que mande la Específica. Tú vete abajo con las mujeres.

—¿Dónde está eso?

—Hasta que bajes a lo hondo, en lo más bajo de la escalera. Ale, ya; y no incordies.

Entró el Máximo en un salón lleno de gente. Algunos tomaban un carajillo, con los pies sobre las mesas, y otros formaban grupos y charlaban todos a la vez. Se acercó a uno de ellos.

—A pillar, a quemar y al jolgorio. Pues bien: ahora ya basta. Los fascistas están aún fuertes en Zaragoza. Es preciso destruirlos. Nadie en la retaguardia, solo los emboscados. Pero todos nosotros al frente, que es donde debemos estar.

—Hay que estar en el frente y aquí. La revolución se hace en todos lados — replica otro.

—Sin ganar a los militares, aquí no habrá revolución ni nada. Pasará lo que en Asturias. Nos cascarán otra vez. Y la represalia será como aquella —decía el primero.

«A este le conozco yo», se dijo el Máximo. Tenía vista aquella cara triste, y la calva llena de llagas. Era el Ortiz, uno de los dirigentes.

—Que sí, que sí —aventuró él, del todo conforme con las palabras del Ortiz—. Que no se saca nada con empezar por el tejado. Que aquí lo primero es ganar del todo.

Se volvieron al oírle hablar.

—¿Ya has firmado tú la hoja?

—¿Qué hoja?

—J., la de ir a Zaragoza.

—No sabía yo nada de eso.

—¿Pues qué has hecho tú?

—¿Que qué he hecho? Mira —dijo, señalando el recorte de las tres estrellas arrancadas del pecho del coronel—. De un militar. Y cincuenta más como estas.

Sin embargo, le atosigaba en la conciencia el simple jolgorio de la quema de aquella mañana. Los burgueses que se habían cargado con el Millás, esos no contaban. Era necesario. Pero él quisiera luchar de verdad, no al escalo y a la juerga.

Se separó del grupo, que seguía discutiendo. Se acercó a otro, más nutrido.

En el centro de este grupo estaba una mujer. Era una muchacha joven, espigada y morena. Hablaba con calma, y los demás parecían escucharla con respeto, en cada una de sus palabras.

—Lo primero de todo será tomar Zaragoza. Millares de nuestros camaradas están

esperando nuestra llegada para levantarse en el acto. ¿O no os acordáis de cómo es Zaragoza?

—Sí, sí, nos acordamos.

Llevaba la chica un fusil en bandolera y los ojos le brillaban de encono y de decisión.

—Las listas están abiertas. La expedición saldrá mañana por la mañana, en cuanto salga el sol. Tenemos que conjuntar tanta fuerza que haya una hilera seguida de camiones en todo el trayecto de aquí a Zaragoza. ¡Venga, compañeros! no es hora todavía de emborracharse con el vino. Aún no se ha ganado del todo. La victoria definitiva está en Zaragoza. Es allí donde debemos estar.

Un clamor de adhesión se suscitó entre los hombres que la rodeaban.

—Y a todos los amigos, a todos los que conozcáis, que estén aquí mañana a las seis. Se les darán armas y lo que haga falta. Pasado mañana entraremos en Zaragoza. Y entonces sí que podréis hacer lo que os plazca.

Se retiró bruscamente. Se había abierto una brecha entre los grupos y entraba un grupo de hombres, duros y enérgicos. De entre ellos sobresalió uno, de rasgos fuertes y macizos. Levantó un fusil y pidió silencio.

—Compañeros, solo una consigna, solo un grito y una decisión: a Zaragoza. Formad las columnas y partid cantando. La victoria es nuestra.

Un clamor, aplausos y hurras brotaron de aquellas gargantas. Se acercó el recién llegado a la mujer, Irene Salvat. Esta le dijo: —Mañana saldrán dos mil hombres.

El Máximo buscaba el lugar donde apuntarse. Le mostraron una mesa, al fondo, donde un par de milicianos iban tomando nota. Se acercó él y en cuanto le tocó el turno dijo su nombre, sin pensarlo más:

—Máximo García Expósito, de «los pringados», sabe leer y escribir.

—¿De «los pringados»?

Le miraron con cierta admiración.

—Tú serás capitán. Piensa un nombre para tu batallón. Titubeó un instante.

—»El Roquete«. Quiero que se llame «El Roquete».

—¿No suena un poco a iglesia?

—He dicho que «El Roquete».

—Bien, bien. Como tú digas.

Entretanto, la Cucharas se solazaba en la piscina. No quería meterse aún en el agua, por mor de haber comido hacía poco y temer una indisposición. Pero Florentina la del Muñeco y la Pilar, del Guantes, y Pepa la Virgo no hacían más que botes y rebotes en mitad del agua. ¡Qué placer!

—Para cuatro huevos fritos que te has tomado no te pasa nada, mujer. Si eso los ayuda...

¡Qué palacio tan soberbio! ¡Todo él de mármol y con aquella piscina de bacanal! ¡El griterío que se formaba! Y que no supieran bañarse y callarse a la vez... Era como si las pellizcaran por debajo todo el tiempo: tal era su modo de gritar y de chillar,

retozonas. La más graciosa era Manuela la Dorado, con sus ciento diez kilos, pero pizpireta y cachonda. Se echaba para arriba el bulto de los pechos, para que disfrutaran del aire y mostrarlos bajo el bañador a algún miliciano que transitara por allí. El agua estaba ya enturbiada por el mucho sobeo de los cuerpos.

—Os digo que no os meéis en la piscina, que pone un cartelito allí.

—J., y cómo presumes de lectura. Eso lo ponían los burgueses, pero nosotros... ¿de qué?

—¿Los burgueses? Ellos no necesitan cartel para no mearse. Se aguantan las ganas y así les va.

—Pues yo os digo que lo más sano es mearse bañándose. Se aligera el cuerpo.

—Puercas, eso sois. Seguiréis cochinas toda la vida.

—Jolín, ¿y es que hay algo mejor que lo que pide el cuerpo? La Cucharas vencía ya su indecisión. Con huevos fritos o sin ellos, ¿podía demorar un instante más aquel placer que le parecía un vicio suntuoso, el sueño de su vida? Se había puesto el traje de baño, con unos lacitos junto al trasero y un fruncido en la cintura que apenas la dejaba respirar, pero en el que se sentía muy a gusto. Se incorporó, abandonando sus aires de sirena reposarte. Dio un rodeo, aún indecisa, sobre el suave mármol. Luego metió un pie, que volvió a sacar, escalofriada. Se sentó en el borde, con los dos pies en el agua.

—Está fresquita, pero es bueno que esté así. Luego se está muy bien —la ilustró la Vicenta, la vendedora de pipas, siempre tan resabida.

La cabreó que esta le diera lecciones de cómo bañarse. Dio un salto y sintió el escalofrío del agua por todo el cuerpo. Y que casi no veía, toda mortificada por el chapuzón.

Pero después del respiro, ¡qué sensación de bonanza y qué satisfacción tan intensa! ¡Así deben de sentirse las duquesas todo el día! ¡Y qué bien se estaba!

—Cucharas, ¡ven con nosotros a jugar al materile!

Ni materile ni hostias. A ella lo que le gustaba era empaparse así. Y permaneció suavemente zambullida hasta más arriba de los sobacos, sintiendo el agua que le resbalaba y la tenía por todo el cuerpo con una caricia desconocida.

¡Y qué techo! No había reparado aún en él: unas claraboyas grises y de color de perla que daban una luz preciosa a todo el recinto. ¡Cualquiera aguanta el sol de La Torrassa después de haber estado bajo un techo así! ¡Ay, qué buena es el agua!

Lo difícil sería salir de allí. ¡Con lo bien que se estaba! Discurrió el tiempo, mucho tiempo, en que no era capaz de sentir más que la bonanza de su situación, aquel sosiego extraordinario. ¡Qué bueno era estar así de Cleopatra!

—¡Cucharas, eh, Cucharas!

Se incorporó, poniendo el pie en el suelo, con lo que la horizontal del agua se situó de nuevo en la línea de su pecho. Era la voz del Máximo. Le hablaba desde el borde de la piscina.

—Que mañana me voy a Zaragoza.

—¿A qué?

—A tomar Zaragoza, bruta. Me han hecho capitán. ¿Capitán? ¡Maldita lucha! ¿Aún no había acabado?

—¡Vete a tomar aire y buen viento! ¿No ves que me estoy bañando?

Y se echó de nuevo, de espaldas, en aquel fluido y húmedo catre, mucho mejor y más blando que cualquiera otro de los que había conocido hasta entonces.

Al día siguiente, cuando amanecía, tres figuras salían a la calle por la puertecilla de emergencia del portal de la casa del viudo Rius de la calle de Caspe. Salieron consecutivamente, a intervalos regulares. Primero iba el viudo Rius. Se apoyaba en el bastón y lo hacía sin volverse, como si le esperara un quehacer urgente. Caminaba renqueante, arrastrando su pierna tullida, pero con un paso regular. Cuando llegó a la esquina, se paró y vio salir del portal a Desiderio. Este iba vestido con un traje pasado de moda y llevaba anudado al cuello un *foulard* de seda, de un granate muy vivo, residuo también del ajuar que conservaba en casa de su padre, puesto que su ropa de uso corriente la había perdido en el hotel Colón. Salió con lentitud, con aire de despiste y de paseo, para mantener la distancia que consideraba prudente que le separara de los pasos de su padre. Cuando Desiderio llegó a la esquina, se paró un instante hasta que saliera por el portal la tercera figura: Josefina. Regordeta, lenta, abrumada por los años y por la carga de dos enormes maletas que llevaba, una en cada mano. Se había empeñado en llevar las dos, por considerar que así procuraba un equilibrio a ambos lados de su cuerpo y que muy bien podría con las dos a la vez, mejor que con una sola. Empezó a caminar balanceándose de un lado a otro, pero con paso seguido.

La noche había pasado para los tres con la inquietud de esa furtiva salida, camino de su dispersión. Eran cual un bloque macizo que se diluyera de golpe, como un terrón. Habían ido a acostarse, a altas horas, en la preparación de las valijas; los tres habían dormido poco tiempo y sobresaltados. Para don Joaquín, el camino que emprendía era la torcedura fatal de un itinerario mantenido durante muchos años; como su brusca desviación definitiva. La luz matinal, que empieza a asomar y que descubre de nuevo la faz del mundo, había sido vivida con él, en otras horas, con impulsos muy distintos a estos. Había conocido la madrugada en el entusiasmo, en la abnegación de la labor diaria, con la cabeza llena de todas las incidencias que la nueva jornada iba a presentar. Durante años y lustros la majestad de la luz diurna había contenido, junto al piar de los pájaros, el rumor de los mil rasgos sonoros con que la ciudad empieza a amanecer: campanillazos, voces se iban otrora despertando lentamente a su paso; y junto a ellos el rumor que parecía que hicieran cifras y balances, presupuestos y escandallos, el presagio de las visitas, de los regateos, el punto vulnerable de los mercados y cada una de las oportunidades y circunstancias del negocio. Se sentía acompañado por la existencia de Llobet, que, más que su

apoderado, era su cómplice. Pero en la mañana de hoy no había ni rumores ni complicidades. Avanzaba solo, seguido a distancia por su hijo y, más lejos aún, por la fiel Josefina.

¿Qué sería de él? A los setenta y tres años avanzaba solo y sin nada. Su compañero había sido abatido y con ello parecía que le hubieran robado su propia conciencia. Debía abandonar su propia casa para ir a refugiarse a casa de Evelina, su parienta, en la que no sabía exactamente qué actitud tendría que adoptar. ¿Y cómo pagaría su propia subsistencia? Las cuentas de los bancos habían sido bloqueadas y en ese instante no era más que un pobre de solemnidad. Pero Evelina había aceptado encantada la idea de darle un refugio hasta que pasara la tormenta. Estaría en aquella casa una semana, dos, un mes quizás, hasta que todo volviera a su cauce. Pero ¿era posible que aquello volviera a su cauce?

El principal de Evelina era un piso enorme y él lo recordaba de horas muy antiguas, cuando las reuniones de su hijo, en la mocedad de Desiderio. Allí conoció y trató a Carmen Fernández. Ese lugar le evocaría jirones de vida que habían quedado triturados por los años y por la muerte; aquella Carmen Fernández cuyo espectro no le dejaba vivir en paz, hecho un montón de lodo en su ataúd, como un símbolo de la crueldad y del delirio humanos.

Caminaba el viudo Rius lentamente, pero con decisión, los pasos por un camino ineluctable. Las calles del Ensanche estaban solitarias. El paseo de Gracia parecía un páramo; era la alegoría de una ciudad desierta. La ciudad dormía todavía su sueño trágico, apurando hasta sus últimos instantes la posibilidad del descanso. Ahora empezaría para todos otra jornada; una jornada de angustia, de sobresalto, de fatiga y de miedo. Entretanto, la ciudad conservaba su reposo. Los árboles del paseo extendían su fronda, que no alentaba, que estaba inmóvil, como si ya estuviera muerta.

Desiderio seguía atrás. Para él, aquel amanecer irradiaba una esperanza. Dentro de unas horas se acabaría para él la pesadilla. Había hecho todas las gestiones y había consumado con éxito el papeleo necesario para su huida. Tenía en su bolsillo el pasaporte en regla. Se lo dio personalmente el día antes el propio comisario de Gobernación. Le trató afablemente, como un amigo. Y le dio un recado de Nicolás Borredá, con quien había hablado la víspera por teléfono: que cuando llegara a Francia le comunicara su dirección, para devolverle allí una suma que le tenía prestada. En Desiderio no había ahora más que la ilusión de huir. Los días transcurridos le parecían una pesadilla. Y al ver a su padre a lo lejos, caminando ante él, le parecía que fuera imposible que alguien se atreviera todavía a permanecer aquí, en medio de la discordia, de la muerte y del fuego. Desde luego, para él solo la huida era el único camino.

Los postigos, las ventanas, los balcones de la enorme ciudad permanecían cerrados. Iban avanzando lentamente en la mitad de un desierto de piedra y de asfalto. Más atrás, Josefina apenas sí podía trasegar con los dos bultos en las manos.

Resoplaba y se paraba de vez en cuando, pero Desiderio no se atrevía a acudir en su socorro, temeroso de que de alguna esquina, de un portal entornado, pudiera salir el alma sigilosa del delator y apresarlos a todos. Seguía avanzando.

Cruzaron la Gran Vía, que a Desiderio le pareció inmensa. En la extensión de aire que dejaba ver por el cielo aquel ancho bulvar, en la doble línea de las edificaciones, a un lado y otro, por el cielo azulado se elevaban unas altas columnas de humo. Las iglesias crepitaban y humeaban aún. Es trágica la silueta de los incendios en la madrugada. Insisten en recordar a los que pasan que la revolución y el descalabro no se apagan con la noche; este es el sello elocuente de la continuidad del mal, que no se apacigua siquiera con el sueño. Un día y otro, en cadena infinita, persisten en la desolación.

Era lento aquel tramo y la llegada. Pero era ya casi el último esfuerzo. Había que dejar a su padre aposentado en casa de Evelina y, luego, el barco y la libertad. En cuanto estuviera a salvo, probablemente le parecería que todo había estado de antemano escrito así para él; y que las incertidumbres de su existencia fueran todas dirigidas misteriosamente hacia este final de liberación y de evasión, de fuga. Él, que jamás había tenido la facultad de decidir, se hallaba ahora de pronto, y por razones ajenas completamente a lo que era él mismo, en situación de plena libertad, sin otra preocupación que la de su propia existencia y solo en mitad del mundo. Tarde llegaba la ocasión; pero había llegado, estaba a punto de llegar.

Un extraño ajeteo le sobresaltó. Frente al edificio del Círculo Ecuéstre se hallaba una ristra de camiones parados y, alrededor de ella, un enjambre copioso de hombres que armaban un barullo y se movían con un griterío sordo, en aquella mañana en que el sol comenzaba ya a dorar las balastradas de los terrados y el perfil de las azoteas. Su padre, incauto, avanzaba hacia los grupos; no, ahora torció, pero de manera tan brusca que quizá pudiera extrañar a aquellos grupos de «faieros» en tensión. No había reparado en ello; no se acordaba de que aquel Círculo, su Círculo de otros tiempos, había sido incautado y servía de Centro a las, desde hacía pocas horas, llamadas milicias antifascistas. Su padre caminaba ahora por la calzada central, pero derechamente a casa de Evelina, que estaba justo enfrente del enorme local.

Cruzó él en el punto en que se hallaba, para eludir la vertical que los tres fugitivos formaban, en misteriosa comitiva. No, no se habían fijado siquiera en ellos. Pasó escapado, sin volverse siquiera. Pero advirtió que estaban cargando a los camiones, de armas y hombres con gran algarabía; y que hasta los cartelones y banderas que llevaban colgados de la madera y la carrocería manifestaba elocuentemente que eran algunos de los que iban a tomar Zaragoza hoy.

También Josefina cruzó el paseo y se situó en la calzada contraria. De allí a casa de Evelina faltaban solo unos pasos que, sin embargo, pareció que se hacían interminables. La ciudad empezaba a resplandecer de luz, por todos lados. Don Joaquín había llegado ya al portal y desde allí contemplaba el espectáculo de los hombres y las mujeres vociferantes. Era un clamor de entusiasmo y de alegría, como

si fueran a una romería campestre, aunque cargados con fusil. Desiderio aceleró su paso. Vieron acercarse zanganeando a Josefina. La pobre llegó resoplando. Dejó las dos maletas en el suelo y apenas podía hablar. De detrás de la portezuela del gran portal de caoba apareció primero una nariz aguileña, luego unos ojos brillantes, preludio de toda una faz cetrina y larguirucha. Era Rita Arquer.

—Entren, entren aprisa.

Enfilaron por la escalinata de mármol, en la que dos pajes de bronce, con los globos encendidos, iluminaron por un instante en don Joaquín la imagen de unos años pretéritos y fáciles, sosegados y entusiastas. Pero al llegar a lo alto le invadió una terrible sensación de soledad y una tristeza inmensa.

Rita Arquer permanecía muda ante los dos. Josefina seguía en el portal, después de haber subido la maleta de don Joaquín, que quedó en el vestíbulo del principal. Ahora guardaba la de Desiderio. Padre e hijo, ante Rita Arquer, se miraron un instante.

—Bien, padre. Ya estás aquí y creo que con seguridad. Preguntó a Rita.

—¿Y Evelina?

—Duerme aún —se limitó a responder ella, hierática y solemne.

—Creo que este es el lugar donde puedes esperar con confianza a que pase esta situación. Yo te escribiré en seguida mi dirección y mis noticias.

Don Joaquín sintió una inquietud, un leve temblor que le sacudía la barbilla.

—Dime algo de Carlos. Vivid juntos, si puede ser. Sobre todo, vela por él.

—No te preocupes, padre. Así lo haré.

Estuvieron un instante uno frente a otro. Desiderio se acercó. Se abrazaron. A don Joaquín le estorbaba el bastón para apretar al hijo huidizo y tráfuga, al que nunca había podido retener. Pero la cosa fue rápida.

—Adiós, padre —y le vio huir, esfumarse de pronto en el salón todo él pomposo de los grandes cortinajes aún no levantados, a pesar del verano, y a la luz artificial de la ostentosa lámpara.

En cuanto Desiderio se hubo marchado, Rita Arquer pareció mudar de actitud, hasta de semblante.

—Estará usted a salvo aquí, señor Rius. No estará usted solo ni mucho menos. Esta casa está llena de personas decentes, empezando por mosén Parramón y por cuatro monjas del convento de María Inmaculada. Yo misma soy una refugiada. En estos tiempos debemos ayudarnos todos. Pasaremos aquí las horas de desolación, como los catecúmenos. Y cuando Dios tenga a bien volver a imperar en esta tierra, que es suya, podremos salir con la frente alta.

Joaquín Rius apenas atendía. Se sentía desconcertado. Se sentó en un sillón, con el bastón entre las manos.

—No durará mucho —prosiguió Rita—. Escucho todos los días al general Queipo de Llano, que habla desde Sevilla. En unas semanas las tropas de Franco, que han saltado el estrecho, estarán en Madrid. Y podrá usted volver a su trabajo y a lo que es

suyo. Nuestra misión aquí será rogar a Dios. Y con el mazo dando. Las puertas del infierno no prevalecerán, señor Rius. Esos desalmados se hundirán en el caos.

Era tal el vigor que ponía en sus palabras, que Rius se sintió por primera vez vigorizado. La miró a la cara y se sintió infundido de esperanza.

—Venga conmigo. Le enseñaré su habitación.

Entretanto, Desiderio había bajado de nuevo al portal.

—Vete tú a casa, a toda prisa. Cuida del piso y a mi padre. Venle a ver dos veces por semana.

Josefina accedía, con los ojos llorosos.

—Cuídate bien por esos mundos, hijo mío —decía, mientras se le escapaban las lágrimas.

Cuando quedó solo, después de haber besado en la mejilla a aquella guardiana de su niñez y de su vida, Desiderio tardó un rato en salir. Observó primero la calle. La ristra de camiones permanecía allí, pero estaban ya todos ellos llenos de gente. En las aceras se habían formado grupos. Los de arriba enarbolaban banderas rojinegras. La facha de algunos de ellos daba miedo. Todos llevaban pañuelitos rojos, unos en el cuello, otros recogiendo el pelo en la cabeza. Por un instante recordó Desiderio las ilustraciones de los folletos y relatos infantiles. Sí, se habían disfrazado como de piratas o de corsarios de cuento infantil. Vociferaban y se exaltaban. Empezaron a cantar. Era un orfeón discorde y abstruso. No se sabía con exactitud cuál era el tono ni la melodía que pretendían dar al aire, que salía potente de sus pulmones.

Salió a la calle, maleta en mano. Empezó a caminar apresuradamente hacia la plaza de Cataluña. Había avanzado unos pasos cuando, en la mitad de la travesía, advirtió que la comitiva se ponía en marcha. Aceleró su paso. Al llegar a la calle de la Diputación sintió un titubeo. Iba a encontrarse de narices con la comitiva. Pero avanzó, aprisa. La maleta le pesaba en las manos. Ya no podía elegir. Quedose parado en la esquina, apoyado en ella, con la maleta en el suelo.

El primer camión pasó raudamente. No quiso siquiera fijarse en los detalles del enjambre que lo poblaba. Solo oyó pasar el ruido del motor y los fieros gritos que daban los que estaban de pie en su caja, desbocados y ardientes. Luego otro, y otro, y otro camión, como una mancha de sombras y colores diversos y un alarido de lucha y de victoria. Se sentía minimizado, descubierto, sin ánimo de mirar a la cara a la revolución que pasaba, que marchaba viva ante él. Pero le pareció que su actitud podría alertar a aquellos de los que pretendía zafarse. Levantó la mirada e intentó sonreír. Vio que se acercaba un camión con gente exultante; y reconoció a uno de ellos. Era el torerito de la fábrica. Iba sin pañuelos y sin nada, con una camiseta abierta, de la que extrañamente colgaba un recorte de tela beige con unas grandes estrellas. Su mirada clara parecía brillar en la mañana. El sujeto se volvió y su mirada, al cruzar, se topó con la de Desiderio. Fue cosa de un instante. Se sintió como perforado por aquellos ojos ardientes y claros. Y vio un gesto que hada, señalándole, con el índice tendido hacia él.

Pero pasó el camión. Desde el camión, el muchacho decía algo a voz en grito, que él no podía escuchar. Luego, y sin dejar de mirar, levantó el puño y lo sacudió cerrado ante él. Automáticamente, y sin pensar, Desiderio hizo lo mismo. Se quedó así, con el puño levantado, mientras pasaba un camión y otro, y otro, hasta que toda la caravana se perdió en el fondo de la calle. Aún estaba él con el puño en alto, solo ante su maleta, cuando ya no se escuchaba ningún rumor. Entonces respiró hondamente, sintió que su jadeo se atemperaba. Se inclinó, cogió su maleta y empezó a andar de nuevo.

En la plaza de Cataluña empezaban a pulular gentes y se advertía un tráfago de coches y vehículos que cruzaban a toda velocidad. El edificio del Hotel Colón se despabilaba bajo el ondear de media docena de tristes banderas rojinegras que parecía que quisieran ocultar otros tantos boquetes, en los balcones y en la planta baja. La terraza era un montón apilado de sillas de mimbre, despachurradas en los rincones. Grupos de milicianos paseaban haciendo guardia frente a la entrada. Se dedicaban a revisar los papeles de los que aspiraban a entrar, muchos de ellos proletarios con fusil y barba de tres días. Ya no había más huellas de la lucha que el descalabro de algunos puntos de la fachada, los manchones negros de las explosiones y la lozanía de antaño convertida en mugre y desolación.

Desiderio cruzó hasta la mitad de la plaza y se paró un instante a mirar aquel edificio donde había vivido y pasado horas muy diversas de su vida. Era aquella una luz que volvía desde muchos años atrás, de sus tiempos de soltero, en la época de su servicio militar, en las noches abigarradas de la primera guerra. Pero se despidió de la imagen borrosa y cenicienta, entre la silueta de los fusiles y el espectáculo de los milicianos que entraban y salían por las escalinatas, con el vértigo de la revuelta metido en el cuerpo.

Al llegar a las Ramblas le pareció que olía ya el olor de alquitrán y de mar que trascendía del puerto y eso le animó nuevamente. Pero un sabor indescifrable a humo y raro hollín le hizo buscar por el aire la raíz de alguna inesperada fogata. Del techo de la iglesia de Belén se elevaba una intensa humareda. Los milicianos se enfrascaban en separar y en que circulara la gente que se apiñaba en los alrededores de la iglesia.

—¿Dónde vas, con esa maleta? ¿Qué llevas dentro? ¿A ver? —era un hombre malcarado, que llevaba el fusil en la mano y le miraba fijamente, con ojuelos desconfiados e insistentes.

—Voy al puerto, de viaje.

—Venga; tus papeles.

Otro miliciano había llegado junto a él. Un pequeño grupo se formó alrededor, integrado casi por chiquillos. Las oleadas de humo le hacían toser. Carraspeó insistentemente. Sacó el pasaporte. Los dos milicianos lo hojearon, hoja tras hoja, sin experiencia, como si no supieran leer.

—Sí, sí. Aquí lo dice —observó el segundo, señalando en la fecha de salida.

—Esos tíos se largan —observó el primero—. Les trae sin cuidado todo. Cogen el paquete y se van.

Pero Desiderio había vuelto a atrapar su maleta y huía del humo y de la pesquisa de los milicianos, echaba a andar, esta vez a toda prisa, Rambla abajo, por los lugares en que antaño había flores, ahora solo con la herrumbre de los puestos de mercar. Huía hacia su destino, huidizo de las cosas y de los seres, de la revolución que palpitaba y se revolvía en todas las esquinas, en el rostro de cada hombre y que parecía observarle o vigilarle desde todos los ángulos de la vasta ciudad enfebrecida.

Cuando llegó al monumento a Colón, de todas las mil imágenes de aquellos días no quedaba más que un trasluz. No veía enfrente más que un negro y feo barco, una pasarela, unos carabineros que rondaban por el lugar; y una piña de gente que se apelotonaba en las mesillas de control y en los parapetos de la aduana, en un impulso impaciente por embarcar y huir.

La ristra de camiones cruzaba el Llobregat, serpenteaba por la ribera del río, se metía en Martorell, todo cuajado de sombras, y entraba en el valle que dominaba el macizo de Montserrat, granito esbelto y retorcido, vecino del águila y del cielo.

—¿Y para eso tanto jaleo? cuando se hablaba de Montserrat yo creía que sería un monte como los de Jaén! Picos y picos y picos hasta perderse de vista, todos llenos de caza. Vas por el monte y te sale un jabalí o un animal de esos con cuernos que ¿cómo se llaman?

—¡Ciervos, besugo!

Pero el Máximo no chistaba. Estaba imbuido de su condición de capitán de aquellos hombres y de hombre a cuya responsabilidad incumbe el cuidado del contenido de cinco de aquellos camiones. En su vida había tenido cometido tan amplio.

—Pues ahí también hubo caza. ¡Y que lo digan! Liquidaron por lo menos a doce frailes que iban sueltos por el monte. Les daban como a conejos. Luego, anteayer, subió un propio del Gobierno a hacerse cargo del asunto.

En eso pensaban los demás; pero él pensaba en la guerra y solo en la guerra. No sabía con exactitud cómo iba a hacer ni cómo mandar a aquellos hombres. «Es una cuestión de tenerlos bien puestos, nada más», se decía. Y avanzaba por la carretera, sintiendo el aire que le soplaban en todas partes, en la cara, en los cabellos, en el pecho, en los riñones.

A Zaragoza: esa era la consigna. De nuevo a aquella Zaragoza que había conocido y disfrutado solo un par de meses antes.

«Pero es muy grande la puñetera». Tan grande que no se sabría por dónde empezar, ni cuál sería su puerta de entrada. «De dentro de la ciudad, los compañeros se levantarán a un solo grito. Así se ganará la ciudad».

—¡Oye! ¿Eres tú el responsable?

—Yo soy el capitán.

—¡J. con el tío! ¡El capitán! Capitanes solo hay con los fascistas.

—¿Qué es lo que quieres?

—Que a ver cuándo paramos, a eso —e hizo el ademán de llevarse algo a la boca—. Que para guerrear hay que comer.

—Cuando sea la hora. Y a callar.

De los camiones delanteros les llegaba el sonido de una canción. Era la Internacional. La cantaban a voz en grito, con una letra mistificada, grosera, alumbrada en los tugurios.

—Me cago en diez... ¿Y a qué hora llegamos?

Pero Máximo no pensaba en eso. Pensaba en lo grande que es España. En la dimensión de horas y horas de estar en la carretera arreando, y en todo lo que había visto ya de lo grande que es España. Desde Almería a Barcelona, desde Barcelona a Zaragoza. ¡J., lo grande que es España! Si no se acaba nunca...

El camión fue aminorando su marcha. Se fue separando lentamente. Paró, al fin, al borde de la carretera.

—¿Qué pasa? —inquirió el Máximo, alarmado.

—Nada —contestó el chófer, a gritos—. Que voy a echar aguas. ¿O es que no se puede?

La enorme mole se sustrajo lentamente de su reposo. Las sirenas habían aullado una y otra vez. Era un sonido intenso, que hizo vibrar el aire como un resoplido contenido largo tiempo, como un estertor iracundo en la mañana luminosa. El tráfico de gentes por la pasarela no había cesado un instante. Entraban uno tras otro, mostraban por última vez los papeles y se distribuían por la cubierta. Abajo, en la bodega, se habían improvisado unos camastros para pasar la noche; más allá no había camastros siquiera. Eran simples yacijas de paja, donde se tumbaría Desiderio a la noche, en rumbo hacia Marsella.

Paseó largo rato por cubierta. Veía, acodado en la barandilla, el espectáculo de la Puerta de la Paz y la estatua de Colón, en lo alto de su columna. Respiraba ahora con sosiego, como al término de una larga pesadilla. Él no tenía ya nada de común con todo lo que existía abajo. Aquellas gentes que miraban al barco desde el muelle eran desconocidos, alejados de él para siempre. Ya no le importaban. La ciudad se tendía a lo largo y a lo ancho de la extensión del llano; y hasta en las colinas, a las que la edificación subía y en las que se encaramaba con timidez. Hacia el cielo, docenas de columnas de humo enturbiaban la atmósfera, a un lado y a otro. Pero Desiderio se sentía ya a cubierto del peligro, de la amenaza. Palpó la seda del *foulard* que llevaba al cuello y con ello comprobó de nuevo la seguridad de ser él mismo, otra vez.

Poco a poco, el barco se fue apartando del muelle y Desiderio sentía esa lenta maniobra como una liberación. Luego, la nave se puso de costado y, después, los

motores hicieron un rumor distinto, sincopado, como el bufido de una bestia que se dispone a galopar; pero paró el chasquido y hasta el temblor de los hierros; y el bajel empezó a deslizarse lentamente en dirección a la embocadura del puerto.

Todo quedaba atrás. La ciudad acusaba ya sus perfiles. Se subrayaba en el aire el diseño claro de Montjuïc, la poblada ladera, la línea de las Ramblas y una enorme desgarradura de la luz, perdida en nimbos y reflejos, en millares de aristas en toda la explanada, hasta allí donde la mirada ya no alcanza más. Pensó un instante en su padre, perdido en mitad de aquel inmenso enjambre de vida y de muerte. «Él se salvará. Ha pasado por otras ocasiones iguales, si no peores. Yo no hubiera podido. Yo soy cobarde», se dijo, como si con ello se consolara.

Cuando el barco cruzó la embocadura del puerto, empezó a sentirse el balanceo del mar abierto que, sin embargo, estaba en calma. Entonces entró en su percepción el chapoteo inconfundible de las aguas libres, el gluglú terco de las olas azules. Rememoró unos instantes, como una ráfaga de luz, la pesadilla de otras horas que le habían parecido infranqueables y decisivas, en aquellos otros instantes, desflecados ya en su memoria, en que se sintió abocado a la muerte. Jeannine había cruzado también la pasarela de un barco, muchos años atrás, y su imagen se había desvanecido para siempre.

Para siempre. Tenía ahora la sensación de que jamás volvería a su país. Ocho días antes aún imaginaba que toda su existencia pendía de este Jugar y que algo muy vivo le ataba a esos parajes. Ahora, no. ¡Como Jeannine! Se diluiría para siempre en otros climas; esta era la ocasión que la malicia de los días le estaba preparando desde muy antiguo.

Nunca jamás. La ciudad se observaba ahora en su conjunto, en toda su dimensión. Los altos penachos de humo negro se diseñaban nítidamente, lineales en el azul, y más fuertes que la calina que envolvía la grande extensión urbana. Las hogueras. Las terribles hogueras inútiles, siniestras, producto de la pasión de las gentes, del odio entre hermanos. Caín y Abel, Abel y Caín, ¿qué más daba?

El sol de la mañana convertía aquel panorama en un gran borbotón de luz. Apenas si podían distinguirse ya los perfiles de las cosas. Era una dilatada mancha apaisada y blanca, toda una ciudad; una claridad destellante en lo hondo, separada de él por una intensa pincelada azul, la franja de las aguas de un mar en calma. Crista estaría allí, perdida entre sus genios y sus pederastas. En su casa del paseo de la Bonanova mantendría su mirada astuta el viejo cardenal, en su marco de oro; rumiaría el piano su silencio; chorrearía el magnolio el agua de sus lluvias y todo se sumiría en una muerte lenta, presentida y angustiada.

Pero no él. Se instalaría en París, en uno de esos palomares que han hecho vivir los amados poetas del ajenjo. Aunque este estado de cosas durara no más que un soplo, él había ya vencido de una vez a la ciudad patricia y se escapaba de ella.

Poco a poco la ciudad se fue difuminando, desliendo en el aire. Era, para él, como si desapareciera de pronto un mundo de sobresaltos y de crímenes. Todo su pasado se

hundía lentamente. Frente a él, ya no quedaba más que el mar.

Y ese rumor de las olas al chocar contra el casco se fue haciendo rítmico, sosegado, incesante. Una ancha estela de espuma se perdía hacia atrás, en la gran superficie.

El coche de muertos empujó definitivamente la cuesta y paró en una pequeña rotonda, que se extendía como un balcón al mar. Miguel Llobet paró, en su caminata, y se llevó el pañuelo a la frente. Terminaba ya el dramático episodio. Había tenido que sobreponerse al dolor, a la terrible ola de dolor que se estrelló contra su hogar, arrebatándolos a todos. Había habido que realizar todos los pormenores prácticos de aquel traslado, que ahora terminaba, desde el depósito del hospital hasta el cementerio. Una agobiante sucesión de burdos pormenores, de gestiones que en aquellos momentos resultaban abstrusas y absurdas. Pero el cuerpo de su padre llegaba a su reposo definitivo, al fin; llegaba con el disimulo de la verdad, como si hubiera muerto en accidente, sin especificar de qué accidente se trataba. Y llegaba solo, sin séquito de clero ni responsos, seguido, a pie por toda la ciudad, por su único hijo varón. Miguel Llobet se llevó el pañuelo a la frente y se secó el copioso sudor que brotaba por ella y se derramaba luego por sus mejillas. También había lágrimas en ellas; pero eran ya unas lágrimas secas, las últimas, que dejaban en su boca un sabor ácido y un regusto a sal.

Los últimos días habían pasado como un torbellino, como un tornado impetuoso, por su ánimo. Recordaba el terrible alarido de dolor que rebotó por los frágiles tabiques de su piso de la Ronda de San Antonio. De pronto una porción de vida había sido mutilada brutalmente y su madre, e Isabel, su hermana, y él mismo, habían pasado a ser como fantasmas atónitos. ¿Era posible que hubiera sucedido una cosa semejante? Y se levantaron al día siguiente, y al otro, con la sensación real y vivísima de que su padre estaba allí, que iban a hallarse a la salida del comedor, que se escucharían sus pasos serenos, regulares, sobre las baldosas del pasillo. No podían imaginarle ausente, no acertaban a comprender aquel horroroso vacío. Y al no encontrarle, todo se volvía nuevamente dolor, un dolor lacerante e inmóvil.

No, no estaba ya su padre. Dentro de nada, su triste despojo iría a parar a la estrecha abertura del nicho y a formar un número más en aquella estática y silenciosa colmena, que miraba con ojos ciegos al mar. Los hombres bajaban la caja de madera que el hospital había ofrecido, sin grafía alguna y sin barniz, como un envoltorio apresurado pero eficaz de aquel cuerpo que ya hedía y se descomponía sin remedio. Era inútil volver atrás; lo que había ocurrido, no tenía revisión.

Pero al cabo del camino, Miguel Llobet reposaba. La terrible sacudida había cedido y se encontraba ahora, por vez primera, con el ánimo reposado y hasta resignado a medias. Acababa de comprobar la realidad misma del hecho ineluctable y sentía la conciencia de que era inútil volver atrás y preguntarse: ¿por qué? ¿y qué iba

a sacar, con revolver en el drama? El postrer acto de la tragedia se estaba consumando; dentro de nada, aquello sería historia, una historia minúscula y particular, un hilo en el entramado de todas las tragedias que forman el diseño de un pueblo.

Un albañil había abierto el nicho y ya los hombres del coche introducían la caja. La operación era aciaga, angustiada. Todos los ruidos que hace la caja al entrar quedaban allí extemporáneos, hirientes y producirían un escalofrío si el temple de los hombres no hubiera sido endurecido por el espectáculo de la muerte misma.

¡Triste acompañamiento y triste soledad! Sí, bien sabía que algún día, con toda probabilidad, tendría que ser él quien acompañara a su padre a la tumba. Lo sabía y lo imaginaba desde los días de su infancia. Pero no hubiera nunca podido imaginar que fuera él solo ni así. Entreveía un séquito de varones maduros y de hombres, de muchos hombres en procesión silenciosa; imaginaba ese homenaje callado y colectivo que procura una vida transcurrida cabalmente y que congrega, como una gran familia, a la respetuosa amistad. Imaginaba que irían subiendo las pendientes del cementerio, hasta el final, grupos de gentes menestralas, la gorra o el sombrero en la mano, en una muda evocación de toda la vida del muerto: el decoro, la puntualidad, la dignidad del trato, la modestia. Y también los defectos, comprendidos y perdonados: un modo demasiado impetuoso a veces de decir la verdad, una inflexibilidad absoluta en ciertos puntos, un rigor excesivo. Unas manías tontas, pero que formaban parte de su peculiaridad: el escrúpulo que ponía en que nadie, ni su propia esposa, rozara siquiera sus útiles personales, el cepillo o el peine, la gamuza de los zapatos. Pero eso era el hombre para él: una amalgama de virtudes y de defectos, en una línea profesional y vital consecuente.

Pero no. Estaba solo. Ni un solo capellán había podido encontrar para que, en voz baja, musitadas a su lado, dijera aquellas oraciones que acompañan a los muertos y dan alguna esperanza a los vivos. El séquito de aquel entierro era solo él. Casi le complacía, ahora, este postrer diálogo, que era como una confidencia. Le parecía que estuvieran los dos, acodados en el balcón de su casa, frente a la noche oscura: «Dime, Miguel... Ese trozo de la Ronda de San Antonio, que tú contemplas desde tu niñez: ¿es Cataluña?».

Una nueva oleada hiriente de dolor empañó de nuevo sus ojos y un sollozo triste nubló su mirada. Lloraba bajo el sol, sordamente, silenciosamente. Se oían los golpes que daba el operario que cerraba el nicho con una prisa profesional e indiferente. En el aire, revoloteaban unos jilgueros, de la fronda al suelo, del suelo a la fronda. Una leve brisa con sabor a mar transitaba levemente. «Dame, Señor, confianza y temple. Dame serenidad y fuerza para seguir el camino que él había tomado», rogaba con efusión. Sí, era necesario rezar entonces. Rezar así, a solas, sin un testigo; no podía dejar de creer en Dios, en esa hora triste, triste hasta la desolación; en esa hora en que buscaba la esperanza denodadamente. «Déjame en pie, Señor, en pie todos los días, no para vengar su muerte, que Tú has querido, sino solo para ayudar a proseguir la

vida. Para que termine esta terrible plaga, para que se acabe la matanza, el horror, para que desaparezca el miedo y todos los hombres volvamos a amar. Dame fe para que sea uno más, entre los que buscan la paz y abominan del odio. Que la muerte de mi padre no sea en vano, ni la muerte de los que mueren así».

La plazoleta había quedado solitaria. El coche y sus hombres se habían marchado. También se había ido con sus trastos el albañil. No había nadie en la plazoleta. El silencio era solo turbado por el piar de algunos pájaros, indiferentes a la muerte. Caminó hacia el extremo de la rotonda. La baranda daba al mar; descubría un tramo inmenso de aquel líquido azul, que reverberaba al sol de la mañana. Brotaron en su ánimo unos versos de José Carner, por raro impulso surgidos en su memoria:

*Ni les angoixes ni les dolenties
no torben el viu dar de l'horitzon;
que el Senyor de Booz i de Tobies
estén la mà contra el dolor del món.*

Sí; Dios extendía su mano contra el dolor del mundo, dejaba clara la línea del horizonte, a pesar de las maldades y de las angustias. Un barco negro navegaba en la lejanía. Estuvo un rato largo mirándolo. Navegaba derechamente hacia el norte. «Ha salido de aquí, y va a Francia», dedujo por su estela, que era blanca y se perdía entre el azul. Y estuvo así mucho rato contemplándolo, hasta que se perdió, se diluyó en el horizonte. También el mar quedó vacío.

Volvió hacia el alto panel de tumbas, en el que reposaba ya su padre. Estuvo un instante parado ante el nicho, con los ojos cerrados. Después, lentamente, empezó a bajar, entre el rebullir de robles del bosque de los muertos.

Dejó el recinto del camposanto y descendió a la ciudad. Sintió como una oleada de impiedad y de ira que chocara con él nuevamente. En el cielo azul se desleían unas vagas columnas de humo. El sol de la mañana estallaba en todos lados y elevaba al aire una turbia calina. ¿Dónde estaba la mano de Dios?

FIN



IGNACIO AGUSTÍ PEYPOCH (Lliçà de Vall, 1913 - Barcelona, 1974) fue un novelista, periodista y poeta español en lenguas castellana y catalana. Realizó sus estudios secundarios en la Escuela de los jesuitas, y se licenció en Derecho por la Universidad de Barcelona. Su trabajo novelístico fue de carácter realista y centrado esencialmente en la burguesía catalana. Se inició en la literatura escribiendo exclusivamente en catalán, inicios en los que ya cultivó los más diversos géneros, como: la poesía en *El veler* (El velero, 1932), el teatro en *L'esfondrada* (*El hundimiento*, 1934), y la prosa en *Benaventurats els lladres* (*Bienaventurados los ladrones*, 1935).

Después de la guerra civil, inició una nueva etapa en la que solo empleó el castellano como idioma literario y con él cosechó su mayor reconocimiento como escritor. De esta época cabe destacar la novela de carácter poemático *Los surcos* (1942) y la publicación de un ciclo novelístico titulado *La ceniza fue árbol*, donde se describía a la burguesía barcelonesa desde el siglo XIX hasta la gran crisis de la sociedad catalana durante la época de la industrialización.

Este ciclo, considerado su obra literaria más importante, se compone de las novelas *Mariona Rebull* (1943), *El viudo Rius* (1944), *Desiderio* (1957), *19 de Julio* (1965) y *Guerra civil* (1972), además de *Joaquín Rius y su nieto*, novela que nunca se llegó a publicar.

Fue director de la revista *Destino* entre los años 1944 y 1958, y desde 1962, de la revista *El español*. Su labor se vio galardonada con la concesión de los premios

literarios Mariano de Cavia (1955) y Miguel de Cervantes (1965). Póstumamente aparecieron sus memorias, que había dejado preparadas bajo el título *Ganas de hablar* (1974).